

AUTORA DE *SEIS DE CUERVOS*  
Nº1 DEL NEW YORK TIMES

LEIGH BARDUGO

REINO  
DE  
LADRONES

SI NO PUEDES CAMBIAR TU SUERTE,  
CAMBIA EL JUEGO.

Lectulandia

En Ketterdam, la ciudad de los mercaderes y los ladrones, hay una guerra abierta. Múltiples bandos están jugando todas sus bazas para lograr el control absoluto de la «jurda parem», y con ella, el de un imparable poder Grisha.

Mientras, Kaz solo piensa en una cosa: venganza. Contra quienes pusieron su vida en peligro, contra quienes le engañaron, contra quienes le convirtieron en lo que es. Tiene un plan en marcha, uno que va a hacer aún más peligrosas unas calles que ya eran un campo de batalla.

Lectulandia

Leigh Bardugo

# Reino de ladrones

Seis de Cuervos - 02

ePub r1.0

Titivillus 28.11.2018



Título original: *Crooked Kingdom*  
Leigh Bardugo, 2017  
Traducción: Miguel Trujillo Fernández

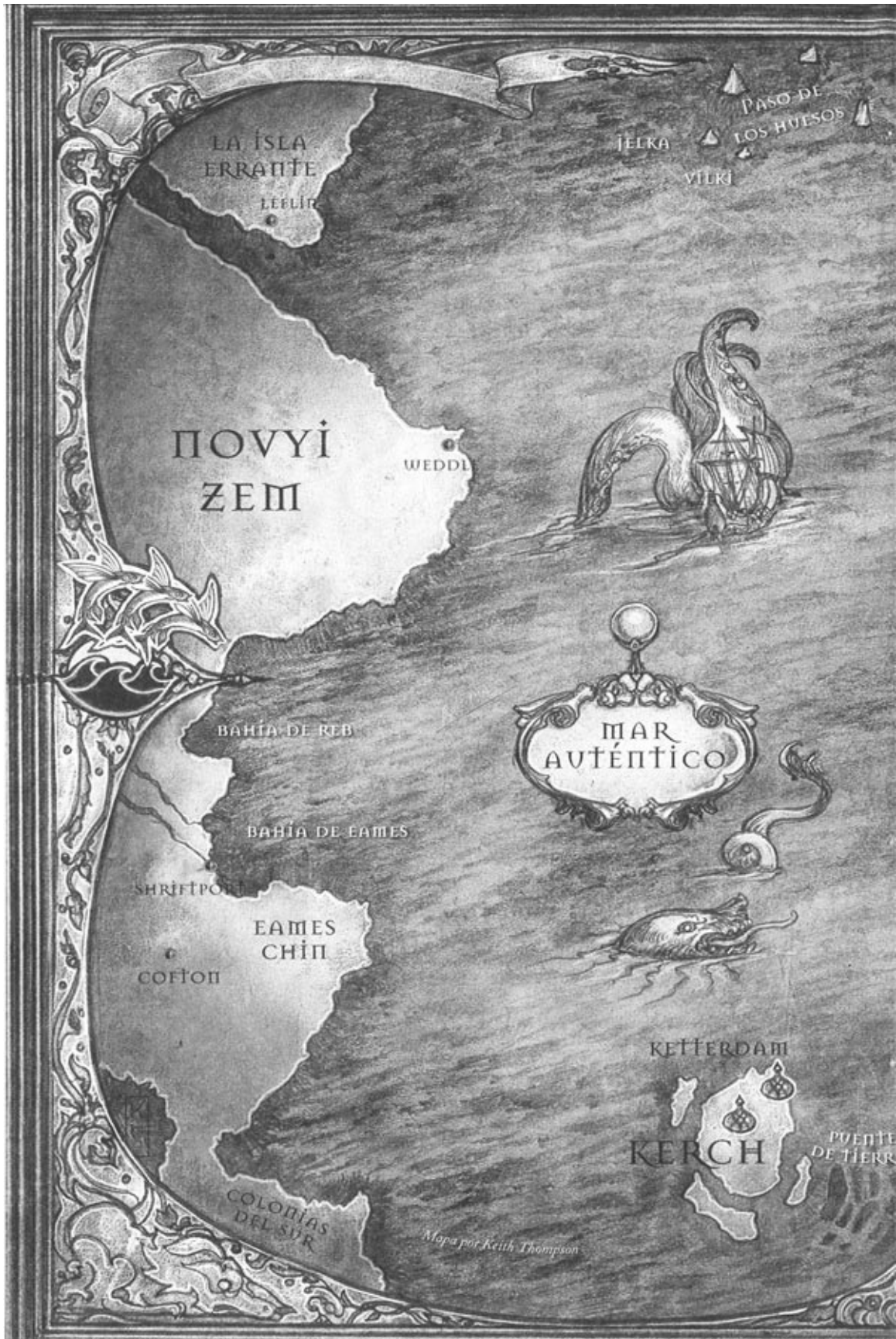
Editor digital: Titivillus  
ePub base r2.0



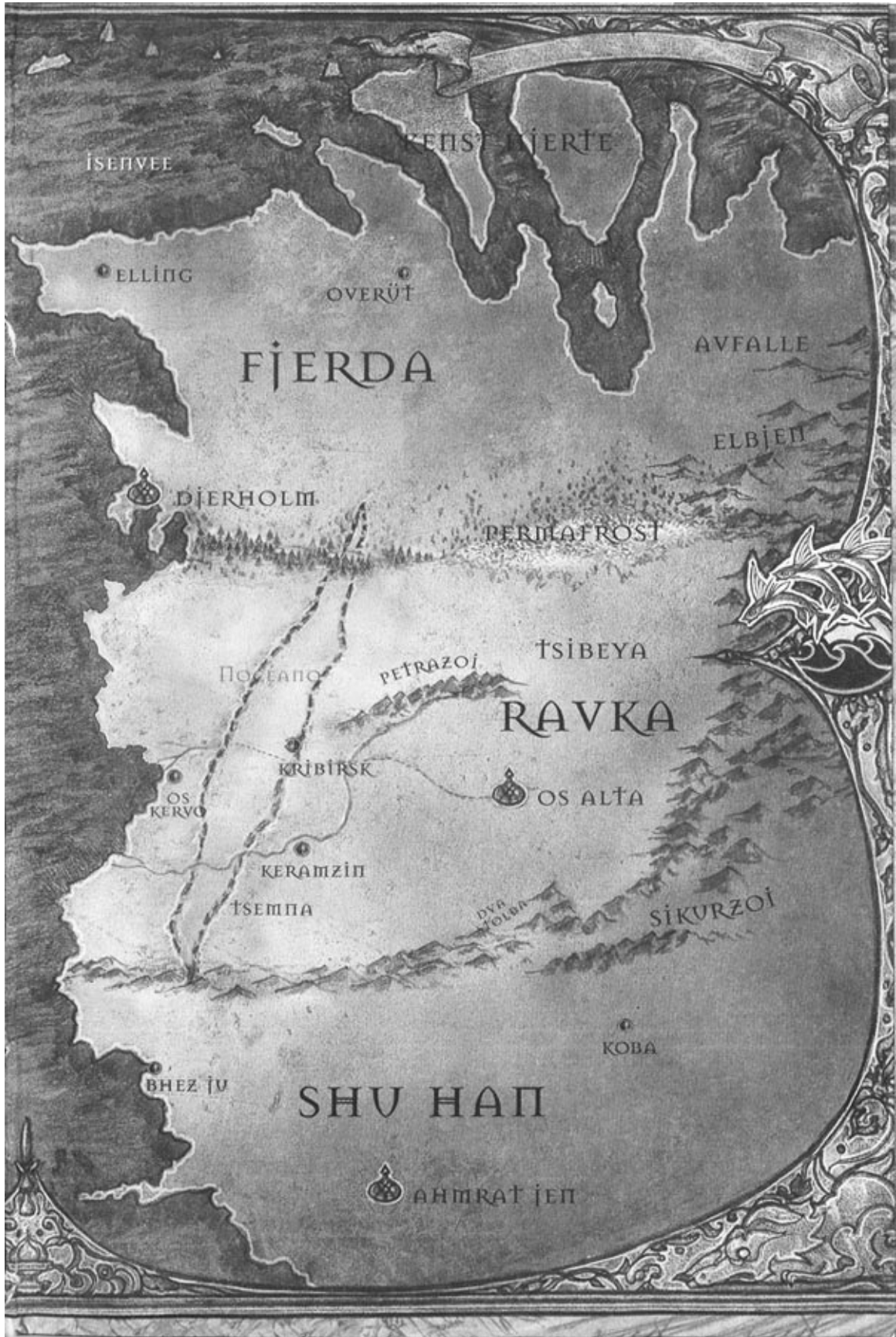
---

más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)

---

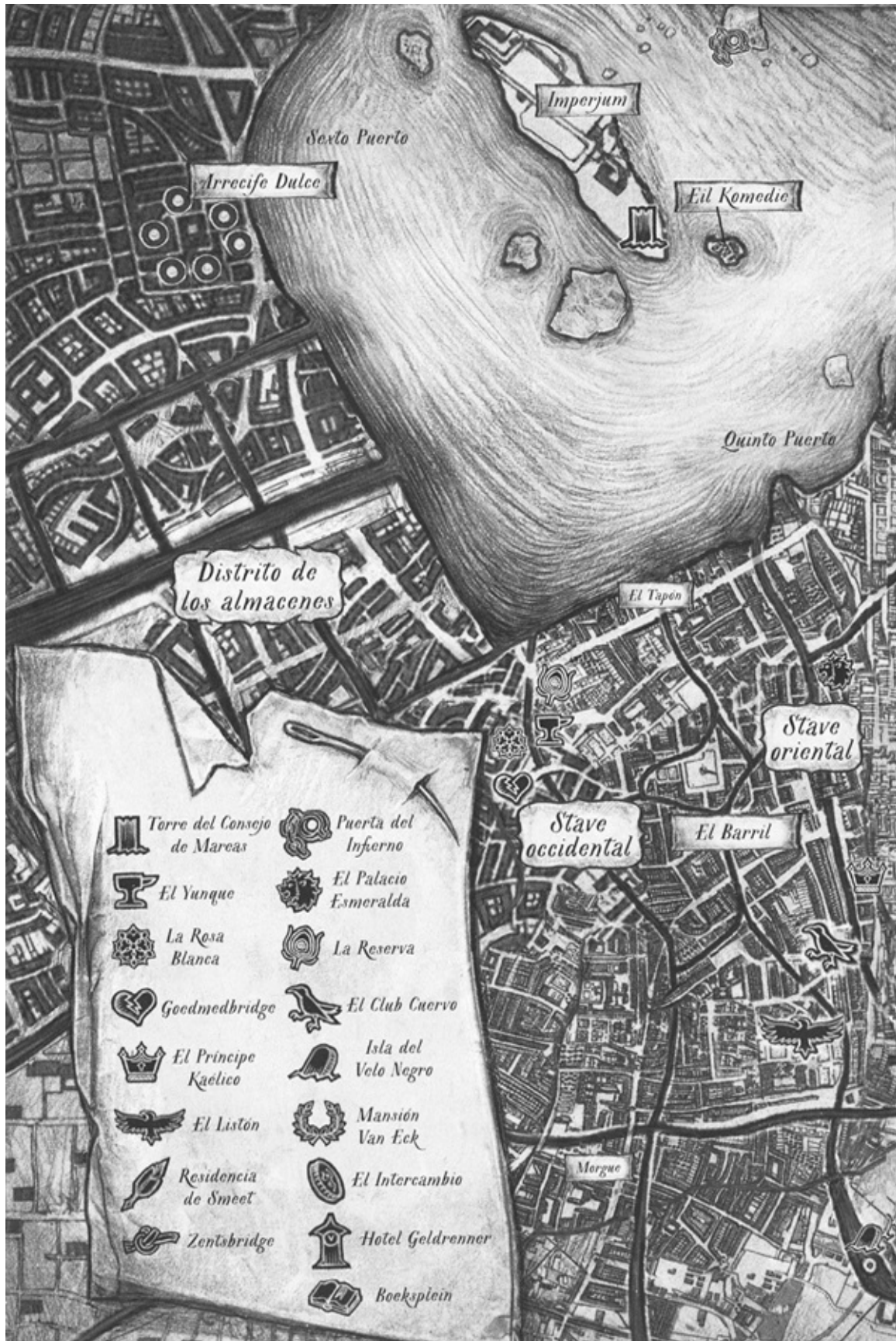




















Para Holly y Sarah, que me ayudaron a construir;  
Noa, que se aseguró de que las paredes siguieran en pie;  
Jo, que me mantuvo en pie también a mi.





# GRISHA

SOLDADOS DEL SEGUNDO EJÉRCITO  
MAESTROS DE LA PEQUEÑA CIENCIA

## CORPORALKI

(LA ORDEH DE LOS VIVOS Y LOS MUERTOS)

Mortificadores  
Sanadores

## ETHEREALKI

(LA ORDEH DE LOS INVOCADORES)

Vendavales  
Inferni  
Agitamareas

## MATERIALKI

(LA ORDEH DE LOS HACEDORES)

Durasts  
Alkemi



PRIMERA PARTE

# DESTERRADO





etvenko se apoyó contra la barra y metió la nariz en su sucio vaso. El whisky no había logrado hacerle entrar en calor. Nada te hacía entrar en calor en esa ciudad dejada de la mano de los Santos. Y no había forma de escapar del olor a estofado de agua de cloaca, almejas y piedras húmedas que le atenazaba la garganta y parecía haberse filtrado por sus poros, como si hubiera estado en remojo en la esencia de la ciudad misma: la peor taza de té del mundo.

Se notaba más en el Barril, y más todavía en un vertedero miserable como aquel; una achaparrada taberna metida en el piso inferior de uno de los edificios de apartamentos más lúgubres de los barrios bajos: el techo estaba abombado por culpa del paso del tiempo y una construcción chapucera, y las vigas ennegrecidas a causa del hollín de una chimenea que había dejado de funcionar hacía mucho porque estaba taponada por escombros. El suelo se encontraba cubierto de serrín para absorber la cerveza rubia derramada, el vómito o cualquier otra cosa de la que los clientes del bar perdieran el control. Retvenko se preguntó cuánto habría pasado desde la última vez que barrieron los tablones del suelo. Enterró la nariz aún más en el vaso e inhaló el dulce perfume del whisky malo. Hacía que se le aguaran los ojos.

—Se supone que tienes que beberlo, no inhalarlo —señaló el camarero entre risas.

Retvenko dejó el vasito y miró al hombre con ojos nublados. Era de cuello grueso y pecho como de barril, un verdadero gorila. Retvenko lo había visto tirar a más de un cliente alborotador a la calle, pero era difícil tomárselo en serio vestido así, siguiendo la absurda moda de los jóvenes del Barril: una camisa rosa con mangas que parecían a punto de rasgarse sobre unos enormes bíceps y un llamativo chaleco a cuadros rojos y naranjas. Parecía una nécora acicalada.



—Dime —dijo Retvenko. Su kerch no era bueno ni estando sobrio, pero empeoraba tras unos pocos tragos—. ¿Por qué huele ciudad tan mal? ¿Como sopa vieja? ¿Como fregadero lleno de platos?

El camarero se rio.

—Así es Ketterdam. Te acostumbras.

Retvenko negó con la cabeza. No quería acostumbrarse a esa ciudad ni a su hedor. Su trabajo con el Concejal Hoede había sido aburrido, pero al menos en sus aposentos se estaba caliente y no había humedad. Comopreciado Grisha de servicio, Retvenko había gozado de comodidad y había tenido el estómago siempre lleno. Había maldecido a Hoede, aburrido con su trabajo de transportar los caros cargamentos del mercader por el mar, molesto con los términos de su contrato, el ingenuo acuerdo que había aceptado para salir de Ravka tras la guerra civil. Pero ¿en ese momento? En ese momento se imaginaba a sí mismo en el taller Grisha que había en casa de Hoede, el fuego ardiendo con alegría en la chimenea, el pan servido con trozos de mantequilla y gruesas lonchas de jamón. Tras la muerte de Hoede, el Consejo Mercante Kerch había permitido a Retvenko hacer travesías marítimas para pagar su liberación del contrato. El salario era terrible, pero ¿qué otra opción tenía? Era un Vendaval Grisha en una ciudad hostil, sin más habilidades que los dones con los que había nacido.

—¿Otro? —preguntó el camarero, señalando el vaso vacío de Retvenko.

Él dudó. No debería desperdiciar el dinero. Si era listo, tan solo necesitaría una travesía más, tal vez dos, y tendría dinero suficiente para saldar su contrato y comprarse un billete a Ravka en una litera de tercera clase. Eso era todo lo que necesitaba.

Tenía que estar en el muelle en menos de una hora. Se esperaba tormenta, así que la tripulación dependía de Retvenko para controlar las corrientes de aire y guiar el navío con calma al puerto que necesitaran alcanzar. No sabía cuál era, ni le importaba. El capitán gritaría coordenadas y él controlaría las velas o calmaría los cielos. Y después recogería su sueldo. Pero los vientos no se habían desmadrado todavía; tal vez podría dormir durante la primera parte del viaje. Retvenko dio un golpecito en la barra y asintió con la cabeza. ¿Qué podía hacer un hombre como él? Se merecía algo de comodidad.

—No soy chico de los recados —murmuró.

—¿Qué? —preguntó el camarero mientras le servía otra bebida.

Retvenko desestimó la pregunta con un gesto. Esa persona, ese patán corriente, jamás podría entenderlo. Trabajaba duro en la oscuridad. ¿Esperando qué? ¿Una moneda más en su bolsillo? ¿Una mirada cálida de una chica guapa? No sabía nada sobre la gloria de la batalla, lo que era ser venerado.

—¿Eres ravkano?

A través de la neblina confusa que había creado el whisky, Retvenko se puso alerta.

—¿Por qué?

—Por nada. Es que sueñas ravkano.

Retvenko trató de relajarse. Muchos ravkanos acudían a Ketterdam en busca de trabajo; nada en él lo delataba como Grisha. Su cobardía lo llenaba de repulsión: hacia sí mismo, hacia el camarero, hacia la ciudad.

Quería quedarse ahí sentado, disfrutando de su bebida. Nadie del bar se le iba a echar encima y, a pesar de los músculos del camarero, Retvenko sabía que podía ocuparse de él con facilidad. Pero cuando eres Grisha, hasta quedarte quieto puede atraer problemas. Había habido más rumores de desapariciones en Ketterdam recientemente: Grisha desapareciendo de las calles o de sus casas, probablemente secuestrados por esclavizadores y vendidos al mejor postor. Retvenko no pensaba dejar que le ocurriera eso, no cuando estaba tan cerca de comprar su billete de vuelta a Ravka.

Se tomó el whisky, dejó una moneda sobre la barra con un golpe, y se levantó del taburete. No dejó propina. Un hombre tendría que ganarse la vida trabajando.

Retvenko se sentía un tanto inestable mientras salía al exterior, y el hedor húmedo del aire no ayudaba. Bajó la cabeza y movió los pies hacia el Cuarto Puerto, con la esperanza de que el paseo le aclarara la cabeza. *Dos travesías más*, se repitió a sí mismo. Unas semanas más en el mar, unos meses más en esa ciudad. Tenía que encontrar la forma de que fuera soportable. Se preguntó si alguno de sus antiguos amigos lo estaría esperando en Ravka. Se decía que el joven rey repartía absoluciones como si fueran caramelos, pues estaba deseoso de reconstruir el Segundo Ejército, las fuerzas Grisha que habían quedado diezmadas por la guerra.

—Solo dos travesías más —dijo al aire, golpeando con las botas la humedad de la primavera. ¿Cómo podía hacer tanto frío a esas alturas del año? Vivir en esa ciudad era como estar atrapado en la helada axila de un gigante de escarcha. Pasó al Grafcanal, y se estremeció al ver la Isla del Velo Negro más allá del agua. Ahí era donde los kerch acaudalados solían enterrar a sus muertos, en pequeñas casas de piedra sobre el nivel del agua. Algún truco del clima mantenía la isla envuelta por la niebla, y se rumoreaba que el lugar estaba embrujado. Retvenko aceleró el paso. No era un hombre supersticioso (con un poder como el suyo, no había razones para temer lo que pudiera acechar entre las sombras), pero ¿a quién le gustaba caminar junto a un cementerio?

Se arrebujaó más en su abrigo y bajó con rapidez la Havenstraat, atento a cualquier movimiento en cada callejón retorcido. Pronto volvería a Ravka, donde podría recorrer las calles sin miedo, suponiendo que lograra la absolución. Se retorció con incomodidad en su abrigo. La guerra había enfrentado a unos Grisha contra otros, y su bando había sido particularmente brutal. Había asesinado a antiguos camaradas, civiles, incluso niños. Pero lo que estaba hecho no podía deshacerse. El rey Nikolai necesitaba soldados, y Retvenko era uno muy bueno.

Saludó con un asentimiento al guardia que se encontraba en la pequeña cabina de la entrada del Cuarto Puerto y miró hacia atrás para confirmar que no lo habían

seguido. Se abrió camino entre los contenedores de carga hasta el muelle, encontró el amarradero correcto y se puso en la cola para registrarse junto al primer oficial. Retvenko lo reconocía de travesías anteriores, siempre agobiado y de mal humor, con el cuello esquelético asomando de su abrigo. Tenía un grueso fajo de documentos, y el Grisha vio el sello de cera púrpura de uno de los miembros del Consejo Mercante Kerch. En aquella ciudad, esos sellos valían más que el oro, pues garantizaban los mejores amarraderos en el puerto y el acceso preferente a los muelles. ¿Y por qué tenían los concejales tal distinción, tales ventajas? Por el dinero. Porque su trabajo le aportaba beneficios a Ketterdam. El poder significaba algo más en Ravka, donde los elementos se sometían a la voluntad de los Grisha y el país estaba gobernado por un rey de verdad, en vez de por un grupo de mercaderes presuntuosos. Retvenko tenía que admitir que había tratado de derrocar al padre de ese rey, pero eso no cambiaba la situación.

—Todavía no ha llegado el resto de la tripulación —dijo el primer oficial cuando Retvenko le dio su nombre—. Puedes resguardarte en la capitanía del puerto. Estamos esperando la señal del Consejo de Mareas.

—Bien por ti —replicó Retvenko, poco animado. Echó un vistazo a una de las torres en forma de obeliscos negros que se cernían sobre el puerto. Si hubiera alguna posibilidad de que el gran y poderoso Consejo de Mareas pudiera verlo desde su torre de vigilancia, les haría saber con exactitud lo que pensaba con unos pocos gestos bien escogidos. Se suponía que eran Grisha, pero ¿alguna vez habían levantado un dedo para ayudar a los otros Grisha de la ciudad? ¿Para ayudar a las personas sin suerte que habrían agradecido algo de amabilidad? No, claro que no, se respondió.

El primer oficial hizo una mueca.

—Ghezen, Retvenko. ¿Has estado bebiendo?

—No.

—Apesta a whisky.

El Grisha suspiró.

—Solo un poco de whisky.

—Pues quítatelo de encima. Tómame un café o un poco de *jurda*. Este algodón tiene que estar en Djerholm dentro de dos semanas, y no te pagamos para estar de resaca bajo cubierta. ¿Entendido?

—Sí, sí —dijo Retvenko, quitándole importancia con un gesto y dirigiéndose hacia el despacho. Pero cuando se encontraba a unos pocos pasos, movió la muñeca. Una pequeña ráfaga de aire atrapó los papeles que sujetaba el primer oficial y los hizo volar por el muelle.

—¡Maldita sea! —gritó él mientras se arrastraba sobre los tablones de madera, tratando de atrapar las páginas de su lista de embarque antes de que se fueran volando al mar.

Retvenko sonrió con sombrero placer, y después sintió una oleada de tristeza que lo abrumaba. Era un gigante entre hombres, un Vendaval poderoso y un gran soldado,

pero ahí no era más que un *empleado*, un viejo ravkano triste que hablaba mal el kerch y bebía demasiado. *En casa*, se dijo. *Pronto estaré en casa*. Obtendría su absolución y se probaría a sí mismo otra vez. Lucharía por su país. Dormiría bajo un techo sin goteras y llevaría una *kefta* azul de lana, con forro de piel de zorro plateado. Volvería a ser Emil Retvenko, no esa patética sombra.

—Hay café —dijo el encargado cuando el Grisha entró en la capitanía del puerto, haciendo un gesto hacia una urna de cobre en la esquina.

—¿Té?

—Hay café.

*Este país...* Retvenko llenó una taza de aquel lodo negro, más para calentarse las manos que otra cosa. No soportaba su sabor, y desde luego no sin una saludable dosis de azúcar, azúcar que por supuesto no daban en la capitanía del puerto.

—Está soplando el viento —dijo el encargado mientras la campana sonaba fuera, agitada por la brisa creciente.

—Tengo oídos —gruñó el Vendaval.

—No creo que llegue a gran cosa aquí, pero en cuanto salgáis del puerto...

—Silencio —replicó Retvenko con brusquedad. Se había puesto en pie. Le había parecido oír algo.

—¿Qué? —preguntó el joven—. Hay...

El Grisha se llevó un dedo a los labios.

—Alguien grita.

El sonido venía del lugar donde se encontraba el barco.

—Solo son gaviotas. El sol saldrá pronto, y...

Retvenko levantó la mano y una ráfaga de aire empujó al encargado contra la pared.

—He dicho *silencio*.

El encargado se quedó boquiabierto mientras flotaba pegado a los tablones.

—¿Eres el Grisha que han contratado para la tripulación?

Por todos los Santos, ¿es que Retvenko iba a tener que sacarle el aire de los pulmones a ese chico para que se callara?

A través de las ventanas cerosas, el ravkano veía que el cielo comenzaba a volverse azul a medida que llegaba el amanecer. Oyó el chillido de las gaviotas buscando el desayuno entre las olas. A lo mejor el alcohol lo estaba confundiendo. Dejó que el encargado cayera al suelo. Se le había derramado el café, pero no quería molestarse en servirse otra taza.

—Ya te dije que no era nada —señaló el joven mientras se ponía en pie—. No tenías que acalorarte tanto. —Se sacudió el polvo y volvió a colocarse tras el mostrador—. Nunca he conocido a uno de los tuyos. Grisha. —Retvenko resopló. Lo más probable era que sí lo hubiera hecho, pero no lo supiera—. ¿Te pagan bien por las travesías?

—No lo suficiente.

—Pues...

Pero lo que fuera a decir el encargado se perdió cuando la puerta del despacho explotó en una lluvia de astillas.

El Grisha levantó las manos para protegerse la cara, y después se tiró al suelo y rodó hasta cubrirse tras el mostrador del encargado. Una mujer entró en el despacho; pelo negro y ojos dorados. Shu. El encargado llevó la mano a una escopeta oculta bajo el mostrador.

—¡Han venido a por los pagos! —gritó—. Y nadie se va a llevar los pagos.

Retvenko observó aturdido mientras el desgarbado joven se ponía en pie como alguna especie de ángel vengador y abría fuego. Por todo lo sagrado, nada motivaba a los kerch como el dinero. El Grisha miró por el borde del mostrador a tiempo de ver cómo un disparo de la escopeta golpeaba a la mujer directamente en el pecho. Esta cayó hacia atrás, chocó contra la jamba de la puerta y se derrumbó en el suelo. Retvenko olió el penetrante aroma de la pólvora y el acre olor a sangre. Su estómago dio una vergonzosa sacudida. Había pasado mucho tiempo desde que había visto que disparaban a alguien delante de él, y eso había sido en tiempos de guerra.

—Nadie se va a llevar los pagos —repitió el encargado con satisfacción.

Pero antes de que Retvenko pudiera responder siquiera, la mujer shu puso la mano ensangrentada en el marco de la puerta y se impulsó para ponerse en pie.

Retvenko pestañeó. ¿Cuánto whisky había bebido?

La mujer avanzó hacia ellos. A través de los restos de su blusa andrajosa, Retvenko vio sangre, carne marcada por el perdigón, y el resplandor de algo que parecía metal. El encargado trató de recargar con torpeza, pero la mujer era demasiado rápida. Le quitó el arma de entre las manos y le dio un rápido golpe con ella que lo derribó con terrible fuerza. Después tiró el arma a un lado y dirigió sus ojos dorados hacia Retvenko.

—¡Llévate pagos! —gritó él, retrocediendo. Escarbó en sus bolsillos y le tiró la cartera casi vacía—. Llévate lo que quieras.

La mujer le dirigió una ligera sonrisa... ¿con lástima? ¿Diversión? Retvenko no lo sabía, pero comprendía que no había ido allí a por el dinero. Había ido a por él. Y daba igual que fuera una esclavista, una mercenaria o algo totalmente distinto: se enfrentaría a un soldado, no a un debilucho cobarde.

Se puso en pie de un salto, con los músculos reaccionando con reticencia a sus órdenes, y adoptó una posición de combate. Sus brazos trazaron un arco hacia delante y el rugido del viento cruzó la habitación, tirando una silla, el mostrador y después la jarra llena de café humeante hacia la mujer. Ella golpeó cada objeto para apartarlo con poco interés, como si estuviera quitando telarañas sueltas.

Retvenko concentró su poder y lanzó ambas manos hacia delante, sintiendo un crujido en los oídos mientras la presión bajaba y el viento se incrementaba con violencia. A lo mejor las balas no podían detener a esa mujer, pero a ver qué tal se enfrentaba a la furia de una tormenta.



La mujer gruñó cuando la ráfaga de aire la atrapó y la lanzó hacia atrás, a través del umbral de la puerta. Sujetó la jamba, tratando de aferrarse a ella.

Retvenko se rio. Había olvidado lo bien que se sentía al luchar. Entonces oyó detrás de él un fuerte crujido, el chirrido de los clavos quedando libres y la madera partiéndose. Miró hacia atrás y captó un breve atisbo del cielo del amanecer y el muelle. La pared ya no estaba.

Unos fuertes brazos lo sujetaron, pegándole las manos a los costados e impidiéndole utilizar su poder. Estaba elevándose, volando hacia arriba, y el puerto se encogía bajo él. Vio el tejado de la capitania del puerto, el cuerpo del primer oficial tirado en el muelle, el barco en el que Retvenko iba a partir, con la cubierta convertida en una masa de tablones rotos y los cuerpos apilados junto a los mástiles destrozados. Sus atacantes habían ido allí primero.

El aire frío golpeó su cara, y su corazón retumbó con un ritmo entrecortado en sus oídos.

—Por favor —rogó mientras se elevaban más, sin saber lo que estaba suplicando. Temeroso de moverse demasiado, o de forma muy repentina, estiró el cuello para mirar a su captor. Soltó un gemido aterrorizado, a medio camino entre un sollozo y el lloriqueo aterrado de un animal cautivo en una trampa.

El hombre que lo sujetaba era shu, con el pelo negro recogido en un tenso moño y los ojos dorados entrecerrados contra el fuerte viento; y de su espalda emergían dos enormes alas que batían contra el cielo, con bisagras y grácilmente forjadas con filigranas serpenteantes de plata y lona tensada. ¿Era un ángel? ¿Un demonio? ¿Algo extraño y mecánico que había cobrado vida? ¿O tan solo era que había perdido la cabeza?

Entre los brazos de su captor, Emil Retvenko vio la sombra que proyectaban en la reluciente superficie del mar que tenían muy por debajo: dos cabezas, dos alas, cuatro piernas. Se había convertido en una gran bestia, pero la bestia iba a devorarlo. Sus súplicas se convirtieron en gritos, pero ambos quedaron sin respuesta.



*¿Qué estoy haciendo aquí?* A Wylan se le pasaba aquel pensamiento por la cabeza al menos seis veces al día desde que conocía a Kaz Brekker. Pero en una noche como aquella, una noche en la que estaban «trabajando», subía y bajaba por su cabeza como un tenor nervioso practicando sus escalas: *¿qué estoy haciendo aquí? ¿qué estoy haciendo aquí? ¿qué estoy haciendo aquí?*

Tiró del dobladillo de su chaqueta color celeste, el uniforme que llevaban los camareros del Club Cúmulo, y trató de parecer tranquilo. *Piensa que es solo una cena*, se dijo. Había soportado incontables comidas incómodas en la casa de su padre. Aquello no era diferente; de hecho, era más fácil. No habría conversaciones incómodas sobre sus estudios o acerca de cuándo planeaba comenzar las clases en la universidad. Lo único que tenía que hacer era permanecer en silencio, seguir las instrucciones de Kaz y decidir cómo poner las manos. ¿Las unía por delante? Parecía un cantante en un recital. ¿Por detrás? Demasiado militar. Trató de dejarlas colgando a los lados, pero aquello tampoco parecía adecuado. ¿Por qué no había prestado más atención a los camareros cuando estaban de pie? A pesar de que Kaz le había asegurado que tendrían la sala para ellos esa noche, Wylan estaba seguro de que en cualquier momento un auténtico miembro del personal iba a entrar en la habitación, señalarlo y gritar que era un impostor. Claro que él ya se sentía un impostor la mayoría de los días.

Había pasado casi una semana desde que llegaron a Ketterdam, cerca de un mes desde que habían dejado atrás Djerholm. Wylan tenía las facciones de Kuwei desde entonces, pero siempre que captaba su reflejo en un espejo o el escaparate de alguna tienda, tardaba un largo momento en darse cuenta de que no estaba mirando a un extraño. Aquella era su cara ahora: ojos dorados, frente ancha, pelo negro. Su antiguo

yo había sido borrado, y Wylan no estaba seguro de conocer a la persona que era ahora, la persona que se encontraba en una sala privada en uno de los locales de juego más lujosos del Tapón, atrapada en otra de las estratagemas de Kaz Brekker.

Un jugador de la mesa levantó su copa de champán para que Wylan se la rellenara, y este salió corriendo desde su lugar junto a la pared. Le temblaban las manos mientras sacaba la botella del cubo plateado lleno de hielo, pero había obtenido algunos conocimientos tras los años que había pasado en los eventos sociales de su padre. Al menos sabía cómo servir una buena copa de champán sin que se llenara de espuma. Casi podía oír la voz burlona de Jesper. *Una habilidad con mucha salida, mercadercillo.*

Se atrevió a echar un vistazo a Jesper. El pistolero estaba sentado a la mesa, encorvado sobre sus cartas. Llevaba un maltratado chaleco azul marino con unas pequeñas estrellas bordadas, y su camisa blanca contrastaba con su piel oscura. Jesper se frotó la cara con una mano cansada. Llevaban jugando a las cartas más de dos horas, pero Wylan no sabía si su fatiga era real o parte de la actuación.

El muchacho llenó otra copa, concentrado en las instrucciones de Kaz.

—Tú sirve lo que te pidan los jugadores y pega el oído a la conversación de Smeet —le había dicho—. Es un trabajo, Wylan. Hazlo.

¿Por qué todos lo llamaban «trabajo»? La sensación no era la de estar trabajando, sino más bien la de estar a punto de besar el suelo tras un tropiezo. La sensación era de pánico. Así que Wylan estudió los detalles de la habitación, un truco que había empleado a menudo para tranquilizarse siempre que llegaba a algún lugar nuevo o cuando su padre estaba de un humor especialmente malo. Hizo inventario del patrón de estrellas entrelazadas que formaban el suelo de madera pulida, los nudos en forma de concha de la lámpara de araña de vidrio soplado, el papel de pared de seda color cobalto lleno de nubes plateadas. No había ventanas que dejaran entrar luz natural. Kaz decía que ninguno de los locales de juego las tenía, porque los jefes querían que los jugadores perdieran la noción del tiempo.

Wylan observó a Kaz repartiendo otra mano a Smeet, Jesper y los demás jugadores de la mesa redonda. Llevaba la misma chaqueta celeste del personal que Wylan, y sus manos estaban desnudas. El muchacho tuvo que esforzarse por no mirarlas. No solo le parecía extraño y de algún modo incluso incorrecto ver a Kaz sin guantes, sino que sus manos parecían animadas por una maquinaria secreta que Wylan no entendía. Cuando estaba aprendiendo a dibujar figuras, había estudiado ilustraciones de anatomía. Tenía buenos conocimientos de musculatura, de cómo encajaban los huesos, las articulaciones y los ligamentos. Pero las manos de Kaz se movían como si estuvieran hechas con el único propósito de manipular cartas, y sus largos dedos blancos se flexionaban con facilidad, barajando de forma precisa, escogiendo bien cada giro. Kaz les aseguró que podía controlar cualquier baraja, pero entonces, ¿por qué Jesper estaba perdiendo de aquella manera?

Cuando Kaz había detallado aquella parte del plan en el escondite del Velo Negro, Wylan no había podido creérselo y, por una vez, no había sido el único con preguntas.

—A ver si lo entiendo —había dicho Nina—. ¿Tu gran plan es darle a Jesper una línea de crédito y hacerle jugar a las cartas con Cornelis Smeet?

—A Smeet le gustan las rubias y las grandes apuestas en la Zarza de Tres —explicó Kaz—, así que vamos a darle ambas cosas. Yo me ocuparé de la primera mitad de la noche, y después continuará Specht.

Wylan no conocía muy bien a Specht. Era un antiguo marino, un miembro de los Despojos que había pilotado su navío hasta y desde la Corte de Hielo. Siendo honestos, entre la mandíbula dura y el tatuaje que recorría la mitad del cuello de Specht, el marinero le daba un poco de miedo. Pero incluso ese hombre parecía preocupado cuando dijo:

—Puedo repartir cartas, Kaz, pero no controlar una baraja.

—No tienes que hacerlo. Desde el momento en que te sientes, será una partida honesta. Lo importante es que Smeet se quede en la mesa hasta la medianoche. En el cambio será cuando nos arriesgaremos a perderlo. En cuanto yo me levante, comenzará a pensar en pasar a otro juego o irse a su casa, así que tenéis que hacer todo lo que podáis para que su culo siga bien plantado en la silla.

—Yo puedo encargarme —aseguró Jesper.

Nina había fruncido el ceño.

—Claro, y a lo mejor para la fase dos de este plan yo puedo hacerme pasar por una traficante de *jurda parem*. ¿Qué podría ir mal?

Wylan no lo habría expresado así exactamente, pero estaba de acuerdo. Mucho. Deberían mantener a Jesper alejado de los locales de juego, no alentar su pasión por el riesgo. Pero Kaz no se había dejado convencer.

—Vosotros haced vuestro trabajo y mantened a Smeet bien entretenido hasta la medianoche —había dicho—. Sabéis lo que está en juego.

Todos *lo sabían*, la vida de Inej. ¿Y, cómo podía Wylan discutirle eso? Sentía una punzada de culpa cada vez que pensaba en ello. Van Eck había dicho que les daría siete días para entregar a Kuwei Yul-Bo, y después comenzaría a torturar a Inej. Casi se habían quedado sin tiempo. Wylan sabía que no podía haber evitado que su padre traicionara al grupo y la secuestrara, lo sabía, pero aun así se sentía responsable.

—¿Qué se supone que tengo que hacer con Cornelis Smeet tras la medianoche? —preguntó Nina.

—Intenta convencerlo para que pase la noche contigo.

—¿Qué? —había escupido Matthias, y su cara se cubrió de rojo hasta las orejas.

—No va a aceptar.

Nina resopló.

—Y unas narices que no.

—Nina... —gruñó Matthias.

—Smeet nunca engaña, ni jugando a las cartas ni a su mujer —explicó Kaz—. Es como la mitad de los novatos que se pavonean por el Barril. La mayoría del tiempo es respetable, escrupuloso... frugalidad estricta y media copa de vino para cenar. Pero una vez por semana le gusta sentirse como si fuera un bandido enfrentándose en ingenio a los mejores jugadores del Stave Oriental, y le gusta tener a una rubia guapa del brazo cuando lo hace.

Nina frunció los labios.

—Si tanta moralidad tiene, ¿por qué quieres que intente...?

—Porque Smeet tiene mucho dinero, y cualquier chica que se respete del Stave Occidental intentaría al menos hacer el esfuerzo.

—Esto no me gusta —dijo Matthias.

Jesper había mostrado su sonrisa de pistolero temerario.

—Para ser justos, Matthias, no te gustan muchas cosas.

—Mantened a Smeet en el Club Cúmulo desde las ocho hasta la medianoche —instruyó Kaz—. Son cuatro horas de juego, así que sed listos.

Desde luego, Nina lo estaba haciendo lo mejor que podía, y Wylan no sabría decir si estaba impresionado o preocupado. Llevaba un fino vestido color lavanda con alguna clase de corsé que elevaba su escote hasta alturas alarmantes y, aunque había perdido peso desde su batalla con la *parem*, todavía había mucho de ella para que Smeet agarrara. La joven había puesto las nalgas firmemente sobre sus rodillas, un brazo alrededor de su hombro, y le estaba canturreando al oído, acariciándole el pecho con las manos y deslizándolas de forma ocasional bajo su chaqueta, como un perro en busca de premios. Tan solo se detenía para pedir ostras u otra botella de champán. Wylan sabía que Nina podía encargarse de casi cualquier hombre en casi cualquier situación, pero no le parecía necesario que se sentara medio desnuda en un local de juego con corrientes de aire sobre el regazo de un abogado lascivo. Como mínimo, casi seguro que pillaba un resfriado.

Jasper se retiró una vez más y soltó aire con exasperación de forma prolongada. Había estado perdiendo pequeñas cantidades durante las dos últimas horas. Había sido cauto con sus apuestas, pero ni la suerte ni Kaz parecían estar de su parte esa noche. ¿Cómo se suponía que iban a mantener a Smeet en la mesa si él se quedaba sin fondos? ¿Los demás jugadores de alto riesgo serían un cebo lo bastante bueno? Había unos cuantos en la habitación, merodeando junto a las paredes mientras observaban el juego, esperando conseguir un asiento si alguien se quedaba sin dinero. Ninguno sabía cuál era el verdadero juego que dirigía Kaz.

Mientras Wylan se inclinaba para rellenar la copa de Nina, oyó que Smeet murmuraba:

—Una partida de cartas es como un duelo. Son los pequeños cortes y tajos los que preparan el escenario para el golpe de gracia. —Miró a Jesper—. Ese chaval está desangrándose sobre la mesa.

—No sé cómo eres capaz de recordar todas las normas —dijo Nina con una risita.



Smeet sonrió, claramente complacido.

—Esto no es nada comparado con dirigir un negocio.

—Tampoco puedo imaginarme cómo haces eso.

—A veces, ni yo mismo lo sé —replicó Smeet con un suspiro—. Ha sido una semana difícil. Uno de mis trabajadores no volvió de sus vacaciones, así que me quedé corto de personal. —A Wylan casi se le cayó la botella que sujetaba, y el champán salpicó el suelo—. Pago para beberme eso, no para que me empape —ladró Smeet. Se frotó los pantalones y murmuró—: Eso es lo que pasa al contratar extranjeros.

*Se refiere a mí*, comprendió Wylan mientras retrocedía de forma apresurada. No sabía cómo hacer que calara la realidad de sus nuevas facciones shu. Ni siquiera hablaba el idioma, algo que no le había preocupado hasta que dos turistas shu con un mapa en la mano lo habían abordado en el Stave Oriental. Wylan había sentido auténtico terror y se había encogido de hombros de forma exagerada para después salir corriendo hacia la entrada de los sirvientes del Club Cúmulo.

—Pobrecito —le dijo Nina a Smeet, pasándole los dedos por su escaso pelo y ajustando una de las flores que tenía en los sedosos mechones rubios. Wylan no estaba seguro de si le habría dicho a Smeet que era de la Casa del Iris Azul, pero desde luego es lo que él habría supuesto.

Jesper se reclinó en su asiento, tocando con los dedos las empuñaduras de sus revólveres. El movimiento pareció atraer la mirada de Smeet.

—Esas pistolas son impresionantes. Nácar de verdad en las empuñaduras, si no me equivoco —añadió, con el tono de un hombre que rara vez se equivocaba—. Yo tengo una buena colección de armas de fuego, aunque nada comparable a los revólveres de repetición zemeni.

—Oooh, me encantaría ver tus pistolas —canturreó Nina, y Wylan miró el techo en un intento de no poner los ojos en blanco—. ¿Vamos a quedarnos aquí sentados toda la noche?

Wylan trató de ocultar su confusión. ¿No se suponía que la idea era conseguir que se quedara? Pero al parecer Nina sabía lo que hacía, porque la expresión de Smeet se volvió un tanto testaruda.

—Silencio ahora. Si gano mucho, a lo mejor te compro algo bonito.

—Me conformaré con más ostras.

—No te has terminado las que has pedido.

Wylan captó el movimiento de las fosas nasales de Nina, como si estuviera tomando aire para ganar fuerzas. Se había quedado sin apetito tras recuperarse de su experiencia con la *parem*, y el muchacho no sabía cómo había logrado engullir casi una docena de ostras. La observó tragarse la última con un estremecimiento.

—¡Deliciosa! —logró decir, lanzando una mirada a Wylan—. Pidamos más.

Aquella era la señal. Wylan se apresuró a acercarse y tomó el plato grande lleno de hielo y conchas desechadas.

—La dama tiene un antojo —dijo Smeet.

—¿Ostras, señorita? —preguntó el muchacho. Su voz sonaba demasiado aguda—. ¿Langostinos con mantequilla?

Demasiado grave.

—Ambas cosas —decidió Smeet con indulgencia—. Y otra copa de champán.

—Maravilloso —asintió Nina, que parecía algo verdosa.

Wylan atravesó la puerta batiente hacia la despensa de los sirvientes. Estaba llena de platos, cristalería, servilletas y un cubo de hojalata lleno de hielo. Un montacargas ocupaba una gran sección de la pared más alejada, y junto a él había un tubo para hablar con forma de trompeta que permitía al personal comunicarse con la cocina. Wylan dejó el plato de hielo y conchas sobre la mesa y después pidió ostras y langostinos con mantequilla a la cocina.

—Ah, y otra botella de champán.

—¿De qué cosecha?

—Eh... ¿de la misma?

Wylan había oído a los amigos de su padre hablando sobre qué vinos eran una buena inversión, pero no confiaba en sí mismo para escoger un año.

Cuando regresó a la sala con el pedido de Nina, Kaz se estaba levantando de la mesa. Hizo un gesto como si se estuviera sacudiendo las manos; la señal de que un repartidor de cartas había terminado su turno. Specht se sentó con un pañuelo de seda azul atado a la garganta para ocultar sus tatuajes. Sacudió los puños de su camisa y pidió a los jugadores que hicieran sus apuestas o abandonaran la partida.

Los ojos de Kaz se encontraron con los de Wylan mientras se desvanecía en la despensa.

Aquel era el momento. Según Kaz y Jesper, los jugadores solían pensar que su suerte estaba atada al que barajaba, y dejaban de jugar en el cambio de turno. Wylan observó con angustia mientras Smeet se estiraba y daba una firme palmada al trasero de Nina.

—Ha sido una buena partida —dijo mientras echaba un vistazo a Jesper, que estaba mirando con abatimiento su escasa pila de fichas restantes—. Puede que encontremos algo mejor en otra parte.

—Pero mi comida acaba de llegar —protestó Nina, haciendo un mohín.

Wylan avanzó sin saber muy bien qué decir, tan solo que tenían que retrasar a Smeet.

—¿Está todo a su gusto, señor? ¿Puedo ofrecerle algo más a usted y a la dama?

Smeet lo ignoró, con la mano todavía detrás de Nina.

—Hay mejores víveres y servicios por todo el Tapón, querida.

Un hombre grande con traje a rayas se acercó a Smeet, deseoso de ocupar su asiento.

—¿Se marcha?

Smeet dirigió un asentimiento amistoso hacia Jesper.

—Parece que nos marchamos los dos, ¿verdad, chaval? Espero que tengas más suerte la próxima vez.

Jesper no le devolvió la sonrisa.

—Yo no he terminado.

Smeet hizo un gesto hacia su triste pila de fichas.

—Desde luego, parece que sí.

Jesper se levantó y llevó las manos a sus pistolas. Wylan aferró la botella de champán en las manos mientras los demás jugadores se apartaban de la mesa, listos para tomar sus propias armas o ponerse a cubierto. Pero lo único que hizo Jesper fue quitarse el cinturón de las pistolas. Dejó los revólveres sobre la mesa con suavidad, rozando los bordes relucientes de forma cuidadosa.

—¿Cuánto me das por estas? —preguntó.

Wylan trató de captar la mirada de Jesper. ¿Aquello era parte del plan? Y, de ser así, ¿en qué estaba pensando? Adoraba esas pistolas. Bien podría haberse cortado la mano y lanzarla a la mesa.

Specht se aclaró la garganta y dijo:

—El Cúmulo no es una casa de empeños. Solo aceptamos dinero en efectivo y crédito del Gemensbank.

—Yo te las pagaré —ofreció Smeet con estudiado desinterés—, si así el juego vuelve a ponerse en marcha. ¿Mil *kruge* por las pistolas?

—Valen diez veces más.

—Cinco mil *kruge*.

—Siete.

—Seis, y solo porque me siento generoso.

—¡No! —dijo Wylan de forma abrupta, y la habitación se quedó en silencio.

La voz de Jesper fue fría al hablar.

—No recuerdo haberte pedido consejo.

—¡Qué insolencia! —gritó Smeet—. ¿Desde cuándo los camareros se entrometen en los juegos?

Nina fulminó a Wylan con la mirada, y el tono de Specht estaba furioso por la incredulidad cuando dijo:

—Caballeros, ¿ponemos la partida otra vez en marcha? ¡Hagan sus apuestas!

Jesper empujó los revólveres hacia Smeet por encima de la mesa, y este le entregó una alta pila de fichas a cambio.

—De acuerdo —asintió Jesper, cuyos ojos grises estaban sombríos—. Contad conmigo.

Wylan se apartó de la mesa y desapareció en la despensa tan rápido como pudo. El plato de hielo y conchas había desaparecido, y Kaz estaba esperando. Se había puesto una larga capa naranja sobre la chaqueta azul. Ya volvía a tener los guantes en su sitio.

—Kaz —dijo el muchacho con desesperación—, Jesper se acaba de jugar sus pistolas.

—¿Cuánto ha conseguido por ellas?

—¿Qué importa eso? Ha...

—¿Cinco mil *kruge*?

—Seis.

—Bien. Ni siquiera Jesper debería ser capaz de gastarse eso en menos de dos horas. —Lanzó a Wylan una capa y una máscara: el atuendo del Diablillo Gris, uno de los personajes de la *Komedie Brute*—. Ven conmigo.

—¿Yo?

—No, el idiota que tienes detrás. —Kaz tomó la trompeta para hablar y dijo—: Enviad a otro camarero. Este se las ha arreglado para derramar champán sobre un gran apostador.

Alguien de la cocina se rio y dijo:

—Ahora va.

Apenas unos momentos después ya habían bajado las escaleras y salido por la entrada de los sirvientes, y sus disfraces les permitían moverse de forma anónima entre la muchedumbre del Stave Oriental.

—Sabías que Jesper perdería —lo acusó Wylan—. Te aseguraste de ello.

Kaz rara vez usaba su bastón cuando recorrían partes de la ciudad donde pudieran reconocerlo. Pero a pesar de sus andares torcidos, el muchacho tenía que corretear para seguirle el ritmo.

—Pues claro que sí. Yo controlo el juego, Wylan, o no juego. Podría haberme asegurado de que Jesper ganara cada mano.

—Entonces, ¿por qué...?

—No estábamos allí para ganar a las cartas; necesitábamos que Smeet se quedara en la mesa. Se estaba comiendo con los ojos esas pistolas casi tanto como el escote de Nina. Ahora se siente confiado, como si le esperara una gran noche: si pierde, todavía seguirá jugando. ¿Quién sabe? A lo mejor Jesper hasta recupera sus revólveres.

—Eso espero —dijo Wylan mientras entraban en un barco lleno de turistas que se dirigía hacia el sur por el Stave.

—Cómo no.

—¿Qué se supone que significa eso?

—Alguien como Jesper gana dos manos y ya cree que está en racha. Acaba perdiendo, y eso lo deja sediento de la próxima racha de buena suerte. La casa cuenta con ello.

*Entonces, ¿por qué lo hace entrar en un local de juego?*, pensó Wylan, aunque no lo dijo. ¿Y por qué obligar a Jesper a entregar algo que significaba tanto para él? Tenía que haber otra forma de conseguir que Smeet siguiera jugando. Pero aquellas no eran siquiera las preguntas correctas. La verdadera pregunta era por qué Jesper lo había hecho todo sin dudarlo. A lo mejor todavía estaba buscando la aprobación de

Kaz, esperando recuperar su favor después de que el desliz que había cometido los llevara a la emboscada en el muelle que casi había costado la vida de Inej. O a lo mejor Jesper quería de Kaz algo más que perdón.

¿*Qué estoy haciendo aquí?*, volvió a preguntarse Wylan. Se encontró mordisqueándose el pulgar y se obligó a parar. Estaba ahí por Inej. La joven les había salvado la vida más de una vez, y él no iba a olvidarlo. Estaba ahí porque necesitaba el dinero desesperadamente. Y si había otra razón, una razón alta y desgarrada con demasiada afición a los juegos de azar, no iba a pensar en ello en ese momento.

En cuanto llegaron a las afueras del Barril, Wylan y Kaz se quitaron sus capas y sus chaquetas azul cielo y se abrieron camino por el este hacia el distrito Zilver. Matthias los estaba esperando bajo el umbral a oscuras de una puerta del Handelcanal.

—¿Todo despejado? —preguntó Kaz.

—Todo despejado —afirmó el enorme fjerdano—. Las luces se apagaron en el piso superior de la casa de Smeet hace más de una hora, pero no sé si los sirvientes están despiertos.

—Solo tiene una sirvienta durante el día y un cocinero —dijo Kaz—. Es demasiado tacaño para sirvientes a tiempo completo.

—¿Cómo está...?

—Nina está bien. Jesper está bien. Todos están bien, menos yo, porque tengo que aguantar a una panda de niñeras pesadas. Sigue vigilando.

Wylan se encogió de hombros en señal de disculpa mirando a Matthias, que parecía estar planteándose estampar el cráneo de Kaz contra una pared. Después corrió sobre los adoquines detrás de Kaz. La casa de Smeet era también su despacho, y se situaba en una calle oscura con poco tráfico de peatones. Las lámparas estaban encendidas a lo largo del canal, y había velas ardiendo en algunas de las ventanas, pero después de las diez campanadas la mayoría de los ciudadanos respetables del barrio ya se habían ido a la cama.

—¿Vamos a entrar por la puerta principal?

—Usa los ojos en lugar de darle a la lengua —dijo Kaz, cuyas ganchas brillaban ya en sus manos enguantadas.

*Eso hago*, pensó Wylan. Pero aquello no era cierto del todo. Había examinado las proporciones de la casa, la inclinación de su tejado de gablete, las rosas que comenzaban a florecer en los parterres de las ventanas. Pero no había mirado la casa como si fuera un puzle. Con algo de frustración, Wylan podía admitir que aquel era fácil de resolver. El distrito Zilver era próspero, pero no rico de verdad; era un lugar para artesanos de éxito, contables y abogados. Aunque las casas estaban bien construidas y eran pulcras, con vistas a un ancho canal, estaban muy pegadas y no había grandes jardines ni dársenas privadas. Para acceder a las ventanas de los pisos superiores, él y Kaz tendrían que colarse en una casa vecina y atravesar dos cerraduras en vez de una. Era mejor arriesgarse por la puerta delantera, actuar como

si tuvieran todo el derecho de estar ahí, a pesar de que Kaz llevara gonzúas en vez de llaves.

*Usa los ojos.* Pero a Wylan no le gustaba mirar el mundo como Kaz lo hacía. Y una vez consiguieran el dinero, jamás tendría que volver a hacerlo.

Apenas un segundo después, Kaz presionó el picaporte y la puerta se abrió. De inmediato, Wylan oyó el golpeteo de las patas y las garras sobre la madera dura, junto a unos gruñidos bajos, mientras la manada de sabuesos de Smeet corría hacia la puerta mostrando los dientes blancos, soltando unos rugidos que retumbaban profundamente en sus pechos. Antes de que pudieran darse cuenta de que quien estaba ahí no era su amo, Kaz se metió el silbato de Smeet entre los labios y sopló. Nina había logrado quitárselo de la cadena que el abogado siempre llevaba al cuello, y después la había escondido bajo una concha de ostra vacía para que Wylan la llevara a la cocina.

El silbato no produjo ningún sonido, al menos, ninguno que Wylan pudiera oír. *No va a funcionar*, pensó, imaginando aquellas enormes mandíbulas desgarrándole la garganta. Pero los perros se detuvieron en seco, chocando entre ellos en una maraña confusa. Kaz volvió a soplar, y sus labios se fruncieron con el patrón de una nueva orden. Los perros se quedaron en silencio y se tiraron al suelo con un gimoteo decepcionado. Uno hasta se puso boca arriba.

—¿Por qué no podrá entrenarse a la gente con la misma facilidad? —murmuró Kaz mientras se agachaba para frotarle la barriga al perro, pasando los dedos cubiertos por el guante negro por el pelaje corto—. Cierra la puerta detrás de ti.

Wylan lo hizo y se quedó con la espalda pegada a ella, observando con cautela los sabuesos babeantes. Toda la casa olía a perro: pelaje húmedo, cuartos traseros aceitosos, alientos cálidos y húmedos con el hedor de la carne cruda.

—¿No te hacen mucha gracia los animales? —preguntó Kaz.

—Me gustan los perros —replicó Wylan—. Pero no cuando son del tamaño de osos.

Wylan sabía que el verdadero rompecabezas de la casa de Smeet había sido peliagudo para Kaz. Este podía forzar casi cualquier cerradura y superar cualquier sistema de alarma, pero no había logrado encontrar una forma sencilla de evitar los sabuesos sedientos de sangre de Smeet que no dejara su plan expuesto. Durante el día, los animales estaban en una perrera, pero por la noche quedaban libres por la casa mientras la familia de Smeet dormía de forma pacífica en las habitaciones bien amuebladas del tercer piso, con la escalera cerrada con una puerta de hierro. Smeet paseaba a los perros él mismo, arriba y abajo por el Handelcanal, siguiéndolos como un trineo barrigón con un sombrero caro.

Nina había sugerido drogar la comida de los perros. Smeet iba al carnicero cada mañana para seleccionar cortes de carne para la manada, y habría sido muy fácil cambiar los paquetes. Pero el hombre quería que los animales tuvieran hambre por la noche, así que les daba de comer por la mañana. Se habría dado cuenta si sus



preciadas mascotas hubieran estado atontadas todo el día, y no podían arriesgarse a que se quedara en casa para cuidar de sus sabuesos. Tenía que pasar la noche en el Stave Oriental, y era esencial que cuando regresara a casa no encontrara nada extraño. La vida de Inej dependía de ello.

Kaz había organizado la sala privada del Cúmulo, Nina le había quitado el silbato de debajo de la camisa y, pieza a pieza, el plan había ido tomando forma. Wylan no quería pensar en lo que habían hecho para obtener los comandos del silbato. Se estremeció al recordar lo que había dicho Smeet: *Uno de mis trabajadores no volvió de sus vacaciones*. Jamás lo haría. Wylan todavía podía oírlo gritar mientras Kaz lo colgaba por los tobillos de la parte superior del Faro de Hanraat. *Soy un buen hombre*, había gritado. *Soy un buen hombre*. Fueron las últimas palabras que había pronunciado. De haber hablado menos, tal vez hubiera vivido.

Ahora Wylan observaba a Kaz mientras rascaba detrás de las orejas al perro babeante y se ponía en pie.

—Vámonos. Cuidado con los pies.

Pasaron junto a la pila de perros en el pasillo y subieron en silencio por las escaleras. La disposición de la casa de Smeet le resultaba familiar a Wylan. La mayoría de los negocios de la ciudad seguían el mismo plano: una cocina y habitaciones públicas para reunirse con clientes en el primer piso, despachos y almacenamiento en el segundo, y dormitorios para la familia en el tercero. Las casas de la gente muy rica tenían un cuarto piso para las habitaciones de los sirvientes. De niño, Wylan había pasado más de unas pocas horas escondiéndose de su padre en las habitaciones superiores de su propia casa.

—Ni siquiera está cerrado —murmuró Kaz mientras entraban en el despacho de Smeet—. Esos sabuesos lo han vuelto perezoso.

Cerró la puerta, encendió una lámpara y bajó la intensidad de la llama.

El despacho tenía tres pequeños escritorios junto a las ventanas para aprovechar la luz natural, uno para Smeet y dos para sus trabajadores. *Soy un buen hombre*. Wylan se sacudió el recuerdo y se concentró en las estanterías que iban desde el suelo hasta el techo. Estaban repletas de libros de contabilidad y cajas llenas de documentos, cada una bien etiquetada con lo que el muchacho suponía que eran los nombres de los clientes y las empresas.

—Cuántos pichones —murmuró Kaz, examinando las cajas con la mirada—. Naten Boreg, ese matón triste de Karl Dryden. Smeet representa a la mitad del Consejo Mercante.

Incluido el padre de Wylan. Smeet había trabajado como abogado de Jan Van Eck y se había encargado de sus propiedades desde que el muchacho tenía memoria.

—¿Por dónde empezamos? —susurró.

Kaz sacó un grueso libro de contabilidad de los estantes.

—Primero nos aseguramos de que tu padre no tenga nuevas adquisiciones a su nombre. Después buscamos por el nombre de tu madrastra, y por el tuyo.

—No la llames así. Alys apenas es mayor que yo. Y mi padre no va a tener propiedades a mi nombre.

—Te sorprendería lo que puede hacer un hombre para evitar pagar impuestos.

Pasaron la mayor parte de la siguiente hora rebuscando en los archivos de Smeet. Lo sabían todo sobre las propiedades públicas de Van Eck: fábricas, hoteles y plantas de manufacturación, el astillero, la casa de campo y las tierras de labranza en el sur de Kerch. Pero Kaz creía que el padre de Wylan tenía que tener terrenos privados, lugares que no estaban en los registros públicos, lugares donde escondería cosas (o personas) que no quisiera que encontraran.

Kaz leyó nombres y entradas del libro de contabilidad en voz alta, haciendo preguntas a Wylan y tratando de encontrar conexiones con propiedades o empresas que todavía no habían descubierto. El muchacho sabía que no le debía nada a su padre, pero seguía sintiéndose un traidor.

—¿Geldspin? —preguntó Kaz.

—Un molino de algodón. Creo que está en Zierfoort.

—Demasiado lejos. No la tendrá ahí. ¿Qué hay de Firma Allerbest?

Wylan rebuscó entre sus recuerdos.

—Creo que es una fábrica de conservas.

—Ambos sitios prácticamente imprimen dinero, y los dos están a nombre de Alys. Pero Van Eck se queda para sí mismo los lugares de más ganancias: el astillero, los silos del Arrecife Dulce.

—Te lo dije —señaló Wylan, jugueteando con una pluma sobre uno de los papeles secantes—. Mi padre confía primero en él, y después en Alys. No dejaría nada a mi nombre.

—Siguiente libro de contabilidad —se limitó a decir Kaz—. Comencemos con las propiedades comerciales.

Wylan dejó de juguetear con la pluma.

—¿Había algo a mi nombre?

Kaz se reclinó donde estaba. Su mirada parecía casi desafiante al decir:

—Una imprenta.

La misma broma de siempre. Entonces, ¿por qué seguía doliendo? Wylan soltó la pluma.

—Ya veo.

—No es lo que yo llamaría un hombre sutil. Eil Komodie también está a tu nombre.

—Por supuesto que sí —replicó Wylan, deseando sonar menos resentido. Otra broma privada para su padre: una isla abandonada con nada en ella salvo un parque de atracciones estropeado, un lugar inútil para su hijo inútil y analfabeto. No debería haber preguntado.

Mientras los segundos pasaban y Kaz seguía leyendo en voz alta, Wylan se volvió cada vez más agitado. Si pudiera leer, estarían avanzando el doble de rápido con los

archivos. De hecho, ya conocería el negocio de su padre por dentro y por fuera.

—Te estoy ralentizando —dijo.

Kaz abrió otro fajo de documentos.

—Sabía exactamente cuánto tiempo llevaría esto. ¿Cuál era el apellido de tu madre?

—No hay nada a su nombre.

—Compláceme.

—Hendriks.

Kaz caminó hasta los estantes y tomó otro libro.

—¿Cuándo murió?

—Cuando yo tenía ocho años. —Wylan volvió a tomar la pluma—. Mi padre empeoró después de que muriera. —Al menos, eso era lo que el muchacho recordaba. Los meses posteriores al fallecimiento de su madre eran un borrón de tristeza y silencio—. No me dejó ir a su funeral; ni siquiera sé dónde la enterraron. Por cierto, por qué decís eso de «sin llantos, sin funerales». ¿Por qué no deseáis buena suerte o seguridad?

—Nos gusta mantener bajas nuestras expectativas. —El dedo enguantado de Kaz recorrió una columna de números y se detuvo. Sus ojos fueron de un libro de contabilidad forrado en cuero a otro, y después los cerró—. Vámonos.

—¿Has encontrado algo?

Kaz asintió una vez con la cabeza.

—Ya sé dónde está.

Wylan no creía estar imaginando la tensión en la áspera voz de Kaz. Este nunca gritaba como lo hacía el padre del muchacho, pero Wylan había aprendido a escuchar esa nota baja, esa pequeña armonía oscura que se deslizaba por el tono de Kaz cuando las cosas estaban a punto de ponerse peligrosas. La había escuchado después de la pelea en el muelle, cuando Inej estaba sangrando por el cuchillo de Oomen, y después cuando Kaz había descubierto que era Pekka Rollins quien había tratado de emboscarlos, y más tarde cuando habían sido traicionados por Van Eck. La había oído alta y clara en la parte superior del faro, mientras el trabajador gritaba para que le perdonaran la vida.

El muchacho observó a Kaz mientras dejaba la habitación como estaba. Movié un sobre un poco más a la derecha, sacó un poquito un cajón del archivo más grande, empujó ligeramente la silla. Cuando acabó, examinó la habitación, y después le quitó la pluma de las manos a Wylan y la dejó con cuidado en su lugar del escritorio.

—Un buen ladrón es como un buen veneno, mercadercillo. No deja rastros. —Kaz apagó la lámpara—. ¿A tu padre le gusta la caridad?

—No. Paga el diezmo a Ghezen, pero dice que la caridad roba a los hombres la oportunidad de un trabajo honesto.

—Bueno, pues lleva los últimos ocho años haciendo donaciones a la Iglesia de Santa Hilde. Si quieres presentar tus respetos a tu madre, seguro que ese es el mejor

lugar para empezar.

Wylan miró sin habla a Kaz en la habitación sombría. No conocía la Iglesia de Santa Hilde, y no creía que Manos Sucias compartiera información a menos que le beneficiara.

—¿Qué...?

—Si Nina y Jesper han hecho bien su trabajo, Smeet volverá pronto a casa. No podemos estar aquí cuando regrese, o todo el plan se irá al infierno. Vamos.

Wylan se sentía como si le hubieran dado un golpe en la cabeza con un libro de contabilidad y después le dijeran que se olvidara de ello.

Kaz abrió la puerta y ambos se detuvieron en seco. Por encima del hombro de Kaz, Wylan vio a una niña pequeña en el rellano, reclinada sobre el cuello de uno de los enormes perros grises. Tenía que tener unos cinco años, y los dedos de sus pies apenas resultaban visibles bajo el dobladillo de su camisón de franela.

—Oh, Ghezen —susurró Wylan.

Kaz salió al pasillo y dejó la puerta casi cerrada tras él. Wylan dudó en el despacho a oscuras, sin saber qué debería hacer, aterrorizado de lo que Kaz pudiera hacer. La chica miró a Kaz con sus ojos grandes y después se quitó el pulgar de la boca.

—¿Trabajas para mi pa?

—No.

El recuerdo acudió otra vez a Wylan. *Soy un buen hombre.* Habían emboscado al hombre saliendo de la Reserva y lo habían llevado a rastras hasta el faro. Kaz lo había colgado por los tobillos y el trabajador se había mojado los pantalones, gritando y suplicando misericordia antes de dar al fin los comandos del silbato de Smeet. Kaz había estado a punto de dejarlo en pie cuando el trabajador había comenzado a ofrecer cosas: dinero, números de cuenta de los clientes de Smeet, y después... *Tengo información sobre una de las chicas de la Reserva, la zemeni.*

Kaz había hecho una pausa. *¿Qué tienes sobre ella?*

Wylan la había oído entonces, esa nota de advertencia grave y peligrosa. Pero el trabajador no conocía a Kaz, no reconocía el cambio en su voz áspera y rasposa. Pensaba que había encontrado algo útil, algo que Kaz quería.

*Uno de sus clientes le está dando regalos caros. Ella se está quedando el dinero. ¿Sabes lo que le hizo el Pavo Real a la última chica que pilló quedándose dinero?*

Sí, respondió Kaz, con los ojos reluciendo como el filo de una cuchilla. *Tante Heleen la mató de una paliza.*

Kaz había intentado decir Wylan, pero el trabajador había seguido hablando.

*Justo ahí, en la sala. Esta chica sabe que está perdida si lo cuento. Queda conmigo gratis para que cierre la boca, me cuela dentro. Hará lo mismo por vosotros y vuestros amigos. Todo lo que queráis.*

*Si Tante Heleen lo descubre, matará a tu zemeni,* señaló Kaz. *La convertirá en ejemplo para las demás chicas.*

Sí, jadeó el trabajador con ansia. *Hará todo lo que queráis, lo que sea.*

Con lentitud, Kaz comenzó a dejar que las piernas del hombre se deslizaran entre sus manos. *Es terrible, ¿verdad? Saber que alguien tiene tu vida en sus manos.*

La voz del hombre se elevó otra octava al darse cuenta de su error.

*¡Solo es una trabajadora!, gritó. ¡Sabe lo que hay! Soy un buen hombre. ¡Soy un buen hombre!*

*No hay buenos hombres en Ketterdam, dijo Kaz. El clima no está de acuerdo con ellos.* Y después, simplemente lo había soltado.

Wylan se estremeció. A través de la grieta en la puerta, vio a Kaz agachándose para poder mirar a la niña a los ojos.

—¿Cómo se llama este grandullón? —preguntó Kaz, poniendo una mano sobre el cuello arrugado del perro.

—Es Maestro Manchas.

—¿De verdad?

—Tiene un aullido muy bonito. Pa me deja ponerles nombre a todos los cachorros.

—¿Maestro Manchas es tu favorito? —preguntó Kaz.

Ella pareció pensar, y después negó con la cabeza.

—El que más me gusta es el Duque Addam Von Pataplateada, después Hocico Peludo, y después, Maestro Manchas.

—Está bien saberlo, Hanna.

Ella formó una pequeña «O» con la boca.

—¿Cómo sabes mi nombre?

—Sé los nombres de todos los niños.

—¿De verdad?

—Oh, sí. Albert, que vive en la casa de al lado, y Gertrude, de la Ammberstraat. Yo vivo bajo sus camas y en el fondo de los armarios.

—Lo sabía —jadeó la niña, con miedo y triunfo en su voz—. Mamá dice que no hay nada ahí, pero yo lo sabía. —Inclinó la cabeza hacia un lado—. No pareces un monstruo.

—Voy a contarte un secreto, Hanna. Los monstruos malos de verdad nunca parecen monstruos.

A la niña le tembló el labio.

—¿Has venido a comerme? Pa dice que los monstruos se comen a los niños que no se van a la cama cuando deben.

—Eso es cierto. Pero no voy a hacerlo, esta noche no. Si haces dos cosas por mí. —Su voz sonaba calmada, casi hipnótica. Tenía la aspereza de un arco con demasiada resina—. Primero, tienes que volver a la cama. Y segundo, no puedes decirle nunca a *nadie* que nos has visto, sobre todo a tu pa. —Se inclinó hacia delante y dio un tirón juguetón a la trenza de Hanna—. Porque si lo haces, le cortaré la garganta a tu madre y después a tu padre, y luego les sacaré el corazón a todos estos dulces sabuesos

babeantes. Dejaré al Duque Pataplateada el último para que sepas que es todo culpa tuya. —La cara de la niña se puso tan blanca como el encaje del cuello de su camisón, y sus ojos estaban tan abiertos y brillantes como lunas—. ¿Lo comprendes? —Ella asintió con la cabeza de forma frenética, con la barbilla temblorosa—. Venga, venga, no llores. Cuando los monstruos ven lágrimas, se les abre el apetito. Vete a la cama, y llévate contigo a ese inútil del Maestro Manchas.

La niña se escabulló por el rellano y subió las escaleras. Estando a medio camino, dirigió una mirada aterrorizada a Kaz. Este se llevó un dedo enguantado a los labios. Cuando desapareció, Wylan salió de detrás de la puerta y siguió a Kaz mientras bajaba los escalones.

—¿Cómo has podido decirle algo así? Tan solo es una niña.

—Todos hemos sido solo niños.

—Pero...

—Era eso o romperle el cuello y hacer que pareciera que se había caído por las escaleras, Wylan. Creo que he mostrado un control extraordinario. Muévete. —Se abrieron camino junto al resto de perros, todavía tirados en el pasillo—. Increíble. Probablemente se quedarían así toda la noche.

Sopló el silbato y los perros saltaron con las orejas erguidas, listos para proteger la casa. Cuando Smeet regresara, todo estaría como debía: los sabuesos recorriendo el piso inferior, el despacho intacto en el segundo piso, su mujer durmiendo tranquilamente en el tercer piso, y su hija fingiendo que estaba haciendo lo mismo.

Kaz comprobó la calle y después le hizo un gesto a Wylan para que saliera. Se detuvo solo para cerrar la puerta tras ellos y después se apresuraron a cruzar los adoquines. Wylan miró hacia atrás, incapaz de creer que hubieran logrado su objetivo.

—Deja de mirar a tu alrededor como si alguien te estuviera siguiendo —dijo Kaz—. Y deja de caminar así. No podrías parecer más culpable aunque estuvieras haciendo el papel del Ladrón Número Tres en una obra del Stave Oriental. La próxima vez camina con normalidad. Intenta que parezca que estás donde debes.

—No va a haber próxima vez.

—Pues claro que no. Pon la cabeza alta.

Wylan no discutió. Hasta que Inej estuviera a salvo, hasta que consiguieran el dinero que les habían prometido, no podía soltar ningún ultimátum grandioso. Pero todo aquello acabaría. Tenía que hacerlo, ¿verdad?

Matthias soltó un fuerte grito de pájaro desde el otro extremo de la calle. Kaz echó un vistazo a su reloj y se pasó una mano por el pelo, revolviéndoselo de forma salvaje.

—Justo a tiempo.

Doblaron la esquina y se dieron de bruces con Cornelis Smeet.



Matthias se quedó entre las sombras, observando cómo se desarrollaba aquella extraña representación.

Cornelis Smeet tropezó, perdió el pie, y su sombrero se deslizó de su cabeza casi calva. El chico que había chocado con él le ofreció su ayuda.

Aquel chico era Kaz, pero no era Kaz. Su pelo oscuro estaba revuelto, y actuaba con nerviosismo. Apartó la mirada con la barbilla metida en el cuello de su camisa, como si estuviera totalmente avergonzado; un chico joven respetuoso con sus mayores. Wylan se encontraba detrás de él, tan encogido en su abrigo que Matthias pensó que iba a desaparecer de verdad.

—¡Mira por donde vas! —resopló Smeet con indignación, colocándose bien el sombrero.

—Lo siento muchísimo, señor —dijo Kaz, sacudiendo los hombros de la chaqueta de Smeet—. ¡Maldita sea mi torpeza! —Se agachó hasta los adoquines—. Ay, cielos, creo que se le ha caído la cartera.

—¡Pues sí! —respondió Smeet, sorprendido—. Gracias. Muchísimas gracias. —Después, mientras Matthias observaba con incredulidad, Smeet abrió la cartera y sacó un billete nuevo de cinco *krug*—. Aquí tienes, joven. Ser honesto tiene su recompensa.

Kaz mantuvo la cabeza gacha, pero de algún modo logró expresar un agradecimiento humilde mientras murmuraba:

—Muy amable, señor. Muy amable. Que Ghezen sea tan generoso.

El corpulento abogado siguió su camino, con el sombrero torcido y tarareando una cancioncilla, sin darse cuenta de que acababa de chocarse con la persona que



había estado repartiendo cartas delante de él durante dos horas en el Club Cúmulo. Cuando llegó a su puerta, se sacó una cadena de la camisa y después se toqueteó el chaleco frenéticamente, en busca de su silbato.

—¿No se lo has puesto en la cadena? —preguntó Matthias mientras Kaz y Wylan se unían a él en el umbral oscuro. Sabía que tales trucos entraban dentro de las habilidades de Kaz.

—No me he molestado.

Smeet rebuscó en su camisa y después sacó el silbato y abrió la puerta, tarareando una vez más. Matthias no se lo podía creer. Había mantenido la mirada fija en las manos enguantadas de Kaz mientras toqueteaba a Smeet, pero incluso sabiendo que pretendía devolverle el silbato, el fjerdano no había sido capaz de detectar el momento exacto. Se sentía tentado de llamar a Smeet para que Kaz volviera a hacer el mismo truco.

Kaz se arregló el pelo con los dedos y le entregó los cinco *kruge* a Wylan.

—No te lo gastes todo en el mismo sitio. Vamos.

Matthias los condujo por el estrecho canal lateral donde había amarrado el bote de remos. Lanzó su bastón a Kaz mientras se montaban. Este había sido inteligente al no permitirse utilizarlo aquella noche. Si alguien descubría que había un chico con un bastón cuya empuñadura tenía forma de cuervo merodeando por la casa de Cornelis Smeet a una hora extraña, si una mención de aquel hecho llegaba a oídos de Van Eck, todo su trabajo habría sido en vano. Para recuperar a Inej necesitarían la sorpresa de su lado, y el *demjin* no era de los que dejaban nada al azar.

—¿Y bien? —preguntó Matthias mientras el bote se deslizaba por las aguas oscuras del canal.

—Muérdete la lengua, Helvar. A las palabras les gusta viajar por el agua. Haz algo útil y ayuda con los remos.

Matthias resistió la necesidad de partir los remos por la mitad. ¿Es que Kaz era incapaz de hablar de forma civilizada? Daba órdenes como si simplemente esperara que todos siguieran sus deseos, y había estado el doble de insufrible desde que Van Eck se había llevado a Inej. Pero Matthias quería regresar al Velo Negro y a Nina tan rápido como pudiera, así que hizo lo que le pedía, sintiendo que los músculos de sus hombros se flexionaban mientras el bote se movía contra la corriente.

Se dedicó a hacer un seguimiento de los puntos de referencia por los que pasaban, tratando de recordar los nombres de las calles y los puentes. Aunque Matthias estudiaba cada noche un mapa de la ciudad, los nudos de callejones y canales de Ketterdam le resultaban casi imposibles de desenredar. Siempre se había enorgullecido de su buen sentido de la orientación, pero aquella ciudad lo había derrotado, y a menudo se encontraba maldiciendo al demente que había creído sabio construir una ciudad sobre un pantano y después organizarla sin orden ni lógica.

Cuando pasaron bajo Havensbridge, se sintió aliviado al ver que sus alrededores volvían a resultarle familiares. Kaz inclinó los remos para conducir el bote hacia las

aguas turbias de la Curva del Mendigo, donde el canal se ensanchaba y los guiaba hasta la zona poco profunda de la Isla del Velo Negro. Dejaron el bote tras las ramas caídas de un sauce blanco y después se abrieron camino entre las tumbas que salpicaban la orilla escarpada.

El Velo Negro era un lugar inquietante, una ciudad en miniatura de mausoleos de mármol blanco, muchos tallados en forma de barcos cuyos mascarones de piedra sollozaban mientras atravesaban un mar invisible. Algunos llevaban el sello de las Monedas de la Fortuna de Ghezen, y otros los tres peces voladores de Kerch que según Nina indicaban que un miembro de la familia había trabajado para el gobierno. Unos cuantos estaban protegidos por Santos ravkanos con ondulantes túnicas de mármol. No había señal de Djel ni de su fresno. Los fjerdanos no querrían quedar sepultados sobre la tierra, donde no pudieran echar raíces.

Casi todos los mausoleos estaban deteriorados, y muchos eran poco más que pilas de rocas desplomadas cubiertas de enredaderas y racimos de flores de primavera. Matthias se había sentido horrorizado ante la idea de utilizar un cementerio como refugio, sin importar cuánto llevara abandonado. Pero, por supuesto, nada era sagrado para Kaz Brekker.

—¿Por qué ya no utilizan este lugar? —había preguntado Matthias cuando tomaron una enorme tumba en el centro de la isla como su escondite.

—La peste —explicó Kaz—. El primer brote serio fue hace más de cien años, y el Consejo Mercante prohibió la sepultura dentro de los límites de la ciudad. Ahora hay que incinerar los cuerpos.

—No si eres rico —añadió Jesper—. Entonces te llevan a un cementerio en el campo, donde tu cadáver puede disfrutar del aire fresco.

Matthias odiaba el Velo Negro, pero podía admitir que les había sido de utilidad. Los rumores de que el lugar estaba embrujado mantenían a raya a otros ocupantes, y la niebla que rodeaba los sauces retorcidos y los mástiles de piedra de las tumbas ahogaba la luz ocasional de las lámparas.

Por supuesto, nada de eso importaría si la gente escuchaba a Nina y Jesper discutiendo a todo pulmón. Debían de haber regresado a la isla y dejado su *gondel* en el lado norte. La voz irritada de Nina flotaba sobre las tumbas, y Matthias sintió una oleada de alivio y apresuró el paso, deseoso de verla.

—No creo que estés apreciando correctamente por lo que acabo de pasar —estaba diciendo Jesper mientras pisaba fuerte por el cementerio.

—Te has pasado una noche en la mesa perdiendo el dinero de otro —contraatacó Nina—. ¿Eso no es básicamente como unas vacaciones para ti?

Kaz golpeó una lápida con fuerza utilizando su bastón y los dos se quedaron en silencio, pasando con rapidez a posición de combate.

Nina se relajó en cuanto los vio a los tres entre las sombras.

—Ah, sois vosotros.

—Sí, somos nosotros. —Kaz movió el bastón para dirigirlos hacia el centro de la isla—. Y nos habríais oído si no hubierais estado ocupados gritándoos. Deja de mirarla boquiabierto como si nunca antes hubieras visto a una chica con vestido, Matthias.

—Yo no estaba boquiabierto —replicó él con tanta dignidad como fue capaz. Pero, por el amor de Djel, ¿adonde se suponía que tenía que mirar cuando Nina tenía flores de iris metidas entre... todas partes?

—Cállate, Brekker —dijo Nina—. Me gusta que me mire boquiabierto.

—¿Cómo ha ido la misión? —preguntó Matthias, tratando de mantener los ojos en su cara. Era fácil cuando se daba cuenta de lo cansada que parecía bajo los cosméticos que se había aplicado. Incluso tomó el brazo que él le ofreció, y se apoyó ligeramente en él mientras se abrían camino por el terreno desigual. La noche había tenido sus consecuencias. Nina no debía estar deambulando por el Barril vestida con trozos de seda, sino descansando. Pero los días hasta que se cumpliera el plazo de Van Eck estaban menguando, y Matthias sabía que Nina no se permitiría comodidad alguna hasta que Inej estuviera a salvo.

—No es una misión, sino un trabajo —le corrigió Nina—. Y ha ido espléndidamente.

—Sí —dijo Jesper—. *Espléndidamente*. Salvo porque mis revólveres están criando polvo en la caja fuerte del Club Cúmulo. Smeet tenía miedo de volver a casa con ellos, el muy gordinflón. Solo de pensar en mis bebés en sus manos sudorosas...

—Nadie te dijo que te los jugaras —replicó Kaz.

—Me dejaste arrinconado. ¿Cómo demonios se suponía que iba a conseguir que siguiera jugando?

Kuwei sacó la cabeza de la enorme tumba de piedra mientras se aproximaban.

—¿Qué te he dicho? —gruñó Kaz, señalándolo con su bastón.

—Mi kerch no es muy bueno —protestó el muchacho.

—No juegues conmigo, chaval. Es lo bastante bueno. Dentro de la tumba.

Kuwei bajó la cabeza.

—Dentro de la tumba —repitió con aire sombrío.

Siguieron al chico shu hasta el interior. Matthias odiaba aquel lugar. ¿Por qué construir tales monumentos a la muerte? La tumba estaba hecha para parecerse a un antiguo barco de carga, con el interior tallado en un enorme casco de piedra. Incluso tenía ojos de buey de cristal policromado que proyectaban arcoíris sobre el suelo de la cripta al atardecer. Según Nina, las tallas de palmeras y serpientes de las paredes indicaban que en la familia habían sido comerciantes de especias. Pero debían de haber vivido tiempos difíciles o simplemente habían muerto en otro sitio, porque solo una de las tumbas tenía un habitante, y los estrechos pasadizos a cada lado del casco principal estaban igualmente vacíos.

Nina se quitó los broches del pelo, se sacó la peluca rubia y la tiró sobre la mesa que habían puesto en mitad de la tumba. Después se desplomó sobre una silla y se

frotó el cuero cabelludo con los dedos.

—Mucho mejor —dijo con un suspiro de felicidad. Pero Matthias no podía ignorar el tono casi verduoso de su piel.

Estaba peor esa noche. O bien había tenido problemas con Smeet, o simplemente había hecho demasiados esfuerzos. Y, sin embargo, mientras la observaba Matthias sintió que algo se tranquilizaba en su interior. Al menos ahora parecía Nina otra vez, con su pelo castaño húmedo y enredado y los ojos medio cerrados. ¿Era normal sentirse fascinado por cómo se despatarraba alguien?

—Adivinad lo que hemos visto al salir del Tapón —dijo la Grisha.

Jesper comenzó a rebuscar entre las reservas de comida.

—Dos barcos de guerra shu en el puerto.

Nina le tiró un broche.

—Les he dicho que lo adivinaran.

—¿Shu? —repitió Kuwei, regresando a la mesa donde había dejado su cuaderno.

Nina asintió con la cabeza.

—Con los cañones fuera y las banderas rojas en alto.

—Antes hablé con Specht —dijo Kaz—. Las embajadas están llenas de diplomáticos y soldados. Zemeni, kaélicos, ravkanos.

—¿Crees que saben lo de Kuwei? —preguntó Jesper.

—Creo que saben lo de la *parem* —replicó Kaz—. Rumores, al menos. Y en la Corte de Hielo había muchos grupos interesados en esparcir rumores sobre la... liberación de Kuwei. —Dirigió la mirada hacia Matthias—. Los fjerdanos también están aquí. Han traído todo un contingente de *drüskelle* con ellos.

Kuwei soltó un suspiro de tristeza. Jesper se dejó caer junto a él y le dio un golpecito con el hombro.

—No es agradable que te persigan, ¿eh?

Matthias no dijo nada. No le gustaba pensar en el hecho de que sus antiguos amigos y su antiguo comandante podrían estar a solo unos kilómetros de ellos. No se arrepentía de las cosas que había hecho en la Corte de Hielo, pero eso tampoco significaba que estuviera en paz con ellas.

Wylan llevó la mano hasta las galletitas saladas que Jesper había dejado sobre la mesa. Todavía resultaba desconcertante verlos a él y a Kuwei en la misma habitación. La transformación de Nina había sido tan exitosa que a Matthias a menudo le costaba distinguirlos hasta que hablaban. Deseaba que alguno de los dos tuviera la cortesía de ponerse un sombrero.

—Esto es bueno para nosotros —aseguró Kaz—. Los shu y los fjerdanos no saben por dónde empezar a buscar a Kuwei, y todos estos diplomáticos causando problemas en la Stadhall servirán para distraer a Van Eck.

—¿Qué ha pasado en el despacho de Smeet? —inquirió Nina—. ¿Habéis averiguado dónde la tiene Van Eck?

—Tengo una idea bastante acertada. El golpe será mañana a medianoche.

—¿Es tiempo suficiente para prepararnos? —preguntó Wylan.

—Es el tiempo que tenemos; no vamos a esperar a que nos llegue una invitación. ¿Qué tal van tus progresos con los gorgojos?

Jesper levantó las cejas.

—¿Los gorgojos?

Wylan se sacó un pequeño vial del abrigo y lo dejó sobre la mesa. Matthias se inclinó para mirar su contenido; parecía un puñado de piedrecitas.

—¿Esto son gorgojos?

Su idea de los gorgojos eran las plagas que se metían en los almacenes de grano.

—No son gorgojos de verdad —explicó Wylan—. Son gorgojos químicos. En realidad, todavía no tienen nombre.

—Tienes que ponerles un nombre —dijo Jesper—. Si no, ¿cómo vas a llamarlos para cenar?

—Da igual cómo se llamen —replicó Kaz—. Lo que importa es que este pequeño vial va a comerse las cuentas bancadas de Van Eck y su reputación.

Wylan se aclaró la garganta.

—Puede. La química es complicada... esperaba que Kuwei me ayudara.

Nina le dijo algo al muchacho en shu. Este se encogió de hombros y apartó la mirada, con el labio sobresaliéndole un poco. Quizá fuera por la reciente muerte de su padre o quizá por el hecho de que había acabado atrapado en un cementerio con una banda de ladrones, pero el chico se había vuelto cada vez más hosco.

—¿Y bien? —insistió Jesper.

—Tengo otros intereses —respondió Kuwei.

La mirada negra de Kaz se clavó en él como la punta de una daga.

—Te sugiero que vuelvas a pensar en tus prioridades.

Jesper le dio otro empujón.

—Esa es la forma de Kaz de decir «ayuda a Wylan o te encerraré en una de esas tumbas y ya veremos si eso encaja con tus intereses».

Matthias ya no estaba seguro de si el chico shu lo había entendido o no, pero al parecer había recibido el mensaje. Kuwei tragó saliva y asintió con la cabeza a regañadientes.

—El poder de la negociación —dijo Jesper, y se metió una galletita en la boca.

—Wylan y el servicial Kuwei harán que funcionen los gorgojos —continuó Kaz—. En cuanto tengamos a Inej, podremos ir a los silos de Van Eck.

Nina puso los ojos en blanco.

—Qué bien que esto sea para recuperar nuestro dinero y no para salvar a Inej. Desde luego, no es para eso.

—Si no te importa el dinero, querida Nina, llámalo por sus otros nombres.

—¿Kruge? ¿Pasta? ¿El único amor verdadero de Kaz?

—Libertad, seguridad, venganza.

—No se puede poner precio a esas cosas.

—¿No? Seguro que Jesper puede. Es el precio del gravamen de la granja de su padre. —El pistolero se miró las puntas de las botas—. ¿Qué hay de ti, Wylan? ¿Puedes poner precio a la oportunidad de marcharte de Ketterdam y vivir tu propia vida? Y Nina, sospecho que tú y tu fjerdano querréis subsistir con algo más que patriotismo y miradas de anhelo. Puede que Inej también tenga una cifra en mente. Es el precio del futuro, y es el turno de Van Eck para pagar.

Matthias no se dejó engañar. Puede que Kaz siempre hablara de forma lógica, pero eso no significaba que siempre dijera la verdad.

—La vida del Espectro vale más que eso —dijo—. Para todos nosotros.

—Conseguimos a Inej. Conseguimos nuestro dinero. Es así de simple.

—Así de simple —repitió Nina—. ¿Sabías que soy la próxima en la línea para el trono fjerdano? Soy la princesa Ilse de Engelsberg.

—No hay princesas en Engelsberg —señaló Matthias—. Es un pueblo pesquero.

Nina se encogió de hombros.

—Si vamos a autoengañarnos, hagámoslo a lo grande.

Kaz la ignoró, extendió un mapa de la ciudad sobre la mesa, y Matthias oyó que Wylan le murmuraba a Jesper:

—¿Por qué no dice que quiere recuperarla y ya está?

—Conoces a Kaz, ¿verdad?

—Pero Inej es de los nuestros.

Jesper volvió a levantar las cejas.

—¿De los nuestros? ¿Significa eso que conoces el apretón de manos secreto? ¿Significa que ya estás listo para hacerte el tatuaje?

Pasó un dedo por el antebrazo de Wylan, cuya cara se volvió de un rosado intenso. Matthias no podía evitar simpatizar con el muchacho. Sabía lo que era sentirse desbordado, y a veces sospechaba que podrían renunciar a todos los planes de Kaz y simplemente dejar que Jesper y Nina sometieran a toda Ketterdam utilizando la seducción.

Wylan se bajó la manga, cohibido.

—Inej es parte del grupo.

—Tú no lo presiones.

—¿Por qué no?

—Porque lo más práctico sería que Kaz subastara a Kuwei al mejor postor y se olvidara de Inej por completo.

—Él no haría...

Wylan se detuvo de forma abrupta, y la duda apareció en sus facciones. Ninguno de ellos sabía en realidad lo que haría o no haría Kaz. A veces Matthias se preguntaba si él mismo estaría seguro.

—Vale, Kaz —dijo Nina, quitándose los zapatos y meneando los dedos—. Dado que tenemos un plan infalible, ¿por qué no dejas de meditar encima del mapa y nos dices lo que nos espera?

—Quiero que estéis concentrados en lo que tenemos que hacer mañana por la noche. Después de eso, tendréis toda la información que queráis.

—¿De verdad? —preguntó Nina, tirándose del corsé. Tenía polen de uno de los iris por el hombro desnudo, y Matthias tuvo la abrumadora necesidad de quitárselo con los labios. *Seguro que es venenoso*, se dijo con seriedad. Tal vez debería irse a dar una vuelta.

—Van Eck nos prometió treinta millones de *kruge* —les recordó Kaz—. Eso es justo lo que vamos a tomar. Más otro millón por los intereses, los gastos y porque podemos.

Wylan partió una galletita por la mitad.

—Mi padre no tiene treinta millones de *kruge*. Ni siquiera juntando todos sus bienes.

—Entonces, deberías marcharte —dijo Jesper—. Nosotros solo nos asociamos con los herederos desheredados de las mayores fortunas.

Kaz estiró la pierna mala y flexionó un poco el pie.

—Si Van Eck tuviera a mano esa cantidad de dinero, se lo habríamos robado y ya está, no habríamos tenido que entrar en la Corte de Hielo. Tan solo podía ofrecer una recompensa tan grande porque aseguraba que el Consejo Mercante estaba destinando fondos de la ciudad a ello.

—¿Qué hay del baúl lleno de billetes que llevó a Vellgeluk? —preguntó Jesper.

—Falsos —replicó Kaz, con repulsión en la voz—. Probablemente fueran falsificaciones de calidad.

—Entonces, ¿cómo vamos a conseguir el dinero? ¿Robando a la ciudad? ¿Robando al Consejo? —Jesper se sentó más recto mientras sus manos tamborileaban con ansia sobre la mesa—. ¿Robando doce cámaras acorazadas en una noche?

Wylan se movió en su silla, y Matthias vio la intranquilidad en su expresión. Al menos alguien de esa banda de malhechores se mostraba reacio a seguir cometiendo crímenes.

—No —dijo Kaz—. Vamos a actuar como mercaderes y dejar que el mercado nos haga el trabajo. —Se reclinó en su asiento, con las manos enguantadas descansando sobre la cabeza de cuervo de su bastón—. Vamos a llevarnos el dinero de Van Eck, y después vamos a llevarnos su reputación. Vamos a asegurarnos de que nunca más pueda hacer negocios en Ketterdam ni en ningún lugar cercano a Kerch.

—¿Y qué le pasará a Kuwei? —preguntó Nina.

—Cuando el trabajo esté hecho, Kuwei (y cualquier otro convicto, Grisha o joven desheredado que pueda tener o no un precio por su cabeza), pueden esconderse en las Colonias del Sur.

Jesper frunció el ceño.

—¿Dónde estarás tú?

—Justo aquí. Todavía hay muchos asuntos que requieren mi atención.



Aunque el tono de Kaz era tranquilo, Matthias oyó la oscura expectación en sus palabras. Se había preguntado a menudo cómo sobrevivía la gente a la ciudad, pero era posible que Ketterdam no sobreviviera a Kaz Brekker.

—Espera un momento —dijo Nina—. Pensaba que Kuwei iba a ir a Ravka.

—¿Por qué pensabas eso?

—Cuando vendiste tus acciones del Club Cuervo a Pekka Rollins, le pediste que enviara un mensaje a la capital de Ravka. Todos lo oímos.

—Pensaba que era una petición de ayuda —señaló Matthias—, no una invitación para negociar.

Nunca habían hablado de enviar a Kuwei a Ravka.

Kaz los observó con diversión.

—No era ninguna de las dos cosas. Esperemos que Rollins sea tan ingenuo como vosotros.

—Era un señuelo —gimió Nina—. Tan solo estabas manteniendo ocupado a Rollins.

—Quería que Pekka Rollins estuviera distraído. Con suerte, tendrá a su gente tratando de encontrar a nuestros contactos ravkanos. Deberían ser bastante difíciles de encontrar, dado que no existen.

Kuwei se aclaró la garganta.

—Yo preferiría ir a Ravka.

—Yo preferiría un bañador forrado con piel de marta —dijo Jesper—. Pero no siempre conseguimos lo que queremos.

Una arruga apareció entre las cejas de Kuwei. Al parecer, los límites de su comprensión del kerch habían sido alcanzados y sobrepasados.

—Yo prefiero ir a Ravka —repitió con más firmeza. Los ojos negros e intensos de Kaz se clavaron en los del muchacho. Kuwei se retorció con nerviosismo—. ¿Por qué me está mirando de ese modo?

—Kaz se está preguntando si debería mantenerte con vida —explicó Jesper—. Es terrible para los nervios. Yo recomiendo respirar hondo, y tal vez tomar una tónica.

—Jesper, para —dijo Wylan.

—Os tenéis que relajar los dos. —Jesper le dio unos golpecitos en la mano a Kuwei—. No vamos a dejar que os metan bajo tierra.

Kaz levantó una ceja.

—Será mejor que no hagamos promesas todavía.

—Venga ya, Kaz. No hemos pasado por tantos problemas para salvar a Kuwei como para convertirlo en comida de gusanos.

—¿Por qué quieres ir a Ravka? —preguntó Nina, incapaz de ocultar su entusiasmo.

—Nunca acordamos eso —dijo Matthias. No quería discutir sobre el tema, especialmente no con Nina. Se suponía que iban a dejar libre a Kuwei para que viviera una vida anónima en Novyi Zem, no entregarlo al mayor enemigo de Fjerda.

Nina se encogió de hombros.

—Tal vez tengamos que replantearnos nuestras opciones.

Kuwei habló despacio, escogiendo sus palabras con cuidado.

—Es más seguro allí. Para los Grisha. Para mí. No quiero esconderme. Quiero entrenar. —Kuwei tocó los cuadernos que tenía delante—. El trabajo de mi padre puede ayudar a encontrar... —Dudó e intercambió unas pocas palabras con Nina—. Un antídoto para la *parem*.

Nina unió las manos con una amplia sonrisa. Jesper se reclinó más en su asiento.

—Creo que Nina está a punto de romper a cantar.

Un *antídoto*. ¿Era eso lo que Kuwei había estado garabateando en sus cuadernos? La perspectiva de algo que pudiera neutralizar los poderes de la *parem* era atractiva, pero Matthias no podía evitar sentirse receloso.

—Poner ese conocimiento en las manos de una nación... —comenzó.

Pero Kuwei lo interrumpió.

—Mi padre trajo esta droga al mundo. Incluso sin mí y lo que sé, volverán a hacerla.

—¿Estás diciendo que otra persona va a resolver el enigma de la *parem*? —preguntó Matthias. ¿De verdad no había esperanzas de que pudieran contener esa abominación?

—Algunos descubrimientos científicos son así —dijo Wylan—. Cuando la gente sabe que algo es posible, el ritmo de nuevos descubrimientos se incrementa. Después de eso, es como tratar de meter un enjambre de avispones de nuevo en su nido.

—¿De verdad piensas que es posible crear un antídoto? —preguntó Nina.

—No lo sé —replicó Kuwei—. Mi padre era un Hacedor. Yo solo soy un Inferni.

—Eres nuestro químico, Wylan —señaló Nina, esperanzada—. ¿Tú qué piensas? Él se encogió de hombros.

—A lo mejor. No todos los venenos tienen antídoto.

Jesper resopló.

—Y por eso lo llamamos Wylan Van Rayito de Sol.

—En Ravka hay Hacedores más talentosos —dijo Kuwei—. Podrían ayudar.

Nina asintió con la cabeza de forma enfática.

—Es cierto. Genya Safin sabe de venenos como nadie, y David Kostyk ha desarrollado toda clase de nuevas armas para el rey Nikolai. —Echó un vistazo a Matthias—. ¡Y también otras cosas! Cosas bonitas. Muy pacíficas.

Matthias negó con la cabeza.

—Esta no es una decisión para tomar a la ligera.

Kuwei apretó la mandíbula.

—Yo preferiría ir a Ravka.

—¿Ves? —dijo Nina.

—No, no veo —replicó Matthias—. No podemos entregar un botín así a Ravka.

—Es una persona, no un botín, y él quiere ir.

—¿Es que ahora todos podemos hacer lo que queramos? —preguntó Jesper—. Porque tengo una lista.

Hubo una pausa larga y tensa, y entonces Kaz se pasó un dedo enguantado por el pliegue de sus pantalones y dijo:

—Nina, amor, ¿podrías traducirme? Quiero asegurarme de que Kuwei y yo nos entendamos.

—Kaz... —comenzó ella con tono de advertencia.

Él se inclinó hacia delante y dejó las manos sobre sus rodillas, como un hermano mayor amable ofreciendo consejos amistosos.

—Creo que es importante que entiendas los cambios en tus circunstancias. Van Eck sabe que el primer lugar al que irías en busca de refugio será Ravka, así que cualquier barco dirigido hacia sus costas lo inspeccionarán de arriba abajo. Los únicos Confeccionadores lo bastante poderosos como para que parezcas otra persona están en Ravka, salvo que Nina quiera tomar otra dosis de *parem*.

Matthias soltó un gruñido.

—Cosa poco probable —admitió Kaz—. Imagino que no querrás que te envíe de vuelta a Fjerda, o a Shu Han, ¿verdad?

Quedó claro que Nina había terminado la traducción cuando Kuwei chilló:

—¡No!

—Entonces, tus opciones son Novyi Zem y las Colonias del Sur, pero la presencia kerch en las colonias es mucho más baja. Además, el clima es mejor, si te importa esa clase de cosas. Eres un cuadro robado, Kuwei. Demasiado reconocible como para venderlo en el mercado libre, demasiado valioso para dejarlo tirado por ahí. Para mí eres inútil.

—¡No voy a traducir eso! —gritó Nina.

—Entonces traduce esto: mi única preocupación es mantenerte alejado de Jan Van Eck, y si quieres que comience a explorar opciones más seguras, una bala es mucho más barata que meterte en un barco hacia las Colonias del Sur.

Nina tradujo, aunque titubeante. Kuwei le respondió en shu y ella dudó.

—Dice que eres cruel.

—Soy pragmático. Si fuera cruel, le daría un panegírico en vez de una conversación. Así que, Kuwei, vas a ir a las Colonias del Sur, y cuando la cosa esté menos caldeada, podrás irte a Ravka o a la casa de la abuela de Matthias, que a mí me da igual.

—Deja a mi abuela fuera de esto —dijo Matthias.

Nina tradujo y, por fin, Kuwei hizo un rígido asentimiento de cabeza. Aunque Matthias se había salido con la suya, el abatimiento en la cara de Nina dejó una sensación de vacío en el pecho del fjerdano.

Kaz consultó su reloj.

—Ahora que estamos de acuerdo, ya sabéis todos cuáles son vuestras responsabilidades. Hay muchas cosas que podrían salir mal entre ahora y mañana por

la noche, así que vamos a hablar sobre el plan y después a hablar sobre él otra vez. Solo tenemos una oportunidad para hacer esto.

—Van Eck establecerá un perímetro. La tendrá bien protegida —dijo Matthias.

—Eso es. Tiene más armas, más hombres y más recursos. Lo único que tenemos nosotros es la sorpresa, así que no vamos a desperdiciarla.

En el exterior se oyeron unos suaves roces. Al instante estuvieron todos de pie y preparados, incluido Kuwei. Pero un momento después, Rotty y Specht entraron en la tumba. Matthias soltó aire y volvió a dejar el rifle donde estaba, siempre al alcance de su brazo.

—¿Qué pasa? —preguntó Kaz.

—Los shu están en su embajada —respondió Specht—. Todos en el Tapón están hablando de ello.

—¿Cifras?

—Unos cuarenta, más o menos —dijo Rotty, quitándose el barro de las botas—. Están muy armados, pero siguen utilizando banderas diplomáticas. Nadie sabe exactamente qué es lo que quieren.

—Nosotros sí —replicó Jesper.

—No me acerqué demasiado al Listón —continuó Rotty—, pero Per Haskell está nervioso y no está siendo silencioso sobre el tema. Sin vosotros por ahí, al viejo se le está acumulando el trabajo. Ahora hay rumores de que habéis vuelto a la ciudad y habéis tenido un enfrentamiento con un mercader. Ah, y hubo alguna clase de ataque en uno de los puertos hace unos días. Mataron a unos cuantos marineros y el despacho del capitán de puerto quedó convertido en un montón de astillas, pero nadie conoce los detalles.

Matthias vio que la expresión de Kaz se oscurecía. Estaba sediento de tener más información. El fjerdano sabía que el *demjin* tenía otras razones para ir detrás de Inej, pero el hecho seguía siendo que, sin ella, su capacidad de obtener información había quedado muy mermada.

—De acuerdo —dijo Kaz—. Pero ¿nadie nos ha conectado con el golpe en la Corte de Hielo ni con la *parem*?

—No que yo haya oído —respondió Rotty.

—No —añadió Specht.

Wylan parecía sorprendido.

—Eso significa que Pekka Rollins no ha hablado.

—Dale tiempo —dijo Kaz—. Sabe que tenemos a Kuwei escondido en algún sitio. La carta a Ravka no lo mantendrá tanto tiempo persiguiéndose la cola.

Jesper tamborileó sus dedos con inquietud sobre los muslos.

—¿Alguien se ha dado cuenta de que todos en esta ciudad nos están buscando, o están enfadados con nosotros, o quieren matarnos?

—¿Y? —preguntó Kaz.

—Bueno, por lo general solo es media ciudad.

Puede que Jesper estuviera bromeando, pero Matthias se preguntó si alguno de ellos comprendería realmente las potencias que se estaban desplegando en su contra. Fjerda, Shu Han, Novyi Zem, los kaélicos, los kerch. No eran bandas rivales ni compañeros de negocios furiosos. Eran naciones, decididas a proteger a su gente y asegurar su futuro.

—Hay más —añadió Specht—. Matthias, estás muerto.

—¿Perdona?

El kerch del fjerdano era bueno, pero a lo mejor todavía tenía lagunas.

—Estiraste la pata en la enfermería de la Puerta del Infierno.

La habitación quedó en silencio, y Jesper se sentó con pesadez.

—¿Muzzen está muerto?

—¿Muzzen?

Matthias no situaba aquel nombre.

—Ocupó tu lugar en la Puerta del Infierno —explicó Jesper—. Para que pudieras unirte al trabajo de la Corte de Hielo.

Matthias recordaba la pelea con los lobos, a Nina en su celda, la fuga de prisión. La Grisha había cubierto a un miembro de los Despojos de heridas falsas y le había subido la fiebre para asegurarse de que lo pusieran en cuarentena lejos del resto de la prisión. *Muzzen*. Matthias no debería haber olvidado algo así.

—Pensaba que habías dicho que tenías un contacto en la enfermería —dijo Nina.

—Para mantenerlo enfermo, no para mantenerlo a salvo. —El rostro de Kaz estaba sombrío—. Alguien lo ha matado.

—Los fjerdanos —adivinó Nina.

Matthias cruzó los brazos.

—Eso no es posible.

—¿Por qué no? —preguntó Nina—. Sabemos que hay *drüskelle* aquí. Si vinieron a la ciudad a buscarte e hicieron ruido en la Stadhall, les habrán dicho que estabas en la Puerta del Infierno.

—No —insistió Matthias—. No recurrirían a una táctica tan ruin. ¿Contratar a un asesino? ¿Asesinar en su cama a alguien que está enfermo?

Pero incluso mientras pronunciaba las palabras, Matthias no estaba seguro de creerlas. Jarl Brum y sus oficiales habían hecho cosas peores sin sentir una punzada en su conciencia.

—Grande, rubio y ciego —dijo Jesper—. Como todos los fjerdanos.

*Ha muerto en mi lugar, pensó Matthias. Y ni siquiera he reconocido su nombre.*

—¿Muzzen tenía familia? —preguntó al fin.

—Solo los Despojos —respondió Kaz.

—Sin llantos —murmuró Nina.

—Sin funerales —replicó Matthias en voz baja.

—¿Qué se siente al estar muerto? —preguntó Jesper. La luz alegre había desaparecido de sus ojos.

Matthias no tenía respuesta. El cuchillo que había matado a Muzzen estaba destinado a él, y los fjerdanos bien podrían ser responsables. Los *drüskelle*. Sus hermanos. Querían que muriera sin honor, asesinado en la cama de una enfermería. Era la muerte adecuada para un traidor, la muerte que se había ganado. Ahora Matthias tenía una deuda de sangre con Muzzen, pero ¿cómo iba a poder pagarla?

—¿Qué van a hacer con su cuerpo? —inquirió.

—Seguro que ya está convertido en cenizas en la Barcaza del Segador —respondió Kaz.

—Hay algo más —dijo Rotty—. Alguien está removiendo cielo y tierra para encontrar a Jesper.

—Sus acreedores tendrán que esperar —replicó Kaz, y Jesper hizo una mueca.

—No —contestó Rotty, negando con la cabeza—. Un hombre se presentó en la universidad. Jesper, dice que es tu padre.





**I**nej estaba boca abajo, con los brazos extendidos delante de ella, retorciéndose como un gusano a través de la oscuridad. A pesar de que prácticamente había estado muriéndose de hambre, el conducto de ventilación seguía siendo muy estrecho. No podía ver adonde iba; tan solo seguía avanzando, impulsándose con las puntas de los dedos.

Había despertado algún tiempo después de la batalla de Vellgeluk, sin ningún conocimiento de cuánto llevaba inconsciente ni idea alguna de dónde se encontraba. Recordaba caer desde una gran altura cuando uno de los Vendavales de Van Eck la soltó, solo para que otro la recogiera. Los brazos eran como vigas de acero a su alrededor, el aire le golpeaba la cara, el cielo gris la rodeaba, y después un dolor explotó en su cráneo. Lo siguiente que supo fue que estaba despierta, con la cabeza palpitante en la oscuridad. Tenía las manos y los tobillos atados, y notaba una venda que le cruzaba la cara. Por un momento, volvió a tener catorce años y estaba tirada en la bodega de un barco de esclavos, asustada y sola. Se obligó a respirar. Dondequiera que estuviera, no notaba el balanceo de ningún barco, ni oía el crujido de las velas. El suelo era sólido bajo ella.

¿Adonde la habría llevado Van Eck? Podía estar en un almacén, o la casa de alguien. Tal vez ni siquiera estuviera ya en Kerch. Daba igual. Era Inej Ghafa, y no iba a temblar como un conejo en una trampa. *Esté donde esté, tengo que escapar.*

Logró quitarse la venda restregando la cara contra la pared. La habitación estaba totalmente a oscuras, y lo único que podía oír en el silencio era su propia respiración acelerada mientras el pánico se apoderaba de ella otra vez. Lo mantuvo a raya controlando la respiración, tomando aire por la nariz y soltándolo por la boca,

dejando que su mente recurriera a la oración mientras sus Santos se reunían a su alrededor. Los imaginó comprobando las cuerdas de sus muñecas, frotando vida en sus manos. No se dijo que no tenía miedo. Hacía mucho tiempo, tras una caída grave, su padre le había explicado que solo los estúpidos no sentían miedo. *Recibimos al miedo*, le había dicho. *Saludamos al invitado inesperado y escuchamos lo que tiene que decirnos. Cuando llega el miedo, algo está a punto de pasar.*

Inej pretendía que algo pasara. Había ignorado el dolor de su cabeza y se había obligado a recorrer la habitación, calculando sus dimensiones. Después había utilizado la pared para ponerse en pie y la había toqueteado, arrastrando los pies y dando saltitos, en busca de puertas o ventanas. Al oír unos pasos que se acercaban se había tirado al suelo, pero no tuvo ocasión de volver a colocarse la venda. A partir de ese momento, los guardias la ataron con más fuerza. Pero no importaba, porque había encontrado el conducto de ventilación. Lo único que necesitaba era una forma de librarse de las cuerdas. Kaz lo habría conseguido en la oscuridad y probablemente también bajo el agua.

El único vistazo a fondo que había podido echarle a la habitación donde la mantenían cautiva era durante las comidas, cuando llevaban una lámpara. Oía unas llaves girando en una serie de cerraduras, la puerta abriéndose, el sonido de la bandeja cuando la dejaban sobre la mesa. Un momento después, le quitaban la venda de la cara con suavidad; Bajan nunca era rudo ni brusco. No estaba en su naturaleza. De hecho, Inej sospechaba que estaba más allá de las capacidades de sus manos de músico bien cuidadas.

Por supuesto, nunca había nada que cortara en la bandeja. Van Eck era lo bastante listo como para no confiarle siquiera una cuchara, pero Inej había aprovechado cada momento sin venda para examinar cada centímetro de la estéril habitación, en busca de pistas que pudieran ayudarla a adivinar su ubicación y planear su escapada. No había mucho que le sirviera: un suelo de hormigón sin nada salvo la pila de mantas que le habían dado para cobijarse por la noche, las paredes llenas de estantes vacíos, la mesa y la silla donde comía. No había ventanas, y la única pista de que todavía podrían estar cerca de Ketterdam era el rastro húmedo de la sal en el aire.

Bajan le desataba las muñecas y después volvía a atárselas por delante del pecho para que pudiera comer; aunque una vez la chica descubrió el conducto, solo picoteaba de su comida, comiendo lo suficiente para conservar las fuerzas pero nada más. Sin embargo, cuando Bajan y los guardias le habían llevado la bandeja aquella noche, el estómago le gruñó de forma audible ante el aroma de las salchichas jugosas y las gachas. Estaba atontada a causa del hambre y, cuando había tratado de sentarse, había tirado la bandeja de la mesa. La taza y el cuenco de cerámica blanca se habían hecho pedazos, y su cena cayó al suelo en un montón humeante de masa sabrosa y loza rota. Inej había aterrizado sin gracilidad junto a ella, evitando por los pelos llenarse la cara de gachas.

Bajan había negado con su cabeza de pelo oscuro y sedoso.

—Estás débil porque no comes. El señor Van Eck dice que debo obligarte a comer si es necesario.

—Inténtalo —había dicho ella, levantando la mirada desde el suelo hacia él y enseñando los dientes—. Tendrás problemas para dar clases de piano sin todos tus dedos.

Pero Bajan tan solo se había reído, mostrando una sonrisa blanca. Él y uno de los guardias la habían ayudado a sentarse otra vez, y después había mandado a buscar otra bandeja.

Van Eck no podía haber elegido mejor a su carcelero. Bajan era sulí, solo unos pocos años mayor que Inej, con un espeso pelo negro que se enroscaba alrededor de su cuello y unos ojos como gemas negras enmarcados por pestañas lo bastante largas como para espantar moscas. Le dijo que era un profesor de música contratado por Van Eck, e Inej se preguntó por qué el mercader había llevado a su casa a un chico así, teniendo en cuenta que su nueva mujer tenía menos de la mitad de años que él. Van Eck era o muy confiado o muy estúpido. *Traicionó a Kaz recordó. Se acerca más a la columna de los estúpidos.*

En cuanto limpiaron el desastre (fue un guardia, Bajan no se rebajaba a esos trabajos) y le llevaron más comida a Inej, él se había apoyado contra la pared para verla comer. La muchacha había tomado un puñado de gachas con los dedos, permitiéndose solo unos pocos bocados torpes.

—Tienes que comer más que eso —la reprendió Bajan—. Si cooperaras un poco más, si respondieras a sus preguntas, descubrirías que Van Eck es un hombre razonable.

—Un mentiroso, tramposo y secuestrador razonable —replicó ella, y después se maldijo por responder.

Bajan no podía ocultar que se sentía complacido. Tenían la misma rutina en cada comida: ella picoteaba su comida. Él hablaba un poco, salpicando la charla de preguntas incisivas sobre Kaz y los Despojos. Cada vez que Inej respondía, él lo consideraba una victoria. Por desgracia, cuanto menos comía la chica más débil se volvía, y más le costaba mantenerse alerta.

—Dadas las compañías que frecuentas, pensaba que mentir y hacer trampas serían puntos a favor del señor Van Eck.

—*Shevrati* —dijo Inej con claridad. *Ignorante.* Había llamado así a Kaz en más de una ocasión. Pensó en Jesper jugando con sus pistolas, en Nina quitándole la vida a un hombre con un giro de muñeca, en Kaz forzando una cerradura con sus guantes negros. Rufianes. Ladrones. Asesinos. Y todos valían más que mil como Jan Van Eck.

*Entonces, ¿dónde están?* La pregunta rasgó una costura cosida con prisa en su interior. *¿Dónde está Kaz?* No quería darle demasiadas vueltas a esa pregunta. Por encima de todo lo demás, Kaz era práctico. ¿Por qué iba a ir a por ella cuando podía dejar atrás a Van Eck llevándose al rehén más valioso del mundo?

Bajan arrugó la nariz.

—Prefiero no hablar suli. Me pone sensible.

Llevaba unos pantalones de seda ajustados y un abrigo de corte elegante. Clavada a su solapa, una lira dorada coronada con hojas de laurel y un pequeño rubí indicaban tanto su profesión como la casa donde estaba contratado.

Inej sabía que no debía continuar hablando con él, pero seguía siendo una buscadora de secretos.

—¿Qué instrumentos enseñas? —preguntó—. ¿Arpa? ¿Piano?

—Y también la flauta, y doy clases de canto para las damas.

—¿Y cómo canta Alys Van Eck?

Bajan le dirigió una sonrisa perezosa.

—De una forma mucho más bonita siguiendo mis instrucciones. Podría enseñarte a ti a producir toda clase de sonidos placenteros.

Inej puso los ojos en blanco. Era igual que los chicos con los que había crecido, con la cabeza llena de sinsentidos y la boca llena de encanto fácil.

—Estoy atada y enfrentándome a la perspectiva de una tortura o algo peor. ¿De verdad estás tratando de seducirme?

Bajan chasqueó la lengua.

—El señor Van Eck y tu Brekker van a llegar a un acuerdo. Van Eck es un hombre de negocios. Por lo que sé, tan solo está protegiendo sus intereses... no me lo imagino recurriendo a la tortura.

—Si tú fueras quien acaba atado y vendado todas las noches, tal vez tu imaginación no sería tan débil.

Y si Bajan hubiera conocido algo a Kaz, no estaría tan seguro de que habría un intercambio.

En las largas horas que permanecía sola, Inej trataba de descansar y pensar en la huida, pero inevitablemente sus pensamientos regresaban a Kaz y los demás. Van Eck quería intercambiarla por Kuwei Yul-Bo, el chico shu que habían robado de la fortaleza más letal del mundo. Era la única persona con esperanzas de recrear el trabajo de su padre en la droga conocida como *jurda parem*, y el precio de su rescate daría a Kaz todo lo que siempre había querido: el dinero y el prestigio que necesitaba para tomar su legítimo puesto entre los jefes del Barril, y la oportunidad de vengarse de Pekka Rollins por la muerte de su hermano. Los hechos se alineaban uno tras otro, un ejército de dudas contra la esperanza que la chica trataba de mantener firme en su interior.

El rumbo de Kaz era evidente: pedir el rescate de Kuwei, llevarse el dinero, buscar una nueva araña que escalara las paredes del Barril y robara secretos para él. ¿Y acaso ella no le había dicho que planeaba marcharse de Ketterdam en cuanto les pagaran? *Quédate conmigo*. ¿Lo había dicho en serio? ¿Qué valor tenía la vida de Inej en comparación con la recompensa que podría conseguir Kaz por Kuwei? Nina jamás le permitiría que la abandonara. Lucharía con todo lo que tenía para liberar a Inej, incluso aunque siguiera en las garras de la *parem*. Matthias se pondría de su

parte, con ese gran corazón lleno de honor. Y Jesper... Bueno, Jesper jamás haría daño a Inej, pero necesitaba dinero con urgencia si no quería que su padre perdiera su sustento. Actuaría como mejor pudiera, pero eso no tenía por qué significar que fuera lo mejor para ella. Además, sin Kaz, ¿alguno de ellos era rival para la crueldad y los recursos de Van Eck? *Yo lo soy*, se dijo Inej. *Puede que no tenga la mente retorcida de Kaz, pero soy peligrosa.*

Van Eck le había enviado a Bajan todos los días, y él no había sido otra cosa que amigable y agradable, incluso mientras la presionaba para hablar de la ubicación de los refugios de Kaz. La chica sospechaba que Van Eck no acudía él mismo porque sabía que Kaz estaría vigilando sus movimientos de cerca. O a lo mejor la creía más vulnerable a un chico suli que a un mercader astuto. Pero esa noche, algo había cambiado.

Por lo general, Bajan se marchaba cuando Inej dejaba claro que no iba a comer más: una sonrisa de despedida, una pequeña reverencia y su trabajo había terminado hasta la mañana siguiente. Aquella noche se había quedado. En lugar de desaparecer cuando la muchacha utilizó sus manos atadas para apartar el plato, había dicho:

—¿Cuándo viste a tu familia por última vez?

*Un nuevo enfoque.*

—¿Te ha ofrecido Van Eck alguna recompensa si logras extraerme información?

—Tan solo era una pregunta.

—Y yo solo soy una prisionera. ¿Te ha amenazado con castigarte?

Bajan echó un vistazo a los guardias y dijo en voz baja:

—Van Eck podría llevarte de nuevo con tu familia. Podría pagar tu contrato con Per Haskell. Está dentro de sus capacidades.

—¿Ha sido idea tuya o de tu amo?

—¿Qué importa eso? —preguntó Bajan. Había una urgencia en su voz que traspasó las defensas de Inej. *Cuando llega el miedo, algo está a punto de pasar.* Pero ¿tendría miedo de Van Eck, o tendría miedo por ella?—. Puedes abandonar a los Despojos, a Per Haskell y a ese horrible Kaz Brekker sin ningún peligro. Van Eck podría darte transporte hasta Ravka y dinero para viajar.

¿Era una oferta o una amenaza? ¿Podría haber encontrado Van Eck a sus padres? Los suli no eran fáciles de rastrear, y se sentirían recelosos con cualquier extraño haciendo preguntas. Pero ¿y si Van Eck había enviado hombres que aseguraran saber algo sobre una chica perdida? ¿Una chica que se había desvanecido un amanecer frío como si la marea hubiera alcanzado la orilla para reclamarla?

—¿Qué sabe Van Eck sobre mi familia? —preguntó mientras su furia crecía.

—Sabe que estás lejos de casa. Sabe cuáles son los términos de tu contrato con la Reserva.

—Entonces, sabrá que me habían esclavizado. ¿Hará que arresten a Tante Heleen?

—Yo... No creo...

—Pues claro que no. A Van Eck no le importa que me compraran y vendieran como si fuera un saco de algodón. Tan solo está buscando una ventaja.

Pero lo que preguntó Bajan después sorprendió a Inej.

—¿Tu madre hacía pan de sartén?

La chica frunció el ceño.

—Claro.

Era un alimento básico de los suli. Inej podría haberlo hecho hasta dormida.

—¿Con romero?

—Con eneldo, cuando teníamos.

Sabía lo que estaba haciendo Bajan, tratando de hacerla pensar en su hogar. Pero tenía tanta hambre y el recuerdo era tan fuerte que su estómago gruñó de todos modos. Podía ver a su madre aflojando el fuego y dando la vuelta al pan con unos movimientos rápidos de los dedos, podía oler la masa cocinándose sobre las cenizas.

—Tus amigos no van a venir —dijo Bajan—. Es hora de empezar a pensar en tu propia supervivencia. Podrías estar en casa con tu familia para cuando acabe el verano. Van Eck puede ayudarte si se lo permites.

Todas las alarmas en el interior de Inej dieron la señal de peligro. La jugada era demasiado obvia. Bajo el encanto de Bajan, sus ojos oscuros y sus promesas fáciles, había miedo. Y aun así, en medio del clamor de la sospecha, la chica podía oír el suave repicar de otra campana, un sonido que decía «¿y si...?». ¿Y si se permitía dejarse consolar y dejaba la farsa de haber superado las cosas que había perdido? ¿Y si simplemente dejaba que Van Eck la metiera en un barco y la enviara a casa? Podría volver a probar el pan de su madre, caliente de la sartén, ver su trenza oscura entrelazada con lazos y trozos de seda del color de los caquis maduros.

Pero Inej era más sensata que eso. Había aprendido del maestro. *Mejor verdades terribles que mentiras amables*. Kaz nunca le había ofrecido la felicidad, y la chica no confiaba en los hombres que le prometían dársela ahora. Su sufrimiento no había sido en vano. Sus Santos la habían llevado a Ketterdam por una razón: un barco para cazar esclavizadores, una misión para dar sentido a todo lo que había sufrido. No iba a traicionar ese propósito ni a sus amigos por un sueño del pasado.

Inej le siseó a Bajan, un sonido animal que le hizo encogerse hacia atrás.

—Dile a tu amo que honre sus pactos antiguos antes de comenzar a hacer otros nuevos —le dijo—. Ahora, déjame en paz.

Bajan se había escabullido como la rata bien vestida que era, pero Inej sabía que era el momento de marcharse. La nueva insistencia del hombre no podía significar nada bueno para ella. *Tengo que salir de esta trampa*, había pensado, *antes de que esta criatura me siga tentando con recuerdos y simpatía*. A lo mejor Kaz y los demás estaban yendo a por ella, pero no tenía intención de quedarse a esperar.

En cuanto Bajan y los guardias se hubieron marchado, la chica había sacado el fragmento de cuenco roto del lugar donde lo había escondido bajo las cuerdas de sus tobillos y se puso a trabajar. Aunque se sentía débil y mareada cuando había llegado

Bajan con ese cuenco de olor celestial, tan solo había fingido caerse para poder derribar la bandeja de la mesa. Si Van Eck hubiera investigado de verdad, habría advertido a Bajan de que el Espectro no se caía. Desde luego, no se caía de una forma tan torpe al suelo, donde podría esconder con facilidad un trozo de loza afilada entre los nudos.

Después de lo que parecía una eternidad de serrar, arañar y ensangrentarse las puntas de los dedos con el borde del fragmento, había logrado cortar por fin las cuerdas para liberarse las manos, y después se desató los tobillos y se abrió camino hasta el conducto de ventilación, tanteando. Bajan y los guardias no volverían hasta por la mañana, y eso le daba toda la noche para escapar de ese lugar y alejarse de allí tanto como pudiera.

El pasadizo era miserablemente estrecho, y el aire en su interior estaba húmedo y tenía olores que la chica no podía identificar. La oscuridad era tan absoluta que parecía que no se hubiera quitado la venda. No tenía ni idea de adonde llevaría el conducto. Podría tener unos metros más de longitud o un kilómetro. Tenía que desaparecer antes de que llegara la mañana, o encontrarían la rejilla que cubría el conducto suelta sobre sus goznes y sabrían exactamente dónde se encontraba.

*Buena suerte para sacarme*, pensó sombríamente. Dudaba que ninguno de los guardias de Van Eck pudiera meterse dentro del hueco. Tendrían que encontrar a algún pinche de cocina y engrasarlo con manteca.

Siguió avanzando poco a poco. ¿Cuánto se había alejado? Cada vez que respiraba hondo, sentía como si el conducto se estuviera estrechando alrededor de sus costillas. Por lo que sabía, podría encontrarse en la parte superior de un edificio. A lo mejor sacaba la cabeza por el otro lado solo para encontrar debajo una transitada calle de Ketterdam. Con eso podía lidiar. Pero ¿y si el conducto terminaba y ya está? ¿Y si había una pared al otro lado? Tendría que recorrer retorciéndose toda esa distancia y tener la esperanza de volver a atarse las cuerdas para que sus captos no supieran lo que había hecho. Era imposible. No podía haber callejones sin salida esa noche.

*Más rápido*, se dijo, con la frente llena de gotas de sudor. Era difícil no imaginar el edificio comprimiéndose a su alrededor, las paredes sacándole el aire de los pulmones. No podría trazar ningún plan real hasta que alcanzara el final del túnel, hasta que supiera lo lejos que tendría que ir para evadir a los hombres de Van Eck.

Entonces lo sintió, una débil ráfaga de aire que rozaba su frente húmeda, y susurró una rápida oración de agradecimiento. Tenía que haber alguna clase de abertura delante. Olisqueó en busca de un indicio de humo de carbón, o de los pastos verdes y húmedos de un pueblo en el campo. Con cautela, serpenteó hacia delante hasta que sus dedos establecieron contacto con una rejilla. No había ninguna luz filtrándose por ella, lo que suponía que era algo bueno. La habitación en la que estaba a punto de bajar debía de estar desocupada. Por los Santos, ¿y si se encontraba en la mansión de Van Eck? ¿Y si estaba a punto de caer sobre un mercader dormido?



Escuchó en busca de algún sonido humano, ronquidos o una respiración profunda. Nada.

Deseó tener sus cuchillos, sentir su reconfortante peso en sus palmas. ¿Todavía los tendría Van Eck en su poder? ¿Los habría vendido o lanzado al mar? La chica los nombró de todos modos (*Petyr, Marya, Anastasia, Lizabeta, Sankt Vladimir, Sankta Alina*) y encontró coraje con cada palabra susurrada. Después sacudió la rejilla y le dio un fuerte empujón. Se abrió de golpe, pero en lugar de girar sobre sus goznes, se soltó del todo. La chica trató de sujetarla, pero la rejilla se deslizó junto a sus dedos y cayó al suelo con estrépito.

Inej esperó, con el corazón latiéndole con fuerza. Pasó un minuto en silencio. Otro. No vino nadie. La habitación estaba vacía. Tal vez todo el edificio estaba vacío. Van Eck no la habría dejado sin custodia, así que sus hombres debían de estar en el exterior. Si ese era el caso, sabía que escapar de ellos no sería un gran desafío. Y al menos ahora sabía más o menos a qué distancia se encontraba el suelo.

No había forma grácil de lograr lo que hizo a continuación. Salió empezando por la cabeza, sujetándose a la pared. Después, cuando más de la mitad de su cuerpo estaba fuera y comenzó a inclinarse, dejó que el impulso se la llevara, aovillándose en una bola y poniendo los brazos sobre la cabeza para protegerse el cráneo y el cuello mientras caía.

El impacto fue casi indoloro. El suelo era de hormigón duro como el de su celda, pero giró al golpearlo y acabó contra lo que parecía la parte trasera de algo sólido. Se puso en pie y exploró con las manos aquello con lo que se había chocado. Estaba tapizado en terciopelo. Mientras se movía, palpó otro objeto idéntico junto al primero. *Asientos*, comprendió. *Estoy en un teatro*.

Había muchas salas de conciertos y teatros en el Barril. ¿Podría estar tan cerca de casa? ¿O a lo mejor en una de las respetables óperas del Tapón?

Se movió con lentitud, extendiendo las manos ante ella hasta que llegó junto a una pared en lo que suponía que sería el fondo del teatro. La toqueteó en busca de una puerta, una ventana, incluso otro conducto de ventilación. Al fin, sus dedos tocaron el marco de una puerta y sus manos rodearon el picaporte. No cedía; estaba cerrada con llave. Inej la sacudió, dudosa.

La habitación se llenó de luz. La muchacha se encogió contra la puerta, entornando los ojos ante la repentina claridad.

—Si querías una visita guiada, Ghafa, podrías haberlo pedido y ya está —dijo Jan Van Eck.

Se encontraba en el escenario del decrepito teatro, con su traje negro de mercader de líneas severas. Los asientos de terciopelo verde del teatro estaban comidos por las polillas, y las cortinas a ambos lados del escenario colgaban hechas jirones. Nadie se había molestado en quitar el decorado de la última obra. Parecía la visión aterrorizada de un niño de la sala de operaciones de un cirujano, con enormes sierras y mazos

colgando de la pared. Inej lo reconoció como el decorado de *El Demente y el Doctor*, una de las obras cortas de la *Komedie Brute*.

Había guardias situados por toda la habitación, y Bajan se encontraba junto a Van Eck retorciendo sus manos elegantes. ¿Habrían dejado el conducto abierto para tentarla? ¿Habría estado Van Eck jugando con ella todo el tiempo?

—Traedla aquí —indicó el hombre a los guardias.

Inej no dudó. Saltó al estrecho respaldo del asiento más cercano y después corrió hacia el escenario, saltando de fila en fila mientras los guardias trataban de subirse a los asientos. Saltó al escenario, pasó junto a un sobresaltado Van Eck, rodeó limpiamente a otros dos guardias y agarró una de las cuerdas del escenario para escalar por ella, rezando para que aguantara su peso hasta que llegara a la parte superior. Podría esconderse entre las vigas y buscar una forma de llegar al tejado.

—¡Cortadla! —ordenó Van Eck con voz calmada.

Inej siguió subiendo, más alto y más rápido. Pero unos segundos después vio una cara sobre ella. Era uno de los guardias de Van Eck, con un cuchillo en la mano. Cortó la cuerda, que cedió, y la chica calló al suelo protegiéndose las rodillas para amortiguar el impacto. Antes de que pudiera levantarse, tenía tres guardias encima sujetándola donde estaba.

—De verdad, Ghafa —la reprendió Van Eck—, somos todos bien conscientes de tus dones. ¿Pensabas que no tomaría precauciones? —No esperó respuesta—. No vas a encontrar la forma de salir de aquí sin mi ayuda o la de Brekker. Dado que no parece que vaya a aparecer, tal vez deberías considerar un cambio en tu lealtad.

Inej no dijo nada.

Van Eck se puso las manos por detrás de la espalda. Era extraño mirarlo y ver el fantasma de la cara de Wylan.

—La ciudad está inundada de rumores de la *parem*. Una delegación de *drüskelle* fjerdanos ha llegado al sector de la embajada, y hoy han entrado dos buques de guerra shu en el Tercer Puerto. Le di siete días a Brekker para negociar un intercambio por tu seguridad, pero todos están buscando a Kuwei Yul-Bo y es imperativo que lo saque de la ciudad antes de que lo encuentren.

Dos buques de guerra shu. Eso era lo que había cambiado: Van Eck se estaba quedando sin tiempo. ¿Lo habría sabido Bajan, o tan solo notaba la diferencia en el humor de su amo?

—Esperaba que Bajan sirviera para algo más que mejorar el talento de mi mujer con el piano —continuó el mercader—. Pero parece que tú y yo debemos llegar ahora a un acuerdo. ¿Dónde tiene Kaz Brekker al chico?

—¿Cómo podría saber eso?

—Debes de saber dónde se encuentran los refugios de los Despojos. Brekker no hace nada sin prepararse, tendrá madrigueras donde esconderse por toda la ciudad.

—Si lo conoces tan bien, entonces sabrás que nunca tendría a Kuwei en ningún lugar al que yo pueda llevarte.

—No me lo creo.

—Me da igual lo que creas o no. Lo más probable es que tu científico shu se haya ido hace mucho.

—Habría recibido noticias; tengo espías por todas partes.

—Está claro que no por todas partes.

Los labios de Bajan se crisparon y Van Eck negó con la cabeza, cansado.

—Llevala a la mesa.

Inej sabía que no tenía sentido resistirse, pero lo hizo de todos modos. Era luchar o ceder al terror que la recorría mientras los guardias la levantaban hasta la mesa y sujetaban sus miembros. Vio que una de las mesas del decorado estaba llena de instrumentos que no se parecían nada a las enormes mazas y sierras que colgaban de las paredes. Eran herramientas reales de un cirujano. Bisturís, sierras y grapas que relucían con un siniestro propósito.

—Eres el *Espectro*, Ghafa, una leyenda del Barril. Has conseguido los secretos de jueces, concejales, ladrones y asesinos. Dudo que haya nada en esta ciudad que no conozcas, así que vas a decirme ahora mismo la ubicación de los refugios de Brekker.

—No puedo decirte lo que no sé.

Van Eck suspiró.

—Recuerda que he intentado tratarte de forma civilizada. —Se giró hacia uno de los guardias, un hombre fornido con una nariz puntiaguda como una cuchilla—. Preferiría que no durara demasiado. Haz lo que consideres mejor.

La mano del guardia flotó sobre la mesa de instrumentos como si estuviera decidiendo qué crueldad sería más eficaz. Inej sintió que su coraje se tambaleaba, que su respiración se convertía en jadeos de pánico. *Cuando llega el miedo, algo está a punto de pasar.*

Bajan se inclinó sobre ella, con la cara pálida y los ojos llenos de preocupación.

—Por favor, cuéntaselo. ¿De verdad crees que Brekker merece que acabes mutilada o llena de cicatrices? Cuéntale lo que sepas.

—Lo único que sé es que los hombres como tú no merecen el aire que respiran.

Bajan parecía herido.

—Creo que he sido bastante amable contigo. No soy ningún monstruo.

—No, eres el hombre que se sienta perezosamente a un lado, felicitándose por su decencia, mientras el monstruo se come a su víctima. Al menos un monstruo tiene dientes y agallas.

—¡Eso no es justo!

Inej no podía creer lo blanda que era aquella criatura, que buscaba su aprobación en ese momento.

—Si todavía crees en la justicia, entonces has tenido una vida muy afortunada. Quítate del camino del monstruo, Bajan. Terminemos con esto. —El guardia con la nariz de cuchilla avanzó, y algo brillaba en su mano. Inej buscó un lugar de calma en su interior, el lugar que le permitió soportar un año en la Reserva, un año de noches

marcadas por el dolor y la humillación, de días contados en palizas y cosas peores—. Adelante —dijo, y su voz era de acero.

—Espera —replicó Van Eck. Estaba examinando la cara de Inej como si leyera un libro de contabilidad, tratando de comprender las cifras. Incluyó la cabeza hacia un lado y añadió—: Rómpele las piernas.

La chica sintió que su coraje se fracturaba. Comenzó a revolcarse, tratando de liberarse del agarre de los guardias.

—Ah —dijo Van Eck—. Eso es lo que pensaba. —El guardia de la nariz de cuchilla eligió un pesado trozo de tubería—. No. No quiero que sea una rotura limpia. Utiliza la maza, destrózale los huesos. —Su cara flotó sobre Inej, con los ojos de un azul brillante y claro. Eran los ojos de Wylan, pero desprovistos de su bondad—. Nadie va a poder dejarte como estabas, Ghafa. A lo mejor puedes ganarte la forma de pagar el contrato pidiendo limosna en el Stave Oriental y después volver arrastrándote al Listón cada noche, suponiendo que Brekker todavía te dé una habitación allí.

—*No lo hagas.*

No sabía si estaba suplicándole a Van Eck o a sí misma. No sabía a quién odiaba más en ese momento.

El guardia tomó una maza de acero. Inej se retorció en la mesa, con el cuerpo cubierto de sudor. Podía oler su propio miedo.

—No lo hagas —repitió—. No lo hagas.

El hombre de la nariz sopesó la maza en sus manos. Van Eck asintió con la cabeza, y el guardia levantó el instrumento en un arco regular.

Inej observó la maza mientras se elevaba hasta llegar arriba, con la luz reflejándose en su ancha cabeza, la cara plana de una luna muerta. Oyó el crepitar del fuego de campamento, pensó en el pelo de su madre entrelazado con seda color caqui.

—¡No va a cambiarme por nada si me destrozas! —gritó. Las palabras escaparon de algún lugar profundo en su interior, y su voz sonaba herida e indefensa—. ¡Ya no le serviré para nada!

Van Eck levantó la mano. La maza cayó.

Inej sintió cómo rozaba sus pantalones mientras el impacto destrozaba la superficie de la mesa a un pelo de distancia de su pantorrilla, reventando toda la esquina con fuerza.

*Mi pierna*, pensó, estremeciéndose con violencia. *Eso habría sido mi pierna*. Notó un sabor metálico en la boca; se había mordido la lengua. *Los Santos me protegen. Los Santos me protegen.*

—Ese es un argumento interesante —dijo Van Eck, meditativo. Se llevó un dedo a los labios, pensando—. Sopesa tus lealtades, Ghafa. Mañana por la noche tal vez no sea tan misericordioso.

Inej no podía controlar su temblor. *Voy a acuchillarte*, se juró en silencio. *Voy a sacarte ese patético intento de corazón del pecho*. Era un pensamiento malvado, un pensamiento vil, pero no podía evitarlo. ¿Castigarían sus Santos algo así? ¿Podría obtener el perdón si mataba no para sobrevivir, sino porque ardía con un odio vivo y luminoso? *No me importa*, pensó mientras unos espasmos recorrían su cuerpo y los guardias levantaban su forma temblorosa de la mesa. *Haré penitencia durante el resto de mis días si eso significa que puedo matarlo*.

La arrastraron de vuelta a la habitación a través del vestíbulo del desvencijado teatro y por un pasillo hasta lo que ahora sabía que debía de ser una vieja sala de equipamiento. Volvieron a atarle las manos y los pies.

Bajan se acercó para ponerle la venda sobre los ojos.

—Lo siento —susurró—. No sabía que pretendía... Yo...

—*Kadema mehim*.

Bajan se encogió.

—No digas eso.

Los sulí eran una gente unida, leal. Tenían que serlo, en un mundo donde no tenían tierra y donde quedaban tan pocos. A Inej le castañeteaban los dientes, pero se obligó a decir las palabras:

—Estás desterrado. Como tú me has dado la espalda, ellos te darán la espalda a ti.

Era la peor de las declaraciones sulí, una que prohibía que los ancestros te dieran la bienvenida en el otro mundo y condenaba a tu espíritu a vagar sin hogar.

Bajan palideció.

—No me creo nada de eso.

—Lo harás.

Él le ajustó la venda alrededor de la cabeza, y después la muchacha oyó que se cerraba la puerta. Se quedó tumbada de lado, con la cadera y el hombro clavándose en el suelo duro, y esperó a que pasaran los temblores.

En sus primeros días en la Reserva, había creído que alguien acudiría a por ella. Su familia la encontraría. Un agente de la ley. Un héroe de las historias que solía contar su madre. Habían acudido hombres, pero no para liberarla, y al final su esperanza se había marchitado como las hojas bajo un sol demasiado radiante, reemplazada por un amargo brote de resignación.

Kaz la había rescatado de esa desesperación, y sus vidas habían sido una serie de rescates desde entonces, una secuencia de deudas que nunca contabilizaban mientras se salvaban una y otra vez. Tumbada en la oscuridad, se dio cuenta de que a pesar de todas sus dudas había creído que la rescataría una vez más, que dejaría a un lado su avaricia y a sus demonios y acudiría en su busca. Ahora no estaba tan segura. No era solo la lógica de las palabras que había pronunciado lo que había detenido a Van Eck, sino la verdad que este había oído en su voz. *No va a cambiarme por nada si me destrozas*. La chica no podía fingir que había dicho esas palabras por estrategia o

astucia animal. La magia que habían obrado había nacido de la creencia. Un horrible encantamiento.

*Mañana por la noche tal vez no sea tan misericordioso.* ¿Lo de aquella noche había sido un ejercicio para asustarla? ¿O regresaría Van Eck para cumplir sus amenazas? Y si Kaz acababa llegando, ¿cuánto quedaría de ella?

SEGUNDA PARTE

UN VIENTO  
ASESINO







esper se sentía como si tuviera la ropa infestada de pulgas. Siempre que el grupo se iba de la Isla del Velo Negro para merodear por el Barril, llevaban los disfraces de la *Komedie Brute*: las capas, los velos, las máscaras, y en ocasiones los cuernos que usaban tanto turistas como lugareños para ocultar sus identidades mientras disfrutaban de los placeres del Barril.

Pero allí, en las respetables avenidas y canales del distrito de la universidad, el Señor Carmesí y el Diablillo Gris habrían atraído muchas miradas, así que él y Wylan se habían deshecho de sus disfraces en cuanto dejaron atrás el canal. Y si Jesper era honesto consigo mismo, no quería encontrarse con su padre por primera vez en años vestido con una máscara de ojos saltones o una capa de seda naranja, ni siquiera con su llamativo atuendo del Barril. Se había vestido de forma tan respetable como podía. Wylan le había prestado unos pocos *kruge* para una chaqueta de lana áspera de segunda mano y un sombrío chaleco gris. Jesper no parecía especialmente respetable, pero de todos modos los estudiantes no tenían que parecer prósperos.

Otra vez se encontró llevando la mano al lugar de sus revólveres, ansiando la fría y familiar sensación de las empuñaduras de nácar bajo sus pulgares. Ese rufián del abogado había ordenado al encargado guardarlos en una caja fuerte del Cúmulo. Kaz había dicho que los recuperarían en su debido momento, pero Jesper dudaba que él estuviera tan calmado y tranquilo si alguien se hubiera quedado con su bastón. *Eres tú quien los puso en la mesa como un idiota*, se recordó el pistolero. Lo había hecho por Inej. Y, si era honesto, también lo había hecho por Kaz, para demostrar que estaba dispuesto a hacer lo que fuera necesario para arreglar las cosas. Aunque no es que pareciera importar demasiado.

*Bueno, se consoló, de todos modos tampoco habría podido traer los revólveres a esta misión.* Los estudiantes y los profesores no iban de clase en clase llenos de pólvora, aunque la jornada lectiva habría sido mucho más interesante si así fuera. Aun así, Jesper había escondido una triste pistola abultada bajo su chaleco. Después de todo, estaban en Ketterdam, y era posible que él y Wylan estuvieran entrando en una trampa. Por eso era por lo que Kaz y Matthias estaban siguiendo sus pasos. Jesper no había visto señales de ninguno de los dos y, aunque suponía que era algo bueno, seguía estando agradecido de que Wylan se hubiera ofrecido a acompañarlo. Kaz solo lo había permitido porque el muchacho había dicho que necesitaba suministros para su trabajo con los gorgojos.

Pasaron junto a cafeterías de estudiantes y librerías, escaparates llenos de libros de texto, tinta y papel. Se encontraban solo a unos tres kilómetros del ruido y el estrépito del Barril pero parecía que hubieran cruzado un túnel a otro país. En lugar de grupos de marineros recién bajados de los barcos en busca de problemas, o de turistas chocándose contigo desde todos los ángulos, la gente se apartaba a un lado para dejarte pasar, y mantenían sus conversaciones en voz baja. No había empleados gritando desde los escaparates esperando conseguir negocio. Los pequeños callejones torcidos estaban llenos de encuadernadores y boticarios, y en las esquinas no había chicas y chicos sin asociación con alguna de las casas del Stave Occidental que se habían visto obligados a ejercer su oficio en las calles.

Jesper se detuvo bajo un toldo y respiró hondo por la nariz.

—¿Qué? —preguntó Wylan.

—Huele mucho mejor aquí.

Tabaco caro, lluvia matinal todavía húmeda sobre los adoquines, nubes azules de jacintos en los parterres de las ventanas. Nada de orina, de vómito, de perfume barato o basura podrida. Incluso el fuerte olor del humo de carbón parecía más débil.

—¿Estás intentando retrasarnos?

—No. —Jesper soltó aire y se encogió de hombros—. Tal vez un poco.

Rotty había llevado un mensaje al hotel donde se hospedaba el hombre que aseguraba ser el padre de Jesper, para decidir una hora y lugar donde encontrarse. Jesper había querido ir él mismo, pero si su padre estaba de verdad en Ketterdam, era posible que lo estuvieran utilizando como cebo. Era mejor quedar a plena luz del día, en terreno neutral. La universidad parecía el lugar más seguro, lejos de los peligros del Barril o de cualquiera de los lugares que Jesper solía frecuentar.

El pistolero no sabía si quería que su padre lo estuviera esperando en la universidad o no. Era mucho más agradable pensar en enfrentarse a una pelea que a la vergüenza de cómo se lo había cargado todo de una forma tan horrible, pero hablar sobre eso era como tratar de subir por una escalera hecha de tablones podridos. Así que dijo:

—Siempre me ha gustado esta parte de la ciudad.

—A mi padre también le gusta. Valora mucho la enseñanza.

—¿Más que el dinero?

Wylan se encogió de hombros, observando un escaparate lleno de globos terráqueos pintados a mano.

—El conocimiento no es una señal del favor divino. La prosperidad sí.

Jesper le lanzó una mirada rápida. Todavía no estaba acostumbrado a la voz de Wylan saliendo de la boca de Kuwei, y siempre se sentía un poco descentrado, como si pensara que iba a beber de una copa de vino y en su lugar se llenara la boca de agua.

—¿De verdad es tu papá tan religioso, o tan solo es una excusa para ser un miserable hijo de puta en lo relativo a los negocios?

—En lo relativo a todo, en realidad.

—¿Sobre todo con los rufianes y las ratas de canal del Barril?

Wylan movió la correa de su bandolera.

—Piensa que el Barril distrae a los hombres del trabajo y la industria, y que lleva a la degeneración.

—Puede que tenga razón —respondió Jesper. A veces se preguntaba qué habría pasado si jamás hubiera salido esa noche con sus nuevos amigos, si jamás hubiera entrado en ese local de juegos y hubiera dado ese primer giro a la Rueda de Makker. Se suponía que iba a ser diversión inofensiva. Y para todos los demás, lo había sido. Pero la vida de Jesper se había partido como un leño en dos trozos distintos e irregulares: el tiempo de antes de acercarse a esa rueda, y cada día que había pasado desde entonces—. El Barril se come a la gente.

—Puede —asintió Wylan—, pero el negocio es el negocio. Los locales de juego y los burdeles satisfacen una demanda. Ofrecen empleo. Pagan impuestos.

—Te estás convirtiendo en un buen chaval del Barril. Eso está prácticamente sacado de la mente de los jefes.

Cada pocos años, a algún reformador se le metía en la cabeza limpiar el Barril y purgar Ketterdam de su desagradable reputación. Era entonces cuando salían los panfletos, una guerra de propaganda entre los dueños de los locales de juego y casas del placer por un lado y los mercaderes reformadores de trajes negros por otro. Al final, todo se reducía al dinero. Los negocios del Stave Oriental y Occidental proporcionaban grandes beneficios, y los habitantes del Barril llenaban de dinero honrado las arcas de impuestos de la ciudad.

Wylan volvió a tirarse de la correa de la bandolera. Se le había enredado en la parte superior.

—No creo que sea muy diferente a apostar tu fortuna a un cargamento de seda o *jurda*. Tus probabilidades son mucho mejores cuando juegas en el mercado.

—Tienes mi atención, mercadercillo. —Las mejores probabilidades siempre tenían interés—. ¿Cuánto es lo máximo que ha perdido tu padre en un negocio?

—En realidad no lo sé. Dejé de hablar conmigo de esas cosas hace mucho tiempo.

Jesper dudó. Jan Van Eck era un verdadero imbécil por cómo había tratado a su hijo, pero el pistolero podía admitir que sentía curiosidad por la supuesta «aflicción» de Wylan. Quería saber lo que veía el muchacho cuando trataba de leer, por qué no parecía tener problemas con las ecuaciones o los precios de un menú, pero sí con las frases o los carteles. En lugar de eso, dijo:

—Me pregunto si la proximidad al Barril vuelve más envarados a los mercaderes. Esa ropa negra y las limitaciones, la carne solo dos veces por semana, la cerveza rubia en vez del brandy. A lo mejor intentan compensar toda la diversión que tenemos nosotros.

—¿Para mantener la balanza en equilibrio?

—Claro. Es decir, piensa en la clase de libertinaje a la que podríamos llegar si nadie mantuviera esta ciudad bajo control. Champán para desayunar. Orgías en el suelo del Intercambio.

Wylan produjo un sonido nervioso que sonaba como un pájaro con tos y miró a todas partes menos a Jesper. Era maravillosamente fácil ponerlo nervioso, aunque Jesper no creía que el distrito universitario necesitara una dosis de suciedad. Le gustaba tal como estaba: limpio, silencioso y con olor a libros y flores.

—No hace falta que vengas, ¿sabes? —dijo Jesper, porque le pareció que debía hacerlo—. Tienes tus suministros. Podrías quedarte esperando en una cafetería cómoda y segura.

—¿Eso es lo que quieres?

*No. No puedo hacer esto solo.* Jesper se encogió de hombros. No sabía muy bien lo que Wylan podría presenciar en la universidad. El pistolero apenas había visto enfadado a su padre, pero ¿cómo podría no enfadarse ahora? ¿Qué explicaciones podría darle Jesper? Había mentido, había puesto en peligro el sustento por el que su padre había trabajado tan duro. ¿\*Y para qué? Una humeante montaña de nada.

Pero Jesper no podía soportar la idea de enfrentarse a su padre solo. Inej lo comprendería. No es que él se mereciera su simpatía, pero había algo firme en ella que él reconocería y calmaría sus propios miedos. Había esperado que Kaz se ofreciera a acompañarlo, pero cuando se habían separado para acercarse a la universidad, este solo le había lanzado una mirada sombría. El mensaje había quedado claro: *Tú te has cavado esta tumba. Ve a tumbarte en ella.* Kaz seguía castigándolo por la emboscada que casi había terminado con el trabajo en la Corte de Hielo antes de que empezara, y Jesper iba a tener que hacer algo más que sacrificar sus revólveres por él para recuperar el favor de Kaz. ¿Acaso alguien lo tenía siquiera?

El corazón de Jesper latía un poco más fuerte mientras atravesaban el enorme arco hasta el patio del Boeksplein. La universidad no era un solo edificio, sino una serie de ellos, todos construidos alrededor de secciones paralelas del Boekcanal y unidas por el Puente del Orador, donde la gente se encontraba para debatir o beber una amistosa pinta de cerveza rubia, dependiendo del día de la semana. Pero el Boeksplein era el corazón de la universidad; cuatro bibliotecas construidas alrededor

de un patio central y la Fuente del Erudito. Habían pasado casi dos años desde que Jesper había puesto el pie en los terrenos de la universidad. No había llegado a dejar oficialmente los estudios; ni siquiera había decidido en realidad dejar de asistir. Simplemente había empezado a pasar más y más tiempo en el Stave Oriental, hasta que levantó la mirada un día y se dio cuenta de que el Barril se había convertido en su hogar.

A pesar de ello, en su breve tiempo como estudiante se había enamorado del Boeksplein. Jesper nunca había sido un gran lector. Le encantaban las historias, pero odiaba estar sentado y quieto, y los libros que le asignaban en clase parecían diseñados para hacer que su mente divagara. En el Boeksplein, siempre que su mirada se alejaba, había algo para entretenerla: ventanas de plomo con vidrieras de colores, puertas de hierro talladas con formas de libros y barcos, la fuente central con su erudito barbudo y, lo mejor de todo, las gárgolas (unos grotescos seres con alas de murciélago y birretes) y los dragones de piedra quedándose dormidos sobre los libros. Le gustaba pensar que quienquiera que hubiera construido ese lugar había sabido que no todos los estudiantes estaban hechos para la meditación silenciosa.

Pero mientras entraban en el patio, Jesper no miró a su alrededor para saborear el trabajo en piedra ni escuchar el chapoteo de la fuente. Toda su atención se concentró en el hombre que se encontraba junto a la pared oriental, con los ojos levantados hacia las vidrieras de colores y un sombrero arrugado entre las manos. Con una punzada, Jesper se dio cuenta de que su padre se había puesto su mejor traje. Se había apartado el pelo rojo kaélico pulcramente de la frente. Ahora tenía un gris que no había estado ahí antes cuando Jesper se marchó de casa. Colm Fahey parecía un granjero de camino a la iglesia. Totalmente fuera de lugar. Kaz (demonios, y cualquiera del Barril) le echaría un vistazo y vería tan solo un blanco caminante y parlante.

Jesper se sentía como si le hubieran lijado la garganta.

—Pa —graznó.

Su padre giró la cabeza y el pistolero se preparó para lo que pudiera ocurrir a continuación: cualquier insulto o crueldad que le lanzara su padre, se lo merecía. Pero no estaba preparado para la sonrisa de alivio que dividió las facciones arrugadas de su padre. Fue como si alguien le disparara una bala en el corazón a Jesper.

—¡Jes! —gritó su padre. Y entonces el pistolero estaba cruzando el patio, y los brazos de su padre lo rodeaban con fuerza, abrazándolo tanto que Jesper creyó que se le habían doblado las costillas—. Por todos los Santos, pensaba que habías muerto. Me dijeron que ya no estudiabas aquí, que habías desaparecido y... Estaba seguro de que te habían atacado los bandidos o esa gente de este lugar dejado de la mano de los Santos.

—Estoy vivo, pa —jadeó Jesper—. Pero si sigues apretándome así, no lo estaré mucho tiempo.

Su padre se rio y lo liberó, sujetándolo a un brazo de distancia, con sus grandes manos sobre los hombros de Jesper.

—Juraría que has crecido treinta centímetros.

Jesper agachó la cabeza.

—Quince centímetros. Eh, este es Wylan —añadió, pasando del zemeni al kerch. Habían hablado ambos en casa, el idioma de su madre y el idioma del comercio. El kaélico nativo de su padre estaba reservado para las raras ocasiones en las que Colm cantaba.

—Encantado de conocerte. ¿Hablas kerch? —dijo el hombre casi gritando, y Jesper se dio cuenta de que era porque Wylan todavía parecía shu.

—Pa —dijo, encogiéndose por la vergüenza—. Habla kerch perfectamente.

—Encantado de conocerle, señor Fahey —contestó Wylan. Benditos fueran sus modales de mercader.

—¿Tú también eres estudiante?

—Yo... he estudiado —respondió el muchacho, incómodo.

Jesper no tenía ni idea de cómo llenar el silencio posterior. No estaba seguro de lo que esperaba de esa reunión con su padre, pero desde luego no era un agradable intercambio de comentarios amables.

Wylan se aclaró la garganta.

—¿Tiene hambre, señor Fahey?

—Muchísima —respondió él, agradecido.

Wylan le dio un codazo a Jesper.

—¿Tal vez podríamos llevar a comer a tu padre?

—Comer —repitió Jesper, como si acabara de aprender la palabra—. Sí, vamos a comer. ¿A quién no le gusta comer?

La idea parecía un milagro. Comerían. Hablarían. Tal vez beberían. Por favor, que bebieran.

—Pero, Jesper, ¿qué ha pasado? Recibí un aviso del Gemensbank. Se acerca el momento de pagar el préstamo, y me habías hecho creer que era temporal. Y tus estudios...

—Pa —comenzó Jesper—. Yo... La cosa es...

Un disparo resonó en los muros del patio. Jesper puso a su padre tras él mientras una bala rebotaba en la piedra a sus pies, levantando una nube de polvo. De pronto, unos disparos reverberaban por el patio. El eco hacía difícil saber de dónde provenían los sonidos.

—En nombre de todo lo que es sagrado...

Jesper tiró de la manga de su padre y lo empujó hasta el refugio de piedra del umbral de una puerta. Miró a su izquierda, preparado para tirar de Wylan, pero el mercadercillo ya estaba en movimiento, siguiendo el ritmo de Jesper agachado de forma razonable. No hay nada como que te disparen unas cuantas veces para aprender rápido, pensó Jesper mientras llegaban a la curva protectora del saliente. Estiró el

cuello para tratar de ver los tejados, y entonces se encogió cuando sonaron más disparos. Oyó más ruido de balas en algún lugar encima y a la izquierda de ellos, y Jesper tan solo podía esperar que eso significara que Matthias y Kaz estuvieran devolviendo los tiros.

—¡Por todos los Santos! —jadeó su padre—. ¡Esta ciudad es peor de lo que decían las guías!

—Pa, no es la ciudad —replicó Jesper, sacándose la pistola del chaleco—. Van a por mí. O a por nosotros. Es difícil saberlo.

—¿Quién va a por ti?

Jesper intercambió una mirada con Wylan. ¿Jan Van Eck? ¿Alguna banda rival para ajustar cuentas? ¿Pekka Rollins o alguien más a quien le hubiera pedido dinero prestado?

—Hay una larga lista de candidatos potenciales. Tenemos que salir de aquí antes de que se presenten de una forma más personal.

—¿Bandoleros?

Jesper sabía que había muchas posibilidades de que lo dejaran hecho un colador, así que trató de reprimir su sonrisa.

—Algo así.

Miró por el borde de la puerta, disparó dos veces, y después volvió a ocultarse cuando explotó otro aluvión de pólvora.

—Wylan, dime que llevas algo más que plumas, tinta y material para los gorgojos.

—Tengo dos bombas de luz y algo nuevo que he hecho con un poco más de, eh... potencia.

—¿Bombas? —repitió el padre de Jesper, pestañeando como para despertarse de un mal sueño.

Jesper se encogió con impotencia.

—Piensa que son experimentos científicos.

—¿A cuánta gente nos enfrentamos? —preguntó Wylan.

—Mírate, haciendo todas las preguntas correctas. Es difícil saberlo. Están en algún lugar del tejado, y la única forma de salir es por el arco. Eso es mucho patio que cruzar con ellos disparando desde arriba. Incluso aunque lo logremos, seguro que tienen a más gente esperándonos fuera del Boeksplein a menos que Kaz y Matthias logren despejar el camino de algún modo.

—Yo conozco otra salida —dijo Wylan—. Pero la entrada está al otro lado del patio.

Señaló una puerta detrás de un arco tallada con alguna clase de monstruo cornudo mordisqueando un lápiz.

—¿La sala de lectura? —Jesper sopesó la distancia—. De acuerdo. A la de tres, salid corriendo. Yo os cubro. Mete a mi padre dentro.

—Jesper...

—Pa, te juro que te lo explicaré todo, pero ahora mismo lo único que necesitas saber es que estamos en una situación difícil, y resulta que las situaciones difíciles están en mi área de conocimientos. —Y era cierto. Jesper podía sentirse cobrando vida, y la preocupación que había estado persiguiéndolo desde que había recibido noticias de la llegada de su padre a Ketterdam se desvaneció. Se sentía libre, peligroso, como un rayo sobre una pradera—. Confía en mí, pa.

—De acuerdo, chico. De acuerdo.

Jesper estaba seguro de que podía oír un silencioso «por ahora». Vio que Wylan se preparaba. El mercadercillo todavía era muy nuevo en todo aquello. Jesper esperaba que no murieran por su culpa.

—Una, dos...

Comenzó a disparar a la de tres. Saltó al patio y rodó para ponerse a cubierto tras la fuente. Había salido a ciegas, pero enseguida encontró las sombras del tejado y apuntó por instinto, sintiendo el movimiento y disparando antes de tener un objetivo bien fijado. No necesitaba matar a nadie, tan solo darles un susto de muerte y ganar tiempo para su padre y para Wylan.

Una bala golpeó la estatua central de la fuente, y el libro en la mano del erudito explotó en fragmentos de piedra. No sabía qué munición utilizaban, pero no se andaban con tonterías.

Jesper recargó y salió de detrás de la fuente, disparando.

—Por todos los *Santos* —gritó cuando un dolor atravesó su hombro. Odiaba mucho que le dispararan. Se encogió detrás del borde de piedra y estiró la mano, comprobando el daño de su brazo. Tan solo era un arañazo, pero dolía de narices, y estaba llenando de sangre su nueva chaqueta de lana—. Por eso no pago para parecer respetable —murmuró.

Por encima de él, podía ver que las siluetas del tejado se movían. En cualquier momento iban a llegar al otro lado de la fuente, y entonces estaría perdido.

—¡Jesper! —Era la voz de Wylan. Maldita sea. Se suponía que tenía que ponerse a cubierto—. ¡Jesper, a tus dos!

Él levantó la mirada y vio algo que trazaba un arco por el cielo. Sin pensar, apuntó y disparó. El aire explotó.

—¡Métete en el agua! —gritó Wylan.

Jesper se metió en la fuente, y un segundo después el aire chisporroteó con luz. Cuando el tirador sacó la cabeza empapada del agua, vio que cada superficie expuesta del patio y sus jardines estaba llena de agujeros, con hilillos de humo saliendo de los pequeños cráteres. Quienquiera que se encontrara en el tejado estaba gritando. ¿Qué clase de bomba había soltado Wylan?

Esperaba que Matthias y Kaz hubieran encontrado cobijo, pero no tenía tiempo para inquietarse por ello. Salió corriendo hacia la puerta bajo el demonio que mordisqueaba el lápiz. Su padre y Wylan lo esperaban dentro. Cerraron la puerta de golpe.



—Ayudadme —dijo Jesper—. Tenemos que bloquear la entrada.

El hombre detrás del escritorio llevaba la túnica gris de un erudito. Tenía las fosas nasales tan abiertas por la indignación que Jesper temió que lo absorbiera por una de ellas.

—Jovencito...

Jesper le apuntó al pecho con la pistola.

—¡Muévete!

—¡Jesper! —dijo su padre.

—No te preocupes, pa. La gente se apunta con las pistolas todo el tiempo en Ketterdam. Es como darse la mano.

—¿De verdad? —preguntó su padre mientras el erudito se apartaba a un lado a regañadientes y los demás empujaban el pesado escritorio hasta la puerta.

—Pues claro —respondió Wylan.

—Por supuesto que no —dijo el erudito.

Jesper les hizo un gesto para que avanzaran.

—Depende del barrio. Vamos.

Recorrieron el pasillo principal de la sala de lectura que estaba ocupado por unas largas mesas iluminadas por lámparas de cuellos curvos. Los estudiantes se apiñaban contra la pared y bajo sus sillas, probablemente pensando que estaban a punto de morir.

—¡No tenéis nada de lo que preocuparos! —gritó Jesper—. Tan solo están practicando tiro al blanco en el patio.

—Por aquí —indicó Wylan, guiándolos por una puerta cubierta de elaboradas filigranas.

—Ah, no podéis —dijo el erudito, corriendo tras ellos con la túnica aleteando—. ¡En la sala de libros poco comunes no!

—¿Quieres que nos demos la mano otra vez? —preguntó Jesper, y después añadió—: Te prometo que no dispararemos si no tenemos que hacerlo. —Dio un suave empujón a su padre—. Sube las escaleras.

—¿Jesper? —dijo una voz desde debajo de la mesa más cercana.

Una chica rubia y guapa levantó la mirada desde el suelo, donde estaba agachada.

—¿Madeleine? —preguntó Jesper—. ¿Madeleine Michaud?

—¡Dijiste que íbamos a desayunar!

—Tenía que ir a Fjerda.

—¿A Fjerda?

Jesper subió las escaleras detrás de Wylan, y después asomó la cabeza otra vez a la sala de lectura.

—Si vivo, te compraré gofres.

—No tienes bastante dinero para comprarle gofres —gruñó Wylan.

—Silencio. Estamos en una biblioteca.

Jesper nunca había tenido razones para entrar en la sala de libros poco comunes mientras estudiaba. El silencio era tan profundo que parecían estar bajo el agua. Había manuscritos iluminados en vitrinas de cristal bajo los rayos dorados de la luz de las lámparas, y las paredes estaban cubiertas de mapas raros.

Había un Vendaval con una *kefta* azul en una esquina, con los brazos levantados, pero se encogió cuando entraron.

—¡Shu! —gritó cuando vio a Wylan—. No voy a ir contigo. ¡Antes me suicido! El padre de Jesper levantó las manos, como si estuviera calmando a un caballo.

—Tranquilo, chaval.

—Tan solo estamos de paso —aseguró Jesper, dando otro empujón a su padre.

—Seguidme —dijo Wylan.

—¿Qué hace un Vendaval en la sala de libros poco comunes? —preguntó Jesper mientras corrían por el laberinto de estantes y vitrinas, encontrándose de vez en cuando con algún erudito o estudiante agachado contra los libros, con miedo.

—Humedad. Mantiene el aire seco para conservar los manuscritos.

—Es un buen trabajo si puedes conseguirlo.

Cuando llegaron a la pared occidental, Wylan se detuvo frente a un mapa de Ravka. Miró a su alrededor para asegurarse de que no los observaran, y entonces presionó el símbolo que señalaba la capital, Os Alta. El país pareció partirse por la costura del Nocéano, revelando un agujero oscuro lo bastante ancho como para colarse en su interior.

—Lleva al segundo piso de una tienda de estampados —explicó Wylan mientras entraban dentro—. Se construyó como una forma de que los profesores salieran de la biblioteca para volver a casa sin tener que enfrentarse a los estudiantes furiosos.

—¿Furiosos? —repitió el padre de Jesper—. ¿Todos los estudiantes tienen pistolas?

—No, pero hay una larga tradición de protestas por las notas.

El mapa se cerró, dejándolos en la oscuridad mientras se arrastraban de lado.

—No es por molestar —le murmuró Jesper a Wylan—, pero nunca habría imaginado que conocieras la sala de libros poco comunes.

—Solía quedar aquí con uno de mis tutores, cuando mi padre todavía pensaba... El tutor tenía muchas historias interesantes. Y siempre me gustaron los mapas, recorrer las letras a veces hacía que fuera más fácil... Así es como encontré el pasadizo.

—¿Sabes, Wylan? Uno de estos días voy a dejar de subestimarte.

Hubo una breve pausa y, entonces, desde algún lugar delante de él, el tirador oyó que Wylan decía:

—Entonces va a ser mucho más difícil sorprenderte.

Jesper sonrió, pero parecía que algo iba mal. Desde detrás de ellos, oyó gritos en la sala de libros poco comunes. Habían estado cerca, le sangraba el hombro, habían llevado a cabo una gran huida... aquellos eran los momentos por los que vivía.

Debería estar vibrando por la emoción de la pelea. El entusiasmo seguía ahí, burbujeando por su sangre, pero junto a él había una sensación fría y desconocida que parecía estar drenándole la alegría. Lo único en lo que podía pensar era: *Pa podría haber salido herido. Podría haber muerto.* Jesper estaba acostumbrado a que la gente le disparara. Se habría sentido un poco insultado si dejaran de dispararle. Pero aquello era diferente; su padre no había elegido esa lucha. Su único crimen había sido tener fe en su hijo.

*Ese es el problema de Ketterdam, pensó Jesper mientras avanzaban dando traspiés, inseguros en la oscuridad. Confiar en la persona equivocada puede matarte.*



ina no podía dejar de mirar a Colm Fahey. Era un poco más bajo que su hijo, de hombros más anchos y colores clásicamente kaélicos: el pelo de un rojo oscuro y vibrante, y esa piel blanca como la sal, abarrotada de pecas a causa del sol zemeni. Y aunque sus ojos eran del mismo gris nítido que los de Jesper, había una seriedad en ellos, una especie de segura calidez que se distinguía de la chisporroteante energía del tirador.

No era solo el placer de tratar de encontrar a Jesper en las facciones lo que mantenía la atención de Nina concentrada en el granjero. Había algo muy extraño en el hecho de ver a una persona tan *íntegra* en el casco de piedra de un mausoleo vacío rodeado de lo peor de Ketterdam, ella incluida.

Nina se estremeció y se ajustó más a su alrededor la vieja manta que había estado utilizando para cubrirse. Había comenzado a dividir su vida en días buenos y días malos y, gracias al trabajo con Cornelis Smeet, aquel estaba resultando ser un día muy malo. No podía permitir que le sacara lo mejor de ella, no cuando estaban tan cerca de rescatar a Inej. *Ojalá estés bien*, deseó Nina en silencio, esperando que de algún modo sus pensamientos pudieran cortar el aire, cruzar las aguas de los puertos de Ketterdam y alcanzar a su amiga. *Ojalá estés a salvo y entera y esperes por nosotros*.

Nina no estaba en Vellgeluk cuando Van Eck tomó a Inej como rehén. Todavía estaba tratando de purgar la *parem* de su cuerpo, atrapada en la neblina de sufrimiento que había comenzado en la travesía desde Djerholm. Se dijo que tenía que dar las gracias por el recuerdo de esa miseria, cada minuto lleno de temblor, dolor y vómito. La vergüenza de Matthias presenciándolo todo, apartándole el pelo hacia atrás,

secándole la frente, sujetándola con tanta suavidad como podía mientras ella discutía con él, trataba de engatusarlo y le gritaba pidiendo más *parem*. Se obligó a recordar cada cosa terrible que había dicho, cada placer que había ofrecido, cada insulto o acusación que le había lanzado. *Disfrutas viéndome sufrir. Quieres que suplique, ¿verdad? ¿Cuánto tiempo llevas esperando para verme así? Deja de castigarme, Matthias. Ayúdame. Sé bueno conmigo y yo seré buena contigo.* Él lo había absorbido todo con estoico silencio. Nina se aferraba con fuerza a esos recuerdos. Los necesitaba tan vividos, brillantes y vergonzosos como fuera posible para enfrentarse a su anhelo de la droga. No quería volver a estar así jamás.

Miró a Matthias, con el pelo espeso y dorado lo bastante largo como para que comenzara a rizarse sobre sus orejas. Le encantaba verlo, y también lo odiaba. Porque no le daba lo que quería. Porque él sabía lo mucho que lo necesitaba.

Después de que Kaz los llevara al Velo Negro, Nina había conseguido aguantar dos días antes de derrumbarse y acudir a Kuwei para pedirle otra dosis de *parem*. Una pequeña. Solo un poco, algo para calmar su necesidad implacable. Los sudores habían desaparecido, y los brotes de fiebre. Podía caminar y hablar, y escuchar a Kaz y a los demás haciendo sus planes. Pero incluso mientras hacía sus cosas y se bebía las tazas de caldo y té lleno de azúcar que Matthias ponía frente a ella, la necesidad estaba ahí, un serrar incesante y doloroso de sus nervios, de atrás para delante, minuto a minuto. No había tomado la decisión consciente de pedirselo a Kuwei cuando se sentó junto a él. Le había hablado con suavidad en shu, lo había escuchado quejarse sobre la humedad de la tumba. Y entonces las palabras salieron de su boca:

—¿Tienes más?

Él no se molestó en preguntarle a qué se refería.

—Se la di toda a Matthias.

—Ya veo —había dicho ella—. Probablemente sea lo mejor.

Nina había sonreído. Kuwei había sonreído. Ella había querido destrozarle la cara a arañazos.

Porque no podía acudir a Matthias. Jamás. Y por todo lo que sabía, él bien podría haber tirado al mar cualquier suministro de la droga que tuviera Kuwei. El pensamiento la llenó de tanto pánico que había tenido que salir corriendo fuera y vomitar los escasos contenidos de su estómago enfrente de uno de los mausoleos en ruinas. Había cubierto el desastre con tierra, y después había encontrado un lugar tranquilo para sentarse bajo una hiedra y llorar con lágrimas bruscas y temblorosas.

—Sois todos unos inútiles —le dijo a las tumbas silenciosas, pero a estas no pareció importarles. Y aun así, de algún modo la quietud del Velo Negro la reconfortaba, la tranquilizaba. No podía explicar por qué; los lugares de los muertos nunca le habían dado consuelo antes. Descansó durante un tiempo, se secó las lágrimas, y cuando supo que no iba a delatarse con la piel enrojecida y los ojos acuosos, volvió con los demás.

*Has sobrevivido a la peor parte*, se había dicho. *La parem está fuera de tu alcance, y ahora puedes dejar de pensar en ella*. Y lo había logrado durante un tiempo.

Pero la última noche, cuando se había estado preparando para intimar con Cornelis Smeet, había cometido el error de utilizar su poder. Incluso con la peluca, las flores, el traje y el corsé, no se había sentido digna del papel de seductora. Así que había encontrado un espejo dentro del Club Cúmulo y había tratado de desvanecer los círculos debajo de sus ojos. Era la primera vez que había tratado de utilizar su poder desde su recuperación. Había comenzado a sudar por el esfuerzo, y en cuanto el color amoratado se desvaneció, el ansia de la *parem* la golpeó, un mazazo fuerte y rápido en el pecho. Se había doblado por la mitad, aferrándose al lavabo, con la mente llena de pensamientos vertiginosos sobre cómo podría escabullirse, quién podría tener un poco, qué podría ofrecer a cambio. Se había obligado a pensar en la vergüenza del barco, el futuro que podría construir con Matthias, pero la idea que la había llevado de vuelta a la cordura era Inej. Le debía la vida, y ni de broma iba a dejarla abandonada con Van Eck. No era esa clase de persona. Se negaba a serlo.

De algún modo, había logrado recomponerse. Se echó agua en la cara y se pellizcó las mejillas para darles color. Todavía estaba demacrada, pero con resolución se había subido el corsé y había puesto la sonrisa más brillante de la que era capaz. *Haz esto bien y Smeet no te mirará la cara*, se había dicho, y había salido por las puertas para atrapar un pichón.

Pero en cuanto el trabajo terminó, cuando la información que necesitaban estuvo segura y todos se habían quedado dormidos, había rebuscado entre las escasas pertenencias de Matthias, entre los bolsillos de su ropa, y su frustración crecía con cada segundo que pasaba. Lo odiaba. Odiaba a Kuwei. Odiaba esa estúpida ciudad.

Asqueada consigo misma, se había metido entre las mantas. Matthias siempre dormía con la espalda contra la pared, un hábito de sus días en la Puerta del Infierno. Había permitido que sus manos vagaran, buscando en sus bolsillos, tratando de tantear el forro de sus pantalones.

—¿Nina? —había preguntado él, adormecido.

—Tengo frío —había respondido ella, continuando la búsqueda con sus manos. Le dio un beso en el cuello, y después debajo de la oreja. Nunca se había permitido besarlo de ese modo. Nunca había tenido la oportunidad. Habían estado demasiado ocupados desenmarañando la madeja de sospechas, deseo y lealtad que los ataba a ambos, y en cuanto tomó la *parem*... era todo en lo que podía pensar, incluso entonces. El anhelo que sentía era por la droga, no por el cuerpo que sentía moviéndose bajo sus manos. Sin embargo, no lo besó en los labios. No iba a permitir que la *parem* le arrebatara también eso.

Él había gruñido ligeramente.

—Los demás...

—Están todos dormidos.

Entonces, él le había sujetado las manos.

—*Para.*

—Matthias...

—No la tengo.

Ella se liberó de él, con la vergüenza arrastrándose sobre su piel como el fuego sobre el suelo de un bosque.

—Entonces, ¿quién la tiene? —siseó.

—Kaz. —Ella se quedó inmóvil—. ¿Vas a meterte en su cama?

Nina soltó un resoplido de incredulidad.

—Me cortaría la garganta.

Quería gritar por la impotencia. No habría forma de negociar con Kaz. No podría acosarlo tal como podría haber acosado a Wylan, ni suplicarle como tal vez habría hecho con Jesper.

La fatiga llegó de repente, un yugo en su cuello, y el agotamiento al menos moderó su frenética necesidad. Apoyó la frente contra el pecho de Matthias.

—Odio esto —dijo—. Te odio un poco, *drüskelle*.

—Estoy acostumbrado. Ven aquí.

La había rodeado con los brazos y la había animado a hablar sobre Ravka, sobre Inej. La había distraído con historias, nombrando los vientos que soplaban por Fjerda, hablándole de su primera comida en el salón de los *drüskelle*. En algún momento, la Mortificadora debía de haberse quedado dormida, porque lo siguiente que supo es que estaba saliendo de un letargo pesado y sin sueños, despertada por el sonido de la puerta de la tumba abriéndose de golpe.

Matthias y Kaz habían regresado de la universidad, con agujeros en la ropa por alguna clase de bomba que había hecho Wylan, que estaba junto a Jesper pisándoles los talones, con ojos salvajes y empapados de la lluvia de primavera que había comenzado a caer... con un fornido granjero de aspecto kaélico detrás. Nina se sentía como si los Santos le hubieran dado alguna clase de preciado regalo, una situación lo bastante disparatada y desconcertante como para distraerla de verdad.

Aunque el ansia de la *parem* había menguado desde el frenesí de la noche anterior, todavía estaba ahí, y Nina no tenía ni idea de cómo iba a superar la misión de aquella noche. Seducir a Smeet tan solo había sido la primera parte del plan. Kaz contaba con ella, Inej contaba con ella. Necesitaban que fuera una Corporalnik, no una adicta con temblores que se desgastaba con una insignificante modificación. Pero Nina no podía pensar en nada de eso con Colm Fahey ahí, retorciendo su sombrero, y Jesper con aspecto de preferir comerse unos gofres llenos de cristal molido antes que enfrentarse a él, y Kaz... No tenía ni idea de qué esperar de Kaz. Furia, o tal vez algo peor. A Kaz no le gustaban las sorpresas ni las vulnerabilidades potenciales, y el padre de Jesper era una vulnerabilidad muy corpulenta y curtida.

Pero tras oír la descripción jadeante (y, según sospechaba Nina, abreviada) de cómo habían escapado de la universidad, Kaz tan solo se había apoyado sobre su

bastón para decir:

—¿Os siguieron?

—No —respondió Jesper, negando con la cabeza.

—¿Wylan?

Colm se molestó.

—¿Dudas de la palabra de mi hijo?

—No es personal, pa —dijo Jesper—. Duda de la palabra de todo el mundo.

La expresión de Kaz era serena, y su voz áspera como la piedra sonaba tan tranquila y agradable que Nina sintió que se le erizaba el vello de los brazos.

—Mis disculpas, señor Fahey. Es un hábito que uno desarrolla en el Barril: confiar, pero verificar.

—O no confiar en absoluto —murmuró Matthias.

—¿Wylan? —repitió Kaz.

El muchacho dejó la bandolera sobre la mesa.

—Si conocieran el pasadizo, nos habrían seguido o habrían hecho que alguien nos esperara en la tienda de estampados. Los hemos perdido.

—Conté unos diez en el tejado —dijo Kaz, y Matthias lo confirmó con un asentimiento.

—Probablemente —coincidió Jesper—, pero no puedo estar seguro. Estaban a contraluz.

Kaz se sentó, con los ojos negros concentrados en el padre de Jesper.

—Usted era el cebo.

—¿Disculpa, muchacho?

—¿El banco le avisó del vencimiento de los préstamos?

Colm pestañeó, sorprendido.

—Bueno, sí, de hecho me enviaron una carta con palabras bastante severas diciendo que me había convertido en un riesgo crediticio bastante inestable. Dijeron que si no lo pagaba todo, se verían obligados a emprender acciones legales. —Se giró hacia su hijo—. Te escribí, Jes.

Su voz sonaba confusa, no acusadora.

—No... no he podido recoger el correo.

Después de que Jesper dejara de ir a la universidad, ¿todavía había seguido recogiendo las cartas de allí? Nina se preguntó cómo había mantenido ese ardid durante tanto tiempo. Habría sido fácil por el hecho de que Colm se encontraba a un océano de distancia, y por su deseo de creer en su hijo. *Un blanco fácil*, pensó Nina con tristeza. Daban igual sus razones, Jesper había estado estafando a su propio padre.

—Jesper... —comenzó Colm.

—Estaba intentando conseguir el dinero, pa.

—Me amenazaron con quitarme la granja.

Jesper tenía los ojos clavados en el suelo de la tumba.



—Estaba a punto. Estoy a punto.

—¿De conseguir el dinero? —Ahora Nina podía oír la frustración de Colm—. Estamos en una tumba. Acaban de dispararnos.

—¿Qué le hizo subirse en el barco a Ketterdam? —preguntó Kaz.

—¡El banco adelantó la fecha de cobro! —respondió Colm con indignación—. Dijeron que me había quedado sin tiempo. Traté de contactar con Jesper, pero al no recibir respuesta pensé...

—Pensó que podía ir a ver qué hacía su brillante hijo en las oscuras calles de Ketterdam.

—Me temía lo peor. Esta ciudad tiene mala reputación.

—Y bien merecida, se lo prometo —aseguró Kaz—. ¿Y cuándo llegó?

—Estuve indagando en la universidad. Dijeron que no estaba matriculado, así que acudí a los agentes de la ley.

Jesper hizo una mueca.

—Ay, pa... ¿La *stadwatch*?

Colm aplastó su sombrero con vigor.

—¿Y dónde se suponía que iba a ir, Jes? Sabes lo peligroso que es para... para alguien como tú.

—Pa —dijo Jesper, mirando a su padre por fin a los ojos—. ¿No les dirías que soy...?

—¡Pues claro que no!

*Grisha. ¿Por qué ninguno lo decía?*

Colm soltó el bulto de fieltro que había sido su sombrero.

—No entiendo nada de esto. ¿Por qué me habéis traído a este lugar horrible? ¿Por qué nos han disparado? ¿Qué ha pasado con tus estudios? ¿Qué ha pasado contigo?

Jesper abrió la boca y la cerró.

—Papá, yo... yo...

—Fue culpa mía —intervino Wylan de forma abrupta. Todos los ojos se dirigieron hacia él—. Jesper estaba... eh... preocupado por el préstamo, así que dejó sus estudios a un lado para trabajar con un...

—Un armero de la zona —ofreció Nina.

—Nina —advirtió Matthias en voz baja.

—Necesita nuestra ayuda —susurró ella.

—¿Para mentirle a su padre?

—Es una mentira piadosa. Totalmente diferente.

No tenía ni idea de adonde quería ir a parar Wylan, pero estaba claro que necesitaba ayuda.

—¡Sí! —contestó él, con entusiasmo—. ¡Un armero! Y entonces yo... le hablé sobre un trato...

—Los estafaron —dijo Kaz. Tenía la voz más fría y firme que nunca, pero estaba algo envarado, como si caminara por terreno incierto—. Les ofrecieron una

oportunidad de negocios que parecía demasiado buena para ser cierta.

Colm se desplomó en una silla.

—Si parece demasiado buena, entonces...

—Probablemente lo sea —terminó Kaz. Nina tenía la extraña sensación de que por una vez estaba siendo sincero.

—¿Tu hermano y tú lo perdisteis todo? —le preguntó Colm a Wylan.

—¿Mi hermano? —preguntó el muchacho, perplejo.

—Tu *hermano gemelo* —señaló Kaz con un vistazo a Kuwei, que estaba observando la conversación en silencio—. Sí. Lo perdieron todo. El hermano de Wylan no ha dicho una palabra desde entonces.

—Desde luego parece silencioso —dijo Colm—. ¿Y sois todos... estudiantes?

—Más o menos —contestó Kaz.

—Y pasáis vuestro tiempo libre en un cementerio. ¿No podemos ir a las autoridades y decirles lo que ha pasado? Es posible que esos estafadores hayan engañado a otras personas, es posible que haya más víctimas.

—Bueno... —comenzó Wylan, pero Kaz lo silenció con una mirada. Un extraño silencio cayó en la tumba, y Kaz tomó asiento junto a la mesa.

—Las autoridades no pueden ayudarle —explicó—. No en esta ciudad.

—¿Por qué no?

—Porque la ley aquí la dicta el dinero. Jesper y Wylan trataron de tomar un atajo, pero la *stadwatch* no les ayudará ni a secarse las lágrimas. A veces, la única forma de conseguir justicia es tomártela por tu mano.

—Y ahí es donde entras tú.

Kaz asintió con la cabeza.

—Vamos a conseguirle el dinero. No va a perder su granja.

—Pero vais a hacerlo al margen de la ley —dijo Colm, y negó con la cabeza con cansancio—. Apenas parece lo bastante mayor para graduarte.

—Las calles de Ketterdam son mi universidad. Y puedo decirle esto: Jesper jamás habría acudido en mi ayuda de haber tenido cualquier otro lugar al que ir.

—No puedes ser tan malo, chico —replicó Colm con brusquedad—. No llevas vivo el tiempo suficiente como para acumular tantos pecados.

—Aprendo rápido.

—¿Puedo confiar en ti?

—No.

El hombre volvió a tomar su sombrero arrugado.

—¿Puedo confiar en ti para que ayudes a Jesper con esto?

—Sí.

Colm suspiró y miró a su alrededor, a todos los demás. Nina se enderezó.

—Me hacéis sentir muy viejo.

—Pase un poco más de tiempo en Ketterdam —replicó Kaz—. Se sentirá como un anciano. —Después inclinó la cabeza hacia un lado y Nina vio esa mirada distante

de evaluación que cruzaba sus facciones—. Tiene una cara honesta, Fahey.

Colm le lanzó una mirada confusa a Jesper.

—Bueno. Eso espero, y gracias por decírmelo.

—No es un cumplido —señaló Jesper—. Y conozco esa cara, Kaz. No te atrevas a empezar a mover esos engranajes.

La única respuesta de Kaz fue pestañear con lentitud. Fuera cual fuera el plan que se había puesto en marcha en su diabólico cerebro, ya era demasiado tarde para detenerlo.

—¿Dónde se aloja?

—En el Avestruz.

—No es seguro volver ahí. Vamos a trasladarle al Hotel Geldrenner. Le apuntaremos con un nombre diferente.

—Pero ¿por qué? —balbuceó Colm.

—Porque hay gente que quiere a Jesper muerto, y ya le han utilizado una vez para sacarlo de su escondite. No tengo ninguna duda de que estarán dispuestos a tomarle como rehén, y ya hay demasiados últimamente. —Kaz garabateó unas instrucciones para Rotty y le entregó un fajo muy grueso de *kruge*—. Siéntase libre de comer en el comedor, pero le pediría que olvidara el turismo y se quedara dentro del hotel hasta que contactemos. Si alguien pregunta qué tiene entre manos, ha venido para descansar y relajarse.

Colm observó a Rotty y después a Jesper. Soltó aire con decisión.

—No. Te doy las gracias, pero esto es un error. —Se giró hacia Jesper—. Encontraremos otra forma de pagar la deuda. O empezaremos de nuevo en otro sitio.

—No vas a entregar la granja —dijo su hijo, y después bajó la voz—. *Ella* está ahí. No podemos dejarla.

—Jes...

—Por favor, pa. Por favor, déjame arreglar esto. Sé... —Tragó saliva, y sus hombros huesudos se desplomaron—. Sé que te he decepcionado. Tan solo dame una oportunidad más.

Nina sospechaba que no hablaba solo con su padre.

—Este no es nuestro sitio, Jes. Este lugar es demasiado ruidoso, demasiado anárquico. Nada tiene sentido.

—Fahey —dijo Kaz en voz baja—. ¿Sabe lo que dicen sobre entrar en un pasto de vacas?

Jesper levantó las cejas y Nina tuvo que ahogar una risa nerviosa. ¿Qué sabía el cabrón del Barril sobre los pastos de vacas?

—Hay que mantener la cabeza gacha y vigilar tus pasos —respondió Colm.

Kaz asintió con la cabeza.

—Piense en Ketterdam como un pasto de vacas muy grande. —Una mínima sonrisa tiró de la boca fruncida de Colm—. Denos tres días para recuperar su dinero y sacaros les sacaremos a usted y a su hijo de Kerch sanos y salvos.

—¿De verdad es posible eso?

—Todo puede pasar en esta ciudad.

—Ese pensamiento no me da mucha confianza.

Se puso en pie, y Jesper lo imitó con rapidez.

—¿Pa?

—Tres días, Jesper. Y después, nos iremos a casa. Con el dinero o sin él. —Dejó la mano sobre el hombro de Jesper—. Y, por todos los Santos, ten cuidado. Y vosotros también.

Nina sintió un nudo repentino en la garganta. Matthias había perdido a su familia en la guerra. A ella se la habían llevado lejos de su familia para entrenar cuando era solo una niña. Wylan había sido prácticamente repudiado de la casa de su padre. Kuwei había perdido a su padre y su país. ¿Y Kaz? Nina no quería saber de qué callejón oscuro había salido él. Pero Jesper tenía un lugar al que ir, alguien que cuidara de él, alguien que le dijera que todo iba a salir bien. Tuvo una visión de campos dorados bajo un cielo sin nubes, de una casa de listones protegida del viento por una hilera de robles rojos. Un lugar seguro. Nina deseó que Colm Fahey pudiera ir al despacho de Jan Van Eck y le dijera que les devolviera a Inej si no quería que le llenara la boca de nudillos. Deseó que alguien en esa ciudad los ayudara, que no estuvieran tan solos. Deseó que el padre de Jesper pudiera llevárselos a todos con él. Nunca había estado en Novyi Zem, pero el anhelo por esos campos dorados eran como añorar su hogar. *Eres tonta e infantil*, se dijo. Kaz tenía razón: si querían justicia, tendrían que tomársela por su mano. Aunque eso no aliviaba la punzada de su corazón anhelante en el pecho.

Pero entonces, Colm se despidió de Jesper y desapareció entre las tumbas de piedra con Rotty y Specht. Se giró para hacer un gesto con la mano y desapareció.

—Debería ir con él —dijo Jesper, rondando el umbral de la puerta.

—Ya has conseguido que casi lo maten una vez —señaló Kaz.

—¿Sabemos quién preparó la emboscada de la universidad? —preguntó Wylan.

—El padre de Jesper fue a la *stadwatch* —contestó Matthias—. Seguro que muchos de los agentes son susceptibles a los sobornos.

—Cierto —asintió Nina—, pero no puede ser una coincidencia que el banco reclamara el préstamo cuando lo hizo.

Wylan se sentó junto a la mesa.

—Si los bancos están involucrados, mi padre podría estar detrás de ello.

—Pekka Rollins también tiene influencia en los bancos —comentó Kaz, y Nina vio que su mano enguantada se flexionaba sobre la empuñadura en forma de cabeza de cuervo de su bastón.

—¿Podrían estar trabajando juntos? —preguntó.

Jesper se frotó la cara con las manos.

—Por todos los Santos y tu tía Eva, esperemos que no.

—No voy a descartar nada —dijo Kaz—. Pero nada de esto cambia lo que tiene que ocurrir esta noche. Toma.

Metió la mano dentro de uno de los nichos de la pared.

—¡Mis revólveres! —exclamó Jesper, aferrándolos contra su pecho—. Ah, hola, preciosos. —Su sonrisa era deslumbrante—. ¡Los has recuperado!

—La caja fuerte del Cúmulo era fácil de forzar.

—Gracias, Kaz. Gracias.

Cualquier rastro de la calidez que Kaz le había mostrado al padre de Jesper desapareció, tan fugaz como el sueño de esos campos dorados.

—¿De qué sirve un tirador sin sus pistolas? —preguntó, aparentemente inconsciente de cómo se desvanecía la sonrisa de Jesper—. Llevas demasiado tiempo en números rojos. Y nosotros también. Esta es la noche en la que comenzamos a pagar nuestras deudas.



Ahora la noche había caído y estaban de camino para hacer justo eso, con una luna en cuarto creciente mirándolos como un ojo blanco y vigilante. Nina se bajó las mangas. La ola de frío había terminado, y se encontraban en mitad de una verdadera primavera tardía. O lo que pasaba por ella en Kerch: la calidez húmeda y claustrofóbica de la boca de un animal, aliviada solo por tormentas breves e impredecibles. Matthias y Jesper se habían marchado pronto al muelle para asegurarse de que la *gondel* siguiera en su sitio. Después todos se habían dirigido al punto de encuentro, dejando a Kuwei en el Velo Negro con Rotty y Specht.

El barco cortaba el agua en silencio. Delante, Nina podía ver el resplandor de las luces que los guiaban.

Los revólveres de Jesper estaban de nuevo junto a sus caderas, y tanto él como Matthias tenían rifles colgados de los hombros. Kaz tenía una pistola en el chaleco y ese demoníaco bastón, y Nina vio que Wylan dejaba la mano sobre su bandolera. Estaba llena de explosivos, bombas de luz y quién sabía qué más.

—Será mejor que no nos equivoquemos con esto —dijo el muchacho con un suspiro—. Mi padre va a estar preparado.

—Cuento con ello —replicó Kaz.

Nina dejó que sus dedos rozaran la empuñadura de la pistola que llevaba en el bolsillo de su ligero abrigo primaveral. Nunca había necesitado una pistola antes, nunca había querido llevar una. *Porque yo era el arma*. Pero ya no confiaba en sí misma. Su control sobre su poder parecía endeble, como si no dejara de intentar alcanzar algo que se encontrara un poco más lejos de lo que pensaba. Necesitaba saber que estaría allí esa noche. No podía cometer ningún error, no cuando la vida de Inej dependía de ello. Nina sabía que si hubiera estado en Vellgeluk, la batalla habría

sido diferente. Jamás se habrían llevado a Inej si Nina hubiera sido lo bastante fuerte como para enfrentarse a los secuaces de Van Eck.

¿Y si hubiera tenido *parem*? Nadie habría sido rival para ella.

Negó firmemente con la cabeza. *Si hubieras tenido parem, serías completamente adicta y estarías de camino a la Barcaza del Segador.*

Nadie habló mientras llegaban a la orilla y desembarcaban de forma tan rápida y silenciosa como podían. Kaz les hizo un gesto para que ocuparan sus posiciones. Él se acercaría desde el norte, y Matthias y Wylan desde el este. Nina y Jesper se encargarían de los guardias del lado occidental del perímetro.

Nina flexionó los dedos. Silenciar a cuatro guardias. Debería ser fácil; unas semanas antes, lo habría sido. Ralentizar sus pulsos, enviarlos en silencio a la inconsciencia sin permitir siquiera un sonido de alarma. Pero ahora se preguntaba si era la humedad o su propio sudor a causa del nerviosismo lo que hacía que la ropa se le pegara a la piel de una forma tan incómoda.

Demasiado pronto, vio las formas de los dos primeros guardias en sus puestos. Estaban reclinados contra el muro bajo de piedra, con los rifles junto a ellos y la conversación subiendo y bajando en un zumbido perezoso.

—Mándalos a dormir —dijo Jesper.

Nina se concentró en los guardias, permitiendo que su propio cuerpo sintonizara con los suyos, buscando sus latidos, el ritmo veloz de su sangre. Era como andar a ciegas por la oscuridad, tropezando. Simplemente, no había nada allí. Era levemente consciente de sus formas, había un rastro intuitivo, pero eso era todo. Los vio con los ojos, los escuchó con los oídos, pero el resto estaba en silencio. Ese otro sentido en su interior, el don que había estado ahí desde hacía tanto como podía recordar, el corazón del poder que había sido su compañero constante desde que era una niña, sencillamente había dejado de latir. Lo único en lo que podía pensar era en la *parem*, la euforia, la tranquilidad, como si el universo se encontrara al alcance de sus dedos.

—¿A qué estás esperando? —preguntó Jesper.

Alertado por algún sonido o tal vez su presencia, uno de los guardias miró en su dirección, escudriñando entre las sombras. Levantó el rifle y le hizo un gesto a su compañero para que lo siguiera.

—Vienen hacia aquí —señaló el tirador, y se llevó las manos a las pistolas.

*Por todos los Santos.* Si Jesper tenía que disparar, eso alertaría a los demás guardias. Darían la alarma, y toda aquella misión podría irse directa al infierno.

Nina se concentró con toda su voluntad. El ansia de *parem* se apoderó de ella, atravesando su cuerpo como un terremoto, clavándose en su cráneo con garras decididas. La ignoró. Uno de los guardias se tambaleó y cayó de rodillas.

—¡Gillis! —dijo el segundo—. ¿Qué pasa? —Pero no era lo bastante estúpido como para bajar su arma—. ¡Alto! —gritó en su dirección, todavía tratando de levantar a su amigo—. Identificaos.

—*Nina* —susurró Jesper con furia—. Haz algo.

La Grisha apretó el puño, tratando de cerrar la laringe del guardia para evitar que gritara pidiendo ayuda.

—¡Identificaos!

Jesper sacó la pistola. *No, no, no*. No estaba dispuesta a ser la razón por la que aquello saliera mal. Se suponía que la *parem* debía matarla o dejarla en paz, no meterla en ese purgatorio miserable e impotente. La rabia recorrió a Nina, una furia limpia, perfecta y concentrada. Su mente se extendió y, de pronto, se había sujetado a algo, no un cuerpo, pero algo era. Captó un movimiento por el rabillo del ojo, una forma borrosa que emergía de entre las sombras: una nube de polvo. Salió disparada hacia el guardia que seguía en pie. Este se puso a dar manotazos como tratando de espantar a un enjambre de mosquitos, pero la nube giró con más y más velocidad, un borrón casi invisible. El guardia abrió la boca para gritar y la nube se desvaneció. Él soltó un gruñido y cayó hacia atrás.

Su compañero seguía equilibrándose atontado sobre sus rodillas. Nina y Jesper corrieron hacia él, y el pistolero le dio un golpe en la parte posterior de la cabeza con la empuñadura de su revólver. El hombre se desplomó en el suelo, inconsciente. Con cautela, examinaron al otro guardia. Tenía los ojos abiertos, clavados en el cielo estrellado. Su boca y sus fosas nasales estaban llenas de un fino polvo blanco.

—¿Has hecho tú eso? —preguntó Jesper.

¿Lo había hecho? Nina se sentía como si pudiera saborear el polvo en su propia boca. Aquello no debería ser posible. Un Corporalnik podía manipular el cuerpo humano, no la materia inorgánica. Aquel era el trabajo de un Hacedor; uno poderoso.

—¿No has sido tú?

—Aprecio el voto de confianza, pero esto lo has hecho tú, preciosa.

—*No pretendía matarlo.*

¿Qué pretendía hacer? Tan solo quería silenciarlo. El polvo caía de la comisura de los labios separados del hombre en una fina línea.

—Hay dos guardias más —señaló Jesper—, y ya vamos tarde.

—¿Qué tal si les damos un golpe en la cabeza y ya está?

—Sofisticado. Me gusta.

Nina notó una extraña sensación, como si algo se arrastrara por su cuerpo, pero el ansia de *parem* ya no estaba gritando en su interior. No pretendía matarlo. Pero no importaba, no en ese momento. Los guardias se encontraban fuera de combate y el plan estaba en marcha.

—Venga —dijo—. Vamos a por nuestra chica.



**I**nej había pasado una noche insomne en la oscuridad. Cuando su estómago comenzó a gruñir sospechó que era de día, pero nadie acudió para quitarle la venda ni ofrecerle una bandeja. Parecía que Van Eck ya no sentía la necesidad de consentirla. Había visto con suficiente claridad su miedo. Esa sería ahora su influencia sobre ella, no los ojos suli de Bajan y sus intentos de amabilidad.

Cuando pasaron los estremecimientos, la chica se había arrastrado hasta el conducto de ventilación, solo para encontrarse con que estaba firmemente atornillado. Tenían que haberlo hecho mientras estaba en el teatro, pero no le sorprendía. Sospechaba que Van Eck la había dejado abierta solo para darle esperanza y después arrebatársela.

Con el tiempo, su mente había comenzado a aclararse, y mientras yacía allí en silencio, había trazado un plan. Hablaría. Había muchos refugios y escondites que los Despojos habían dejado de utilizar porque los habían descubierto o tan solo habían dejado de ser convenientes. Comenzaría allí. Después estaban los lugares supuestamente seguros que pertenecían a algunas de las demás bandas del Barril. Sabía de contenedores de carga del Tercer Puerto que los Liddies usaban a veces. A los Gaviotas Cuchilla les gustaba esconderse en un hotel lóbrego a solo unas calles del Listón. Lo llamaban la Tarta de Mermelada, por su desteñido color frambuesa y los aleros blancos que parecían decorados con glaseado. Van Eck debería tardar buena parte de la noche en rebuscar en todas las habitaciones. Inej lo retrasaría. Conduciría a Van Eck y a sus hombres por toda Ketterdam en busca de Kaz. Nunca había sido una gran actriz, pero se había visto obligada a contar su dosis de mentiras



en la Reserva, y desde luego había pasado el tiempo suficiente con Nina como para aprender un par de cosas.

Cuando Bajan apareció por fin y le quitó la venda, llevaba a seis guardias armados con él. La chica no estaba segura de cuánto tiempo había pasado, pero sospechaba que habría sido todo el día. La cara de Bajan estaba amarillenta, y le costaba mirarla a los ojos. Inej esperó que se hubiera pasado despierto toda la noche, con el fuerte peso de sus palabras sobre su pecho. El hombre le cortó las cuerdas de los tobillos, pero las reemplazó por grilletes. Producían un fuerte ruido metálico mientras los guardias la conducían por el pasillo.

En esa ocasión, la llevaron por la puerta trasera del teatro, pasando junto a restos del decorado y utilería abandonada cubierta de polvo hasta llegar al escenario. Las cortinas verdes comidas por las polillas habían sido bajadas, de modo que la cavernosa zona de asientos y palcos ya no era visible. Aislado del resto del teatro, calentado por el calor que irradiaban las luces del escenario, el decorado daba una curiosa sensación de intimidad. Parecía menos un escenario que la sala de operaciones de un cirujano de verdad. La mirada de Inej captó la esquina destrozada de la mesa donde había estado tumbada la noche anterior, y después se apartó con rapidez.

Van Eck estaba esperando con el guardia de nariz de cuchilla. Inej hizo una promesa silenciosa: aunque su plan fallara, aunque le dejaran las piernas hechas puré, aunque nunca volviera a caminar, encontraría la forma de hacérselo pagar todo. No sabía cómo, pero lo conseguiría. Había sobrevivido a demasiadas cosas como para permitir que Van Eck la destruyera.

—¿Tienes miedo, Ghafa? —preguntó él.

—Sí.

—Cuánta honestidad. ¿Y estás preparada para contarme lo que sabes?

Inej respiró hondo y bajó la cabeza en lo que esperaba que fuera una convincente muestra de reticencia.

—Sí —susurró.

—Adelante.

—¿Cómo sé que no tomarás la información y me harás daño de todos modos? —preguntó ella con cuidado.

—Si la información es buena, no tienes nada que temer de mí. No soy un salvaje. He empleado los métodos a los que estás más acostumbrada: amenazas, violencia. El Barril te ha entrenado para esperar tal tratamiento.

Sonaba como Tante Heleen. *¿Por qué me obligas a hacer estas cosas? Tú misma te buscas estos castigos, chica.*

—Entonces, ¿tengo tu palabra? —preguntó.

Era absurdo. Van Eck había dejado claro cuánto valía exactamente su palabra cuando había roto el acuerdo que tenían en Vellgeluk y había tratado de conseguir que los mataran a todos. Sin embargo, asintió de forma solemne con la cabeza.

—La tienes —dijo—. Un trato es un trato.

—Y Kaz nunca puede saber...

—Por supuesto, por supuesto —replicó él con cierta impaciencia.

Inej se aclaró la garganta.

—El Paraíso Azul es un club no muy lejos del Listón. Kaz ha utilizado las habitaciones que hay sobre él para almacenar mercancía robada.

Era cierto. Y las habitaciones deberían seguir vacías. Kaz había dejado de utilizar ese lugar tras descubrir que uno de los camareros estaba en deuda con los Leones Moneda. No quería que nadie informara de sus idas y venidas.

—Muy bien. ¿Qué más?

Inej se mordió el labio inferior, mostrando preocupación.

—Un apartamento en la Kolstraat... no recuerdo el número. Tiene vistas de las entradas traseras a algunos de los locales del Stave Oriental. Lo hemos utilizado antes como puestos de vigilancia.

—¿De verdad? Por favor, continúa.

—Hay un contenedor de carga...

—¿Sabes una cosa, Ghafa? —Van Eck se acercó más a ella. No había furia en su cara; parecía casi contento—. No creo que ninguno de esos lugares sea una pista de verdad.

—Yo no...

—Creo que pretendes mandarme a perseguirme la cola mientras esperas a que te rescaten o planeas otro descabellado plan de huida. Pero no hace falta que esperes. Brekker está de camino para rescatarte en este preciso instante. —Hizo un gesto hacia uno de los guardias—. Levanta las cortinas.

Inej oyó el crujido de las cuerdas y, con lentitud, las cortinas andrajosas se elevaron. El teatro estaba lleno de guardias en los pasillos, al menos treinta o tal vez más, todos fuertemente armados con rifles y porras, una abrumadora exhibición de poder. *No*, pensó la chica mientras las palabras de Van Eck calaban.

—Eso es, Ghafa —dijo él—. Tu héroe está viniendo. A Brekker le gusta creer que es la persona más lista de Ketterdam, así que pensé que podría darle el gusto y dejar que se superara en ingenio a sí mismo. Me di cuenta de que en lugar de esconderte, tan solo debería dejar que te encontrara.

Inej frunció el ceño. *No podía ser*. No podía ser. ¿De verdad ese mercader había sido más listo que Kaz? ¿La había utilizado para hacerlo?

—He estado enviando a Bajan una y otra vez a Eil Komodie todos los días. Pensaba que un chico suli sería lo más evidente, y cualquier tráfico a una isla supuestamente desierta tenía que llamar la atención. Hasta esta noche no estaba seguro de que Brekker fuera a morder el anzuelo; me estaba poniendo muy nervioso. Pero lo ha hecho. Al caer la noche, vieron a dos de su equipo en el muelle preparando una *gondel*, ese fjerdano grandote y el chico zemeni. No los intercepté. Al igual que

tú, son meros peones. Kuwei es el premio, y tu Brekker va a darme por fin lo que me debe.

—Si hubieras jugado limpio con nosotros, ya tendrías a Kuwei —dijo Inej—. Arriesgamos la vida para sacarlo de la Corte de Hielo. Lo arriesgamos todo. Deberías haber honrado tu palabra.

—Un patriota se habría ofrecido a liberar a Kuwei sin la promesa de una recompensa.

—¿Un patriota? Tu plan para la *jurda parem* traerá el caos a Kerch.

—Los mercados son fuertes. Kerch sobrevivirá. Puede que hasta se vea reforzado por los cambios que están por venir. Pero tú y los de tu índole tal vez no tengáis la misma suerte. ¿Cómo piensas que les irá a los parásitos del Barril cuando estemos en guerra? ¿Cuando los hombres honestos no tengan monedas que despilfarrar y pongan la cabeza en el trabajo duro en vez de en el vicio?

Inej sintió que se le crispaba el labio.

—Las ratas de canal tenemos nuestra forma de sobrevivir, sin importar cuánto trates de pisotearnos.

Él sonrió.

—La mayoría de tus amigos no sobrevivirá a esta noche.

La chica pensó en Jesper, Nina y Matthias, en el dulce Wylan que merecía algo mucho mejor que esa escoria por padre. Para Van Eck la cuestión no era solo ganar. Era algo personal.

—Nos odias.

—Sinceramente, tú eres de poco interés para mí... una acróbata, una bailarina o lo que fueras antes de convertirte en una maldición en esta ciudad. Pero te confieso que Kaz Brekker sí que me ofende. Es vil, despiadado e inmoral. Alimenta la corrupción con corrupción. Es una mente extraordinaria que podría haber servido para grandes cosas. Podría haber gobernado esta ciudad, construido algo, obtenido ganancias que nos beneficiaran a todos. En lugar de eso, se aprovecha como un parásito del trabajo de hombres mejores.

—¿Hombres mejores? ¿Como tú?

—Te duele oírlo, pero es cierto. Cuando yo deje este mundo, quedará el mayor imperio comercial jamás conocido, un motor de riqueza, un tributo a Ghezen y una señal de su favor. ¿Quién recordará a una chica como tú? ¿Qué dejaréis atrás tú y Kaz Brekker, aparte de unos cadáveres para quemar en la Barcaza del Segador?

Un grito sonó en el exterior del teatro, y cayó un silencio repentino mientras los guardias se giraban hacia las puertas de entrada.

Van Eck consultó su reloj.

—Medianoche en punto. Brekker tiene un don para el dramatismo.

Inej oyó otro grito, y después un fugaz traqueteo de disparos. Tenía seis guardias tras ella y unos grilletes en los pies. La impotencia se elevó hasta ahogarla. Kaz y los

demás estaban a punto de entrar en una trampa, y no tenía forma alguna de advertirles.

—He pensado que lo mejor sería no dejar el perímetro completamente desprotegido —explicó Van Eck—. No quería que fuera demasiado fácil para desvelar la jugada.

—Jamás te dirá dónde está Kuwei.

El hombre le dirigió una sonrisa de indulgencia.

—Me pregunto qué será lo más efectivo... ¿torturar a Brekker o hacer que observe mientras te torturo a ti? —Se inclinó hacia ella, con voz conspiradora—. Puedo decirte que lo primero que voy a hacer es quitarle esos guantes y romper cada uno de sus dedos de ladronzuelo.

Inej pensó en las pálidas manos de estafador de Kaz, en la brillante cicatriz que recorría su nudillo derecho. Van Eck podría romperle todos los dedos y ambas piernas a Kaz y este seguiría sin decir una palabra, pero ¿si sus hombres le quitaban los guantes? La chica no comprendía todavía por qué los necesitaba, o por qué se había desmayado en el vagón de la prisión de camino a la Corte de Hielo, pero sabía que Kaz no soportaba el contacto piel con piel. ¿Cuánta de esa debilidad podría ocultar? ¿Con cuánta rapidez localizaría Van Eck esa vulnerabilidad para explotarla? ¿Cuánto tardaría Kaz en desmoronarse? Inej no podía soportarlo. Se alegró de no saber dónde se encontraba Kuwei, porque ella se quebraría antes que él.

Sonaba un estrépito de botas por el pasillo, un retumbo de pisadas. Inej se lanzó hacia delante y abrió la boca para gritar una advertencia, pero la mano de un guardia le tapó los labios con fuerza mientras ella forcejeaba entre sus brazos.

La puerta se abrió de golpe. Treinta guardias levantaron treinta rifles, y hubo treinta sonidos de amortillado. El chico en el umbral de la puerta se encogió con la cara blanca y los tirabuzones castaños desordenados. Llevaba la librea roja y dorada del servicio de Van Eck.

—Eh... Señor Van Eck —jadeó, levantando las manos para defenderse.

—Bajad las armas —ordenó el hombre a los guardias—. ¿Qué pasa?

El chico tragó saliva.

—Señor, la casa del lago. Se acercaron desde el agua.

Van Eck se puso en pie, derribando su silla.

—Alys...

—Se la llevaron hace una hora.

Alys. La guapa mujer embarazada de Van Eck. Inej sintió una chispa de esperanza, pero la pisoteó, temerosa de creer.

—Mataron a uno de los guardias y dejaron al resto atados en la despensa —continuó el chico, sin aliento—. Había una nota en la mesa.

—Tráela —ladró Van Eck. El chico recorrió el pasillo a zancadas, y el hombre le arrebató la nota de la mano.

—¿Qué... qué dice? —preguntó Bajan con voz trémula. A lo mejor Inej tenía razón con lo de Alys y el profesor de música.

Van Eck le dio una bofetada.

—Si descubro que sabías algo sobre esto...

—¡No lo sabía! —gritó Bajan—. No sabía nada. ¡He seguido las órdenes al pie de la letra!

Van Eck arrugó la nota en el puño, pero no antes de que Inej distinguiera las palabras con la inconfundible letra abrupta de Kaz: *Mañana al mediodía. Goedmedbridge. Con sus cuchillos.*

—La nota estaba sujeta con esto.

El chico se metió la mano en el bolsillo y sacó un broche de corbata; un grueso rubí rodeado por hojas doradas de laurel. Kaz se lo había robado a Van Eck cuando este lo había contratado para el trabajo en la Corte de Hielo. Inej no había tenido oportunidad de venderlo antes de que se marcharan de Ketterdam. De algún modo Kaz había vuelto a hacerse con él.

—Brekker —gruñó Van Eck, con la voz tensa por la rabia. Inej no pudo evitarlo y comenzó a reír. Van Eck le dio un fuerte bofetón, la agarró de la túnica y la zarandéo hasta que se le agitaron los huesos—. Brekker piensa que seguimos jugando, ¿verdad? Es mi mujer. Lleva a mi heredero.

Inej se rio todavía más fuerte, y todos los horrores de la pasada semana se elevaron de su pecho en atolondradas risotadas.

—Y tú fuiste lo bastante estúpido como para contárselo todo a Kaz en Vellgeluk.

—¿Debería decirle a Franke que vaya a por la maza para mostrarte lo en serio que estoy hablando?

—Señor Van Eck —suplicó Bajan.

Pero Inej estaba harta de tener miedo a ese hombre. Antes de que este pudiera tomar aliento otra vez, golpeó con la frente hacia arriba y le rompió la nariz. Él gritó y la liberó mientras la sangre se derramaba por su refinado traje de mercader. Al instante los guardias estuvieron encima de la chica, apartándola de él.

—Serás desgraciada —dijo Van Eck, llevándose un pañuelo bordado a la cara—. Serás puta. Voy a partirte ambas piernas con un martillo yo mismo...

—Adelante, Van Eck, amenázame. Dime todas las cosas que soy. Si me pones un dedo encima, Kaz Brekker arrancará el bebé del estómago de tu hermosa mujer y colgará su cuerpo de un balcón en el Intercambio.

Eran unas palabras horribles, un discurso que le remordió la conciencia, pero Van Eck se merecía las imágenes que había plantado en su mente. Aunque no creía que Kaz fuera a hacer tal cosa, se sintió agradecida por cada cosa desagradable y despiadada que Manos Sucias sí había hecho para ganarse su reputación; una reputación que atormentaría a Van Eck cada segundo hasta que le devolviera a su mujer.

—¡Silencio! —gritó el hombre, derramando saliva por la boca.

—¿Crees que no lo hará? —lo provocó ella. Podía sentir el calor en su mejilla donde la mano de Van Eck la había golpeado, podía ver la maza todavía en la mano del guardia. El mercader le había dado miedo, y se lo iba a devolver gustosa—. Vil, despiadado e inmoral. ¿No es por eso por lo que contrataste a Kaz para empezar? ¿Porque hace cosas a las que nadie más se atreve? Adelante, Van Eck. Rómpeme las piernas y a ver qué pasa. *Rétale*.

¿De verdad había creído que un mercader podría superar en ingenio a Kaz Brekker? Iba a liberarla, y después le demostrarían a ese hombre de qué eran capaces exactamente las putas y las ratas de canal.

—Consuélate —dijo mientras Van Eck se aferraba a la destrozada esquina de la mesa en busca de apoyo—. Hasta a los mejores hombres se les puede superar.



Matthias seguiría expiando los errores que había cometido en esta vida en la siguiente, pero siempre había creído que a pesar de sus crímenes y fracasos había un núcleo de decencia en su interior que jamás podrían romper. Y a pesar de ello, estaba seguro de que si tenía que pasar otra hora con Alys Van Eck, podría asesinarla solo para obtener un poco de silencio.

El asedio a la casa del lago había ocurrido con una precisión que Matthias no podía sino admirar. Tan solo tres días después de que se llevaran a Inej, Rotty había alertado a Kaz de las luces que habían aparecido en Eil Komedie, y del hecho de que habían visto barcos yendo y viniendo a horas extrañas, a menudo con un suli joven a bordo. Pronto lo habían identificado como Adem Bajan, un profesor de música que llevaba seis meses contratado por Van Eck. Al parecer se había unido a su casa después de que Wylan se marchara, pero al muchacho no le sorprendió que su padre buscara instrucción musical profesional para Alys.

—¿Es buena? —había preguntado Jesper.

Wylan había dudado antes de decir:

—Es muy entusiasta.

Había sido fácil suponer que tenían a Inej en Eil Komedie, y Nina había querido ir a por ella de inmediato.

—No se la ha llevado de la ciudad —dijo, con las mejillas sonrosadas y brillantes por primera vez desde que había emergido de su batalla con la *parem*—. Es evidente que la tiene allí.

Pero Kaz se había limitado a mirar hacia el infinito, con esa extraña expresión en la cara antes de decir:

—Demasiado evidente.

—Kaz...

—¿Quieres cien *kruge*?

—¿Cuál es el truco?

—Exacto. Van Eck lo está poniendo demasiado fácil; nos está tratando como blancos. Pero él no nació en el Barril, y nosotros no somos un puñado de animales tontos preparados para saltar ante el primer señuelo reluciente que nos muestre. Quiere que pensemos que Inej está en la isla. A lo mejor lo está, pero tendrá suficiente potencia de fuego esperándonos allí, tal vez incluso a algunos Grisha usando *parem*.

—*Siempre hay que golpear el blanco cuando este no mira* —había murmurado Wylan.

—Bendito Ghezen —dijo Jesper—. Te has corrompido del todo.

Kaz había golpeado con la cabeza de cuervo de su bastón las baldosas de piedra de la tumba.

—¿Sabéis cuál es el problema de Van Eck?

—¿Que no tiene honor? —supuso Matthias.

—¿Unas habilidades paternas horribles? —dijo Nina.

—¿Que se está quedando sin pelo? —sugirió Jesper.

—No —replicó Kaz—. Tiene demasiado que perder. Y nos ha dado un mapa para saber qué robar primero.

Se había puesto en pie y había comenzado a trazar los planes para secuestrar a Alys. En lugar de tratar de rescatar a Inej como Van Eck esperaba, lo obligarían a cambiarla por su mujer, que estaba muy embarazada. El primer truco había sido encontrarla, pues el mercader no era ningún estúpido. Kaz sospechaba que habría sacado a Alys de la ciudad en cuanto había hecho el trato falso con ellos, y sus investigaciones iniciales apoyaban eso. Van Eck no iba a meter a su mujer en un almacén, fábrica o edificio industrial, y tampoco se encontraba en ninguno de los hoteles del mercader, ni en su casa del campo o sus dos granjas cerca de Elsmeer. Era posible que se la hubiera llevado a alguna granja o propiedad más allá del Mar Auténtico, pero Kaz dudaba que sometiera a la mujer que llevaba a su heredero a una agotadora travesía marítima.

—Van Eck debe de tener propiedades secretas —había dicho Kaz—. Y seguro que también ingresos en negro.

Jesper frunció el ceño.

—¿No se supone que no pagar impuestos es... no sé, un sacrilegio? Pensaba que estaba dedicado a servir a Ghezen.

—Ghezen y Kerch no son lo mismo —señaló Wylan.

Por supuesto, descubrir esas propiedades secretas había significado obtener acceso al despacho de Cornelis Smeet y otra serie de engaños. Matthias odiaba la fraudulencia de todo aquello, pero no podía negar el valor de la información que



habían obtenido. Gracias a los archivos de Smeet, Kaz había localizado la casa del lago, una bonita propiedad a quince kilómetros al sur de la ciudad, fácil de defender, bien acomodada, y registrada con el apellido Hendriks.

Siempre hay que golpear el blanco cuando este no mira. Matthias podía admitir que era un pensamiento sensato; un pensamiento militar, de hecho. Cuando te superaban en número de armas y hombres, buscabas los blancos menos defendidos. Van Eck había esperado que intentaran rescatar a Inej, así que allí era donde había concentrado sus fuerzas. Y Kaz lo había animado a ello, diciéndole a Matthias y Jesper que parecieran tan conspicuos como pudieran cuando llevaran una *gondel* a uno de los amarraderos privados del Quinto Puerto. A las once campanadas, Rotty y Specht habían dejado a Kuwei en el Velo Negro y, vestidos con pesados abrigos para ocultar sus rostros, habían puesto el barco en marcha, montando el tremendo espectáculo de gritar a sus supuestos compañeros que zarpaban de otros amarraderos; la mayoría turistas confusos que no entendían por qué unos extraños les gritaban desde una *gondel*.

Matthias había necesitado todas sus fuerzas para no discutir con Kaz cuando este emparejó a Nina con Jesper en el asalto a la casa del lago, a pesar de que sabía que la unión tenía sentido. Necesitaban dejar fuera de combate a los guardias en silencio para evitar que nadie diera la alarma o entrara en pánico. El entrenamiento de combate de Matthias possibilitaba eso, al igual que las habilidades Grisha de Nina, así que los había dividido. Jesper y Wylan tenían talentos más ruidosos, así que solo entrarían en la refriega como último recurso. Además, Matthias sabía que si comenzaba a seguir a Nina en las misiones como alguna clase de perro guardián, ella se pondría las manos en esas gloriosas caderas y demostraría su habilidad para soltar improperios en varios idiomas diferentes. Aun así, él era el único, además de Kuwei, que sabía cuánto había sufrido desde que regresaron de la Corte de Hielo. Había sido difícil observarla marchar.

Se habían acercado atravesando el lago, y se habían ocupado con rapidez de los pocos guardias del perímetro. La mayoría de las villas de la orilla se encontraban vacías, pues era todavía demasiado pronto en el año para que el clima se hubiera calentado de verdad. Pero había lámparas ardiendo en las ventanas de la casa de Van Eck o, más bien, la casa Hendriks. La propiedad pertenecía a la familia de la madre de Wylan desde hacía generaciones antes de que Van Eck cruzara la puerta.

Casi no parecía un allanamiento; de hecho, uno de los guardias había estado dormitando en el cenador. Matthias no se había dado cuenta de que había una baja hasta que contaron a los guardias, pero no había tenido tiempo para preguntar a Nina y Jesper por lo que había salido mal. Habían atado a los guardias restantes, los habían llevado junto al resto del personal a la despensa, y después habían subido las escaleras hasta el segundo piso llevando las máscaras de la *Komedie Brute*. Se habían detenido en el exterior de la sala de música, donde Alys estaba sentada de forma

precaria en el banco de un piano. Aunque habían esperado encontrarla dormida, estaba trabajando en una pieza de música.

—Por todos los Santos, ¿qué es ese ruido? —había preguntado Nina.

—Creo que es *Silencio, pequeño abejorro* —respondió Wylan desde detrás de la máscara y los cuernos de su atuendo del Diablillo Gris—. Pero es difícil saberlo.

Cuando entraron en la sala de música, el perro de pelaje sedoso que había a los pies de la mujer tuvo el sentido común de gruñir, pero la pobre, guapa y embarazada Alys tan solo se limitó a levantar la mirada de la partitura para decir:

—¿Esto es una obra?

—Sí, amor —respondió Jesper con suavidad—, y tú eres la estrella.

La rodearon con un abrigo cálido y después la condujeron fuera de la casa hasta el bote que aguardaba. Había sido tan dócil que Nina se había preocupado.

—¿Crees que no le llegará suficiente sangre al cerebro? —le había murmurado a Matthias.

Él no había sabido qué pensar del comportamiento de Alys. Recordaba a su madre confundiéndose con las cosas más sencillas cuando estaba embarazada de su hermana pequeña. Bajaba todo el camino desde su casita hasta la aldea antes de darse cuenta de que se había puesto las botas en los pies equivocados.

Pero a mitad de trayecto de la ciudad, cuando Nina había atado las manos de Alys y le había puesto una venda sobre los ojos, ajustándola con fuerza a las pulcras trenzas enroscadas sobre su cabeza, la realidad de la situación debió de empezar a calar. Había comenzado a sorber por la nariz, limpiándose la nariz húmeda en su manga de terciopelo. El sorbido se convirtió en una especie de respiración profunda y temblorosa, y para cuando tuvieron a Alys cómodamente instalada en la tumba e incluso encontraron un pequeño cojín para sus pies, esta había soltado un prolongado gemido.

—Quiero irme a caaaaasa —había gimoteado—. Quiero a mi perro.

Desde entonces, los llantos no habían cesado. Kaz había acabado levantando las manos en el aire, con frustración, y todos habían salido fuera de la tumba para intentar encontrar algo de calma.

—¿Las mujeres embarazadas son siempre así? —se había quejado Nina.

Matthias miró dentro del casco de piedra.

—Solo las secuestradas.

—No puedo ni oír mis pensamientos.

—¿Y si le quitamos la venda? —sugirió Wylan—. Podemos llevar las máscaras de la *Komedie Brute*.

Kaz negó con la cabeza.

—No podemos arriesgarnos a que lleve a Van Eck hasta aquí.

—Se va a poner enferma —dijo Matthias.

Estamos en mitad de un trabajo —replicó Kaz—. Tienen que pasar muchas cosas antes del intercambio de mañana. Que alguien encuentre una forma de callarla, o lo

haré yo.

—Es una chica asustada... —protestó Wylan.

—No he pedido una descripción.

Pero Wylan continuó.

—Kaz, prométeme que no...

—Antes de que termines esa frase, quiero que pienses en lo que cuesta una promesa mía y en lo que estás dispuesto a pagar por ella.

—No es culpa suya que sus padres la obligaran a casarse con mi padre.

—Alys no está aquí por haber hecho nada malo. Está aquí porque es una influencia.

—Tan solo es una chica embarazada...

—Quedarse embarazada no es en realidad ningún talento especial. Pregúntaselo a cualquier chica sin suerte del Barril.

—Inej no querría...

En el espacio de un aliento, Kaz había empujado a Wylan contra la pared de la tumba con el antebrazo, poniendo la cabeza de cuervo de su bastón bajo la mandíbula de Wylan.

—Dime otra vez lo que tengo que hacer. —Wylan tragó saliva y separó los labios—. Hazlo —dijo Kaz—. Y te cortaré la lengua para dársela al primer gato callejero que encuentre.

—Kaz... —intervino Jesper con cautela, pero él lo ignoró.

Los labios de Wylan se apretaron en una línea delgada y tozuda. El chico realmente no sabía lo que le convenía. Matthias se preguntó si tendría que tratar de interceder por él, pero Kaz lo liberó.

—Que alguien le meta un corcho en la boca a esa chica antes de que vuelva —ordenó, y se alejó a zancadas por el cementerio.

Matthias puso los ojos en blanco. Aquellos lunáticos necesitaban seis meses en el campo de entrenamiento y posiblemente una buena paliza.

—Será mejor no mencionar a Inej —dijo Jesper mientras Wylan se sacudía el polvo—. Ya sabes, si tienes ganas de seguir con vida.

El muchacho negó con la cabeza.

—Pero ¿esto no es todo por Inej?

—No, es todo por el *gran plan*, ¿recuerdas? —replicó Nina con un resoplido. Liberar a Inej de Van Eck es solo la primera frase.

Volvieron al interior de la tumba. Bajo la luz de las lámparas, Matthias podía ver que Nina tenía buen color. A lo mejor la distracción del asalto a la casa del lago había sido algo positivo, aunque no podía ignorar el hecho de que un guardia había muerto durante una misión que se suponía que no iba a causar bajas.

Alys se había quedado en silencio, y estaba sentada con las manos cruzadas sobre la barriga, soltando pequeños hipidos infelices. Hizo un deslucido intento de quitarse la venda, pero Nina había sido lista con los nudos. Matthias echó un vistazo a Kuwei,

que estaba sentado a la mesa frente a ella. El muchacho shu se limitó a encogerse de hombros.

Nina se sentó junto a Alys.

—¿Te apetece, eh... una taza de té?

—¿Con miel? —preguntó ella.

—Creo, eh... ¿que tenemos azúcar?

—Solo me gusta el té con miel y limón.

Nina parecía estar a punto de decirle a Alys exactamente dónde podía meterse la miel y el limón, así que Matthias se apresuró a decir:

—¿Te apetece una galleta de chocolate?

—Oh, ¡me *encanta* el chocolate!

Nina entrecerró los ojos.

—No recuerdo haber dicho que pudieras dar mis galletas.

—Es por una buena causa —dijo Matthias mientras cogía la lata. Había comprado las galletas con la esperanza de conseguir que Nina comiera más—. Además, apenas las has tocado.

—Las estoy reservando para después —replicó ella con un resoplido—. Y no deberías enfrentarte conmigo por los dulces.

Jesper asintió con la cabeza.

—Es como una dragona protectora de postres.

Alys había movido la cabeza de derecha a izquierda detrás de la venda.

—Sonáis todos muy jóvenes —dijo—. ¿Dónde están vuestros padres? —Wylan y Jesper rompieron a reír—. ¿Por qué es tan gracioso?

—No lo es —aseguró Nina con voz tranquilizadora—. Tan solo están siendo idiotas.

—Eh, oye —replicó Jesper—. No somos nosotros quienes estamos metiendo la mano en tu alijo de galletas.

—Yo no dejo a cualquiera que toque mi alijo de galletas —dijo Nina, guiñando un ojo.

—Desde luego que no —gruñó Matthias, en parte complacido por ver que Nina volvía a ser ella misma, y celoso porque fuera Jesper quien la hiciera sonreír. Tenía que meter la cabeza en un cubo; se estaba comportando como un tonto enamorado.

—Bueno —empezó Jesper, rodeando los hombros de Alys con un brazo—. Háblanos sobre tu hijastro.

—¿Por qué? —preguntó ella—. ¿También vais a secuestrarlo?

Jesper resopló.

—Lo dudo. He oído que es muy problemático como para tenerlo cerca.

Wylan cruzó los brazos.

—Yo he oído que es talentoso e incomprensido.

Alys frunció el ceño.

—Yo puedo comprenderlo a la perfección. No balbucea ni nada. De hecho, suena un poco como tú. —Wylan se encogió mientras Jesper se doblaba a causa de la risa—. Y sí, es muy talentoso. Está estudiando música en Belendt.

Pero ¿cómo es? —preguntó Jesper—. ¿Algún miedo secreto que te haya confiado? ¿Malos hábitos? ¿Enamoramientos inapropiados?

Wylan le tiró la lata de galletas a Alys.

—Cómete otra galleta.

—¡Ya se ha comido tres! —protestó Nina.

—Wylan siempre era bueno con mis pájaros. Echo de menos a mis pájaros. Y a Rufus. Quiero irme a caaaaasa.

Y entonces comenzó a lloriquear otra vez.

Nina había golpeado la mesa con la cabeza, derrotada.

—Bien hecho, pensaba que íbamos a tener un momento de silencio. He sacrificado mis galletas para nada.

—¿Es que ninguno ha tratado antes con una mujer embarazada? —gruñó Matthias. Recordaba bien el malestar y el humor de su madre, aunque sospechaba que el comportamiento de Alys no tenía nada que ver con el niño que llevaba. Rasgó un trozo de una de las mantas harapientas de la esquina—. Toma —le dijo a Jesper—. Mójala en agua para que podamos hacer una compresa fría. —Se puso en cuclillas y le dijo a Alys—: Voy a quitarte los zapatos.

—¿Por qué?

—Porque tienes los pies hinchados, y te aliviará que te los froten.

—Oh, esto sí que es interesante —dijo Nina.

—Ni se te ocurra.

—Demasiado tarde —replicó ella, meneando los dedos de los pies.

Matthias le quitó los zapatos a Alys y dijo:

—No te hemos secuestrado. Tan solo vamos a tenerte aquí muy poco tiempo. Mañana por la tarde estarás en casa con tu perro y tus pájaros. Sabes que nadie va hacerte daño, ¿sí?

—No estoy segura.

—Bueno, no puedes verme, pero soy la persona más grande de aquí, y te prometo que nadie va a hacerte daño. —Mientras pronunciaba las palabras, Matthias sabía que podía estar mintiendo. Estaba frotándole los pies a Alys, que tenía un paño húmedo en la frente y se encontraba en un nido lleno de algunas de las víboras más letales que se arrastraban por las calles de esa ciudad sin pies ni cabeza—. Ahora bien. Es muy importante que sigas calmada para no ponerte enferma. ¿Qué te ayuda a animarte?

—Me... me gusta ir a dar paseos junto al lago.

—De acuerdo, a lo mejor podemos ir de paseo después. ¿Qué más?

—Me gusta que me cuiden el pelo.

Matthias lanzó una significativa mirada a Nina, que frunció el ceño.

—¿Por qué supones que sé arreglar el pelo?

—Porque siempre estás muy guapa.

—Espera —dijo Jesper—. ¿Está siendo un encanto? —Eché un vistazo a Matthias—. ¿Cómo sabemos que no es un impostor?

—A lo mejor *alguien* podría arreglarte el pelo —asintió Nina a regañadientes.

—¿Algo más? —preguntó Matthias.

—Me gusta cantar —respondió Alys. Wylan negó con la cabeza, frenético, formando con la boca las palabras «no, no, no»—. ¿Puedo cantar? —preguntó esperanzada—. Bajan dice que soy lo bastante buena como para estar en el escenario.

—A lo mejor podríamos dejar eso para después... —sugirió Jesper.

El labio inferior de Alys comenzó a temblar como un plato a punto de romperse.

—Canta —dijo Matthias abruptamente—. Por supuesto, canta.

Y entonces comenzó la verdadera pesadilla.

No es que Alys fuera tan mala, tan solo que nunca paraba. Cantaba entre mordiscos de comida. Cantaba mientras caminaba entre las tumbas. Cantaba desde detrás de un arbusto cuando necesitaba aliviarse. Cuando finalmente se quedó dormida, siguió tarareando *en sueños*.

—A lo mejor este ha sido el plan de Van Eck todo el tiempo —dijo Kaz, sombrío, cuando volvieron a reunirse en el exterior de la tumba.

—¿Volvemos locos? —sugirió Nina—. Está funcionando.

Jesper cerró los ojos y soltó un gruñido.

—Diabólico.

Kaz consultó su reloj de bolsillo.

—De todos modos, Nina y Matthias deberían ir poniéndose en marcha. Si llegáis pronto a vuestras posiciones, podréis tener unas pocas horas de sueño.

Tenían que tener cuidado yendo y viniendo de la isla, así que no podían permitirse esperar hasta que llegara el amanecer para ocupar sus puestos.

—Encontraréis las máscaras y las capas en la peletería —continuó Kaz—. Buscad el tejón dorado del cartel. Acercaos al Tapón tanto como podáis antes de comenzar a entregarlas y después dirigíos al sur. No os quedéis demasiado tiempo en un mismo sitio, no quiero que atraigáis demasiado la atención de los jefes. —Kaz los miró a los ojos por turnos—. Tenéis que estar todos en vuestros puestos finales antes del mediodía. Wylan en el suelo. Matthias en el tejado del Emporio Komédie. Jesper estará enfrente, en el tejado del Hotel Ambers. Nina, tú estarás en el tercer piso del hotel. La habitación tiene un puente que da al Goedmedbridge. Asegúrate de tener clara tu línea de visión; quiero que veas a Van Eck desde el primer momento. Estará planeando algo, y tenemos que estar preparados.

Matthias vio que Nina le lanzaba una mirada furtiva a Jesper, pero lo único que dijo fue:

—Sin llantos.

—Sin funerales —respondieron todos.

Nina se dirigió hacia donde estaba amarrado el bote de remos. Kaz y Wylan volvieron a la tumba, pero antes de que Jesper pudiera desaparecer dentro, Matthias le bloqueó el camino.

—¿Qué pasó en la casa del lago?

—¿Qué quieres decir?

—He visto cómo acaba de mirarte.

Jesper se movió con incomodidad.

—¿Por qué no se lo preguntas a ella?

—Porque Nina dirá que se encuentra bien hasta que esté sufriendo demasiado para formar las palabras.

Jesper tocó sus revólveres.

—Lo único que voy a decir es que tienes que tener cuidado. No es... del todo ella.

—¿Qué quiere decir eso? ¿Qué pasó en la casa Hendriks?

—Nos metimos en problemas —admitió Jesper.

—Murió un hombre.

—Mueren hombres todo el tiempo en Ketterdam. Tú mantente alerta. Puede que necesite refuerzos.

Jesper atravesó la puerta con rapidez, y Matthias soltó un gruñido de frustración. Se apresuró a alcanzar a Nina, dando vueltas en la cabeza a la advertencia de Jesper, pero no dijo nada mientras se montaba en el barco y comenzaba a remar por el canal.

Lo más inteligente que había hecho desde que regresaron de la Corte de Hielo había sido darle a Kaz la *parem* restante. No había sido una decisión fácil. Nunca estaba seguro de lo profundo que era el pozo en el interior de Kaz, de dónde se encontraban los límites de lo que estaba o no dispuesto a hacer. Pero Nina no tenía poder sobre Kaz, y cuando se había metido en su cama la noche del trabajo con Smeet, Matthias supo que había tomado la decisión correcta, porque Djel sabía que habría estado dispuesto a darle cualquier cosa que quisiera si hubiera seguido besándolo.

Lo había despertado del sueño que llevaba atormentándolo desde la Corte de Hielo. Un momento había estado deambulando en el frío, ciego por la nieve y con los lobos aullando en la distancia, y al siguiente estaba despierto con Nina junto a él, toda calidez y suavidad. Pensó otra vez en lo que le había dicho en el barco, cuando estaba bajo los peores efectos de la *parem*. *¿Es que no puedes pensar por ti mismo? Tan solo soy otra causa que seguir. Primero era Jarl Brum, y ahora yo. No quiero tu juramento maldito.*

Matthias no pensaba que lo hubiera dicho en serio, pero las palabras lo atormentaban. Como *drüskelle*, había servido a una causa corrupta. Ahora podía verlo. Pero tenía un camino, una nación. Sabía quién era y lo que el mundo le pedía. Ahora no estaba seguro de nada, salvo de su fe en Djel y el voto que le había hecho a Nina. *Me han hecho para protegerte. Solo la muerte romperá este juramento. ¿Tan*

solo había sustituido una causa por otra? ¿Estaba refugiándose en sus sentimientos por Nina porque tenía miedo de elegir un futuro para sí mismo?

Matthias se concentró en remar. Sus destinos no se decidirían esa noche, y tenían mucho que hacer antes de que llegara el amanecer. Además, le gustaba el ritmo de los canales por la noche, la luz de las lámparas reflejada en el agua, el silencio, la sensación de pasar sin ser vistos por el mundo durmiente, vislumbrando alguna luz en una ventana, alguien levantándose con inquietud de la cama para correr una cortina o mirar la ciudad. Habían tratado de ir y venir del Velo Negro tan poco como fuera posible durante el día, de modo que así era como había llegado a conocer Ketterdam. Una noche había visto a una mujer con un vestido de gala enjoyado sentada en su tocador y deshaciéndose el peinado. Un hombre (su marido, suponía Matthias) se había colocado tras ella y había continuado con la tarea, y ella se había girado para mirarlo con una sonrisa. Matthias no podía explicar el dolor que sintió en ese momento. Era un soldado, y Nina también. No estaban hechos para tales escenas domésticas. Pero había envidiado a esa gente y su tranquilidad. Su cómodo hogar, su comodidad entre ellos.

Sabía que preguntaba a Nina demasiado a menudo, pero mientras desembarcaba cerca del Stave Oriental, Matthias no pudo evitar decir:

—¿Cómo te sientes?

—Bastante bien —dijo ella, displicente, mientras se ajustaba el velo. Estaba vestida con las relucientes ropas finas de la Novia Perdida, el mismo traje que llevaba la noche que ella y otros miembros de los Despojos habían aparecido en su celda—. Dime, *drüskelle*, ¿alguna vez has estado en esta parte del Barril?

—No tuve muchas oportunidades para hacer turismo mientras estaba en la Puerta del Infierno —replicó Matthias—. Y de todos modos, no habría venido aquí.

—Pues claro que no. Tanta gente pasándolo bien en un único sitio podría haberte sacado al fjerdano que llevas dentro de la impresión.

—Nina —dijo Matthias en voz baja mientras avanzaban hasta la peletería. No quería presionarla, pero necesitaba saberlo—. Cuando fuimos a por Smeet, utilizaste peluca y cosméticos. ¿Por qué no te transformaste?

Ella se encogió de hombros.

—Era más fácil y más rápido.

Matthias se quedó en silencio, sin saber si debía insistir.

Pasaron junto a una tienda de quesos, y Nina suspiró.

—¿Cómo puedo pasar junto a un escaparate lleno de quesos y no sentir nada? Ya ni siquiera me reconozco. —Hizo una pausa, y después añadió—: Traté de transformarme, pero algo parecía extraño. Diferente. Tan solo logré quitarme las ojeras, y necesité toda mi concentración.

—Pero nunca fuiste una Confeccionadora talentosa.

—Qué modales, fjerdano.

—Nina.



—Aquello fue diferente. No era solo desafiante, sino doloroso. Es difícil de explicar.

—¿Qué hay del control mental? —preguntó Matthias—. Como aquello que hiciste en la Corte de Hielo tras haber tomado la *parem*.

—No creo que sea posible ya.

—¿Lo has intentado?

—No exactamente.

—Inténtalo conmigo.

—Matthias, tenemos trabajo que hacer.

—Inténtalo.

—No voy a ponerme a rebuscar en tu cabeza cuando no sabemos lo que podría pasar.

—Nina...

—Vale —dijo ella, exasperada—. Ven aquí.

Casi habían llegado al Stave Oriental, y los grupos de jueguistas habían aumentado. Nina lo llevó hasta un callejón entre dos edificios. Le levantó la máscara, se quitó el velo, y después le puso una mano con lentitud en cada lado de la cara. Sus dedos se deslizaron en el pelo de Matthias, cuya concentración quedó destrozada. Se sentía como si lo estuviera tocando por todas partes.

Ella lo miró a los ojos.

—¿Y bien?

—No siento nada —dijo. Su voz sonaba vergonzosamente ronca.

Nina arqueó una ceja.

—¿Nada?

—¿Qué estás intentando ordenarme?

—Estoy tratando de obligarte a besarme.

—Eso es estúpido.

—¿Por qué?

—Porque siempre quiero besarte —admitió él.

—Entonces, ¿por qué nunca lo haces?

—Nina, acabas de pasar por una experiencia terrible...

—Pues sí. Es cierto. ¿Sabes lo que me ayudaría? Muchos besos. No hemos estado a solas desde que estuvimos a bordo del *Ferolind*.

—¿Te refieres a cuando casi mueres? —preguntó Matthias. Alguien tenía que recordar la gravedad de la situación.

—Prefiero pensar en los buenos momentos. Como cuando me sujetabas el pelo mientras yo vomitaba en un cubo.

—Deja de intentar hacerme reír.

—Pero me gusta tu risa.

—Nina, este no es el momento para coquetear.

—Tengo que pillarte con la guardia baja, de lo contrario, estarás demasiado ocupado protegiéndome y preguntándome si me encuentro bien.

—¿Está mal que me preocupe?

—No, está mal que me trates como si fuera a romperme en cualquier momento. No soy tan delicada ni tan frágil.

Le bajó la máscara sin amabilidad y se puso el velo de un tirón. Después pasó junto a él, caminando a zancadas hasta salir del callejón y cruzar la calle para llegar a una tienda con un tejón dorado sobre la puerta.

Él la siguió. Sabía que había dicho lo que no debía, pero no tenía ni idea de qué era lo que sí debía decir. Una campanita sonó cuando entraron en la tienda.

—¿Cómo puede estar abierto este sitio a esta hora? —murmuró—. ¿Quién querría comprar un abrigo en plena noche?

—Los turistas.

Y, de hecho, había unas cuantas personas entre los montones de pieles de animales. Matthias siguió a Nina hasta el mostrador.

—Venimos a recoger un pedido —le dijo Nina al dependiente con gafas.

—¿A qué nombre?

—Judit Coenen.

—¡Ah! —dijo él, consultando un libro de contabilidad—. Lince dorado y oso negro, pagado por completo. Un momento. —Desapareció en la habitación trasera y emergió un momento después, moviéndose con dificultad bajo el peso de dos enormes paquetes envueltos en papel marrón y atados con un cordel—. ¿Necesitáis ayuda para llevarlos a...?

—No hace falta.

Matthias tomó los paquetes con escaso esfuerzo. La gente de esa ciudad necesitaba más aire fresco y ejercicio.

—Pero podría llover. Al menos dejadme...

—No hace falta —gruñó Matthias, y el dependiente dio un paso hacia atrás.

—Ignóralo —dijo Nina—. Necesita una siesta. Muchas gracias por su ayuda. —El dependiente le dirigió una débil sonrisa, y ellos se marcharon—. Sabes que se te da fatal esto, ¿verdad? —preguntó Nina cuando estuvieron en la calle y entrando en el Stave Oriental.

—¿Las mentiras y el engaño?

—Ser educado.

Matthias se lo planteó.

—No pretendía ser grosero.

—Tú déjame que hable yo.

—Nina...

—Nada de nombres a partir de ahora.

Estaba irritada con él. Podía oírlo en su voz, y no creía que fuera por haber sido brusco con el dependiente. Se detuvieron solo para que Matthias pudiera cambiar su

traje del Demente por uno de los muchos disfraces del Señor Carmesí doblados dentro de los paquetes del peletero. Matthias no sabía si el dependiente había sabido lo que había dentro de los envoltorios de papel marrón, si habían hecho los disfraces en la tienda o si el Tejón Dorado era solo alguna clase de lugar de recogida. Kaz tenía misteriosas conexiones por toda Ketterdam, y solo él sabía la verdad sobre cómo funcionaban.

En cuanto Matthias encontró una capa roja lo bastante grande y se puso la máscara lacada roja y blanca sobre la cara, Nina le entregó una bolsa de monedas plateadas. Matthias la hizo botar en su palma, y las monedas produjeron un alegre tintineo.

—No son reales, ¿verdad?

—Pues claro que no. Pero nadie sabe nunca si las monedas son reales. Esa es parte de la diversión. Vamos a practicar.

—¿Practicar?

—¡Madre, padre, el alquiler hay que pagar! —dijo Nina con voz cantarina.

Matthias la miró fijamente.

—¿Es posible que tengas fiebre?

Nina se levantó el velo de la cabeza para que el fjerdano pudiera experimentar toda la fuerza de su mirada fulminante.

—Es de la *Komedie Brute*. Cuando el Señor Carmesí entra en el escenario, la audiencia grita...

—Madre, padre, el alquiler hay que pagar —terminó Matthias.

—Exacto. Y entonces, tú gritas: «no puedo, cariño, el dinero me acabo de gastar», y tiras un puñado de monedas al público.

—¿Por qué?

—Por la misma razón por la que todos le sisean al Demente y le tiran flores a la Reina Escarabajo. Es la tradición. Los turistas no siempre lo entienden, pero los kerch sí. Así que, si esta noche alguien grita «madre, padre, el alquiler hay que pagar...».

—No puedo, cariño, el dinero me acabo de gastar —entonó Matthias, sombrío, y tiró un puñado de monedas al aire.

—Tienes que hacerlo con más entusiasmo —insistió Nina—. Se supone que tiene que ser divertido.

—Me siento estúpido.

—Es bueno sentirse estúpido de vez en cuando, fjerdano.

—Solo dices eso porque no tienes vergüenza.

Para su sorpresa, en lugar de dirigirse a ella con una réplica afilada, ella se quedó en silencio y siguió así hasta que ocuparon su primera posición enfrente de un local de juego del Tapón, uniéndose a los músicos profesionales y callejeros a solo unas pocas puertas bajando del Club Cúmulo. Después fue como si alguien hubiera accionado una palanca en Nina.

—¡Venid, venid todos al Alfanje Carmesí! —declaró—. Usted, señor. Es demasiado delgado para su propio bien. ¿Qué le parece un poco de comida gratis y una jarra de vino? Y usted, señorita, tiene aspecto de saber cómo pasar un buen rato...

Nina atrajo a los turistas hacia ellos uno por uno como si hubiera nacido para ello, ofreciendo comida y bebida gratis, y entregando disfraces y folletos. Cuando uno de los porteros del local de juego salió para ver qué hacían, se movieron hacia el sur y al oeste, mientras seguían entregando los doscientos disfraces y máscaras que había encargado Kaz. Cuando la gente preguntaba de qué iba aquello, ella decía que era promoción para un nuevo local de juego llamado Alfanje Carmesí.

Como Nina había predicho, a veces alguien veía el disfraz de Matthias y gritaba:

—¡Madre, padre, el alquiler hay que pagar!

Matthias respondía obediente, haciendo todo lo que podía por sonar alegre. Si los turistas y los juerguistas consideraban deficiente su actuación, ninguno lo dijo, posiblemente distraídos por las lluvias de monedas plateadas.

Para cuando llegaron al Stave Occidental, ya se habían quedado sin disfraces y el sol estaba saliendo. Matthias captó un breve destello del tejado del Hotel Ammbers: Jesper haciendo la señal con su espejo. Matthias condujo a Nina hasta la habitación reservada para Judit Coenen en el tercer piso del hotel. Tal como había dicho Kaz, el balcón tenía unas vistas perfectas de la amplia extensión del Goedmedbridge y las aguas del Stave Occidental, rodeado por ambos lados de hoteles y casas del placer.

—¿Qué significa eso? —preguntó Matthias—. ¿Goedmedbridge?

—Puente de la buena doncella.

—¿Por qué se llama así?

Nina se apoyó contra la puerta y dijo:

—Bueno, la historia es que cuando una mujer descubrió que su marido se había enamorado de una chica del Stave Occidental y planeaba abandonarla, vino al puente y, para no vivir sin él, se tiró al canal.

—¿Por un hombre con tan poco honor?

—¿Tú nunca te sentirías tentado? ¿Con todos los frutos y la carne humana del Stave Occidental ante ti?

—¿Te tirarías de un puente por un hombre así?

—Yo no me tiraría de un puente ni por el rey de Ravka.

—Es una historia horrible —dijo Matthias.

—Dudo que sea cierta. Es solo lo que pasa cuando dejas que los hombres nombren los puentes.

—Deberías descansar —señaló él—. Puedo despertarte cuando llegue la hora.

—No estoy cansada, y no necesito que me digan cómo hacer mi trabajo.

—Estás enfadada.

—Ni que me digan cómo me siento. Vete a tu puesto, Matthias. Tú también pareces un poco cansado aún con esos colores dorados.

Su voz era fría, y su columna estaba recta. El recuerdo del sueño golpeó tan fuerte a Matthias que casi podía sentir el mordisco del viento, la nieve que azotaba sus mejillas en agudas ráfagas. Le ardía la garganta, en carne viva mientras gritaba el nombre de Nina. Quería decirle que tuviera cuidado. Quería preguntarle qué le pasaba.

—Sin llantos —murmuró.

—Sin funerales —respondió ella, con los ojos fijos en el puente.

Matthias se marchó en silencio, bajó las escaleras y cruzó el canal por el ancho Goedmedbridge. Levantó la vista hasta el balcón del Hotel Ammbers, pero no vio señales de Nina. Eso era bueno. Si él no podía verla desde el puente, entonces Van Eck tampoco podría. Unos pocos escalones de piedra lo llevaron hasta un muelle donde un floristero estaba empujando su barcaza llena de flores a su sitio bajo la rosada luz de la madrugada. Matthias intercambió unas breves palabras con él mientras este se ocupaba de sus tulipanes y narcisos, fijándose en las marcas que Wylan había hecho con tiza por encima del nivel del agua a ambos lados del canal. Estaban preparados.

Subió las escaleras del Emporio Komodie, rodeado por todas partes por máscaras, velos y capas relucientes. Cada piso tenía un tema diferente, ofreciendo fantasías de toda clase. Se sintió horrorizado al ver un estante de disfraces *drüskelle*, pero seguía siendo un buen lugar para evitar que se fijaran en él.

Se apresuró a llegar al tejado y le hizo una señal a Jesper con su espejo. Ahora estaban todos en su posición. Justo antes del mediodía, Wylan bajaría para esperar en la cafetería junto al canal que siempre atraía a una ruidosa colección de artistas callejeros (músicos, mimos, malabaristas) que actuaban por el dinero de los turistas. Por el momento, el chico se encontraba tumbado de costado bajo el saliente de piedra del tejado, dormitando ligeramente. El rifle de Matthias estaba envuelto en tela impermeable junto a Wylan, que había preparado una ristra de fuegos artificiales con los detonadores enroscados como colas de ratón.

Matthias puso la espalda contra el saliente y cerró los ojos, perdiendo y recuperando la conciencia como si flotara. Estaba acostumbrado a esos largos periodos de poco sueño de su etapa con los *drüskelle*. Despertaría cuando lo necesitara. Pero en ese momento, estaba avanzando por el hielo, con el viento aullando en sus oídos. Hasta los ravkanos tenían un nombre para ese viento, *Gruzeburya*, el salvaje, un viento asesino. Venía del norte, una tormenta que se lo tragaba todo en su camino. Los soldados morían a solo unos pasos de sus tiendas, perdidos en la blancura, y el frío sin rostro se tragaba sus gritos. Nina estaba ahí fuera. Él lo sabía, pero no tenía forma de alcanzarla. Gritó su nombre una y otra vez, sintiendo cómo se le entumecían los pies en sus botas, con el hielo filtrándose a través de su ropa. Se esforzó por escuchar una respuesta, pero tenía las orejas llenas del rugido del viento y en algún lugar, en la distancia, el aullido de los lobos. Nina iba a morir en el hielo. Moriría sola, y la culpa sería de él.

Se despertó jadeando. El sol estaba alto en el cielo, y Wylan se encontraba sobre él, zarandeándolo con suavidad.

—Ya casi es la hora. —Matthias asintió con la cabeza y se levantó, moviendo los hombros y sintiendo el cálido aire primaveral de Ketterdam a su alrededor. Parecía fuera de lugar en sus pulmones—. ¿Estás bien? —preguntó Wylan, indeciso, pero al parecer la mirada fulminante de Matthias fue respuesta suficiente—. Estás genial —añadió, y se apresuró a bajar las escaleras.

Matthias consultó el barato reloj de latón que Kaz había adquirido para él. Eran casi las doce campanadas. Esperaba que Nina hubiera descansado con más facilidad que él. Envío un destello con el espejo al balcón y sintió una ráfaga de alivio cuando le respondió otra luz brillante. Le hizo una señal a Jesper, y después se apoyó contra el saliente del tejado para esperar.

Matthias sabía que Kaz había escogido el Stave Occidental por su anonimato y su gentío. Sus habitantes ya habían comenzado a despertar otra vez tras las fiestas de la noche anterior. Los sirvientes que se encargaban de las necesidades de sus casas ya estaban haciendo la compra, aceptando cargamentos de vino y frutas para las actividades de la próxima noche. Los turistas que acababan de llegar a la ciudad estaban bajando por ambos lados del canal, señalando los carteles elaboradamente decorados que marcaban cada casa, algunas famosas, y otras notorias. Matthias podía ver una rosa de muchos pétalos hecha de hierro forjado y adornada con plata. La Casa de la Rosa Blanca. Nina había trabajado allí durante casi un año. Él nunca le había preguntado por su tiempo allí, no tenía derecho a hacerlo. La joven se había quedado en la ciudad para ayudarlo, así que podía hacer lo que quisiera. Y aun así, Matthias había sido incapaz de imaginársela allí, con las curvas de su cuerpo desnudo, sus ojos verdes muy pintados, unos pétalos de color crema en las ondas oscuras de su pelo. Había noches en las que la imaginaba llamándolo con señas, y otras, cuando daba la bienvenida a otro en la oscuridad, él se quedaba despierto, preguntándose si serían los celos o el deseo lo que lo volvería loco primero. Apartó los ojos del cartel y sacó un catalejo alargado de su bolsillo, obligándose a examinar el resto del Stave.

Tan solo unos minutos antes del mediodía, Matthias vio a Kaz avanzando desde el oeste, con su forma oscura moviéndose como una mancha por la multitud y su bastón al ritmo de sus andares desiguales. El gentío parecía dividirse a su alrededor, tal vez sintiendo el propósito que lo guiaba. Le recordaba a Matthias a los aldeanos haciendo señales en el aire para protegerse de espíritus malignos. Alys caminaba como un pato junto a él. Le habían quitado la venda y, a través del catalejo, Matthias podía ver que sus labios se movían. *Dulce Djel, ¿todavía sigue cantando?* A juzgar por la expresión agria en la cara de Kaz, era una clara posibilidad.

Más allá del otro lado del puente, Matthias vio a Van Eck acercándose. Estaba rígido, con postura firme y los brazos pegados a su cuerpo, como si temiera que el aire lleno de pecado del Barril fuera a manchar su traje.

Kaz había sido claro: acabar con Van Eck era el último recurso. No querían matar a un miembro del Consejo Mercante, no a plena luz del día y delante de testigos.

—¿No sería más limpio? —preguntó Jesper—. ¿Un ataque al corazón? ¿Una meningitis?

Matthias habría preferido una muerte honesta, una batalla abierta. Pero así no era como se hacían las cosas en Ketterdam.

—No puede sufrir si está muerto —había dicho Kaz, y ese había sido el fin de todo. El *demjin* no toleraba las discusiones.

Van Eck había acudido rodeado de guardias vestidos con el uniforme rojo y dorado de su casa. Sus cabezas giraban de izquierda a derecha, observando sus alrededores, buscando amenazas. Por la caída de sus abrigos, Matthias sabía que estaban todos armados. Pero ahí, rodeada por tres enormes guardias, había una pequeña figura encapuchada. *Inej*.

Matthias se sorprendió por la gratitud que lo inundó. Aunque hacía muy poco que conocía a la chica sulí, había admirado su coraje desde el principio. Y ella les había salvado las vidas múltiples veces, poniéndose en peligro para hacerlo. El fjerdano se había cuestionado muchas de sus propias elecciones, pero nunca su compromiso para liberarla de Van Eck. Tan solo deseaba que Inej se alejara de Kaz Brekker; la chica merecía algo mejor. Claro que tal vez Nina merecía algo mejor que Matthias.

Ambas partes llegaron al puente. Kaz y Alys avanzaron, y Van Eck hizo una señal a los guardias que sujetaban a Inej.

Matthias levantó la mirada. Desde el otro tejado, el espejo de Jesper emitía unos reflejos frenéticos. El fjerdano examinó la zona alrededor del puente, pero no veía lo que había provocado tanto pánico en el tirador. Miró por el catalejo, recorriendo las calles laberínticas que salían de ambos lados del Stave. El lado de Kaz parecía despejado. Pero cuando Matthias miró más allá de Van Eck, hacia el este, el corazón se le llenó de temor. Había manchas púrpuras en las calles, todas avanzando hacia el Stave. La *stadwatch*. ¿Era solo una coincidencia, o algo que había planeado Van Eck? No quería arriesgarse a que los oficiales de la ciudad descubrieran lo que había estado tramando, ¿verdad? ¿Podrían estar involucrados los fjerdanos? ¿Y si iban para arrestar tanto a Van Eck como a Kaz?

Matthias dirigió dos destellos del espejo hacia Nina. Desde su punto de observación más bajo, no vería a la *stadwatch* hasta que fuera demasiado tarde. Una vez más, el fjerdano pudo sentir el frío azote del viento, oía su propia voz gritando el nombre de Nina, sentía cómo crecía su terror al no recibir respuesta. *Estará bien*, se dijo. *Es una guerrera*. Pero la advertencia de Jesper resonó en sus oídos. *Tienes que tener cuidado. No es del todo ella*. Esperaba que Kaz estuviera listo. Esperaba que Nina fuera más fuerte de lo que parecía. Esperaba que los planes que habían trazado fueran suficiente, que la puntería de Jesper fuera certera, que los cálculos de Wylan fueran correctos. Los problemas venían a por todos ellos.

Llevó la mano a su rifle.







Lo primero que pensó Kaz cuando vio a Van Eck avanzando hacia el puente fue «este hombre nunca debería jugar a las cartas». Lo segundo fue que alguien le había roto la nariz al mercader. Estaba torcida e hinchada, y tenía un amoratado círculo oscuro debajo de un ojo. Kaz sospechaba que un *medik* de la universidad se habría ocupado de la peor parte del daño, pero sin un Sanador Grisha, no había muchas cosas que pudieran hacerse para ocultar una rotura así.

Van Eck estaba tratando de mantener la expresión neutral, pero se esforzaba tanto por parecer impasible que tenía la alta frente brillante por el sudor. Sus hombros estaban fijos y rígidos, y su pecho sobresalía hacia delante como si alguien le hubiera atado una cuerda en el esternón para tirar de él hacia arriba. Caminó hasta el Goedmedbridge con paso majestuoso, rodeado por guardias uniformados de rojo y dorado; eso sí que sorprendía a Kaz. Había pensado que Van Eck preferiría entrar en el Barril con tan poca pompa como fuera posible. Dio vueltas a esa nueva información en su cabeza.

Era peligroso ignorar los detalles. A nadie le gustaba que lo pusieran en evidencia, y con todos sus intentos de caminar con dignidad, la vanidad de Van Eck tenía que haber quedado herida. Un mercader se enorgullecía de su don para los negocios, su habilidad para hacer estrategias, manipular hombres y mercados. Querría recuperar parte de su dignidad después de verse forzado por un inferior rufián del Barril.

Kaz recorrió a los guardias con los ojos una vez más, con brevedad, en busca de Inej. Estaba encapuchada, apenas visible entre los hombres que había llevado Van Eck, pero habría reconocido esa postura recta como el filo de un cuchillo en cualquier

parte. ¿Y si la tentación estaba ahí para que estirara el cuello, para que mirara más de cerca, para que se asegurara de que no le habían hecho daño? Podía reconocerla y apartarla a un lado. No debía romper la concentración.

Durante un breve instante, Kaz y Van Eck se evaluaron desde los extremos opuestos del puente. Kaz no podía evitar recordar cuando se habían mirado de la misma forma hacía siete días. Había pensado mucho en aquel encuentro. Por la noche, cuando terminaba el trabajo del día, se quedaba despierto, analizando cada momento. Una y otra vez, Kaz pensaba en esos pocos segundos cruciales en los que había permitido que su atención se dirigiera a Inej en lugar de mantener los ojos sobre Van Eck. Era un error que no podía permitirse volver a cometer. Ese chico había traicionado su debilidad con una sola mirada, había renunciado a la guerra por una sola batalla, y había puesto a Inej (y a todos ellos) en peligro. Era un animal herido que había que matar. Y Kaz lo había hecho alegremente, le había arrancado la vida sin detenerse para arrepentirse. El Kaz que quedaba veía solo el trabajo: liberar a Inej. Hacer pagar a Van Eck. El resto era ruido inútil.

También había pensado en los errores de Van Eck en Vellgeluk. El mercader había sido lo bastante estúpido como para anunciar con trompetas el hecho de que supreciado heredero se estaba cociendo en el útero de su nueva esposa; la joven Alys Van Eck, con su pelo blanco como la leche y sus manos regordetas. Había estado impulsado por el orgullo, pero también por su odio hacia Wylan, su deseo de borrar a su hijo de los libros como un negocio fallido.

Kaz y Van Eck intercambiaron un corto asentimiento de cabeza. Kaz mantuvo una mano enguantada sobre el hombro de Alys. Dudaba que fuera a tratar de huir, pero ¿quién sabía las ideas que tenía esa chica en la cabeza? Después, Van Eck hizo una señal a sus hombres para que hicieran avanzar a Inej; y Kaz y Alys comenzaron a recorrer el puente. En un abrir y cerrar de ojos Kaz notó los extraños andares de Inej, su forma de mantener los brazos detrás de la espalda. Le habían atado las manos y puesto grilletes en los tobillos. *Una precaución razonable*, se dijo. *Yo habría hecho lo mismo*. Pero sentía un pedernal en su interior arañando los lugares vacíos, listo para encender la rabia. Pensó otra vez en matar a Van Eck y ya está. Paciencia, se recordó. La había practicado mucho y a menudo. La paciencia pondría a todos sus enemigos de rodillas en el momento preciso. La paciencia y el dinero que pretendía robarle a esa escoria de mercader.

—¿Crees que es guapo? —preguntó Alys.

—¿Qué? —dijo Kaz, sin saber si la había oído bien. Había estado tarareando y canturreando todo el camino desde el mercado, donde él le había quitado la venda, y Kaz había estado haciendo todo lo posible por no escucharla.

—Algo le ha pasado a Jan en la nariz.

—Sospecho que ha sido un caso grave del Espectro.

Alys arrugó la pequeña nariz, pensativa.

—Creo que Jan sería guapo si no fuera tan viejo.

—Por suerte para ti, vivimos en un mundo en el que los hombres pueden compensar la edad siendo ricos.

—Estaría bien si fuera joven y también rico.

—¿Por qué detenerse ahí? ¿Qué tal joven, rico y de la realeza? ¿Por qué conformarte con un mercader cuando podrías tener un príncipe?

—Supongo —dijo Alys—. Pero lo importante es el dinero. En realidad, nunca le he visto el sentido a los príncipes.

Bueno, nadie podía poner en duda que esa chica había nacido y se había criado en Kerch.

—Alys, me sorprende descubrir que tú y yo estamos de acuerdo.

Kaz examinó la periferia del puente mientras se acercaban al centro, manteniendo un ojo vigilante en los guardias de Van Eck, fijándose en las puertas abiertas del balcón del tercer piso del Hotel Ammers, la barcaza de flores bajo el lado occidental del puente como cada mañana. Suponía que el mercader tendría gente posicionada en los edificios colindantes, al igual que él, pero ninguno tendría permitido disparar a matar. Sin duda a Van Eck le gustaría verlo flotando boca abajo en un canal, pero Kaz podría guiarlo hasta Kuwei, y ese conocimiento evitaría que se llevara una bala en el cráneo.

Se detuvieron a unos diez pasos de distancia. Alys trató de avanzar, pero Kaz la mantuvo con firmeza en su sitio.

—Dijiste que me ibas a llevar con Jan —protestó ella.

—Y aquí estás —replicó él—. Ahora, quédate quieta.

—¡Jan! —gritó ella bruscamente—. ¡Soy yo!

—Lo sé, querida —dijo Van Eck con calma, con la mirada clavada en Kaz. Bajó la voz—. Esto no ha terminado, Brekker. Quiero a Kuwei Yul-Bo.

—¿Estamos aquí para repetirnos? Tú quieres el secreto de la *jurda parem*, y yo quiero mi dinero. Un trato es un trato.

—No tengo treinta millones de *kruge* para darte.

—¿No es una pena? Seguro que alguien sí que los tiene.

—¿Y has tenido suerte buscando un nuevo comprador?

—No te preocupes por mí, *merca*. El mercado proveerá. ¿Quieres recuperar a tu mujer, o he arrastrado hasta aquí a la pobre Alys para nada?

—Un momento —dijo Van Eck—. Alys, ¿qué nombre vamos a ponerle al niño?

—Muy bien —asintió Kaz. Su equipo había hecho pasar a Wylan por Kuwei Yul-Bo en Vellgeluk, y el mercader había mordido el anzuelo. Ahora quería confirmación de que de verdad se trataba de su mujer, y no de cualquier chica con una cara radicalmente transformada y una barriga falsa—. Parece que un perro viejo puede aprender nuevos trucos. Además de ponerse panza arriba.

Van Eck lo ignoró.

—Alys —repitió—, ¿qué nombre vamos a ponerle al niño?

—¿Al bebé? —preguntó ella, confusa—. Jan si es un niño. Plumje si es niña.

—Acordamos que Plumje sería el nombre de tu nuevo periquito.

El labio de Alys sobresalió.

—Yo nunca lo acordé.

—Oh, yo creo que Plumje es un nombre precioso para una niña —dijo Kaz—. ¿Satisfecho, *merca*?

—Ven —llamó Van Eck a Alys, mientras hacía una señal para que el guardia que sujetaba a Inej la liberara. Mientras ella pasaba a su lado, giró la cara hacia él y murmuró algo. Van Eck frunció los labios.

Inej se apresuró a avanzar, grácil de algún modo, hasta con los brazos atados tras su espalda y grilletes en los tobillos. Tres metros. Dos. Van Eck abrazó a Alys mientras ella soltaba una ristra de preguntas y charloteo. Un metro. La mirada de Inej era firme. Estaba más delgada, y tenía los labios agrietados. Pero, a pesar de los largos días en cautividad, el sol se reflejaba en su pelo oscuro bajo la capucha. Medio metro. Y entonces, estuvo frente a él. Todavía tenían que salir del puente; Van Eck no los dejaría marchar con tanta facilidad.

—¿Tus cuchillos? —preguntó Kaz.

—Están dentro de mi abrigo.

Van Eck había soltado a Alys, y sus guardias se la estaban llevando. Aquellos uniformes rojos y dorados seguían preocupando a Kaz. Algo iba mal.

—Salgamos de aquí —dijo, con un cuchillo de abrir ostras en la mano para ocuparse de las cuerdas de Inej.

—Brekker —lo llamó Van Eck. Kaz oyó la emoción en su voz y se quedó inmóvil. A lo mejor mentir se le daba mejor de lo que pensaba—. ¡Me diste tu palabra, Brekker! —gritó el mercader con tono teatral, y todos los que estaban al alcance del oído en el Stave se giraron para mirar—. ¡Me juraste que me devolverías a mi mujer y a mi hijo! ¿Dónde tienes a Wylan?

Y entonces Kaz los vio, una marea púrpura avanzando hacia el puente, la *stadwatch* inundando el Stave con los rifles levantados y las porras fuera. Levantó una ceja. El mercader por fin se lo estaba poniendo interesante.

—¡Sellad el puente! —gritó uno de ellos. Kaz miró hacia atrás y vio a más oficiales de la *stadwatch* bloqueándoles la retirada.

Van Eck sonrió.

—¿Jugamos de verdad ya, Brekker? ¿El poder de mi ciudad contra tu banda de rufianes?

Kaz no se molestó en responder. Le dio un golpe en el hombro a Inej, y ella se giró para ofrecerle las muñecas y que él pudiera cortarlas. Kaz tiró el cuchillo al aire, confiando en ella para que lo sujetara mientras se arrodillaba para ocuparse de los grilletes, con las ganzúas ya deslizándose entre sus dedos. Oyó las fuertes pisadas de las botas que se acercaban, sintió que Inej se inclinaba hacia atrás, y oyó un suave silbido y después el sonido de un cuerpo cayendo. La cerradura cedió bajo los dedos de Kaz y los grilletes se soltaron. Se levantó, se dio la vuelta y vio a un

oficial de la *stadwatch* en el suelo, con el mango del cuchillo de ostras sobresaliendo de entre los ojos, y más uniformes púrpuras corriendo hacia ellos desde todas partes.

Levantó el bastón para hacer una señal a Jesper.

—El barco de flores del lado oeste —le dijo a Inej. Eso era todo lo que hacía falta: saltó a la barandilla del puente y desapareció por el otro lado sin planteárselo dos veces.

Los primeros fuegos artificiales explotaron en el cielo, con un color pálido a la luz del mediodía. El plan estaba en marcha.

Kaz se sacó del bolsillo un rollo de cuerda para trepar y la enganchó a la barandilla. Enganchó la empuñadura de su bastón a ella, se impulsó y saltó por el otro lado, dejando que el impulso lo llevara sobre el canal. La cuerda se tensó, y entonces volvió hacia el puente trazando un arco, como un péndulo, y cayó en la cubierta de la barcaza de flores, junto a Inej.

Dos barcos de la *stadwatch* estaban avanzando ya hacia ellos con rapidez mientras más oficiales bajaban corriendo las rampas hasta el canal. Kaz no había sabido qué haría Van Eck (desde luego, no pensaba que fuera a meter a la *stadwatch* en ello), pero estaba seguro de que trataría de cerrar todas sus vías de escape. Sonó otra serie de detonaciones, y unos estallidos de rosa y verde explotaron en el cielo sobre el Stave. Los turistas lanzaron vítores. No parecían darse cuenta de que dos de las explosiones provenían del canal y habían hecho agujeros en la proa de uno de los barcos de la *stadwatch*, de modo que los hombres estaban saltando al canal por ambos lados mientras la nave se hundía. *Bien hecho*, Wylan. Les había conseguido tiempo, y lo había hecho sin asustar a los espectadores del Stave. Kaz quería que la multitud estuviera de muy buen humor.

Tiró un ramo de geranios salvajes al canal, ignorando las protestas del vendedor de flores, y tomó la ropa que Matthias había escondido allí aquella mañana. Le puso la capa roja a Inej alrededor de los hombros en medio de una lluvia de pétalos y flores, mientras ella seguía guardando sus cuchillos en su sitio. Parecía casi tan sobresaltada como el vendedor de flores.

—¿Qué? —preguntó Kaz, mientras le daba una máscara del Señor Carmesí a juego con la suya.

—Esta era la flor favorita de mi madre.

—Está bien saber que Van Eck no te ha quitado el sentimentalismo.

—Me alegra haber vuelto, Kaz.

—Me alegra que hayas vuelto, Espectro.

—¿Listo?

—Espera —dijo él, escuchando. Los fuegos artificiales habían cesado, y un momento después escuchó el sonido que había estado esperando, el tintineo musical de las monedas que golpeaban el pavimento, seguido por los gritos de júbilo de la multitud—. Ahora.

Sujetaron la cuerda y dieron un fuerte tirón. Con un agudo zumbido, la cuerda se retrajo, tirando de ellos hacia arriba a toda velocidad. Regresaron al puente en un momento, pero la escena que les aguardaba era muy diferente de la que habían escapado menos de dos minutos antes.

El Stave Occidental era un caos. Había Señores Carmesí por todas partes, cincuenta, sesenta, setenta de ellos, con máscaras y capas rojas, tirando monedas al aire mientras turistas y lugareños por igual empujaban a los demás riendo y gritando, arrastrándose a cuatro patas, completamente ajenos a los oficiales de la *stadwatch* tratando de pasar junto a ellos.

—¡Madre, padre, el alquiler hay que pagar! —gritó un grupo de chicas desde la puerta del Iris Azul.

—¡No puedo, cariño, el dinero me acabo de gastar! —replicaron los Señores Carmesí a coro, tirando otra nube de monedas al aire y provocando nuevos y delirantes chillidos de alegría en la multitud.

—¡Despejad el camino! —gritó el capitán de la guardia.

Uno de los oficiales trató de desenmascarar a un Señor Carmesí que se encontraba junto a una lámpara, y la multitud comenzó a abuchear. Kaz e Inej se metieron entre el torbellino de capas rojas y gente arrastrándose en busca de monedas. A su izquierda, oyó que Inej reía tras su máscara. Nunca la había oído reír así, atolondrada y salvaje.

De pronto, una profunda detonación como un trueno sacudió el Stave. La gente cayó y se sujetaron los unos a los otros, a las paredes, a lo que estuviera más cerca. Kaz casi perdió el punto de apoyo, pero se estabilizó con el bastón.

Cuando levantó la mirada, fue como tratar de ver a través de un grueso velo. El humo flotaba con pesadez en el aire. A Kaz le pitaban los oídos. Como desde una gran distancia, oyó gritos de miedo, chillidos de terror. Una mujer pasó corriendo junto a él, con la cara y el pelo llenos de polvo y yeso como un fantasma de pantomima, cubriéndose las orejas con las manos. Había sangre goteando debajo de sus palmas. Habían hecho un enorme agujero en la fachada de la Casa de la Rosa Blanca.

Vio que Inej se levantaba la máscara, pero él se la volvió a bajar y negó con la cabeza. Algo iba mal. Había planeado un disturbio amistoso, no un desastre en masa, y Wylan no era de los que erraban tanto en sus cálculos. Alguien más había acudido al Stave Occidental a causar problemas, alguien a quien no le importaba hacer más daño de la cuenta.

Lo único que sabía Kaz era que había invertido mucho dinero y tiempo en recuperar a su Espectro. Ni de broma iba a perderla otra vez.

Tocó brevemente el hombro de Inej; esa era toda la señal que necesitaban. Corrió hacia el callejón más cercano. No tenía que mirar para saber que se encontraba junto a él, silenciosa y con pies seguros. Ella podría haberlo adelantado en un instante, pero corrieron en tándem, igualando al otro paso por paso.





sa era la clase de caos que le gustaba a Jesper. Tenía dos trabajos, uno antes del intercambio de rehenes y otro después. Mientras Inej estuviera en posesión de Van Eck, Nina era la primera línea de defensa si los guardias trataban de llevársela del puente o alguien la amenazaba. Jesper tenía que mantener a Van Eck al alcance de su rifle, sin disparar a matar, pero si el hombre trataba de usar una pistola, él tenía permitido dejarlo sin un brazo. O dos.

—Van Eck va a intentar algo —había dicho Kaz en el Velo Negro—, y va a ser un desastre, porque tiene menos de doce horas para planearlo.

—Bien —contestó Jesper.

—Mal —lo corrigió Kaz—. Cuanto más complicado sea el plan, más gente tendrá que involucrar, más gente hablará, y más formas habrá de que salga mal.

—Es una ley de sistemas —murmuró Wylan—. Incorporas salvaguardas para evitar fallos, pero algo en las salvaguardas acaba provocando un fallo imprevisto.

—El movimiento de Van Eck no será elegante, pero sí impredecible, así que tenemos que estar preparados.

—¿Cómo nos preparamos para lo impredecible? —preguntó Wylan.

—Ampliando nuestras opciones. Manteniendo abierta cualquier posible vía de escape. Tejados, calles y callejones, vías acuáticas. Van Eck no va a dejarnos salir del puente tan tranquilos.

Jesper había visto los problemas acercándose al distinguir los grupos de la *stadwatch* que se dirigían hacia el puente. A lo mejor era una redada. Eso solo ocurría una o dos veces por año en los Staves; era la forma del Consejo Mercante de mostrar



a los jugadores, tratantes y artistas que, sin importar cuánto dinero metieran en las arcas de la ciudad, el gobierno seguía a cargo.

Le había hecho una señal a Matthias y había esperado. Kaz había sido claro:

—Van Eck no actuará hasta que recupere a Alys sana y salva. Es entonces cuando tenemos que tener cuidado.

Y, desde luego, en cuanto intercambiaron a Alys e Inej, alguna clase de alboroto había comenzado en el puente. A Jesper le cosquilleaba el dedo sobre el gatillo, pero su segundo trabajo también había sido simple: esperar la señal de Kaz.

Segundos después, el bastón de Kaz se elevó en el aire, y él e Inej saltaron por la barandilla del puente. Jesper encendió una cerilla y uno, dos, tres, cuatro, cinco de los cohetes que Wylan había preparado comenzaron a rugir hacia el cielo y explotaron en crepitantes estallidos de color. El último tenía un resplandor rosado.

—Cloruro de estroncio —le había dicho Wylan, trabajando en su colección de fuegos artificiales y explosivos, bombas lumínicas, gorgojos y cualquier cosa que necesitara—. En la oscuridad, brilla de color rojo.

—Las cosas siempre son más interesantes en la oscuridad —había respondido Jesper, sin poder evitarlo. La verdad era que si el mercadercillo iba a ofrecerle esa clase de oportunidades, tenía el deber de aprovecharlas.

La primera tanda de fuegos artificiales era una señal para los Señores Carmesí que Nina y Matthias habían reclutado la noche anterior, o aquella madrugada, ofreciéndoles comida y vino gratis a todos los que fueran al Goedmedbridge cuando los fuegos estallaran justo después del mediodía. Todo era una gran publicidad para el inexistente Alfanje Carmesí. Sabiendo que solo una parte de la gente aparecería, habían dado más de doscientos disfraces y bolsas de monedas falsas.

—Si conseguimos cincuenta, será suficiente —dijo Kaz.

*Nunca subestimes el deseo del público de conseguir algo a cambio de nada.* Jesper creía que tenía que haber al menos cien Señores Carmesí inundando el puente y el Stave, coreando el canto que acompañaba su entrada en cualquiera de las obras de la *Komedie Brute*, tirando monedas al aire. A veces, las monedas eran reales, y por eso era un favorito del público. La gente reía y se movía en círculos cogiendo las monedas, persiguiendo a los Señores Carmesí mientras la *stadwatch* trataba en vano de mantener el orden. Era glorioso. Jesper sabía que el dinero era falso, pero le habría encantado estar allí arrastrándose en busca de plata de todos modos.

Tenía que seguir inmóvil un poco más. Si las bombas que Wylan había plantado en el canal no estallaban cuando tenían que hacerlo, Kaz e Inej iban a necesitar mucha más protección para salir de la barcaza del vendedor de flores.

Una serie de explosiones relucientes estallaron en el cielo. Matthias había soltado la segunda tanda de fuegos artificiales. Aquellos no eran una señal, sino camuflaje. Abajo, Jesper vio dos enormes chorros de agua que salían del canal cuando Wylan detonó sus minas acuáticas. *Justo a tiempo, mercadercillo.*

Guardó el rifle bajo su capa del Señor Carmesí y bajó las escaleras, deteniéndose solo para unirse a Nina mientras salían corriendo del hotel. Habían marcado todas sus máscaras rojas y blancas con una gran lágrima negra para asegurarse de que serían capaces de distinguirse de los demás jueguistas, pero en mitad de la aglomeración Jesper se preguntó si no deberían haber escogido algo más llamativo.

Mientras corrían por el puente, Jesper pensó que había visto a Matthias y Wylan con sus capas rojas, tirando monedas mientras se habrían camino de forma incesante para salir del Stave. Si comenzaban a correr, podrían llamar la atención de la *stadwatch*. Jesper se esforzó por no reír: sin duda eran Matthias y Wylan. El fjerdano estaba lanzando el dinero con demasiada fuerza, y el mercadercillo con demasiado entusiasmo. El chico necesitaba trabajar en su lanzamiento de brazo; parecía que estaba tratando activamente de dislocarse el hombro.

Desde allí, irían en direcciones separadas, cada uno por un callejón o canal diferente que salía del Stave, y cambiarían sus disfraces del Señor Carmesí por otros personajes de la *Komedie Brute*. Tenían que esperar a la puesta de sol antes de volver al Velo Negro.

Tiempo suficiente para meterse en problemas.

Jesper podía sentir la llamada del Stave Oriental. Podría ir hacia allí, encontrar una partida de cartas y pasar unas horas en la Zarza de Tres. A Kaz no le gustaría; Jesper era demasiado conocido. Una cosa era jugar en el Cúmulo en una sala privada como parte de un trabajo, pero aquello sería algo diferente. Kaz había desaparecido con promesas de un gran botín y varios miembros valiosos de los Despojos. La gente estaba especulando mucho sobre adonde habría ido, y Rotty había dicho que Per Haskell los estaba buscando a todos. Probablemente habría oficiales de la *stadwatch* visitando el Listón esa noche para hacer muchas preguntas incómodas, y también tenía que preocuparse por Pekka Rollins. *Solo un par de manos*, se prometió Jesper, *lo suficiente para quitarme el mono. Después iré a visitar a pa.*

El estómago le dio un vuelco. No estaba listo todavía para enfrentarse a su padre a solas, para contarle la verdad de toda esa locura. De pronto, la necesidad de estar en las mesas fue abrumadora. Al demonio lo de no correr. Como Kaz no le había proporcionado nada que disparar, Jesper necesitaba unos dados y pocas posibilidades de ganar para aclarar su mente.

Entonces fue cuando el mundo se volvió blanco.

El sonido fue algo entre un trueno y un estallido. Levantó a Jesper del suelo y lo hizo caer mientras un rugido llenaba sus oídos. De pronto, quedó perdido en una tormenta de humo y polvo blanco que le obstruyeron los pulmones. Tosió, y lo que quiera que había inhalado le raspó la garganta como si el aire se hubiera convertido en cristal bien pulverizado. Sus párpados estaban cubiertos de arenilla, y se esforzó por no frotárselos, pestañeando con rapidez para tratar de quitarse los fragmentos de escombros.

Se puso a cuatro patas, jadeando en busca de aire, con la cabeza pitando. Había otro Señor Carmesí tirado en el suelo junto a él, con una lágrima negra pintada en su mejilla roja lacada. Jesper le quitó la máscara. Los ojos de Nina estaban cerrados, y le salía sangre de la sien. Le zarandeó un hombro.

—¡Nina! —gritó por encima de los gritos y lamentos a su alrededor.

Ella pestañeó y tomó un corto aliento. Después, comenzó a toser mientras se sentaba.

—¿Qué ha sido eso? ¿Qué ha pasado?

—No lo sé —respondió Jesper—. Pero alguien más que Wylan está soltando bombas. Mira.

Había un enorme agujero negro en la parte delantera de la Casa de la Rosa Blanca. Una cama colgaba precariamente del segundo piso, lista para caer al vestíbulo. Las enredaderas con rosas que trepaban por la fachada de la casa estaban en llamas, y un denso perfume flotaba en el aire. Desde algún lugar del interior, podían oír gritos.

—Por todos los Santos, tengo que ayudarlas —dijo Nina, y la mente desconcertada de Jesper recordó que había trabajado en la Rosa Blanca casi un año—. ¿Dónde está Matthias? —preguntó, buscando entre la multitud con la mirada—. ¿Dónde está Wylan? Si esta es una de las sorpresas de Kaz...

—No creo que... —comenzó Jesper. Entonces, otro estallido sacudió los adoquines. Se tiraron al suelo, poniéndose los brazos sobre las cabezas.

—En nombre de todos los Santos que han sufrido, ¿qué está pasando? —gritó Nina con miedo y exasperación. La gente estaba chillando y corriendo a su alrededor, tratando de encontrar alguna clase de refugio. La Grisha se puso en pie y miró hacia el sur del canal, en dirección a la nube de humo que se elevaba desde otra de las casas del placer.

—¿Es el Sauce Cambiante?

—No —respondió Nina, con una expresión de terror en la cara al darse cuenta de algo que Jesper no comprendía—. Es el Yunque.

Mientras lo decía, una forma salió disparada hacia el cielo desde el agujero en el lateral de lo que había sido el Yunque. Voló hacia ellos en un borrón.

—Grisha —dijo Jesper—. Deben de tener *parem*.

Pero mientras la forma zumbaba sobre sus cabezas y ellos retorcían el cuello para seguir sus movimientos, Jesper vio que estaba muy equivocado. O que había perdido la cabeza por completo. No era un Vendaval quien volaba sobre ellos. Era un hombre *con alas*, unas enormes cosas metálicas que se movían con la velocidad de un colibrí. Tenía a alguien aferrado entre los brazos, un chico que gritaba en lo que parecía ravkano.

—¿Has visto eso? Dime que has visto eso —dijo Jesper.

—Es Markov —respondió Nina, y el miedo y la furia estaban claros en su cara—. Por eso han atacado el Yunque.

—¡Nina! —Matthias estaba corriendo por el puente, con Wylan pisándole los talones. Los dos tenían las máscaras en la parte superior de sus cabezas, pero la *stadwatch* tenía que tener mayores preocupaciones—. Tenemos que salir de aquí. Si Van Eck...

Pero Nina le sujetó el brazo.

—Ese era Danil Markov. Trabajaba en el Yunque.

—¿El de las alas? —preguntó Jesper.

—No —replicó ella, negando frenéticamente con la cabeza—. El prisionero. Markov es un Inferni. —Señaló al otro lado del canal—. Han atacado el Yunque y la Casa de la Rosa Blanca. Están cazando Grisha. Están buscándome.

En ese momento, una segunda figura alada salió de la Rosa Blanca. Sonó otro estallido y, mientras la pared inferior cedía, un hombre y una mujer enormes salieron de ahí. Tenían pelo negro y piel de bronce, al igual que los hombres de las alas.

—Shu —comprendió Jesper—. ¿Qué están haciendo aquí? ¿Y desde cuándo vuelan?

—Bajaos las máscaras —indicó Matthias—. Necesitamos llegar a un lugar seguro.

Se colocaron las máscaras en su sitio, y Jesper se sintió agradecido por el alboroto que los rodeaba. Pero incluso mientras lo pensaba, uno de los shu olisqueó el aire, inhalando profundamente. Horrorizado, Jesper vio cómo se daba la vuelta con lentitud y clavaba los ojos en ellos. Le ladró algo a sus compañeros, y después los shu fueron directos hacia ellos.

—Demasiado tarde —dijo Jesper. Se quitó la máscara y la capa y se puso el rifle al hombro—. Si han venido en busca de diversión, vamos a dársela. ¡Yo voy a por el volador!

Jesper no tenía intención de dejarse llevar por alguna clase de chico pájaro shu. No sabía adonde había ido el segundo volador, y tan solo podía esperar que estuviera ocupado con su prisionero Inferni. El hombre alado giró a izquierda y a derecha, abalanzándose y zumbando como una abeja borracha.

—Quédate quieto, bicharraco —gruñó Jesper, y después lanzó tres disparos que golpearon al volador justo en el pecho y lo hicieron caer hacia atrás. Pero este se estabilizó con una grácil voltereta y siguió volando hacia Jesper. Matthias estaba disparando a los dos enormes shu. Cada tiro era un golpe directo, pero aunque los shu se tambaleaban, seguían avanzando—. ¿Wylan? ¿Nina? ¡Podéis intervenir cuando queráis, no os cortéis!

—Lo estoy intentando —gruñó Nina, con las manos en alto y los puños cerrados—. No lo están sintiendo.

—¡Al suelo! —gritó Wylan. Se tiraron a los adoquines. Jesper oyó un golpe sordo y después vio un borrón negro mientras algo volaba hacia el hombre alado. Este esquivó hacia la izquierda, pero el borrón negro se dividió y explotaron dos bolas crepitantes de llamas violetas. Una aterrizó con un inofensivo siseo en el agua del

canal, pero la otra golpeó al volador. Este gritó, arañándose mientras unas llamas violetas se extendían por su cuerpo y sus alas, y después se desvió de su camino y chocó contra una pared, con las llamas todavía ardiendo y su calor palpable incluso en la distancia.

—¡Corred! —exclamó Matthias.

Se lanzaron hacia el callejón más cercano, con Jesper y Wylan delante y Nina y Matthias tras ellos. Wylan tiró una bomba lumínica descuidadamente por encima del hombro. Esta atravesó una ventana y liberó un estallido de resplandor inútil.

—Probablemente solo habrás aterrorizado a alguna desafortunada trabajadora —dijo Jesper—. Dame eso. —Le quitó la otra bomba lumínica, la lanzó directamente al camino de sus perseguidores y se giró para protegerse los ojos de la explosión—. Así es como se hace.

—La próxima vez, no voy a salvarte la vida —jadeó el muchacho.

—Me echarías de menos. Todos lo hacen.

Nina gritó, y Jesper se giró. El cuerpo de Nina se retorció, y estaba cubierto por una red plateada. La mujer shu, que se encontraba con las piernas plantadas en el centro del callejón, estaba tirando de ella hacia atrás. Matthias abrió fuego, pero ella no se movió.

—¡Las balas no funcionan! —dijo Wylan—. Creo que tienen metal bajo la piel.

Ahora que lo decía, Jesper podía ver el metal reluciendo bajo las ensangrentadas heridas de bala. Pero ¿qué significaba eso? ¿Eran seres mecánicos de alguna clase? ¿Cómo era eso posible?

—¡La red! —rugió Matthias.

Todos sujetaron la red de metal, tratando de liberar a Nina. Pero la mujer shu siguió tirando de ella, mano sobre mano, con una fuerza imposible.

—¡Necesitamos algo para cortar la cuerda! —gritó Jesper.

—¡Al demonio la cuerda! —gruñó Nina entre dientes apretados. Le quitó un revólver de la funda a Jesper—. ¡Soltadme! —ordenó.

—Nina... —protestó Matthias.

—*Hacedlo*.

La soltaron, y Nina voló por el callejón en un estallido repentino a causa del impulso. La mujer shu dio un paso torpe hacia atrás, y después sujetó el borde de la red, levantando a Nina. Ella esperó hasta el último segundo posible, y después dijo:

—A ver si eres toda de metal.

Metió el revólver directamente en la cuenca del ojo de la mujer shu y apretó el gatillo.

El disparo no solo se llevó su ojo, sino la mayoría de la parte superior de su cráneo. Por un momento, permaneció en pie aferrando a Nina, con un agujero revuelto de hueso, materia cerebral de un rosa pálido y trozos de metal donde debería haber estado su cara. Después se derrumbó.

Nina sintió arcadas y arañó la red.

—Sacadme de esta cosa antes de que su amigo venga a buscarnos.

Matthias le quitó la red a Nina y echaron todos a correr, aporreando los adoquines con las botas.

Jesper podía oír las palabras temerosas de su padre, impulsándolo por las calles, con un viento de advertencia a su espalda. *Tengo miedo por ti. El mundo puede ser cruel con los tuyos.* ¿Qué habían enviado los shu a por Nina? ¿A por los Grisha de la ciudad? ¿A por él?

La existencia de Jesper había consistido en una serie de huidas por los pelos que siempre rozaban el desastre, pero nunca había estado tan seguro de que corría para salvar su vida.

TERCERA PARTE

# LADRILLO A LADRILLO







ientras Inej y Kaz se alejaban del Stave Occidental, el silencio entre ellos se extendió como una mancha. Habían abandonado sus capas y máscaras en un montón de basura tras un pequeño burdel en decadencia llamado Sala de Terciopelo, donde al parecer Kaz había escondido otra muda de ropa para ellos. Era como si la ciudad entera se hubiera convertido en su armario, e Inej no podía evitar pensar en los magos que sacaban kilómetros de bufandas de sus mangas y hacían desvanecer a chicas de unas cajas que siempre le recordaban incómodamente a ataúdes.

Vestidos con los abultados abrigos y los ásperos pantalones de los trabajadores portuarios, se abrieron camino hasta el distrito de los almacenes, con el pelo cubierto por los sombreros y los cuellos levantados a pesar del clima cálido. El borde oriental del distrito era como una ciudad dentro de una ciudad, poblada sobre todo por inmigrantes que vivían en hoteles baratos y casas de huéspedes, o en chabolas de contrachapado y hojalata ondulada, segregándose en los barrios desvencijados por su idioma y nacionalidad. En ese momento del día, la mayor parte de los habitantes de la zona estaban trabajando en las fábricas y muelles de la ciudad, pero en algunos rincones Inej veía a hombres y mujeres reunidos, esperando que algún capataz o jefe se acercara para ofrecer un día de trabajo a unos cuantos afortunados.

Después de quedar libre de la Reserva, Inej había recorrido las calles de Ketterdam, tratando de comprender la ciudad. Había quedado abrumada por el ruido y las multitudes, segura de que Tante Heleen o uno de sus secuaces la pillarían desprevenida y la arrastrarían de vuelta a la Casa Exótica. Pero había sabido que si quería ser útil para los Despojos y ganarse la forma de pagar su nuevo contrato, no

podía permitir que la extrañeza del clamor y los adoquines la superara. *Saludamos al invitado inesperado*. Tendría que aprenderse la ciudad.

Siempre prefería viajar sobre los tejados, fuera de la vista, libre de la mezcla de cuerpos. Allí era donde más ella se sentía, la chica que había sido una vez, alguien que no había tenido la sensación de tener miedo, que no conocía la crueldad que podía ofrecer el mundo. Había llegado a conocer los tejados a dos aguas y los parterres en las ventanas de la Zilverstraat, los jardines y los anchos bulevares del sector de las embajadas. Había viajado hacia el sur, donde el distrito de fabricación daba paso a los mataderos de olor horrible y los pozos de salmuera ocultos en la misma periferia de la ciudad, donde las visceras podían echarse al pantano al borde de Ketterdam, y el hedor tenía menos posibilidades de llegar a las zonas residenciales. La ciudad le había revelado sus secretos casi con timidez, en destellos de grandeza y miseria.

Ahora, ella y Kaz dejaban atrás las casas de huéspedes y los carros de la ciudad, internándose profundamente en el ajetreado distrito de almacenes y la zona conocida como la Trama. Allí, las calles y canales estaban limpios y ordenados, y eran anchos para transportar bienes y cargamento. Pasaron junto a acres vallados de madera y piedra de cantera, a pilas bien vigiladas de armas y munición, enormes almacenes llenos de algodón, seda, lona y pieles, y bodegas llenas de los fardos cuidadosamente pesados de hojas secas de *jurda* provenientes de Novyi Zem, que serían procesadas y guardadas en latas con etiquetas brillantes, para después enviarlas a otros mercados.

Inej todavía recordaba la sacudida que había sentido al ver las palabras «Especias raras» pintadas en el lateral de uno de los almacenes. Era un anuncio, y las palabras estaban enmarcadas por dos chicas sulí pintadas, con los miembros marrones desnudos y el bordado de sus escasas sedas sugerido por pinceladas doradas. Se había quedado allí, con la mirada clavada en el cartel, a menos de tres kilómetros de donde habían comprado, vendido y regateado con los derechos sobre su cuerpo, con el corazón acelerado en el pecho y el pánico apoderándose de sus músculos, incapaz de mirar a esas chicas, con las pulseras en las muñecas y las campanillas alrededor de los tobillos. Había acabado obligándose a moverse y, como si se hubiera roto algún hechizo, había corrido más rápido que nunca, de vuelta al Listón, recorriendo los tejados mientras la ciudad pasaba en destellos grises bajo sus pies temerarios. Aquella noche había soñado que las chicas pintadas cobraban vida. Estaban atrapadas en la pared de ladrillos del almacén, gritando para que las dejaran en libertad, pero Inej no podía ayudarlas.

«Especias raras». El cartel seguía ahí, desteñido por el sol. Todavía tenía poder sobre ella, hacía que se le tensaran los músculos y se le atascara el aliento. Pero a lo mejor cuando tuviera su barco, cuando hubiera derribado al primer esclavizado^ la pintura desaparecería de los ladrillos. Los gritos de esas chicas con sus sedas color menta se convertirían en risa. Y bailarían solo para sí mismas. Delante, Inej podía ver una alta columna coronada por la Mano de Ghezen, que proyectaba su larga sombra

sobre el corazón de la riqueza de Kerch. Se imaginó a sus Santos rodeándola con cuerdas y tirándola al suelo.

Ella y Kaz no atrajeron ninguna mirada con sus abrigos sin forma, dos chicos en busca de trabajo o de camino a su próximo turno. Sin embargo, Inej no podía respirar tranquila. La *stadwatch* patrullaba las calles del distrito de los almacenes con regularidad y, por si acaso eso no fuera protección suficiente, las empresas de transporte contrataban a sus propios guardias privados para asegurarse de que las puertas permanecieran cerradas y de que a ninguno de los trabajadores almacenando, apilando y transportando bienes se le fuera la mano. El distrito de los almacenes era uno de los lugares más seguros de Ketterdam, y por eso era el último sitio donde los buscaría Van Eck.

Se acercaron a un almacén de lino abandonado. Las ventanas de los pisos inferiores estaban rotas, y los ladrillos sobre ellos estaban ennegrecidos por el hollín. El fuego debía de haber sido reciente, pero el edificio no seguiría desocupado durante mucho tiempo: lo limpiarían y lo reconstruirían, o simplemente lo demolerían para hacer una nueva estructura. El espacio erapreciado en Ketterdam.

El candado de la puerta trasera no supuso un desafío para Kaz, y entraron en el piso inferior, que había quedado muy dañado por el fuego. La escalera cerca de la parte delantera del edificio parecía bastante intacta. Subieron por ella, Inej moviéndose con ligereza sobre los tablones, y el paso de Kaz marcado por el golpeteo rítmico de su bastón.

Cuando llegaron al tercer piso, Kaz los condujo hasta un cuarto de almacenaje donde todavía había fardos de lino apilados en pirámides altas y gigantescas. En su mayoría no estaban dañados, pero los de la parte inferior estaban manchados de hollín, y el tejido tenía un desagradable olor a quemado. Pero eran cómodos. Inej encontró un lugar junto a una ventana donde podía descansar los pies sobre un fardo y la espalda contra otro. Se sentía agradecida simplemente por sentarse, por mirar por la ventana hacia la acuosa luz de la tarde. No había mucho que ver, tan solo las desnudas paredes de ladrillo de los almacenes y el bosquecillo de enormes silos de azúcar que se alzaban sobre el puerto.

Kaz sacó una lata de debajo de una de las viejas máquinas de coser y se la pasó. Ella la abrió, revelando avellanas, galletas saladas envueltas en papel ceroso, y un frasco con tapón. Así que aquel era uno de los refugios que Van Eck había estado tan deseoso de descubrir. Inej destapó el frasco y olisqueó.

—Agua —dijo.

Bebió profundamente y se comió unas pocas galletas rancias. Se moría de hambre, y dudaba que fuera a conseguir una comida caliente en ningún momento cercano. Kaz le había advertido de que no podrían regresar al Velo Negro hasta el anochecer, e incluso entonces no creía que fueran a cocinar gran cosa. Lo observó mientras se subía a los fardos de lino enfrente de ella y dejaba el bastón a su lado, pero se obligó a dirigir los ojos otra vez a la ventana, lejos de la precisión de los

movimientos de Kaz, la línea tensa de su mandíbula. Mirarlo parecía peligroso de una forma que no lo había parecido antes. Podía ver la maza levantándose, reluciendo bajo las luces del escenario del Eil Komodie. *No va a cambiarme por nada si me destrozas*. Se sentía agradecida por el peso de sus cuchillos. Los tocó con las manos, como saludando a unos viejos amigos, y sintió que se aliviaba parte de la tensión en su interior.

—¿Qué le dijiste a Van Eck en el puente? —preguntó Kaz al fin—. Cuando estábamos haciendo el intercambio.

—Me verás una vez más, pero solo una.

—¿Más proverbios sulí?

—Una promesa, a mí misma y a Van Eck.

—Cuidado, Espectro. El juego de la venganza no es lo tuyo. No sé si tus Santos sulí lo aprobarían.

—A mis Santos no les gustan los matones. —Frotó la ventana sucia con la manga—. Esas explosiones... ¿Estarán bien los otros?

—Ninguno de ellos estaba situado cerca de donde explotaron las bombas. Al menos, no las que vimos. Sabremos más cuando volvamos al Velo Negro.

A Inej no le gustaba eso. ¿Y si alguien había sido herido? ¿Y si no regresaban todos a la isla? Después de días de miedo y de esperar, quedarse ahí quieta cuando sus amigos podían estar en problemas era una nueva clase de frustración.

Se dio cuenta de que Kaz la estaba examinando, así que giró la mirada hacia la suya. El sol se colaba por las ventanas, volviendo sus ojos del color del té fuerte. *No va a cambiarme por nada si me destrozas*. Podía sentir el recuerdo de las palabras, como si le hubieran quemado la garganta al pronunciarlas.

Kaz no apartó la mirada cuando dijo:

—¿Te ha hecho daño?

Ella se rodeó las rodillas con los brazos. *¿Por qué quieres saberlo? ¿Para asegurarte de que soy capaz de soportar peligros nuevos? ¿Para poder añadirlo a la lista de cosas por las que hacer pagar a Van Eck?*

Kaz había sido claro sobre su acuerdo con ella desde el principio. Inej era una inversión, un recurso merecedor de protección. La chica quería creer que se habían convertido en más el uno para el otro, pero Jan Van Eck le había robado esa ilusión. Inej estaba entera e intacta. No tenía cicatrices ni heridas de la experiencia en Eil Komodie que la comida y el sueño no fueran a arreglar. Pero Van Eck le había quitado algo de todos modos. *Ya no le serviré para nada*. Las palabras rasgaron algún lugar oculto en su interior, una verdad que no podía olvidar. Debería alegrarse por ello. Mejor verdades terribles que mentiras amables.

Dejó que sus dedos se arrastraran hasta el lugar donde la maza había rozado su pierna, pero vio que los ojos de Kaz seguían el movimiento y se detuvo. Unió las manos sobre el regazo y negó con la cabeza.

—No. No me ha hecho daño.

Kaz se reclinó, y su mirada la desarmó con lentitud. No la creía, pero ella no era capaz de tratar de convencerlo de aquella mentira. Apoyó el bastón en el suelo y lo usó para sujetarse mientras se levantaba del montón de tejido.

—Descansa —dijo.

—¿Adonde vas?

—Tengo asuntos cerca de los silos, y quiero ver qué información puedo conseguir.

Dejó el bastón inclinado contra uno de los fardos.

—¿No te lo llevas?

—Demasiado llamativo, sobre todo si Van Eck ha metido a la *stadwatch* en esto. Descansa —repitió—. Estarás a salvo aquí.

Inej cerró los ojos. Podía confiar en él lo suficiente para eso.



Cuando Kaz la despertó, el sol se estaba poniendo, dorando la torre de Ghezen en la distancia. Salieron del almacén, lo cerraron tras ellos y se unieron a los trabajadores que caminaban de vuelta a casa para dormir. Continuaron hacia el sur y hacia el este, esquivando las partes más ocupadas del Barril, donde sin duda la *stadwatch* estaría merodeando, y se dirigieron hacia una zona más residencial. En un estrecho canal, se subieron a un bote con el que bajaron el Grafcanal hasta llegar a las nieblas que cubrían la Isla del Velo Negro.

Inej sintió que su emoción se incrementaba mientras se abrían camino entre los mausoleos hacia el centro de la isla. *Que estén bien*, suplicó. *Que estén todos bien*. Al fin, atisbo una tenue luz y oyó un débil murmullo de voces. Echó a correr, sin preocuparse cuando su gorro se le cayó de la cabeza al suelo cubierto de enredaderas. Abrió la puerta de la tumba.

Las cinco personas de su interior se levantaron, con las pistolas y los puños en alto, y ella se detuvo en seco.

—¡Inej! —chilló Nina.

Atravesó volando la habitación y le dio un abrazo aplastante. Después todos estuvieron de golpe a su alrededor, abrazándola y dándole palmadas en la espalda. Nina no la soltaba. Jesper las rodeó a ambas con los brazos y gritó:

—¡El Espectro ha regresado!

Matthias permanecía atrás, formal como siempre, pero sonriente. Inej miró del chico shu que estaba sentado en la mesa en el centro de la tumba al chico shu idéntico que tenía delante.

—¿Wylan? —le preguntó al más cercano a ella.

En el rostro del muchacho apareció una sonrisa, aunque se deslizó hacia un lado antes de hablar.

—Siento lo de mi padre.

Inej le dio un abrazo.

—No somos nuestros padres —susurró.

Kaz golpeó el suelo de piedra con el bastón. Se encontraba en la entrada de la tumba.

—Si habéis terminado con los abrazos, tenemos un trabajo que hacer.

—Espera —dijo Jesper, todavía rodeando a Inej con el brazo—. No vamos a hablar del trabajo hasta que descubramos qué eran esas cosas en el Stave.

—¿Qué cosas? —preguntó Inej.

—¿No viste que volaban la mitad del Stave?

—Vimos cómo explotaba la bomba en la Rosa Blanca —contestó la chica—, y después escuchamos otra explosión.

—En el Yunque —explicó Nina.

—Después de eso, corrimos —dijo Inej.

Jesper asintió sabiamente con la cabeza.

—Ese fue vuestro gran error. Si os hubierais quedado, habríais estado a punto de ser asesinados por un shu con alas.

—Eran dos —especificó Wylan.

Inej frunció el ceño.

—¿Dos alas?

—Dos shu —respondió Jesper.

—¿Con alas? —inquirió Inej—. ¿Como un pájaro?

Nina la arrastró hasta la mesa abarrotada, donde habían extendido un mapa de Ketterdam.

—No, más bien como una polilla, una polilla letal y mecánica. ¿Tienes hambre? Tenemos galletas de chocolate.

—Ah, claro —dijo Jesper—. A ella sí le das galletas.

Nina sentó a Inej en una silla y le puso la lata enfrente.

—Come —ordenó—. Había dos shu con alas, y un hombre y una mujer que no eran... normales.

—El poder de Nina no tenía efecto sobre ellos —añadió Wylan.

—Ajá —respondió ella, evasiva, mordisqueando con delicadeza el borde de una galleta. Inej nunca la había visto mordisquear nada con delicadeza. Estaba claro que su apetito no había regresado, pero se preguntó si habría algo más.

Matthias se unió a ellas en la mesa.

—La mujer shu a la que nos enfrentamos era más fuerte que Jesper, Wylan y yo juntos.

—Has oído bien —dijo Jesper—. Más fuerte que Wylan.

—Yo hice mi parte —protestó él.

—Desde luego que sí, mercadercillo. ¿Qué era esa cosa violeta?

—Algo nuevo en lo que he estado trabajando. Se basa en una invención ravkana llamada *lumiya*; las llamas son casi imposibles de extinguir, pero he cambiado la

fórmula para que sea mucho más caliente.

—Tuvimos suerte de que estuvieras —dijo Matthias, con una pequeña reverencia que dejó a Wylan con aspecto complacido y muy aturullado—. Esas criaturas eran casi insensibles a las balas.

—Casi —recalcó Nina sombríamente—. Tenían redes. Querían cazar y capturar Grisha.

Kaz apoyó los hombros contra la pared.

—¿Utilizaban *parem*?

Ella negó con la cabeza.

—No. No creo que fueran Grisha. No mostraron ningún poder, y sus heridas no sanaban. Pero parecía que tuvieran alguna clase de coraza de metal bajo la piel.

Le habló a Kuwei con rapidez en shu. Él gruñó.

—Kherguud. —Todos lo miraron sin entender. Él suspiró y dijo—: Cuando mi padre hizo la *parem* el gobierno probó en Hacedores.

Jesper inclinó la cabeza hacia un lado.

—¿Soy yo o tu kerch está mejorando?

—Mi kerch es bueno. Vosotros habláis muy rápido.

—Vale —dijo Jesper, arrastrando las palabras—. ¿Por qué tus queridos amigos shu probaron la *parem* en Hacedores?

Estaba despatarrado en su silla, con las manos sobre los revólveres, pero Inej no se creía su pose relajada.

—Tienen más Hacedores en cautividad —explicó Kuwei.

—Son los más fáciles de capturar —señaló Matthias, ignorando la mirada agria de Nina—. Hasta hace poco, han recibido escaso entrenamiento de combate, y sin la *parem* sus poderes son poco útiles en batalla.

—Nuestros líderes quieren hacer más experimentos —continuó Kuwei—. Pero no saben cuántos Grisha pueden encontrar...

—¿Si a lo mejor no hubieran matado a tantos? —dijo Nina.

Kuwei asintió con la cabeza, sin comprender o ignorando el sarcasmo en su voz.

—Sí. Tienen pocos Grisha, y usar *parem* les acorta la vida. Así que traen doctores para trabajar con los Hacedores ya enfermos de la *parem*. Planean hacer una nueva clase de soldado, el Kherguud. No sé si tuvieron éxito.

—Creo que puedo responder a esa pregunta con un enorme sí —replicó Jesper.

—Soldados hechos a medida —dijo Nina, pensativa—. Antes de la guerra, oí que habían intentado algo parecido en Ravka, reforzando esqueletos, alterando la densidad de los huesos, usando implantes de metal. Experimentaron con voluntarios del Primer Ejército. Oh, deja de hacer muecas, Matthias. Seguro que tus amos fjerdanos habrían tratado de hacer eso mismo con el tiempo.

—Los Hacedores trabajan con sólidos —señaló Jesper—. Metal, cristal, textiles. Esto parece trabajo Corporalnik.

*Sigue hablando como si no fuera uno de ellos*, pensó Inej. Todos sabían que Jesper era Hacedor; hasta Kuwei lo había descubierto en el caos que siguió a su huida de la Corte de Hielo. Y aun así, Jesper rara vez admitía su poder. Inej suponía que al ser su secreto, podía hacer lo que quisiera con él.

—Los Confeccionadores diluyen los límites entre Hacedores y Corporalki —dijo Nina—. Tuve una profesora en Ravka, Genya Safin. Podría haber sido Mortificadora o Hacedora si hubiera querido, pero prefirió convertirse en una gran Confeccionadora. El trabajo que estás describiendo en realidad es solo una forma avanzada de confeccionar.

Inej no era capaz de comprenderlo.

—Pero ¿nos estás diciendo que visteis a un hombre con alas injertadas de algún modo en la espalda?

—No, eran mecánicas. Alguna clase de estructura de metal, y lona, tal vez. Pero es más sofisticado que solo poner un par de alas entre los omóplatos de alguien. Tendrías que conectar la musculatura, vaciar los huesos para reducir el peso corporal, y después compensar de algún modo la pérdida de tuétano, tal vez reemplazar el esqueleto entero. El nivel de complejidad...

—*Parem* —dijo Matthias, con las pálidas cejas rubias arrugadas—. Un Hacedor utilizando *parem* podría lograr esa clase de transformación.

Nina se apartó de la mesa.

—¿No sabrá nada el Consejo Mercante sobre el ataque shu? —le preguntó a Kaz—. ¿O es que tienen permitido entrar en Kerch y comenzar a volar cosas y secuestrar gente?

—Dudo que el Consejo actúe —respondió él—. A menos que los shu que os atacaron llevaran uniformes, lo más probable es que el gobierno de Shu Han niegue cualquier implicación en el ataque.

—¿Así que pueden salirse con la suya?

—Tal vez no. Hoy pasé un rato en los puertos reuniendo información. ¿Recordáis aquellos buques de guerra shu? El Consejo de Mareas los dejó en dique seco.

Las botas de Jesper se deslizaron de la mesa y golpearon el suelo con un golpe sordo.

—¿Qué?

—Alejaron la marea. Toda ella. Utilizaron el mar para crear una nueva isla con los dos barcos dentro de ella. Están tirados de lado con las velas arrastrándose por el barro, ahí mismo, en el puerto.

—Una muestra de fuerza —dijo Matthias.

—¿De los Grisha o de la ciudad? —inquirió Jesper.

Kaz se encogió de hombros.

—¿Quién sabe? Pero podría hacer que los shu tuvieran un poco más de cuidado con lo de cazar por las calles de Ketterdam.



—¿Podría ayudarnos el Consejo de Mareas? —preguntó Wylan—. Si saben sobre la *parem*, tienen que estar preocupados por lo que podría pasar si la gente equivocada se hace con ella.

—¿Y cómo vas a encontrarlos? —replicó Nina con amargura—. Nadie sabe las identidades del Consejo, nadie los ha visto nunca entrando y saliendo de esas torres. —Inej se preguntó de pronto si Nina habría tratado de obtener ayuda del Consejo cuando llegó a Ketterdam a los dieciséis años, una Grisha lejos de su país sin amigos ni conocimiento sobre la ciudad—. Los shu no permanecerán con la cabeza gacha para siempre. Han creado a esos soldados por una razón.

—Si piensas en ello, es inteligente —dijo Kaz—. Los shu estaban maximizando sus recursos. Un Grisha adicto a la *parem* no puede sobrevivir mucho tiempo, así que los shu encontraron otra forma de explotar sus poderes.

Matthias negó con la cabeza.

—Soldados indestructibles que sobreviven a sus creadores.

Jesper se frotó la boca con la mano.

—Y que pueden salir a cazar más Grisha. Juro por los Santos que uno nos encontró por el olor.

—¿Eso es posible siquiera? —preguntó Inej, horrorizada.

—Nunca he oído que los Grisha tengan un olor particular —dijo Nina—, pero supongo que es posible. Si los receptores olfativos de los soldados fueron mejorados... quizá sea un olor que la gente corriente no pueda detectar.

—No creo que este fuera el primer ataque —señaló Jesper—. Wylan, ¿recuerdas lo aterrizado que estaba ese Vendaval en la sala de libros poco comunes? ¿Y qué hay de ese barco mercante del que nos habló Rotty?

Kaz asintió con la cabeza.

—Estaba destrozado, y encontraron muertos a un puñado de soldados. En ese momento pensaron que el Vendaval de la tripulación podría haberse rebelado para escapar de su contrato. Pero a lo mejor no desapareció; a lo mejor lo capturaron. Era uno de los Grisha del viejo concejal Hoede.

—Emil Retvenko —dijo Nina.

—Ese es. ¿Lo conocías?

—Había oído hablar de él. La mayoría de los Grisha de Ketterdam hemos oído hablar de los demás. Compartimos información, tratamos de echarnos un ojo los unos a los otros. Los shu deben de tener espías aquí si saben en dónde buscarnos. Los demás Grisha...

Nina se puso en pie y después sujetó el respaldo de su silla, como si el repentino movimiento la hubiera mareado. Inej y Matthias se pusieron en pie al instante.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Inej.

—Espléndida —respondió ella, con una sonrisa poco convincente—. Pero si los demás Grisha de Ketterdam están en peligro...

—¿Qué vas a hacer? —dijo Jesper, e Inej se sintió sorprendida por el matiz severo de su voz—. Tienes suerte de estar viva después de lo que ha pasado hoy. Esos soldados shu pueden *olernos*, Nina. —Se giró hacia Kuwei—. Tu padre lo ha hecho posible.

—Oye —intervino Wylan—, tranquilo.

—¿Tranquilo? Como si las cosas no fueran ya lo bastante malas para los Grisha. ¿Y si nos siguen hasta el Velo Negro? Hay tres de nosotros aquí.

Kaz golpeó la mesa con los nudillos.

—Wylan tiene razón. Tranquilo. La ciudad no era segura antes, y no lo es ahora. Así que vayamos a hacernos lo bastante ricos como para marcharnos.

Nina se puso las manos sobre las caderas.

—¿De verdad estamos hablando sobre el dinero?

—Estamos hablando sobre el trabajo y hacer que Van Eck pague.

Inej entrelazó el brazo con el de Nina.

—Yo quiero saber qué podemos hacer para ayudar a los Grisha que siguen en Ketterdam. —Vio el resplandor de la maza mientras se elevaba en el aire—. Y también me gustaría saber cómo vamos a hacer sufrir a Van Eck.

—Hay asuntos más importantes aquí —dijo Matthias.

—Para mí no —replicó Jesper—. Me quedan dos días para arreglar las cosas con mi padre.

Inej no estaba segura de haberlo oído bien.

—¿Tu padre?

—Sí. Reunión familiar en Ketterdam —contestó él—. Estáis todos invitados.

Inej no se dejó engañar por su tono despreocupado.

—¿El préstamo?

Las manos de Jesper volvieron a sus revólveres.

—Sí. Así que de verdad me gustaría saber cómo vamos a ajustar cuentas.

Kaz movió el peso sobre su bastón.

—¿Alguno de vosotros se ha preguntado lo que hice con todo el dinero que nos dio Pekka Rollins?

Inej sintió un vuelco en las tripas.

—¿Fuiste a pedirle dinero a Pekka Rollins?

—Nunca me endeudaría con Rollins. Le vendí mis acciones del Quinto Puerto y el Club Cuervo.

No. Kaz había construido esos lugares de la nada. Eran testamento de lo que había hecho por los Despojos.

—Kaz...

—¿Adonde creéis que ha ido el dinero? —insistió él.

—¿Armas? —preguntó Jesper.

—¿Barcos? —inquirió Inej.

—¿Bombas? —sugirió Wylan.

—¿Sobornos políticos? —aportó Nina. Todos miraron a Matthias—. Ahora es cuando nos dices lo horribles que somos —susurró.

Él se encogió de hombros.

—Todas parecen elecciones prácticas.

—Azúcar —dijo Kaz. Jesper empujó el cuenco del azúcar a través de la mesa hacia él. Kaz puso los ojos en blanco—. No para el café, idiota. Utilicé el dinero para comprar acciones de azúcar y las dejé en cuentas privadas para todos nosotros... con seudónimos, claro.

—No me gusta la especulación —señaló Matthias.

—Pues claro que no. Te gustan las cosas que puedes ver, como los montones de nieve y los dioses de los árboles.

—Ah, ¡ahí está! —dijo Inej, apoyando la cabeza sobre el hombro de Nina y mirando al fjerdano con una sonrisa—. Echaba de menos su ceño fruncido.

—Además —continuó Kaz—, no se le puede llamar especulación si conoces el resultado.

—¿Sabes algo sobre las cosechas de azúcar? —preguntó Jesper.

—Sé algo sobre el suministro.

Wylan se puso más recto en su asiento.

—*Los silos* —comprendió—. Los silos del Arrecife Dulce.

—Muy bien, mercadercillo.

Matthias negó con la cabeza.

—¿Qué es el Arrecife Dulce?

—Es una zona al sur del Sexto Puerto —explicó Inej. Recordaba la vista de los enormes silos alzándose sobre el distrito de los almacenes. Eran del tamaño de montañas pequeñas—. Allí tienen melaza, cañas y las plantas de procesamiento para refinar el azúcar. Estuvimos cerca de allí hoy. No fue una coincidencia, ¿verdad?

—No —respondió Kaz—. Quería que vieras el terreno. La mayoría de la caña de azúcar viene de las Colonias del Sur y de Novyi Zem, pero no habrá otra cosecha hasta dentro de tres meses. La de esta temporada ya ha sido cosechada, procesada, refinada y almacenada en los silos del Arrecife Dulce.

—Hay treinta silos —dijo Wylan—. A mi padre le pertenecen diez de ellos.

Jesper silbó.

—¿Van Eck controla un tercio del suministro mundial de azúcar?

—Controla los silos —especificó Kaz—, pero solo una fracción del azúcar de su interior. Mantiene los silos cubriendo los gastos por su cuenta, pagando a los guardias y a los Vendavales que controlan la humedad de su interior para asegurarse de que el azúcar permanezca seco y suelto. Los mercaderes que poseen el azúcar le pagan un pequeño porcentaje de cada una de sus ventas. La cifra crece con rapidez.

—Es una riqueza enorme bajo la protección de un solo hombre —señaló Matthias—. Si le ocurriera algo a esos silos, el precio del azúcar...

—Se dispararía como un revólver de seis tiros —dijo Jesper, que se puso en pie y comenzó a pasearse.

—El precio no dejaría de subir y subir —continuó Kaz—. Desde hace unos días, tenemos acciones en las empresas que *no* almacenan azúcar con Van Eck. Ahora mismo, valen más o menos lo que pagamos por ellas. Pero cuando destruyamos el azúcar de los silos de Van Eck...

Jesper estaba balanceándose sobre sus talones.

—Nuestras acciones valdrán cinco veces más que ahora, tal vez diez.

—Prueba con veinte.

Jesper ululó.

—No está nada mal.

—Podríamos venderlo con enormes beneficios —dijo Wylan—. Seríamos ricos de la noche a la mañana.

Inej pensó en una elegante goleta de pesados cañones. Podría ser suya.

—¿Ricos como para tener treinta millones de *kruge*?

Era la recompensa que Van Eck les debía por el trabajo en la Corte de Hielo. Una que no tenía intención de pagar nunca.

Una débil sonrisa cruzó como un fantasma los labios de Kaz.

—Millón arriba o abajo.

Wylan se estaba mordisqueando la uña del pulgar.

—Mi padre puede soportar una pérdida. Pero los otros mercaderes, los que almacenan el azúcar en los silos, sufrirán más daños.

—Cierto —dijo Matthias—. Y si destruimos los silos, quedará claro que el objetivo era Van Eck.

—Podríamos intentar que parezca un accidente —sugirió Nina.

—Lo haremos —aseguró Kaz—. Al principio. Gracias a los gorgojos. Cuéntaselo, Wylan.

El muchacho se reclinó hacia delante, como un escolar deseoso de demostrar que tenía las respuestas. Se sacó un vial del bolsillo.

—Esta versión funciona.

—¿Es un gorgojo? —preguntó Inej, examinándolo.

—Un gorgojo químico —explicó Jesper—. Pero Wylan no le ha puesto nombre todavía. Yo voto por «Gorwylan».

—Eso es terrible —dijo él.

—Es brillante. —Jesper le guiñó un ojo—. Igual que tú.

La piel de Wylan se puso rosada como una flor.

—Yo también he ayudado —añadió Kuwei, con aspecto hosco.

—Es verdad —asintió Wylan.

—Le haremos una placa —dijo Kaz—. Cuéntales cómo funciona.

Wylan se aclaró la garganta.

—Se me ocurrió la idea por las plagas de la caña... unas pocas bacterias pueden arruinar toda una cosecha. Cuando soltemos el gorgojo en el silo, seguirá bajando, utilizando el azúcar refinado como combustible hasta que el azúcar no sea más que una papilla inútil.

—¿Reacciona al azúcar? —preguntó Jesper.

—Sí, cualquier clase de azúcar. Incluso rastros pequeños si hay suficiente humedad presente, así que mantenedlo lejos del sudor, la sangre y la saliva.

—No lamáis al Gorwylan. ¿Alguien quiere apuntarlo?

—Esos silos son enormes —señaló Inej—. ¿Cuánto necesitaremos?

—Un vial para cada uno —respondió Wylan.

La chica miró el pequeño tubo de cristal, pestañeando.

—¿De verdad?

—Pequeño pero feroz —dijo Jesper. Volvió a guiñar un ojo—. Al igual que *tú*.

Nina rompió a reír, e Inej no pudo evitar devolverle la sonrisa a Jesper. Le dolía el cuerpo, y le hubiera gustado dormir dos días seguidos, pero sentía como si una parte de su cuerpo se estuviera desenroscando, liberando el terror y la furia de la semana anterior.

—El gorgojo hará que la destrucción del azúcar parezca un accidente —aseguró Wylan.

—Así será —asintió Kaz—, hasta que los demás mercaderes descubran que Van Eck ha estado comprando azúcar que no está almacenado en sus silos.

Wylan abrió mucho los ojos.

—¿Qué?

—Utilicé la mitad del dinero para nuestras acciones. Y el resto, para comprar acciones en nombre de Van Eck... bueno, de una empresa de almacenamiento creada bajo el nombre de Alys. No podía hacerlo demasiado obvio. Las acciones se compraron en efectivo, imposibles de rastrear, pero los certificados que autentifican la compra aparecerán sellados y lacrados en el despacho de su abogado.

—Cornelis Smeet —dijo Matthias, sorprendido—. Engaño tras engaño. No estabas tratando solo de averiguar dónde estaba Alys Van Eck cuando entraste en su despacho.

—No se gana con una sola partida —respondió Kaz—. La reputación de Van Eck sufrirá un golpe cuando el azúcar se eche a perder. Pero cuando la gente que le ha pagado para mantenerlo a salvo descubra que se ha beneficiado de su pérdida, registrarán los silos con más atención.

—Y encontrarán los restos del gorgojo —terminó Wylan.

—Destrucción de propiedad, alteración de los mercados... —murmuró Inej—. Será su fin. —Pensó en Van Eck haciendo un gesto a su secuaz para que tomara la maza. *No quiero que sea una rotura limpia. Destrózale los huesos*—. ¿Podría ir a la cárcel?

—Lo acusarán de violar un contrato y tratar de interferir en el mercado —dijo Kaz—. No hay crimen mayor según la ley de Kerch. Las sentencias son las mismas que para el asesinato; podrían colgarlo.

—¿Lo harán? —preguntó Wylan con suavidad. Utilizó el dedo para trazar una línea sobre el mapa de Ketterdam, desde el Arrecife Dulce hasta el Barril, y después hasta la Geldstraat, donde vivía su padre. Jan Van Eck había tratado de matarlo. Lo había abandonado como si fuera un desecho. Pero Inej se preguntaba si el muchacho estaba listo para condenar a su padre a la ejecución.

—Dudo que lo cuelguen —respondió Kaz—. Mi suposición es que lo acusarán de un cargo menor. Nadie del Consejo Mercante querrá mandar a uno de los suyos a la horca. Y en cuanto a si llegará o no a ver el interior de una celda... —Se encogió de hombros—. Depende de lo bueno que sea su abogado.

—Pero le prohibirán seguir comerciando —dijo Wylan, con voz casi aturdida—. Se quedarán con sus propiedades para compensar el azúcar perdido.

—Será el fin del imperio Van Eck —afirmó Kaz.

—¿Qué hay de Alys? —preguntó Wylan.

Kaz volvió a encogerse de hombros.

—Nadie va a creerse que esa chica tuviera nada que ver con una argucia financiera. Alys pedirá el divorcio y probablemente volverá con sus padres. Llorará durante una semana, cantará durante dos, y después lo superará. A lo mejor se casa con un príncipe.

—O a lo mejor con un profesor de música —señaló Inej, recordando el pánico de Bajan al oír que habían secuestrado a Alys.

—Tan solo hay un pequeño problema —dijo Jesper—, y con lo de «pequeño» me refiero a un problema tan enorme que sería mejor olvidarlo e ir a por unas cervezas. Los silos. Sé que nos encanta atravesar lo inatravesable, pero ¿cómo se supone que vamos a entrar?

—Kaz puede forzar la cerradura —respondió Wylan.

—No —replicó él—, no puedo.

—Creo que nunca he oído esas palabras salir de tu boca —señaló Nina—. Dilo otra vez, lento y claro.

Kaz la ignoró.

—Son cerraduras cuádruples. Cuatro llaves en cuatro cerraduras que deben girarse a la vez, o activarán las puertas de seguridad y una alarma. Puedo forzar cualquier cerradura, pero no cuatro al mismo tiempo.

—Entonces, ¿cómo vamos a hacerlo? —preguntó Jesper.

—Los silos también se abren por arriba.

—¡Esos silos tienen casi veinte pisos de alto! ¿Inej va a subir y bajar diez de ellos en una noche?

—Solo uno —especificó Kaz.

—Y después, ¿qué? —insistió Nina, con las manos otra vez sobre sus caderas y los ojos verdes ardiendo.

Inej recordó los enormes silos, los huecos entre ellos.

—Y después —dijo—, voy a caminar por un cable de un silo a otro.

Nina levantó las manos en el aire.

—¿Y todo eso sin red, supongo?

—Los Ghafa nunca actuamos con red —replicó Inej, indignada.

—¿Los Ghafa actúan frecuentemente a veinte pisos de altura sobre los adoquines tras ser prisioneros durante una semana?

—Habrá una red —aseguró Kaz—. Está ya en su sitio tras la caseta del centinela, bajo unos sacos de arena.

El silencio en la tumba fue repentino y absoluto. Inej no podía creer lo que estaba escuchando.

—No necesito una red.

Kaz consultó su reloj.

—No te lo he preguntado. Nos quedan seis horas para dormir y descansar. Yo robaré suministros del Cirkus Zirkoa; están acampados en la periferia occidental de la ciudad. Inej, haz una lista con lo que necesitarás. Atacaremos los silos en veinticuatro horas.

—Ni de broma —dijo Nina—. Inej necesita descansar.

—Es cierto —asintió Jesper—. Parece lo bastante delgada como para salir volando con la brisa.

—Estoy bien —aseguró ella.

Jesper puso los ojos en blanco.

—Siempre dices eso.

—¿No es así como se hacen las cosas por aquí? —preguntó Wylan—. ¿Todos le decimos a Kaz que estamos bien y después hacemos alguna estupidez?

—¿Tan predecibles somos? —dijo Inej.

—Sí —murmuraron Wylan y Matthias al unísono.

—¿Queréis vencer a Van Eck? —preguntó Kaz.

Nina soltó aire con exasperación.

—Por supuesto.

Los ojos de Kaz recorrieron la habitación, moviéndose de una cara a otra.

—¿Seguro? ¿Queréis vuestro dinero? ¿El dinero por el que luchamos, y sangramos, y casi nos ahogamos? ¿O queréis que Van Eck se alegre de haber escogido a un puñado de mindundis del Barril para estafarlos? Porque nadie va a ir a por él en nuestro lugar. A nadie le importará que nos haya engañado, o que hayamos arriesgado la vida para nada. Nadie va a solucionar esto. Así que os pregunto: ¿queréis vencer a Van Eck?

—Sí —respondió Inej. Quería alguna clase de justicia.

—A lo grande —dijo Nina.

—Y pegarle en las orejas con la flauta de Wylan —añadió Jesper.

Uno por uno, asintieron con la cabeza.

—La jugada ha cambiado —explicó Kaz—. Basándonos en la pequeña demostración de Van Eck de hoy, seguro que ya estarán colgando carteles con nuestra cara por toda Ketterdam, y sospecho que ofrecerá una bonita recompensa. Está comerciando con su credibilidad, y cuanto antes la destruyamos, mejor. Vamos a llevarnos su dinero, su reputación y su libertad, todo en una noche. Pero eso significa que *no nos detenemos*. Por furioso que esté, esta noche Van Eck va a comerse una buena cena y sumirse en un sueño irregular en su blanda cama de mercader. Esos matones de la *stadwatch* descansarán sus cansadas cabezas hasta su próximo turno, preguntándose si podrán ganar algo por hacer horas extra. Pero nosotros no nos detenemos. El reloj está en marcha. Podemos descansar cuando seamos ricos. ¿De acuerdo?

Otra ronda de asentimientos.

—Nina, hay guardias que recorren el perímetro de los silos. Tú serás la distracción, una *ravkana* consternada nueva en la ciudad, en busca de trabajo en el distrito de los almacenes. Tendrás que mantenerlos ocupados el tiempo suficiente para que los demás entremos e Inej escale el primer silo. Después...

—Con una condición —dijo Nina, con los brazos cruzados.

—Esto no es una negociación.

—Contigo todo es una negociación, Brekker. Seguro que saliste del útero a base de trueques. Si voy a hacer esto, quiero que saquemos a los demás Grisha de la ciudad.

—Olvídalo. Yo no llevo una organización benéfica para los refugiados.

—Entonces, estoy fuera.

—Vale. Estás fuera. Tendrás igualmente tu parte del dinero por tu trabajo en la Corte de Hielo, pero no te necesito en esta misión.

—No —dijo Inej en voz baja—. Pero a mí sí.

Kaz apoyó el bastón sobre sus piernas.

—Parece que todo el mundo está formando alianzas.

Inej recordaba cómo el sol había reflejado el marrón de sus ojos tan solo unas horas antes. Ahora eran del color del café quemado mientras lo hervían. Pero ella no iba a echarse atrás.

—Se llaman «amistades», Kaz.

Él movió la mirada hacia Nina.

—No me gusta que me dejen entre la espada y la pared.

—Y a mí no me gustan los zapatos que aprietan por las puntas, pero todos debemos sufrir. Piensa en ello como un desafío para tu monstruoso cerebro.

Tras una larga pausa, Kaz dijo:

—¿De cuánta gente estamos hablando?



—Hay menos de treinta Grisha en la ciudad de los que sepa, además del Consejo de Mareas.

—¿Y cómo te gustaría reunirlos? ¿Entregando panfletos que los dirijan a una balsa gigante? —Hay una taberna cerca de la embajada de Ravka; la utilizamos para dejar mensajes e intercambiar información. Puedo correr la voz desde ahí. Después solo necesitamos un barco; Van Eck no puede vigilar todos los puertos.

Inej no quería discrepar, pero tenía que decirlo.

—Yo creo que sí. Van Eck tiene todo el poder del gobierno de la ciudad tras él. Y vosotros no visteis su reacción cuando descubrió que Kaz se había atrevido a llevarse a Alys.

—Por favor, dime que le salió espuma por la boca —dijo Jesper.

—Estuvo cerca.

Kaz fue cojeando hasta la puerta de la tumba y miró hacia la oscuridad.

—Van Eck no habrá tomado a la ligera la decisión de involucrar a la ciudad. Es un riesgo, y no iba a asumirlo si no pretendiera lucrarse de ello al máximo. Tendrá todos los puertos y torres de vigilancia de la costa en alerta máxima, con órdenes para interrogar a cualquiera que trate de marcharse de Ketterdam. Tan solo dirá que sabe que los captores de Wylan podrían planear sacarlo de Kerch.

—Tratar de llevarnos a todos los Grisha será extremadamente peligroso —dijo Matthias—. Lo último que necesitamos es que un grupo de ellos caiga en las manos de Van Eck cuando todavía podría tener un suministro de *parem*.

Jesper tamborileó con los dedos en las empuñaduras de sus revólveres.

—Necesitamos un milagro. Y tal vez una botella de whisky. Ayuda a lubricar el cerebro.

—No —replicó Kaz con lentitud—. Necesitamos un barco. Un barco que no pueda ser sospechoso, que Van Eck y la *stadwatch* no tengan razones para detener. Necesitamos uno *de sus barcos*.

Nina se retorció hasta el borde de su silla.

—La empresa de comercio de Van Eck debe de tener muchos barcos dirigidos hacia Ravka.

Matthias cruzó sus enormes brazos, pensativo.

—¿Sacar a los refugiados Grisha en una de las propias naves de Van Eck?

—Necesitaríamos una lista de embarque falsificada y pasaportes —señaló Inej.

—¿Por qué te crees que echaron a Specht de la marina? —preguntó Kaz—. Estaba falsificando permisos y pedidos de suministros.

Wylan tensó el labio.

—Pero no es solo cuestión de unos pocos documentos. Digamos que hay treinta refugiados Grisha. Un capitán de barco va a querer saber por qué treinta personas...

—Treinta y una —intervino Kuwei.

—¿De verdad estás siguiendo todo esto? —preguntó Jesper con incredulidad.

—Un barco a Ravka —contestó él—. Entiendo eso muy bien.

Kaz se encogió de hombros.

—Si vamos a robar un barco, podemos meterte dentro.

—Treinta y una entonces —dijo Nina con una sonrisa, aunque si el músculo que se crispaba en la mandíbula de Matthias era alguna indicación, él no estaba tan emocionado.

—Vale —asintió Wylan, alisando una arruga en el mapa—. Pero un capitán de barco va a preguntarse por qué añaden a treinta y una personas a su lista de embarque.

—No si el capitán piensa que está metido en un secreto —señaló Kaz—. Van Eck escribirá una apasionada carta pidiendo al capitán que emplee la máxima discreción al transportar a esos valiosos refugiados políticos y que los mantenga ocultos de cualquiera susceptible a los sobornos shu, incluida la *stadwatch*, a cualquier coste. Van Eck prometerá al capitán una enorme recompensa cuando regrese, solo para asegurarse de que no se le ocurra vender a los Grisha. Ya tenemos una muestra de la letra de Van Eck; tan solo necesitamos su sello.

—¿Dónde lo guarda? —le preguntó Jesper a Wylan.

—En su despacho. Al menos, ahí es donde lo tenía antes.

—Tendremos que entrar y salir sin que se dé cuenta —dijo Inej—. Y tendremos que movernos deprisa después de eso. En cuanto Van Eck se dé cuenta de que no tiene el sello, será capaz de adivinar qué nos proponemos.

—Nos colamos en la Corte de Hielo —les recordó Kaz—. Creo que podremos encargarnos del despacho de un mercader.

—Bueno, casi morimos colándonos en la Corte de Hielo —señaló Inej.

—Varias veces, si la memoria no me engaña —añadió Jesper.

—Inej y yo le robamos un DeKappel a Van Eck. Ya sabemos la disposición de la casa. Estaremos bien.

El dedo de Wylan estaba recorriendo la Geldstraat una vez más.

—No tenías que abrir la caja fuerte de mi padre.

—¿Van Eck guarda el sello en una caja fuerte? —preguntó Jesper entre risas—. Es casi como si *quisiera* que nos lo lleváramos. Kaz es mejor haciendo amigos con las cerraduras de combinación que con la gente.

—Nunca habéis visto una caja fuerte como esta —aseguró el muchacho—. Hizo que se la instalaran después del robo del DeKappel. Tiene una combinación de siete dígitos que cambia cada día, y los cerrojos tienen llaves falsas para confundir a los ladrones.

Kaz se encogió de hombros.

—Pues nos la cargamos. Prefiero la conveniencia por encima de la delicadeza.

Wylan negó con la cabeza.

—Las paredes de la caja fuerte están hechas de una aleación única reforzada con acero Grisha.

—¿Una explosión? —sugirió Jesper.

Kaz levantó una ceja.

—Sospecho que Van Eck se dará cuenta de eso.

—¿Una explosión muy pequeña?

Nina resopló.

—Tan solo quieres volar algo.

—En realidad... —dijo Wylan. Inclino la cabeza hacia un lado, como si estuviera escuchando una canción distante—. Cuando llegue la mañana, no podríamos ocultar que hemos estado ahí, pero si podemos sacar a los refugiados del puerto antes de que mi padre descubra el robo... No sé dónde puedo conseguir los materiales exactamente, pero podría funcionar...

—*Inej* —susurró Jesper.

Ella se inclinó hacia delante, examinando a Wylan.

—¿Cara de confabulación?

—Posiblemente.

El muchacho pareció volver a la realidad.

—No es eso. Pero... pero creo que sí que tengo una idea.

—Estamos esperando, mercadercillo —dijo Kaz.

—El gorgojo es básicamente una versión mucho más estable del ácido áurico.

—Sí —respondió Jesper—. Por supuesto. ¿Y eso es?

—Un corrosivo. Produce una mínima cantidad de calor cuando empieza a reaccionar, pero es increíblemente poderoso y volátil. Puede atravesar el acero Grisha y prácticamente cualquier cosa que no sea el cristal de balso.

—¿Cristal?

—El cristal y la savia del balso neutralizan la corrosión.

—¿Y dónde encuentra uno tal cosa?

—Podemos encontrar uno de los ingredientes que necesito en una siderurgia. Utilizan el corrosivo para quitar el óxido de los metales. El otro podría ser más difícil de encontrar. Necesitamos una cantera con una veta de auris o un compuesto de haluro similar.

—La cantera más cercana está en Olendaal —señaló Kaz.

—Eso podría funcionar. Cuando tengamos ambos compuestos, tendremos que ser muy cuidadosos con el transporte —continuó Wylan—. En realidad, tenemos que ser más que cuidadosos. Tras completar la reacción, el ácido áurico es básicamente inofensivo, pero mientras esté activo... Bueno, es una buena forma de perder las manos.

—Entonces —dijo Jesper—, ¿si conseguimos esos ingredientes, y logramos transportarlos por separado, y activamos este ácido áurico, y no perdemos un miembro en el proceso...?

Wylan se tiró de un mechón de pelo.

—Podríamos hacer un agujero en la puerta de la caja fuerte en cuestión de minutos.

—¿Sin dañar el contenido de su interior? —preguntó Nina.

—Con suerte.

—Con suerte —repitió Kaz—. He trabajado en situaciones peores. Tenemos que descubrir qué barcos saldrán de Ravka mañana por la noche y que Specht comience con la lista de embarque y los papeles de tránsito. Nina, cuando hayamos elegido una nave, ¿tu pequeña banda de refugiados podrá llegar al muelle por su cuenta o también tendremos que llevarlos de la mano?

—No sé lo bien que conocerán la ciudad —admitió Nina.

Kaz tamborileó con los dedos sobre la empuñadura de su bastón.

—Wylan y yo podemos ocuparnos de la caja fuerte. Podemos enviar a Jesper a escoltar a los Grisha, y podemos trazar una ruta para que Matthias lleve a Kuwei al muelle. Pero eso nos deja solo con Nina para distraer a los guardias y encargarse de la red de Inej en los silos. La red necesita al menos a tres personas para que sirva de algo.

Inej se estiró y rotó los hombros con suavidad. Le gustaba volver a estar con esa gente. Tan solo había permanecido unos días fuera, y estaban sentados en un mausoleo húmedo, pero seguía pareciendo una vuelta a casa.

—Te lo he dicho —le recordó—. Yo no trabajo con red.



e quedaron planeando hasta bien pasada la medianoche.

Kaz se sentía receloso de los cambios en el plan, además de la perspectiva de encargarse del grupo de Grisha de Nina. Pero aunque no dio ninguna indicación a los demás, había elementos de ese nuevo rumbo que le atraían. Era posible que Van Eck averiguara lo que estaban haciendo los shu y fuera él mismo a por los Grisha restantes de la ciudad. Eran un arma que Kaz no quería ver en el arsenal del mercader.

Pero no podían dejar que ese pequeño rescate los ralentizara. Con tantos oponentes y la *stadwatch* involucrada, no podían permitírselo. Con el tiempo suficiente, los shu dejarían de preocuparse por esos buques de guerra varados y el Consejo de Mareas, y encontrarían el camino hasta el Velo Negro. Kaz quería que Kuwei estuviera lejos de la ciudad y fuera del juego tan pronto como fuera posible.

Al fin, dejaron a un lado sus listas y bocetos. Retiraron de la mesa los restos de su cena improvisada para evitar atraer a las ratas del Velo Negro y empaparon las lámparas.

Los demás dormirían, pero Kaz no podría. Lo que había dicho iba en serio. Van Eck tenía más dinero, más aliados, y el poder de la ciudad tras él. No podían solo ser más listos que Van Eck, tenían que ser implacables. Y Kaz podía ver que los otros no lo eran. Ese día habían ganado la batalla; se habían propuesto recuperar a Inej y lo habían hecho. Pero el mercader todavía estaba ganando la guerra.

Que Van Eck estuviera dispuesto a arriesgarse a involucrar a la *stadwatch*, y por extensión al Consejo Mercante, significaba que de verdad creía que era invulnerable. Kaz todavía tenía la nota que Van Eck había enviado organizando la reunión en

Vellgeluk, pero era una triste prueba de las maquinaciones del hombre. Recordaba lo que había dicho Pekka Rollins en el Palacio Esmeralda, cuando Kaz había asegurado que el Consejo Mercante jamás apoyaría las actividades ilegales de Van Eck. *¿Y quién va a decírselo? ¿Una rata de canal de la peor zona del Barril? No te engañes, Brekker.*

En ese momento, Kaz apenas había sido capaz de ver más allá de la roja neblina de furia que sentía siempre que estaba en presencia de Rollins. Le arrebatava la razón que lo guiaba, la paciencia de la que dependía. Con Pekka, perdía la forma de la persona que era; no, perdía la forma de la persona en la que había luchado por convertirse. No era Manos Sucias, ni Kaz Brekker, ni siquiera el lugarteniente más duro de los Despojos. Tan solo era un chico impulsado por una blanca llama de furia, una que amenazaba con reducir a cenizas el civismo que trataba de aparentar.

Pero en ese momento, apoyado en su bastón entre las tumbas del Velo Negro, podía reconocer la verdad de las palabras de Pekka. No podías declarar la guerra a un honorable mercader como Van Eck, no siendo un rufián con una reputación más sucia que la suela de la bota de un mozo de cuadra. Para ganar, Kaz tendría que igualar el terreno. Le mostraría al mundo lo 21S que él ya sabía: que a pesar de sus manos suaves y sus buenos trajes, Van Eck era un criminal, tan malo como cualquier rufián del Barril, o peor, porque su palabra no valía nada.

Kaz no oyó a Inej acercándose, tan solo lo supo cuando estuvo allí, de pie junto a las columnas rotas de un mausoleo de mármol blanco. Había encontrado en algún sitio jabón para lavarse, y el aroma de las habitaciones húmedas de Eil Komédie, ese débil rastro de heno y maquillaje teatral, había desaparecido. Su pelo negro brillaba bajo la luz de la luna, ya bien recogido en una espiral a su nuca, y su inmovilidad era tan completa que podrían haberla confundido con uno de los guardianes de piedra del cementerio.

—¿Por qué la red, Kaz?

Sí, ¿por qué la red? ¿Por qué utilizar algo que complicaría el asalto a los silos que había planeado y los dejaría el doble de expuestos? *No podría soportar verte caer.*

—Acabo de pasar por un montón de problemas para recuperar a mi araña. No lo he hecho para que puedas abrirte el cráneo al día siguiente.

—Proteges tus inversiones.

Su voz sonaba casi resignada.

—Eso es.

—Y vas a salir de la isla.

Debería sentirse más preocupado de que fuera capaz de adivinar su siguiente movimiento.

—Rotty dice que el viejo se está inquietando. Tengo que alisarle las plumas.

Per Haskell seguía siendo el líder de los Despojos, y Kaz sabía que le gustaban los beneficios de esa posición, pero no el trabajo que derivaba de él. Con Kaz desaparecido desde hacía tanto tiempo, las cosas estarían comenzando a enredarse.

Además, cuando Haskell se ponía nervioso, le gustaba hacer alguna estupidez para recordarle a la gente que estaba a cargo.

—También deberíamos echar un ojo a la casa de Van Eck —dijo Inej.

—Yo me ocuparé de ello.

—Habrá reforzado la seguridad.

No hacía falta decir más. No había nadie más preparado para atravesar las defensas de Van Eck que el Espectro.

Debería decirle que descansara, que él se ocuparía de la vigilancia solo. En lugar de eso, asintió con la cabeza y se dirigió hacia una de las *gondels* ocultas entre los sauces, ignorando el alivio que sintió cuando ella lo siguió.

Tras el estridente escándalo de la tarde, los canales parecían más silenciosos de lo habitual, y el agua estaba antinaturalmente inmóvil.

—¿Crees que el Stave Occidental habrá vuelto a la normalidad? —preguntó Inej en voz baja. Había aprendido la cautela de una rata de canal en lo relativo a viajar por las aguas de Ketterdam.

—Lo dudo. La *stadwatch* estará investigando, y los turistas no vienen a Ketterdam por la emoción de que los vuelen en pedazos. —Muchos negocios iban a perder dinero. A la mañana siguiente, Kaz sospechaba que los escalones delanteros de la Stadhall estarían abarrotados de los dueños de las casas del placer y los hoteles exigiendo respuestas. Podría ser una buena escena. *Bien*. Que los miembros del Consejo Mercante se preocuparan de otros problemas aparte de Jan Van Eck y su hijo desaparecido—. Van Eck habrá cambiado las cosas desde que robamos el DeKappel.

—Y ahora sabe que Wylan está con nosotros —asintió Inej—. ¿Dónde vamos a encontrarnos con el viejo?

—El Nudillo.

No podían interceptar a Haskell en el Listón. Van Eck tendría vigilados los cuarteles generales de los Despojos, y lo más probable es que ahora también estuviera la *stadwatch* pululando por ahí. La idea de unos matones de la *stadwatch* rebuscando en sus habitaciones, escarbando entre sus escasas pertenencias, hizo que un cosquilleo de furia recorriera la piel de Kaz. El Listón no era gran cosa, pero él lo había transformado de un agujero con goteras a un lugar donde podías dormir tras una borrachera o esconderte de la ley sin congelarte el culo en invierno o que te comieran las pulgas en verano. El Listón era suyo, sin importar lo que Per Haskell pensara.

Kaz condujo la *gondel* al Zovercanal, en el extremo oriental del Barril. A Per Haskell le gustaba ser el centro de atención en la Taberna del Buen Tiempo la misma noche cada semana, quedando con sus compinches para jugar a las cartas y cotillear. Ni de broma se lo perdería esa noche, no cuando su lugarteniente favorito (su lugarteniente favorito *desaparecido*) se había metido en un conflicto con un miembro del Consejo Mercante y les había provocado tantos problemas a los Despojos, no cuando sería el centro de atención.

Ninguna ventana daba al Nudillo, un retorcido pasaje que se doblaba entre un edificio de apartamentos y una fábrica que hacía recuerdos de baja calidad. Era silencioso, escasamente iluminado y tan estrecho que apenas podía llamarse callejón, el lugar perfecto para un asalto. Aunque no era la ruta más segura desde el Listón hasta el Buen Tiempo, era la más directa, y Per Haskell nunca se resistía a un atajo.

Kaz condujo el bote cerca de un pequeño puente peatonal, y él e Inej ocuparon sus lugares entre las sombras para esperar, dando por hecho la necesidad de mantener silencio. Menos de veinte minutos después, la silueta de un hombre apareció bajo la luz de la lámpara en la boca del callejón, con una absurda pluma sobresaliendo de su sombrero.

Kaz esperó hasta que la figura estuviera casi a su nivel antes de dar un paso hacia delante.

—Haskell.

Él se dio la vuelta y se sacó una pistola del abrigo. Se movía con rapidez a pesar de su edad, pero había sabido que estaría armado y preparado. Le dio un rápido golpe con la punta del bastón a Haskell, lo suficiente para enviar una sacudida de entumecimiento hasta su mano. El hombre gruñó y la pistola se le escapó de entre los dedos. Inej la atrapó antes de que golpeará el suelo y se la lanzó a Kaz.

—Brekker —dijo Haskell con enfado, tratando de mover el brazo entumecido—. ¿Dónde demonios has estado? ¿Y qué clase de rufián aborda a su propio jefe en un callejón?

—No voy a robarte. Tan solo quería que no dispararas a nadie antes de que tuviéramos oportunidad de hablar.

Kaz le devolvió la pistola por la empuñadura. El viejo se la quitó de la palma, con la canosa barbilla sobresaliendo de forma tozuda.

—Siempre excediéndote —gruñó mientras se metía el arma en un bolsillo de su chaqueta a cuadros llena de bultos, incapaz de alcanzar la funda con su brazo incapacitado—. ¿Sabes cuántos problemas me has causado hoy, chico?

—Lo sé. Por eso estoy aquí.

—Había gente de la *stadwatch* pululando por todo el Listón y el Club Cuervo. Hemos tenido que cerrar todo el lugar, y quién sabe cuándo podremos abrir de nuevo. ¿Qué estabas pensando al secuestrar al hijo de un mercader? ¿Este era el gran trabajo por el que dejaste la ciudad? ¿El que se suponía que iba a hacerme más rico de lo que jamás pudiera soñar?

—Yo no he secuestrado a nadie.

No era estrictamente cierto, pero Kaz suponía que Per Haskell no captaría las sutilezas.

—Entonces, ¿qué está pasando, en nombre de Ghezen? —susurró el hombre con furia, soltando saliva—. Tienes a mi mejor araña —dijo, haciendo un gesto a Inej—. Mi mejor tirador, mi Mortificadora, mi matón más grande...

—Muzzen está muerto.



—Hijo de puta —soltó Haskell—. Primero Gran Bolliger, y ahora Muzzen. ¿Estás tratando de cargarte a toda mi banda?

—No, señor.

—Señor. ¿Qué tramas, chico?

—Van Eck está jugando a un juego rápido, pero yo sigo estando a un paso por delante de él.

—No lo parece desde aquí.

—Bien —dijo Kaz—. Será mejor que nadie nos vea llegar. Muzzen fue una pérdida que no anticipé, pero dame unos pocos días más y no solo te quitaré a las autoridades de encima, sino que tus arcas estarán tan llenas que podrás llenar tu bañera de oro y bañarte en ella.

Haskell entrecerró los ojos.

—¿De cuánto dinero estamos hablando?

*Ese es el camino*, pensó Kaz, observando cómo la avaricia iluminaba la mirada de Haskell, cómo la palanca se ponía en marcha.

—Cuatro millones de *kruge*.

Los ojos de Haskell se ensancharon. Una vida de bebida y penurias en el Barril los había amarilleado.

—¿Estás tratando de embaucarme?

—Te dije que era un bote grande.

—Da igual lo alta que sea la pila de dinero si estoy en prisión. No me gusta tener a las autoridades metidas en mis negocios.

—A mí tampoco, señor. —Puede que Haskell se burlara de los modales de Kaz, pero este sabía que el viejo se tragaba cada gesto de respeto, y su orgullo podía soportarlo. En cuanto tuviera su propia parte del dinero de Van Eck, no tendría que volver a obedecer otra orden ni aliviar la vanidad de Per Haskell—. No nos habría metido en esto si no supiera que saldríamos limpios como niños del coro y ricos como Santos. Tan solo necesito un poco más de tiempo.

Kaz no podía evitar acordarse de Jesper negociando con su padre, y la idea no le sentaba muy bien. Per Haskell nunca se había preocupado por nadie que no fuera él mismo y la siguiente jarra de cerveza, pero le gustaba pensar que era el patriarca de una gran familia con inclinaciones criminales. Kaz podía admitir que le tenía cariño al viejo. Le había dado un lugar donde empezar y un techo sobre su cabeza, aunque hubiera sido Kaz quien se había asegurado de que no tuviera goteras.

El viejo se enganchó los pulgares en los bolsillos del chaleco, haciendo una gran pantomima de plantearse la oferta de Kaz, pero su avaricia era más fiable que un reloj al que le hubieran dado cuerda bien. Kaz sabía que ya había comenzado a pensar formas de gastar los *kruge*.

—De acuerdo, chico —dijo Haskell—. Puedo darte un poco más de cuerda para colgarte. Pero si descubro que estás jugando conmigo, lo lamentarás.

Kaz se obligó a poner serias sus facciones. Las amenazas de Haskell eran casi tan huecas como sus alardeos.

—Por supuesto.

Haskell resopló.

—Un trato es un trato —dijo—. Y el Espectro se queda conmigo.

Kaz sintió que Inej se ponía rígida a su lado.

—La necesito para el trabajo.

—Usa a Roeder. Es lo bastante hábil.

—No para esto.

Haskell se enfadó y sacó pecho, con el falso zafiro de su aguja de corbata reluciendo bajo la débil luz.

—¿Ves qué está tramando Pekka Rollins? Acaba de abrir un nuevo local de juegos justo enfrente del Club Cuervo. —Kaz lo había visto. El Príncipe Kaélico. Otra joya en el imperio de Rollins, un enorme palacio de apuestas adornado en estridentes verdes y dorados como un ridículo homenaje a su tierra—. Se está metiendo a la fuerza en nuestro terreno. Necesito a una araña, y ella es la mejor.

—Puede esperar.

—Yo digo que no. Ve al Gemensbank. Verás mi nombre en la parte superior de su contrato, y eso significa que yo digo adonde va.

—Entendido, señor —dijo Kaz—. Y en cuanto la encuentre, se lo diré.

—Está justo... —Haskell se detuvo, y se quedó boquiabierto por la incredulidad—. ¡Estaba justo aquí!

Kaz se obligó a no sonreír. Mientras Per Haskell había estado fanfarroneando, Inej se había limitado a fundirse en las sombras y escalar la pared en silencio. El hombre examinó la longitud del callejón y miró hacia los tejados, pero la chica ya había desaparecido hacía mucho.

—Tráela aquí —dijo Haskell con furia—, *ahora mismo*.

Kaz se encogió de hombros.

—¿Crees que yo puedo escalar estas paredes?

—Esta es mi banda, Brekker. Inej no te pertenece.

—No le pertenece a nadie —señaló Kaz, sintiendo el ardor de esa furiosa llama blanca—. Pero todos volveremos al Listón enseguida.

En realidad, Jesper se iría de la ciudad con su padre, Nina se marcharía a Ravka, Inej estaría en un barco bajo su propio mando, y Kaz estaría listo para separarse de Haskell para siempre. Pero el viejo tendría sus *kruge* para consolarlo.

—Cabroncete arrogante —gruñó Haskell.

—Un cabroncete arrogante que está a punto de convertirte en uno de los jefes más ricos del Barril.

—Quítate de mi camino, chico. Llego tarde a mi partida.

—Espero que las cartas estén calientes. —Kaz se apartó a un lado—. Pero tal vez quieras esto. —Le tendió la mano. Tenía seis balas sobre la palma enguantada—. Por

si hay alguna pelea.

Haskell se sacó la pistola del bolsillo y abrió el cilindro. Estaba vacío.

—Maldito... —Después ladró una risotada y le quitó las balas de las manos a Kaz, negando con la cabeza—. Tienes dentro la sangre del mismo demonio, chico. Ve a por mi dinero, anda.

—Y a por más —murmuró Kaz mientras se inclinaba el sombrero y bajaba cojeando por el callejón hasta la *gondel*.



Kaz se mantuvo alerta, relajándose solo ligeramente cuando el barco dejó atrás los límites del Barril y llegó hasta las aguas más tranquilas que rodeaban el distrito financiero. Allí las calles estaban casi vacías, y la presencia de la *stadwatch* era inferior. Mientras la *gondel* pasaba bajo el Ledbridge, vislumbró una sombra que se separaba de la barandilla. Un momento después, Inej se unió a él en el estrecho bote.

Se sentía tentado de llevarlos de vuelta al Velo Negro. Llevaba días sin dormir apenas, y su pierna no se había recuperado del todo de lo que había pasado en la Corte de Hielo. En algún momento, su cuerpo iba a dejar de aceptar órdenes. Como si pudiera leerle la mente, Inej dijo:

—Yo puedo ocuparme de la vigilancia. Podemos quedar en la isla.

*Ni de broma*. No iba a librarse de él con tanta facilidad.

—¿Desde qué dirección quieres que nos acerquemos a la casa de Van Eck?

—Comencemos en la Iglesia del Trueque. Podemos echar un ojo a su casa desde el tejado.

A Kaz no le emocionaba escucharlo, pero subió por el Beurscanal, más allá del Intercambio y la gran fachada del Hotel Geldrenner, donde el padre de Jesper probablemente estaría roncando con fuerza en su suite.

Amarraron la *gondel* cerca de la iglesia. El resplandor de las velas que se derramaba por las puertas de la catedral principal, que estaba abierta a todas horas, daba la bienvenida a los que quisieran rezar plegarias a Ghezen.

Inej podía haber escalado las paredes exteriores con poco esfuerzo, y Kaz tal vez lo hubiera logrado, pero no iba a ponerse a prueba en una noche en la que su pierna gritaba con cada paso. Necesitaba acceso a una de las capillas.

—No tienes que subir —dijo Inej mientras se deslizaban por el perímetro y localizaban la puerta de una de las capillas.

Kaz la ignoró y forzó la cerradura con rapidez. Se colaron en la cámara a oscuras y después subieron dos tramos de escaleras. Las capillas estaban apiladas unas sobre otras como las capas de una tarta, cada una encargada por una familia mercante distinta de Kerch. Una cerradura más que forzar y estuvieron subiendo otra maldita escalera. Aquella se enroscaba en una tensa espiral hasta una escotilla en el tejado.

La Iglesia del Trueque estaba construida siguiendo el plano de la mano de Ghezen, con la enorme catedral localizada en la palma y cinco naves regordetas que salían como radios por los cinco dedos. Cada punta terminaba en una pila de capillas. Habían subido las capillas de la punta del meñique, y ahora estaba cortando por el tejado hacia la catedral principal. Después recorrerían el anular de Ghezen, abriéndose camino entre una escarpada montaña de tejas resbaladizas y estrechos trozos de piedra.

—¿Por qué a los dioses siempre les gusta que los adoren en lugares altos? —murmuró Kaz.

—Son los hombres los que buscan grandeza —dijo Inej, saltando con agilidad como si sus pies conocieran alguna topografía secreta—. Los Santos escuchan las plegarias dondequiera que se pronuncien.

—¿Y las responden según su humor?

—Lo que tú quieres y lo que el mundo necesita no siempre es lo mismo, Kaz. Rezar y desear no son lo mismo.

*Pero son igual de inútiles.* Kaz se tragó la respuesta. Estaba demasiado ocupado en no caerse y matarse como para meterse de verdad en una discusión.

En la punta del dedo anular, se detuvieron y contemplaron las vistas. Al suroeste, podían ver las altas espirales de la catedral, el Intercambio, la reluciente torre del reloj del Hotel Geldrenner, y el largo tirabuzón del Beurscanal fluyendo bajo el Zentsbridge. Pero si miraban al este, aquel tejado en particular les daba una vista directa de la Geldstraat, el Geldcanal más allá, y la majestuosa casa de Van Eck.

Era un buen punto de observación para contemplar la seguridad que Van Eck había dispuesto alrededor de la casa y del canal, pero no les daría toda la información que necesitaban.

—Vamos a tener que acercarnos más —dijo Kaz.

—Lo sé —respondió ella, sacándose una cuerda de la túnica y enganchándola sobre uno de los remates del tejado—. Será más rápido y seguro que vaya yo sola a casa de Van Eck. Dame media hora.

—Pero...

—Para cuando regreses a la *gondel*, tendré toda la información que necesitemos.

Iba a matarla.

—Me has arrastrado hasta aquí arriba para nada.

—Tu orgullo te ha arrastrado hasta aquí arriba. Si Van Eck nota algo extraño esta noche, todo se habrá terminado. Este no es un trabajo de dos personas, y tú lo sabes.

—Inej...

—Mi futuro también depende de esto, Kaz. Yo no te digo cómo forzar cerraduras ni trazar un plan. Esto es lo que se me da bien, así que déjame hacer mi trabajo. —Tiró de la cuerda para tensarla—. Tú piensa en todo el tiempo que tendrás para rezar y meditar en silencio durante el camino de vuelta hacia abajo.

Desapareció por el lateral de la capilla.

Kaz se quedó ahí plantado, mirando el lugar donde había estado tan solo unos segundos antes. Lo había engañado. Ese Espectro decente, honesto y devoto había sido más astuto que él. Se giró para mirar otra vez la larga extensión de tejado que iba a tener que recorrer para volver al bote.

—Malditos seáis tú y tus Santos —dijo a la nada, y después se dio cuenta de que estaba sonriendo.



Kaz se sentía mucho menos divertido cuando se hundió en la *gondel*. No le importaba que lo hubiera embaucado, tan solo odiaba que Inej tuviera razón. Sabía a la perfección que no se encontraba en buena forma para tratar de colarse a ciegas en la casa de Van Eck esa noche. No era un trabajo de dos personas, y no era así como funcionaban. Ella era el Espectro, la mejor ladrona de secretos del Barril. Reunir conocimientos sin que la vieran era su especialidad, no la de Kaz. También podía admitir que agradecía poder sentarse durante un momento, estirar la pierna mientras el agua lamía con suavidad los laterales del canal. Entonces, ¿por qué había insistido en acompañarla? Aquella era una forma peligrosa de pensar, la clase de forma de pensar que había acabado con Inej capturada para empezar.

*Puedo superar esto*, se dijo Kaz. Al día siguiente a medianoche, Kuwei estaría en camino para salir de Ketterdam, y en cuestión de días tendrían su recompensa. Inej sería libre para perseguir su sueño de cazar esclavizadores, y él se libraría de esa distracción constante. Comenzaría una nueva banda, una construida con los miembros más jóvenes y letales de los Despojos. Volvería a dedicarse a la promesa que le había hecho a la memoria de Jordie, la meticulosa tarea de destrozarse la vida de Pekka Rollins poco a poco.

Y aun así, sus ojos no dejaban de volver al camino junto al canal mientras su impaciencia crecía. Era mejor que aquello. Esperar era la parte de la vida criminal que se le daba mal a tanta gente. Querían actuar, en lugar de aguardar y reunir información. Querían saber al instante sin tener que aprender. A veces, el truco para sacar lo mejor a una situación era simplemente esperar. Si no te gustaba el clima, no corrías hacia la tormenta: esperabas hasta que amainara. Encontrabas la forma de evitar mojarte.

*Brillante*, pensó Kaz. *Entonces, ¿dónde demonios está?*

Unos pocos minutos después, Inej cayó en silencio dentro de la *gondel*.

—Cuéntame —dijo él mientras comenzaba a bajar por el canal.

—Alys sigue en la misma habitación del segundo piso. Hay un guardia al otro lado de su puerta.

—¿Y el despacho?

—En el mismo sitio, bajando el pasillo. Ha hecho que instalaran cerraduras Schuyler en todas las ventanas exteriores de la casa. —Kaz resopló, molesto—.

¿Supone un problema?

—No. Una cerradura Schuyler no detendrá a ningún ladrón que se precie, pero consumen mucho tiempo.

—No he podido forzarlas, así que tuve que esperar a que alguien del personal de cocina abriera la puerta de atrás. —Kaz había hecho un mal trabajo al enseñarla a forzar cerraduras. La chica podría encargarse de una Schuyler si quisiera—. Estaban llevando envíos —continuó Inej—. Por lo poco que pude escuchar, se están preparando para una reunión mañana por la noche con el Consejo Mercante.

—Tiene sentido —dijo Kaz—. Hará el papel del padre desconsolado para hacer que añadan más miembros de la *stadwatch* a la búsqueda.

—¿Le obedecerán?

—No tienen razones para negárselo. Y todos van a recibir advertencias para esconder bajo la alfombra a sus queridas o cualquier otra cosa que no quieran que se descubra en alguna redada.

—El Barril no se lo va a poner fácil.

—No —asintió Kaz mientras la *gondel* se deslizaba junto al banco de arena poco profundo que rodeaba el Velo Negro y entraba en las nieblas de la isla—. Nadie quiere que los mercaderes se metan en nuestros negocios. ¿Alguna idea de a qué hora tendrá lugar esta pequeña reunión del Consejo?

—Los cocineros estaban haciendo mucho ruido sobre poner una mesa completa para la cena. Podría ser una buena distracción.

—Exacto. —Así era como mejor estaban, sin nada entre ellos salvo el trabajo, trabajando juntos y libres de complicaciones. Debería dejarlo ahí, pero necesitaba saberlo—. Dijiste que Van Eck no te hizo daño. Dime la verdad.

Habían llegado hasta el refugio de los sauces. Inej mantuvo los ojos sobre sus ramas blancas y caídas.

—No lo hizo.

Bajaron de la *gondel*, se aseguraron de que estuviera bien camuflada y subieron por la orilla. Kaz siguió a Inej, esperando, dejando que su clima cambiara. La luna estaba comenzando a ponerse, perfilando las tumbas del Velo Negro, una ciudad en miniatura bañada en plata. La trenza de Inej se le había desenroscado y caía por su espalda. Se imaginó envolviéndola alrededor de su mano, deslizando el pulgar por sus mechones. Y después, ¿qué? Apartó el pensamiento a un lado.

Cuando estaban solo a unos metros del casco de piedra, Inej se detuvo y observó las nieblas que envolvían las ramas.

—Iba a *romperme las piernas* —dijo—. Iba a destrozarlas con una maza para que no curaran jamás.

Los pensamientos de luz de luna y pelo sedoso se evaporaron en un rayo negro de furia. Kaz vio a Inej tirándose de la manga de su antebrazo izquierdo, donde había estado una vez el tatuaje de la Reserva. Tenía solo una ligera idea de lo que había soportado ahí, pero sabía lo que era sentirse impotente, y Van Eck había conseguido

hacerla sentir así otra vez. Kaz iba a tener que encontrar un nuevo modo de hacer sufrir a ese arrogante mercader.

Jesper y Nina tenían razón. Inej necesitaba descansar y la oportunidad de recuperarse tras los últimos días. Kaz sabía lo fuerte que era, pero también lo que significaba la cautividad para ella.

—Si no estás dispuesta a hacer el trabajo...

—Estoy dispuesta a hacer el trabajo —aseguró ella, todavía dándole la espalda.

El silencio entre ellos era como agua oscura. No podía cruzarla. No podía caminar por la línea entre la decencia que ella merecía y la violencia que aquel camino exigía. Si lo intentaba, podrían acabar los dos muertos. Tan solo podía ser quien era de verdad, un chico que no tenía ningún consuelo que ofrecer. Así que le daría lo que pudiera.

—Voy a destrozar a Van Eck —dijo en voz baja—. Voy a hacerle una herida que no pueda curarse, una de la que no se recuperará jamás.

—¿Como la que tú sufriste?

—Sí.

Era una promesa. Una confesión. Ella tomó un aliento tembloroso. Las palabras salieron como una serie de disparos, con rapidez, como si se arrepintiera del mismo hecho de pronunciarlas.

—No sabía si ibas a venir.

Kaz no podía culpar a Van Eck de ello. Él mismo había construido esa duda en su interior con cada palabra fría y cada pequeña crueldad.

—Somos tu banda, Inej. No dejamos a los nuestros a merced de una escoria de mercader.

No era la respuesta que quería darle. No era la respuesta que ella quería. Cuando Inej se giró hacia él, los ojos le brillaban con la furia.

—Iba a romperme las piernas —dijo con la barbilla en alto y tan solo un leve temblor en la voz—. ¿Habrías ido a por mí entonces, Kaz? ¿Cuando no pudiera escalar una pared o caminar por una cuerda? ¿Cuando ya no fuera el Espectro?

Manos Sucias no lo habría hecho. El chico que podría hacerles pasar por aquello, conseguir el dinero y mantenerlos con vida le habría hecho la cortesía de sacarla de su miseria, y después la habría dejado atrás para seguir adelante.

—Habría ido a por ti —dijo, y cuando vio la mirada recelosa que ella le lanzó, volvió a decirlo—. Habría ido a por ti. Y si no pudiera caminar, me arrastraría hasta ti y, sin importar lo rotos que estuviéramos, lucharíamos juntos, con los cuchillos fuera y las pistolas disparando. Porque eso es lo que hacemos. Nunca dejamos de luchar.

El viento se incrementó. Las ramas de los sauces susurraban, como un sigiloso murmullo. Kaz le sostuvo la mirada y vio la luna reflejada allí, dos hoces gemelas de luz. Tenía razón al ser cauta. Incluso con él. Sobre todo con él. Siendo cauto era como sobrevivías.

Al fin, Inej asintió con la cabeza, una minúscula inclinación de la barbilla. Regresaron a la tumba en silencio y los sauces siguieron murmurando.





ina se despertó mucho antes del amanecer. Como siempre, su primer pensamiento consciente fue sobre la *parem* y, como siempre, no tenía apetito. El ansia por la droga casi la había vuelto loca la noche anterior. Tratar de usar su poder cuando atacaron los soldados Kherguud la había dejado desesperada por conseguir más, y se había pasado largas horas moviéndose y dando vueltas, clavándose las ensangrentadas uñas en las palmas de las manos.

Se sentía fatal por la mañana, pero la sensación de tener un propósito hizo que le resultara más fácil levantarse de la cama. El ansia de *parem* había atenuado algo en su interior, y a veces Nina temía que la chispa que había desaparecido no fuera a regresar jamás. Pero ese día, aunque le dolían los huesos, sentía la piel seca y la boca le sabía como un horno que necesitara limpieza, sentía *esperanza*. Inej había vuelto. Tenían un trabajo. E iba a hacer algo bueno por su gente. Incluso aunque para conseguirlo hubiera tenido que chantajear a Kaz Brekker para que fuera una persona decente.

Matthias ya estaba levantado, examinando sus armas. Nina se estiró y bostezó, arqueando la espalda, complacida por cómo la mirada del fjerdano recorría su figura antes de volver con culpabilidad al rifle que estaba cargando. *Gratificante*. Prácticamente se le había tirado encima el otro día. Si Matthias no quería aprovecharse de la oferta, desde luego podía hacer que se arrepintiera.

Los demás ya estaban despiertos y moviéndose por la tumba, todos menos Jesper, que seguía roncando con tranquilidad, con las largas piernas asomando desde debajo de una manta. Inej estaba haciendo té. Kaz estaba sentado a la mesa, intercambiando bocetos con Wylan mientras Kuwei observaba, ofreciendo alguna sugerencia de vez

en cuando. Nina dejó que sus ojos examinaran esas dos caras shu la una junto a la otra. La actitud y la postura de Wylan eran completamente diferentes, pero cuando los dos chicos estaban inmóviles, era casi imposible diferenciarlos. *Yo he hecho eso*, pensó Nina. Recordó el balanceo de las lámparas del barco en el pequeño camarote, los bucles rojizos de Wylan desapareciendo bajo sus dedos para ser reemplazados por un manojo de espeso pelo oscuro; sus grandes ojos azules, asustados pero tozudamente valientes, volviéndose dorados y cambiando de forma. Había parecido magia, magia de verdad, como la de las historias que contaban los profesores del Pequeño Palacio para que se durmieran. Y le había pertenecido toda a ella.

Inej se acercó para sentarse a su lado con dos tazas de té caliente en la mano.

—¿Cómo estás hoy? —le preguntó—. ¿Puedes comer?

—No lo creo. —Nina se obligó a tomar un sorbo de té, y después dijo—: Gracias por lo que hiciste anoche. Por ponerte de mi parte.

—Era lo correcto. No quiero ver cómo esclavizan a nadie más.

—Aun así.

—Pues de nada, Nina Zenik. Puedes pagarme de la forma tradicional.

—¿Gofres?

—Muchos gofres.

—Los necesitas. Van Eck no te dio de comer, ¿verdad?

—Yo no estaba siendo muy colaboradora, pero lo intentó durante un tiempo.

—¿Y después?

—Y después, decidió torturarme.

Nina apretó los puños.

—Voy a colgar sus entrañas como guirnaldas de fiesta.

Inej se rio y apoyó la cabeza sobre el hombro de Nina.

—Aprecio la idea. De verdad. Pero esa deuda la tiene conmigo y tengo que cobrármela yo. —Hizo una pausa—. El miedo fue lo peor. Después de la Corte de Hielo, casi pensaba que había superado el miedo.

Nina apoyó la barbilla sobre la cabeza sedosa de Inej.

—Zoya decía que el miedo es como un fénix. Puedes verlo arder mil veces, pero seguirá regresando.

El ansia de *parem* también era así.

Matthias apareció frente a ellas.

—Deberíamos irnos pronto. Tenemos poco más de una hora antes de que salga el sol.

—¿Qué se supone que llevas? —preguntó Nina, mirando el gorro de nudos y el chaleco de lana roja que Matthias se había puesto sobre la ropa.

—Kaz nos ha conseguido papeles por si acaso nos detienen en el cuartel ravkano. Somos Sven y Catrine Alfsson, desertores fjerdanos en busca de refugio en la embajada ravkana.

Tenía sentido. Si los detenían, Matthias no tendría forma de hacerse pasar por ravkano, pero Nina podría parecer fjerdana con facilidad.

—¿Estamos casados, Matthias? —preguntó mientras pestañeaba.

Él consultó los papeles y frunció el ceño.

—Creo que somos hermanos.

Jesper se acercó sin prisa, frotándose los ojos somnolientos.

—Eso no da asco ni nada.

Nina arrugó la frente.

—¿Por qué nos has hecho hermanos, Brekker?

Kaz no levantó la mirada del documento que estaba examinando.

—Porque así era más fácil para Specht falsificar los papeles, Zenik. Mismo nombre de los padres y lugar de nacimiento, y estaba trabajando para amoldarse a tus nobles impulsos con muy poca antelación.

—No nos parecemos en nada.

—Los dos sois altos —señaló Inej.

—Y no tenemos branquias —replicó Nina—. Pero eso no significa que estemos emparentados.

—Entonces, transfórmalo —dijo Kaz con frialdad.

El desafío en sus ojos estaba claro. Sabía que había tenido problemas con sus poderes. Por supuesto que sí. A Manos Sucias nunca se le escapaba nada.

—Yo no quiero que me transforme —replicó Matthias. Nina no dudaba que fuera cierto, pero sospechaba que también estaba tratando de protegerle el orgullo.

—Estaréis bien —aseguró Jesper, rompiendo la tensión—. Tan solo mantened al mínimo las miraditas enamoradas y tratad de no toquetearos en público.

Eso deberían conseguirlo.

—Toma —dijo Matthias, tendiéndole la peluca rubia que había utilizado para el trabajo de Smeet y una pila de ropa.

—Más vale que sea de mi talla —gruñó Nina. Se sentía tentada a desnudarse en mitad de la tumba, pero creyó que a Matthias podría darle un patatús por lo inapropiado que sería. Tomó una lámpara y se dirigió hacia una de las catacumbas laterales para cambiarse. No tenía espejo, pero se daba cuenta de que el vestido era espectacularmente anticuado, y ni hablar del pequeño chaleco de punto. Cuando salió del pasadizo, Jesper se dobló a causa de la risa, Kaz levantó las cejas y hasta los labios de Inej se crisparon.

—Por todos los Santos —dijo Nina con amargura—. ¿Tan mal estoy?

Inej se aclaró la garganta.

—Estás...

—Encantadora —aseguró Matthias.

Nina estaba a punto de soltar que no le gustaba el sarcasmo cuando vio la expresión en su cara. Parecía como si alguien acabara de darle una cesta llena de cachorritos.

—Podrías ser una doncella el primer día del *Roennigsdjel*.

—¿Qué es el *Roennigsdjel*? —preguntó Kuwei.

—Algún festival —respondió Nina—. No me acuerdo. Pero estoy segura de que hay que comer carne de alce. Vamos, grandullón... y se supone que soy tu hermana, deja de mirarme así.

—¿Así cómo?

—Como si estuviera hecha de helado.

—No me gusta el helado.

—Matthias —dijo Nina—, no sé si podemos seguir pasando tiempo juntos.

Pero no pudo esconder la satisfacción de su voz. Parecía que iba a tener que surtirse de feos jerséis de punto.



En cuanto salieron del Velo Negro, siguieron los canales hacia el noroeste, mezclándose con los barcos que se dirigían hacia los mercados matinales cerca de la Stadhall. La embajada ravkana se encontraba en el borde del sector del gobierno, en una ancha curva del canal que daba a una amplia vía pública. Esta había sido una ciénaga, pero un constructor había preparado el terreno con intención de usarlo para un gran hotel con espacio para desfiles. Se había quedado sin fondos antes de que comenzara la construcción. Ahora era hogar de un pululante mercado de puestos y carros de madera que aparecían cada mañana y desaparecían cada tarde cuando patrullaba la *stadwatch*. Ahí era donde iban los refugiados y los visitantes, los nuevos inmigrantes y los viejos expatriados, para encontrar caras familiares y clientes. Las pocas cafeterías cercanas servían pelmeni y arenque salado, y los hombres mayores se sentaban en las mesas de fuera, bebiendo *kvas* y leyendo sus periódicos ravkanos con semanas de antigüedad.

Cuando Nina se había quedado tirada por primera vez en Ketterdam, había pensado en buscar refugio en la embajada, pero temía que la enviaran de vuelta a casa, donde se suponía que tenía que servir al Segundo Ejército. ¿Cómo iba a poder explicar que no podría regresar a Ravka hasta que liberara a un *drüskelle* fjerdano a quien había ayudado a encarcelar con una acusación falsa? Tras eso, rara vez había visitado Pequeña Ravka. Era demasiado doloroso recorrer esas calles que se parecían tanto a casa y al mismo tiempo eran tan diferentes.

Sin embargo, cuando vislumbró el águila doble y dorada de los Lantsov volando sobre su campo de un azul pálido, el corazón le dio un salto como si fuera un caballo. El mercado le recordaba a Os Kervo, la desbordante ciudad que había servido de capital de Ravka Occidental antes de la unificación: los chales bordados y los samovares relucientes, el aroma del cordero fresco cocinándose en el asador, los gorros de lana tejida, y los maltrechos iconos de estaño que relucían bajo el sol de la mañana. Si ignoraba los estrechos edificios kerch con sus tejados a dos aguas, casi

podía fingir que estaba en casa. Una ilusión peligrosa. No tenía ninguna seguridad en esas calles.

Aunque añoraba su país, mientras Nina y Matthias pasaban junto a los vendedores ambulantes y los mercaderes, algo pequeño y vergonzoso en su interior se encogió ante lo anticuado que parecía todo. Incluso las personas, ataviadas con la tradicional ropa ravkana, parecían reliquias de otro tiempo, objetos sacados de las páginas de un libro de cuentos. ¿Pensaba así a causa del año que había pasado en Ketterdam? ¿Había cambiado de algún modo su forma de ver a su propia gente y sus costumbres? No quería creerlo.

Mientras emergía de sus pensamientos, se dio cuenta de que ella y Matthias estaban atrayendo algunas miradas bastante hostiles. Sin duda los ravkanos tenían algunos prejuicios contra los fjerdanos, pero aquello era diferente. Entonces echó un vistazo a su acompañante y suspiró. Su expresión era preocupada, y cuando estaba preocupado, parecía terrorífico. El hecho de que tuviera la constitución del tanque con el que habían salido de la Corte de Hielo tampoco ayudaba.

—Matthias —le murmuró en fjerdano, dándole lo que esperaba que fuera un golpe amistoso de hermana en el brazo—. ¿Tienes que fulminarlo todo con la mirada?

—Yo no estoy fulminando nada con la mirada.

—Somos fjerdanos en el sector ravkano. Ya destacamos de por sí. Será mejor no darles a todos otra razón para que piensen que estás a punto de atacar el mercado. Tenemos que hacer esta tarea sin atraer atención indeseada. Piensa que eres un espía.

Su ceño fruncido se marcó más de lo habitual.

—Esos trabajos están por debajo de un soldado honesto.

—Entonces, finge ser un actor. —Él produjo un sonido de desagrado—. ¿Alguna vez has ido al teatro?

—Hay obras en cada estación en Djerholm.

—Déjame adivinar, ¿sobrias representaciones que duran varias horas y cuentan historias épicas de los héroes de antaño?

—En realidad son muy entretenidas. Pero nunca he visto a un actor que sepa cómo utilizar bien su espada. —Nina soltó un resoplido de risa—. ¿Qué? —preguntó él, perplejo.

—Nada. De verdad. Nada.

Ya educaría a Matthias en los dobles sentidos en otro momento. O a lo mejor no lo hacía. Era mucho más gracioso cuando no se enteraba de nada.

—¿Qué es eso? —preguntó el fjerdano, haciendo un gesto hacia uno de los puestos de un vendedor. Estaba lleno de pequeñas filas de lo que parecían palos y trozos de piedra.

—Huesos —dijo Nina—. Dedos, nudillos, vértebras, trozos de muñecas. Huesos de Santos. Para tener protección.

Matthias retrocedió.

—¿Los ravkanos llevan por ahí huesos humanos?

—Tú hablas con los árboles. Son supersticiones.

—¿De verdad se supone que son de los Santos?

Ella se encogió de hombros.

—Son huesos sacados de cementerios y campos de batalla. Hay muchos de esos en Ravka. Si la gente quiere creer que llevan el codo de Sankt Egmond o el meñique del pie de Sankta Alina...

—De todos modos, ¿quién ha decidido que Alina Starkov sea una Santa? —preguntó Matthias, gruñón—. Era una Grisha poderosa. No es lo mismo.

—¿Estás seguro? —dijo Nina, sintiendo que su genio aumentaba. Una cosa era que ella creyera que las costumbres ravkanas estaban atrasadas, y otra muy distinta que él las cuestionara—. Ya he visto la Corte de Hielo por mí misma, Matthias. ¿Es más fácil creer que ese lugar fuera creado por la mano de un dios o por un Grisha con dones que tu gente no entiende?

—Esto es completamente diferente.

—Alina Starkov tenía nuestra edad cuando la martirizaron. Tan solo era una niña, y se sacrificó para salvar Ravka y destruir la Sombra. Hay gente de tu país que también la adora como una Santa.

Matthias frunció el ceño.

—No es...

—Si dices «natural», voy a ponerte dientes de conejo.

—¿De verdad puedes hacer eso?

—Desde luego, puedo intentarlo. —No estaba siendo justa. Ravka era su hogar, pero seguía siendo territorio enemigo para Matthias. Puede que este hubiera encontrado la forma de aceptarla a ella, pero pedirle que aceptara una nación entera y su cultura iba a costarle mucho más trabajo—. A lo mejor debería haber venido sola. Puedes ir a esperar junto al bote.

Él se puso rígido.

—Ni de broma. No tienes ni idea de lo que podría estar esperándote. Los shu tal vez hayan encontrado a tus amigos.

Nina no quería pensar en ello.

—Entonces, tienes que calmarte y tratar de parecer amigable. —Matthias sacudió los brazos y relajó las facciones—. Amigable, no somnoliento. Tú... haz como si todos los que vieras fueran gatitos que estuvieras intentando no asustar.

Matthias parecía muy ofendido.

—Los animales me adoran.

—Vale. Haz como si fueran niños pequeños. Niños tímidos que se mojan los pantalones si no eres amable.

—Muy bien, lo intentaré.

Mientras se acercaban al siguiente puesto, la mujer mayor que se ocupaba de él miró a Matthias con ojos sospechosos. Nina lo animó con un gesto de cabeza, y él

sonrió ampliamente y dijo con voz cantarina y retumbante:

—¡Hola, amiguita! —La mujer pasó de estar recelosa a estar perpleja. Nina lo consideró una mejora—. ¿Cómo estás hoy?

—¿Perdona? —dijo la mujer.

—Nada —respondió Nina en ravkano—. Estaba comentando lo bien que envejecen las ravkanas.

La mujer mostró una sonrisa a la que le faltaban dientes y recorrió a Matthias de arriba abajo con aprecio.

—Siempre me han gustado los fjerdanos. Pregúntale si quiere jugar a la Princesa y el Bárbaro —dijo con una carcajada.

—¿Qué ha dicho? —preguntó él.

Nina tosió y le tomó el brazo, alejándolo de allí.

—Dice que eres muy agradable, y un orgullo para la raza fjerdana. ¡Oooh, mira, blini! Hace una eternidad que no como unos blini de verdad.

—Esa palabra que ha utilizado... *babink* —dijo él—. Ya me has llamado eso antes. ¿Qué significa?

Nina dirigió su atención hacia una pila de tortitas con una fina capa de mantequilla.

—Significa «dulzura».

—Nina...

—Bárbaro.

—Tan solo era una pregunta, no tienes que llamarme así.

—No, *babink* significa «bárbaro». —Los ojos de Matthias regresaron a la anciana, y su mirada fulminante volvió con todas sus fuerzas. Nina le sujetó el brazo, pero era como tratar de sujetar una roca—. ¡No te estaba insultando! ¡Te lo juro!

—¿«Bárbaro» no es un insulto? —preguntó él, levantando la voz.

—No. Bueno, sí. Pero no en este contexto. Quería saber si te gustaría jugar a la Princesa y el Bárbaro.

—¿Es un juego?

—No exactamente.

—Entonces, ¿qué es?

Nina no podía creer que de verdad fuera a intentar explicarle aquello. Mientras continuaban subiendo la calle, dijo:

—En Ravka, hay una serie de historias muy popular sobre, eh, un valiente guerrero fjerdano...

—¿De verdad? —preguntó Matthias—. ¿Es el héroe?

—Por así decirlo. Secuestra a una princesa ravkana...

—Eso jamás ocurriría.

—En la historia sí, y —Nina se aclaró la garganta—, pasan mucho tiempo conociéndose. En la cueva del fjerdano.

—¿Vive en una cueva?

—Es una cueva muy bonita. Con pieles. Copas enjovadas. Hidromiel.

—Ah —dijo él, aprobador—. Una guarida del tesoro, como la de Ansgar el Poderoso. Entonces, ¿se convierten en aliados?

Nina tomó unos guantes bordados de otro puesto.

—¿Te gustan? A lo mejor podríamos conseguir que Kaz llevara algo con flores. Para animar su aspecto.

—¿Cómo acaba la historia? ¿Luchan en batallas?

Nina tiró los guantes de vuelta a la pila, derrotada.

—Se conocen *íntimamente*.

Matthias se quedó boquiabierto.

—¿En la cueva?

—Verás, él es muy hosco, muy varonil —se apresuró a continuar Nina—. Pero se enamora de la princesa ravkana, y eso le permite civilizarlo...

—¿Civilizarlo?

—Sí, pero eso no es hasta el tercer libro.

—¿Hay tres?

—Matthias, ¿necesitas sentarte?

—Esta cultura es repugnante. La idea de que una ravkana pudiera civilizar a un fjerdano...

—Cálmate, Matthias.

—A lo mejor yo escribo una historia sobre ravkanas insaciables a las que les gusta emborracharse y quitarse la ropa y hacer avances indecorosos con desafortunados fjerdanos...

—Eso sí que suena como una fiesta. —Matthias negó con la cabeza, pero ella pudo ver una sonrisa tirándole de los labios. Decidió aprovechar la ventaja—. Podríamos jugar nosotros —murmuró, lo bastante bajo como para que nadie a su alrededor pudiera oírlos.

—Por supuesto que no.

—En un momento, él la baña.

Los pasos de Matthias titubearon.

—¿Por qué iba a...?

—Ella está atada, así que tiene que hacerlo.

—Cállate.

—Ya empiezas a dar órdenes, eso es muy bárbaro por tu parte. O podríamos hacerlo al revés. Yo seré el bárbaro y tú puedes ser la princesa. Pero tendrás que suspirar mucho más, y temblar, y morderte el labio.

—¿Y qué tal si te muerdo el labio a ti?

—Ahora lo estás pillando, Helvar.

—Estás tratando de distraerme.

—Pues sí, y está funcionando. Llevas casi dos manzanas sin fulminar a nadie con la mirada. Y mira, ya estamos aquí.



—Y ahora, ¿qué? —preguntó Matthias, examinando a la gente.

Habían llegado a una taberna de aspecto un tanto desvencijado. Un hombre se encontraba delante con un carro de ruedas, vendiendo los iconos habituales y pequeñas estatuas de Sankta Alina fabricadas al nuevo estilo: Alina con el puño levantado, el rifle en la mano, y los cuerpos aplastados de unos volcra alados bajo sus botas. En una inscripción en la base de la estatua ponía *Rebe dva Volkshiya*, «Hija de la Gente».

—¿Puedo ayudaros? —preguntó el hombre en ravkano.

—Buena salud al joven rey Nikolai —respondió Nina en ravkano—. Que reine mucho tiempo.

—Con el corazón ligero —dijo el hombre.

—Y el puño firme —completó Nina.

El vendedor miró hacia atrás.

—Ve a la segunda mesa a la izquierda cuando entres. Pide algo si quieres. Alguien irá contigo enseguida.

La taberna estaba fría y oscura tras la claridad de la plaza, y Nina tuvo que pestañear para distinguir el interior. El suelo estaba lleno de serrín, y en algunas de las pequeñas mesas había gente manteniendo conversaciones sobre vasos de kvas y platos de arenques.

Nina y Matthias tomaron asiento en la mesa vacía.

La puerta de la taberna se cerró de golpe tras ellos. De inmediato, los demás clientes se apartaron de sus mesas, con las sillas traqueteando sobre el suelo, señalando a Nina y Matthias con la pistola. *Una trampa*. Sin detenerse a pensar, Nina y Matthias se levantaron de un salto y se pusieron espalda con espalda, listos para luchar: Matthias con la pistola levantada, y Nina con las manos en alto.

De la parte trasera de la taberna emergió una chica encapuchada, con el cuello subido para cubrir la mayor parte de su cara.

—Venid en silencio —dijo, y sus ojos dorados centellearon bajo la tenue luz—. No hay necesidad de luchar.

—Entonces, ¿por qué tantas pistolas? —preguntó Nina, tratando de conseguir tiempo. Ella levantó la mano, y Nina sintió que su pulso se ralentizaba—. ¡Es Mortificadora!

Matthias se sacó algo del bolsillo. Nina oyó un estallido y un silbido, y un momento después el aire quedó lleno de una oscura neblina roja. ¿Wylan le habría hecho una bomba de oscuridad a Matthias? Era una técnica *drüskelle* para nublar la vista de los Mortificadores Grisha. Bajo la protección de la neblina, Nina flexionó los dedos, esperando que su poder respondiera. No sintió nada de los cuerpos que los rodeaban, ni vida ni movimiento.

Pero en los límites de su consciencia sintió algo más, una percepción distinta, el frío de un lago profundo, una vigorizante conmoción que pareció despertar sus células. Le resultaba familiar; había sentido algo similar cuando había derribado al

guardia la noche que habían secuestrado a Alys, pero aquello era mucho más fuerte. Tenía forma y textura. Se permitió meterse en el frío, buscando a ciegas esa sensación de despertar, con avaricia, y arqueó los brazos hacia delante en un movimiento que fue mucho más instinto que habilidad.

Las ventanas de la taberna se rompieron hacia dentro en una lluvia de cristal. Unos fragmentos de hueso cortaron el aire, atravesando a los hombres armados como si fueran metralla. *Las reliquias del carro del vendedor*, comprendió Nina con repentina certeza. De algún modo, había controlado los huesos.

—¡Tienen refuerzos! —gritó uno de los hombres.

—¡Abrid fuego!

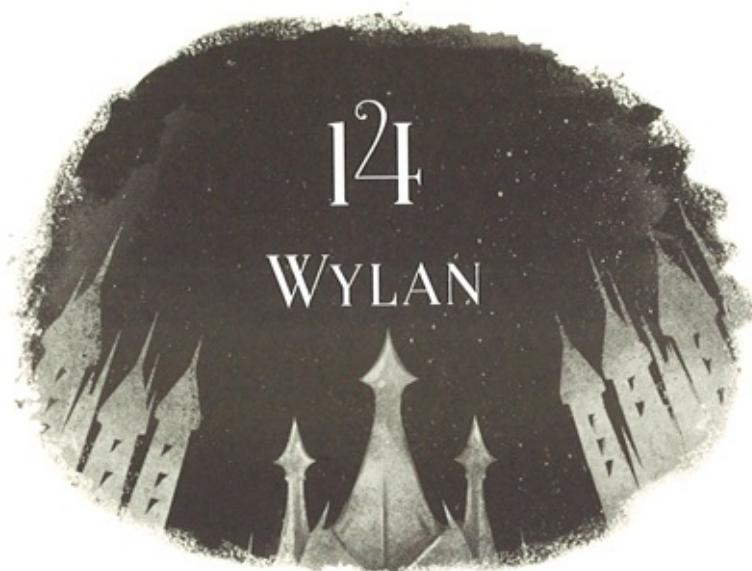
Nina se preparó para el impacto de las balas, pero al segundo siguiente sintió que la levantaban del suelo. En un momento estaba de pie, y al siguiente su espalda estaba golpeando las vigas del techo mientras miraba el serrín que había debajo. A su alrededor, los hombres que la habían atacado a ella y Matthias quedaron colgados también, pegados al techo.

Una mujer joven se encontraba en la entrada de la cocina, con el pelo negro brillando de forma casi azulada bajo la tenue luz.

—¿Zoya? —preguntó Nina, jadeando mientras miraba hacia abajo y trataba de recobrar el aliento.

Zoya salió a la luz, una visión de seda color zafiro, con unas densas espirales plateadas bordadas en los puños y el dobladillo. Sus ojos de pestañas espesas se ensancharon.

—¿Nina? —La concentración de Zoya vaciló, y todos descendieron casi medio metro en el aire antes de que volviera a levantar las manos y todos golpearan las vigas una vez más. Zoya miró a Nina con asombro—. Estás viva. —Su mirada se deslizó a Matthias, que se retorció como la mariposa más grande y furiosa a la que hubieran clavado jamás con alfileres—. Y has hecho un nuevo amigo.



ylan no había estado en un barco de carga de ese tamaño desde que había tratado de marcharse de la ciudad seis meses antes, y era difícil no recordar aquel desastre ahora, sobre todo cuando los pensamientos sobre su padre estaban tan frescos en su mente. Pero aquel barco era considerablemente diferente al que había tratado de tomar aquella noche. Aquel recorría la línea del mercado dos veces al día. Al llegar, estaría lleno de verduras, ganado y cualquier cosa que los granjeros llevaran a los mercados de las plazas desperdigadas por la ciudad. De niño, pensaba que todo venía de Ketterdam, pero pronto había aprendido que, aunque podía conseguirse casi cualquier cosa en la ciudad, solo una pequeña parte se producía allí. Obtenían productos exóticos (mangos, fruta del dragón, pequeñas piñas aromáticas) de las Colonias del Sur. Para bienes más corrientes, dependían de las granjas que rodeaban la ciudad. Jesper y Wylan se metieron en un barco saliente lleno de inmigrantes que se iban del puerto de Ketterdam y trabajadores que buscaban empleo en la granja en lugar de los trabajos de fabricación que ofrecía la ciudad. Por desgracia, habían embarcado demasiado al sur, así que todos los asientos se encontraban ya ocupados, y Jesper estaba bastante malhumorado al respecto.

—¿Por qué no podemos tomar la línea Belendt? —se había quejado tan solo unas horas antes—. Pasa por Olendaal. Los barcos en la línea del mercado están sucios y nunca tienen sitio para sentarte.

—Porque en la línea Belendt destacaréis. Aquí en Ketterdam, nadie os mirará, suponiendo que Jesper no lleve uno de sus chalecos a cuadros más brillantes. Pero dame una buena razón que no sea el trabajo en la granja para ver a un shu y a un zemeni deambulando por el campo.

Wylan no se había planteado lo que podría destacar fuera de la ciudad con su nueva cara. Pero, secretamente, le aliviaba que Kaz no los quisiera en la línea de Belendt. Puede que fuera más cómodo, pero los recuerdos habrían sido demasiados el día que por fin viera dónde descansaba su madre.

—Jesper —había dicho Kaz—, mantén las armas escondidas y los ojos abiertos. Van Eck tiene que tener gente vigilando todas las líneas de transporte principales, y no tenemos tiempo para falsificar una identificación para Wylan. Yo conseguiré el corrosivo de uno de los astilleros de Imperjum. Vuestra prioridad es encontrar la cantera y conseguir el otro mineral que necesitamos para el ácido áurico. Ve a Santa Hilde solamente, y repito, solamente si hay tiempo.

Wylan sintió que su barbilla se elevaba, y que esa hirviente sensación de tozudez lo dominaba.

—Necesito hacer esto. Nunca he visitado la tumba de mi madre. No voy a irme de Kerch sin decir adiós.

—Créeme, te importa a ti más que a ella.

—¿Cómo puedes decir eso? ¿Es que no recuerdas a tus padres?

—Mi madre es Ketterdam; me dio a luz en el puerto. Y mi padre es el beneficio; le honro cada día. Volved al caer la noche o no volváis. Ninguno de los dos. Necesito una banda, no un par de sentimentaloides. —Kaz le entregó a Wylan el dinero para el viaje—. Asegúrate de comprar *tú* los billetes. No quiero que Jesper se vaya a dar una vuelta a la Rueda de Makker.

—Esa canción me suena —murmuró Jesper.

—Pues apréndete una nueva.

Jesper acababa de negar con la cabeza, pero Wylan notaba que los dardos de Kaz le dolían.

En el barco, Wylan miró a Jesper, que estaba apoyado contra la barandilla, con los ojos cerrados y la cara vuelta hacia el débil sol primaveral.

—¿No crees que deberíamos ser más cautos? —preguntó Wylan, cuya cara estaba enterrada en el cuello de su abrigo. Apenas habían logrado esquivar a dos de la *stadwatch* al embarcar.

—Ya hemos salido de la ciudad. Cálmate.

Wylan miró hacia atrás.

—Pensaba que buscarían en el barco.

Jesper abrió un ojo y dijo:

—¿Y retener el tráfico? Van Eck ya está causando problemas en los puertos. Si obstaculiza los barcos, habrá un disturbio.

—¿Por qué?

—Mira a tu alrededor. Las granjas necesitan trabajadores. Las plantas necesitan trabajadores. Los kerch solo soportarán algunos inconvenientes por el hijo de un rico, sobre todo cuando haya dinero que ganar.

Wylan trató de obligarse a calmarse y se desabotonó el abrigo de tejido áspero que le había conseguido Kaz.

—Por cierto, ¿de dónde saca toda esta ropa y los uniformes? ¿Tiene algún armario gigante en algún sitio?

—Ven aquí. —Con cautela, Wylan se acercó a él. Jesper le llevó la mano al cuello y se lo sacó, dándole un tirón para que el muchacho pudiera retorcerse y distinguir un lazo azul clavado ahí—. Así es como marcan sus disfraces los actores. Este pertenecía a... Josep Kikkert. Ah, no es malo. Lo vi en *El Demente toma a la Novia*.

—¿Disfraces?

Jesper volvió a ponerle bien el cuello y, mientras lo hacía, sus dedos rozaron la nuca de Wylan.

—Sí. Kaz abrió una entrada secreta en las salas de vestuario de la ópera de Stadlied hace años. Allí es donde consigue muchas de las cosas que necesita y donde guarda el resto. Así nunca lo pillarán con un uniforme falso de la *stadwatch* o la librea de alguna casa si hay una redada.

Wylan supuso que tenía sentido. Observó la luz del sol reflejándose en el agua durante un rato, y después se concentró en la barandilla y dijo:

—Gracias por venir hoy conmigo.

—Kaz no iba a dejarte venir solo. Además, te la debía. Tú viniste conmigo a ver a mi padre en la universidad, e interviniste cuando empezó a ponerse inquisitivo.

—No me gusta mentir.

Jesper se giró, apoyó los codos sobre la barandilla y miró los bancos de hierba que bajaban hasta el canal.

—Entonces, ¿por qué lo hiciste?

En realidad, Wylan no sabía por qué se había inventado esa alocada historia sobre haber metido a Jesper en una mala inversión. Ni siquiera había estado seguro del todo de lo que iba a decir cuando abriera la boca. La cosa era que no podía soportar ver a Jesper (el confiado y sonriente Jesper) con esa cara de perdido, o la terrible mezcla de esperanza y miedo en la mirada de Colm Fahey mientras esperaba una respuesta de su hijo. Le recordaba demasiado a cómo le había mirado su propio padre, cuando todavía creía que podría curarlo o arreglarlo. No quería ver que la expresión en los ojos del padre de Jesper cambiaban de la preocupación a la angustia y después a la furia.

Se encogió de hombros.

—Estoy cogiendo el hábito de rescatarte. Para pasar el rato.

Jesper soltó una carcajada que hizo que Wylan mirara frenéticamente por encima de su hombro otra vez, temeroso de atraer la atención. Pero la risa de Jesper fue breve. Cambió la posición junto a la barandilla, se frotó la nuca con la mano y jugueteó con el ala de su sombrero. Siempre estaba en movimiento, como un larguirucho mecanismo de relojería que se alimentara de energía invisible. Salvo

porque la relojería era simple, y Wylan tan solo podía tratar de adivinar cómo funcionaba el pistolero.

—Debería haber ido a verle hoy —dijo Jesper al fin.

Wylan sabía que hablaba de Colm.

—¿Por qué no lo has hecho?

—No tengo ni idea de qué decirle.

—¿La verdad está fuera de la discusión?

—Digamos que preferiría evitarla.

Wylan volvió a mirar al agua. Había comenzado a pensar que Jesper no temía a nada, pero a lo mejor ser valiente no significaba no tener miedo.

—No puedes huir de esto para siempre.

—Ya veremos.

Otra granja se deslizó junto a ellos, poco más que una forma blanca en la niebla de las primeras horas de la mañana, con los lirios y los tulipanes moteando los campos frente a ella en constelaciones quebradas. A lo mejor Jesper podía seguir huyendo. Si Kaz siempre tenía asuntos pendientes, tal vez él pudiera estar siempre un paso por delante.

—Ojalá le hubiera traído flores —dijo Wylan—. Algo.

—Podemos recoger algunas por el camino —sugirió Jesper, y el muchacho se dio cuenta de que estaba sopesando el cambio de tema—. ¿La recuerdas mucho?

Wylan negó con la cabeza.

—Recuerdo sus rizos. Eran de un dorado rojizo precioso.

—Al igual que los tuyos —señaló Jesper—. Antes.

Wylan sintió que sus mejillas se ponían rosadas sin ninguna razón. Después de todo, Jesper solo estaba señalando un hecho. Se aclaró la garganta.

—Le gustaban el arte y la música. Creo que recuerdo estar sentado en el banco de un piano con ella. Pero tal vez fuera una niñera. —Wylan elevó los hombros—. Un día se puso enferma y fue al campo para que sus pulmones se recuperaran, y después murió.

—¿Qué hay del funeral?

—Mi padre me dijo que la habían enterrado en el hospital. Eso fue todo; simplemente dejamos de hablar de ella. Dijo que no convenía vivir en el pasado. No sé, creo que la quería mucho. Se peleaban todo el tiempo, a veces por mí, pero también los recuerdo riendo mucho juntos.

—Me cuesta imaginarme a tu padre riendo, o incluso sonriendo. Salvo que esté frotándose las manos mientras se ríe sobre una montaña de oro.

—No es malvado.

—Trató de matarte.

—No, destruyó nuestro barco. Matarme habría sido un beneficio añadido.

Por supuesto, aquello no era del todo cierto. Jesper no era el único que trataba de estar un paso por delante de sus demonios.

—Ah, entonces tienes toda la razón —dijo Jesper—. No es malvado en absoluto. Seguro que también tenía buenas razones para no dejarte llorar a tu madre.

Wylan tiró de un hilo que se estaba soltando de la manga de su abrigo.

—No fue todo culpa suya. Mi padre parecía triste casi todo el tiempo, y lejano. Fue más o menos al mismo tiempo que cuando se dio cuenta de que yo no era... lo que él esperaba.

—¿Cuántos años tenías?

—¿Ocho, tal vez? Me había vuelto muy bueno escondiéndolo.

—¿Cómo?

Una débil sonrisa rozó los labios de Wylan.

—Él me leía, o yo le pedía a una de las niñeras que lo hiciera, y entonces memorizaba lo que decían. Incluso sabía cuándo detenerme y pasar las páginas.

—¿Cuánto podías recordar?

—Mucho. Recordaba las palabras con una música en mi cabeza, como si fueran canciones. Todavía lo hago a veces. Digo que no entiendo la letra de alguien para que lea las palabras en voz alta y les ponga melodía. Puedo guardarlas dentro de mi cabeza hasta que las necesite.

—Supongo que no podrías aplicar esa habilidad a los juegos de cartas.

—Probablemente. Pero no voy a hacerlo.

—Un don desperdiciado.

—Y lo dices tú.

Jesper frunció el ceño.

—Disfrutemos del paisaje.

Todavía no había mucho que mirar. Wylan se dio cuenta de lo cansado que se sentía. No estaba acostumbrado a esa vida de miedo, yendo de un momento de preocupación al siguiente.

Pensó en contarle a Jesper cómo había comenzado todo. ¿Sería un alivio airear toda esa vergonzosa historia? Tal vez. Pero una parte de él quería que Jesper y los demás siguieran creyendo que se había ido de casa de su padre con intención de establecerse en el Barril, que había escogido esa vida.

Según Wylan crecía, Jan Van Eck le había dejado cada vez más claro que no había lugar para su hijo en su casa, sobre todo tras casarse con Alys. Pero no parecía saber qué hacer con él. Comenzó a hacer declaraciones sobre el muchacho, cada una más terrible que la anterior.

*No puedes ir al seminario porque no sabes leer.*

*No puedo enviarte de aprendiz a ningún sitio porque podrías revelar que eres como eres.*

*Eres como la comida que se estropea con demasiada facilidad. Ni siquiera puedo dejarte en algún estante sin que todo apeste.*

Entonces, hacía seis meses, el padre de Wylan lo había llamado a su despacho.

—Te he conseguido una plaza en la escuela de música de Belendt. He contratado a un secretario personal que se encontrará contigo en la escuela. Él se ocupará del correo o cualquier asunto más allá de tus capacidades. Es un gasto ridículo tanto de dinero como de tiempo, pero debo aceptar lo que sea posible en lo que a ti respecta.

—¿Durante cuánto tiempo? —había preguntado Wylan.

Su padre se encogió de hombros.

—El tiempo que tarde la gente en olvidar que tenía un hijo. Oh, no me mires con esa expresión herida, Wylan. Soy honesto, no cruel. Esto es lo mejor para los dos. Te ahorrarás la tarea imposible de tratar de cumplir con el papel del hijo de un mercader, y yo me ahorraré la vergüenza de ver cómo lo intentas.

*No te trato con más dureza de lo que lo hará el mundo.* Ese era el lema de su padre. ¿Quién más sería tan franco con él? ¿Quién más lo quería lo suficiente como para decirle la verdad? Wylan tenía recuerdos felices de su padre leyéndole historias; oscuros cuentos de bosques llenos de brujas y ríos que hablaban. Jan Van Eck había hecho todo lo posible por ocuparse del muchacho, y si había fracasado entonces el defecto era de Wylan. Puede que su padre sonara cruel, pero no estaba protegiéndose solo a sí mismo o al imperio Van Eck, sino también a su hijo.

Y todo lo que decía tenía mucho sentido. No se podía confiar en Wylan con una fortuna, porque podrían estafarlo con demasiada facilidad. No podría ir a la universidad, porque sería objeto de burlas. *Esto es lo mejor para los dos.* La ira de su padre había sido desagradable, pero era su lógica lo que atormentaba a Wylan: la voz práctica e irrefutable que le hablaba en la cabeza cada vez que pensaba en intentar algo nuevo, o en tratar de aprender a leer otra vez.

Le había dolido que lo enviara lejos, pero Wylan todavía había tenido esperanzas. Una vida en Belendt le sonaba mágica. No sabía mucho de ella, salvo que se trataba de la segunda ciudad más antigua de Kerch, ubicada en las orillas del río Droombeld. Pero estaría lejos de los amigos y compañeros de negocios de su padre. Van Eck era un apellido bastante común, y tan lejos de Ketterdam llevarlo no significaría ser uno de esos Van Eck.

Su padre le había entregado un sobre sellado y un pequeño fajo de *kruge* para el viaje.

—Estos son los papeles de tu matrícula, y dinero suficiente para llegar hasta Belendt. Cuando llegues allí, haz que el secretario vaya a ver al administrador. Hay una cuenta abierta a tu nombre. También he contratado acompañantes para que viajen contigo en el barco.

Las mejillas de Wylan se habían inundado de rojo a causa de la humillación.

—Puedo llegar a Belendt solo.

—Nunca has salido de Ketterdam por tu cuenta, y este no es el momento de empezar. Miggson y Prior tienen negocios de los que encargarse por mí en Belendt. Te escoltarán hasta allí y se asegurarán de que te instales bien. ¿Comprendido?



Wylan lo comprendía. No era capaz siquiera de subirse a un barco para salir de la ciudad solo.

Pero las cosas serían diferentes en Belendt. Hizo una pequeña maleta con una muda de ropa y las pocas cosas que necesitaría antes de que sus baúles llegaran a la escuela, junto a sus partituras de música favoritas. Si pudiera leer las letras tan bien como las notas, no tendría ningún problema. Cuando su padre había dejado de leerle, la música le había dado historias nuevas, unas que se desplegaban desde sus dedos, que él mismo podía escribir con cada nota que tocaba. Metió la flauta en su bandolera, por si acaso quisiera practicar durante el viaje.

Su despedida de Alys había sido breve e incómoda. Era una chica agradable, pero ese era el problema: tan solo tenía unos pocos años más que Wylan. No sabía cómo su padre podía caminar por la calle junto a ella sin vergüenza. Pero a Alys no parecía importarle, tal vez porque con ella Van Eck se convertía en el hombre que el muchacho recordaba de su infancia: amable, generoso, paciente.

Incluso después, Wylan no podía señalar el momento específico en que supo que su padre se había rendido con él. El cambio había sido lento. La paciencia de Van Eck se había esfumado en silencio, como el chapado en oro sobre un metal más basto, y cuando desapareció fue como si se hubiera convertido en alguien distinto por completo, alguien con mucho menos lustre.

—Quería decirte adiós y darte mis buenos deseos —le dijo Wylan a Alys. Ella estaba sentada en su salita, con el perro dormitando a sus pies.

—¿Te marchas? —preguntó ella, levantando la mirada de su costura y fijándose en su maleta. Estaba cosiendo los dobladillos de unas cortinas. Las mujeres kerch, incluso las ricas, no se molestaban con algo tan frívolo como los bordados. Era mejor servir a Ghezen con tareas que beneficiaran a la gente de la casa.

—Voy a viajar a la escuela de música de Belendt.

—Oh, ¡es maravilloso! —había gritado Alys—. Echo mucho de menos el campo. Te encantará el aire fresco, y seguro que harás excelentes amigos. —Soltó la aguja y le besó ambas mejillas—. ¿Volverás para las vacaciones?

—Tal vez —respondió Wylan, aunque sabía que no lo haría. Su padre quería que desapareciera, así que desaparecería.

—Entonces haremos galletas de jengibre —dijo ella—. Me contarás todas tus aventuras, y pronto tendremos un nuevo amigo con quien jugar.

Se dio unas palmaditas en el estómago con una sonrisa feliz. El muchacho había tardado un momento en comprender lo que quería decir, y entonces se limitó a quedarse ahí plantado, aferrando su maleta, asintiendo con la cabeza y sonriendo de forma mecánica mientras Alys hablaba de los planes para las vacaciones. Estaba embarazada. Por eso su padre lo estaba enviando lejos. Jan Van Eck iba a tener otro heredero, uno de verdad, así que Wylan se había vuelto desechable. Desaparecería de la ciudad y se establecería en otra parte. El tiempo pasaría, y nadie levantaría las cejas cuando el hijo de Alys fuera educado para ser la cabeza del imperio Van Eck. *El*

*tiempo que tarde la gente en olvidar que tenía un hijo.* No había sido un insulto casual.

Miggson y Prior llegaron a las ocho campanadas para acompañar a Wylan hasta el barco. Nadie salió a decirle adiós y, cuando pasó junto al despacho de su padre, la puerta estaba cerrada. El muchacho se negaba a llamar a la puerta y suplicar un poco de afecto como el perro de Alys suplicaba por una galletita.

Los hombres de su padre llevaban los trajes oscuros preferidos por los mercaderes y no le dijeron gran cosa en el camino hasta el muelle. Compraron billetes para la línea de Belendt y, cuando estuvieron a bordo del barco, Miggson enterró la cabeza en un periódico mientras Prior se reclinaba en su asiento, con el sombrero inclinado hacia abajo y los párpados sin cerrar del todo. Wylan no podía estar seguro de si el hombre estaba durmiendo o mirándolo como alguna clase de lagarto de ojos somnolientos.

El barco estaba casi vacío a esa hora. La gente dormitaba en la sofocante cabina o se comía la cena que se había llevado, panecillos de jamón y tazas de café que equilibraban sobre sus regazos.

Incapaz de dormir, Wylan había dejado el calor de la cabina para ir hasta la proa del barco. El aire del invierno era frío y olía a los mataderos de las afueras de la ciudad. Al muchacho se le revolvió el estómago, pero pronto las luces se desvanecerían y estarían en el campo abierto. Le daba pena que no viajaran durante el día. Le hubiera gustado ver los molinos vigilando los campos, las ovejas pastando en la hierba. Suspiró, estremeciéndose dentro de su abrigo, y se ajustó la tira de la bandolera. Debería intentar descansar. A lo mejor podía despertarse temprano y ver el amanecer.

Cuando se dio la vuelta, Prior y Miggson se encontraban junto a él.

—Lo siento —dijo—. Yo...

Y entonces las manos de Prior le rodearon la garganta con fuerza.

Wylan jadeó, o intentó hacerlo, pero el sonido que salió de él fue apenas un graznido. Arañó las muñecas de Prior, pero el agarre del hombre era como hierro, y la presión implacable. Era lo bastante grande como para que el muchacho sintiera que lo levantaba ligeramente mientras Prior lo sujetaba contra la barandilla.

La cara del hombre era desapasionada, casi aburrida, y Wylan comprendió que jamás llegaría a la escuela de Belendt. Nunca hubo intención de que llegara. No había secretario, ni una cuenta a su nombre. Nadie estaba esperando su llegada. Los supuestos papeles de su matrícula que llevaba en el bolsillo podrían decir cualquier cosa; él ni siquiera se había molestado en tratar de leerlos. Iba a desaparecer, tal como su padre siempre había querido, y había contratado a esos hombres para hacer el trabajo. Su padre, que le había leído por la noche para que se durmiera, que le había llevado té de malva con miel cuando había estado enfermo. *El tiempo que tarde la gente en olvidar que tenía un hijo.* Su padre iba a borrarlo del libro, un cálculo erróneo, un coste que podía suprimirse. La cuenta volvería a salir bien.

Unos puntos negros llenaron la visión de Wylan. Le pareció que podía oír música.

—¡Vosotros! ¿Qué está pasando?

La voz parecía llegar de una gran distancia, y el agarre de Prior se aflojó muy ligeramente. Los pies de Wylan volvieron a entrar en contacto con la cubierta del barco.

—Nada —dijo Miggson, girándose hacia el extraño—. Tan solo hemos atrapado a este chaval fisgando entre las pertenencias de otros pasajeros.

Wylan produjo un sonido ahogado.

—¿Debería... debería ir a por la *stadwatch*? Hay dos oficiales en cabina.

—Ya hemos alertado al capitán —aseguró Miggson—. Lo dejaremos en el puesto de la *stadwatch* en la siguiente parada.

—Bueno, pues me alegra que estuvierais tan vigilantes.

El hombre se giró para marcharse.

El barco dio una ligera sacudida. Wylan no pensaba esperar a ver qué pasaba después. Empujó a Prior con todas sus fuerzas, y después, antes de que pudiera perder el valor, se tiró por el lateral del barco al oscuro canal.

Nadó con toda la velocidad que fue capaz de alcanzar. Todavía estaba mareado, y le dolía mucho la garganta. Para su aturdimiento, oyó otra salpicadura y supo que uno de los hombres se había lanzado tras él. Si Wylan aparecía en alguna parte y todavía respiraba, lo más probable era que Miggson y Prior no cobrarán.

Cambió las brazadas, haciendo tan poco ruido como pudiera, y se obligó a pensar. En lugar de dirigirse directamente hacia el lateral del canal tal como deseaba su cuerpo helado, se sumergió bajo una barcaza de mercancía cercana y salió al otro lado para nadar junto a ella, utilizándola para ocultarse. El peso muerto de su bandolera le tiraba con fuerza de los hombros, pero no podía obligarse a soltarlo. *Mis cosas*, pensó de forma absurda. *Mi flauta*. No se detuvo, ni siquiera cuando su respiración se volvió entrecortada y sus miembros comenzaron a entumecerse. Se obligó a seguir adelante, a poner tanta distancia como pudiera entre él y los matones de su padre.

Pero al final, su fuerza comenzó a disminuir y se dio cuenta de que estaba chapoteando más que nadando. Si no llegaba a la orilla, iba a ahogarse. Se arrastró hasta las sombras de un puente y salió como pudo del canal. Después se aovilló, empapado y temblando en el frío helado. Su garganta amoratada le dolía cada vez que tragaba, y estaba aterrorizado de que cada salpicadura que oía fuera Prior que acudía a terminar el trabajo.

Necesitaba trazar alguna clase de plan, pero era difícil formar pensamientos completos. Comprobó los bolsillos de sus pantalones. Todavía tenía los *kruge* que su padre le había dado bien escondidos. Aunque los billetes estaban empapados, seguían sirviendo para gastarlos. Pero ¿adonde se suponía que iba a ir? No tenía dinero suficiente para salir de la ciudad, y si su padre había enviado a hombres a buscarlo, lo encontrarían con facilidad. Tenía que llegar a algún lugar seguro, donde a su padre no

se le ocurriera mirar. Sentía los miembros llenos de plomo, y el frío estaba dando paso a la fatiga. Temía que, si se permitía cerrar los ojos, no volvería a tener la voluntad de abrirlos otra vez.

Al final, simplemente comenzó a caminar. Se dirigió hacia el norte por la ciudad, lejos de los mataderos, pasando junto a una tranquila zona residencial donde vivían comerciantes menores, y después hacia delante, donde las calles se volvían más retorcidas y estrechas, hasta que las casas parecieron amontonarse sobre él. A pesar de lo tarde que era, había luces en todas las ventanas y escaparates. La música salía de las cafeterías en decadencia, y vislumbró cuerpos presionados contra otros en los callejones.

—¿Te han puesto en remojo, chaval? —gritó un hombre mayor con escasez de dientes desde una escalera de entrada.

—¡Yo sí que lo voy a poner en remojo! —graznó una mujer que se apoyaba en las escaleras.

Se encontraba en el Barril. Wylan había pasado toda su vida en Ketterdam, pero nunca había ido allí. Nunca se lo habían permitido. Nunca había *querido*. Su padre lo llamaba «sucio agujero de vicio y blasfemia» y «la vergüenza de la ciudad». El muchacho sabía que era un laberinto de calles oscuras y pasadizos ocultos. Un lugar donde los lugareños se ponían disfraces y hacían actos indecorosos, donde los extranjeros llenaban las calles en busca de viles entretenimientos, donde la gente iba y venía como la marea. El lugar perfecto para desaparecer.

Y lo había sido, hasta el día que llegó la primera carta de su padre.



Sobresaltado, Wylan se dio cuenta de que Jesper le estaba tirando de la manga.

—Esta es nuestra parada, mercadercillo. Intenta parecer animado.

El muchacho se apresuró a seguirlo. Desembarcaron en el muelle vacío de Olendaal y subieron por el terraplén hasta la aislada carretera rural.

Jesper miró a su alrededor.

—Esto me recuerda a mi hogar. Campos hasta donde alcanza la vista, tranquilidad rota solo por el zumbido de las abejas, aire fresco. —Se estremeció—. Es repugnante.

Mientras caminaban, Jesper lo ayudó a recoger flores salvajes del lateral de la carretera. Para cuando llegaron a la calle principal, tenía un ramito respetable.

—¿Supongo que tenemos que encontrar la forma de llegar a la cantera? —preguntó Jesper.

Wylan tosió.

—No, tan solo a una tienda corriente.

—Pero le dijiste a Kaz que el mineral...

—Está presente en toda clase de pinturas y esmaltes. Quería asegurarme de tener una razón para venir a Olendaal.

—Wylan Van Eck, le has mentido a *Kaz Brekker*. —Jesper se llevó una mano al pecho—. ¡Y te has salido con la tuya! ¿Das clases?

El muchacho se sintió ridículamente complacido, hasta que pensó en Kaz descubriéndolo. Entonces se sintió un poco como la primera vez que había probado el brandy y había acabado vomitándose la cena sobre los zapatos.

Encontraron una tienda corriente a mitad de la calle principal, y tardaron solo unos momentos en comprar lo que necesitaban. Mientras salían, un hombre que llevaba un carro los saludó con la mano.

—¿Estáis buscando trabajo, chicos? —preguntó con escepticismo—. Ninguno de los dos parece capaz de pasar una jornada entera en el campo.

—Te sorprenderías —replicó Jesper—. Nos han contratado para trabajar cerca de Santa Hilde.

Wylan esperó, nervioso, pero el hombre se limitó a asentir con la cabeza.

—¿Estáis haciendo reparaciones en el hospital?

—Sí —respondió Jesper con facilidad.

—Tu amigo no habla demasiado.

—Es shu —señaló Jesper, encogiéndose de hombros.

El hombre produjo alguna clase de gruñido de asentimiento y dijo:

—Subid. Voy a la cantera, puedo llevaros hasta las puertas. ¿Para qué son las flores?

—Tiene una novieta cerca de Santa Hilde.

—Menuda novieta.

—Ni que lo digas. Tiene un gusto terrible para las mujeres.

Wylan se planteó empujarlo del carro.

El camino de tierra estaba rodeado a cada lado por lo que parecían campos de trigo y cebada, y las planas extensiones de tierra estaban moteadas de forma ocasional por graneros y molinos. El carro avanzaba con rapidez. *Demasiada rapidez*, pensó Wylan mientras rebotaban en un surco profundo. Tomó aliento con un siseo.

—La lluvia —explicó el granjero—. Nadie lo ha cubierto de arena todavía.

—No pasa nada —respondió Jesper con una mueca mientras el carro golpeaba otro bache que les sacudió los huesos—. En realidad no necesito el bazo de una pieza.

El granjero se rio.

—¡Eso es bueno! ¡Estimula el hígado!

Wylan se aferró al costado, deseando haber tirado a Jesper del carro después de todo y haber saltado con él. Por suerte, un kilómetro y medio después el carro se ralentizó ante dos postes de piedra que marcaban un largo camino de gravilla.

—Esto es todo lo lejos que voy a ir —dijo el granjero—. No es un lugar donde quiera adentrarme. Demasiado sufrimiento. A veces, según cómo sople el viento, puedes oírlos riendo y gritando.

Jesper y Wylan intercambiaron una mirada.

—¿Quieres decir que está embrujado? —preguntó Jesper.

—Supongo.

Le dieron las gracias y bajaron al suelo, felices de poder hacerlo.

—Cuando acabéis aquí, subid por la carretera unos kilómetros —dijo el conductor—. Tengo dos acres que todavía necesitan trabajo. Cinco *kruge* al día, y podéis dormir en el granero en vez de en el campo.

—Suenan prometedor —dijo Jesper despidiéndose con la mano, pero en cuanto se dieron la vuelta para subir por la carretera hasta la iglesia, gruñó—: A la vuelta vamos caminando. Creo que me he roto una costilla.

Cuando el conductor estuvo fuera de la vista, se quitaron los abrigo y gorros para revelar los trajes oscuros que Kaz había sugerido que llevaran debajo, y los escondieron tras un tocón.

—Decidles que os envía Cornelis Smeet —les había indicado—. Que queréis asegurarnos de que la tumba está bien cuidada para el señor Van Eck.

—¿Por qué? —había preguntado Wylan.

—Porque si dices ser el hijo de Jan Van Eck, nadie va a creerte.

La carretera estaba rodeada de álamos y, mientras subían la colina, un edificio apareció frente a ellos: tres pisos de piedra blanca con unos escalones bajos y gráciles que llevaban a una puerta principal con un arco. El camino estaba bien formado con gravilla y rodeado de setos bajos de tejo a cada lado.

—No parece una iglesia —dijo Jesper.

—¿Tal vez fuera un monasterio o una escuela? —sugirió Wylan. Escuchó la gravilla aplastándose bajo sus zapatos—. Jesper, ¿recuerdas algo sobre tu madre?

Wylan había visto muchas sonrisas diferentes en Jesper, pero la que se extendió por su rostro era nueva, lenta, y tan contenida como una mano ganadora. Todo lo que dijo fue:

—Sí. Me enseñó a disparar.

El muchacho tenía cien preguntas que quería hacerle, pero cuanto más se acercaban a la iglesia, menos capaz se sentía de capturar un pensamiento y aferrarse a él. A la izquierda del edificio, pudo ver un cenador cubierto de glicinia recién florecida, y el aroma dulce de las flores púrpuras era denso en el aire. Un poco más allá del jardín de la iglesia y a la derecha, vio una verja de hierro forjado y una valla que rodeaba un cementerio, con una alta figura de piedra en el centro; una mujer, creyó Wylan, probablemente Santa Hilde.

—Este debe de ser el cementerio —dijo, aferrando las flores con más fuerza. *¿Qué estoy haciendo aquí?* Allí estaba otra vez esa pregunta, y de pronto no lo sabía. Kaz había tenido razón. Aquello era estúpido, sentimentaloides. ¿De qué le serviría ver una lápida con el nombre de su madre sobre ella? Ni siquiera sería capaz de leerla. Pero habían llegado hasta ahí—. Jesper... —comenzó, pero en ese momento una mujer con ropa de trabajo gris dobló la esquina empujando una carretilla llena de tierra.

—*Goed morgen* —les dijo—. ¿Puedo ayudarles?

—Sí que es un buen día —respondió Jesper con suavidad—. Venimos del despacho de Cornelis Smeet.

La mujer frunció el ceño, y Wylan añadió:

—En nombre del estimado Concejal Jan Van Eck.

Al parecer, ella no se fijó en el temblor de su voz, porque su ceño volvió a la normalidad y sonrió. Tenía las mejillas redondeadas y rosadas.

—Por supuesto. Pero confieso estar sorprendida. El señor Van Eck ha sido muy generoso con nosotros, pero rara vez sabemos de él. Nada va mal, ¿verdad?

—¡En absoluto! —aseguró Wylan.

—Tan solo es una nueva política —dijo Jesper—. Más trabajo para todo el mundo.

—¿No es siempre así? —La mujer volvió a sonreír—. ¿Y veo que han traído flores?

Wylan bajó la mirada hasta el ramo. Parecía más pequeño y caótico de lo que había pensado.

—Eh... sí.

Ella se limpió las manos en el blusón informe y dijo:

—Les llevaré con ella.

Pero en lugar de girar en dirección al cementerio, volvió a dirigirse hacia la entrada. Jesper se encogió de hombros, y los dos la siguieron. Mientras subían por los bajos escalones de piedra, algo frío recorrió la columna de Wylan.

—Jesper —susurró—. Hay barrotes en las ventanas.

—¿Monjes inquietos? —preguntó Jesper, pero no estaba sonriendo.

El vestíbulo de entrada era de dos pisos de alto, con el suelo lleno de baldosas blancas pintadas con delicados tulipanes azules. No se parecía a ninguna iglesia que Wylan hubiera visto jamás. El silencio en la habitación era tan profundo que casi parecía sofocante. Había un gran escritorio en la esquina, y sobre él se encontraba un jarrón de la glicinia que el muchacho había visto fuera. Respiró hondo. El olor resultaba reconfortante.

La mujer abrió un armario grande y rebuscó en él un momento, y después sacó un grueso archivo.

—Aquí está: Marya Hendriks. Como pueden ver, está todo en orden. Pueden echar un vistazo mientras la limpiamos. La próxima vez, pueden evitar el retraso si nos notifican antes de su visita.

Wylan sintió un sudor helado que brotaba por su cuerpo. Consiguió asentir con la cabeza.

La mujer sacó un pesado llavero del armario y abrió una de las puertas azul pálido que salían del vestíbulo. Wylan la oyó girar la llave en la cerradura desde el otro lado. Dejó las flores sobre el escritorio. Tenían los tallos rotos por haberlas aferrado tan fuerte.

—¿Qué es este lugar? —preguntó—. ¿Qué quería decir con eso de limpiarla?

El corazón le latía con un ritmo frenético, un metrónomo con el ritmo equivocado.

Jesper estaba hojeando el archivo, leyendo las páginas por encima. Wylan se inclinó sobre su hombro y sintió que un pánico desesperado y asfixiante lo aferraba. Las palabras de la página eran un garabato sin significado, una maraña negra de patas de insecto. Se esforzó por respirar.

—Jesper, por favor —suplicó con un hilo de voz aflautada—. *Léemelo.*

—Lo siento —se apresuró a decir Jesper—. Lo olvidé. Eh... —Wylan no comprendía la expresión en su cara... tristeza, confusión—. Wylan... creo que tu madre está viva.

—Eso es imposible.

—Tu padre la envió aquí.

Wylan negó con la cabeza. Aquello no podía ser.

—Se puso enferma. Una infección de pulmón...

—Dice que es víctima de histeria, paranoia y delirio persecutorio.

—No puede estar viva. El... se volvió a casar. ¿Qué pasa con Alys?

—Creo que hizo que declararan loca a tu madre y lo utilizó para pedir el divorcio. Esto no es una iglesia, Wylan. Es un manicomio.

*Santa Hilde.* Su padre había estado enviándoles dinero todos los años... pero no como una donación de caridad. *Para su mantenimiento. Para que guardaran silencio.* La habitación estaba dando vueltas de pronto.

Jesper lo llevó hasta la silla detrás del escritorio y le presionó los omóplatos para inclinarlo hacia delante.

—Pon la cabeza entre las rodillas y concéntrate en el suelo. Respira.

Wylan se obligó a inhalar y exhalar, a mirar esos bonitos tulipanes azules en sus baldosas blancas.

—Cuéntame el resto.

—Tienes que calmarte o van a saber que algo va mal.

—*Cuéntame el resto.*

Jesper soltó aire y continuó hojeando el archivo.

—Hijo de puta —dijo tras un minuto—. Hay una Transferencia de Autoridad en el archivo. Es una copia.

Wylan mantuvo los ojos en el suelo de baldosas.

—¿Qué? ¿Qué es?

Jesper leyó:

—Este documento, testificado a plena vista de Ghezen y de acuerdo con los tratos honestos de los hombres, hecho vinculante por las cortes de Kerch y su Consejo Mercante, certifica la transferencia de toda propiedad, finca y terreno legal de Marya Hendriks a Jan Van Eck, para ser controlados por él hasta que Marya Hendriks vuelva a ser competente para encargarse de sus propios asuntos.



—La transferencia de toda propiedad —repitió Wylan. *¿Qué estoy haciendo aquí? ¿Qué estoy haciendo aquí? ¿Qué está haciendo ella aquí?*

La llave giró en la cerradura de la puerta azul pálido y la mujer (una *enfermera*, comprendió Wylan) volvió a entrar, alisándose el delantal del blusón.

—Ya está todo listo —dijo—. Hoy está bastante dócil. ¿Se encuentran bien?

—Mi amigo está un poco mareado. Demasiado sol después de tantas horas en el despacho del señor Smeet. ¿Podría traernos un vaso de agua?

—¡Por supuesto! —respondió la enfermera—. Desde luego, parece un poco indispuerto.

Volvió a desaparecer tras la puerta, siguiendo la misma rutina de abrir y cerrar con llave. *Se está asegurando de que los pacientes no salgan.*

Jesper se agachó delante de Wylan y le puso las manos sobre los hombros.

—Wy, escúchame. Tienes que recuperar la calma. ¿Puedes hacerlo? Podemos marcharnos. Puedo decirle que no te encuentras bien, o puedo ir yo solo. Podemos intentar volver en otro...

Wylan tomó aire de forma profunda y temblorosa por la nariz. No entendía lo que estaba pasando, no comprendía el alcance de aquello. *Haz solo una cosa al mismo tiempo.* Era una técnica que uno de sus tutores le había enseñado para intentar que no se sintiera abrumado por la página. No había funcionado, sobre todo cuando su padre se cernía sobre él, pero Wylan había conseguido aplicarla a otras acciones. *Solo una cosa al mismo tiempo. Levántate.* Se levantó. *Estás bien.*

—Estoy bien —dijo—. No vamos a marcharnos.

Era lo único de lo que estaba seguro.

Cuando la enfermera regresó, él aceptó el vaso de agua, le dio las gracias y bebió. Después, la siguió con Jesper por la puerta azul pálido. No fue capaz de reunir las marchitas flores salvajes desperdigadas sobre el escritorio. *Solo una cosa al mismo tiempo.*

Atravesaron puertas cerradas, alguna clase de sala de ejercicios. Oía gemidos desde algún sitio. En una amplia sala, había dos mujeres jugando a lo que parecía una partida de ridderspel.

*Mi madre está muerta. Está muerta.* Pero nada dentro de él se lo creía. Ya no.

Al fin, la enfermera los llevó hasta un porche acristalado que se encontraba en el lado occidental del edificio para poder capturar toda la calidez de los rayos del sol poniente. Una pared completa estaba compuesta por ventanas, y a través de ella la verde extensión del jardín del hospital resultaba visible, con el cementerio en la distancia. Era una habitación bonita, con el suelo de baldosas inmaculado. Un lienzo con el principio de un paisaje emergiendo en él se encontraba sobre un caballete junto a la ventana. Un recuerdo regresó a Wylan: su madre de pie frente a un caballete en el jardín trasero de la casa de la Geldstraat, el olor a aceite de linaza, pinceles limpios en un vaso vacío, su mirada pensativa evaluando las líneas del cobertizo de los botes y el canal más allá.

—Pinta —dijo Wylan con voz monótona.

—Todo el tiempo —respondió la enfermera con alegría—. Nuestra Marya es una artista.

Había una mujer sentada en una silla de ruedas, con la cabeza cayendo como si se esforzara por no quedarse dormida, con los hombros estrechos rodeados de mantas. Tenía arrugas en la cara y su pelo era de un ámbar pálido, salpicado de gris. *El color de mi pelo*, comprendió Wylan, *de haberse quedado al sol para palidecer*. Sintió una punzada de alivio. Aquella mujer era demasiado mayor para ser su madre. Pero entonces, ella levantó la barbilla y abrió los ojos. Eran de un avellana claro y puro, sin cambios, sin envejecer.

—Tiene visitantes, señorita Hendriks.

Su madre movió los labios, pero Wylan no pudo oír lo que decía. Los miró con ojos agudos, pero entonces su expresión titubeó y se volvió vaga e interrogativa cuando la seguridad abandonó su rostro.

—¿Debería... debería conocerlos?

A Wylan le dolía la garganta. *¿Me conocerías si todavía me pareciera a tu hijo?*, se preguntó. Consiguió negar con la cabeza.

—Nos conocimos... nos conocimos hace mucho —dijo—. Cuando yo era solo un niño.

Ella produjo un ruidito y miró al jardín.

Wylan se giró hacia Jesper con impotencia. No estaba listo para eso. Su madre era un cuerpo enterrado hacía mucho, polvo en el suelo. Con suavidad, el pistolero lo llevó hasta la silla enfrente de Marya.

—Queda una hora antes de que debamos volver —dijo en voz baja—. Háblale.

—¿Sobre qué?

—¿Recuerdas lo que le dijiste a Kaz? No sabemos qué podría pasar después. Esto es todo lo que tenemos. —Después, se levantó y cruzó hasta donde la enfermera estaba ordenando las pinturas—. Dígame, señorita... Me avergüenza decir que no he oído su nombre.

Ella sonrió, con las mejillas redondeadas y rojas como manzanas de caramelo.

—Betje.

—Un nombre encantador para una chica encantadora. El señor Smeet me ha pedido que eche un vistazo a las instalaciones mientras estamos aquí. ¿Le importaría hacerme una visita rápida?

Ella dudó, mirando a Wylan.

—Estaremos bien aquí —logró decir él, con una voz que sonaba demasiado alta y demasiado afable en sus oídos—. Tan solo le haré algunas preguntas rutinarias. Es todo parte de la nueva política.

La enfermera miró a Jesper, parpadeando.

—Bueno, entonces creo que podríamos hacer una visita rápida.

Wylan examinó a su madre, y sus pensamientos eran una maraña de acordes mal tocados. Le habían cortado el pelo. Trató de imaginarla más joven, con el fino vestido de lana negra de la mujer de un mercader, con encajes blancos en el cuello y sus rizos espesos y vibrantes, colocados por una doncella en una espiral de trenzas.

—Hola —logró decir.

—¿Has venido a por mi dinero? No tengo dinero.

—Yo tampoco —respondió Wylan con voz débil. No le resultaba familiar exactamente, pero había algo en su forma de inclinar la cabeza, en cómo se sentaba, con la espalda todavía recta. Como si estuviera frente al piano—. ¿Te gusta la música?

Ella asintió con la cabeza.

—Sí, pero aquí no hay mucha.

Él se sacó la flauta de la camisa. Había viajado todo el día con ella pegada al pecho como alguna clase de secreto, y todavía estaba cálida por su cuerpo. Había planeado tocarla junto a su tumba, como un idiota. Cuánto se habría reído Kaz de él.

Las primeras notas fueron temblorosas, pero después tomó el control de su aliento. Encontró la melodía, una canción simple, una de las primeras que había aprendido. Por un momento, parecía que ella estaba tratando de recordar dónde la había escuchado. Después tan solo cerró los ojos y escuchó.

Cuando Wylan terminó, ella dijo:

—Toca algo alegre.

Así que tocó una canción de baile kaélico, y después una saloma kerch que pegaba más para una flauta de hojalata. Tocó todas las canciones que acudieron a su mente, pero nada lastimero, nada triste. Ella no habló, aunque en ocasiones el muchacho la veía tamborileando con los pies al ritmo de la música, y sus labios se movían como si conociera la letra.

Al fin, se puso la flauta sobre su regazo.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? —Ella permaneció en silencio, así que él se inclinó hacia delante en busca de alguna respuesta en esos difusos ojos avellana—. ¿Qué te han hecho?

Ella le puso una mano suave sobre la mejilla. Su mano estaba fría y seca.

—¿Qué te han hecho?

Wylan no sabía si era un desafío o si tan solo estaba repitiendo las palabras. Sintió la dolorosa presión de las lágrimas en la garganta y se esforzó por tragárselas.

La puerta se abrió de golpe.

—Bueno, ¿hemos tenido una buena visita? —preguntó la enfermera mientras entraban.

Con prisa, Wylan volvió a guardar la flauta en su camisa.

—Desde luego —dijo—. Todo parece estar en orden.

—Ustedes dos parecen demasiado jóvenes para este trabajo —dijo, dirigiendo a Jesper una sonrisa con hoyuelos.

—Yo podría decir lo mismo de usted —replicó él—. Pero ya sabe cómo es, los trabajadores nuevos acaban con las tareas menos importantes.

—¿Volverán pronto?

Jesper le guiñó un ojo.

—Nunca se sabe. —Asintió con la cabeza en dirección a Wylan—. Tenemos un barco que coger.

—¡Diga adiós, señorita Hendriks! —le pidió la enfermera.

Los labios de Marya se movieron, pero esa vez Wylan se encontraba lo bastante cerca como para oír lo que murmuraba. Van Eck.



Durante el camino para salir del hospital, la enfermera mantuvo un flujo constante de charloteo con Jesper. Wylan caminaba detrás de ellos, y le dolía el corazón. ¿Qué le había hecho su padre a su madre? ¿Estaba loca de verdad? ¿O tan solo había sobornado a la gente adecuada para que lo dijera? ¿La había drogado? Jesper lo miró una vez mientras la enfermera parloteaba, y sus ojos grises estaban preocupados.

Ya casi habían llegado a la puerta azul pálido cuando la enfermera dijo:

—¿Les gustaría ver sus cuadros?

Wylan se detuvo en seco y asintió con la cabeza.

—Creo que podría ser muy interesante —dijo Jesper.

La mujer los condujo por donde habían venido y después abrió la puerta de lo que parecía ser un armario.

Wylan sintió que le cedían las rodillas y tuvo que sujetarse a la pared para equilibrarse. La enfermera no se dio cuenta; estaba hablando y hablando.

—Las pinturas son caras, por supuesto, pero parecen darle mucha alegría. Estos son solo los últimos. Cada seis meses o así tenemos que ponerlos en el montón de la basura; no hay espacio para ellos.

Wylan quería gritar. El armario estaba repleto de cuadros: paisajes, diferentes vistas de los terrenos del hospital, un lago al sol y a la sombra, y allí, repetida una y otra vez, estaba la cara de un niño pequeño con rizos rojizos y unos brillantes ojos azules.

Debió de producir algún sonido, porque la enfermera se giró hacia él:

—Ay, madre —le dijo a Jesper—, su amigo acaba de ponerse bastante pálido otra vez. ¿Tal vez podría darle un estimulante?

—No, no —respondió él, rodeando a Wylan con el brazo—. Pero deberíamos irnos ya. Ha sido una visita muy esclarecedora.

Wylan no se dio cuenta de nada mientras bajaban el camino bordeado por los setos de tejo y recuperaban sus abrigo y gorros de detrás del tocón cerca de la carretera principal. Estaban a mitad del camino de vuelta al muelle cuando pudo obligarse a hablar.

—Sabe lo que le hizo. Sabe que no tenía derecho a quitarle su dinero y su vida. —*Van Eck*, había dicho. No era Marya Hendriks, era Marya Van Eck, una esposa y mujer a quien le habían arrebatado su nombre y su fortuna—. ¿Recuerdas cuando te dije que no era malvado?

Las piernas de Wylan cedieron, y él se sentó con fuerza justo en mitad de la carretera, pero era incapaz de conseguir que le importara porque las lágrimas estaban saliendo y no tenía forma de detenerlas. Atravesaban su pecho en sollozos feos y entrecortados. Odiaba que Jesper lo estuviera viendo llorar, pero no había nada que pudiera hacer, ni con las lágrimas ni con la situación. Enterró la cara en los brazos, cubriéndose la cabeza como si pudiera desaparecer si lo deseaba con suficiente fuerza.

Sintió que Jesper le apretaba el brazo.

—No pasa nada —dijo él.

—Sí que pasa.

—Tienes razón, sí que pasa. Es algo horrible, y me gustaría atar a tu padre en un campo desértico y dejar que los buitres se encargaran de él.

Wylan negó con la cabeza.

—No lo entiendes. Fui yo, yo he causado esto. Mi padre quería una nueva mujer, quería un heredero. Un heredero de verdad, no un imbécil que apenas sabe escribir su propio nombre.

Tenía ocho años cuando habían enviado allí a su madre. Ya no tenía que preguntárselo; fue entonces cuando su padre se había rendido con él.

—Oye —dijo Jesper, zarandeándolo—. Oye. Tu padre podría haber tomado muchas decisiones cuando descubrió que no podías leer. Maldita sea, podría haber dicho que eras ciego o que tenías problemas de vista. O mejor todavía, podría haber estado feliz y ya está por el hecho de que tenía a un genio como hijo.

—Yo no soy un genio.

—Eres estúpido con muchas cosas, Wylan, pero no eres estúpido. Y si vuelvo a oír que te llamas imbécil, voy a decirle a Matthias que has tratado de besar a Nina. Con lengua.

Wylan se secó la nariz en la manga.

—Nunca se lo creerá.

—Entonces le diré a Nina que has tratado de besar a Matthias. Con lengua. —Suspiró—. Mira, Wylan. La gente normal no mete a sus mujeres en manicomios. No desheredan a sus hijos por no haber tenido lo que querían. ¿Tú crees que mi padre quería a un desastre como yo por hijo? Esto no es culpa tuya. Esto ha ocurrido porque tu padre es un lunático vestido con un traje caro.

Wylan se presionó los ojos hinchados con el dorso de las manos.

—Eso es todo cierto, pero no me hace sentir mejor.

Jesper volvió a zarandearle un poco el hombro.

—Bueno, ¿qué te parece esto? Kaz va a destrozarle la maldita vida a tu padre.

Wylan estaba a punto de decir que eso tampoco ayudaba, pero dudó. Kaz Brekker era la criatura más brutal y vengativa que había conocido jamás, y había jurado destruir a Jan *Van Eck*. El pensamiento era como agua fría cayendo en cascada sobre la ardiente y vergonzosa sensación de impotencia que llevaba tanto tiempo cargando. Nada podría arreglar aquello, nunca. Pero Kaz podría estropear mucho la vida de su padre. Y Wylan sería rico; podría sacar a su madre de aquel lugar. Podrían ir a algún sitio cálido. Podría ponerla frente al piano, hacer que tocara, llevarla a alguna parte llena de colores brillantes y sonidos bonitos. Podían ir a Novyi Zem; podían ir a cualquier parte. Levantó la cabeza y se secó las lágrimas.

—La verdad es que eso ayuda mucho.

Jesper sonrió.

—Eso pensaba. Pero si no subimos a ese barco de vuelta a Ketterdam, no habrá ningún justo merecido.

Wylan se puso en pie, deseoso de pronto de regresar a la ciudad, de ayudar a poner en marcha el plan de Kaz. Había ido a la Corte de Hielo de mala gana. Había ayudado a Kaz a regañadientes. Porque durante todo el tiempo, había creído que se merecía el desprecio de su padre, y ahora podía admitir que en alguna parte, en algún lugar enterrado, había esperado que todavía pudiera haber una forma de recuperar el favor de su padre. Bueno, pues su padre podía quedarse ese favor y a ver de qué le servía cuando Kaz Brekker terminara.

—Vamos —dijo—. Vayamos a robarle todo el dinero a mi padre.

—¿No es tu dinero?

—Vale, pues vamos a recuperarlo.

Echaron a correr.

—Me encanta dar a la gente su justo merecido —dijo Jesper—. ¡Estimula el hígado!



na multitud se había reunido en el exterior de la taberna, atraída por los sonidos de los cristales rotos y el alboroto. Zoya bajó a Nina y Matthias al suelo sin mucha amabilidad, y los condujeron con rapidez a la parte trasera de la taberna, rodeados por un pequeño segmento de los hombres armados. Los demás se quedaron dentro, para dar las explicaciones que pudieran al hecho de que un puñado de huesos acababa de volar por el mercado y había destrozado las ventanas del edificio. El fjerdano ni siquiera estaba seguro de entender lo que había ocurrido. ¿Había controlado Nina esas falsas reliquias de Santos? ¿Había sido algo totalmente diferente? ¿Y por qué les habían atacado?

Matthias pensaba que saldrían a un callejón, pero en vez de eso bajaron una serie de escalones de aspecto muy viejo hasta un túnel frío y húmedo. *El viejo canal*, comprendió mientras se subían a bordo de un barco que pasaba en silencio por la oscuridad. El lugar estaba pavimentado, pero no completamente. Estaban viajando bajo la ancha vía pública que había frente a la embajada.

Tan solo unos pocos momentos después, Zoya los condujo por una estrecha escalerilla de metal hasta subir a una habitación vacía con un techo tan bajo que Matthias tuvo que agacharse. Nina le dijo algo a Zoya en ravkano, y después le tradujo su respuesta a Matthias.

—Es media habitación. Cuando construyeron la embajada, crearon un piso falso a poco más de un metro por encima del piso original. Tal como está integrado en los cimientos, es casi imposible saber que tienes otra habitación debajo.

—Apenas hay espacio para arrastrarse.

—Sí, pero los edificios de Ketterdam no tienen sótanos, así que a nadie se le ocurriría buscar debajo.

Parecía una precaución extrema en lo que se suponía que era una ciudad neutral, pero a lo mejor los ravkanos se habían visto obligados a tomar medidas extremas para proteger a sus ciudadanos. *Por gente como yo*. Matthias había sido un cazador, un asesino, y orgulloso de hacer bien su trabajo.

Un momento después, llegaron junto a un grupo de gente apiñada contra lo que Matthias pensaría que era la pared oriental de no haberse desorientado tanto.

—Estamos bajo el jardín de la embajada —dijo Nina.

Él asintió con la cabeza. Aquel sería el lugar más seguro para ocultar a un grupo de gente si no querías arriesgarte a que las voces subieran por el suelo de la embajada. Eran unos quince, de todas las edades y colores. Parecían tener poco en común aparte de sus expresiones recelosas, pero Matthias sabía que debían de ser todos Grisha. No habían necesitado la advertencia de Nina para buscar refugio.

—¿Tan pocos? —preguntó. Nina había estimado que el número de Grisha de la ciudad se acercaba más a los treinta.

—A lo mejor los demás han salido por su cuenta, o están escondidos.

O tal vez los habían capturado ya, pero si Nina no quería señalar esa posibilidad, él tampoco lo haría.

Zoya los condujo por un arco hasta una zona donde Matthias se sintió aliviado al poder ponerse recto. Dada la forma redondeada de la habitación, sospechaba que se encontraban bajo alguna clase de cisterna baja, o tal vez un pozo en el jardín. Su alivio se disolvió cuando uno de los hombres armados sacó unos grilletes y Zoya señaló directamente al fjerdano. De inmediato, Nina se puso enfrente de él, y comenzó a discutir con ella en furiosos susurros.

Matthias sabía a la perfección de quien se trataba. Zoya Nazyalensky era una de las brujas más poderosas de Ravka. Era una Vendaval legendaria, una soldado que había servido primero al Oscuro, después a la Invocadora del Sol, y que había ascendido al poder como miembro del Triunvirato Grisha del rey Nikolai. Ahora que había experimentado él mismo una parte de sus habilidades, no le sorprendía lo rápido que había ascendido.

La discusión fue toda en ravkano y Matthias no comprendió una palabra, pero el desprecio en la voz de Zoya era evidente, al igual que sus gestos hacia Matthias y los grilletes. Estaba a punto de gruñir que si la bruja de las tormentas quería apresarlo podía intentar hacerlo ella y a ver qué pasaba, cuando Nina levantó las manos.

—Basta ya —dijo en kerch—. Matthias se quedará libre, y vamos a continuar esta conversación en un idioma que entendamos todos. Tiene derecho a saber lo que está pasando.

Zoya entrecerró los ojos. Miró de Matthias a Nina y después, en un kerch con mucho acento, dijo:



—Nina Zenik, sigues siendo un soldado del Segundo Ejército, y yo sigo siendo tu comandante. Estás desobedeciendo órdenes directas.

—Entonces, tendrás que encadenarme a mí también.

—No creas que no me lo estoy planteando.

—¡Nina!

El grito venía de una chica pelirroja que había aparecido en la habitación.

—¡Genya! —chilló Nina. Pero Matthias habría conocido a esa mujer sin presentación alguna. Su cara estaba cubierta de cicatrices, y llevaba un parche de seda roja en el ojo, grabado con un sol dorado. Genya Safin, la renombrada Confeccionadora, antigua instructora de Nina, y otro miembro del Triunvirato. Mientras Matthias las observaba abrazarse, sintió náuseas. Esperaba conocer a un grupo de Grisha anónimos, personas que se habían refugiado en Ketterdam y después se habían encontrado solas y en peligro. Gente como Nina, no los Grisha de más alto rango de Ravka. Todos sus instintos le urgían a luchar o desaparecer de ese lugar tan rápido como pudiera, no quedarse ahí plantado como un pretendiente conociendo a los padres de su amada. Y aun así, aquellas eran las amigas de Nina, sus profesoras. *Son el enemigo*, dijo una voz en su cabeza, y no estaba seguro de si se trataba de la voz del Comandante Brum o de la suya.

Genya dio un paso hacia atrás y le apartó a Nina los mechones rubios de la peluca de la cara para mirarla mejor.

—Nina, ¿cómo es esto posible? La última vez que te vio Zoya...

—Estabas teniendo un berrinche —dijo Zoya—, y te fuiste dando zapatazos del campamento con toda la cautela de un alce caprichoso.

Para sorpresa de Matthias, Nina hizo una mueca, como una niña recibiendo una reprimenda. No creía que la hubiera visto avergonzada antes.

—Pensábamos que habías muerto —añadió Genya.

—Parece medio muerta.

—Está bien.

—Desapareciste —escupió Zoya—. Cuando oímos que había fjerdanos cerca, nos temimos lo peor.

—Y pasó lo peor —respondió Nina—. Y después más todavía. —Le tomó la mano a Matthias—. Pero ahora estamos aquí.

Zoya fulminó con la mirada sus manos unidas y cruzó los brazos.

—Ya veo.

Genya levantó una ceja rojiza.

—Bueno, si él es lo peor que puede pasar...

—¿Qué estáis haciendo aquí? —preguntó Zoya—. ¿Tú y tu... cómplice fjerdano estáis tratando de salir de Ketterdam?

—¿Y qué si es así? ¿Por qué nos habéis tendido una emboscada?

—Ha habido ataques a los Grisha por toda la ciudad. No sabíamos quién eras ni si podías estar conspirando con los shu, solo que habías utilizado el código con el

vendedor ambulante. Ahora siempre tenemos soldados en la taberna. Cualquiera que busque a los Grisha es una amenaza potencial.

Con lo que Matthias había visto de los nuevos soldados shu, tenían razones para ser recelosos.

—Hemos venido a ofrecer nuestra ayuda —dijo Nina.

—¿Qué clase de ayuda? No tienes ni idea de las fuerzas que están en juego aquí, Nina. Los shu han desarrollado una droga...

—*Jurda parem*.

—¿Qué sabes de la *parem*?

Nina le apretó la mano a Matthias y respiró hondo.

—La he visto utilizada. La... he experimentado yo misma.

Genya abrió mucho el ojo color ámbar.

—Oh, Nina, no. No puede ser.

—Pues claro que sí —replicó Zoya—. ¡Siempre has sido así! Te metes en problemas como si fuera un baño caliente. ¿Por eso tienes aspecto de gachas echadas a perder? ¿Cómo has podido correr un riesgo así, Nina?

—Yo no tengo aspecto de gachas —protestó Nina, pero tenía la misma expresión humillada en la cara. Matthias no podía soportarlo.

—Lo hizo para salvarnos la vida —intervino—. Lo hizo sabiendo que podría estar condenándose a la desgracia o incluso a la muerte.

—Imprudente —declaró Zoya.

—Zoya —dijo Genya—. No conocemos las circunstancias...

—Sabemos que llevaba casi un año desaparecida. —Señaló a Nina con un dedo acusador—. Y ahora aparece con un fjerdano detrás, uno con el cuerpo de un soldado y que utiliza técnicas de lucha *drüskelle*. —Zoya se metió la mano en el bolsillo y sacó un puñado de huesos—. Atacó a nuestros soldados con esto, con *trozos de hueso*, Genya. ¿Alguna vez has oído que tal cosa sea posible?

Genya miró los huesos y después a Nina.

—¿Es esto cierto?

Nina apretó los labios.

—¿Puede?

—*Puede* —repitió Zoya—. ¿Y me estás diciendo que deberíamos confiar en ella como si nada?

Genya parecía menos segura, pero dijo:

—Estoy diciendo que deberíamos escucharla.

—De acuerdo —aceptó Zoya—. Esperaré con los oídos y el corazón abiertos. Entretenme, Nina Zenik.

Matthias sabía lo que era enfrentarse a los mentores que habías idolatrado, sentir que te convertías otra vez en un pupilo nervioso, deseoso de complacer. Se giró hacia Nina y dijo en fjerdano:

—No te dejes intimidar. Ya no eres la chica que eras. No eres un soldado a quien dan órdenes.

—Entonces, ¿por qué tengo ganas de buscar una esquina para llorar?

—Esta es una habitación redonda. No hay esquinas.

—Matthias...

—Recuerda todo lo que hemos pasado. Recuerda a qué hemos venido.

—Pensaba que íbamos a hablar todos en kerch —señaló Zoya.

Nina dio otro apretón a la mano de Matthias, echó la cabeza atrás y dijo:

—Los *drüskelle* me tomaron prisionera. Matthias me ayudó a escapar, y los kerch lo apresaron. Yo lo ayudé a escapar, y Jarl Brum me apresó a mí. Matthias me ayudó a escapar.

El fjerdano no se sentía del todo cómodo con lo bien que se les daba a los dos que los apresaran.

—¿Jarl Brum? —repitió Zoya, horrorizada.

Nina suspiró.

—Ha sido un año duro. Juro que te lo explicaré todo, y si decides que deberían meterme en un saco y tirarme al río Sokol, iré sin quejarme demasiado. Pero hemos venido aquí esta noche porque vi el ataque de los soldados Kherguud en el Stave Occidental. Quiero ayudar a sacar a los Grisha de la ciudad antes de que los shu los encuentren.

Zoya tenía que medir varios centímetros menos que Nina, pero todavía logró mirarla por encima de la nariz cuando dijo:

—¿Y cómo puedes ayudar?

—Tenemos un barco.

Técnicamente, aquello todavía no era cierto, pero Matthias no iba a discutir. Zoya hizo un gesto de desdén.

—Nosotros también tenemos un barco, está a unas millas de la costa. Los kerch y el Consejo de Mareas han bloqueado el puerto. Ninguna nave extranjera puede ir o venir sin el permiso expreso de un miembro del Consejo Mercante.

Así que Kaz había tenido razón. Van Eck estaba empleando toda su influencia en el gobierno para asegurarse de que no sacaran a Kuwei de Ketterdam.

—Claro —asintió Nina—, pero nuestro barco pertenece a un miembro del Consejo Mercante de Kerch.

Zoya y Genya intercambiaron una mirada.

—De acuerdo, Zenik —dijo Zoya—. Ahora sí que tienes toda mi atención.



Nina dio algunos de los detalles a Zoya y Genya, aunque Matthias se dio cuenta de que no mencionaba a Kuwei y de que se alejaba todo lo posible de cualquier charla sobre la Corte de Hielo. Cuando las dos Grisha subieron para debatir la propuesta,

dejaron a Nina y Matthias atrás, con dos guardias armados en la entrada de la habitación cisterna.

—Si los espías de Ravka valen lo que cobran, tus amigas van a darse cuenta de que fuimos nosotros los que sacamos a Kuwei —susurró Matthias en fjerdano.

—No susurres —respondió Nina en el mismo idioma, aunque en un tono de voz normal—. Tan solo hará sospechar a los guardias. Y se lo acabaré diciendo todo a Zoya y a Genya, pero ¿recuerdas lo dispuestos que estábamos a matar a Kuwei? No sé si Zoya tomaría la misma decisión de dejarlo con vida, al menos no hasta que esté *a salvo en suelo ravkano*. No tiene que saber quién está en el barco hasta que ataque en Os Kervo.

A salvo en suelo ravkano. Las palabras pesaban en las tripas de Matthias. Estaba deseoso de sacar a Nina de la ciudad, pero Ravka no le parecía el mejor lugar donde estar a salvo. Nina debió de sentir su intranquilidad, porque dijo:

—Ravka es el lugar más seguro para Kuwei. Necesita nuestra protección.

—¿Cómo es la protección de Zoya Nazyalensky?

—No es tan mala, en serio. —Matthias le lanzó una mirada escéptica—. Bueno, en realidad es terrible, pero ella y Genya vieron mucha muerte en la guerra civil. No creo que quieran derramar más sangre.

Matthias esperaba que eso fuera cierto, pero incluso de ser así, no estaba seguro de que fuera a importar.

—¿Recuerdas lo que me dijiste, Nina? Deseaste que el rey Nikolai marchara hacia el norte y lo arrasara todo a su paso.

—Estaba enfadada...

—Tenías derecho a estarlo. Todos lo tenemos; ese es el problema. Brum no va a parar. Los *drüskelle* no van a parar. Consideran que su misión sagrada es destruir a los tuyos.

También había sido su misión, y todavía podía sentir la confianza, la atracción del odio. Se maldijo por ello.

—Entonces, encontraremos la forma de hacerles cambiar de idea. A todos. —Lo examinó durante un momento—. Has utilizado una bomba de oscuridad. ¿Le pediste a Wylan que la hiciera?

—Sí —admitió él.

—¿Por qué?

Sabía que no le iba a gustar.

—No estaba seguro de cómo afectaría la *parem* a tu poder. Si tenía que alejarte de la droga, necesitaba poder luchar sin hacerte daño.

—¿Y la has traído hoy por si acaso teníamos problemas?

—Sí.

—Con los Grisha.

Él asintió con la cabeza, esperando su reprimenda, pero lo único que hizo ella fue observarlo con cara pensativa. Se acercó más a él y Matthias lanzó una mirada

intranquila a las espaldas de los guardias, visibles a través de la puerta.

—Ignóralos —dijo Nina—. ¿Por qué no me has besado, Matthias?

—Este no es el momento...

—¿Es por lo que soy? ¿Es porque todavía me temes?

—No.

Ella hizo una pausa, y el fjerdano pudo verla debatiéndose con lo que quería decir.

—¿Es por cómo me comporté en el barco? ¿Por cómo actué la otra noche... cuando traté de conseguir que me dieras el resto de la *parem*?

—¿Cómo puedes pensar eso?

—Siempre me dices que soy una desvergonzada. Supongo... supongo que tengo vergüenza. —Se estremeció—. Es como llevar un abrigo que no me queda bien.

—Nina, te di mi juramento.

—Pero...

—Tus enemigos son mis enemigos, y voy a estar junto a ti contra cualquier rival... incluida esta droga maldita.

Ella negó con la cabeza, como si el fjerdano estuviera diciendo tonterías.

—No quiero que estés conmigo por un juramento, o porque pienses que tienes que protegerme, o porque creas que tienes alguna estúpida deuda de sangre conmigo.

—Nina... —comenzó él, y después se detuvo—. Nina, estoy contigo porque me dejas estar contigo. No hay mayor honor que estar a tu lado.

—Honor, deber. Lo entiendo.

Matthias podía soportar su genio, pero su decepción era inaceptable. Él solo conocía el idioma de la guerra. No tenía palabras para aquello.

—Conocerte fue un desastre.

Ella levantó una ceja.

—Gracias.

Por Djel, aquello se le daba fatal. Siguió tartamudeando, tratando de hacerse entender.

—Pero doy gracias todos los días por ese desastre. Necesitaba un cataclismo que me sacara de la vida que conocía. Tú fuiste un terremoto, un desprendimiento.

—Yo soy una flor delicada —replicó ella, poniéndose una mano en la cadera.

—Tú no eres una flor, eres todas las flores del bosque abriéndose de una vez. Eres una oleada. Eres una estampida. Eres abrumadora.

—¿Y qué preferirías? —preguntó ella, con los ojos ardientes y un ligero temblor en la voz—. ¿Una buena chica fjerdana que lleve cuellos altos y se bañe en agua fría siempre que tenga la necesidad de hacer algo emocionante?

—¡Eso no es lo que quería decir!

Nina se acercó más a él, y sus ojos volvieron a dirigirse a los guardias. Les estaban dando la espalda, pero Matthias sabía que tenían que estar escuchando, sin importar el idioma que hablaran.

—¿De qué tienes tanto miedo? —lo desafió ella—. No los mires a ellos, Matthias. Mírame a mí.

La miró. Era un esfuerzo no mirarla. Le encantaba verla con su ropa fjerdana, con el pequeño chaleco de lana, las faldas que caían. Sus ojos verdes estaban brillantes, sus mejillas rosadas y sus labios ligeramente entreabiertos. Era demasiado fácil imaginarse a sí mismo arrodillándose como un penitente ante ella, dejar que sus manos se deslizaran subiendo por las curvas blancas de sus pantorrillas, elevando esas faldas, más allá de sus rodillas hasta la piel cálida de sus muslos. Y la peor parte era que sabía lo que le gustaría su tacto. Cada célula de su cuerpo recordaba la presión de su cuerpo desnudo aquella primera noche en el campamento ballenero.

—No... No hay nadie a quien desee más, no hay nada que desee más que estar abrumado por ti.

—Pero ¿por qué no quieres besarme?

Él inhaló con lentitud, tratando de poner en orden sus pensamientos. Aquello estaba todo mal.

—En Fjerda... —comenzó.

—No estamos en Fjerda.

Necesitaba que lo comprendiera.

—En Fjerda —insistió—, le habría pedido permiso a tus padres para pasear contigo.

—No he visto a mis padres desde que era niña.

—Habríamos ido con carabina. Habría cenado con tu familia al menos tres veces antes de que nos dejaran estar juntos y a solas.

—Ahora estamos juntos y a solas, Matthias.

—Te habría traído regalos.

Nina inclinó la cabeza hacia un lado.

—Continúa.

—Rosas de invierno si pudiera permitírmelas, un peine de plata para tu pelo.

—No necesito esas cosas.

—Tartas de manzana con crema dulce.

—Pensaba que los *drüskelle* no comían dulces.

—Serían todos para ti —especificó él.

—Tienes mi atención.

—Nuestro primer beso sería en un bosque iluminado por el sol, o bajo un cielo estrellado tras un baile en la aldea, no en una tumba o algún sótano húmedo con guardias en la puerta.

—A ver si lo entiendo —dijo Nina—. ¿No me has besado porque el lugar no es lo bastante romántico?

—No es cuestión de *romance*. Un beso correcto, un cortejo correcto. Estas cosas tienen que hacerse a su manera.

—¿También para los ladrones?

Las comisuras de su bonita boca se curvaron, y por un momento Matthias temió que fuera a reírse de él, pero ella se limitó a negar con la cabeza y acercarse todavía más. Su cuerpo estaba a solo un aliento de él. La necesidad de cubrir esa pequeña distancia era enloquecedora.

—El primer día que aparecieras en mi casa para empezar con este paripé del cortejo correcto, te habría arrinconado en la despensa —aseguró—. Pero cuéntame más sobre las chicas fjerdanas, por favor.

—Hablan en voz baja. No se dedican a seducir a todos los hombres que conocen.

—También lo hago con las mujeres.

—Creo que tratarías de seducir a una palmera llena de dátiles si te prestara atención.

—Si yo tratara de seducir a una planta, puedes apostar a que se levantaría y se daría cuenta. ¿Estás celoso?

—Todo el tiempo.

—Me alegro. ¿A qué estás mirando, Matthias?

El bajo tamborileo de su voz vibraba directamente a través de él. El fjerdano mantuvo los ojos en el techo, susurrando con suavidad.

—Nada.

—Matthias, ¿estás rezando?

—Puede.

—¿Para refrenarte? —preguntó ella con dulzura.

—De verdad eres una bruja.

—Yo no soy correcta, Matthias.

—Soy consciente de ello.

Miserable, profunda y hambrientamente consciente.

—Y siento informarte de que tú tampoco.

Matthias bajó la mirada hacia ella.

—Yo...

—¿Cuántas normas has roto desde que me conociste? ¿Cuántas leyes? No van a ser las últimas. Nada de nosotros va a ser nunca correcto —dijo, e inclinó la cabeza hacia él. Estaban tan cerca ahora que casi se estaban tocando ya—. Ni cómo nos conocimos. Ni la vida que llevamos. Ni cómo nos besaremos.

Se puso de puntillas y, con esa facilidad, su boca estuvo contra la suya. Apenas fue un beso, tan solo una rápida y alarmante presión de sus labios.

Antes de que ella pudiera pensar siquiera en apartarse, él la había sujetado. Sabía que probablemente lo estaría haciendo todo mal, pero no era capaz de preocuparse, porque Nina se encontraba entre sus brazos con los labios entreabiertos y las manos enredándose alrededor de su cuello y, por Djel, su lengua estaba dentro de su boca. No era de extrañar que los fjerdanos fueran tan cautos con el cortejo. Si Matthias podía estar besando a Nina, sintiendo cómo le mordisqueaba el labio con sus dientes ingeniosos, sintiendo su cuerpo contra el suyo y oyéndola soltar ese pequeño suspiro

en la parte superior de la garganta, ¿por qué iba a molestarse jamás en hacer cualquier otra cosa? ¿Por qué iba a hacerlo nadie?

—Matthias —dijo Nina sin aliento, y después se besaron otra vez.

Era dulce como la primera lluvia, exuberante como las praderas de hierba nueva. Le pasó las manos por la espalda, recorriendo su figura, la línea de su columna, la curva enfática de sus caderas.

—*Matthias* —repitió ella con más insistencia, apartándose.

Él abrió los ojos, seguro de haber cometido algún horrible error. Nina se estaba mordiendo el labio inferior, que estaba rosado e hinchado. Pero estaba sonriendo y le centelleaban los ojos.

—¿He hecho algo mal?

—En absoluto, glorioso *babink*, pero...

Zoya se aclaró la garganta.

—Me alegra que hayáis encontrado la forma de pasar el rato mientras esperabais.

Su expresión era de puro desagrado, pero junto a ella Genya parecía a punto de explotar de alegría.

—¿A lo mejor podrías bajarme? —sugirió Nina.

La realidad golpeó a Matthias: las miradas cómplices de los guardias, Zoya y Genya en la entrada, y el hecho de que mientras besaba a Nina Zenik con un año de deseo acumulado, la había levantado del suelo.

Una oleada de vergüenza lo inundó. ¿Qué fjerdano hacía tal cosa? Con suavidad, liberó sus magníficos muslos y la dejó descender hasta el suelo.

—*Desvergonzado* —susurró Nina, y él sintió que se le ponían las mejillas rojas.

Zoya puso los ojos en blanco.

—Estamos haciendo un trato con un par de adolescentes enamorados.

Matthias sintió otra oleada de calor en la cara, pero Nina se ajustó la peluca y dijo:

—Entonces, ¿vais a aceptar nuestra ayuda?

Tardaron poco tiempo en decidir la logística de cómo iría la noche. Dado que no era seguro que Nina regresara a la taberna, en cuanto tuviera información sobre dónde y cuándo embarcar en la nave de Van Eck, llevaría el mensaje a la embajada; probablemente a través de Inej, ya que el Espectro podía ir y venir sin que la vieran. Los refugiados seguirían escondidos tanto tiempo como fuera posible, y después Genya y Zoya los llevarían al puerto.

—Preparaos para luchar —dijo Matthias—. Los shu estarán observando esta parte de la ciudad. Todavía no han tenido la temeridad de atacar la embajada o el mercado, pero es solo cuestión de tiempo.

—Estaremos listos, fjerdano —aseguró Zoya, y él pudo ver en su mirada el acero de una comandante nata.

En el camino para salir de la embajada, Nina encontró a la Mortificadora de ojos dorados que había sido parte de la emboscada en la taberna. Era shu, con el pelo



negro y corto, y llevaba unas esbeltas hachas plateadas en las caderas. Nina le había dicho que era la única Corporalnik entre los refugiados y diplomáticos Grisha.

—¿Tamar? —dijo Nina, dudosa—. Si vienen los Kherguud, no debes permitir que te atrapen. Una Mortificadora en posesión shu y bajo la influencia de la *parem* podría inclinar la balanza a su favor irremediabilmente. No puedes imaginar el poder de esa droga.

—Nadie me atrapará con vida —aseguró ella. Se sacó una pequeña pastilla de un amarillo pálido del bolsillo y la mostró entre los dedos.

—¿Veneno?

—Es creación de Genya. Mata al instante; todos las tenemos. —Se la entregó a Nina—. Tómala, solo por si acaso. Yo tengo otra.

—Nina... —comenzó Matthias. Pero ella no dudó. Se metió la pastilla en el bolsillo de la falda antes de que él pudiera decir otra palabra de protesta.

Salieron del sector del gobierno, alejándose de los puestos del mercado y de la taberna, donde se había congregado la *stadwatch*.

Matthias se instó a estar alerta, a concentrarse en regresar a salvo al Velo Negro, pero no podía dejar de pensar en esa pastilla de un amarillo pálido. Verla había hecho que el sueño volviera más vivido que nunca, el hielo del norte, Nina perdida y Matthias incapaz de salvarla. Había quemado por completo la alegría desenfrenada de besarla.

El sueño había comenzado en el barco, cuando Nina estaba en la peor parte de su lucha con la *parem*. Esa noche había estado furiosa, con el cuerpo tembloroso y la ropa empapada de sudor.

*No eres un buen hombre*, le había gritado. *Eres un buen soldado, y lo triste es que ni siquiera sabes la diferencia*. Después se había sentido mal, llorando y enferma de hambre y arrepentimiento. *Lo siento*, había dicho. *No lo decía en serio. Sabes que no*. Y un momento después: *Si tan solo me ayudaras*. Sus bonitos ojos estaban llenos de lágrimas, y a la débil luz de las lámparas, su piel pálida había parecido cubierta de escarcha. *Por favor, Matthias, siento mucho dolor. Ayúdame*. Él habría hecho cualquier cosa, habría dado cualquier cosa para aliviar su sufrimiento, pero se había jurado que no le daría más *parem*. Había hecho el juramento de no dejarla convertirse en esclava de la droga, y tenía que honrarlo sin importar lo que le costara.

*No puedo, mi amor*, le había susurrado, presionando su frente con un paño frío. *No puedo darte más parem. He hecho que cerraran la puerta desde fuera*.

En un destello, la cara de Nina cambió y sus ojos se entrecerraron. *Entonces rompe la puta puerta, maldito inútil*.

No.

Ella le escupió en la cara.

Horas después, Nina se quedó en silencio, sin energía, triste pero coherente. Se había tumbado de costado, con los párpados de un tono amarillado y el aliento saliéndole de forma entrecortada, y dijo:

—Háblame.

—¿Sobre qué?

—Lo que sea. Háblame de los *isenulf*.

No debería haberse sorprendido de que conociera los *isenulf* los lobos blancos criados para ir a la batalla con los *drüskelle*. Eran más grandes que los lobos corrientes y, aunque estaban entrenados para obedecer a sus amos, no habían llegado a perder la vena salvaje e indómita que los separaba de sus domesticados primos lejanos.

Había sido difícil pensar en Fjerda, en la vida que había dejado atrás para siempre, pero se obligó a hablar, deseoso de encontrar cualquier forma de distraerla.

—A veces hay más lobos que *drüskelle*, y otras hay más *drüskelle* que lobos. Ellos deciden cuándo aparearse, con poca influencia del criador. Son demasiado tozudos para eso.

Nina había sonreído, para después hacer una mueca de dolor.

—Continúa —susurró.

—La misma familia lleva generaciones criando a los *isenulf*. Viven muy al norte, cerca de Stenrink, el Anillo de Piedra. Cuando hay una nueva camada, viajamos allí a pie y en trineo, y cada *drüskelle* escoge a un cachorro. Desde ese momento, somos responsabilidad mutua. Luchamos juntos, dormimos sobre las mismas pieles, tus raciones son las de tu lobo. No es tu mascota. Es un guerrero como tú, un hermano.

Nina se estremeció, y Matthias sintió una enfermiza oleada de vergüenza. En una batalla contra un Grisha, el *isenulf* podía ayudar a equilibrar las cosas para un *drüskelle*, entrenado para acudir en su ayuda y desgarrar la garganta de su atacante. El poder de un Mortificador no parecía tener efecto sobre los animales. Un Grisha como Nina estaría virtualmente indefenso bajo un ataque de *isenulf*.

—¿Y si algo le pasa al lobo? —preguntó.

—Un *drüskelle* puede entrenar a otro, pero es una pérdida terrible.

—¿Y qué le pasa al lobo si matan al *drüskelle*?

Matthias se quedó en silencio durante un tiempo. No quería tener que pensar en ello. Trass había sido la criatura de su corazón.

—Vuelven a la vida salvaje, pero nunca serán aceptados por ninguna manada.

¿Y qué es un lobo sin manada? Los *isenulf* no estaban hechos para vivir solos.

¿Cuándo habían decidido los demás *drüskelle* que Matthias había muerto? ¿Había sido Brum quien había llevado a Trass al hielo del norte? La idea de su lobo abandonado, aullando para que Matthias acudiera y se lo llevara a casa, le abrió un dolor hueco en el pecho. Sentía como si algo se hubiera roto ahí y hubiera dejado un eco, la solitaria rotura de una rama demasiado llena de nieve.

Como si hubiera sentido su dolor, Nina había abierto los ojos, el verde pálido de un capullo a punto de germinar, un color que lo alejaba del hielo.

—¿Cómo se llamaba?

—Trassel.

La comisura de los labios de Nina se elevó.

—Alborotador.

—Nadie más lo quería.

—¿Era pequeño?

—No —dijo Matthias—. Lo contrario.

Había tardado más de una semana de duro viaje en llegar al Anillo de Piedra. Matthias no había disfrutado del viaje. Tenía doce años, era nuevo con los *drüskelle*, y cada día pensaba en huir. No le importaba el entrenamiento; las horas que pasaba corriendo y golpeando lo ayudaban a mantener a raya el anhelo que sentía por su familia. Quería ser un oficial. Quería luchar contra los Grisha. Quería la oportunidad de dar honor a la memoria de sus padres y su hermana. Los *drüskelle* le habían dado un propósito. Pero ¿y lo demás? ¿Las bromas en el comedor? ¿Las infinitas fanfarronadas y el charloteo estúpido? Eso no le servía de nada. Tenía una familia. Estaban enterrados bajo la tierra negra, y sus almas habían ido con Djel. Los *drüskelle* eran solo un medio para lograr un fin.

Brum le había advertido de que jamás sería un verdadero *drüskelle* si no aprendía ver a los demás chicos como a sus hermanos, pero Matthias no se lo creía. Era el más grande, el más fuerte, el más rápido. No necesitaba ser popular para sobrevivir.

Había montado en la parte de atrás del trineo durante todo el viaje, envuelto en sus pieles sin hablar con nadie, y cuando por fin habían llegado al Anillo de Piedra se había quedado atrás, inseguro de sí mismo mientras los demás *drüskelle* entraban corriendo en el gran establo, gritando y empujándose, yendo todos hacia la pila de cachorros blancos que se retorcían con sus ojos como trozos de hielo.

La verdad era que quería un cachorro de lobo con desesperación, pero sabía que tal vez no hubiera suficientes para todos. Dependía de la criadora qué chico se emparejaba con qué lobo y quién volvía a casa con las manos vacías. Muchos de ellos ya estaban hablando con la mujer mayor, tratando de encandilarla.

—¿Ves? A este le gusto.

—¡Mira! ¡Mira! ¡He conseguido que se siente!

Matthias sabía que debía tratar de ser agradable, de hacer alguna clase de esfuerzo, pero en lugar de eso se sintió atraído hacia las casetas de la parte trasera del establo. En la esquina, en una jaula de alambre, captó un destello amarillo; luz reflejándose en un par de ojos cautelosos. Se acercó más y vio a un lobo, que ya no era un cachorro pero tampoco había crecido del todo. Gruñó mientras Matthias se acercaba a la jaula, con el pelaje erizado, la cabeza gacha y los dientes desnudos. El joven lobo tenía una larga cicatriz en el hocico que cruzaba su ojo derecho y cambiaba parte de su iris de azul a un marrón moteado.

—No hay nada que hacer con él —dijo la criadora.

Matthias no sabía cuándo había aparecido tras él.

—¿Puede ver?

—Sí, pero no le gusta la gente.

—¿Por qué no?

—Se escapó cuando todavía era cachorro, y atravesó tres kilómetros de campos helados. Un niño lo encontró y le cortó con una botella rota. No deja que nadie se le acerque desde entonces, y ya está haciéndose demasiado mayor para entrenarlo. Lo más probable es que tenga que sacrificarlo pronto.

—Déjeme llevármelo.

—Te destrozaría en pedazos si intentaras darle de comer, chico. Tendremos un cachorro para ti la próxima vez.

En cuanto la mujer se alejó, Matthias abrió la jaula. Y con la misma rapidez, el lobo se lanzó hacia él y le mordió. El muchacho quiso gritar mientras los dientes del animal se hundían en su antebrazo. Cayó al suelo, con el lobo encima de él, y el dolor era mayor que cualquiera que hubiera sentido. Pero no produjo ningún sonido. Le sostuvo la mirada a la criatura mientras sus dientes se hundían más en los músculos de su brazo, con un gruñido retumbándole en el pecho.

Matthias sospechaba que las mandíbulas del lobo eran lo bastante fuertes para romper el hueso, pero no forcejeó, no gritó, ni bajó la mirada. *No voy a hacerte daño, juró, ni siquiera si tú me lo haces a mí.*

Transcurrió un largo momento, y después otro. El muchacho podía sentir la sangre empapándole la manga. Pensó que iba a perder la consciencia. Y después, con lentitud, las mandíbulas cedieron. El animal se sentó, con el pelaje blanco de su hocico cubierto de la sangre de Matthias y la cabeza inclinada hacia un lado. Soltó un resoplido.

—Encantado de conocerte —dijo el joven.

Se sentó con cautela, se vendó el brazo con la parte inferior de la camisa y entonces él y su lobo, ambos cubiertos de sangre, caminaron hasta donde se encontraban los demás, jugando en una pila de cachorros de lobo y uniformes grises.

—Este es mío —dijo mientras todos se giraban para mirar, y la mujer mayor negó con la cabeza. Después, Matthias se desmayó.

Esa noche, en el barco, el fjerdano le habló a Nina sobre Trassel, su naturaleza feroz, su cicatriz irregular. Ella se había acabado durmiendo, y Matthias se había permitido cerrar los ojos. El hielo le esperaba. El viento asesino atacaba con dientes blancos, los lobos aullaban en la distancia y Nina gritaba, pero él no podía alcanzarla.

El sueño había acudido cada noche desde entonces. Era difícil no verlo como alguna clase de presagio, y cuando Nina se había metido aquella pastilla amarilla en el bolsillo, había sido como ver la tormenta: el rugido del viento llenando sus oídos, el frío calándole los huesos, la certeza de que iba a perderla.

—Puede que la *parem* ya no funcione en ti —dijo. Por fin habían llegado al canal desierto donde habían amarrado la *gondel*.

—¿Qué?

—Tu poder ha cambiado, ¿verdad?

Los pasos de Nina flaquearon.

—Sí.

—¿Por la *parem*?

Nina se detuvo.

—¿Por qué me estás preguntando esto?

No quería preguntárselo, quería besarla otra vez. Sin embargo, dijo:

—Si te capturaran, los shu tal vez no puedan usar la droga para esclavizarte.

—O podría ir igual de mal que la otra vez.

—Esa pastilla, el veneno que te ha dado Tamar...

Nina le puso una mano sobre el brazo.

—No van a capturarme, Matthias.

—Pero si lo hicieran...

—No sé qué me hizo la *parem*. Tengo que creer que los efectos se disiparán con el tiempo.

—¿Y si no es así?

—Tienen que hacerlo —dijo ella, con el ceño fruncido—. No puedo vivir así. Es como... ser solo la mitad de mí misma. Aunque...

—¿Aunque? —insistió él.

—El ansia no es tan fuerte ahora —explicó, como si estuviera dándose cuenta—. De hecho, apenas he pensado en la *parem* desde la pelea en la taberna.

—¿Usar este nuevo poder te ha ayudado?

—A lo mejor —respondió ella con cautela—. Y...

Frunció el ceño. Matthias oyó un gruñido bajo.

—¿Eso ha sido tu *estómago*?

—Pues sí. —La cara de Nina se partió en una deslumbrante sonrisa—. Matthias, me muero de hambre.

¿Podría estar sanando de verdad por fin? ¿O lo que había hecho en la taberna le había devuelto el apetito? A Matthias no le importaba, tan solo se alegraba de que sonriera así. La cogió en brazos y la hizo girar en el aire.

—Vas a partirte algo si sigues haciendo eso —dijo ella con otra sonrisa radiante.

—Eres ligera como una pluma.

—Pues menudo será el pájaro del que sale esa pluma. Ahora ve a traerme una pila de gofres el doble de alta que tú. Tengo... —Se quedó en silencio y el color desapareció de su cara—. Por todos los Santos.

Matthias siguió su mirada y se encontró observando sus propios ojos. Habían pegado un cartel a la pared con un dibujo temiblemente preciso de su cara. Encima de la ilustración, escritas en varios idiomas, estaban las palabras «SE BUSCA».

Nina arrancó el cartel de la pared.

—Se suponía que estabas muerto.

—Alguien debe de haber pedido ver el cuerpo de Muzzen antes de que lo quemaran. —Quizá fueran los fjerdanos. Quizás alguien de la prisión. Había más palabras impresas en la parte baja en kerch que Matthias no podía leer, pero entendía

su propio nombre y el número lo bastante bien—. Cincuenta mil *kruge*. Están ofreciendo una recompensa por mi captura.

—No —dijo Nina. Señaló el texto bajo el número en grande y tradujo—: «Se busca a Matthias Helvar. Vivo o muerto». Han puesto un precio a tu cabeza.



uando Nina y Matthias irrumpieron en la tumba, Jesper quiso levantarse de la mesa y bailar un vals con ellos. Se había pasado la última hora explicándole a Kuwei cómo iban a llegar a la embajada, y estaba comenzando a tener la clara impresión de que el chico se estaba haciendo el tonto; posiblemente porque le divertían los gestos ridículos que estaba haciendo Jesper.

—¿Podrías repetir la última parte? —estaba preguntando Kuwei, acercándose un poco más de la cuenta a él.

—Nina —dijo Jesper—. ¿Puedes facilitar esta conversación?

—Gracias a los Santos —añadió Inej, alejándose de su trabajo en la mesa con Wylan y Kaz. Estaban montando la masa de cables y equipación que Kaz había robado del Cirkus Zirkoa. Wylan se había pasado las dos últimas horas haciendo modificaciones para garantizar la seguridad de Inej en los silos, añadiendo agarres magnetizados que sujetarían a sus laterales de metal.

—¿Por qué no dejas de mirarlo? —preguntó Kuwei—. Yo soy igual que él. Podrías mirarme a mí.

—No estoy mirándolo —protestó Jesper—. Estoy... supervisando su trabajo.

Cuanto antes entrara Kuwei en el barco, mejor. La tumba estaba empezando a parecer muy llena.

—¿Conseguiste contactar con los refugiados? —preguntó Inej, haciéndole un gesto a Nina para que se acercara a la mesa y despejando un sitio para que se sentara.

—Todo ha ido bien —respondió ella—. Sin contar con las ventanas rotas y que casi nos dispararon.

Kaz levantó la mirada de la mesa, interesado.

—¿Grandes problemas en la Pequeña Ravka? —preguntó Jesper.

—Nada que no pudiéramos controlar —dijo Nina—. Por favor, dime que hay algo de comer.

—¿Tienes hambre? —inquirió Inej.

Todos miraron a Nina con los ojos muy abiertos. Ella hizo una reverencia.

—Sí, sí, Nina Zenik tiene hambre. Ahora, ¿podría darme de comer alguien antes de que me vea obligada a cocinar a alguno de vosotros?

—No seas ridícula —replicó Jesper—. Tú no sabes cocinar.

Inej ya estaba escarbando entre lo que quedaba de sus provisiones, poniendo frente a Nina unas escasas porciones de bacalao en salazón, carne desecada y galletitas saladas rancias.

—¿Qué ocurrió en la taberna? —preguntó Kaz.

—Los refugiados están escondidos en la embajada —explicó Matthias—. Conocimos...

—A su líder —terminó Nina—. Estarán esperando noticias nuestras. —Se metió dos galletitas en la boca—. Esto está horrible.

—Más lento —dijo Matthias—. Vas a ahogarte.

—Merece la pena —aseguró ella, esforzándose por tragar.

—¿Por unas galletitas?

—Estoy imaginando que es tarta. ¿Cuándo sale el barco?

—Hemos encontrado un cargamento de melaza dirigido hacia Os Kervo que se marcha a las once campanadas —respondió Inej—. Specht está trabajando en los documentos ahora.

—Bien —dijo Nina, sacándose un trozo de papel arrugado del bolsillo y alisándolo sobre la mesa. Un dibujo de Matthias les devolvió la mirada—. Tenemos que salir de aquí lo antes posible.

—Maldita sea —replicó Jesper—. Kaz y Wylan siguen ganando.

Hizo un gesto a donde habían colgado los demás carteles de «se busca»: Jesper, Kaz e Inej estaban allí. Van Eck no se había atrevido todavía a pegar la cara de Kuwei Yul-Bo por todas las superficies de Ketterdam, pero sí tenía que fingir que buscaba a su hijo, así que también había un cartel que ofrecía una recompensa por el regreso a salvo de Wylan Van Eck. Mostraba sus facciones antiguas, pero Jesper no creía que se pareciera demasiado. Nina era la única que no estaba. No había conocido a Van Eck y, aunque tenía conexiones con los Despojos, era posible que él no supiera que estaba involucrada.

Matthias examinó los carteles.

—¡Cien mil *krug*! —Lanzó una fulminante mirada de incredulidad a Kaz—. Tú no vales eso.

Un amago de sonrisa tiró de los labios de Kaz.

—Las cosas son como desea el mercado.

—Dímelo a mí —dijo Jesper—. Por mí solo ofrecen treinta mil.



—Vuestras vidas están en juego —señaló Wylan—. ¿Cómo podéis actuar como si fuera una competición?

—Estamos atrapados en una tumba, mercadercillo. Hay que buscar la acción donde puedas encontrarla.

—A lo mejor deberíamos ir *todos* a Ravka —sugirió Nina, tamborileando sobre el cartel de Inej—. No es seguro que os quedéis aquí.

—No es mala idea —asintió Kaz.

Inej le lanzó una mirada rápida.

—¿Te irías a Ravka?

—Ni de broma. Pasaré desapercibido aquí. Quiero ver la vida de Van Eck haciéndose pedazos cuando caiga el martillo.

—Pero tú podrías venir —le dijo Nina a Inej—. ¿Jesper? También podríamos traer a Colm.

El pistolero pensó en su padre, atrapado en alguna espléndida suite del Geldrenner, probablemente desgastando la alfombra hasta la tarima de tanto pasearse de un lugar a otro. Tan solo habían pasado dos días desde que había visto su ancha espalda desapareciendo entre las tumbas mientras Rotty se lo llevaba del Velo Negro, pero le había parecido mucho más. Desde entonces, Jesper casi había sido asesinado por cazadores de Grisha, y le habían puesto precio a su cabeza. Pero si podían hacer el trabajo de aquella noche, su padre no tendría que saber nada de eso.

—Ni de broma —replicó—. Quiero que pa consiga su dinero tan rápido como sea posible y después vuelva a Novyi Zem. No voy a dormir tranquilo hasta que esté a salvo en la granja. Nos esconderemos en su hotel hasta que Van Eck esté desacreditado y el mercado del azúcar se vuelva loco.

—¿Inej? —preguntó Nina.

Todos miraron al Espectro, salvo Jesper. Él observó a Kaz, curioso de ver cómo reaccionaría ante la perspectiva de que Inej se marchara de la ciudad. Pero su expresión permaneció impassible, como si estuviera esperando para oír a qué hora servirían la cena.

Inej negó con la cabeza.

—Cuando vaya a Ravka, será en mi propio barco, pilotado por mi propia tripulación.

Jesper levantó las cejas.

—¿Desde cuánto eres una marinera? ¿Y qué persona cuerda querría pasar más tiempo en un barco?

Ella sonrió.

—He oído que esta ciudad vuelve loca a la gente.

Kaz se sacó el reloj del chaleco.

—Son casi las ocho campanadas. Van Eck ha citado al Consejo Mercante en su casa para una reunión esta noche.

—¿Crees que dedicarán más recursos a la búsqueda de Wylan? —preguntó Nina.

—Probablemente, pero ya no es preocupación nuestra. El ruido y la gente yendo y viniendo serán suficiente protección para que Wylan y yo saquemos el sello de la caja fuerte. Nina e Inej atacarán el Arrecife Dulce al mismo tiempo. Los guardias patrullan el perímetro de los silos constantemente, y tardan unos doce minutos en rodear la valla. Siempre dejan a alguien para vigilar la puerta, así que sed listas cuando os acerquéis. —Puso una pequeña botella con tapón en la mesa—. Esto es extracto de café. Kuwei, Nina, Jesper, quiero que todos llevéis mucho de esto. Si esos soldados shu de verdad pueden oler a los Grisha, esto podría despistarlos.

—¿Café? —preguntó Kuwei, quitando el corcho y dando un olfateo dudoso.

—Muy listo —dijo Jesper—. Antes metíamos cargamentos ilegales de *jurda* y especias entre los granos de café para despistar a los perros de la *stadwatch*. Les confunde los hocicos.

Nina tomó la botella y se aplicó una generosa cantidad del extracto detrás de las orejas y en las muñecas.

—Esperemos que los Kherguud funcionen de la misma manera.

—Será mejor que tus refugiados estén listos —añadió Kaz—. ¿Cuántos hay?

—Menos de los que pensábamos. Quince y, eh... también algunas personas de la embajada. Un total de diecisiete.

—Además de ti, Matthias, Wylan y Kuwei. Veintiuno. Specht falsificará la carta de acuerdo con eso.

—Yo no voy a ir —dijo Wylan.

Jesper unió los dedos para que no se movieran.

—¿No?

—No voy a dejar que mi padre me eche de esta ciudad otra vez.

—¿Por qué todo el mundo está tan decidido a quedarse en este miserable lugar? —refunfuñó Nina.

Jesper inclinó la silla hacia atrás, examinando a Kaz. No había demostrado sorpresa alguna al ver que Wylan quería quedarse en Ketterdam.

—Lo sabías —dijo, encajando las piezas—. Sabías que la madre de Wylan estaba viva.

—¿Su madre está viva? —preguntó Nina.

—¿Por qué te crees que os dejé ir a Olendaal? —replicó Kaz.

Wylan pestañeó.

—Y sabías que estaba mintiendo sobre la cantera.

Jesper sintió una punzada de furia. Una cosa era que Kaz jugara con él, pero Wylan no era como los demás. A pesar de que le había tocado una mala mano con su padre, él no había permitido que sus circunstancias o aquella ciudad le arrancaran la bondad a golpes. Todavía creía que la gente podía hacer el bien. Jesper señaló a Kaz con un dedo.

—No deberías haberlo enviado a Santa Hilde a ciegas de ese modo. Ha sido cruel.

—Ha sido necesario.

Wylan tenía los puños apretados.

—¿Por qué?

—Porque todavía no comprendías lo que tu padre es en realidad.

—Podrías habérmelo dicho.

—Estabas enfadado, pero el enfado se pasa. Necesitaba que tuvieras una justificación de verdad.

Wylan cruzó los brazos.

—Bueno, pues ya la tengo.

Kaz unió las manos sobre el bastón.

—Se está haciendo tarde, así que dejad de lloriquear por el pobre Wylan y centrad la mente en la tarea que tenemos entre manos. Matthias, Jesper y Kuwei se marcharán a la embajada a las nueve campanadas y media. Os acercaréis desde el canal. Jesper, tú eres alto, moreno y llamativo...

—Todos sinónimos de «maravilloso».

—Y eso significa que tienes que ser el doble de cuidadoso.

—Siempre hay que pagar un precio por la grandeza.

—Intenta tomarte esto en serio —dijo Kaz, con la voz como una cuchilla oxidada. ¿Era preocupación de verdad? Jesper trató de no preguntarse si era por él o por el trabajo—. Moveos rápido y que todos lleguen al muelle no antes de las diez. No quiero que estéis por ahí atrayendo atención. Nos veremos en el Tercer Puerto, en el amarradero quince. El barco se llama *Verrhader*. Recorre la ruta entre Kerch y Ravka varias veces al año. —Se levantó—. Sed listos y silenciosos. Nada de esto funcionará si Van Eck se entera.

—Y tened cuidado —añadió Inej—. Quiero celebrarlo con todos vosotros cuando ese barco se marche del puerto.

Jesper también quería eso. Quería verlos a todos a salvo cuando terminara aquella noche.

Levantó la mano.

—¿Habrás champán?

Nina se terminó las galletitas y se lamió los dedos.

—Estaré yo, que soy efervescente.

Tras eso, no había nada que hacer salvo terminar de guardar su equipación. No habría ninguna gran despedida.

Jesper se acercó a la mesa donde Wylan estaba llenando su bandolera y fingió buscar algo que necesitaba en la pila de mapas y documentos. Dudó, y después dijo:

—Podrías quedarte conmigo y con pa. Si quieres. En el hotel. Si necesitas un lugar para esperar.

—¿De verdad?

—Claro —afirmó Jesper con un encogimiento que no parecía correcto para sus hombros—. Inej y Kaz también. No podemos desperdigarnos todos antes de que reciba su merecido.

—¿Y después de eso? Cuando tu padre pague el préstamo, ¿volverás a Novyi Zem?

—Debería. —Wylan aguardó, pero Jesper no tenía una respuesta para él. Si volviera a la granja, estaría lejos de las tentaciones de Ketterdam y el Barril. Pero también podría encontrar nuevos problemas en los que meterse. Y tendría mucho dinero. Incluso después de pagar el préstamo, todavía le quedarían más de tres millones de *kruge*. Volvió a encogerse de hombros—. Kaz es el que planea.

—Claro —respondió Wylan, pero Jesper podía ver la decepción en su cara.

—¿Supongo que tú tienes todo tu futuro decidido?

—No. Tan solo sé que voy a sacar a mi madre de ese lugar y tratar de construirnos alguna clase de vida. —Wylan señaló con la cabeza los carteles de la pared—. ¿De verdad es esto lo que quieres? ¿Ser un criminal? ¿Seguir saltando del siguiente golpe a la siguiente pelea y a la siguiente huida por los pelos?

—¿Sinceramente?

Jesper sabía que lo más probable es que a Wylan no le fuera a gustar lo que iba a decir a continuación.

—Ya es la hora —dijo Kaz desde la puerta.

—Sí, esto es lo que quiero —respondió Jesper. Wylan se pasó la bandolera por encima del hombro y, sin pensar, Jesper extendió la mano para enderezar la correa. No la soltó—. Pero no es lo único que quiero.

—Ya —insistió Kaz.

*Voy a machacarle la cabeza con ese bastón.* Jesper soltó la correa.

—Sin llantos.

—Sin funerales —respondió Wylan en voz baja. Él y Kaz desaparecieron por la puerta.

Nina e Inej fueron después. Nina había desaparecido en uno de los pasadizos para quitarse el ridículo disfraz fjerdano y vestirse con ropa más práctica: pantalones, abrigo y túnica, todos de estilo y confección *ravkana*. Se había llevado a Matthias con ella y habían salido ruborizados y con la ropa arrugada unos cuantos minutos después.

—¿Concentrados en vuestras tareas? —preguntó Jesper sin poder resistirse.

—Estoy enseñándoselo todo sobre la diversión a Matthias. Es un excelente estudiante. Diligente en sus lecciones.

—Nina... —advirtió él.

—Tiene problemas de actitud, pero muestra capacidad de mejora.

Inej empujó la botella de extracto de café hacia Jesper.

—Intenta ser cauto esta noche, Jes.

—Se me da casi tan bien la cautela como a Matthias la diversión.

—A mí se me da perfectamente la diversión —gruñó Matthias.

—Perfectamente —asintió Jesper.

Había más cosas que quería decirles a todos, especialmente a Inej, pero no delante de los demás. *A lo mejor no se lo digo nunca*, admitió. Le debía una disculpa a Inej. Su descuido los había metido en una emboscada en el Quinto Puerto antes de que se marcharan para el trabajo en la Corte de Hielo, y el error casi había costado su vida al Espectro. Pero ¿cómo demonios te disculpabas por eso? *Siento que casi te mataran a puñaladas por mi culpa. ¿Quién quiere gofres?*

Antes de que pudiera seguir reflexionando, Inej le había plantado un beso en la mejilla, Nina había dirigido un gesto de un solo dedo a la pared de los carteles de «se busca», y Jesper se quedó esperando a las nueve campanadas y media, solo en la tumba con un Kuwei de aspecto taciturno y un Matthias que no dejaba de dar vueltas.

Kuwei comenzó a reorganizar los cuadernos en su equipaje. Jesper se sentó a la mesa.

—¿Necesitas todo eso?

—Sí —respondió Kuwei—. ¿Has estado en Ravka?

*El pobre crío tiene miedo*, pensó Jesper.

—No, pero tendrás contigo a Nina y Matthias.

Kuwei echó un vistazo al fjerdano y susurró:

—Él es muy serio.

Jesper tuvo que reírse.

—No es lo que yo llamaría el alma de la fiesta, pero tiene unas pocas cualidades buenas.

—Puedo oírte, Fahey —gruñó Matthias.

—Bien. Odiaría tener que gritar.

—¿No te preocupas siquiera por los demás? —preguntó el fjerdano.

—Pues claro. Pero tampoco puedo hacer de niñera. El tiempo de preocuparse ha terminado. Ahora llegamos a lo divertido —dijo, dando unos golpecitos a sus pistolas—. El momento de actuar.

—O de morir —murmuró Matthias—. Sabes tan bien como yo que Nina no está en su mejor momento.

—No tiene que estarlo esta noche. La idea es *no* meternos en una pelea, vaya.

Matthias dejó de pasearse y tomó asiento frente a la mesa, delante de Jesper.

—¿Qué pasó en la casa del lago?

Jesper alisó la esquina de uno de los mapas.

—No estoy seguro, pero creo que mató a un hombre asfixiándolo con una nube de polvo.

—No lo entiendo —dijo Matthias—. ¿Una nube de polvo? Hoy controló trozos de hueso... jamás podría haberlo hecho antes de la *parem*. Parece pensar que el cambio es temporal, un efecto residual de la droga, pero... —Se giró hacia Kuwei—. ¿Podría la *parem* alterar el poder de un Grisha? ¿Cambiarlo? ¿Destruirlo?

Kuwei jugueteó con el cierre de su macuto de viaje.

—Supongo que es posible. Sobrevivió a la abstinencia. Eso es poco común, y sabemos muy poco sobre la *parem* y el poder Grisha.

—¿No abristeis a los suficientes para resolver ese enigma?

Las palabras habían salido de la boca de Jesper antes de que pudiera pensarlas mejor. Sabía que no eran justas. Kuwei y su padre eran Grisha, y ninguno había estado en posición de evitar que los shu experimentaran con otros.

—¿Estás enfadado conmigo? —preguntó Kuwei.

Jesper sonrió.

—No soy de los que se enfadan.

—Sí que lo estás —dijo Matthias—. Enfadado y asustado.

Jesper evaluó con la mirada al enorme fjerdano.

—¿Disculpa?

—Jesper es muy valiente —protestó Kuwei.

—Gracias por darte cuenta. —Jesper estiró las piernas y cruzó un tobillo sobre el otro—. ¿Tienes algo que decir, Matthias?

—¿Por qué no vas a ir a Ravka?

—Mi padre...

—Tu padre podría venir con nosotros esta noche. Y si estás tan preocupado por él, ¿por qué no has ido a su hotel hoy?

—No creo que nada de eso sea asunto tuyo.

—Sé lo que es sentirse avergonzado de lo que eres, de lo que has hecho.

—¿De verdad quieres empezar con esto, cazador de brujas? No estoy avergonzado. Tan solo tengo cuidado. Gracias a gente como tú y tus colegas *drüskelle*, el mundo es un lugar peligroso para la gente como yo. Siempre lo ha sido, y no parece que vaya a mejorar.

Kuwei estiró la mano y tocó la de Jesper, con cara suplicante.

—Entiéndelo. Por favor. Lo que hicimos, lo que mi padre hizo... Estábamos tratando de mejorar las cosas, de encontrar una forma para que un Grisha pudiera...

Hizo un gesto como si aplastara algo.

—¿Suprimir sus poderes? —sugirió Matthias.

—Sí. Exacto. Esconderse con más facilidad. Si un Grisha no usa sus poderes, enferma. Envejece, se cansa con facilidad, pierde el apetito. Es una forma que tienen los shu de identificar a los Grisha que tratan de vivir en secreto.

—Yo no uso mi poder —dijo Jesper—. Y aun así... —Comenzó a levantar los dedos para enumerar los hechos mientras los decía—. Uno: por una apuesta, me comí literalmente un abrevadero lleno de gofres bañados en sirope de manzana y casi volví para repetir. Dos: la falta de energía nunca ha sido mi problema. Tres: no he estado enfermo ni un día en toda mi vida.

—¿No? —preguntó Matthias—. Hay muchas clases de enfermedad.

Jesper se llevó las manos a los revólveres. Al parecer el fjerdano tenía muchas cosas en la mente esa noche.

Kuwei abrió su macuto y sacó una lata de *jurda* corriente, la que vendían en cualquier tienda de Ketterdam.

—La *jurda* es un estimulante, buena para controlar la fatiga. Mi padre piensa... pensaba que era la respuesta para ayudar a los nuestros. Si puede encontrar la fórmula correcta, permitirá a los Grisha seguir sanos mientras esconden sus poderes.

—Pero no salió bien, ¿verdad? —preguntó Jesper. A lo mejor estaba *un poco* enfadado.

—Las pruebas no fueron como planeaba. Alguien del laboratorio habla más de la cuenta. Nuestros líderes lo descubren y ven un destino diferente para la *parem*. —Negó con la cabeza e hizo un gesto a su macuto—. Ahora intento recordar los experimentos de mi padre.

—¿Eso es lo que garabateas en los cuadernos?

—También llevo un diario.

—Debe de ser fascinante. Día uno: estuve sentado en la tumba. Día dos: otra vez estuve sentado en la tumba.

Matthias ignoró a Jesper y preguntó:

—¿Has tenido éxito?

Kuwei frunció el ceño.

—Algo. Creo. En un laboratorio con científicos de verdad, tal vez más. No soy mi padre. Era un Hacedor, y yo un Inferni. Esto no es lo que se me da bien.

—¿Qué es lo que se te da bien? —preguntó Jesper.

Kuwei le lanzó una mirada seria y después frunció el ceño.

—Nunca he tenido oportunidad de averiguarlo. En Shu Han vivimos siempre con miedo. Nunca fue un hogar.

Desde luego, aquello era algo que Jesper podía comprender. Tomó la lata de *jurda* y abrió la tapa. Era de calidad, con un dulce aroma, y las flores secas estaban casi enteras y eran de un vibrante color naranja.

—¿Crees que si tienes un laboratorio y algunos Hacedores Grisha cerca podrías ser capaz de recrear los experimentos de tu padre y de algún modo encontrar un antídoto?

—Eso espero —dijo Kuwei.

—¿Cómo funcionaría?

—¿Purgaría el cuerpo de *parem*? —preguntó Matthias.

—Sí. Sacaría la *parem* —respondió el muchacho—. Pero aunque funcione, ¿cómo administrarlo?

—Tendrías que acercarte lo suficiente para inyectárselo a alguien o hacer que se lo trague —señaló el fjerdano.

—Y para cuando estuvieras lo bastante cerca, estarías acabado —terminó Jesper.

El pistolero pellizcó una de las flores de *jurda* entre los dedos. Con el tiempo, alguien averiguaría cómo crear su propia versión de la *jurda parem* y, cuando lo hicieran, una de esas flores podría valer una pequeña fortuna. Si se concentraba en los

pétalos, aunque fuera un poco, podía sentirlos dividiéndose en sus componentes más pequeños. No era exactamente ver, sino más como sentir todos los diferentes y diminutos trozos de materia que formaban un todo.

Volvió a meter la flor en la lata. Cuando era pequeño, tumbado en los campos de su padre, había descubierto que podía sacar el color de una flor de *jurda* pétalo por pétalo. Una tarde aburrída, había extraído el color del pasto para formar una palabrota en letras mayúsculas. Su padre se había enfurecido, pero también había tenido miedo. Le había reprendido a gritos hasta quedarse ronco, y después, se había quedado ahí mirándolo, con las grandes manos alrededor de una taza de té para evitar que temblaran. Al principio, Jesper pensaba que su padre estaba enfadado por la palabrota, pero no era aquello en absoluto.

—Jes —le había dicho al fin—. No debes volver a hacer eso nunca. Prométemelo. Ma tenía el mismo don. Tan solo puede traerte desgracia.

—Prometido —había dicho Jesper con rapidez, queriendo arreglar las cosas, todavía aturdido por ver a su paciente y amable padre tan furioso. Pero lo único que pensó fue: *ma no parecía desgraciada*.

De hecho, su madre había parecido alegrarse por todo. Era zemeni, con la piel de un marrón profundo y luminoso, y tan alta que su padre tenía que inclinar la cabeza hacia atrás para mirarla a los ojos. Antes de que Jesper fuera lo bastante mayor para trabajar en los campos con su padre, se quedaba en casa con ella. Siempre había colada de la que ocuparse, comida que hacer, madera que cortar, y a Jesper le encantaba ayudarla.

—¿Cómo está mi tierra? —le preguntaba cada día a su marido cuando llegaba de los campos, y después Jesper supo que la granja había estado a su nombre, un regalo de bodas de su padre, que había cortejado a Aditi Hilli durante casi un año antes de que ella se dignara a darle la hora.

—Florecente —decía él, besándole la mejilla—. Al igual que tú, amor.

El padre de Jesper siempre prometía jugar con él y enseñarle a tallar por la noche, pero siempre se quedaba dormido junto al fuego después de cenar, con las botas todavía puestas y las suelas manchadas de naranja por la *jurda*. Jesper y su madre se las quitaban de los pies, aguantando las risitas, y después lo cubrían con una manta y se ocupaban del resto de tareas de la noche. Limpiaban la mesa, descolgaban la ropa, y ella lo metía en la cama. Sin importar lo ocupada que estuviera, sin importar cuántos animales hubiera que esquilar o cuántas cestas tuviera que arreglar, parecía tener la misma energía infinita que Jesper, y siempre le quedaba tiempo para contarle un cuento antes de dormir o tararearle una canción.

La madre de Jesper era quien le había enseñado a montar a caballo, poner una trampa, limpiar un pescado, desplumar una codorniz, prender un fuego solo con dos palos, y hacer una buena taza de té. Y le había enseñado a disparar. Primero con una pistola infantil de perdigones que era poco más que un juguete, y después con pistolas y un rifle.



—Todos pueden disparar —le había dicho—, pero no todos pueden apuntar.

Le había enseñado a calcular la distancia, cómo rastrear a un animal entre los arbustos, los trucos que puede provocar la luz en tu vista, cómo contar con la velocidad del viento, y cómo disparar corriendo y después montando a caballo. No había nada que su madre no pudiera hacer.

También había lecciones secretas. A veces, cuando llegaban tarde a casa y necesitaba poner la cena en marcha, hervía el agua sin calentar el fogón siquiera, hacía que el pan se cociera solo mirándolo. Él la había visto sacarle manchas de la ropa solo con un roce de los dedos, y la había visto hacer su propia pólvora extrayendo el nitrato de potasio del fondo de un lago seco hacía mucho, cerca de donde vivían.

—¿Por qué pagar por algo que puedo hacer mejor yo misma? —preguntaba—. Pero no se lo menciones a pa, ¿vale? —Cuando Jesper le había preguntado por qué, ella tan solo decía—: Porque ya tiene bastante de lo que preocuparse, y no me gusta que se preocupe por mí.

Pero pa se preocupaba, sobre todo cuando alguno de los amigos zemeni de su esposa llamaba a la puerta en busca de ayuda o curación.

—¿Crees que los esclavizadores no te encontrarán aquí? —le había preguntado una noche, paseándose por su cabaña mientras Jesper estaba aovillado entre las mantas, fingiendo dormir para poder escuchar—. Si se corre la voz de que hay una Grisha viviendo aquí...

—Esa voz —dijo Aditi con un gesto de una de sus gráciles manos—, no es nuestra voz. No puedo fingir ser lo que no soy, y si mis dones pueden ayudar a la gente, entonces es mi deber utilizarlos.

—¿Y qué pasa con nuestro hijo? ¿No le debes nada? Tu primer deber es permanecer a salvo para que no te perdamos.

Pero la madre de Jesper había tomado la cara de Colm entre sus manos, con mucha suavidad y mucha amabilidad, con todo el amor brillando en sus ojos.

—¿Qué clase de madre sería para mi hijo si escondiera mis talentos? ¿Si dejara que el miedo fuera mi guía en esta vida? Sabías lo que yo era cuando me pediste que te eligiera, Colm. No sugieras ahora que sea menos.

Y así, la frustración del hombre desapareció.

—Lo sé. Es solo que no puedo soportar la idea de perderte.

Ella se rio y le besó.

—Entonces, debes mantenerme cerca —dijo con un guiño. Y entonces la discusión terminaba, hasta la siguiente.

Resultó que el padre de Jesper se equivocaba. No perdieron a Aditi por los esclavizadores.

El muchacho se despertó una noche oyendo voces, y cuando salió de debajo de las mantas vio a su madre poniéndose el abrigo sobre el largo camisón, cogiendo un sombrero y sus botas. Él tenía siete años, era pequeño para su edad pero lo bastante

mayor para saber que las conversaciones más interesantes ocurrían después de que se fuera a la cama. Había un zemeni en la puerta con polvorienta ropa de montar, y su padre estaba diciendo:

—Estamos en mitad de la noche. Seguro que puede esperar hasta la mañana.

—Si fuera Jes quien sufriera, ¿dirías eso? —preguntó ella.

—Aditi...

Ella le había besado la mejilla, y después había cogido a Jesper en brazos.

—¿Está despierto mi conejito?

—No —dijo él.

—Pues entonces, debes de estar soñando. —Lo arropó y le besó las mejillas y la frente—. Vete a dormir, conejito, y yo volveré mañana.

Pero no lo hizo, y cuando alguien llamó a la puerta la mañana siguiente, no era su madre, sino el mismo zemeni polvoriento.

Colm cogió a su hijo y salió por la puerta en unos momentos. Se puso un sombrero sobre la cabeza, sentó a Jesper en la montura delante de él, y puso el caballo al galope. El hombre polvoriento montaba en un caballo todavía más polvoriento, y lo siguieron por kilómetros de tierra cultivada hasta una granja blanca al borde de un campo de *jurda*. Era mucho más bonita que su pequeña cabaña, de dos metros de altura y con cristal en las ventanas.

La mujer que los esperaba en la puerta era más rechoncha que la madre de Jesper, pero casi igual de alta, y tenía el pelo apilado en gruesas trenzas enroscadas. Les hizo un gesto para que entraran, diciendo:

—Está arriba.

En los años posteriores, cuando Jesper hubo unido los fragmentos de lo que había ocurrido en aquellos días terribles, recordaba muy pocas cosas: los suelos de madera pulida de la granja y cómo parecían casi sedosos bajo sus dedos, los ojos de la mujer rechoncha, rojos de llorar, y la chica, una niña varios años mayor que Jesper con trenzas como la de su madre. La chica había bebido de un pozo que se había excavado demasiado cerca de una de las minas. Se suponía que tenían que cubrirlo con tablones, pero tan solo se habían llevado el cubo. El cabrestante seguía ahí, y también la vieja cuerda. Así que la chica y sus amigos habían utilizado sus fiambreras de la comida para sacar el agua, fría como la mañana y el doble de clara. Los tres habían enfermado aquella noche, y dos habían muerto. Pero la madre de Jesper había salvado a la chica, la hija de la mujer rechoncha.

Aditi había acudido a la cama de la muchacha, había olisqueado la fiambarrera de metal, y después había puesto las manos sobre la piel febril de la chica. Al mediodía siguiente, la fiebre había bajado y el tono amarillo había desaparecido de los ojos de la chica. Al caer la tarde, se sentó y le dijo a su madre que tenía hambre. Aditi le sonrió una vez y se derrumbó.

—No tuvo suficiente cuidado al extraer el veneno —dijo el hombre polvoriento—. Absorbió demasiado. He visto como les ocurría a otros *zowa*.

*Zowa*. Simplemente significaba «bendecidos». Esa era la palabra que utilizaba la madre de Jesper en vez de «Grisha». *Somos zowa*, le decía simplemente a Jesper mientras hacía florecer un capullo con un roce de los dedos. *Tú y yo*.

Ahora no había nadie a quien llamar para salvarla. Jesper no sabía cómo hacerlo. Si su madre hubiera estado consciente, si hubiera estado más fuerte, tal vez habría podido sanarse sola. En lugar de eso se alejó en un sueño profundo, y su respiración se volvió más y más trabajosa.

Jesper dormía con la mejilla contra la palma de su madre, seguro de que en cualquier momento ella se despertaría, le acariciaría la mejilla, y oiría su voz diciendo «¿Qué estás haciendo aquí, conejito?». En lugar de eso, el muchacho se despertó con el sonido de su padre llorando.

La habían llevado de vuelta a la granja para enterrarla debajo de un cerezo que ya estaba comenzando a florecer. A Jesper le había parecido demasiado bonito para un día así, e incluso de mayor, ver esas flores de un rosa pálido en un escaparate o bordadas en las sedas de alguna mujer siempre lo ponía melancólico. Lo llevaban de vuelta al olor a tierra recién removida, al viento susurrando entre los campos, a la temblorosa voz de barítono de su padre cantando una canción solitaria, una melodía kaélica con palabras que Jesper no comprendía.

Cuando Colm hubo terminado, con las últimas notas elevándose hacia las ramas del cerezo, Jesper preguntó:

—¿Ma era una bruja?

Colm le puso una mano pecosa sobre el hombro a su hijo y lo atrajo más a él.

—Era una reina, Jes —dijo—. Era nuestra reina.

Jesper había hecho la cena aquella noche, panecillos quemados y sopa aguada, pero su padre se lo comió todo y le leyó de su libro kaélico de Santos hasta que las luces se fueron apagando y el dolor del corazón del muchacho se calmó lo suficiente para que pudiera dormir. Y así fueron las cosas desde entonces, ellos dos, cuidándose el uno al otro, trabajando en los campos, recogiendo y secando *jurda* en verano, tratando de sacar beneficios a la granja. ¿Por qué no había sido suficiente?

Pero incluso mientras Jesper lo pensaba, sabía que jamás podría ser suficiente. Jamás podría volver a esa vida. No estaba hecho para ella. A lo mejor si su madre hubiera vivido, le habría enseñado a canalizar su inquietud. A lo mejor le habría enseñado cómo usar su poder en vez de esconderlo. A lo mejor se habría ido a Ravka para ser soldado de la corona. O a lo mejor habría acabado en el mismo sitio de todos modos. Se limpió la mancha de *jurda* de los dedos y volvió a tapan la lata.

—Los zemeni no usan solo las flores —dijo—. Recuerdo que mi madre empapaba los tallos de *jurda* en leche de cabra. Me los daba cuando había estado fuera en los campos.

—¿Por qué? —preguntó Matthias.

—Para contrarrestar los efectos de inhalar polen de *jurda* todo el día. Es demasiado para el sistema de un niño, y nadie quería que fuera más nervioso de lo

que ya era.

—¿Los tallos? —repitió Kuwei—. La mayoría de la gente se deshace de ellos.

—Los tallos tienen un bálsamo, los zemeni lo drenan para hacer ungüentos. Los frotan en las encías y las fosas nasales de los bebés cuando están quemando *jurda*. — Los dedos de Jesper tamborilearon sobre la lata, con un pensamiento formándose en su mente. ¿Podría ser que el secreto del antídoto para la *jurda parem* se encontrara en la propia planta de *jurda*? Él no era un químico; no pensaba como Wylan, y no había sido entrenado como Hacedor. Pero era el hijo de su madre—. ¿Y si hay una versión de ese bálsamo que pueda contrarrestar los efectos de la *jurda parem*? Seguiría sin haber forma de admin...

Fue entonces cuando la ventana se rompió. Jesper sacó las pistolas en un suspiro, y Matthias empujó a Kuwei al suelo y se puso el rifle al hombro. Se acercaron a la pared y Jesper miró al exterior a través del vidrio de colores destrozado. Entre las sombras del cementerio vio antorchas levantadas, formas cambiantes que tenían que ser gente... mucha gente.

—Salvo que los fantasmas se hayan vuelto muy vivaces —dijo Jesper—, parece que tenemos compañía.

CUARTA PARTE

# EL INVITADO INESPERADO





or la noche, el distrito de los almacenes parecía haber mudado la piel para adoptar una nueva forma. Las chabolas de sus fronteras orientales chisporroteaban de vida, mientras que las calles del propio distrito eran tierra de nadie, ocupadas solo por los guardias en sus puestos y los agentes de la *stadwatch* patrullando.

Inej y Nina amarraron su bote en el ancho canal que recorría el centro del distrito y bajaron por el muelle silencioso, manteniéndose cerca de los almacenes y lejos de las farolas que había en los laterales del agua. Pasaron junto a barcazas cargadas de madera y grandes artesas con montañas de carbón. De vez en cuando, veían hombres que trabajaban a la luz de las lámparas, cargando barriles de ron o fardos de algodón. Un cargamento tan valioso no podía quedar desatendido por la noche. Cuando casi habían llegado al Arrecife Dulce, vieron a dos hombres descargando algo de un vagón grande aparcado a un lateral del canal, iluminado por una sola lámpara con un tono azulado.

—Cadáver de luz —susurró Inej, y Nina se estremeció. Los huesos de luz, hechos con los esqueletos aplastados de los peces de las profundidades, emitían un brillo verde. Pero los cadáveres de luz ardían con otro combustible, una advertencia azul que permitía a la gente identificar las barcazas de los enterradores, cuyo cargamento eran los muertos.

—¿Qué están haciendo los enterradores en el distrito de los almacenes?

—A la gente no le gusta ver cadáveres en las calles o los canales. El distrito de los almacenes está casi desierto por la noche, así que aquí es donde traen los cuerpos. Cuando se pone el sol, los enterradores recogen a los muertos y los traen aquí.

Trabajan por turnos, barrio tras barrio. Al amanecer ya se han ido, y también el cargamento.

A la Barcaza del Segador, para quemarlos.

—¿Por qué no construyen un cementerio de verdad? —preguntó Nina.

—No hay espacio. Hace mucho tiempo estuvieron hablando de reabrir el Velo Negro, pero cambiaron de idea cuando se extendió la Plaga de la Dama de la Reina. La gente tiene demasiado miedo al contagio. Si tu familia se lo puede permitir, te envían a algún cementerio o camposanto fuera de Ketterdam. Y si no pueden...

—Sin llantos —respondió Nina, sombría.

Sin llantos, sin funerales. Una forma de desear buena suerte. Pero era algo más. Un macabro guiño al hecho de que no habría caros entierros para la gente como ellos, ninguna lápida de mármol para recordar sus nombres, ninguna corona de mirto y rosas.

Inej llevó la delantera mientras se acercaban al Arrecife Dulce. Los propios silos eran sobrecogedores, enormes como dioses centinelas, monumentos a la industria adornados con el laurel rojo de Van Eck. Pronto todos sabrían lo que representaba ese emblema: cobardía y engaño. El grupo circular de los silos de Van Eck estaba rodeado por una alta valla de metal.

—Alambre de espino —observó Nina.

—No será un problema.

Lo habían inventado para que el ganado se quedara en sus corrales, pero no sería un desafío para el Espectro.

Ocuparon un lugar de vigilancia detrás de la robusta pared de ladrillos rojos de un almacén y observaron para asegurarse de que la rutina de los guardias no hubiera cambiado. Tal como había dicho Kaz, los guardias tardaban casi doce minutos exactos en rodear la valla que había alrededor de los silos. Cuando los patrulleros se encontraran en el lado oriental del perímetro, Inej tendría unos seis minutos para cruzar la alambrada. En cuanto pasaran al lado occidental, sería demasiado fácil que la vieran en la cuerda entre los silos, pero en el tejado sería casi imposible verla. Durante esos seis minutos, Inej se encargaría de depositar el gorgojo en la escotilla del silo y después quitar la cuerda. Si tardaba más de seis minutos, tan solo tendría que esperar a que los guardias volvieran a dar la vuelta. No podría verlos, pero Nina tenía un potente hueso de luz a mano. Le haría una señal a Inej con un breve destello de luz verde cuando pudiera hacer el cruce.

—Diez silos —dijo Inej—. Nueve cruces.

—Son mucho más altos de cerca —señaló Nina—. ¿Estás preparada para esto?

Inej no podía negar que resultaban intimidantes.

—Da igual la altura de la montaña, la subida es la misma.

—Eso no es cierto técnicamente. Necesitas cuerdas, picos...

—No seas tan Matthias.

Nina se cubrió la boca, horrorizada.



—Voy a comer el doble de tarta para compensarlo.

Inej asintió sabiamente con la cabeza.

—Una política sensata.

La patrulla estaba saliendo otra vez del puesto de guardia.

—Inej —comenzó Nina, vacilante—. Deberías saber que mi poder no ha sido el mismo desde la *parem*. Si nos metemos en una pelea...

—No habrá peleas esta noche. Pasaremos como fantasmas. —Dio un apretón en los hombros a Nina—. Y no conozco a una guerrera más feroz, con poderes o sin ellos.

—Pero...

—Nina, los guardias.

La patrulla había desaparecido de la vista. Si no actuaban ya, tendrían que esperar al siguiente ciclo, y eso las haría retrasarse.

—De acuerdo —respondió Nina, y avanzó a zancadas hacia el puesto de guardia.

En los pocos pasos que tardó en cruzar el espacio entre el almacén y el círculo de luz que bañaba el puesto de guardia, todo el comportamiento de Nina cambió. Inej no podía explicarlo, pero sus pasos se volvieron más dudosos, sus hombros cayeron ligeramente. Casi parecía encogerse. Ya no era una Grisha entrenada, sino una inmigrante joven y nerviosa que buscaba un atisbo de amabilidad.

—¿Por favor, disculpe? —dijo con un acento ravkano ridículamente marcado.

El guardia puso el arma en alto, pero no parecía demasiado preocupado.

—No deberías estar aquí por la noche.

Nina murmuró algo, mirándolo con sus grandes ojos verdes. Inej no tenía ni idea de que pudiera parecer tan completamente honesta.

—¿Qué has dicho? —preguntó el guardia, acercándose más.

Inej se movió. Encendió el largo detonador de la bomba lumínica de bajo grado que le había dado Wylan y después corrió hacia la valla, manteniéndose lejos del círculo de luz, y subió en silencio. Estaba casi justo detrás del guardia y de Nina, y después sobre ellos. Podía oír sus voces mientras se deslizaba con facilidad entre las espirales de alambre de cuchillas.

—Vengo por trabajo, ¿sí? —dijo Nina—. Para hacer azúcar.

—Aquí no lo hacemos, solo lo almacenamos. Tendrás que ir a una de las plantas de procesamiento.

—Pero necesito trabajo. Yo... Yo...

—Eh, oye, no llores. Calma, calma.

Inej contuvo un resoplido y bajó en silencio al suelo al otro lado de la valla. A través de ella, podía ver los sacos de arena que Kaz había mencionado antes apilados contra la pared trasera del puesto de guardia, y la esquina de lo que debía de ser la red que había planeado que utilizara.

—¿Tu... eh... tu compañero también busca trabajo? —estaba preguntando el guardia.

—No tengo... ¿cómo se dice? ¿*Compañero*?

La puerta junto al puesto de guardia no estaba cerrada desde dentro, así que Inej la abrió, dejándola solo un tanto entreabierta para Nina, y corrió hacia las sombras en la base del silo más cercano.

Oyó a Nina despidiéndose y caminando en la dirección opuesta al lugar de vigilancia. Después Inej esperó. Pasaron los minutos y, justo cuando estaba convencida de que la bomba estaba defectuosa, se oyó un sonoro estallido y un brillante destello de luz chisporroteó en el almacén que habían utilizado para espiar a los guardias. El guardia volvió a salir, con el rifle en alto, y dio unos pocos pasos hacia el almacén.

—¿Hola? —gritó.

Nina salió de entre las sombras tras él y cruzó la puerta en cuestión de unos instantes. La cerró tras ella, se dirigió hacia el segundo silo y desapareció en la oscuridad. Desde allí, sería capaz de darle la señal a Inej mientras los guardias hacían sus rondas.

El guardia regresó a su puesto, caminando hacia atrás por si acaso hubiera todavía alguna amenaza en los almacenes. Al fin, se dio la vuelta, dio una sacudida a la puerta para asegurarse de que estuviera cerrada, y volvió al interior del puesto.

Inej esperó la señal de Nina, y después subió a toda velocidad los peldaños del lateral del silo. Un piso, dos, diez. En el carnaval, su tío habría mantenido al público entretenido mientras subía. *Nunca se ha intentado un truco como este, ¡y mucho menos alguien tan joven! Sobre vosotros, contemplad la terrorífica cuerda floja. Se encendería un foco, iluminando la cuerda de modo que pareciera una frágil telaraña que colgaba en la tienda. Caballeros, tomad la mano de vuestras damas. ¿Veis lo delgados que son sus dedos? ¡Ahora imaginad que tratáis de caminar sobre algo tan delgado, tan frágil como eso! ¿Quién se atrevería a tal cosa? ¿Quién se atrevería a desafiar a la propia Muerte?*

Entonces Inej aparecería en la parte superior de la vara y, con las manos en las caderas, gritaría: *¡Yo lo haré!*

Y el público soltaría un jadeo.

*Pero espera, no, esto no puede ser, diría su tío, ¿una niña pequeña?*

En ese momento, el público siempre se volvía loco. Las mujeres se desmayaban, y a veces alguno de los hombres trataba de detener el espectáculo.

Esa noche no había público, tan solo el viento, el frío metal bajo sus dedos y el resplandeciente rostro de la luna.

Inej llegó a la parte superior del silo y miró la ciudad que había debajo. Ketterdam brillaba con la luz dorada de los faroles que se movían con lentitud por los canales, las velas que ardían en las ventanas, las tiendas y tabernas todavía iluminadas para los negocios nocturnos. Podía distinguir la reluciente lentejuela del Tapón, los coloridos faroles y las ostentosas lámparas de los Staves. En solo unos pocos días, el imperio de Van Eck se desmoronaría y ella quedaría libre de su

contrato con Per Haskell. Libre. Para vivir como deseara. Para buscar perdón a sus pecados. Para perseguir su propósito. ¿Echaría de menos ese lugar? ¿Esa abarrotada y desastrosa ciudad que había llegado a conocer tan bien, que de algún modo se había convertido en su hogar? Estaba segura de que sí. Así que esa noche, actuaría para su ciudad, para los ciudadanos de Ketterdam, incluso a pesar de que no supieran que debían aplaudir.

Aunque le costó cierto esfuerzo, consiguió aflojar la rueda de la escotilla del silo para abrirla. Se metió la mano en el bolsillo y sacó el vial tapado del gorgojo químico. Siguiendo las instrucciones de Wylan, le dio una fuerte sacudida y después derramó su contenido en el silo. Un leve silbido llenó el aire y, mientras observaba, el azúcar se movió como si algo estuviera vivo bajo su superficie. Se estremeció. Había oído de trabajadores muriendo en los silos, atrapados dentro cuando el grano, el maíz o el azúcar cedían bajo sus pies y se asfixiaban lentamente hasta morir. Cerró la escotilla y la selló bien.

Después tocó el primer escalón de la escalerilla de metal y unió el agarre magnético que le había dado Wylan. Desde luego, parecía estar bien sujeto. Al presionar un botón, dos cables de guía magnetizados se liberaron y se unieron al silo con un suave sonido metálico. Inej se sacó una ballesta y un pesado rollo de alambre del macuto y después enrolló un extremo del cable por el agarre, lo aseguró bien, y lo unió a los cables de guía. El otro extremo quedó pegado a un agarre magnetizado cargado en la ballesta. Liberó el gatillo. El primer disparo se desvió, así que tuvo que recoger el cable. El segundo se enganchó en el peldaño incorrecto. Pero el tercero se unió bien a su sitio en el silo de al lado. Inej retorció el agarre hasta que la tensión del cable le pareció correcta. Habían utilizado equipos similares antes, pero nunca con tanta distancia ni a una altura tan grande. Daba igual. La distancia y el peligro se transformarían sobre el cable, y ella también lo haría. En la cuerda floja no estaba en deuda con nadie, era una criatura sin pasado ni presente, suspendida entre la tierra y el cielo.

Era el momento. Podías aprender a utilizar los trapecios, pero tenías que nacer para la cuerda floja.

La madre de Inej le había dicho que los caminantes de cuerda dotados descendían de la Gente del Aire, que una vez habían tenido alas, y que a la luz adecuada esas alas todavía podían vislumbrarse en los humanos a quienes favorecían. Tras eso, la muchacha siempre se giraba de un lado a otro frente a los espejos y comprobaba su sombra, ignorando las risas de sus primos, para comprobar si tal vez podía ver sus propias alas.

Cuando su padre se cansó de que le diera la lata todos los días, le permitió comenzar su educación con las cuerdas bajas, descalza, para que pudiera aprender a caminar hacia delante y hacia atrás, manteniendo su centro de gravedad en equilibrio. Ella se aburría mucho, pero había cumplido los ejercicios obedientemente cada día, probando su fuerza, probando la sensación de los zapatos de cuero que le permitirían

sujetarse en las cuerdas más rígidas y menos amistosas. Si su padre se distraía, se ponía de pie sobre las manos, de modo que cuando él volvía a girarse hacia ella, la veía caminando por la cuerda con las manos. Aceptó subirla unos pocos centímetros, dejarle probar un cable de verdad, y en cada nivel Inej dominaba una habilidad tras otra: volteretas, giros, sostener una jarra de agua en equilibrio sobre la cabeza. Se familiarizó con la pértiga delgada y flexible que le permitía mantener el equilibrio a alturas mayores.

Una tarde, su tío y sus primos habían estado preparando un nuevo espectáculo. Hanzí iba a empujar a Asha por la cuerda en una carretilla. El día era caluroso, y habían decidido tomarse un descanso a la hora de comer para ir a nadar al río. Sola en el silencioso campamento, Inej subió los peldaños de una de las plataformas que habían erigido, asegurándose de darle la espalda al sol para poder ver bien el cable.

Tan arriba, el mundo se convirtió en un reflejo de sí mismo, con las formas atrofiadas y las sombras alargadas, familiares en su forma pero de algún modo poco fiables, y mientras Inej ponía sus pies con sandalias sobre el cable, sintió un repentino momento de duda. Aunque tenía el mismo grosor que la cuerda por la que había caminado sin miedo durante semanas, ahora parecía mucho más delgada, como si en ese mundo especular el cable obedeciera normas diferentes. *Cuando llega el miedo, algo está a punto de pasar.*

Respiró hondo, se enderezó y dio sus primeros pasos en el aire. Bajo ella, la hierba era un mar ondulante. Sintió su peso cambiando, se inclinó hacia la izquierda y sintió la atracción de la tierra, la gravedad lista para unirla con su sombra muy abajo.

Flexionó los músculos, dobló las rodillas y el momento pasó, y entonces solo quedaron ella y la cuerda. Ya estaba a mitad de camino cuando se dio cuenta de que la observaban. Dejó que su visión se expandiera, pero mantuvo la concentración. Inej jamás olvidaría la expresión en el rostro de su padre cuando regresó del río con su tío y sus primos, con la cabeza inclinada hacia arriba para mirarla con la boca formando una sorprendida O negra, y a su madre saliendo del vagón y llevándose una mano al corazón. Se habían quedado en silencio, temerosos de romper su concentración; su primer público sobre la cuerda, mudo con un terror que a ella le parecía adulación.

En cuanto bajó, su madre se pasó casi una hora entera alternando entre abrazarla y gritarle. Su padre había estado serio, pero a Inej no se le pasó el orgullo de su mirada ni la reticente admiración en los ojos de sus primos.

Cuando uno de ellos se la llevó a un lado después y le preguntó cómo había caminado sin miedo, ella se había limitado a encogerse de hombros y decir:

—Tan solo es caminar.

Pero aquello no era cierto. Era mejor que caminar. Cuando los demás caminaban sobre la cuerda, luchaban contra ello: el viento, la altura, la distancia. Cuando Inej estaba en la cuerda floja, se convertía en su mundo. Podía sentir su inclinación y su atracción. Era un planeta, y ella era su luna. Había una simplicidad en ella que no

sentía en los trapecios, donde era el impulso quien la llevaba. Le encantaba la tranquilidad que podía encontrar en la cuerda, y era algo que nadie más comprendía.

Tan solo se había caído una vez, y seguía culpando a la red. La habían puesto porque Hanzí iba a añadir un monociclo a su acto. En un momento Inej estaba caminando, y al siguiente estaba cayendo. Apenas tuvo tiempo de darse cuenta antes de golpear la red, donde rebotó directamente y cayó al suelo. Inej se sintió un tanto sobresaltada al descubrir lo dura que era la tierra, que no se ablandaba ni se doblaba para ella. Se rompió dos costillas, y le salió un bulto en la cabeza del tamaño de un huevo de ganso gordo.

—Es bueno que sea tan grande —murmuró su padre al verlo—. Eso significa que la sangre no está dentro del cerebro.

En cuanto le quitaron los vendajes a Inej, regresó a la cuerda. No volvió a trabajar con red nunca; sabía que la hacía descuidada. Pero, al mirar hacia abajo en el silo, podía admitir que no le habría importado algo de seguridad. Muy por debajo, la luz de la luna se reflejaba en las curvas de los adoquines, haciéndoles parecer las semillas negras de alguna fruta exótica. Pero la red oculta tras el puesto de guardia era inútil si solo estaba Nina ahí para manejarla y, sin importar lo que hubiera pretendido Kaz en un principio, el nuevo plan no se había trazado basándose en alguien sujetando una red a plena vista. Así que Inej caminaría como siempre lo había hecho, sin nada para atraparla, manteniendo el vuelo con sus alas invisibles.

Inej sacó la vara de equilibrio que llevaba en el chaleco y, con un giro, la extendió hasta toda su longitud. Probó su peso en las manos y flexionó los dedos dentro de las sandalias. Eran de cuero, robadas del Cirkus Zirkoa por petición suya. Sus suelas suaves no tenían el agarre firme y táctil de sus amados zapatos de goma, pero le permitían soltarse con más facilidad.

Por fin llegó la señal de Nina, un breve destello de luz verde.

Inej subió a la cuerda. Al instante, el viento la golpeó y ella soltó un largo suspiro, sintiendo su tirón persistente, utilizando la vara flexible para bajar su centro de gravedad. Sintió que las rodillas le rebotaban una vez, pero por suerte el cable casi no tenía elasticidad. Caminó sintiendo su dura presión bajo los arcos de sus pies. Con cada paso, el cable se inclinaba un poco, deseoso de alejarse de los dedos de los pies que se sujetaban a él.

El aire era cálido contra su piel, y olía a azúcar y melaza. Tenía la capucha baja, y podía sentir los pelos de su trenza escapándose para hacerle cosquillas en la cara. Se concentró en el cable, sintiendo la familiar afinidad que había experimentado de niña, como si la cuerda se aferrara a ella tanto como Inej lo hacía a la cuerda, dándole la bienvenida a ese mundo especular, un lugar secreto ocupado solo por ella. En unos momentos, llegó a la azotea del segundo silo.

Entró en ella, retrajo la vara de equilibrio y la devolvió a su sitio. Tomó un sorbo de agua del frasco que llevaba en el bolsillo y se permitió un breve momento para estirarse. Después abrió la escotilla y soltó el gorgojo. Volvió a oír ese siseo

crepitante, y su nariz se llenó del olor a azúcar quemado. Esa vez era más fuerte, una dulce y densa nube de perfume.

De pronto, volvió a estar en la Reserva, con una gruesa mano sujetándole la muñeca, exigente. A Inej se le había dado bien prever cuándo podía atraparla un recuerdo para huir de él, pero en esa ocasión no estaba preparada. Acudió a ella más insistente que el viento sobre la cuerda, dispersándole la mente. Aunque el hombre olía a vainilla, bajo ella podía oler el ajo. Sintió la seda que se deslizaba a su alrededor, como si la propia cama fuera algo viviente.

Inej no los recordaba a todos. Todas las noches en la Reserva se habían fusionado; ella misma había mejorado a la hora de abstraerse, de desvanecerse de una forma tan completa que casi no le importaba lo que le hicieran al cuerpo que dejaba atrás. Aprendió que los hombres que acudían a la casa nunca miraban con demasiada atención, nunca hacían demasiadas preguntas. Querían una ilusión, y estaban dispuestos a ignorar cualquier cosa para conservar esa ilusión. Las lágrimas, por supuesto, estaban prohibidas. Había llorado la primera noche. Tante Heleen había usado la vara con ella, y después su bastón, y después la asfixió hasta que se desmayó. La siguiente vez, el miedo de Inej fue más grande que su dolor.

Aprendió a sonreír, a susurrar, a arquear la espalda y producir los sonidos que requerían los clientes de Tante Heleen. Seguía llorando, pero las lágrimas nunca se derramaban. Llenaban un lugar vacío en su interior, un pozo de tristeza donde cada noche se hundía como una piedra. La Reserva era una de las casas del placer más caras del Barril, pero sus clientes no eran más amables que los que frecuentaban las baratas y las chicas de callejón. En algunos sentidos, aprendió Inej, eran peores. *Cuando un hombre gasta tantas monedas*, le dijo la chica kaélica, Caera, *piensa que tiene el derecho de hacer lo que quiere*.

Eran hombres jóvenes, hombres mayores, hombres guapos, hombres feos. Estaba el hombre que lloró y le pegó cuando no pudo cumplir. El hombre que quería que fingiera que era su noche de bodas y le dijera que le quería. El hombre con dientes afilados como un gato que le había mordido los pechos hasta que sangraron. Tante Heleen añadió a su contrato el precio de las sábanas manchadas de sangre y los días de trabajo que Inej perdió. Pero él no había sido el peor. El peor había sido un ravkano que la había escogido en el vestíbulo, el hombre que olía a vainilla. Solo cuando estuvieron en la habitación entre las sedas púrpuras y el incienso, dijo:

—Te he visto antes, ¿sabes?

Inej se había reído, pensando que era parte del juego al que quería jugar, y le sirvió vino de una botella dorada.

—Seguro que no.

—Fue hace años, en uno de los carnavales fuera de Caryeva.

El vino se derramó por el lateral de la copa.

—Debes de confundirme con otra.

—No —dijo él, ansioso como un niño—. Estoy seguro. Vi a tu familia actuando ahí. Yo estaba de baja militar. No podías haber tenido más de diez años, una niña pequeña, caminando por la cuerda floja sin miedo. Llevabas un tocado cubierto de rosas. En un momento, te tambaleaste. Perdiste el equilibrio y los pétalos de tu corona cayeron en una nube que flotó hacia abajo. —Movié los dedos por el aire, como imitando una nevada—. El público jadeó, y yo también. Volví la segunda noche, y ocurrió otra vez, y aunque sabía que era parte del acto, todavía sentí que el corazón se me encogía mientras fingías recuperar el equilibrio.

Inej trató de calmar sus manos temblorosas. El tocado de rosas había sido idea de su madre.

—Haces que parezca demasiado fácil, *meja*, correr como una ardilla sobre una rama. Deben creer que estás en peligro aunque no lo estés.

Aquella había sido la peor noche de Inej en la Reserva, porque cuando el hombre que olía a vainilla había comenzado a besarle el cuello y quitarle las sedas, ella había sido incapaz de dejar su cuerpo atrás. De algún modo, su recuerdo de ella había atados juntos su pasado y su presente, la había clavado ahí, bajo él. Había llorado, pero a él no había parecido importarle.

Inej podía oír el siseo del azúcar mientras el gorgojo hacía su trabajo. Se obligó a concentrarse en el sonido, a respirar a pesar de la constricción que sentía en su garganta.

Te tendré sin armadura. Esas eran las palabras que le había dicho a Kaz a bordo del Ferolind, desesperada por alguna señal de que pudiera abrirse a ella, de que pudieran ser más que dos criaturas recelosas unidas por su desconfianza hacia el mundo. Pero ¿qué podría haber pasado si él hubiera hablado esa noche? ¿Si le hubiera ofrecido voluntariamente alguna parte de su corazón? ¿Y si hubiera acudido a ella, dejado sus guantes a un lado, la hubiera acercado a él y la hubiera besado en la boca? ¿Inej lo habría acercado más a ella? ¿Le habría devuelto el beso? ¿Podría haber sido ella misma en un momento así, o se habría roto para desaparecer, una muñeca en los brazos de Kaz, una chica que nunca podría estar entera?

No importaba. Él no había hablado, y tal vez había sido lo mejor para ambos. Podrían continuar con la armadura intacta. Ella tendría su barco y él tendría su ciudad.

Inej estiró la mano para cerrar la escotilla y respiró hondo el aire teñido de carbón, tosiendo para sacarse de los pulmones la dulzura del azúcar estropeado. Después tropezó mientras sentía que una mano le sujetaba la nuca y la empujaba hacia delante.

Sintió que su centro de gravedad cambiaba mientras era absorbida por la boca abierta del silo.



Entrar en la casa no fue ni de cerca tan difícil como debería haberlo sido, y eso puso nervioso a Kaz. ¿Estaba dando demasiado crédito a Van Eck? *Ese hombre piensa como un mercader*, se recordó mientras se metía el bastón bajo el brazo y bajaba por una cañería. *Todavía cree que su dinero lo mantiene a salvo.*

Los puntos de entrada más fáciles eran las ventanas del piso superior de la casa, accesibles solo desde el tejado. Wylan no estaba dispuesto a subir o bajar, así que Kaz iría primero y lo dejaría pasar por los pisos inferiores.

—Dos piernas buenas y todavía necesita una escalera —murmuró, ignorando la punzada de dolor de su pierna.

No le emocionaba tener que hacer otro trabajo con Wylan, pero el conocimiento del muchacho sobre la casa y los hábitos de su padre sería útil si había alguna sorpresa, y él era el que estaba mejor equipado para manejar el ácido úrico. Kaz pensó en Inej, en el tejado de la Iglesia del Trueque, con las luces de la ciudad reluciendo debajo. *Esto es lo que se me da bien, así que déjame hacer mi trabajo.* De acuerdo. Les dejaría hacer sus trabajos a todos. Nina cumpliría su parte de la misión, e Inej había parecido lo bastante confiada en su habilidad de caminar por la cuerda, con poco descanso y sin la seguridad de una red. *¿Te lo habría dicho si tuviera miedo? ¿Es algo por lo que alguna vez hayas mostrado simpatía?*

Kaz se sacó ese pensamiento de la mente. Si Inej no dudaba de sus habilidades, entonces él tampoco debía. Además, si quería ese sello para los queridos refugiados, tenía sus propios problemas de los que ocuparse.

Por suerte, el sistema de seguridad de Van Eck no era uno de ellos. La vigilancia de Inej había indicado que las cerraduras eran estilo Schuyler. Eran unas cabronas



complicadas, pero en cuanto forzabas una, las habías forzado todas. Kaz había estado en términos muy amistosos con un cerrajero de la Klokstraat que creía firmemente que Kaz era el hijo de un acaudalado mercader que valoraba enormemente su colección de impagables cajas de rapé. Por consiguiente, Kaz era siempre el primero en saber exactamente cómo los ricos de Ketterdam mantenían a salvo sus propiedades. Una vez había oído a Hubrecht Mohren, Maestro Ladrón de Pijil, parloteando sobre la belleza de una cerradura de calidad estando borracho de cerveza en el Club Cuervo.

—Una cerradura es como una mujer —había dicho, amodorrado—. Tienes que seducirla para que te entregue sus secretos.

Era uno de los viejos colegas de Per Haskell, muy dado a hablar sobre días mejores y grandes fraudes, sobre todo si significaba que no tenía que hacer mucho trabajo. Y esa era exactamente la clase de conocimientos varios que le gustaba enseñar a esos parásitos. Sí, una cerradura era como una mujer. También era como un hombre, o como cualquier otra cosa: si querías comprenderla, tenías que desmontarla y ver cómo funcionaba. Si querías dominarla, tenías que aprendértela tan bien como para volver a montarla.

La cerradura de la ventana cedió en sus manos con un chasquido satisfactorio. La abrió y se metió dentro. Las pequeñas habitaciones del piso superior de la casa de Van Eck estaban dedicadas a los sirvientes, pero todo el personal se encontraba actualmente abajo, ocupados con los invitados. Algunos de los miembros más ricos del Consejo Mercante Kerch estaban llenándose el estómago en el comedor del primer piso, probablemente escuchando la triste historia de Van Eck sobre el secuestro de su hijo y quejándose de las bandas que controlaban el Barril. Por el olor del aire, Kaz sospechaba que había jamón en el menú.

Abrió la puerta y avanzó en silencio hacia la escalera. Después, bajó con cautela hasta el segundo piso. Conocía la casa de Van Eck de cuando había robado con Inej el óleo DeKappel, y siempre le gustaba regresar a una casa o negocio que había visitado antes. No era solo la familiaridad. Era como si al regresar, reclamara ese lugar. Nos conocemos mutuamente, parecía decir la casa. Bienvenido.

Había un guardia en posición en el extremo de un pasillo alfombrado delante de lo que Kaz sabía que era la puerta de Alys. Comprobó el reloj. Hubo un breve estallido y un destello de luz desde la ventana en el extremo del pasillo. Al menos, Wylan era puntual. El guardia fue a investigar, y Kaz bajó el pasillo en dirección contraria.

Se metió en la vieja habitación de Wylan, que ahora estaba claramente destinada a ser la del bebé. Con la luz de abajo, en la calle, podía ver que sus paredes habían sido decoradas con un elaborado mural de un paisaje marítimo. La cuna tenía la forma de un pequeño barco de vela, con banderas y el timón del capitán. Van Eck estaba abrazando de verdad lo del nuevo heredero.

Kaz trabajó en la cerradura de la ventana y la abrió. A continuación ajustó la escalerilla de cuerda y esperó. Oyó un golpe sordo e hizo una mueca. Al parecer, Wylan había logrado cruzar el muro del jardín. Esperaba que no hubiera roto los contenedores de ácido áurico y hubiera abierto un agujero tanto en él como en los rosales. Un momento después, Kaz oyó unos jadeos y Wylan dobló la esquina, afanoso como un ganso agobiado. Cuando estuvo debajo de la ventana, pegó la bandolera con cuidado contra su cuerpo y subió por la escalerilla de cuerda, haciendo que se balanceara salvajemente de izquierda a derecha. Kaz lo ayudó a entrar, y después metió la escalerilla dentro y cerró la ventana. Saldrían por el mismo sitio.

Wylan miró a su alrededor con los ojos muy abiertos, y después negó con la cabeza. Kaz comprobó el pasillo. El guardia estaba otra vez en su puesto, frente a la puerta de Alys.

—¿Y bien? —le susurró Kaz a Wylan.

—Es un detonador que arde lento —explicó el muchacho—. El momento es impreciso.

Los segundos pasaron, y al fin sonó otro estallido. El guardia volvió a la ventana, y Kaz le hizo un gesto a Wylan para que lo siguiera por el pasillo. Se ocupó con rapidez de la cerradura en la puerta del despacho de Van Eck y estuvieron dentro en cuestión de momentos.

Cuando Kaz se había colado en la casa para robar el DeKappel, se había sorprendido por los lujosos adornos del despacho. Esperaba la severa restricción de un mercader, pero los muebles estaban muy adornados con guirnaldas de hojas de laurel, y una silla del tamaño de un trono tapizada con terciopelo carmesí se elevaba sobre el ancho y lustroso escritorio.

—Detrás del cuadro —susurró Wylan, señalando el retrato de uno de los ancestros Van Eck.

—¿Qué miembro de tu santa línea se supone que es?

—Martin Van Eck, mi tatarabuelo. Era un capitán de barco, el primero en llegar a Eames Chin y navegar el río. Trajo un cargamento de especias y utilizó los beneficios para comprar un segundo barco; o eso es lo que mi padre me dijo. Ese fue el comienzo de la fortuna Van Eck.

—Y será su final. —Kaz agitó un hueso de luz, y el resplandor verde llenó la habitación—. Vaya parecido —dijo, echando un vistazo al rostro delgado, la frente alta y los adustos ojos azules.

Wylan se encogió de hombros.

—Salvo por el pelo rojo, siempre me he parecido a mi padre. Y a su padre, y a todos los Van Eck. Bueno, hasta ahora.

Cada uno tomó un lateral del cuadro y lo levantaron de la pared.

—Ahí estás —canturreó Kaz cuando la caja fuerte de Van Eck quedó a la vista. Lo de «caja» ni siquiera parecía la palabra correcta. Era más bien una cámara, una puerta de acero en una pared que había sido reforzada con más acero. La cerradura

era de fabricación kerch, pero no se parecía a nada que Kaz hubiera visto antes, una serie de llaves que podían cambiarse cada día con una combinación aleatoria de números. Era imposible forzarla en menos de una hora. Pero cuando no podías abrir una puerta, tan solo tenías que hacer una nueva.

El sonido de las voces elevadas se filtró desde el piso inferior. Los mercaderes estaban encontrando algo sobre lo que discutir. A Kaz no le habría importado tener la oportunidad de espiar esa conversación.

—Vamos —dijo—. El reloj está en marcha.

Wylan sacó dos tarros de la bandolera. Por su cuenta, no eran nada especial, pero si el muchacho tenía razón, cuando se combinaran el compuesto resultante lo atravesaría todo, a excepción del cristal de balso.

Wylan respiró hondo y sostuvo los tarros lejos de su cuerpo.

—Quédate atrás —indicó, y vertió el contenido de un tarro dentro del otro. No pasó nada.

—¿Y bien? —preguntó Kaz.

—Muévete, por favor.

Wylan tomó una pipeta de cristal de balso, sacó una pequeña cantidad de líquido y la dejó gotear por la parte delantera de la puerta de acero. Al instante, el metal comenzó a disolverse, produciendo un ruidoso crujido que parecía incómodamente sonoro en la pequeña habitación. Un agudo aroma metálico llenó el aire, y tanto Kaz como Wylan se cubrieron las caras con las mangas.

—Caos embotellado —se maravilló Kaz. Wylan trabajó sin cesar, transfiriendo con cuidado el ácido áurico del tarro al acero, mientras el agujero en la puerta de la caja fuerte crecía cada vez más—. Más rápido —dijo Kaz, observando su reloj.

—Si se me cae una sola gota de esto, atravesará el suelo directamente hasta los invitados de mi padre.

—Tómate tu tiempo.

El ácido consumió el metal en rápidas ráfagas, atravesándolo velozmente y disipándose solo de forma gradual. Con suerte, no se comería mucho la pared después de que se marcharan. A Kaz no le importaba la idea de que el despacho se derrumbara sobre Van Eck y sus invitados, pero no antes de que acabara el asunto de aquella noche.

Tras lo que pareció una vida, el agujero fue lo bastante grande como para atravesarlo. Kaz metió el hueso de luz dentro y vio un cuaderno de contabilidad, fajos de *kruge* y una pequeña bolsa de terciopelo. Sacó la bolsa e hizo una mueca cuando su brazo entró en contacto con el borde del agujero. El acero estaba todavía lo bastante caliente como para quemar.

Se puso el contenido de la bolsa sobre su mano envuelta en cuero: un grueso anillo de oro con un laurel rojo grabado y las iniciales de Van Eck. Se lo metió en el bolsillo y después tomó un par de fajos de *kruge* y le entregó uno a Wylan. Casi se rio al ver su expresión.

—¿Te molesta esto, mercadercillo?

—No me gusta sentirme como un ladrón.

—¿Después de todo lo que ha hecho?

—Sí.

—Qué honrado eres. ¿Te das cuenta de que estamos robando tu dinero?

—Jesper dijo lo mismo, pero estoy seguro de que mi padre me borró de su testamento en cuanto Alys se quedó embarazada.

—Eso no significa que tengas menos derecho a él.

—No lo quiero. Tan solo quiero que él no lo tenga.

—Qué lujo dar la espalda al lujo.

Kaz se metió los *kruge* en los bolsillos.

—¿Cómo iba a dirigir yo un imperio? —dijo Wylan, tirando la pipeta dentro de la caja fuerte—. No puedo leer un libro de contabilidad o un conocimiento de embarque. No puedo escribir una orden de compra. Mi padre se equivoca con muchas cosas, pero en eso tiene razón. Sería el hazmerreír.

—Puedes pagar a alguien que lo haga por ti.

—¿Tú lo harías? —preguntó el muchacho, con la barbilla sobresaliendo—. ¿Le confiarías a alguien ese conocimiento, un secreto que podría destruirte?

Sí, pensó Kaz sin dudar. *Hay una persona en la que confiaría. Una persona que sé que jamás utilizaría mis debilidades en mi contra.*

Hojeó con rapidez el cuaderno de contabilidad y dijo:

—Cuando la gente ve a un tullido bajando por la calle, apoyado sobre su bastón, ¿qué es lo que sienten? —Wylan apartó la mirada. La gente siempre lo hacía cuando Kaz hablaba de su cojera, como si no supiera lo que era o cómo lo veía el mundo—. Sienten lástima. ¿Qué piensan cuando me ven venir a mí?

La boca de Wylan se elevó por una comisura.

—Piensan que es mejor cambiar de calle.

Kaz volvió a meter el cuaderno de contabilidad en la caja fuerte.

—No eres débil por no saber leer. Eres débil porque tienes miedo de que la gente vea tu debilidad. Estás dejando que la vergüenza decida quién eres. Ayúdame con el cuadro.

Levantaron el retrato para volver a ponerlo en su sitio, sobre el agujero de la caja fuerte. Martin Van Eck los fulminó con la mirada.

—Piensa en ello, Wylan —dijo Kaz mientras enderezaba el cuadro—. Es la vergüenza lo que me llena los bolsillos, lo que hace que el Barril se llene de idiotas listos que se ponen una máscara para poder tener lo que quieren sin que nadie se entere. Todos podemos soportar cualquier clase de dolor. Es la vergüenza lo que se come enteros a los hombres.

—Sabias palabras —replicó una voz desde una esquina.

Kaz y Wylan se giraron de golpe. Las lámparas se encendieron, inundando la habitación de luz, y una figura emergió de un nicho en la pared opuesta que no había

estado ahí un momento antes: Pekka Rollins, con una sonrisa engreída en su cara rubicunda, rodeado de un grupo de Leones Moneda armados con pistolas, porras y hachas.

—Kaz Brekker —se burló Rollins—. Filósofo y ladrón.



bajo! —le gritó Matthias a Kuwei, y el chico shu se tiró al suelo. Una segunda ráfaga de disparos sacudió el aire, destrozando otra de las ventanas de cristal de colores.

—O están interesados en desperdiciar muchas balas, o esos son disparos de advertencia —dijo Jesper.

Agachado, Matthias avanzó hasta el otro lado de la tumba y observó a través de una delgada grieta en la piedra.

—Estamos rodeados —señaló. Las personas que se encontraban entre las tumbas del Velo Negro no tenían nada que ver con los oficiales de la *stadwatch* que había esperado ver. Bajo la luz parpadeante de las lámparas y las antorchas, Matthias vislumbró tela de tartán y cachemira, chalecos a rayas y abrigos a cuadros. El uniforme del Barril. Llevaban armas igualmente diversas: pistolas, cuchillos tan largos como el antebrazo de un hombre, bates de madera.

—No distingo sus tatuajes —dijo Jesper—. Pero estoy muy seguro de que ese de delante es Doughty.

*Doughty*. Matthias rebuscó en su memoria, y después recordó al hombre que los había llevado ante Pekka Rollins cuando Kaz quería un préstamo.

—Leones Moneda.

—Muchos de ellos.

—¿Qué es lo que quieren? —preguntó Kuwei, tembloroso.

Matthias podía oír gente riendo, gritando, y bajo todo ello, el bajo zumbido febril que sonaba cuando los soldados sabían que tenían ventaja, cuando olían en el aire la promesa de un derramamiento de sangre.

Un grito de júbilo se elevó desde la multitud cuando un León Moneda corrió hacia delante y lanzó algo en dirección a la tumba. El objeto atravesó una de las ventanas rotas y golpeó el suelo con un ruido metálico. Un gas verde brotó de sus laterales.

Matthias cogió del suelo una manta y la puso sobre la lata. Volvió a tirarla por la ventana mientras otra ráfaga de disparos partía el aire. Le quemaban los ojos, y las lágrimas le caían por las mejillas.

El zumbido estaba incrementándose. Los Leones Moneda se lanzaron hacia delante.

Jesper lanzó un disparo. Uno de ellos cayó, y su antorcha se extinguió en el suelo húmedo. Disparó una y otra vez, con puntería infalible mientras los Leones Moneda caían. Rompieron filas y se desperdigaron buscando cobijo.

—Seguid alineándoos, chicos —dijo Jesper con gravedad.

—¡Salid fuera! —gritó Doughty desde detrás de una tumba—. No podéis dispararnos a todos.

—¡No te oigo! —replicó Jesper—. Acércate más.

—Hemos destrozado vuestros botes. La única forma que tenéis de salir de la isla es con nosotros. Así que venid con calma o tan solo nos llevaremos vuestras cabezas de vuelta al Barril.

—¡Cuidado! —dijo Matthias. Doughty los había estado distraendo. Otra lata atravesó una ventana, y después otra—. ¡Las catacumbas! —rugió, y echaron a correr hacia el lado opuesto de la tumba. Se embutieron en el pasadizo y sellaron la puerta de piedra tras ellos. Jesper se quitó la camisa y la metió en el hueco entre la puerta y el suelo.

La oscuridad era casi total. Por un momento, solo se oía el sonido de los tres tosiendo y jadeando, tratando de expulsar el gas de sus pulmones. Después, Jesper agitó un hueso de luz y sus caras quedaron iluminadas por un espeluznante resplandor verde.

—¿Cómo demonios nos han encontrado? —preguntó.

—Eso da igual —replicó Matthias. No había tiempo para pensar en cómo habían descubierto lo del Velo Negro. Lo único que sabía era que si Pekka Rollins había enviado a su banda tras ellos, Nina podría estar también en peligro—. ¿Qué recursos tenemos?

—Wylan nos dejó un puñado de esas bombas violetas por si nos metíamos en problemas con los soldados shu, y yo tengo también un par de bombas de luz. ¿Kuwei?

—No tengo nada —respondió él.

—Tienes ese maldito macuto —dijo Jesper—. ¿No hay nada útil ahí?

Kuwei se lo aferró contra el pecho.

—Mis cuadernos —dijo con un resuello.

—¿Qué hay de los restos del trabajo de Wylan? —preguntó Matthias. Nadie se había molestado en limpiar nada.

—Tan solo es lo que utilizó para hacer los fuegos artificiales para Goedmedbridge —replicó Jesper.

Hubo una ráfaga de gritos en el exterior.

—Van a volar la puerta de la tumba —comprendió Matthias. Es lo que él habría hecho si quisiera prisioneros en vez de bajas, aunque estaba seguro de que Kuwei era el único de ellos que los Leones Moneda tenían interés en sacar con vida.

—Tiene que haber al menos treinta matones ahí fuera con la intención de desollarnos —dijo Jesper—. Solo hay una forma de salir de la tumba, y nos encontramos en una maldita isla. Estamos acabados.

—A lo mejor no —replicó Matthias, contemplando el fantasmal resplandor verde del hueso de luz. Aunque no tenía el don de Kaz para las artimañas, se había criado con los militares. Tal vez hubiera una forma de salir de aquello.

—¿Estás loco? Los Leones Moneda tienen que saber lo mucho que nos superan en número.

—Cierto —asintió el fjerdano—. Pero no saben que dos de nosotros son Grisha.

Pensaban que estaban persiguiendo a un científico, no a un Inferni, y Jesper llevaba mucho tiempo manteniendo en secreto sus poderes de Hacedor.

—Sí, dos Grisha sin apenas entrenamiento —señaló Jesper.

Sonó un fuerte estallido que sacudió las paredes de la tumba e hizo que Matthias se lanzara hacia los demás.

—¡Ya vienen! —gritó Kuwei.

Pero no sonaron pasos, y hubo otra serie de gritos desde el exterior.

—No han usado una carga lo bastante grande —comprendió Matthias—. Te quieren vivo, así que están teniendo cuidado. Tenemos una oportunidad más. Kuwei, ¿cuánto calor puedes producir con una llama?

—Puedo hacer que un fuego arda con más intensidad, pero es difícil de mantener.

Matthias recordó las llamas violetas que lamían el cuerpo del soldado shu volador, inextinguibles. Wylan había dicho que ardían más que el fuego corriente.

—Dame una de las bombas —le dijo a Jesper—. Voy a volar la parte trasera de las catacumbas.

—¿Para qué?

—Para que piensen que vamos a salir por el otro lado —explicó Matthias, preparando la bomba en el extremo más alejado del pasadizo de piedra.

—¿Estás seguro de que no vas a volarnos a nosotros con ella?

—No —admitió Matthias—. Pero, salvo que tengáis alguna idea brillante...

—Eh...

—Disparar a tanta gente como podamos antes de morir no es una opción.

Jesper se encogió de hombros.

—En ese caso, adelante.



—Kuwei, en cuanto explote la bomba, ve a la puerta delantera tan rápido como puedas. El gas debería haberse disipado, pero quiero que corras. Yo estaré justo detrás de ti, cubriéndote. ¿Sabes cuál es la tumba del mástil grande roto?

—¿A la derecha?

—Sí. Ve directo hacia ella. Jesper, coge todos esos polvos que ha dejado Wylan y haz lo mismo.

—¿Por qué?

Matthias encendió el detonador.

—Puedes seguir mis órdenes o puedes hacer preguntas a los Leones Moneda. Ahora, agachaos. —Los empujó a ambos contra la pared, y protegió sus cuerpos mientras un atronador estallido sonaba desde el extremo del túnel—. ¡Corred!

Atravesaron a toda velocidad la puerta de las catacumbas.

Matthias mantuvo una mano sobre el hombro de Kuwei, impulsándolo a avanzar mientras atravesaban corriendo los restos del gas verde.

—Recuerda, ve directo al mástil roto.

Abrió la puerta de la tumba y lanzó una bomba de luz al aire. Esta explotó en fragmentos de luz blanca como el diamante, y Matthias corrió para ocultarse en los árboles disparando a los Leones Moneda con su rifle mientras los esquivaba a través de las tumbas.

Los Leones Moneda le devolvieron los disparos y Matthias se ocultó bajo un grupo de rocas cubiertas de musgo. Vio a Jesper atravesando a la carga la puerta de la tumba, con los revólveres llameantes, avanzando hacia el mástil de piedra roto. Matthias lanzó al aire la última bomba de luz mientras Jesper rodaba hacia la derecha, y el rugido de los disparos explotó como una tormenta mientras los Leones Moneda olvidaban cualquier promesa de disciplina o cualquier ofrecimiento de una recompensa y atacaban con todo lo que tenían. Puede que les hubieran ordenado mantener a Kuwei con vida, pero eran ratas del Barril, no soldados entrenados.

Boca abajo, Matthias se arrastró como pudo por la tierra del cementerio.

—¿Estáis todos bien? —preguntó cuando llegó al mástil roto del mausoleo.

—Sin aliento, pero todavía respirando —dijo Jesper. Kuwei asintió con la cabeza, aunque temblaba con fuerza—. Un plan fantástico, por cierto. ¿Cómo es estar atrapados aquí mejor que estar atrapados en la tumba?

—¿Tienes los polvos de Wylan?

—Lo que quedaba de ellos —replicó Jesper. Se vació los bolsillos para revelar tres paquetes.

Matthias escogió uno al azar.

—¿Puedes manipular estos polvos?

Jesper se movió, incómodo.

—Sí. Supongo. Hice algo parecido en la Corte de Hielo. ¿Por qué?

¿Por qué? ¿Por qué? En los *drüskelle*, lo habrían encerrado por insubordinación.

—Se supone que el Velo Negro está embrujado, ¿no? Vamos a hacer algunos fantasmas. —Matthias echó un vistazo por el borde del mausoleo—. Se están acercando. Necesito que sigáis mis órdenes y dejéis de hacer preguntas. Los dos.

—No me extraña que Kaz y tú no os llevéis bien —murmuró Jesper.

Con tan pocas palabras como fue capaz, Matthias explicó lo que pretendía hacer entonces y cuando llegaran a la orilla de la isla, suponiendo que su plan funcionara.

—Nunca antes he hecho esto —señaló Kuwei.

Jesper le guiñó un ojo.

—Eso es lo que lo hace emocionante.

—¿Listos? —preguntó Matthias.

Abrió el paquete. Jesper levantó las manos y, con un ligero silbido, el polvo se elevó en una nube. Quedó suspendido en el aire como si el tiempo se hubiera ralentizado. Jesper se concentró, con la frente llena de sudor, y después echó las manos hacia delante. La nube se volvió más fina y pasó sobre las cabezas de los Leones Moneda. Después, rozó una de sus antorchas en un estallido de verde.

Los hombres que rodeaban al de la antorcha jadearon.

—*Kuwei* —ordenó Matthias.

El chico shu levantó las manos y la llama de la antorcha verde descendió por el mango, rodeando el brazo de su portador en un sinuoso anillo de fuego. El hombre gritó, tiró la antorcha y cayó al suelo, donde se puso a rodar en un intento por extinguir las llamas.

—Sigue —indicó Matthias. Kuwei flexionó los dedos, pero las llamas verdes se apagaron.

—¡Lo siento! —dijo el muchacho.

—Haz otra —exigió Matthias. No había tiempo para delicadezas.

Kuwei lanzó las manos hacia delante otra vez y una de las lámparas de los Leones Moneda explotó, esta vez en una espiral de llama amarilla. El joven shu se encogió, como si no hubiera pretendido usar tanta fuerza.

—No pierdas la concentración —rogó Matthias.

Kuwei hizo girar las muñecas y las llamas de la lámpara se elevaron en un arco serpentino.

—Oye —dijo Jesper—. No está mal. —Abrió otro paquete de polvo, lanzó su contenido al aire, y después trazó un arco hacia delante con los brazos, enviándolo hacia las llamas de Kuwei. La lengua de fuego que se retorció se volvió de un profundo carmesí reluciente—. Cloruro de estroncio —murmuró el pistolero—. Mi favorito.

Kuwei flexionó uno de los puños y otro chorro de fuego se unió a las llamas de la lámpara, y después otro, formando una gruesa serpiente que se ondulaba sobre el Velo Negro, lista para atacar.

—¡Fantasmas! —gritó uno de los Leones Moneda.

—No seas estúpido —replicó otro.

Matthias observó la serpiente roja que se enroscaba y desenroscaba dejando rastros de llamas, sintiendo que ese antiguo miedo se elevaba en él otra vez. Se había llegado a sentir cómodo con Kuwei, pero había sido fuego Inferni lo que había consumido la aldea de su familia en una batalla fronteriza. De algún modo, había olvidado el poder que el chico tenía en su interior. *Era una guerra*, se recordó. *Y esto también lo es.*

Los Leones Moneda estaban distraídos, pero no duraría mucho.

—Extended el fuego hasta los árboles —dijo Matthias y, con un pequeño gruñido, Kuwei abrió mucho los brazos. Las hojas verdes se enfrentaron al ataque de la llama devoradora, pero después prendieron.

—Tienen a un Grisha —gritó Doughty—. ¡Rodeadlos!

—¡A la orilla! —ordenó Matthias—. ¡Ahora! —Corrieron junto a las lápidas y los Santos de piedra rotos—. Kuwei, prepárate. Necesitamos que reúnas todo tu poder.

Bajaron por la ladera, chapoteando en la zona poco profunda. Matthias tomó las bombas violetas y las lanzó sobre los cascos de los botes destrozados. Unas llamas violetas se deslizaron hasta tragárselos. Tenían un aspecto espeluznante, casi cremoso. Matthias había viajado desde y hacia el Velo Negro las veces suficientes como para saber que aquella era la parte menos profunda del canal, la larga extensión de arena donde era más fácil encallar los botes, pero la orilla opuesta parecía imposiblemente lejana.

—Kuwei —dijo, rogando que el chico shu fuera lo bastante fuerte, esperando que pudiera lograr el plan que él había trazado tan solo unos momentos antes—, haz un camino.

El muchacho lanzó las manos hacia delante y las llamas cayeron al agua, originando una enorme nube de vapor. Al principio, Matthias solo podía ver una pared blanca que se hinchaba. Después el vapor se disipó ligeramente y vio peces coleteando en el barro, cangrejos escabullándose por el fondo expuesto del canal mientras las llamas violetas lamían el agua a cada lado.

—Por todos los Santos y los burros que montaban —jadeó Jesper, impresionado—. Kuwei, lo has hecho.

Matthias se giró hacia la isla y abrió fuego en dirección a los árboles.

—¡Deprisa! —gritó, y corrieron por un camino que no había estado ahí unos momentos antes hacia el otro lado del canal, hacia las calles y callejones que podrían darles protección. *Antinatural*, clamó una voz en su cabeza. *No*, pensó Matthias, *milagroso*.

—¿Te das cuenta de que acabas de liderar un pequeño ejército Grisha? —preguntó Jesper mientras salían del barro y corrían por las calles en sombras hacia el Arrecife Dulce.

Lo había hecho. Era un pensamiento incómodo. A través de Jesper y Kuwei, había empleado poder Grisha. Y sin embargo, Matthias no se sentía manchado o marcado de ningún modo por él. Recordó lo que había dicho Nina sobre la

construcción de la Corte de Hielo, que debía ser el trabajo de los Grisha y no de Djel. ¿Y si ambas cosas eran ciertas? ¿Y si Djel trabajaba a través de esa gente? *Antinatural*. La palabra había acudido a él con demasiada facilidad, una forma de despreciar lo que no comprendía, de hacer que Nina y los suyos fueran menos que humanos. Pero ¿y si detrás de la rectitud que conducía a los *drüskelle* había algo menos limpio o justificado? ¿Y si ni siquiera había miedo o furia, sino tan solo envidia? ¿Qué significaba aspirar a servir a Djel solo para ver su poder en los dones de otros, sabiendo que tú mismo jamás podrías poseer esos dones?

Los *drüskelle* hacían su juramento a Fjerda, pero también a su dios. Si podían ver milagros donde una vez habían visto abominación, ¿qué más podría cambiar? Me han hecho para protegerte. Era su deber con su dios, su deber con Nina. A lo mejor eran lo mismo. ¿Y si la mano de Djel había elevado las aguas la noche de la furiosa tormenta que había destrozado la nave *drüskelle* y había atado los destinos de Matthias y Nina?

El fjerdano estaba corriendo por las calles de una ciudad extranjera, hacia peligros que no conocía, pero por primera vez desde que había mirado a Nina a los ojos y había visto su propia humanidad reflejada en ellos, la guerra en su interior se calmó.

*Encontraremos la forma de hacerles cambiar de idea*, había dicho. *A todos*. Iba a localizar a Nina. Iban a sobrevivir a esa noche. Iban a librarse de esa ciudad húmeda y descabellada, y después... Bueno, después iban a cambiar el mundo.



**I**nej se retorció, y se libró de aquella especie de garra que se había aferrado a su nuca. Forcejeó por detener su caída. Sus piernas encontraron sujeción en el tejado del silo y entonces se alejó de la escotilla. Se balanceó sobre sus talones, con los cuchillos ya libres de sus vainas, un peso letal en sus manos.

Su mente no era capaz de comprender lo que estaba viendo. Había una chica delante de ella, reluciendo como una figura tallada en marfil y ámbar. Su túnica y sus pantalones eran del color de la crema, con franjas de cuero marfil y bordados dorados. Su pelo rojizo colgaba en una gruesa trenza, adornada con el resplandor de las joyas. Era alta y esbelta, tal vez uno o dos años mayor que ella.

El primer pensamiento de Inej fue de los soldados Kherguud que Nina y los demás habían visto en el Stave Occidental, pero esa chica no parecía shu.

—Hola, Espectro.

—¿Te conozco?

—Soy Dunyasha, la Hoja Blanca, entrenada por los Sabios de Ahmrat Jen, la mejor asesina de esta era.

—No me suena.

—Soy nueva en esta ciudad —explicó la chica—, pero me han dicho que eres una leyenda en estas sucias calles. Confieso que pensaba que serías... más alta.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó Inej, el saludo tradicional kerch al comienzo de cualquier reunión, aunque parecía absurdo decirlo a veinte pisos de altura.

Dunyasha sonrió. Parecía una sonrisa ensayada, como las sonrisas que las chicas dedicaban a los clientes del dorado vestíbulo de la Reserva.

—Un crudo saludo para una cruda ciudad. —Hizo un despectivo gesto con los dedos hacia la ciudad, reconociéndola y despreciándola al mismo tiempo—. El

destino me ha traído aquí.

—¿Y el destino te paga el sueldo? —preguntó Inej, sopesándola. No creía que esa chica de marfil y ámbar hubiera escalado un silo solo para conocerla. En una pelea, la altura de Dunyasha le daría mayor alcance, pero podría afectar su equilibrio. ¿La habría enviado Van Eck? Y, si era así, ¿había enviado también a alguien a por Nina? Dirigió una breve mirada hacia abajo, pero no podía ver nada en las profundas sombras de los silos—. ¿Para quién trabajas?

Unos cuchillos aparecieron en las manos de Dunyasha, con los filos brillando con fuerza.

—Nuestro trabajo es la muerte —respondió—, y es sagrado.

Una luz exultante llenó sus ojos, la primera chispa de vida verdadera que Inej había visto en ella, y entonces atacó.

Inej quedó impactada por la velocidad de la chica. Dunyasha se movía como la luz, como si ella misma fuera una hoja, cortando la oscuridad con sus cuchillos, atacando en tándem, a izquierda y a derecha. Inej dejó que su cuerpo respondiera, esquivando más por instinto que otra cosa, alejándose de su oponente pero evitando el borde del silo. Hizo una finta hacia la izquierda y pasó junto a Dunyasha, lanzando su primer ataque.

La recién llegada giró y evitó el ataque con facilidad, ingrávida como el sol que doraba la superficie de un lago. Inej nunca había visto a nadie luchar así, como si se moviera al ritmo de una música que solo ella podía oír.

—¿Tienes miedo, Espectro? —Inej sintió que el cuchillo de Dunyasha le rasgaba la manga. La punzada de la hoja fue como un latigazo ardiente. *No es muy profundo*, se dijo. Salvo que la hoja estuviera envenenada, claro—. Yo creo que sí. No puedes temer a la muerte y ser su verdadera emisaria.

¿Estaba loca aquella chica? ¿O tan solo era una charlatana? Inej retrocedió, moviéndose en círculo alrededor del tejado del silo.

—Yo nací sin miedo —continuó Dunyasha, con una risita feliz—. Mis padres pensaron que me iba a ahogar, porque me arrastré hasta el mar de bebé, riendo.

—A lo mejor les preocupaba que fueras a matarte de tanto hablar.

Su oponente se lanzó hacia delante con nueva intensidad, e Inej se preguntó si la chica no habría estado tan solo jugando con ella en esa primera ráfaga agresiva, tanteando sus fuerzas y debilidades antes de aprovechar la ventaja. Intercambiaron ataques, pero Dunyasha estaba en buen estado. Inej podía sentir cada marca y reto que su cuerpo había sufrido el último mes: la herida de cuchillo que casi la había matado, la subida por el incinerador, los días que había pasado atada en cautividad.

—Me confieso decepcionada —dijo Dunyasha mientras sus pies se deslizaban con agilidad por el tejado del silo—. Esperaba que fueras un desafío, pero ¿qué me encuentro? Una pequeña acróbata suli que lucha como un ladrón callejero corriente.

Era cierto. Inej había aprendido su técnica de chicos como Kaz y Jesper en los callejones y calles retorcidas de Ketterdam. Dunyasha no tenía un único modo de

ataque. Se doblaba como un junco cuando lo necesitaba, se lanzaba hacia delante como un gato, retrocedía como el humo. No tenía un estilo que Inej pudiera comprender o predecir.

*Es mejor que yo.* Aquel pensamiento tenía sabor a podrido, como si Inej hubiera mordido una fruta tentadora y la hubiera encontrado estropeada. No era solo la diferencia en sus entrenamientos. Inej había aprendido a luchar porque tenía que hacerlo si quería sobrevivir. Había llorado la noche que mató por primera vez.

Aquella chica estaba disfrutando.

Pero Ketterdam había enseñado bien a Inej. Si no puedes cambiar tu suerte, cambia el juego. Esperó a que su oponente atacara, y después saltó junto a ella hasta el cable que se extendía entre los silos y avanzó precipitadamente por él. El viento trató de alcanzarla, ansioso ahora, notando su oportunidad. Se planteó usar la vara, pero quería las manos libres.

Sintió que el cable se tambaleaba.

*Imposible.*

Pero cuando miró hacia atrás, vio que Dunyasha la había seguido por el cable. Estaba sonriendo, y su piel blanca relucía como si se hubiera tragado la luna.

Dunyasha lanzó la mano hacia delante, e Inej jadeó cuando algo punzante se clavó en su pantorrilla. Se inclinó hacia atrás, sujetó el cable con las manos, y cambió de posición para estar de cara a su oponente. La chica volvió a atacar. Inej sintió otra intensa punzada de dolor, y cuando bajó la mirada vio una puntiaguda estrella de metal que le salía del muslo.

Desde algún lugar por debajo, oyó gritos, los sonidos de una pelea. *Nina*. ¿A quién o qué había enviado Jan Van Eck a por ella? Pero no podía permitirse una distracción, no en el cable, no enfrentándose a esa criatura.

—He oído que fuiste una puta del Pavo Real —dijo Dunyasha mientras lanzaba otra estrella a Inej, y después otra. La muchacha las esquivó las dos, pero la siguiente se clavó en la parte carnosa de su hombro derecho. Estaba sangrando mucho—. Me habría matado a mí misma y a todos bajo ese techo antes de permitir que me utilizaran así.

—Te están utilizando ahora —replicó Inej—. Van Eck no merece tu habilidad.

—Por si te interesa, es Pekka Rollins quien me paga el sueldo —dijo la chica, y los pasos de Inej flaquearon. *Rollins*—. Me paga el viaje y el alojamiento, pero no pido dinero por las vidas que tomo. Son los trofeos que llevo. Son mi gloria en este mundo, y me darán honor en el próximo.

*Pekka Rollins*. ¿Habría encontrado a Kaz de algún modo? ¿A los demás? ¿Y si Nina estaba muerta ahí debajo? Tenía que librarse de esa chica. Tenía que ayudarlos. Otra estrella plateada voló zumbando hacia ella y se inclinó hacia la izquierda para esquivarla, estando a punto de perder el equilibrio. Bailó hacia atrás sobre el cable y vislumbró otro destello de plata. Un dolor le atravesó el brazo, haciéndole soltar un siseo.

*Nuestro trabajo es la muerte y es sagrado.* ¿A qué dios oscuro servía esa mercenaria? Inej se imaginó a alguna vasta deidad cerniéndose sobre la ciudad, sin cara y sin facciones, con la piel tensa sobre sus miembros hinchados, engordados por la sangre de las víctimas de sus acólitos. Podía sentir su presencia, el frío de su sombra.

Una estrella se le clavó en la espinilla, y otra en el antebrazo. Miró hacia atrás. Solo tres metros más y estaría en el primer silo. Puede que Dunyasha supiera más sobre la lucha de lo que Inej jamás sabría, pero no conocía Ketterdam. Iba a bajar a la base del silo y encontrar a Nina. Perderían a aquel monstruo en las calles y canales que Inej conocía tan bien.

Volvió a calibrar la distancia tras ella. Solo unos metros más. Pero al mirar otra vez, Dunyasha ya no estaba en el cable. Inej la vio agachándose, buscando el imán con la mano. No.

—Protegedme —susurró a sus Santos.

La cuerda se aflojó. Inej cayó, retorciéndose en el aire tal como había hecho de niña, buscando sus alas.





az sintió un rugido en los oídos. Como siempre, experimentó una extraña sensación cuando miró a Rollins, como si se hubiera quedado despierto hasta muy tarde y hubiera bebido demasiado. El hombre ante él era Pekka Rollins, rey del Barril, señor de las bandas y empresario teatral. Pero también era Jakob Hertzoon, el supuestamente honorable mercader que había alimentado a Kaz y Jordie con comodidad y confianza, para después quitarles el dinero y dejarlos indefensos en una ciudad que no valoraba la misericordia.

Cualquier señal del respetable Jakob Hertzoon había desaparecido esa noche. Rollins llevaba un chaleco de rayas verdes con los botones ceñidos sobre el comienzo de la tripa, y unos pantalones de un brillante esmeralda. Al parecer, había reemplazado el reloj que Kaz le había robado, porque sacó uno nuevo y le echó un vistazo.

—Esta cosa nunca mide bien el tiempo —dijo Rollins, dándole una sacudida al reloj. Sus patillas temblaron ligeramente cuando soltó un suspiro de exasperación—, pero no puedo resistirme a algo tan bonito y brillante. ¿Imagino que no conservarás el que me quitaste? —Kaz no dijo nada—. Bueno —continuó Rollins encogiéndose de hombros, cerrando el reloj y volviendo a meterlo en el bolsillo de su chaleco—. Ahora mismo, mis tenientes deberían estar apresando a tu banda y a cierto rehén de incalculable valor en la Isla del Velo Negro.

Wylan soltó un gemido de angustia.

—También he preparado algo especial para el Espectro —añadió Rollins—. Esa chica es un activo extraordinario. No me gusta que tengas esa flecha en particular en

tu carcaj, así que he encontrado a alguien aún más extraordinario para que se ocupe de ella.

Una sensación enfermiza se asentó en el estómago de Kaz. Pensó en Inej cuadrando los hombros, en la pequeña figura de su cuerpo rebosante de confianza. *Yo no trabajo con red.*

—¿De verdad pensabas que serías tan difícil de encontrar, Brekker? Llevo mucho tiempo en este juego. Lo único que tenía que hacer era pensar en lo que habría hecho cuando era más joven y estúpido.

El rugido en las orejas de Kaz aumentó.

—Trabajas para Van Eck.

Sabía que era una posibilidad, pero la había ignorado. Había pensado que si se movía lo bastante rápido, no tendrían tiempo de formar una alianza.

—Trabajo *con* Van Eck. Después de que vinieras a mí en busca de dinero, tuve la sensación de que podría necesitar mis servicios. Estaba dudoso al principio, no había tenido la mejor suerte haciendo tratos con los chicos del Barril. Pero esa pequeña artimaña que hiciste con su mujer lo llevó directo a mis cariñosos brazos. Le dije a Van Eck que siempre estarías un paso por delante de él porque no puede evitar pensar como un hombre de negocios.

Kaz casi hizo una mueca. ¿No había tenido él ese mismo pensamiento?

—Es hábil, sin duda —continuó Rollins—, pero es un hombre de imaginación limitada. Mientras que tú, Brekker, piensas como un matoncillo malvado. Eres yo, con mucho más pelo y mucho menos estilo. Van Eck pensaba que te tenía atado en el Stave Occidental, le pareció muy buena idea llamar a la *stadwatch*. Pero yo sabía que serías más resbaladizo que eso.

—¿Y sabías que vendría aquí?

Rollins se rio.

—Sabía que no podrías *resistirte*. Oh, no sabía qué plan idearías, pero sabía que cualquier ardid que hubieras preparado te traería aquí. No podrías dejar de lado la posibilidad de humillar a Van Eck para recuperar lo que crees que te debe.

—Un trato es un trato.

Rollins negó con la cabeza, cloqueando como una gran mamá gallina.

—Te tomas las cosas de forma demasiado personal, Brekker. Deberías concentrarte en el trabajo, pero estás demasiado ocupado guardando rencor.

—Ahí es donde te equivocas —dijo Kaz—. Yo no guardo rencor. Lo acuno. Lo mimo. Le doy de comer buenos trozos de carne y lo envío a las mejores escuelas. Yo crío bien a mi rencor, Rollins.

—Me alegra que hayas conservado el sentido del humor, muchacho. En cuanto hayas cumplido tu tiempo en la cárcel, suponiendo que Van Eck te deje vivir, podría dejarte trabajar conmigo. Sería una pena desperdiciar un talento como el tuyo.

—Preferiría que me cocinaran a fuego lento en un espetón con Van Eck girando la manivela.

La sonrisa de Rollins fue magnánima.

—Imagino que eso también puede arreglarse. Si hay algo que soy, es complaciente.

*Tú sigue hablando*, le urgió Kaz en silencio, deslizando la mano en el interior de la bandolera de Wylan.

—¿Qué te hace pensar que Van Eck cumplirá su acuerdo contigo más de lo que lo hizo con nosotros?

—Porque tengo el sentido común de pedir el dinero por adelantado. Y mis peticiones son mucho más moderadas. ¿Unos pocos millones de *kruge* para librar al Barril de una molestia que me gustaría que desapareciera de todos modos? Más razonable. —Rollins enganchó los pulgares en su chaleco—. El hecho es que Van Eck y yo nos entendemos. Estoy expandiéndome, aumentando mi territorio, pensando a lo grande. El Príncipe Kaélico es el mejor establecimiento que ha visto el Stave Oriental, y es solo el principio. Van Eck y yo somos constructores. Queremos crear algo que dure más que nosotros. Lo comprenderás, chico. Ahora entrégame ese sello y ven con calma, ¿de acuerdo?

Kaz se sacó el sello del bolsillo, lo sostuvo en alto y dejó que captara la luz de la lámpara, atrayendo la mirada de Pekka. Vaciló.

—Venga, Brekker. Eres duro, lo confieso, pero te tengo arrinconado y superado en número. No puedes saltar por esa ventana, y Van Eck tiene a la *stadwatch* abajo en la calle. Estás acabado, perdido, colgando del precipicio, así que no hagas ninguna estupidez.

Pero si no podías abrir una puerta, tan solo tenías que hacer una nueva. Era fácil hacer hablar a Rollins; de hecho, Kaz dudaba que pudiera detenerlo si quisiera. Después era solo cuestión de mantener los ojos de Rollins en el brillante sello dorado de la mano derecha de Kaz mientras él abría el tarro de ácido áurico con la izquierda.

—Prepárate —murmuró.

—Kaz... —protestó Wylan.

Kaz lanzó el sello a Rollins y, con el mismo movimiento, tiró al suelo el ácido restante. La habitación se llenó de calor y la alfombra siseó mientras una nube de humo acre se elevaba de ella.

—¡Detenedlos! —gritó Rollins.

—Nos vemos al otro lado —dijo Kaz. Tomó su bastón y golpeó con él los tablones bajo sus pies. El suelo cedió con un gruñido.

Cayeron al primer piso en una nube de yeso y polvo, justo encima de una mesa de comedor que se derrumbó bajo su peso. Los candelabros y los platos rodaron. Kaz se puso en pie, con el bastón en la mano y una salsa goteando de su abrigo, y después levantó a Wylan junto a él. Tuvo un breve momento para ver las expresiones aturcidas de los mercaderes alrededor de la mesa, con las bocas abiertas por la impresión y las servilletas todavía sobre sus regazos. Entonces, Van Eck gritó:

—¡Cogedlos!

Kaz y Wylan saltaron sobre un jamón caído y bajaron corriendo el pasillo de baldosas blancas y negras.

Dos guardias uniformados se pusieron enfrente de las puertas de cristal que se abrían al jardín trasero, levantando los rifles. Kaz aumentó la velocidad y se tiró al suelo, deslizándose. Sujetó el bastón en horizontal sobre el pecho y pasó entre los guardias, golpeándoles las espinillas con el bastón y derribándolos. Wylan lo siguió, saltando los escalones hasta el jardín. Entonces llegaron al cobertizo de los botes, saltaron la barandilla y se metieron en la *gondel* que Rotty había dejado esperándolos en el canal.

Una bala golpeó el lateral del bote mientras los disparos acribillaban el agua a su alrededor. Kaz y Rotty tomaron los remos.

—¡Dales duro! —gritó Kaz, y Wylan soltó cada cohete, bomba de luz y explosivo que había sido capaz de meter en el bote. El cielo sobre la casa de Van Eck explotó en un despliegue de luz, humo y sonido mientras los guardias se agachaban para ponerse a cubierto.

Kaz puso los brazos a trabajar, sintiendo el bote deslizándose por la corriente mientras entraban en el tráfico reluciente del Geldcanal.

—¿No ibais a entrar y salir sin que él se enterara? —preguntó Rotty.

—Ese era el plan —gruñó Kaz.

—Tenemos que advertir a los demás —jadeó Wylan—. Rollins ha dicho que...

—¿Pekka Rollins estaba ahí? —dijo Rotty, y Kaz oyó el miedo en su voz. Una rata del canal se enfrentaría a un millar de matones y ladrones, mercaderes y mercenarios, pero no a Pekka Rollins.

Kaz inclinó uno de los remos, haciendo virar el bote a estribor y esquivando por los pelos un barco lleno de turistas.

—Tenemos que volver al Velo Negro. Los demás...

—Cállate, Wylan. Necesito pensar.

Tanto Jesper como Matthias eran buenos en una pelea. Si alguien tenía una oportunidad de sacar a Kuwei del Velo Negro, eran ellos. Pero ¿cómo los había encontrado Pekka? Alguien debía de haberlos seguido hasta la isla. Todos se habían arriesgado ese día, se habían alejado del Velo Negro. Podía ser que hubieran visto y seguido a alguno de ellos. ¿Nina y Matthias? ¿Wylan y Jesper? ¿El propio Kaz? En cuanto Pekka localizó su escondite, debió de mantenerlos bajo vigilancia en todo momento, simplemente esperando a que se separaran y se volvieran vulnerables.

Kaz flexionó los hombros y Rotty le siguió el ritmo, con los golpes de los remos haciendo avanzar más rápido el bote por la corriente. Tenía que entrar en el tráfico y alejarse de la casa de Van Eck tanto como pudiera. Tenía que llegar al Arrecife Dulce. Los hombres de Rollins habrían seguido a Inej y Nina hasta allí desde el Velo Negro. ¿Por qué las había enviado solas a los silos? Nina y sus preciados refugiados. No habría ningún gran rescate para los Grisha esa noche. Todas sus oportunidades se habían ido al infierno. *También he preparado algo especial para el Espectro. Al*

demonio la venganza, al demonio sus planes. Si Rollins le había hecho algo a Inej, Kaz pintaría el Stave Oriental con sus entrañas.

*Piensa.* Cuando un plan fallaba, trazabas uno nuevo. Cuando te arrinconaban en una esquina, hacías un agujero en el tejado. Pero no podía arreglar lo que se le iba de las manos. El plan se había vuelto resbaladizo. Les había fallado; le había fallado a ella. Y todo porque parecía tener alguna clase de punto ciego en lo concerniente a Pekka Rollins. Jesper podría estar muerto ya. Inej podría estar desangrándose en las calles del Arrecife Dulce.

Giró los remos.

—Vamos a ir al distrito de los almacenes.

—¿Qué pasa con los demás?

—Jesper y Matthias son luchadores, y Pekka no va a arriesgarse a dañar a Kuwei. Vamos a ir al Arrecife Dulce.

—Dijiste que estaríamos a salvo en el Velo Negro —protestó Wylan—. Dijiste...

—No estamos a salvo en ningún sitio —gruñó Kaz—, no en el Barril. Ni en ninguna parte.

Utilizó todas sus fuerzas para remar. No tenían el sello. No tenían barco. Habían gastado el dinero.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Wylan en voz baja, con la voz apenas audible por encima del sonido del agua y los demás barcos del canal.

—Coge un par de remos y haz algo útil —dijo Kaz—. O si no, tiraré al agua tu culo consentido para dejar que tu padre te pesque.



ina los oyó antes de verlos. Se encontraba entre el segundo y el tercer silo, donde podía observar el progreso de Inej y mantener un ojo sobre el puesto de guardia.

Inej había escalado el silo como una araña pequeña y ágil, moviéndose a un ritmo que cansaba a Nina solo con verla. El ángulo era lo bastante escarpado como para que apenas pudiera verla cuando llegó a la parte superior, así que no sabía cuánto estaría avanzando con la escotillas. Pero Inej no comenzó a cruzar cuando Nina dio la primera señal, así que debía de haber tenido algún retraso con las cuerdas o con el gorgojo. A la segunda señal, Nina la vio salir caminando sobre la nada.

Desde donde Nina se encontraba, el cable era invisible en la oscuridad, de modo que Inej parecía estar levitando, con cada paso preciso y medido. Entonces... un débil tambaleo. Y después, una pequeña corrección. El corazón de Nina le latía con ritmo desigual mientras observaba. Tenía la absurda sensación de que, si dejaba que su concentración flaqueara siquiera un segundo, Inej podría caerse, como si fueran su concentración y su fe lo que la mantenía en el aire.

Cuando Inej llegó al fin al segundo silo, Nina quiso gritar de alegría, pero se contentó con una breve danza silenciosa. Después esperó a que los guardias volvieran a quedar a la vista en el lado occidental del perímetro. Se detuvieron en el puesto de guardia durante unos pocos minutos y salieron otra vez. Nina estaba a punto de hacerle la señal a Inej cuando escuchó el sonido de una risa alborotada. Los guardias también se dieron cuenta, alerta de pronto. Nina vio que uno de ellos encendía la lámpara de la señal encima del puesto de guardia para llamar refuerzos; una medida preventiva por si hubiera problemas. A veces había disturbios, y con el caos del Stave

Occidental el día anterior, a Nina no le sorprendió que los guardias se apresuraran a pedir ayuda.

Parecía que iban a necesitarla. Nina distinguía una banda de matones del Barril cuando la veía, y aquellos parecían muy desagradables, todos grandes, de gruesos músculos, y muy armados. La mayoría tenía pistolas, clara señal de que buscaban algo más que un altercado. El de la parte delantera llevaba un chaleco a cuadros sobre el ancho pecho, y estaba balanceando una cadena con las manos. Nina pudo ver un tatuaje circular en su antebrazo. No podía distinguir los detalles desde la distancia, pero habría apostado mucho dinero a que era un león dentro de una corona. Los Leones Moneda. Los chicos de Pekka Rollins. ¿Qué demonios estaban haciendo ahí?

Levantó la mirada. Inej debía de estar metiendo el gorgojo en el segundo silo. Con suerte, no estaría a la vista. Pero ¿qué quería la banda de Pekka?

La respuesta llegó unos momentos después.

—He oído que hay una Mortificadora escondida en el Arrecife Dulce —dijo el del chaleco de cuadros en voz alta, todavía balanceando la cadena.

*Por todos los Santos, esto es malo.* ¿Las habrían seguido los Leones Moneda a ella y a Inej desde el Velo Negro? ¿Estarían los demás en problemas? ¿Y qué pasaba si Pekka Rollins y los suyos sabían lo de los Grisha en la embajada? Algunos de ellos estaban violando sus contratos al tratar de abandonar la ciudad. Podían chantajearlos, o algo peor. Pekka podía venderlos a los shu. *Ahora mismo tienes tus propios problemas, Zenik,* dijo una voz en su cabeza. *Deja de preocuparte por salvar el mundo y salva tu propio culo.* A veces, su voz interna podía ser muy sabia.

Uno de los guardias del silo avanzó, de forma muy valiente para Nina, dada la exhibición de fuerza de los Leones Moneda. No distinguió lo que hablaban. Un papel con un sello de un rojo vibrante cambió de manos, y el guardia se lo dio a su compañero para que lo leyera. Tras un momento, se encogió de hombros. Y entonces, para horror de Nina, el guardia avanzó y abrió la puerta. La lámpara sobre el tejado del puesto de guardia volvió a destellar. Estaban cancelando la petición de refuerzos.

El sello rojo. El color de Van Eck. Aquellos eran sus silos, y no había forma de que los guardias se arriesgaran a abrir la puerta a nadie que su jefe no hubiera autorizado. Las implicaciones hicieron que la cabeza le diera vueltas. ¿Podrían estar trabajando juntos Jan Van Eck y Pekka Rollins? De ser así, las oportunidades de los Despojos de salir con vida de la ciudad acababan de convertirse en migajas sobre un plato de tarta.

—Sal aquí, dulce Nina. Pekka tiene un trabajo para ti.

Nina vio que la cadena que estaba balanceando el chico tenía unas pesadas esposas en el extremo. Cuando había llegado a Ketterdam por primera vez, Pekka Rollins le había ofrecido empleo y su dudosa protección, pero ella había elegido unirse a los Despojos en su lugar. Parecía que Pekka estaba harto de cumplir contratos o las leyes de las bandas. Iba a atraparla con cadenas, tal vez venderla a los shu u ofrecerla a Van Eck para que este pudiera darle una dosis de *parem*.

Estaba oculta entre las sombras del segundo silo, pero no tenía forma alguna de moverse más que unos pocos pasos sin exponerse. Pensó en la pastilla de veneno que tenía en el bolsillo.

—No nos hagas ir a buscarte, chica.

El joven hizo una señal a los demás Leones Moneda para que se dispersaran.

Nina supuso que tenía dos ventajas: primero, las esposas en el extremo de la cadena significaban que lo más probable era que Pekka la quisiera con vida. No querría sacrificar a una valiosa Mortificadora Grisha, así que no iban a disparar. Y segundo, ese atajo de genios no sabía que la *parem* había perturbado sus poderes. Tal vez podría ganar tiempo para ella y para Inej.

Nina se sacudió el pelo, reunió cada gramo de su coraje, y salió a la vista. Al instante oyó el sonido de unos gatillos amortillándose.

—Tranquilos —dijo, poniéndose una mano sobre la cadera—. No voy a servirle de mucho a Pekka si me llenáis de agujeros como la tapa de un salero.

—Bueno, hola, chica Grisha. ¿Vas a ponérselo divertido?

*Depende de tu definición.*

—¿Cómo te llamas, guapo?

El chico sonrió, mostrando un diente de oro y un hoyuelo sorprendentemente encantador.

—Eamon.

—Es un bonito nombre kaélico. ¿*Ken ye hom?*

—Mi madre era kaélica. No hablo ese galimatías.

—Pues entonces, ¿qué tal si tus amigos y tú venís aquí a relajarnos y bajáis las armas para que pueda enseñaros palabras nuevas?

—Me parece que no. Sé cómo funcionan los poderes Mortificadores. No voy a dejar que te apoderes de mis entrañas.

—Qué pena —replicó Nina—. Escucha, Eamon, no hay necesidad de causar problemas esta noche. Tan solo quiero saber los términos de Pekka. Si voy a traicionar a Kaz, necesito saber que el dolor vale la pena del precio...

—Puedes dar a Kaz Brekker por muerto, querida. Y Pekka no ofrece ningún término. Vas a venir con nosotros, con cadenas o sin ellas.

Nina levantó los brazos y vio que los hombres a su alrededor se ponían rígidos, listos para disparar a pesar de las órdenes de Pekka. Convirtió el movimiento en un perezoso estiramiento.

—Eamon, sabes muy bien que antes de que me atrapes con esas cadenas podría convertir en papilla los órganos internos de la mitad de estos caballeros.

—No eres tan rápida.

—Soy lo bastante rápida como para asegurarme de que nunca —sus ojos lanzaron una significativa mirada bajo el cinturón del muchacho— claves tu bandera en el Stave Occidental.

Eamon palideció.



—No puedes hacer eso.

Nina crujió los nudillos.

—¿Que no?

Un suave sonido metálico sonó desde algún lugar sobre ellos, y todos apuntaron al cielo con sus pistolas. *Maldita sea, Inej, silencio.* Pero cuando Nina miró hacia arriba, sus pensamientos se bloquearon hasta detenerse por el terror. Inej había vuelto al cable, y no estaba sola.

Por un momento, Nina pensó que estaba alucinando mientras observaba a la figura de blanco siguiendo a Inej al cable. Parecía un fantasma flotando en el aire sobre ellos. Después lanzó algo por el aire, y Nina captó un destello de metal. No lo vio golpear, pero notó que los pasos de Inej fallaban. Ella se estabilizó, con postura implacable y los brazos extendidos en busca de equilibrio.

Tenía que haber alguna forma de ayudarla. Nina trató de alcanzar a la chica de blanco con su poder, buscando su pulso, la fibra de sus músculos, algo que pudiera controlar, pero otra vez se encontró con esa terrible ceguera, esa nada.

—¿No vas a ayudar a tu amiga? —preguntó Eamon.

—Puede arreglárselas sola —respondió Nina.

Eamon le dirigió una sonrisita de suficiencia.

—No eres tan dura como hemos oído. Mucho hablar, pero poco actuar. —Se giró hacia su banda—. Invito a bebida toda la noche al primero que la atrape.

No corrieron hacia ella; no eran lo bastante estúpidos. Avanzaron con lentitud, con las armas en alto. Nina levantó las manos y ellos se detuvieron, recelosos. Pero cuando no pasó nada, los vio intercambiar unas miradas, unas pocas sonrisas, y ahora se estaban acercando con mayor rapidez, perdiendo el miedo, listos para obtener su recompensa.

Nina se arriesgó a mirar hacia arriba. De algún modo, Inej seguía manteniendo el equilibrio. Parecía estar intentando volver al primer silo, pero estaba claro que se encontraba herida y su marcha era inestable.

*La red.* Pero no le servía de nada solo a Nina. Si tuviera un poco de *parem*, tan solo una pizca, podría obligar a esos enormes idiotas a ayudarla. La obedecerían sin pensar.

Su mente se extendió tratando de alcanzar algo, lo que fuera. No iba a quedarse allí plantada, impotente, para que la apresaran y para observar cómo moría Inej. Pero lo único que sintió fue un gran vacío negro. No había convenientes fragmentos de hueso, ni polvo que usar. El mundo que una vez había bullido de vida, con latidos, respiración, el flujo de la sangre, había quedado desnudo. Era todo desierto negro, cielo sin estrellas, tierra yerma.

Uno de los Leones Moneda corrió hacia delante y entonces se lanzaron todos a por ella, sujetándole los brazos y arrastrándola hacia Eamon, en cuya cara apareció una sonrisa que le curvó el hoyuelo en una media luna.

Nina soltó un aullido de pura rabia, retorciéndose como un animal salvaje. No estaba indefensa. Se negaba a estarlo. *No conozco a una guerrera más ferocon poderes o sin ellos.*

Entonces lo sintió: ahí, en ese desierto negro, algo de un frío tan profundo que quemaba. Allí, más allá de los silos, en el canal de camino al puerto: el barco de los enfermos, lleno de cuerpos apilados. Una punzada de reconocimiento palpité a través de ella. No sentía los latidos ni la sangre fluyendo, pero podía sentir otra cosa, algo distinto. Pensó en los fragmentos de hueso y recordó la tranquilidad que había sentido en el Velo Negro, rodeada de tumbas.

Eamon trató de ponerle uno de los grilletes en la muñeca.

—¡Ponle también el collar! —gritó otro de los Leones Moneda.

Nina sintió una mano en el pelo que le echaba la cabeza hacia atrás para exponer su cuello. Sabía que lo que estaba pensando era una locura, pero se le habían acabado las opciones cuerdas. Con toda su fuerza restante, le dio una fuerte patada a Eamon, rompiendo su agarre. Abrió los brazos en un ancho arco, concentrándose en esa extraña conciencia nueva, y sintió que los cuerpos de la barcaza se elevaban. Apretó los puños. *Venid a mi.*

Los Leones Moneda le sujetaron las muñecas y Eamon le dio una bofetada, pero ella mantuvo los puños cerrados y la mente concentrada. Aquella no era la euforia que había sentido con la *parem*. Aquello había sido calor, fuego, luz. Lo que sentía era una llama fría, una que ardía baja y azul. Sintió los cadáveres elevándose, respondiendo a su llamada uno tras otro. Era consciente de la manos sobre ella, de cómo le rodeaban las muñecas con las cadenas, pero el frío era ahora más profundo, un río invernal que fluía con rapidez, unos torrentes negros llenos de fragmentos de hielo.

Nina oyó gritos, el traqueteo de unos disparos, y después el metal que se retorció. Las manos sobre ella se aflojaron, y las cadenas cayeron sobre los adoquines con un sonido casi musical. Atrajo los brazos hacia ella, sumergiéndose más en el frío del río.

—¿*Qué demonios?* —dijo Eamon, girándose hacia el puesto de guardia—. ¿*Qué demonios?*

Los Leones Moneda estaban retrocediendo, con la misión olvidada y el terror en sus caras, y Nina podía ver exactamente por qué. Una hilera de personas estaba empujando la valla, balanceándolas sobre sus postes. Algunos eran viejos, otros jóvenes, pero todos eran preciosos: mejillas ruborizadas, labios sonrosados, pelo brillante y moviéndose en ondas alrededor de sus caras con el suave balanceo de algo que crecía bajo el agua. Eran hermosos y eran terribles, porque aunque algunos no tenían señales de daños, una tenía sangre marrón y vómito salpicándole el vestido, y otro tenía una herida que se había puesto negra por la putrefacción. Había dos desnudos, y una tenía un profundo y ancho corte por el estómago, con la rolliza piel

rosada cayendo hacia delante. Los ojos de todos emitían un brillo negro, la reluciente pizarra del agua en invierno.

Nina sintió una oleada de náuseas que la dominaba. Se sintió extraña y un poco avergonzada, como si estuviera mirando por una ventana sin tener derecho a hacerlo. Pero se había quedado sin opciones. Y la verdad era que no quería parar. Flexionó los dedos.

La valla cayó hacia delante con un agudo chirrido de metal roto. Los Leones Moneda abrieron fuego, pero los cadáveres siguieron avanzando, sin interés ni miedo.

—¡Es ella! —gritó Eamon retrocediendo. Cayó al suelo y se puso de rodillas mientras sus hombres corrían hacia la noche—. ¡Vienen a por la zorra Grisha!

—Seguro que ahora te gustaría que hubiéramos tenido esa charla —gruñó Nina. Pero no le importaban los Leones Moneda.

Miró hacia arriba. Inej seguía en la cuerda, pero la chica de blanco se encontraba en el tejado del segundo silo y estaba tocando la sujeción.

*La red*, ordenó. *Ahora*. Los cadáveres se movieron en un borroso estallido de velocidad, corriendo hacia delante y después deteniéndose de pronto, como si esperaran instrucción. Nina reunió su concentración y los instó a obedecer, poniendo toda su fuerza y su vida en sus cuerpos. En unos segundos, tuvieron la red en sus manos y estaban corriendo, tan deprisa que Nina no podía seguirlos.

El cable se aflojó. Inej cayó. Nina gritó.

El cuerpo de Inej golpeó la red, rebotó alto y volvió a golpear la red.

Nina corrió hacia ella.

—¡Inej!

Su cuerpo yacía en el centro de la red, marcado por las afiladas estrellas plateadas, y le salía sangre de las heridas.

*Bajadla*, ordenó Nina, y los cadáveres obedecieron y dejaron la red sobre los adoquines. Nina fue dando traspiés junto a la chica y se puso de rodillas.

—¿Inej? —Ella rodeó a Nina con los brazos—. Nunca jamás vuelvas a hacer eso —sollozó.

—¿Una red? —dijo una voz alegre—. Me parece trampa.

Inej se puso rígida. La chica de blanco había llegado hasta la base del segundo silo, y estaba avanzando a zancadas hacia ellas.

Nina extendió los brazos y los cadáveres se pusieron por delante de ella y de Inej.

—¿Seguro que quieres meterte en esta pelea, copito de nieve?

La chica entrecerró sus bonitos ojos.

—Te he superado —le dijo a Inej—. Sabes que sí.

—Has tenido una buena noche —replicó ella, pero su voz sonaba débil como un hilo gastado.

La chica miró al ejército de cuerpos en descomposición que tenía delante y pareció evaluar sus posibilidades. Hizo una reverencia.

—Volveremos a encontrarnos, Espectro.

Se giró en la dirección a la que habían huido Eamon y el resto de Leones Moneda, saltó los restos de la valla y desapareció.

—A alguien le gusta el drama —dijo Nina—. En serio, ¿quién va de blanco a una pelea con cuchillos?

—Dunyasha, la Hoja Blanca de no sé qué. Tiene muchas ganas de matarme. Y posiblemente a todos nosotros.

—¿Puedes caminar?

Inej asintió con la cabeza, aunque tenía el rostro grisáceo.

—Nina, esta gente... ¿están muertos?

—Si lo dices así, suena espeluznante.

—Pero no has usado...

—No. Nada de *parem*. Ni siquiera sé lo que es esto.

—¿Acaso los Grisha pueden...?

—No lo sé.

Ahora que el miedo de la emboscada y la caída de Inej estaban remitiendo, sentía cierta repugnancia. ¿Qué acababa de hacer? ¿Con qué estaba jugando?

Recordaba haber preguntado a uno de sus profesores del Pequeño Palacio de dónde provenía el poder Grisha. Entonces no era más que una niña, impresionada por los Grisha mayores que iban y venían de los terrenos de palacio en misiones importantes.

*Nuestro poder nos conecta a la vida de formas que la gente corriente jamás podría comprender, había dicho el profesor. Por eso usar nuestro don nos vuelve más fuertes en vez de agotarnos. Estamos atados al mismo poder de la existencia, la creación en el corazón del mundo. Para los Corporalki ese lazo está todavía más entretejido, porque trabajamos con la vida y la muerte.*

El profesor había levantado sus manos, y Nina sintió que su pulso descendía ligeramente. Los demás estudiantes habían soltado jadeos y mirado a su alrededor entre ellos, todos experimentando lo mismo. ¿*Sentís eso?*, preguntó el profesor. ¿*Todos vuestros corazones latiendo al unísono, atados al ritmo del mundo?*

Había sido una sensación extraña, notando que su cuerpo se disolvía, como si no fueran varios estudiantes moviéndose en las sillas del aula, sino una criatura con un solo corazón, un solo propósito. Tan solo había durado unos momentos, pero jamás había olvidado esa sensación de conexión, la repentina comprensión de que su poder significaba que nunca estaba sola.

Pero ¿y el poder que había usado con los cadáveres? No se parecía en nada a eso. Era un producto de la *parem*, no de la creación en el corazón del mundo. Era un error.

Ya tendría tiempo para preocuparse después.

—Tenemos que salir de aquí —dijo. Ayudó a Inej a ponerse en pie y miró a los cuerpos que las rodeaban—. Por todos los Santos, huelen fatal.

—Nina, ¿y si pueden oírte?

—¿Podéis oírme? —preguntó. Pero los cadáveres no respondieron, y cuando trató de alcanzarlos con su poder, no parecían vivos. Pero había *algo* ahí, algo que le hablaba de una forma que los vivos ya no podían. Pensó otra vez en el río helado. Todavía podía sentirlo a su alrededor, alrededor de todo, pero ahora se movía en lentos remolinos.

—¿Qué vas a hacer con ellos? —quiso saber Inej.

Nina se encogió de hombros, sin saber qué decir.

—¿Devolverlos a donde estaban, supongo?

Levantó las manos. *Marchaos*, les dijo con tanta claridad como pudo, *descansad*.

Se movieron otra vez, un rápido frenesí que llevó una plegaria a los labios de Inej. Nina los observó desaparecer, sombras tenues en la oscuridad.

Inej se estremeció ligeramente y después se sacó una puntiaguda estrella plateada del hombro y la dejó caer al suelo con un ruido metálico. El sangrado parecía haberse ralentizado, pero sin duda necesitaba vendas.

—Vámonos antes de que aparezca la *stadwatch* —dijo.

—¿Adonde? —preguntó Nina mientras se dirigían hacia el canal—. Si Pekka Rollins nos ha encontrado...

Los pasos de Inej se ralentizaron mientras la realidad calaba.

—Si ha descubierto el Velo Negro, Kaz... Kaz me dijo adonde ir si las cosas se ponían mal. Pero...

La palabra flotó en el aire entre ellas. Que Pekka Rollins entrara en el juego significaba mucho más que un plan frustrado. ¿Y si habían volado el Velo Negro? ¿Y si le había pasado algo a Matthias? ¿Pekka Rollins le perdonaría la vida, o tan solo dispararía primero y reclamaría su recompensa?

*Los Grisha*. ¿Y si Pekka había seguido a Jesper y Matthias hasta la embajada? ¿Y si habían ido hacia el muelle y los habían capturado? Volvió a pensar en la pastilla amarilla en su bolsillo. Pensó en los feroces ojos dorados de Tamar, la mirada imperiosa de Zoya, la risa provocadora de Genya. Habían confiado en ella. Si les había pasado algo, jamás se lo perdonaría.

Mientras Nina e Inej deshacían sus pasos de antes hacia el amarradero donde se encontraba su bote, lanzó una mirada a la barcaza donde los últimos cadáveres estaban descendiendo para volver a su sitio. Ahora parecían diferentes, y su color volvía al gris ceniciento y el blanco manchado que asociaba con la muerte. Pero a lo mejor la muerte no era solo una cosa.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Nina.

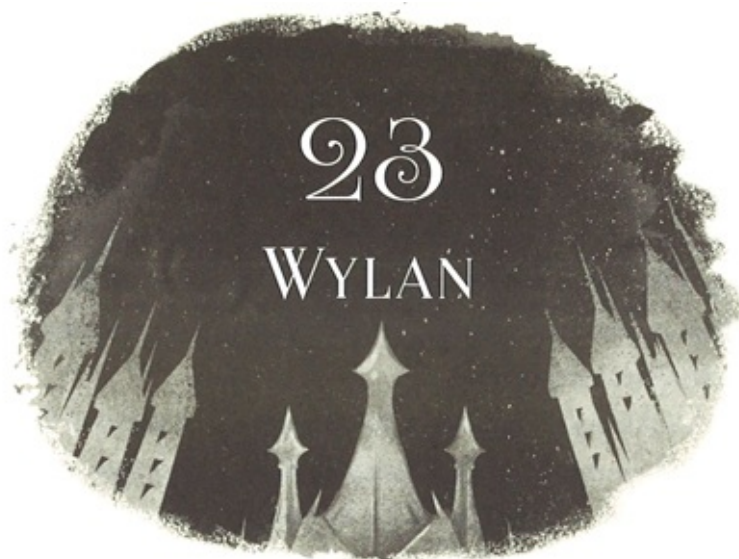
En ese momento, vieron a dos figuras corriendo hacia ellos. Inej llevó las manos a sus cuchillos y Nina levantó los brazos, preparada para invocar a sus extraños soldados una vez más. Sabía que en esa ocasión sería más fácil.

Kaz y Wylan aparecieron bajo la luz de una lámpara, con la ropa arrugada y el pelo cubierto de trozos de yeso y lo que parecía salsa. Kaz se apoyaba con pesadez

sobre su bastón, con un ritmo constante, y las facciones afiladas de su rostro formaban unas líneas decididas.

—Saldremos de esta luchando juntos —susurró Inej.

Nina la miró a ella y luego a Kaz, y vio que ambos tenían la misma expresión. Ella la conocía. Aparecía después del naufragio, cuando la marea se movía contra ti y el cielo se había oscurecido. Era la primera visión de la tierra, la esperanza de refugio e incluso salvación que podría esperarte en una orilla distante.



*oy a morir aquí y no quedará nadie para ayudarla. Nadie que recuerde siquiera a Marya Hendriks.*

Wylan quería ser valiente, pero tenía frío y estaba magullado, y peor todavía: se encontraba rodeado de las personas más valientes que había conocido y todos parecían bastante consternados.

Habían avanzado con lentitud por los canales, deteniéndose bajo los puentes y las sombras para esperar mientras los escuadrones de botas de la *stadwatch* retumbaban sobre sus cabezas o a los lados de las vías acuáticas. Habían desplegado todas sus fuerzas, y sus botes navegaban con lentitud y unos relucientes faroles en las proas. Algo había cambiado en el corto tiempo desde el enfrentamiento en Goedmedbridge. La ciudad había cobrado vida, y estaba furiosa.

—Los Grisha... —había comenzado Nina.

Pero Kaz la había atajado con rapidez.

—O están a salvo en la embajada, o no podemos ayudarlos. Que se ocupen de sí mismos. Nos vamos bajo tierra.

Y entonces Wylan supo lo grave que era la situación, porque Nina no había discutido. Tan solo se había puesto la cabeza sobre las manos y se había quedado en silencio.

—Estarán bien —dijo Inej, rodeándole los hombros con un brazo—. Matthias estará bien.

Pero sus movimientos eran dudosos, y Wylan podía ver sangre en su ropa.

Tras eso, nadie dijo una palabra. Kaz y Rotty remaban solo de forma esporádica, conduciéndolos hacia los canales más silenciosos y estrechos, dejándose flotar en

silencio siempre que era posible, hasta que doblaron una curva cerca de la Schoonstraat y Kaz dijo:

—Para.

Él y Rotty se detuvieron en el lateral del canal, detrás del abultado barco de un vendedor. Fuera lo que fuera lo que vendiera la tienda flotante, sus puestos estaban bien cerrados para proteger la mercancía. Delante, podían ver a la *stadwatch* moviéndose en manada sobre un puente, y dos de sus barcos oscurecían el pasaje debajo.

—Están bloqueando el camino —señaló Kaz.

Dejaron el barco allí y continuaron a pie.

Wylan sabía que se dirigían hacia otro refugio, pero el mismo Kaz lo había dicho: *No estamos a salvo en ningún sitio*. ¿Dónde podrían esconderse? Pekka Rollins estaba trabajando con su padre. Entre ambos, les debía de pertenecer la mitad de la ciudad. Capturarían a Wylan. Y después, ¿qué? Nadie creería que era el hijo de Jan Van Eck. Puede que fuera despreciado por su padre, pero tenía derechos que ningún criminal shu podía esperar. ¿Acabaría en la Puerta del Infierno? ¿Encontraría su padre la forma de que lo ejecutaran?

Según se alejaban del distrito de fabricación y del Barril, las patrullas se reducían, y Wylan se dio cuenta de que la *stadwatch* debía de estar concentrando sus esfuerzos en las partes menos respetables de la ciudad. Aun así, avanzaron de forma errática, pasando por callejones que el muchacho no sabía que existían y entrando en ocasiones por los escaparates vacíos o los pisos inferiores de los apartamentos deshabitados para poder salir por la calle de atrás. Era como si Kaz tuviera un mapa secreto de Ketterdam que mostrara los espacios olvidados de la ciudad.

¿Los estaría esperando Jesper cuando llegaran por fin al lugar donde iban? ¿O estaría tirado, herido y sangrando en el suelo de la tumba, sin nadie que acudiera en su ayuda? Wylan se negaba a creerlo. Cuanto peores fueran las opciones, mejor era Jesper en una batalla. Lo recordó suplicándole a su padre. *Sé que te he decepcionado. Tan solo dame una oportunidad más*. ¿Cuántas veces le había dicho Wylan casi las mismas palabras a su padre, esperando todas ellas que le hiciera caso? Jesper tenía que sobrevivir. Todos tenían que hacerlo.

Recordó la primera vez que había visto al pistolero. Le había parecido una criatura de otro mundo, vestido de verde lima y amarillo limón, caminando a grandes zancadas como si cada paso saliera de una botella de cuello estrecho.

La primera noche de Wylan en el Barril, había caminado de una calle a otra, seguro de que le iban a robar, con los dientes castañeteando por el frío. Al fin, cuando su piel se estaba volviendo azul y ya no podía sentir los dedos, reunió el coraje para preguntarle a un hombre que fumaba su pipa en los escalones delanteros de una casa:

—¿Sabe dónde podría haber habitaciones para alquilar?

—El cartel de ahí dice que tienen vacantes —respondió él, haciendo un gesto al otro lado de la calle—. ¿Es que estás ciego?



—No me habré fijado —dijo Wylan.

La casa de huéspedes estaba sucia, pero por suerte era barata. Había alquilado una habitación por diez *kruge*, y también había pagado por un baño caliente. Sabía que tenía que ahorrar, pero si contraía una pulmonía la primera noche, tendría problemas mayores que quedarse sin dinero. Se llevó la pequeña toalla al cuarto de baño al final del pasillo y se lavó con rapidez. Aunque el agua estaba lo bastante caliente, se sentía vulnerable agachado y desnudo en una bañera sin cerrojo en la puerta. Secó su ropa lo mejor que pudo, pero esta seguía húmeda cuando se la volvió a poner.

Pasó la noche tumbado en un colchón delgado como el papel, mirando el techo y escuchando los sonidos de las casas a su alrededor. En el Geldcanal, las noches eran tan silenciosas que podías oír el agua salpicando los laterales del cobertizo de los botes. Pero allí, bien podría haber sido mediodía. La música entraba por la ventana sucia. La gente estaba hablando, riendo, dando portazos. La pareja en la habitación de encima de la suya estaba discutiendo. La pareja en la habitación de debajo estaba sin duda haciendo otra cosa.

Wylan se tocó con los dedos los moratones de la garganta y pensó: *ojalá pudiera llamar para que me trajeran un té*. Ese fue el momento en que comenzó a entrar en pánico de verdad. ¿Podía ser más patético? Su padre había intentado que lo mataran. Casi no tenía dinero, y estaba tumbado en un catre que apestaba a los productos químicos que habían usado para quitar los piojos al colchón. Debería estar trazando un plan, tal vez planeando vengarse incluso, tratando de exprimir su ingenio y sus recursos. Pero ¿qué estaba haciendo? Deseando poder pedir un té. Puede que no fuera feliz en la casa de su padre, pero nunca había tenido que trabajar. Había gozado de sirvientes, comidas calientes, ropa limpia. Lo que hacía falta para sobrevivir en el Barril, Wylan sabía que no lo tenía.

Mientras yacía allí, buscó alguna explicación para lo que había sucedido. Seguro que Miggs y Prior eran los culpables; su padre no lo sabía. O a lo mejor habían entendido mal sus órdenes; tan solo había sido un terrible malentendido. Wylan se levantó y metió la mano en el bolsillo húmedo del abrigo. Sus papeles de matrícula de la escuela de música de Belendt estaban todavía ahí.

En cuanto sacó el grueso sobre, supo que su padre era culpable. Estaba empapado y olía al canal, pero el color seguía intacto. No se había filtrado la tinta de los supuestos documentos que había dentro, pero Wylan abrió el sobre de todos modos. El fajo de papeles doblados estaba pegado en un montón húmedo, pero los separó y vio que estaban todos en blanco. Su padre ni siquiera se había molestado con una falsificación convincente. Sabía que Wylan no trataría de leer los papeles, y que su ingenuo hijo jamás sospecharía que su padre mentía. *Patético*.

Se quedó allí dos días, aterrorizado. Pero a la tercera mañana, tenía tanta hambre que el olor de las patatas fritas que ascendía desde la calle lo sacó de la seguridad de su habitación. Compró un cucurucho de papel lleno de ellas y las engulló con tanta ansia que se quemó la lengua. Después, se obligó a caminar.

Solo tenía dinero suficiente para seguir en su habitación una semana más, menos si planeaba comer. Necesitaba encontrar trabajo, pero no sabía por dónde empezar. No era lo bastante grande o fuerte como para trabajar en los almacenes o los astilleros. Para los trabajos más suaves, necesitaría leer. ¿Era posible que uno de los antros de juego o incluso una de las casas del placer necesitaran un músico para tocar en los vestíbulos? Todavía tenía su flauta. Subió y bajó el Stave Oriental y recorrió las calles laterales mejor iluminadas. Cuando comenzó a oscurecer, regresó a la casa de huéspedes, totalmente derrotado. El hombre de la pipa seguía en los escalones, fumando. Por lo que Wylan sabía, jamás se marchaba de ahí.

—Estoy buscando trabajo —le dijo—. ¿Conoces a alguien que busque contratar?

El hombre lo observó a través de una nube de humo.

—Un bollito de crema como tú podría ganar muchas monedas en el Stave Occidental.

—Trabajo *honesto*.

El hombre se rio hasta que comenzó a toser, pero acabó dirigiendo a Wylan hacia el sur, a las curtidurías.

A Wylan le pagaban un sueldo miserable por mezclar tinturas y limpiar las cubas. Los demás trabajadores eran sobre todo mujeres y niños, y unos pocos chicos flacuchos como él. Hablaban poco, pues estaban demasiado cansados y enfermos debido a las sustancias químicas como para hacer nada más que completar su trabajo y recoger su sueldo. No les daban guantes y máscaras, y Wylan estaba seguro de que moriría de envenenamiento antes de que tuviera que preocuparse de adonde podría ir con el poco dinero que ganaba.

Una tarde, Wylan oyó que el jefe se quejaba de que estaban perdiendo litros de tinturas a causa de la evaporación porque los hervidores calentaban demasiado. Estaba maldiciendo el precio que había pagado porque arreglaran dos de ellos y para lo poco que había servido.

Wylan dudó, pero entonces sugirió añadir agua de mar a los tanques.

—¿Por qué demonios iba a hacer eso? —preguntó el jefe.

—Elevará el punto de ebullición —contestó el muchacho, preguntándose por qué había considerado una buena idea hablar siquiera—. Las tinturas tendrán que calentarse más para hervir, así que perderás menos por la evaporación. Tendréis que alterar la fórmula, porque la solución salina se acumulará más, y tendréis que limpiar los tanques más a menudo, porque la sal puede ser corrosiva.

El jefe tan solo había lanzado un escupitajo de *jurda* al suelo y lo había ignorado. Pero la semana siguiente, probaron a usar agua salada en uno de los tanques. Unos días después estaban usando una mezcla de agua marina en todos ellos, y el jefe comenzó a acudir a Wylan con más preguntas. ¿Cómo podían evitar que la tintura roja pusiera rígidas las pieles? ¿Cómo podían acortar los tiempos de procesamiento y secado? ¿Podía Wylan hacer una resina para que las tinturas no se corrieran?

Una semana después, Wylan estaba de pie frente a las cubas con su pala de madera, mareado por las tinturas, con los ojos acuosos y preguntándose si ayudar al jefe de tinturas significaba que podía pedir un aumento de sueldo, cuando un chico se le acercó. Era alto y flacucho, con la piel de un profundo marrón zemeni, y parecía ridículamente fuera de lugar en la planta de tinturas. No solo por su chaleco a cuadros verde y sus pantalones amarillos, sino porque parecía exudar placer, como si no hubiera ningún lugar en el que prefiriera estar que una miserable curtiduría de olor horrible, como si acabara de entrar en una fiesta por la que no podía esperar. Aunque era delgado, su cuerpo de miembros ligeros encajaba con suma facilidad. Por lo general, al jefe no le gustaban los extraños en la planta, pero no le dijo una palabra a ese chico con los revólveres colgados a las caderas; tan solo inclinó el sombrero con respeto y se escabulló.

El primer pensamiento de Wylan fue que ese chico tenía los labios con la forma más perfecta que había visto nunca. El segundo fue que su padre había enviado a alguien nuevo para matarlo. Sujetó la pala. ¿Iba a dispararle aquel chico a plena luz del día? ¿La gente hacía eso?

Pero el chico dijo:

—He oído que se te dan bien los juegos de química.

—¿Qué? Eh... sí. Un poco —logró decir Wylan.

—¿Solo un poco?

Wylan tenía la sensación de que su próxima respuesta era muy importante.

—Tengo mis conocimientos.

Se había dedicado a la ciencia y las matemáticas con diligencia, esperando que de algún modo eso compensara sus otros fracasos. El chico le entregó un trozo de papel doblado.

—Entonces, ven a esta dirección cuando salgas de trabajar esta noche. Tal vez tengamos un trabajo para ti. —Miró a su alrededor, como si acabara de ver las cubas y los pálidos trabajadores inclinados sobre ellas—. Un trabajo de verdad.

Wylan había mirado fijamente el papel, pero las letras eran un garabato ante sus ojos.

—No... no sé dónde está esto.

El chico soltó un suspiro exasperado.

—No eres de aquí, ¿verdad? —Wylan negó con la cabeza—. Vale. Vendré a recogerte, porque está claro que no tengo nada mejor que hacer con mi tiempo que llevar florecillas nuevas por la ciudad. Wylan, ¿verdad? —El muchacho asintió con la cabeza—. ¿Qué más?

—Wylan... Hendriks.

—¿Sabes mucho sobre demoliciones, Wylan Hendriks?

—¿Demoliciones?

—El bum, el bam, las chispas y el alboroto.

Wylan no tenía ni idea de lo que estaba hablando, pero creía que admitirlo sería un grave error.

—Claro —respondió con tanta confianza como pudo reunir.

El chico le lanzó una mirada escéptica.

—Ya veremos. Nos vemos fuera a las seis campanadas. Y sin pistolas, salvo que quieras problemas.

—Por supuesto que no.

El chico había puesto en blanco los ojos grises antes de murmurar:

—Kaz tiene que haberse vuelto loco.

A las seis campanadas, Jesper llegó para acompañar a Wylan a una tienda de cebos del Barril. El muchacho estaba avergonzado por su ropa arrugada, pero era la única que tenía, y el miedo paralizador de que aquello fuera solo una elaborada trampa preparada por su padre lo había distraído lo suficiente de su preocupación. En la habitación trasera de la tienda, Wylan conoció a Kaz e Inej. Le dijeron que necesitaban bombas de luz, y tal vez algo con un poco más de fuerza. El chico se había negado.

Aquella noche, volvió a la casa de huéspedes y encontró la primera carta. Las únicas palabras que reconoció fueron el nombre del remitente: Jan Van Eck.

Se había pasado toda la noche despierto, seguro de que en cualquier momento Prior destrozaría la puerta y le rodearía el cuello con sus grandes manos. Pensó en huir, pero apenas tenía dinero suficiente para pagar el alquiler, y mucho menos comprar un billete para salir de la ciudad. ¿Y qué esperanza tenía en aquel país? Nadie iba a contratarlo para trabajar en una granja. Al día siguiente, fue a ver a Kaz, y esa noche construyó su primer explosivo para los Despojos. Sabía que lo que estaba haciendo era ilegal, pero había ganado más dinero por unas horas de trabajo de lo que ganaba en una semana en la curtiduría.

Las cartas de su padre continuaron llegando, una vez o en ocasiones dos por semana. Wylan no sabía qué pensar de ellas. ¿Eran amenazas? ¿Burlas? Las almacenó en un fajo bajo su colchón, y a veces por la noche pensaba que podía sentir la tinta atravesando las páginas, subiendo por el colchón y metiéndosele en el corazón como un veneno oscuro.

Pero cuanto más tiempo pasaba y más trabajaba para Kaz, menos asustado se sentía. Ganaría su dinero, saldría de la ciudad, y jamás volvería a pronunciar el apellido Van Eck. Y si su padre decidía acabar con él antes de eso, no había nada que él pudiera hacer al respecto. Tenía la ropa harapienta y hecha jirones. Se estaba quedando tan delgado que tuvo que abrirse nuevos agujeros en el cinturón. Pero vendería su cuerpo en las casas del placer del Stave Occidental antes que pedir misericordia a su padre.

Wylan no lo sabía entonces, pero Kaz había conocido su verdadera identidad desde el principio. Manos Sucias estaba al tanto de todo el que residiera en el Barril,

y había puesto al muchacho bajo la protección de los Despojos, seguro de que algún día el hijo de un mercader rico sería útil.

El muchacho no sabía por qué Kaz lo había buscado, pero sí que sabía que jamás habría sobrevivido tanto tiempo sin su ayuda. Y a él no le importaba que no supiera leer. Kaz y los demás se metían con él, pero le habían dado la oportunidad de probarse a sí mismo. Valoraban las cosas que podía hacer en lugar de castigarlo por aquellas de las que no era capaz.

Wylan había creído que Kaz podría conseguir venganza por lo que le habían hecho a su madre. Creía que a pesar de la riqueza y la influencia de su padre, esa banda, su banda, era un rival para él. Pero ahora Jan Van Eck estaba burlándose de él otra vez.

Era bien pasada la medianoche cuando llegaron al distrito financiero. Habían llegado a una de las zonas más acaudaladas de la ciudad, no muy lejos del Intercambio y la Stadhall. La presencia de su padre parecía más cercana allí, y Wylan se preguntó por qué Kaz los había llevado a esa parte de la ciudad. Los había conducido por un callejón hasta la parte trasera de un edificio grande. Allí, habían abierto una puerta para entrar en una escalera construida alrededor de un enorme ascensor de hierro en el que se metieron. Rotty se quedó atrás, seguramente para vigilar la entrada. La puerta del ascensor se cerró y subieron quince pisos, hasta la planta superior del edificio, y después salieron a un pasillo decorado con patrones de madera barnizada, con los altos techos pintados de un lavanda pálido y suave.

*Estamos en un hotel,* comprendió Wylan. *Esa era la entrada de los sirvientes y el ascensor del servicio.*

Llamaron a unas anchas puertas dobles blancas. Colm Fahey abrió, con un largo camisón y un abrigo sobre él. Estaban en el Geldrenner.

—Los demás están dentro —dijo con cansancio.

Colm no les hizo preguntas; tan solo señaló hacia el cuarto de baño y se sirvió una taza de té mientras ellos llenaban las alfombras púrpuras de barro y miseria. Cuando Matthias vio a Nina, saltó del gran sofá color berenjena y la aferró entre sus brazos.

—El camino hasta el Arrecife Dulce estaba bloqueado —explicó—. Me temía lo peor.

Estaban todos abrazándose, y Wylan se sintió horrorizado de encontrar sus ojos llenos de lágrimas. Pestañeó para contenerlas; lo último que necesitaba era que Jesper volviera a verlo llorar. El pistolero estaba cubierto de hollín y olía al fuego de un bosque, pero tenía ese maravilloso brillo en los ojos que siempre parecía surgir tras estar en una pelea. Todo lo que Wylan quería hacer era estar tan cerca de él como pudiera y saber que se encontraba bien.

Hasta ese momento, el muchacho no había comprendido del todo cuánto significaban para él. Su padre se habría burlado de esos rufianes y ladrones, un soldado en desgracia, un jugador incapaz de salir de los números rojos. Pero eran sus

primeros amigos, sus únicos amigos, y Wylan sabía que incluso aunque pudiera elegir entre un millar de compañeros, sería a ellos a quienes escogería.

Solo Kaz destacaba entre ellos, mirando en silencio por la ventana hasta las calles oscuras de abajo.

—Kaz —lo llamó Nina—. Puede que no te alegres de que estemos vivos, pero nosotros sí nos alegramos de que tú lo estés. ¡Ven aquí!

—Dejadlo tranquilo —murmuró Inej con suavidad.

—Por todos los Santos, Espectro —dijo Jesper—. Estás sangrando.

—¿Debería llamar a un médico? —preguntó su padre.

—¡No! —respondieron todos al unísono.

—Por supuesto que no —asintió él—. ¿Debería pedir café?

—Sí, por favor —contestó Nina.

Colm pidió café, gofres y una botella de brandy, y mientras esperaban Nina les pidió ayuda para buscar unas tijeras con las que pudieran cortar las toallas del hotel para hacer vendas. En cuanto las encontraron, se llevó a Inej al cuarto de baño para ocuparse de sus heridas.

Cuando llamaron a la puerta todos se tensaron, pero tan solo era la comida. Colm saludó a la doncella e insistió en que podía ocuparse solo del carrito, para que no viera la extraña compañía que se había formado en sus habitaciones. En cuanto la puerta se cerró, Jesper se levantó de un salto para ayudarlo a llevar una bandeja de plata llena de comida y platos de una porcelana tan fina que casi era transparente. Wylan no había comido de platos como esos desde que se había ido de la casa de su padre. Se dio cuenta de que Jesper debía de llevar una de las camisas de Colm; era demasiado grande en sus hombros y demasiado corta en las mangas.

—Bueno, ¿qué es este sitio? —preguntó mientras miraba a su alrededor, a la enorme habitación decorada casi por completo de púrpura.

—La Suite Ketterdam, creo —respondió Colm mientras se rascaba la nuca—. Es considerablemente mejor que mi habitación en la posada del distrito universitario.

Nina e Inej salieron del cuarto de baño. La Grisha se llenó un plato de comida y se desplomó junto a Matthias sobre el sofá. Dobló uno de los gofres por la mitad y dio un enorme bocado, meneando los dedos de los pies con alegría.

—Lo siento, Matthias —dijo con la boca llena—. He decidido fugarme con el padre de Jesper. Él me tiene surtida de las delicias a las que me he acostumbrado.

Inej se había quitado la túnica y llevaba solo el chaleco acolchado, que dejaba desnudos sus brazos oscuros. Tenía trozos de toalla atados en el hombro, ambos antebrazos, el muslo derecho y la espinilla izquierda.

—¿Qué te ha pasado exactamente? —le preguntó Jesper mientras le entregaba a su padre una taza de café sobre un delicado platillo.

Inej se sentó en un sillón cerca de donde Kuwei se había sentado en el suelo.

—He hecho una nueva amiga.

Jesper se despatarró sobre un diván y Wylan ocupó el otro sillón, con un plato de gofres en equilibrio sobre su rodilla. Había una mesa perfectamente buena con sillas en el comedor de la suite, pero al parecer nadie tenía interés alguno en ella. Solo Colm se había sentado allí, con el café delante junto a la botella de brandy. Kaz se quedó junto a la ventana, y Wylan se preguntó qué estaría viendo a través del cristal que fuera tan absorbente.

—Bueno —dijo Jesper, añadiendo azúcar a su café—. Además de que Inej hiciera una nueva colega, ¿qué demonios ha pasado ahí fuera?

—Veamos —empezó Nina—. Inej cayó veinte pisos.

—Hicimos un buen agujero en el techo del comedor de mi padre —añadió Wylan.

—Nina puede levantar a los muertos.

La taza de Matthias traqueteó contra su platillo. Parecía ridículo en su enorme mano.

—No puedo *levantarlos*. Es decir, se levantaron, pero no es como si hubieran vuelto a la vida. No creo. No estoy segura del todo.

—¿Lo decís en serio? —preguntó Jesper.

Inej asintió con la cabeza.

—No puedo explicarlo, pero lo he visto.

Matthias tenía el ceño fruncido.

—Cuando estuvimos en el cuartel ravkano, pudiste invocar esos trozos de hueso.

Jesper tomó un trago de café.

—Pero ¿qué hay de la casa del lago? ¿Estabas controlando ese polvo?

—¿Qué polvo? —preguntó Inej.

—No derribó al guardia y ya está. Lo ahogó con una nube de polvo.

—Hay un cementerio familiar junto a la casa del lago Hendriks —dijo Wylan, recordando la parcela vallada que colindaba con el muro occidental—. ¿Y si el polvo era... bueno, huesos? ¿Restos de la gente?

Nina bajó el plato.

—Eso es casi suficiente para hacerme perder el apetito. —Volvió a tomar el plato—. Casi.

—Por esto me preguntaste por la *parem* cambiando el poder de un Grisha —le dijo Kuwei a Matthias.

Nina lo miró.

—¿Puede hacerlo?

—No lo sé. Solo tomaste la droga una vez. Sobreviviste a la abstinencia. Eres una rareza.

—Qué suerte.

—¿Tan malo es? —preguntó Matthias.

Nina se quitó unas miguitas del regazo y las dejó sobre su plato.

—Para citar a cierta masa de músculos rubia, no es natural.

Su voz había perdido su alegre calidez. Tan solo parecía triste.

—A lo mejor sí —replicó el fjerdano—. ¿No se conoce a los Corporalki como la Orden de los Vivos y los Muertos?

—Así no es como se supone que funciona el poder Grisha.

—Nina —dijo Inej con suavidad—. La *parem* te llevó al borde de la muerte. A lo mejor te trajiste algo de vuelta contigo.

—Bueno, pues es un recuerdo bastante podrido.

—O a lo mejor Djel extinguió una luz y encendió otra —sugirió Matthias.

Nina le lanzó una mirada de soslayo.

—¿Te has dado un golpe en la cabeza?

Él estiró la mano para tomar la de Nina. Wylan se sintió de pronto como si estuviera interrumpiendo algo privado.

—Doy gracias porque estés viva —dijo Matthias—. Doy gracias porque estés a mi lado. Doy gracias porque estés *comiendo*.

Ella le apoyó la cabeza en el hombro.

—Eres mejor que los gofres, Matthias Helvar.

Una pequeña sonrisa curvó los labios del fjerdano.

—Mejor no decir cosas que no sentimos, mi amor.

Hubo un ligero golpeteo en la puerta. De inmediato, todos llevaron las manos a sus armas, y Colm se quedó paralizado en su silla. Kaz le hizo un gesto para que se quedara donde estaba y se movió en silencio hasta la puerta. Echó un vistazo por la mirilla.

—Es Specht —dijo. Todos se relajaron, y entonces Kaz abrió la puerta. Los demás los observaron en silencio mientras intercambiaban susurros preocupados, y entonces Specht asintió con la cabeza y desapareció en dirección al ascensor—. ¿Hay acceso a la torre del reloj desde este piso? —le preguntó Kaz a Colm.

—Al final del pasillo —respondió él—. No he subido, la escalera es muy alta.

Sin decir palabra, Kaz desapareció. Todos se miraron durante un momento y después lo siguieron, pasando junto a Colm, que los observó marchar con ojos agotados.

Mientras bajaban por el pasillo, Wylan se dio cuenta de que toda la planta estaba dedicada al lujo de la Suite Ketterdam. Si iba a morir, suponía que no sería el peor lugar donde pasar su última noche.

Uno por uno, subieron por una retorcida escalera de hierro hasta la torre del reloj y atravesaron una trampilla. La habitación de arriba era grande y fría, ocupada casi por completo por las ruedas de un enorme reloj. Sus cuatro caras miraban a Ketterdam y el gris cielo del amanecer.

Al sur, una nube de humo se elevaba desde la Isla del Velo Negro. Al mirar al noreste, Wylan pudo ver el Geldcanal, con los barcos de la brigada de incendios y la *stadwatch* rodeando la zona cercana a la casa de su padre. Recordó la cara de sobresalto de su padre cuando cayeron en mitad de su mesa del comedor. Si el muchacho no hubiera estado tan aterrorizado, bien podría haberse echado a reír. *Es la*



*vergüenza lo que se come enteros a los hombres.* Ojalá le hubieran prendido fuego al resto de la casa.

Muy en la distancia, los puertos estaban llenos de barcos y vagones de la *stadwatch*. La ciudad estaba moteada con el púrpura de la *stadwatch*, como si hubiera contraído una enfermedad.

—Specht dice que han cerrado los puertos y parado los barcos —dijo Kaz—. Están sellando la ciudad. Nadie va a poder entrar o salir.

—Ketterdam no va a permitir eso —replicó Inej—. La gente se rebelará.

—No van a culpar a Van Eck.

Wylan sentía algo de náuseas.

—Nos culparán a nosotros.

Jesper negó con la cabeza.

—Aunque pongan a todos los matones de la *stadwatch* en las calles, no tienen hombres suficientes para cerrar la ciudad y buscarnos.

—¿Que no? —preguntó Kaz—. Mira otra vez.

Jesper caminó hasta la ventana que daba al oeste, donde Kaz se encontraba.

—Por todos los Santos y tu tía Eva —dijo con un jadeo.

—¿Qué pasa? —inquirió Wylan mientras miraban por el cristal.

Había una multitud avanzando hacia el este desde el Barril, por el distrito Zilver.

—¿Es una revuelta? —preguntó Inej.

—Más bien un desfile —replicó Kaz.

—¿Por qué no los detiene la *stadwatch*? —se extrañó Wylan mientras la marea de gente pasaba sin obstáculos de un puente a otro, a través de cada barricada—. ¿Por qué los están dejando pasar?

—Probablemente, porque tu padre se lo habrá dicho —respondió Kaz.

Mientras la muchedumbre se acercaba, Wylan oyó canturreos, cánticos, tambores. De verdad sonaba como un desfile. Se derramaron por el Zilverbridge y pasaron de largo junto al hotel mientras se abrían camino hasta la plaza frente al Intercambio. Wylan reconoció a la banda de Pekka Rollins liderando la marcha. Quienquiera que estuviera delante, llevaba una piel de león con una corona de oro falso cosida a la cabeza.

—Gaviotas Cuchilla —dijo Inej, señalando detrás de los Leones Moneda—. Y allí están los Liddies.

—Perdigueros de Harley —añadió Jesper—. Los Puntas Negras.

—Están todos —asintió Kaz.

—¿Qué significan? —preguntó Kuwei—. ¿Las bandas púrpuras?

Cada miembro de la muchedumbre llevaba una tira púrpura alrededor del antebrazo izquierdo.

—Están actuando como representantes —explicó Kaz—. Specht dice que se ha corrido la voz por todo el Barril. La buena noticia es que ahora nos quieren vivos, incluido Matthias. La mala es que han añadido recompensas para los gemelos shu con

los que estamos viajando, así que la cara de Kuwei, y la de Wylan, también están en las paredes de la ciudad.

—¿Y vuestro Consejo Mercante está autorizando esto? —preguntó Matthias—. ¿Y si comienzan a saquear o hay un disturbio?

—No lo harán; Rollins sabe lo que hace. Si la *stadwatch* hubiera tratado de cerrar el Barril, las bandas se habrían vuelto en su contra. Ahora están del lado de la ley, y Van Eck tiene dos ejércitos. Nos están arrinconado.

Inej tomó aire con brusquedad.

—¿Qué? —preguntó Wylan, pero cuando bajó la mirada hasta la plaza, lo comprendió. El último grupo del desfile había quedado a la vista. Un hombre mayor que llevaba un sombrero con penacho los lideraba, y estaban graznando a pleno pulmón... como cuervos. Los Despojos, la banda de Kaz. Se habían vuelto contra él.

Jesper golpeó la pared con el puño.

—Esos rufianes desagradecidos.

Kaz no dijo nada, tan solo observó a la multitud que pasaba de largo de la parte delantera del hotel, las bandas reunidas en coloridos grupos, insultándose entre ellos y vitoreando como si fuera alguna clase de fiesta. Incluso después de que pasaran de largo, sus cánticos se quedaron flotando en el aire. A lo mejor iban a marchar todo el camino hasta la Stadhall.

—¿Qué va a pasar ahora? —preguntó Kuwei.

—Todos los agentes de la *stadwatch* y los matones del Barril nos darán caza hasta que nos encuentren —dijo Kaz—. Ya no hay forma de salir de Ketterdam. Desde luego, no contigo auestas.

—¿No podemos esperar? ¿Aquí? ¿Con el señor Fahey?

—¿Esperar a qué? —replicó Kaz—. ¿A que alguien venga a rescatarnos?

Jesper apoyó la cabeza contra el cristal.

—Mi padre. También se lo llevarán a él. Lo acusarán de esconder fugitivos.

—No —dijo Kuwei abruptamente—. No. Entregadme a Van Eck.

—Ni de broma —respondió Nina.

El chico cortó el aire con brusquedad con la mano.

—Me salvasteis de los fjerdanos. Si no actuamos, entonces me capturarán de todos modos.

—¿Todo esto ha sido para nada? —preguntó Wylan, sorprendido por su propia furia—. ¿Los riesgos que hemos corrido? ¿Lo que logramos en la Corte de Hielo? ¿Todo lo que sufrieron Inej y Nina para sacarnos?

—Pero si me entrego a Van Eck, los demás podréis quedar libres —insistió Kuwei.

—No funciona así, chico —aseguró Jesper—. Pekka ha conseguido su oportunidad de acabar con Kaz con el resto del Barril apoyándolo, y Van Eck no nos querrá libres ni de broma, no con lo que sabemos. Esto ya no trata solo de ti.

Kuwei gimió y se desplomó contra la pared. Lanzó una mirada torva a Nina.

—Deberías haberme matado en la Corte de Hielo.

Ella se encogió de hombros.

—Entonces, Kaz me habría matado a mí, Matthias habría matado a Kaz, y todo se habría puesto muy sucio.

—No puedo creer que saliéramos de la Corte de Hielo pero estemos atrapados en nuestra propia ciudad —dijo Wylan. No parecía correcto.

—Pues sí —asintió Jesper—. Estamos bien acabados.

Kaz trazó un círculo en la ventana con un dedo cubierto de cuero.

—No del todo —señaló—. Puedo conseguir que la *stadwatch* pare.

—No —dijo Inej.

—Me entregaré.

—Pero Kuwei... —empezó Nina.

—La *stadwatch* no sabe nada de Kuwei. Piensan que están buscando a Wylan, así que les diré que está muerto. Les diré que lo maté yo.

—¿Te has vuelto loco? —preguntó Jesper.

—Kaz —dijo Inej—. Te enviarán a la horca.

—Primero tendrán que someterme a juicio.

—Te pudrirás en prisión antes de que eso pase —aseguró Matthias—. Van Eck jamás te dará la oportunidad de hablar en una sala de juzgado.

—¿De verdad crees que existe una celda que pueda contenerme?

—Van Eck sabe lo bueno que eres con las cerraduras —le recordó Inej, furiosa—. Morirás antes de llegar siquiera a la cárcel.

—Esto es ridículo —dijo Jesper—. No vas a llevarte el castigo por nosotros. Ninguno lo hará. Nos separaremos. Iremos en parejas, buscaremos una forma de atravesar los bloqueos, nos esconderemos en algún lugar en el campo.

—Esta es mi ciudad —respondió Kaz—. No voy a abandonarla con el rabo entre las piernas.

Jesper soltó un gruñido de frustración.

—Si esta es tu ciudad, ¿qué queda de ella? Has entregado tus acciones del Club Cuervo y el Quinto Puerto. Ya no tienes banda. Incluso aunque escaparas, Van Eck y Rollins mandarían a la *stadwatch* y la mitad del Barril a por ti otra vez. No puedes enfrentarte a todos.

—Ya veremos.

—Joder, Kaz. ¿Qué es lo que me dices siempre? No juegues a una mano perdedora.

—Te estoy dando una forma de escapar. Aprovéchala.

—¿Por qué nos estás tratando como si fuéramos un puñado de cobardes?

Kaz se giró hacia él.

—Eres tú el que se está preparando para huir, Jesper. Tan solo quieres que vaya contigo para no tener que sentirte mal por ello. Con todo lo que te gusta luchar, siempre eres el primero que habla de huir.

—Porque quiero seguir vivo.

—¿Para qué? —preguntó Kaz, con ojos relucientes—. ¿Para poder jugar otra mano en las mesas? ¿Para poder encontrar otra forma de decepcionar a tu padre y fallar a tus amigos? ¿Le has dicho que eres la razón por la que va a perder la granja? ¿Le has dicho a Inej que eres la razón por la que casi muere por el cuchillo de Oomen? ¿Por la que casi morimos todos?

Los hombros de Jesper se desplomaron, pero no retrocedió.

—Cometí un error. Dejé que lo malo en mí superara a lo bueno, pero por todos los Santos, Kaz, ¿cuánto tiempo vas a hacerme pagar por un poco de perdón?

—¿Cómo crees que será mi perdón, Jordie?

—¿Quién demonios es Jordie?

Durante un breve instante, la cara de Kaz quedó flácida, con una expresión confusa y asustada en sus ojos oscuros. Pero entonces desapareció, tan rápido que Wylan se preguntó si lo habría imaginado.

—¿Qué quieres de mí? —gruñó Kaz, con la expresión más cerrada y cruel que nunca—. ¿Mi confianza? La tenías y la hiciste pedazos porque no podías mantener la boca cerrada.

—*Una vez*. ¿Cuántas veces te he cubierto la espalda en una pelea? ¿Cuántas veces lo he hecho bien? ¿Eso no cuenta para nada? —Jesper lanzó las manos al aire—. Contigo no puedo ganar. Nadie puede.

—Eso es. No puedes ganar. Crees que eres un jugador, pero tan solo eres un perdedor nato. Peleas. Cartas. Chicos. Chicas. Sigues jugando hasta que pierdes, así que por una vez en tu vida, abandona.

Jesper atacó primero. Kaz esquivó a la derecha y entonces comenzaron a forcejear. Chocaron contra la pared, se golpearon las cabezas, se separaron en un remolino de puñetazos y agarres.

Wylan se giró hacia Inej, esperando que protestara, que Matthias los separara, que alguien *hiciera algo*, pero los demás se limitaron a retroceder, dándoles espacio. Solo Kuwei mostró alguna clase de angustia.

Jesper y Kaz dieron vueltas, chocaron contra el mecanismo del reloj y se enderezaron. No era una pelea, era una camorra: sin gracilidad, una maraña de codos y puños.

—¡Por Ghezen, que alguien los pare! —dijo Wylan, desesperado.

—Jesper no le ha disparado —señaló Nina.

—Kaz no está usando su bastón —añadió Inej.

—¿Creéis que no pueden matarse con las manos desnudas?

Estaban sangrando los dos; Jesper de un corte en el labio, y Kaz de algún lugar cerca de la frente. La camisa de Jesper estaba a medias sobre su cabeza, y la manga de Kaz se estaba rasgando por la costura.

La puerta de la trampa se abrió y la cabeza de Colm Fahey emergió. Sus mejillas rubicundas se volvieron aún más rojas.

—Jesper Llewellyn Fahey, ¡ya es *suficiente!* —rugió. Jesper y Kaz se sobresaltaron, y entonces, para sorpresa de Wylan, se separaron, con aspecto culpable —. ¿Qué está pasando aquí? Pensaba que erais amigos.

Jesper se pasó una mano por la nuca, con aspecto de querer desvanecerse entre los tablones del suelo.

—Estábamos... eh... estábamos teniendo un desacuerdo.

—Eso ya lo veo. He sido muy paciente con todo esto, Jesper, pero he llegado a mi límite. Te quiero aquí abajo antes de que cuente hasta diez o te molere a golpes hasta que no puedas sentarte en dos semanas.

La cabeza de Colm desapareció por las escaleras. Se extendió el silencio.

Entonces, Nina soltó una risita.

—Estás en un buen lío.

Jesper frunció el ceño.

—Matthias, Nina dejó que Cornelis Smeet le tocara el culo.

Nina dejó de reír.

—Voy a ponerte los dientes del revés.

—Eso es físicamente imposible.

—Acabo de levantar a los muertos. ¿De verdad quieres discutir conmigo?

Inej inclinó la cabeza hacia un lado.

—¿Jesper *Llewellyn Fahey*?

—Cállate —replicó él—. Es un nombre familiar.

Inej hizo una solemne reverencia.

—Lo que tú digas, Llewellyn.

—¿Kaz? —tanteó Jesper.

Pero él estaba mirando en la distancia. Wylan creía conocer esa expresión.

—¿Es la...? —comenzó Wylan.

—¿Cara de confabulación? —completó Jesper.

Matthias asintió con la cabeza.

—Sin duda.

—Ya sé cómo hacerlo —dijo Kaz con lentitud—. Cómo sacar a Kuwei, sacar a los Grisha, conseguir nuestro dinero, vencer a Van Eck y darle a ese hijo de puta de Pekka Rollins todo lo que se merece.

Nina levantó una ceja.

—¿Eso es todo?

—¿Cómo? —preguntó Inej.

—Todo este tiempo, hemos estado jugando al juego de Van Eck. Nos hemos estado escondiendo. Pues se acabó. Vamos a hacer una pequeña subasta. Ahí fuera, al descubierto. —Se giró para mirarlos, y sus ojos relucían tan planos y negros como los de un tiburón—. Y dado que Kuwei está tan deseoso de sacrificarse, él va a ser el premio.



QUINTA PARTE

REYES  
Y REINAS







n la base de la escalera de hierro, Jesper trató de alisarse la camisa y se secó la sangre del labio, aunque a esas alturas suponía que daría igual si apareciera en paños menores. Su padre no era ningún tonto, y la historia ridícula que Wylan había ideado para cubrir los errores de Jesper se había desgastado más deprisa que un traje barato. Su padre había visto sus heridas, había escuchado sus planes chapuceros. Sabía que no eran estudiantes, ni víctimas de una estafa. Y ahora, ¿qué?

*Cierra los ojos y espera que el pelotón de fusilamiento tenga buena puntería,* pensó sombríamente.

—Jesper.

Se dio la vuelta y vio a Inej justo detrás de él. No la había oído acercarse, pero aquello no era ninguna sorpresa. *¿Le has dicho a Inej que eres la razón por la que casi muere por el cuchillo de Oomen?* Bueno, parecía que iba a tener que disculparse muchas veces esa mañana. Sería mejor que empezara.

—Inej, siento...

—No he venido en busca de una disculpa, Jesper. Tienes un punto débil. Todos lo tenemos.

—¿Cuál es el tuyo?

—Las compañías que tengo —respondió ella con una ligera sonrisa.

—Ni siquiera sabes lo que hice.

—Pues cuéntamelo.

Jesper se miró los zapatos. Estaban miserablemente estropeados.

—Le debía un montón de *kruge* a Pekka Rollins. Sus matones me estaban presionando, así que... les dije que iba a salir de la ciudad, pero que iba a meterme en

un buen golpe. No dije nada de la Corte de Hielo, lo juro.

—Pero fue suficiente para que Rollins atara cabos y preparara la emboscada. — Inej suspiró—. Y Kaz te ha estado castigando desde entonces.

Jesper se encogió de hombros.

—A lo mejor me lo merezco.

—¿Sabías que los suli no tenemos palabras para decir «lo siento»?

—¿Y qué dices cuando le pisas el pie a alguien?

—Yo no le piso el pie a nadie.

—Ya sabes lo que quiero decir.

—No decimos nada. Sabemos que no ha sido deliberado. Vivimos en habitaciones pequeñas, viajando juntos. No hay tiempo para disculparnos constantemente por existir. Pero cuando alguien hace algo mal, cuando cometemos un error, no decimos que lo sentimos. Prometemos compensarlo.

—Lo haré.

—*Mati en sheva yelu*. Esta acción no tendrá eco. Significa que no repetiremos los mismos errores, que no continuaremos haciendo daño.

—No van a volver a apuñalarte por mi culpa.

—Me apuñalaron porque bajé la guardia. Tú traicionaste a tu banda.

—No pretendía...

—Sería mejor que sí *hubieras* pretendido traicionarnos. Jesper, no quiero una disculpa, no hasta que puedas prometer que no seguirás cometiendo el mismo error.

Él se balanceó ligeramente sobre sus talones.

—No sé cómo hacerlo.

—Tienes un problema, y las mesas, los dados, las cartas... te parecen una medicina. Te calman, te arreglan durante un tiempo. Pero son veneno, Jesper. Cada vez que juegas, tomas otro sorbo. Tienes que encontrar alguna otra forma de sanar esa parte de ti. —Le puso la mano sobre el pecho—. Deja de tratar tu dolor como si fuera algo imaginario. Si ves que la herida es real, entonces podrás curarla.

¿Una herida? Abrió la boca para negarlo, pero algo lo detuvo. A pesar de todos sus problemas en las mesas y lejos de ellas, Jesper siempre se había considerado afortunado. Feliz, despreocupado. La clase de chico que la gente quería a su alrededor. Pero ¿y si había estado mintiendo todo ese tiempo? El fjerdano le había dicho que estaba enfadado y asustado. ¿Qué veían Matthias e Inej en Jesper que él no comprendía?

—Lo... lo intentaré. —Era lo máximo que podía ofrecer en ese momento. Le tomó las manos con las suyas y le besó los nudillos—. Puede que tarde un tiempo en poder decir esas palabras. —Sus labios se curvaron en una sonrisa—. Y no solo porque no hable suli.

—Lo sé —dijo ella—. Pero piensa en ello. —Echó un vistazo hacia el salón—. Dile la verdad, Jesper. Los dos os alegraréis de saber cómo están las cosas.

—Cada vez que pienso en hacer eso, me entran ganas de tirarme por una ventana.  
—Dudó—. ¿Tú le dirías la verdad a tus padres? ¿Les contarías todo lo que has hecho... todo lo que ha pasado?

—No lo sé —admitió Inej—. Pero daría lo que fuera por tener la elección.



Jesper encontró a su padre en el salón púrpura, con una taza de café en sus enormes manos. Había vuelto a apilar los platos sobre la bandeja de plata.

—No tienes por qué limpiar lo que ensuciamos, pa.

—Alguien tiene que hacerlo. —Tomó un sorbo de su café—. Siéntate, Jes.

Él no quería sentarse. Ese picor desesperado estaba chisporroteando por su cuerpo. Lo único que quería era correr directo al Barril tan rápido como lo llevaran sus piernas y entrar en el primer local de juego que pudiera encontrar. Si no hubiera pensado que lo arrestarían o dispararían antes de que llegara a mitad del camino, tal vez lo habría hecho. Se sentó. Inej había dejado los viales sin usar del gorgojo químico sobre la mesa. Tomó uno y jugueteó con el tapón.

Su padre se reclinó y lo observó con esos severos ojos grises. Jesper podía ver cada línea y peca de su cara a la clara luz de la mañana.

—No hubo ninguna estafa, ¿verdad? Ese chico shu mintió por ti. Todos mintieron.

Jesper unió las manos para evitar jugar con ellas. *Los dos os alegraréis de saber cómo están las cosas.* Jesper no estaba seguro de que fuera cierto, pero no tenía más opciones.

—Ha habido muchas estafas, pero por lo general yo estaba del lado estafador. Muchas peleas... pero por lo general yo estaba del lado ganador. Muchos juegos de cartas... —Bajó la mirada hasta las medialunas blancas de sus uñas—. Por lo general yo estaba del lado perdedor.

—¿Y el dinero que te di para tus estudios?

—Me enredé con la gente equivocada. Perdí en las mesas y seguí perdiendo, así que seguí pidiendo dinero. Pensaba que podía encontrar la forma de salir de ahí.

—¿Por qué no paraste?

Jesper quería reírse. Se había suplicado a sí mismo, se había gritado para que parara.

—No funciona así. —*Hay una herida en ti*—. Conmigo no. No sé por qué.

Colm se pellizcó el puente de la nariz. Parecía tan cansado, ese hombre que podía trabajar desde que el sol saliera hasta que se pusiera sin quejarse jamás.

—No debería haberte dejado salir de casa.

—Pa...

—Sabía que la granja no era para ti. Quería que tuvieras algo mejor.

—Entonces, ¿por qué no me enviaste a Ravka? —preguntó Jesper antes de poder pensarlo mejor.

El café se derramó de la taza de Colm.

—Eso está fuera de discusión.

—¿Por qué?

—¿Por qué debería enviar a mi hijo a un país extranjero para luchar y morir en sus guerras?

Un recuerdo acudió a Jesper, intenso como una patada de mula. El hombre polvoriento se encontraba otra vez en la puerta. La chica estaba con él, la chica que había vivido porque la madre de Jesper había muerto. El hombre quería que el muchacho fuera con ellos.

—Leoni es *zowa*. También tiene el don —había dicho—. Hay profesores en el oeste, más allá de la frontera. Podrían entrenarlos.

—Jesper no lo tiene —dijo Colm.

—Pero su madre...

—Él no lo tiene. No tienes derecho a venir aquí.

—¿Estás seguro? ¿Lo han examinado?

—Si vuelves a estas tierras, lo consideraré una invitación para meterte una bala entre los ojos. Vete y llévate a esa chica. Nadie tiene el don aquí y nadie lo quiere.

Le cerró la puerta en la cara al hombre polvoriento. Jesper recordaba a su padre ahí plantado, tomando grandes bocanadas de aire.

—¿Qué querían, pa?

—Nada.

—¿Soy *zowa*? —había preguntado Jesper—. ¿Soy Grisha?

—No digas esas palabras en esta casa. Jamás.

—Pero...

—Eso es lo que mató a tu madre, ¿lo entiendes? Eso es lo que nos la arrebató. —La voz de su padre era feroz, y sus ojos grises eran duros como el cuarzo—. No voy a dejar que también te lleve a ti. —Entonces, sus hombros se desplomaron. Como si le estuvieran arrancando las palabras, había dicho—: ¿Quieres ir con ellos? Puedes ir. Si es lo que quieres. No me voy a enfadar.

Jesper tenía diez años. Había pensado en su padre solo en la granja, llegando a casa cada día para encontrarla vacía, sentándose solo a la mesa cada noche, sin nadie para hacerle panecillos quemados.

—No —había dicho—. No quiero ir con ellos. Quiero quedarme contigo.

En el hotel, el pistolero se levantó de la silla, incapaz de seguir sentado más tiempo, y se paseó por toda la habitación. Sentía como si no pudiera respirar. Ya no podía seguir ahí. Le dolía el corazón. Le dolía la cabeza. La culpa, el amor y el resentimiento estaban enmarañados en su interior, y cada vez que intentaba deshacer el nudo en sus tripas, este tan solo empeoraba. Se avergonzaba del lío que había formado, de los problemas que había llevado a la puerta de su padre. Pero también

estaba furioso. ¿Y cómo podía estar enfadado con su padre? ¿La persona que más le quería en el mundo, que había trabajado para darle todo lo que tenía, la persona por la que se pondría delante de una bala cualquier día de la semana?

*Esta acción no tendrá eco.*

—Voy a... encontraré la forma de compensarlo, papá. Quiero ser una mejor persona, un mejor hijo.

—Yo no te crie para que fueras un jugador, Jesper. Y desde luego no te crie para ser un criminal.

Jesper soltó un resoplido de risa amarga.

—Te quiero, pa. Te quiero con todo mi corazón de mentiroso, ladrón e inútil, pero sí que lo hiciste.

—¿Qué? —balbuceó Colm.

—Me enseñaste a mentir.

—Para mantenerte a salvo.

El muchacho negó con la cabeza.

—Tenía un don. Tendrías que haberme dejado que lo usara.

Colm golpeó la mesa con el puño.

—No es un don. Es una maldición. Te habría matado al igual que mató a tu madre.

Demasiada sinceridad por el momento. Jesper se dirigió a zancadas hacia la puerta. Si no se largaba de ese lugar, iba a acabar estallando.

—Me voy a morir de todos modos, pa. Tan solo lo estoy haciendo despacio.



Jesper bajó por el pasillo. No sabía adonde ir ni qué hacer. *Ve al Barril. No te acerques al Stave. Habrá alguna partida en algún sitio, tan solo tienes que pasar desapercibido.* Claro, un zemeni tan alto como un árbol levemente ambicioso y un precio sobre su cabeza no llamaría nada la atención. Recordó lo que había dicho Kuwei sobre los Grisha que no usaban su poder y se quedaban cansados y enfermizos. Él no estaba enfermo físicamente, eso era cierto. Pero ¿y si Matthias tenía razón y Jesper tenía una clase diferente de enfermedad? ¿Y si a todo ese poder en su interior le gustaba ir dando botes en busca de algún lugar al que ir?

Pasó junto a una puerta abierta y después retrocedió. Wylan estaba sentado frente a un piano blanco lacado que había en la esquina, tocando con apatía una nota solitaria.

—Me gusta eso —dijo—. Tiene un gran ritmo... puedes bailar y todo. —Wylan levantó la mirada y Jesper entró con tranquilidad en la habitación, mientras sus manos se balanceaban incansables a sus costados. Recorrió el perímetro, observándolo todo: papel de pared de seda púrpura moteado con peces plateados,

lámparas de araña de plata, un armario lleno de barcos embotellados—. Por todos los Santos, este lugar es horrible.

Wylan se encogió de hombros y tocó otra nota. Jesper se apoyó en el piano.

—¿Quieres salir de aquí? —Wylan lo miró con ojos especulativos y asintió con la cabeza. Jesper se puso un poco más recto—. ¿De verdad?

Wylan le sostuvo la mirada. El aire en la habitación pareció cambiar, como si de pronto se hubiera vuelto combustible. Se levantó del banco del piano y dio un paso hacia Jesper. Sus ojos eran de un oro claro y luminoso, como el sol atravesando la miel. Jesper echaba de menos el azul, las pestañas largas, los rizos enredados. Pero si el mercadercillo tenía que estar envuelto en un paquete diferente, Jesper podía admitir que aquel le gustaba. ¿Y acaso importaba siquiera cuando Wylan lo estaba mirando de ese modo, con la cabeza inclinada hacia un lado y una ligera sonrisa en los labios? Parecía casi... *atrevido*. ¿Qué había cambiado? ¿Había tenido miedo de que Jesper no sobreviviera al ataque en el Velo Negro? ¿Tan solo se sentía con suerte por estar vivo? Jesper no estaba seguro de que le importara. Había buscado una distracción, y ahí la tenía.

La sonrisa de Wylan se ensanchó y sus cejas se alzaron. Si aquello no era una invitación...

—A la mierda —murmuró Jesper. Cruzó la distancia entre ellos y tomó la cara de Wylan entre sus manos. Se movió de forma lenta pero deliberada, y el beso fue suave, apenas un ligero roce de los labios para darle a Wylan la oportunidad de apartarse si quería. Pero no lo hizo, sino que se acercó más a él.

Jesper podía sentir el calor del cuerpo de Wylan contra el suyo. Deslizó la mano hasta su nuca, inclinando la cabeza hacia atrás, pidiendo más.

Se sentía ávido de algo. Había querido besar a Wylan desde la primera vez que lo había visto revolviendo químicos en esa horripilante curtiduría: rizos rojizos húmedos por el calor, piel tan delicada que parecía que fuera a amoratarse como respiraras demasiado fuerte sobre ella. Parecía que hubiera caído en la historia equivocada, un príncipe convertido en pobre. Desde entonces, Jesper había estado atrapado a medio camino entre el deseo de provocar al mercadercillo consentido para que volviera a ruborizarse y la necesidad de coquetear con él en un rincón tranquilo para ver qué pasaba. Pero durante sus horas en la Corte de Hielo, esa curiosidad había cambiado. Había sentido el tirón de algo más, algo que cobraba vida en el coraje inesperado de Wylan, en su forma generosa de mirar el mundo con los ojos muy abiertos. Hacía sentir a Jesper como una cometa al extremo de un cordel, elevándose y después cayendo en picado.

Entonces, ¿dónde estaba esa sensación ahora? La decepción lo inundó.

¿Soy yo?, pensó. ¿He perdido práctica? Se acercó más a él, profundizando el beso, buscando esa atrevida sensación de vértigo, moviendo a Wylan contra el piano. Oyó que las teclas se presionaban, una música suave y discordante. *Qué apropiado*,

pensó. Y entonces, *si puedo pensar en metáforas en un momento así, está claro que algo va mal.*

Se apartó y bajó las manos, sintiéndose incómodo de una forma indecible. ¿Qué se decía tras un beso terrible? Nunca había tenido razones para preguntárselo.

Fue entonces cuando vio a Kuwei en el umbral de la puerta, con la boca y los ojos abiertos, aturdido.

—¿Qué pasa? —preguntó Jesper—. ¿Es que los shu no besan antes del mediodía?

—Pues no lo sé —respondió él con amargura.

*No es Kuwei.*

—Por todos los Santos —gruñó el pistolero. El de la puerta no era Kuwei. Era Wylan Van Eck, incipiente experto en demoliciones y niño rico descarriado. Y eso significaba que acababa de besar...

El verdadero Kuwei tocó la misma nota apática en el piano, sonriéndole desvergonzado a través de las gruesas pestañas negras.

Jesper volvió a girarse hacia la puerta.

—Wylan... —comenzó.

—Kaz quiere que vayamos al salón.

—Yo...

Pero Wylan ya se había ido. Jesper miró el umbral de la puerta vacío. ¿Cómo podía haber cometido un error así? Wylan era más alto que Kuwei, y su cara era más delgada. Si no hubiera estado tan nervioso y agitado por la pelea con Kaz y la discusión con su padre, jamás los habría confundido. Y ahora lo había estropeado todo.

Señaló a Kuwei con un dedo acusatorio.

—¡Tendrías que haber dicho algo!

Él se encogió de hombros.

—Fuiste muy valiente en el Velo Negro. Como lo más probable es que vayamos a morir todos...

—Maldita sea —dijo Jesper, caminando hacia la puerta.

—Besas muy bien —señaló Kuwei detrás de él.

Jesper se dio la vuelta.

—¿Cómo de bueno es tu kerch en realidad?

—Bastante bueno.

—Vale, pues entonces espero que entiendas exactamente a lo que me refiero al decir que causas muchos más problemas de lo que vales.

Kuwei le dirigió una amplia sonrisa, con aspecto de estar muy complacido consigo mismo.

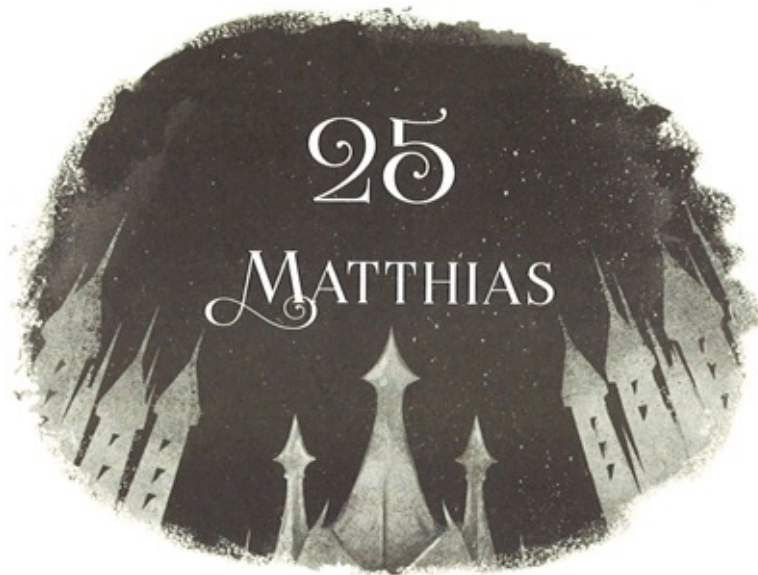
—Kaz parece pensar que ahora valgo mucho.

Jesper puso los ojos en blanco.

—Qué bien encajas aquí.







e reunieron todos una vez más en el salón de la suite. Por petición de Nina, Colm había pedido otra pila de gofres y un cuenco de fresas con nata. Un espejo cubría la mayor parte de la pared más lejana de la suite, y Matthias era incapaz de evitar que su mirada se desviara hacia ella. Era como mirar otra realidad.

Jesper se había quitado las botas y estaba sentado sobre la alfombra, con las rodillas en el pecho y lanzando miradas furtivas a Wylan, que se había quedado en el sofá y parecía estar ignorándolo de forma deliberada. Inej se sentó en el alféizar de la ventana, con un equilibrio tan perfecto que parecía ingrávida, como un pájaro a punto de levantar el vuelo. Kuwei se encontraba en la curva del diván, con uno de sus cuadernos abierto junto a él, y Kaz estaba sentado en una silla púrpura de respaldo alto, con la pierna mala sobre la mesa baja y el bastón apoyado contra su muslo. De algún modo se había ocupado de la manga rasgada de su camisa.

Nina estaba enroscada junto a Matthias en el sofá, con la cabeza sobre el hombro del fjerdano y los pies bajo su cuerpo. Tenía los dedos manchados del jugo de las fresas. Él se sentía extraño con ella sentada así. En Fjerda, hasta un matrimonio mostraba escaso afecto en público. Se cogían de la mano y a lo mejor bailaban en una danza pública. Pero le gustaba y, aunque no era capaz de relajarse del todo, era incapaz de soportar la idea de que se alejara de él.

La sólida presencia de Colm era lo que transformaba la imagen en el espejo. Hacía que la gente del reflejo pareciera menos peligrosa, como si no fueran el equipo que había entrado en la Corte de Hielo y había superado a los militares fjerdanos con poco más que su ingenio y su valor, como si fueran solo un puñado de niños cansados tras una fiesta de cumpleaños particularmente brutal.

—De acuerdo —dijo Nina, lamiéndose el jugo de las fresas de los dedos de una forma que derrotaba por completo la habilidad de Matthias de formar pensamientos racionales—. Cuando hablas de una subasta, ¿no te refieres en serio...?

—Kuwei va a venderse a sí mismo.

—¿Estás loco?

—Seguro que sería más feliz entonces —respondió Kaz. Apoyó una mano enguantada sobre su bastón—. Cualquier ciudadano kerch y cualquier ciudadano libre que viaje a Kerch tiene el derecho de venderse por un contrato. No es solo la ley, es comercio, y no hay nada más sagrado en Kerch. Kuwei Yul-Bo tiene el santo derecho, proclamado por Ghezen, dios de la industria y el comercio, de someter su vida al deseo del mercado. Puede ofrecer sus servicios en una subasta.

—¿Quieres que se venda al mejor postor? —preguntó Inej con incredulidad.

—A *nuestro* mejor postor. Vamos a amañar el resultado para que Kuwei tenga su ansiado deseo: una vida bebiendo té de un samovar en Ravka.

—Mi padre jamás lo permitirá —dijo Wylan.

—Van Eck no tendrá forma de impedirlo. La subasta de un contrato está protegida por las mayores leyes de la ciudad, seculares y religiosas. En cuanto Kuwei declare que su contrato está abierto, nadie podrá detener la subasta hasta que acabe.

Nina estaba negando con la cabeza.

—Si anunciamos una subasta, los shu sabrán exactamente cuándo y dónde encontrarnos.

—Esto no es Ravka —señaló Kaz—. Esto es Kerch. El comercio es sagrado, está protegido por la ley. El Consejo Mercante está obligado por su deber a asegurarse de que una subasta ocurra sin interferencias. La *stadwatch* estará ahí, y los estatutos de subasta exigen que el Consejo de Mareas proporcionen también su ayuda. El Consejo Mercante, la *stadwatch*, los Mareas... todos obligados a proteger a Kuwei.

El muchacho bajó su cuaderno.

—Los shu todavía podrían tener *parem* y Hacedores.

—Es cierto —dijo Jesper—. Si es verdad, pueden hacer todo el oro que quieran. No habría forma de superar su puja.

—Eso suponiendo que ya tengan Hacedores en la ciudad. Van Eck nos ha hecho la cortesía de bloquear el puerto.

—Aun así...

—Dejad que yo me preocupe de los shu —insistió Kaz—. Puedo controlar la subasta. Pero tendremos que contactar con los ravkanos. Tendrán que saber lo que planeamos; al menos, una parte.

—Yo puedo entrar en la embajada —sugirió Inej—, si Nina escribe el mensaje.

—Las calles están cerradas por las barricadas —protestó Wylan.

—Pero no los tejados —replicó ella.

—Inej —dijo Nina—, ¿no crees que deberías hablarles un poco más sobre tu nueva amiga?

—Sí —asintió Jesper—. ¿Quién es esta nueva conocida que te ha llenado de agujeros?

Inej echó un vistazo por la ventana.

—Hay una nueva jugadora en el campo, una mercenaria contratada por Pekka Rollins.

—¿Te derrotó en combate singular? —preguntó Matthias, sorprendido. Había visto luchar al Espectro, no era una hazaña menor superarla.

—Lo de mercenaria es quedarse corta —aseguró Nina—. Siguió a Inej por la cuerda floja y después le lanzó cuchillos.

—No eran cuchillos exactamente.

—¿Cosas puntiagudas de la muerte?

Inej se levantó del alféizar. Se metió la mano en el bolsillo y dejó que una pila de lo que parecían pequeños soles plateados cayera sobre la mesa con un traqueteo.

Kaz se inclinó hacia delante y cogió uno.

—¿Quién es esa chica?

—Se llama Dunyasha —contestó Inej—. Se llamó a sí misma la Hoja Blanca, y algunas cosas más. Es muy buena.

—¿Cómo de buena? —preguntó Kaz.

—Mejor que yo.

—He oído hablar de ella —dijo Matthias—. Su nombre apareció en un informe de inteligencia que los *drüskelle* reunieron en Ravka.

—¿Ravka? —repitió Inej—. Dijo que se había entrenado en Ahmrat Jen.

—Asegura que tiene sangre Lantsov y que es una contendiente por el trono de Ravka.

Nina soltó un aullido de risa.

—No puedes decirlo en serio.

—Nos planteamos apoyar su declaración para minar el régimen de Nikolai Lantsov.

—Qué inteligentes —dijo Kaz.

—Qué miserables —replicó Nina.

Matthias se aclaró la garganta.

—Es un rey nuevo y vulnerable. Hay algunas preguntas sobre su propio linaje. Pero el informe sugería que Dunyasha era errática y probablemente delirante. Decidimos que era demasiado impredecible para arriesgarnos a algo así.

—Pekka pudo haber hecho que nos siguiera anoche desde el Velo Negro —supuso Inej.

—¿Sabemos cómo encontró Pekka el escondite? —preguntó Nina.

—Uno de los suyos ha debido de vernos —respondió Kaz—. Es lo único que haría falta.

Matthias se preguntó si no sería mejor que no pudieran estar seguros de quién era responsable. De ese modo, nadie tendría que cargar con la culpa ni la

responsabilidad.

—Dunyasha tenía la ventaja de la sorpresa —dijo Inej—. Si el hotel sigue siendo seguro, puedo llegar a la embajada y volver sin que me vean.

—Bien —asintió Kaz, aunque la respuesta no llegó con tanta rapidez como Matthias podría haber esperado. *Tiene miedo por ella*, pensó, *y no le gusta*. Por una vez, podía simpatizar con el *demjin*.

—Hay otro problema —señaló Nina—. Matthias, cúbrete las orejas.

—No.

—Vale. Tendré que asegurarme de tu lealtad después. —Le susurró en la oreja—. Hay una bañera muy grande junto a la habitación principal.

—*Nina*.

—Tan solo era una observación. —Nina se comió los restos de un gofre de la bandeja y dijo—: Ravka no puede ganar la subasta. Estamos arruinados.

—Ah —dijo Matthias—. Ya lo sabía.

—No lo sabías.

—¿Crees que Fjerda no es consciente de que las arcas de Ravka están vacías?

Nina frunció el ceño.

—Al menos podrías haber fingido estar sorprendido.

—Los problemas financieros de Ravka no son ningún secreto. Sus fondos públicos se han agotado tras años de mala gestión de los reyes Lantsov y las guerras en ambas fronteras. La guerra civil no ha ayudado, y el nuevo rey ha pedido mucho dinero a los bancos de Kerch. Si seguimos adelante con la subasta, Ravka no va a poder pujar de forma competitiva.

Kaz movió la pierna mala.

—Por eso el Consejo Mercante Kerch va a financiarlos.

Jesper rompió a reír.

—Fantástico. ¿Alguna posibilidad de que quieran comprarme un bombín de oro macizo ya que están?

—Eso es ilegal —señaló Wylan—. El Consejo es responsable de dirigir la subasta. No pueden interferir en su resultado.

—Por supuesto que no —asintió Kaz—. Y ellos lo saben. Kuwei y su padre fueron al Consejo Mercante en busca de ayuda, pero tenían tanto miedo de poner en peligro su neutralidad que se negaron a actuar. Van Eck vio una oportunidad, y ha estado trabajando a sus espaldas desde entonces. —Se arrellanó más en su asiento—. ¿Qué ha estado planeando Van Eck todo este tiempo? Ha estado comprando granjas de *jurda*, para que cuando se haga público el secreto de la *jurda parem* pueda controlar el suministro. Ganará sin importar quién tenga a Kuwei. Así que pensad como él... pensad como un mercader. Cuando Kuwei Yul-Bo, hijo de Bo Yul-Bayur, anuncie la subasta, el Consejo sabrá que el secreto de la *parem* podría hacerse público en cualquier momento. Por fin serán libres de actuar, y buscarán oportunidades para proteger sus fortunas y la posición de Kerch en la economía mundial. No pueden

intervenir en la subasta, pero pueden garantizar que ganen mucho dinero sea cual sea el resultado.

—Comprando *jurda* —dijo Wylan.

—Exacto. Creamos una sociedad mercantil de *jurda*, una oportunidad para que los inversores ganen un buen pellizco cuando el mundo se vaya al infierno. Le damos una oportunidad al Consejo y dejamos que su avaricia haga el resto.

Wylan asintió con la cabeza, con una expresión cada vez más decidida.

—El dinero no irá a la sociedad mercantil. Se lo daremos a Ravka para que puedan permitirse pujar por Kuwei.

—Algo así —asintió Kaz—. Y nos llevamos un pequeño porcentaje. Tal como hacen los bancos.

—Pero ¿quién va a hacerlo? —preguntó Jesper—. Van Eck nos ha visto las caras a todos, salvo a Nina y Specht. Incluso aunque alguno de nosotros sea transformado de algún modo, o utilicemos a otra persona, el Consejo Mercante no va a entregar su dinero como si nada a un recién llegado sin unas buenas credenciales.

—¿Qué tal un granjero de *jurda* que ha estado alojado en la suite más cara de Ketterdam?

Colm Fahey levantó la mirada de su café.

—¿Yo?

—No, Kaz —dijo Jesper—. Ni de broma.

—Conoce la *jurda*, habla kerch y zemeni, y da el pego para el papel.

—Tiene cara de honesto —admitió Jesper con amargura—. No estabas manteniéndolo a salvo al meterlo en este hotel, estabas reteniéndolo para tus fines.

—Estaba asegurándonos una salida.

—¿Una forma de protegernos?

—Sí.

—No vas a meter a mi padre en esto.

—Ya está dentro, Jes. Lo metiste tú cuando le hiciste hipotecar su granja para pagar tu graduado en desperdiciar dinero.

—No —repitió Jesper—. Van Eck va a hacer la conexión entre Colm Fahey y Jesper Fahey. No es un idiota.

—Pero no hay ningún Colm Fahey alojado en el Geldrenner. Colm Fahey alquiló una habitación en una pequeña posada del distrito universitario y, de acuerdo con la lista de embarque de la capitania de puerto, se marchó de la ciudad hace varias noches. El hombre que se aloja aquí está registrado con el nombre de Johannes Rietveld.

—¿Quién demonios es ese? —preguntó Nina.

—Es un granjero de un pueblo cerca de Lij. Su familia lleva años ahí, y tiene propiedades en Kerch y Novyi Zem.

—Pero ¿quién es en realidad? —insistió Jesper.

—Eso da igual. Piensa en él como un producto de la imaginación del Consejo Mercante, un sueño maravilloso que ha cobrado vida para ayudarlos a arañar algunos beneficios del desastre de la *parem*.

Colm dejó la taza sobre la mesa.

—Lo haré.

—Pa, no sabes qué estás aceptando.

—Ya estoy ocultando fugitivos. Si os voy a ayudar, también puedo ser cómplice.

—Si esto sale mal...

—¿Qué puedo perder, Jes? Mi vida sois tú y la granja. Esta es la única forma que tengo de proteger ambas cosas.

Jesper se levantó del suelo y comenzó a pasearse de arriba abajo enfrente de las ventanas.

—Esto es una locura —dijo, frotándose la nuca con la mano—. No van a picar.

—No vamos a pedirle mucho a ninguno de ellos —explicó Kaz—. Ese es el truco. Empezaremos por lo bajo, digamos... dos millones de *kruge*. Y después les dejamos esperar. Los shu están aquí. Los fjerdanos. Los ravkanos. El Consejo comenzará a entrar en pánico. Si tuviera que apostar, diría que tendremos cinco millones de cada miembro del Consejo para cuando acabemos.

—Hay trece miembros del Consejo —dijo Jesper—. Eso es sesenta y cinco millones de *kruge*.

—Tal vez más.

Matthias frunció el ceño.

—Incluso con toda la *stadwatch* en la subasta y la presencia del Consejo de Mareas, ¿de verdad podemos garantizar la seguridad de Kuwei?

—Salvo que tengas un unicornio para que se marche montado en él, no hay forma alguna de garantizar la seguridad de Kuwei.

—Yo tampoco contaría con la protección del Consejo de Mareas —señaló Nina—. ¿Alguna vez han aparecido siquiera en público?

—Hace veinticinco años —respondió Kaz.

—¿Y piensas que van a aparecer ahora para proteger a Kuwei? No podemos enviarlo solo a una subasta pública.

—Kuwei no estará solo. Matthias y yo estaremos con él.

—Todos ellos conocen vuestras caras. Incluso con alguna clase de disfraz...

—Nada de disfraces. El Consejo Mercante está considerado su representante, pero Kuwei tiene derecho a elegir su propia protección para la subasta. Estaremos ahí arriba en la tarima, con él.

—¿La tarima?

—Las subastas tienen lugar en la Iglesia del Trueque, justo delante del altar. ¿Qué podría ser más sagrado? Es perfecto: un espacio cerrado con múltiples puntos de entrada y acceso fácil a un canal.

Nina negó con la cabeza.

—Kaz, en cuanto Matthias suba a la tarima, la mitad de la delegación fjerdana lo reconocerá, y tú eres el hombre más buscado de Ketterdam. Si aparecéis en esa subasta, os arrestarán a los dos.

—No pueden tocarnos hasta después de la subasta.

—Y entonces, ¿qué? —preguntó Inej.

—Habrá una distracción enorme.

—Tiene que haber otra forma —dijo Jesper—. ¿Y si intentamos hacer un trato con Rollins?

Wylan plegó el borde de su servilleta.

—No tenemos nada que ofrecer.

—Se acabaron los tratos —replicó Kaz—. Nunca debí haber ido a hablar con Rollins para empezar.

Jesper levantó las cejas.

—¿De verdad estás admitiendo que cometiste un error?

—Necesitábamos capital —respondió Kaz, y sus ojos se deslizaron brevemente hacia Inej—. Y no me arrepiento, pero no fue el movimiento correcto. El truco para vencer a Rollins es no sentarse nunca a la mesa con él. Él es la casa. Tiene los recursos para jugar hasta que nos quedemos sin suerte.

—En cualquier caso —dijo Jesper—, si vamos a enfrentarnos al gobierno kerch, a las bandas del Barril y a los shu...

—Y a los fjerdanos —añadió Matthias—. Y a los zemeni, y a los kaélicos, y a cualquiera que aparezca cuando anunciemos la subasta. Las embajadas están llenas, y no sabemos hasta dónde han llegado los rumores de la *parem*.

—Vamos a necesitar ayuda —señaló Nina.

—Lo sé —aseguró Kaz, enderezándose las mangas—. Por eso voy a ir al Listón. Jesper se quedó inmóvil. Inej negó con la cabeza. Todos lo miraron fijamente.

—¿De qué estás hablando? —preguntó Nina—. Han puesto precio a tu cabeza, y todos los del Barril lo saben.

—Ya viste a Per Haskell y a los Despojos ahí abajo —dijo Jesper—. ¿Crees que puedes convencer al viejo para que te ayude cuando toda la ciudad está a punto de caer sobre ti como un saco de ladrillos? Sabes que no tiene agallas para eso.

—Lo sé —respondió Kaz—. Pero necesitamos un equipo mayor para este trabajo.

—Demjin, no vale la pena correr este riesgo —dijo Matthias, sorprendido de descubrir que iba en serio.

—Cuando todo esto acabe, cuando pongamos a Van Eck en su sitio, cuando Rollins salga corriendo y nos hayan pagado, estas seguirán siendo mis calles. No puedo vivir en una ciudad donde no pueda mantener la cabeza alta.

—Si todavía tienes una cabeza que mantener alta —replicó Jesper.

—He recibido cuchilladas, balazos y demasiados puñetazos como para contarlos, y todo por una pequeña parte de esta ciudad —dijo Kaz—. Esta es la ciudad por la

que he sangrado. Y si Ketterdam me ha enseñado algo, es que siempre puedes sangrar un poco más.

Nina llevó la mano hasta la de Matthias.

—Los Grisha siguen atrapados en la embajada, Kaz. Sé que no te importan una mierda, pero tenemos que sacarlos de la ciudad. Y al padre de Jesper. A todos nosotros. Da igual quién gane la subasta; Van Eck y Pekka Rollins no van a hacer las maletas y marcharse. Y los shu tampoco lo harán.

Kaz se puso en pie y se apoyó en la cabeza de cuervo de su bastón.

—Pero yo sé a qué tienen más miedo en esta ciudad que a los shu, los fjerdanos y todas las bandas del Barril juntas. Y tú vas a dárselo, Nina.





az se quedó sentado en esa silla durante lo que parecieron horas, respondiendo a sus preguntas y dejando que las piezas del plan encajaran en su sitio. Veía la forma final del ardid en su mente, los pasos que necesitarían para llegar hasta allí, las formas infinitas en las que podrían fracasar o ser descubiertos. Era una locura de plan, como un monstruo lleno de púas, y era justo lo que tenían que hacer para tener éxito.

*Johannus Rietveld.* Les había contado una medio verdad. Johannus Rietveld nunca había existido; Kaz había utilizado el segundo nombre de Jordie y su apellido compartido para crear la identidad del granjero años antes.

No estaba seguro de por qué había comprado la granja donde había crecido, ni de por qué había seguido haciendo negocios y adquiriendo propiedades bajo el apellido Rietveld. ¿Estaba Johannus Rietveld destinado a ser su Jakob Hertzoon? ¿Una identidad respetable como la que había creado Pekka Rollins para engañar mejor a los pichones incautos? ¿O había sido alguna forma de resucitar a la familia que había perdido? ¿Importaba siquiera? Johannus Rietveld existía en el papel y en los archivos bancarios, y Colm Fahey era perfecto para representar su papel.

Cuando la reunión terminó al fin, el café se había enfriado y ya era casi mediodía. A pesar de la luz brillante que se derramaba por las ventanas, todos intentarían al menos tener unas horas de descanso. Él no podría. *No vamos a parar.* Le dolía todo el cuerpo a causa del agotamiento. La pierna había dejado de palparle y ahora simplemente irradiaba dolor.

Sabía lo malditamente estúpido que estaba siendo, lo poco probable que era que regresara del Listón. Se había pasado la vida esquivando y haciendo fintas. ¿Por qué

enfrentarte a un problema directamente cuando podías encontrar otra forma de acercarte a él? Siempre había algún recoveco, y él era un experto en encontrarlo. Ahora iba a lanzarse directo hacia delante, como un buey enyugado a su arado. Lo más probable era que acabara apaleado, ensangrentado y arrastrado por el Barril hasta la escalera de entrada de Pekka Rollins. Pero habían caído en una trampa, y si tenía que ponerse en riesgo para sacarlos de ella, entonces eso era lo que haría.

Primero, tenía que encontrar a Inej. Se encontraba en el espléndido cuarto de baño blanco y dorado de la suite, sentada frente al tocador, cortando las toallas para hacer vendas nuevas. Pasó junto a ella, se quitó el abrigo y lo tiró al lavabo, junto a la tinaja.

—Necesito tu ayuda para planear una ruta hasta el Listón.

—Voy a ir contigo.

—Ya sabes que debo enfrentarme a ellos solo —dijo—. Estarán buscando cualquier señal de debilidad, Espectro. —Giró el grifo y, tras unos gruñidos chirriantes, el agua humeante comenzó a salir. A lo mejor cuando estuviera nadando en *kruge* haría que instalaran agua caliente en el Listón—. Pero no puedo acercarme al nivel de las calles.

—No deberías acercarte en absoluto.

Él se quitó los guantes y metió las manos en el agua. Después se la echó en la cara y se pasó los dedos por el pelo.

—Cuéntame cuál es la mejor ruta, o yo buscaré mi propia forma de llegar.

Habría preferido caminar en vez de escalar. Demonios, habría preferido ir hasta allí en un carruaje. Pero si trataba de atravesar el Barril por las calles, lo capturarían antes de que pudiera acercarse siquiera al Listón. Además, si tenía alguna oportunidad de que aquello funcionara, necesitaba un terreno alto.

Escarbó en los bolsillos de su abrigo y sacó el mapa de turistas de Ketterdam que había encontrado en el vestíbulo de la suite. No tenía tanto detalle como le hubiera gustado, pero sus mapas de verdad de la ciudad se habían quedado en el Velo Negro.

Pusieron el mapa junto a la tinaja y se inclinaron sobre él. Inej trazó una línea a través de los tejados, describiendo los mejores lugares para cruzar los canales. En un punto, dio un golpecito al mapa.

—Por aquí es más rápido, pero está más escarpado.

—Tomaré la ruta larga —dijo Kaz. Quería tener la mente en la batalla que tenía por delante y en evitar que lo vieran, no en la posibilidad de que fuera a caerse y morir.

Cuando se aseguró de que podría seguir la ruta de memoria, guardó el mapa y se sacó otro papel del bolsillo. Llevaba el sello verde pálido del Gemensbank. Se lo entregó.

—¿Qué es esto? —preguntó ella, examinando la página con los ojos—. No es...

—Pasó las puntas de los dedos sobre las palabras, como si esperara que fueran a desvanecerse—. Mi contrato —susurró.

—No te quiero atada a Per Haskell. Ni a mí.

Otra verdad a medias. Su mente había ideado cien planes para atarla a él, para mantenerla en aquella ciudad. Pero ella ya se había pasado buena parte de su vida atrapada por las deudas y las obligaciones, y sería mejor para ambos que se fuera.

—¿Cómo? —preguntó Inej—. El dinero...

—Está hecho.

Había liquidado cada activo que tenía, empleado hasta el último de los ahorros que había acumulado, cada céntimo conseguido con esfuerzo. Ella se presionó el sobre contra el pecho, por encima del corazón.

—No tengo palabras para agradecerte esto.

—Seguro que los suli tienen mil proverbios para una ocasión así.

—No se han inventado palabras para una ocasión así.

—Si acabo en la horca, puedes decir algo bonito sobre mi cadáver. Espera hasta las seis campanadas. Si no he vuelto, intenta sacar a todos de la ciudad.

—Kaz...

—Hay un ladrillo descolorido en la pared detrás del Club Cuervo. Tras ella encontrarás veinte mil *krug*. No es mucho, pero debería bastar para sobornar a un par de soldados de la *stadwatch*. —Sabía que tendrían pocas posibilidades, y que era culpa suya—. Tendrías más opciones por tu cuenta... más todavía si te marcharas ahora.

Inej entrecerró los ojos.

—Voy a hacer como que no has dicho eso. Son mis amigos. No voy a ninguna parte.

—Háblame de Dunyasha —dijo él.

—Llevaba dagas de calidad. —Inej tomó las tijeras del tocador y comenzó a cortar trozos de tela de una de las toallas—. Creo que podría ser mi sombra.

—Una sombra bastante sólida si puede lanzar cuchillos.

—Los suli creemos que cuando hacemos algo mal, damos vida a nuestras sombras. Cada pecado vuelve más fuerte a la sombra, hasta que acaba siendo más fuerte que tú.

—Si eso fuera cierto, mi sombra habría dejado a Ketterdam en una noche permanente.

—A lo mejor —dijo ella, dirigiendo su mirada oscura hacia la suya—. O a lo mejor eres la sombra de otra persona.

—Te refieres a Pekka.

—¿Qué pasa si vuelves del Listón? ¿Si la subasta sale según lo planeado y logramos esto?

—Que tendrás tu barco y tu fortuna.

—¿Y tú?

—Sembraré todo el caos que pueda hasta que me quede sin suerte. Usaré nuestro botín para construir un imperio.

—¿Y después de eso?

—¿Quién sabe? A lo mejor lo quemamos hasta los cimientos.

—¿Eso es lo que te hace diferente de Rollins? ¿Que no dejas nada atrás?

—Yo no soy Pekka Rollins ni su sombra. Yo no vendo chicas a los burdeles. Yo no estafé todo su dinero a niños indefensos.

—Mira al interior del Club Cuervo, Kaz. —Su voz era suave, paciente... ¿por qué hacía que le entraran ganas de prender fuego a algo?—. Piensa en cada fraude, juego de cartas y robo que has organizado. ¿Todos esos hombres y mujeres merecían lo que obtuvieron, o lo que les quitaron?

—La vida no trata de lo que merecemos, Inej. De ser así...

—¿Tu hermano obtuvo lo que se merecía?

—No.

Pero la negativa parecía hueca.

¿Por qué había llamado a Jesper con el nombre de Jordie? Cuando miraba al pasado, veía a su hermano a través de los ojos del chico que había sido: valiente, brillante, infalible; un caballero superado por un dragón vestido de mercader. Pero ¿cómo vería a Jordie ahora? ¿Como un objetivo? ¿Otra paloma estúpida en busca de un atajo? Apoyó las manos en el borde del lavabo. Ya no estaba enfadado; tan solo se sentía agotado.

—Éramos estúpidos.

—Erais niños. ¿No había nadie para protegeros?

—¿Había alguien para protegerte a *ti*?

—Mi padre. Mi madre. Habrían hecho cualquier cosa para evitar que me robaran.

—Y los esclavizadores los habrían masacrado.

—Entonces supongo que tuve suerte de no haber tenido que ver eso.

¿Cómo podía seguir mirando el mundo de esa forma?

—Te vendieron a un burdel con catorce años y te consideras afortunada.

—Me querían. Me quieren. Lo creo. —La vio acercarse más en el espejo. Su pelo negro era como una mancha de tinta contra los azulejos blancos de la pared. Se detuvo tras él—. Me has protegido, Kaz.

—El hecho de que estés sangrando a través de los vendajes me dice lo contrario.

Ella bajó la mirada. Una mancha roja de sangre se había extendido por el vendaje que llevaba atado alrededor del hombro. Se tiró con dificultad de la tira de toalla.

—Necesito que Nina me lo arregle.

Kaz no pretendía decir aquello. Pretendía dejarla ir.

—Puedo ayudarte.

La mirada de Inej fue hacia la suya en el espejo, cautelosa como si estuviera calibrando a un oponente. *Puedo ayudarte*. Eran las primeras palabras que le había dicho, de pie en el vestíbulo de la Reserva, envuelta en seda púrpura y con los ojos pintados. Lo había ayudado. Y casi lo había destruido. A lo mejor Kaz debía dejar que terminara el trabajo.

Kaz podía oír el goteo del grifo, el agua golpeando la tinaja con un ritmo irregular. No sabía muy bien qué quería que dijera Inej. *Dile que se vaya*, exigió una voz en su interior. *Suplícale que se quede*.

Pero Inej no dijo nada. En lugar de eso, tomó las vendas y las tijeras del tocador y las dejó junto a la tinaja. Después puso las palmas de sus manos sobre la encimera y se elevó sin esfuerzo para sentarse sobre ella. Ahora sus ojos estaban a la misma altura. Kaz se acercó un paso y después se quedó ahí plantado, incapaz de moverse. No podía hacerlo. La distancia entre ellos parecía tremenda. Parecía de kilómetros.

La chica llevó la mano hasta las tijeras, grácil como siempre, una chica bajo el agua, y se las ofreció. Él las notó frías en su mano; el metal era inflexible y reconfortante. Avanzó hasta el espacio formado por las rodillas de Inej.

—¿Por dónde empezamos? —preguntó. El vapor de la tinaja había rizado los mechones de pelo que enmarcaban su cara.

Kaz se preguntó si iba a hacerlo. Señaló con la cabeza el antebrazo derecho de Inej, sin confiar en sí mismo para hablar. Sus guantes yacían al otro lado de la tinaja, negros contra el mármol con vetas doradas. Parecían animales muertos. Se concentró en las tijeras, metal frío en sus manos, nada parecido a la piel. No podría hacerlo si le temblaban las manos.

*Puedo superar esto*, se dijo. No era distinto a sacarle un arma a alguien. La violencia era fácil.

Deslizó la hoja con cuidado bajo el vendaje del brazo de Inej. La toalla era más gruesa de lo que lo habría sido la gasa, pero las tijeras eran afiladas. Un corte y el vendaje cayó, revelando una profunda herida. Tiró la tela a un lado. Después tomó un trozo de toalla limpio y se quedó ahí plantado, preparándose. Ella levantó el brazo. Con cautela, Kaz le rodeó el antebrazo con el trozo limpio de tela. Sus nudillos le rozaron la piel y un rayo restalló en su interior, dejándolo paralizado, anclado a la tierra.

Su corazón no debería estar haciendo ese sonido. Tal vez jamás podría ir al Listón. Tal vez aquello lo matara. Obligó a sus manos a moverse, ató el vendaje una vez, dos. Ya estaba hecho.

Respiró hondo. Sabía que a continuación debía cambiarle el vendaje del hombro, pero no estaba preparado para eso, así que asintió con la cabeza hacia su brazo izquierdo. El vendaje estaba bien limpio y sujeto, pero ella no lo cuestionó, tan solo le ofreció el antebrazo. Aquella vez fue un poco más fácil. Se movió de forma lenta y metódica, las tijeras, el vendaje, como una meditación. Pero entonces, la tarea estuvo completa.

No dijeron nada, atrapados en un remolino de silencio, sin tocarse, con las rodillas de Inej a cada lado de Kaz. Los ojos de la chica eran grandes y oscuros, planetas perdidos, lunas negras.

El vendaje del hombro le pasaba alrededor del brazo dos veces, y estaba atado cerca de la articulación. Se inclinó ligeramente hacia ella, pero el ángulo era extraño.

No podía meter las tijeras bajo la toalla y ya está. Iba a tener que levantarle el borde del tejido.

No. La habitación estaba demasiado brillante. Sentía el pecho como un puño apretado. Para. Unió dos dedos y los deslizó bajo el vendaje.

Todo dentro de él se retrajo. El agua estaba fría contra sus piernas. Su cuerpo se había puesto rígido, y sin embargo todavía podía sentir la blandura húmeda de la carne en descomposición de su hermano bajo sus manos. *Es la vergüenza lo que se come enteros a los hombres*. Se estaba ahogando en ella. Ahogándose en el puerto de Ketterdam. Se le nubló la visión.

—Para mí tampoco es fácil. —La voz de Inej era baja y firme, la voz que una vez lo había traído de vuelta desde el infierno—. Incluso ahora, si un chico me sonrío por la calle o Jesper me rodea la cintura con el brazo, me siento como si fuera a desaparecer. —La habitación se inclinó, y Kaz se aferró a la cuerda de su voz—. Vivo con el miedo de que un día veré a uno de sus... a uno de *mis clientes* por la calle. Durante mucho tiempo, pensaba que los reconocía en todas partes. Pero a veces pienso que lo que me hicieron no fue lo peor.

La visión de Kaz volvió a enfocarse. El agua retrocedió. Se encontraba en el cuarto de baño de un hotel, y sus dedos estaban presionando el hombro de Inej. Podía sentir los finos músculos bajo su piel. El pulso latía con furia en la garganta de la chica, en el hueco suave justo debajo de su mandíbula. Se dio cuenta de que Inej había cerrado los ojos, y sus pestañas caían negras contra sus mejillas. Como en respuesta al temblor de Kaz, se había quedado todavía más quieta. Él sabía que debía decir algo, pero su boca no podía formar las palabras.

—Tante Heleen no siempre era cruel —continuó Inej—. Te abrazaba, te aferraba con fuerza, y después te pellizcaba tan fuerte que te rasgaba la piel. Nunca sabías si iba a darte un beso o un bofetón. Un día eras su mejor chica, y al siguiente te llamaba a su despacho y te decía que iba a venderte a un grupo de hombres que había conocido en la calle. Te hacía suplicarle que se quedara contigo. —Soltó un sonido suave que era casi una risa—. La primera vez que Nina me abrazó, me encogí. —Abrió los ojos y le devolvió la mirada. Kaz podía oír el goteo del grifo, ver la curva de su trenza sobre el hombro, donde se le había soltado—. Sigue —le dijo en voz baja, como si estuviera pidiéndole que continuara con una historia.

Kaz no estaba seguro de que pudiera. Pero si ella podía pronunciar esas palabras en el eco de aquella habitación, él podía intentarlo, joder. Con cuidado, levantó las tijeras. Elevó el vendaje para formar un hueco, sintiendo arrepentimiento y liberación mientras rompía el contacto con su piel. Cortó el vendaje. Podía sentir la calidez de Inej en sus dedos, como si fuera fiebre.

El vendaje roto cayó.

Tomó otra larga tira de toalla con la mano derecha. Tenía que inclinarse hacia ella para rodearla por detrás. Estaba muy cerca ya. Su mente se fijó en la curva de su

oreja, el pelo colocado tras ella, el rápido pulso que aleteaba en su garganta. Viva, viva, viva.

*Para mí tampoco es fácil.*

Volvió a rodearla con el vendaje. Unos toques ligeros. Inevitables. Hombro, clavícula, una vez por su rodilla. El agua se elevó a su alrededor. Aseguró el nudo. *Retrocede.* Pero no lo hizo. Se quedó ahí plantado, escuchando su propia respiración, la de ella, el ritmo de los dos solos en aquella habitación.

La sensación enfermiza estaba ahí, la necesidad de correr, y también la necesidad de algo más. Kaz creía que conocía íntimamente el lenguaje del dolor, pero aquel sufrimiento era nuevo. Le dolía estar ahí de ese modo, tan cerca del círculo de sus brazos. *Para mí tampoco es fácil.* Después de todo lo que había soportado Inej, él era el débil. Pero ella jamás sabría lo que era para él ver a Nina abrazándola, observar a Jesper enganchando su brazo con el suyo, lo que era quedarse en los umbrales de las puertas y contra las paredes y saber que jamás podría acercarse. *Pero ahora estoy aquí,* pensó de forma salvaje. La había llevado en brazos, había luchado junto a ella, había pasado noches enteras a su lado, los dos boca abajo mientras miraban por un catalejo, observando algún almacén o la mansión de un mercader. Aquello no se parecía en nada a eso. Se sentía enfermizo y asustado, con el cuerpo resbaladizo por el sudor, pero estaba ahí. Observó ese pulso, la evidencia de su corazón, al ritmo de sus propios latidos ansiosos. Vio la curva húmeda de su cuello, el resplandor de su piel marrón. Quería... Quería.

Antes de saber siquiera lo que pretendía, bajó la cabeza. Ella tomó aire con brusquedad. Los labios de Kaz flotaron justo por encima de la unión cálida entre su hombro y la columna de su cuello. Esperó. *Dime que pare. Apártame.*

Ella soltó el aire.

—Sigue —repitió. Termina la historia.

Apenas un movimiento y sus labios le rozaron la piel: cálida, suave, con gotas de humedad. El deseo lo atravesó, un millar de imágenes que había acumulado, que apenas se había permitido imaginar: el cabello oscuro de Inej que caía libre de su trenza, su propia mano que encajaba con la ágil curva de su cintura, los labios de la chica separándose y susurrando su nombre.

Todo estaba ahí, pero entonces desapareció. Se estaba ahogando en el puerto. Los miembros de Inej eran los de un cadáver. Sus ojos muertos lo miraban. El asco y el anhelo se agitaron en sus tripas.

Se echó hacia atrás, y el dolor atravesó su pierna mala. Tenía la boca ardiendo. La habitación se balanceó. Se sujetó contra la pared, tratando de respirar. Inej estaba de pie, avanzando hacia él, con cara de preocupación. Levantó la mano para detenerla.

—No.

Ella se quedó en el centro del suelo de baldosas, enmarcada de blanco y oro, como un icono dorado.

—¿Qué te pasó, Kaz? ¿Qué le pasó a tu hermano?

—No importa.

—Cuéntamelo. Por favor.

*Cuéntaselo*, dijo una voz en su interior. *Cuéntaselo todo*. Pero no sabía cómo, ni por dónde empezar. ¿Y por qué debería hacerlo? ¿Para que Inej pudiera encontrar la forma de absolverlo de sus crímenes? No quería su lástima. No necesitaba explicarse, tan solo necesitaba encontrar la forma de dejarla marchar.

—¿Quieres saber lo que me hizo Pekka? —Su voz era como un rugido que reverberaba en los azulejos—. ¿Y si te digo lo que hice cuando encontré a la mujer que fingía ser su esposa, a la chica que fingía ser su hija? ¿Y si te cuento lo que le pasó al chico que nos atrajo la primera noche con sus perros de juguete mecánicos? Esa es buena. Se llamaba Filip. Lo encontré dirigiendo un juego de cartas en la Kelstraat. Lo torturé durante dos días y lo dejé sangrando en un callejón, con la llave de un perro de cuerda clavada en su garganta.

Kaz vio que Inej se encogía. Ignoró la punzada en su estómago.

—Eso es —continuó—. Los trabajadores del banco que entregaron nuestra información. El abogado falso. El hombre que me dio un chocolate caliente gratis en el despacho falso de Hertzoon. Los destruí a todos, un por uno, ladrillo a ladrillo. Y Rollins será el último. Estas cosas no desaparecen con rezos, Espectro. No hay paz alguna esperándome, no hay perdón; ni en esta vida ni en la próxima.

Inej negó con la cabeza. ¿Cómo podía seguir mirándolo con amabilidad en sus ojos?

—El perdón no se pide, Kaz. Se gana.

—¿Eso es lo que pretendes hacer tú? ¿Cazando esclavistas?

—Cazando esclavistas. Erradicando a los mercaderes y jefes del Barril que se benefician de ellos. Siendo algo más que tan solo el próximo Pekka Rollins.

Era imposible. No había nada más. El podía ver la verdad aunque ella fuera incapaz. Inej era más fuerte de lo que él jamás sería. Conservaría su fe, su bondad, incluso aunque el mundo tratara de arrebatársela con manos codiciosas.

Le examinó la cara con los ojos tal como siempre había hecho, de cerca, sediento, arrancándole los detalles como el ladrón que era: la forma regular de sus cejas oscuras, el rico marrón de sus ojos, la inclinación hacia arriba de sus labios. No se merecía la paz y no se merecía el perdón, pero si iba a morir ese día, tal vez lo único que se había ganado era el recuerdo de ella, más brillante que nada a lo que jamás tuviera derecho, para llevárselo con él al otro lado.

Pasó a zancadas junto a ella, tomó los guantes que había dejado sobre el lavabo y se los puso. Se cubrió con su abrigo, se enderezó la corbata frente al espejo y se metió el bastón bajo el brazo. Si iba a enfrentarse a la muerte, podía hacerlo con estilo.

Cuando volvió a girarse hacia ella, estaba listo.

—Me pase lo que me pase, sobrevive a esta ciudad. Consigue tu barco, obtén tu venganza, talla tu nombre en sus huesos. Pero sobrevive a este lío en el que nos he metido.



—No lo hagas —dijo Inej.

—Si no lo hago, todo habrá acabado. No hay forma de salir. No hay recompensa. No queda nada.

—Nada —repitió ella.

—Busca las pistas de Dunyasha.

—¿Qué?

—Un luchador siempre tiene alguna pista, una señal de una lesión vieja, un hombro caído cuando está a punto de lanzar un puñetazo.

—¿Yo tengo una pista?

—Cuadras los hombros antes de comenzar a moverte, como si estuvieras a punto de actuar, como si estuvieras esperando por la atención del público.

Ella pareció ligeramente ofendida por eso.

—¿Y cuál es la tuya?

Kaz pensó en el momento en Vellgeluk que casi les había costado todo.

—Yo soy un tullido. Esa es mi pista. Nadie es nunca lo bastante listo para buscar las demás.

—No vayas al Listón, Kaz. Deja que encontremos otra forma.

—Apártate, Espectro.

—Kaz...

—Si alguna vez te he importado, no me sigas.

Pasó junto a ella y salió a zancadas de la habitación. No podía pensar en lo que podría ocurrir, en lo que tenía que perder. E Inej se equivocaba en una cosa. Kaz sabía con exactitud lo que pretendía dejar atrás cuando se fuera. Daño.



e todos modos lo siguió.

*Si alguna vez te he importado.*

Inej resopló de verdad mientras saltaba una chimenea. Era ofensivo. Había tenido numerosas posibilidades de quedar libre de Kaz, y nunca las había aprovechado.

Él no era apto para una vida normal. ¿Se suponía que Inej tenía que encontrar un marido bondadoso, tener sus hijos y después afilar sus cuchillos cuando se fueran a dormir? ¿Cómo iba a explicar las pesadillas que seguía sufriendo desde la Reserva? ¿O la sangre que tenía en las manos?

Podía sentir la presión de los dedos de Kaz contra su piel, sentir el roce de su boca contra su cuello como el ala de un pájaro, ver sus ojos dilatados. Dos de las personas más letales que podía ofrecer el Barril y apenas podían tocarse sin derrumbarse. Pero lo habían intentado. Él lo había intentado. A lo mejor podían volver a intentarlo. Era un deseo estúpido, la esperanza sentimental de una chica a la que no le habían arrebatado su vida, que jamás había sentido el látigo de Tante Heleen, que no estaba cubierta de heridas y buscada por la ley. Kaz se habría reído de su optimismo.

Pensó en Dunyasha, su sombra. ¿Qué sueños tenía ella? ¿Un trono, como había sugerido Matthias? ¿Otra muerte ofrecida a su dios? Inej no tenía dudas de que volvería a encontrarse con la chica de marfil y ámbar. Quería creer que saldría victoriosa cuando llegara el momento, pero no podía negar los dones de Dunyasha. Tal vez fuera de verdad una princesa, una chica de noble cuna entrenada en las artes del asesinato, destinada a la grandeza como una heroína en una historia. Entonces, ¿en qué convertía eso a Inej? ¿Un obstáculo en su camino? ¿Un tributo en el altar de la muerte? *Una pequeña acróbata suli que lucha como un ladrón callejero corriente.*

O a lo mejor sus Santos habían llevado a Dunyasha hasta esas calles. *¿Quién recordará a una chica como tú?* Tal vez aquella era la forma de que Inej pagara por las vidas que había tomado.

Tal vez. Pero todavía no. Todavía tenía deudas que pagar.

Siseó mientras bajaba deslizándose por una cañería, sintiendo que el vendaje alrededor de su muslo se soltaba. Iba a dejar un rastro de sangre por los tejados de la ciudad.

Se estaban acercando al Listón, pero permaneció en las sombras y se aseguró de que hubiera una buena distancia entre ella y Kaz. Él tenía una forma de sentir su presencia cuando nadie más podía. Se detenía con frecuencia, sin saber que estaban observándolo. Su pierna lo atormentaba más de lo que había admitido. Pero ella no iba a interferir en el Listón. Cumpliría sus deseos al menos en eso, porque Kaz tenía razón: en el Barril, la fuerza era la única moneda que importaba. Si no se enfrentaba a aquel desafío solo, podría perderlo todo: no solo la oportunidad de obtener el apoyo de los Despojos, sino cualquier oportunidad que pudiera tener jamás de salir del Barril de nuevo en libertad. Inej había deseado a menudo despojarle de una parte de su arrogancia, pero no podía soportar la idea de que le arrancaran su orgullo.

Kaz recorrió los tejados de la Groenstraat, siguiendo la ruta que habían trazado juntos, y pronto la parte trasera del Listón quedó a la vista: estrecha, inclinada contra sus vecinos, con las tejas negras a causa del hollín.

¿Cuántas veces se había acercado ella al Listón desde ese mismo ángulo? Para ella, era el camino de vuelta a casa. Distinguió la ventana de Kaz en el piso superior. Había pasado incontables horas sentada en ese alféizar, alimentando a los cuervos que se reunían ahí, escuchándolo hacer planes. Debajo y un poco a la izquierda, encontró la esquirla de la ventana de su propia habitación pequeña. Comprendió que, bien tuviera éxito la subasta o bien fracasara, aquella podría ser la última noche que regresara al Listón. Tal vez no volviera a ver a Kaz sentado frente a su escritorio otra vez, ni a oír el golpeteo de su bastón subiendo por los escalones desvencijados, dejándole saber con su ritmo si había sido una noche mala o buena.

Lo observó bajando con dificultad desde el borde del tejado y forzar la cerradura de su propia ventana. En cuanto quedó fuera de la vista, ella continuó por la escarpada inclinación del gablete hasta el otro lado del Listón. No podía seguirlo por el mismo camino sin delatarse.

En la parte delantera de la casa, justo debajo del tejado, encontró el viejo gancho de metal usado para levantar cargamento pesado. Se sujetó a él, ignorando los gorjeos contrariados de las palomas sobresaltadas, y abrió la ventana con el pie, arrugando la nariz ante el hedor de los excrementos de pájaros. Se metió dentro, atravesando las vigas del tejado, y encontró un lugar entre las sombras. Después esperó, sin saber qué hacer a continuación. Si alguien miraba hacia arriba, podría verla allí, escondida en una esquina como la araña que era, pero ¿por qué iba a hacer eso nadie?

Debajo, la entrada estaba zumbando a causa de la actividad. Al parecer, el humor festivo del desfile de aquella mañana se había extendido durante el resto del día. La gente entraba y salía por la puerta delantera, gritándose entre ellos, riendo y cantando. Había unos cuantos Despojos sentados en la chirriante escalera de madera, pasándose una botella de whisky. Seeger, uno de los matones favoritos de Per Haskell, no dejaba de tocar las tres mismas notas con un silbato de hojalata una y otra vez. Un grupo de alborotadores atravesó la puerta y se quedó en la entrada, graznando y chillando como locos, zapateando en el suelo y golpeándose los unos con los otros como un banco de tiburones hambrientos. Llevaban hachas con clavos oxidados en los mangos, garrotes, cuchillas y pistolas, y algunos se habían pintado alas negras de cuervo sobre los ojos salvajes. Tras ellos, Inej vio a unos pocos Despojos que no parecían compartir la emoción: Anika, con su pelo rubio muy corto, el enjuto Roeder, al que Per Haskell había sugerido a Kaz usar como araña, y los matones más grandes, Keeg y Pim. Estaban apartados, contra la pared, intercambiando miradas infelices mientras los demás gritaban y adoptaban poses. *Son la mejor esperanza de apoyo de Kaz*, pensó. Los miembros más jóvenes de los Despojos, los chicos a los que Kaz había reunido y organizado, los que trabajaban más duro y hacían los peores trabajos porque eran los más nuevos.

Pero ¿qué tenía Kaz en mente en realidad? ¿Había entrado en su despacho por una razón, o solo porque era el punto de acceso más fácil desde el tejado? ¿Pretendía hablar con Per Haskell a solas? La escalera entera era visible desde la entrada. Kaz no podría comenzar a bajar siquiera sin atraer la atención de todos, salvo que planeara hacerlo disfrazado. Y, desde luego, Inej no tenía ni idea de cómo iba a bajar las escaleras con su pierna mala sin que nadie reconociera su cojera.

Un grito de júbilo se elevó desde la gente reunida debajo. Per Haskell había salido de su despacho, y su cabeza gris se movía entre la gente. Estaba vestido de forma ostentosa para las festividades de ese día (chaleco de cuadros carmesí y plateados, pantalones con diseño de pata de gallo), pavoneándose como el señor de los Despojos, la banda que Kaz había creado prácticamente de la nada. Con una mano, estaba agitando el sombrero con penacho que tanto le gustaba, y en la otra llevaba un bastón. Alguien había pegado el dibujo de un cuervo en papel maché encima. Eso enfermaba a Inej. Kaz había sido como un hijo para Haskell. Un hijo taimado, despiadado y asesino, pero aun así...

—¿Crees que lo encontraremos esta noche, viejo? —preguntó Bastian, golpeándose la pierna con un garrote de aspecto desagradable.

Haskell levantó el bastón como si fuera un cetro.

—Si alguien va a conseguir esa recompensa, ¡es uno de mis chicos! ¿A que sí?

Todos vitorearon.

—Viejo.

Inej giró la cabeza de golpe cuando la voz de Kaz, áspera como la sal, atravesó el ruido de la multitud, silenciando el charloteo alborotado. Todos los ojos se dirigieron

hacia arriba.

Se encontraba en la parte superior de las escaleras, mirando hacia bajo los cuatro tramos de madera desvencijada. Inej se dio cuenta de que se había detenido a cambiarse el abrigo, que se ajustaba a él en líneas perfectamente a medida. Estaba apoyado sobre su bastón, con el pelo bien apartado de su frente pálida, un chico de cristal negro y bordes letales.

La expresión de sorpresa en la cara de Haskell fue casi cómica. Después, comenzó a reír.

—Mi puta madre, Brekker. Tienes que ser el cabrón más chalado que he conocido jamás.

—Me lo tomaré como un cumplido.

—No deberías haber venido... salvo que quieras entregarte como el chico listo que sé que eres.

—Estoy harto de conseguirte dinero.

La cara de Per Haskell se arrugó por la rabia.

—¡Rufián ignorante! —rugió—. Entrando aquí como un mercader en su mansión.

—Siempre actuabas como si fueras mejor que nosotros —gritó Seeger, todavía con el silbato de hojalata, y algunos de los demás Despojos asintieron con la cabeza. Per Haskell dio una palmada, animándolos.

Y era cierto. Kaz siempre se había mantenido alejado de los demás. Ellos querían camaradería, amistad, pero él nunca había aceptado su juego, solo el suyo propio. A lo mejor aquella situación era inevitable. Inej sabía que Kaz no pretendía seguir siendo el teniente de Per Haskell para siempre. El triunfo en la Corte de Hielo debería haberlo convertido en el rey del Barril, pero Van Eck le había robado eso. Los Despojos no sabían las cosas extraordinarias que había logrado en las últimas semanas, el botín que había arrebatado a los fjerdanos, o el que todavía podría estar a su alcance. Se enfrentó a ellos solo, un chico con pocos aliados, un extraño para la mayoría de ellos a pesar de su brutal reputación.

—¡No tienes amigos aquí! —gritó Bastian.

Junto a la pared, Anika y los demás se enfurecieron. Pim sacudió la cabeza desgreñada y cruzó los brazos.

Kaz levantó un hombro en un ligero encogimiento.

—No he venido en busca de amigos. Y no estoy aquí por los parásitos arrastrados y los cobardes, ni por los perdedores que piensan que el Barril les debe algo por lograr seguir con vida. He venido a por los asesinos. Los duros. Los hambrientos. La gente como yo. Esta es mi banda —añadió, comenzando a bajar las escaleras con el bastón golpeando los tablones—, y estoy harto de acatar órdenes.

—¡Id a por vuestra recompensa, chicos! —gritó Haskell. Hubo una breve pausa y, por un momento, Inej esperó que nadie lo escuchara, que simplemente se amotinaran contra Haskell. Entonces se abrió la esclusa. Bastian y Seeger fueron los primeros en correr hacia las escaleras, deseosos de atrapar a Manos Sucias.

Pero Seeger era lento a causa del whisky, y para cuando llegaron junto a Kaz en el tercer tramo de las escaleras, estaban sin aliento. El trazó dos bruscos arcos con el bastón que quebraron los huesos de los brazos de Seeger. En lugar de enfrentarse a Bastian, pasó junto a él, increíblemente rápido a pesar de su pierna mala. Antes de que pudiera darse la vuelta, Kaz le clavó el bastón en el espacio blando entre su muslo y su rodilla. Bastian se desplomó con un grito estrangulado.

Otro de los secuaces de Haskell ya estaba corriendo hacia él; un matón apodado Tetera por cómo le silbaba el aire por la nariz al respirar. Le lanzó un golpe al hombro de Kaz con el bate, pero él lo esquivó hacia la izquierda. Hizo girar su bastón y golpeó al matón en la mandíbula con toda la fuerza de su cabeza de cuervo. Inej vio lo que parecían ser dientes que salían volando de su boca.

Kaz seguía estando en terreno elevado, pero lo superaban en número y ahora llegaban en oleadas. Varían y Swann corrieron por el rellano del tercer piso, con Rojo Félix pisándoles los talones, y Milo y Gorka muy cerca tras él.

Inej apretó los labios mientras Kaz recibía un golpe en la pierna mala, se tambaleaba y apenas se enderezaba a tiempo de evitar un golpe de la cadena de Varían. Esta golpeó la barandilla a unos centímetros de la cabeza de Kaz, haciendo volar astillas de madera. Kaz sujetó la cadena y usó el impulso de Varían para enviarlo volando sobre la barandilla rota. La multitud se echó hacia atrás mientras golpeaba el suelo de la entrada.

Swann y Rojo Félix se lanzaron a por Kaz desde ambos lados. Rojo Félix le sujetó el abrigo y tiró de él hacia atrás. Kaz se liberó como un mago escapando de una camisa de fuerza en un espectáculo del Stave Oriental. Swann hizo girar salvajemente el mango de su hacha acabado en punta, pero Kaz le golpeó el lateral de la cara con la cabeza de su bastón. Incluso desde la distancia, Inej vio cómo la mejilla de Swann se derrumbaba en un cráter sangriento.

Rojo Félix se sacó una porra del bolsillo y le dio un fuerte golpe a la mano derecha de Kaz. Lo hizo con torpeza, pero el bastón cayó al suelo y bajó rodando por las escaleras. Beatle, delgado como un hurón y también con la cara de uno, subió corriendo por las escalera, lo cogió y se lo lanzó a Per Haskell mientras sus compinches vitoreaban. Kaz plantó las manos a cada lado de la barandilla y golpeó el pecho de Rojo Félix con las botas, de modo que lo envió rodando hacia atrás por las escaleras.

Kaz había perdido el bastón. Extendió las manos enguantadas, e Inej volvió a pensar en un mago. *Nada por aquí.*

Tres Despojos más saltaron sobre Rojo Félix y fueron hacia él: Milo, Gorka y el delgado Beatle, con su extraña carilla y su pelo aceitoso. Inej se atrevió a pestañear y entonces Milo tuvo a Kaz contra la pared, lanzando golpes contra sus costillas y su cara. Kaz echó la cabeza hacia atrás y golpeó la frente de Milo con la suya, con un crujido enfermizo. Milo dio un paso, aturdido, y Kaz aprovechó la ventaja.

Pero eran demasiados, y Kaz estaba luchando ahora solo con los puños, con la sangre derramándose por un lateral de su cara, el labio partido y el ojo izquierdo hinchándosele. Sus movimientos se estaban ralentizando.

Gorka le rodeó la garganta con un brazo. Kaz le clavó el codo en el estómago y se liberó. Se lanzó hacia delante, y entonces Beatle le agarró el hombro y le golpeó las tripas con el garrote. Kaz se dobló, escupiendo sangre. Gorka le golpeó un lateral de la cabeza con una gruesa cadena, e Inej vio que Kaz ponía los ojos en blanco y se balanceaba. Y entonces cayó al suelo. La multitud de la entrada rugió.

Inej se estaba moviendo antes de pensarlo siquiera. No podía verlo morir y ya está, no iba a hacerlo. Ya lo tenían en el suelo, golpeándole el cuerpo con las pesadas botas. Ella tenía sus cuchillos en las manos. Los mataría a todos. Apilaría los cuerpos hasta el techo para que la *stadwatch* los encontrara.

Pero en ese momento, a través de los anchos listones de la barandilla del rellano, vio que Kaz tenía los ojos abiertos, y su mirada encontró la de ella. Había sabido todo el tiempo que se encontraba allí. Por supuesto que sí. Siempre había sabido cómo encontrarla. Negó de forma muy ligera con la cabeza ensangrentada.

Inej quería gritar. *A la mierda tu orgullo, los Despojos y toda esta ciudad miserable.*

Kaz trató de levantarse, pero Beatle lo volvió a tirar de una patada. Ahora estaban riéndose. Gorka levantó la cabeza, haciendo flotar su gran bota sobre el cráneo de Kaz, actuando para la multitud. Inej vio que Pim apartaba la mirada; Anika y Keeg estaban gritando para que alguien los parara. Gorka bajó el pie... y entonces gritó, un chillido agudo y tembloroso.

Kaz le estaba sujetando la bota a Gorka, y este tenía el pie doblado a un lado en un ángulo horrible. Saltó sobre una pierna, tratando de mantener el equilibrio, con ese lamento extraño y agudo saliendo de su boca al ritmo de sus botes. Milo y Beatle golpearon a Kaz con fuerza en las costillas, pero él no se inmutó. Con una fuerza que Inej no podía imaginar, Kaz echó la pierna de Gorka hacia arriba. El grandullón chilló cuando su rodilla se le dislocó. Se derrumbó a un lado, gimoteando:

—¡Mi pierna! ¡Mi pierna!

—Recomiendo usar bastón —replicó Kaz.

Pero lo único que podía ver Inej era el cuchillo en las manos de Milo, largo y reluciente. Parecía lo más limpio que había en él.

—¡No lo mates, imbécil! —bramó Haskell, sin duda pensando todavía en la recompensa.

Pero parecía que Milo no estaba escuchando. Levantó el cuchillo y lo lanzó directamente hacia el pecho de Kaz. En el último segundo, él giró, y el cuchillo se hundió en los tablones con un sonoro ruido. Milo sujetó el cuchillo para sacarlo, pero su rival ya se estaba moviendo, e Inej vio que tenía dos clavos oxidados entre los dedos, como si fueran garras: de algún modo, los había arrancado del mango de una

de las hachas. Kaz se lanzó hacia delante y los clavó en la garganta de Milo, encajándolos en su tráquea. Este produjo un silbido débil y ahogado antes de caer.

Kaz usó la barandilla para impulsarse y ponerse en pie. Beatle levantó las manos, como si olvidara que seguía encontrándose en posesión de un garrote y que su oponente no estaba armado. Kaz agarró un puñado de pelo de Beatle, tiró de su cabeza hacia atrás y la estrelló contra la barandilla. El sonido fue como un disparo, y el golpe lo bastante fuerte como para que la cabeza de Beatle rebotara de la madera como una pelota de goma. Se desplomó como un hurón caído.

Kaz se pasó la manga por la cara, manchándose de sangre la nariz y la frente, y escupió. Se ajustó los guantes, bajó la mirada hasta Per Haskell desde el rellano del segundo piso, y sonrió. Sus dientes estaban rojos y húmedos. El público era mucho más grande que cuando había comenzado la pelea. Cuadró los hombros.

—¿Quién es el próximo? —preguntó, como si tal vez tuviera un compromiso en otra parte—. ¿Quién viene ahora? —Inej no sabía cómo podía mantener la voz tan firme—. Esto es lo que hago todo el día. Luchar. ¿Cuándo fue la última vez que visteis a Per Haskell llevarse un puñetazo? ¿Liderar una misión? Maldita sea, ¿cuándo fue la última vez que lo visteis fuera de la cama antes del mediodía?

—¿Crees que vamos a aplaudirte porque puedas soportar una paliza? —se burló Per Haskell—. No compensa los problemas que has causado. Hacer que la ley caiga sobre el Barril, secuestrar al hijo de un mercader...

—Te dije que yo no tenía nada que ver en eso —señaló Kaz.

—Pekka Rollins dice lo contrario.

—Está bien saber que crees la palabra de un León Moneda antes que la de uno de los tuyos.

Un murmullo intranquilo recorrió la multitud de abajo como un viento agitando las hojas. Tu banda era tu familia, y el lazo era tan fuerte como la sangre.

—Estás lo bastante loco como para enfrentarte a un mercader, Brekker.

—Lo bastante loco —asintió Kaz—. Pero no lo bastante estúpido.

Ahora algunos de los Despojos estaban susurrando entre ellos, como si nunca se hubieran planteado que Van Eck podría haber mentado con la acusación. Por supuesto que no. Van Eck era de alto nivel. ¿Por qué iba un honesto mercader a hacer una acusación así contra una rata del canal si no era cierta? Y después de todo, Kaz había llegado muy lejos para demostrar que era capaz de cualquier cosa.

—Te vieron en Goedmedbridge con la mujer del mercader —insistió Per Haskell.

—Su mujer, no su hijo. Su mujer, que está a salvo en casa, junto al ladrón de su marido, tejiendo patucos y hablando con sus pájaros. Piénsalo por un momento, Haskell. ¿De qué podría servirme el crío de un mercader?

—Soborno, rescate...

—Me enfrenté a Van Eck porque él se enfrentó a mí, y ahora está utilizando a sus secuaces de la ciudad, a Pekka Rollins y a todos vosotros para saldar cuentas. Es así de simple.



—Yo no he pedido este embrollo, chico. Ni lo he pedido, ni lo quiero.

—Querías todo lo demás que te he traído a la puerta, Haskell. Seguirías dirigiendo los mismos timos para pobres y bebiendo whisky barato de no ser por mí. Estas paredes se estarían cayendo sobre tu cabeza. Has tomado todo el dinero y toda la suerte que te he entregado. Te tragaste los beneficios del Quinto Puerto y el Club Cuervo como si fueran tuyos, me dejaste luchar por ti y hacerte el trabajo sucio. —Su mirada recorrió con lentitud a los Despojos que había debajo—. Os beneficiasteis todos. Cosechasteis las recompensas. Pero a la primera oportunidad que tenéis, estáis dispuestos a ir a adular a Pekka Rollins por el placer de mandarme a la horca. —Otro susurro intranquilo entre los espectadores—. Pero no estoy enfadado.

Tenía que haber veinte Despojos mirando a Kaz, todos ellos armados, y aun así Inej podría jurar que había sentido su alivio. Entonces lo comprendió: la pelea era solo el acto de apertura. Ya sabían que Kaz era duro; no necesitaban que lo demostrara. Aquello era lo que Kaz necesitaba. Para tratar de dar un golpe de estado contra Per Haskell, tendría que haber buscado a los Despojos uno por uno, malgastando tiempo y arriesgándose a la captura en las calles del Barril. Ahora tenía audiencia, y Per Haskell había estado feliz de darles la bienvenida a todos: un poco de entretenimiento, el dramático final de Kaz Brekker, la Humillación de Manos Sucias. Pero aquello no era una comedia barata. Era un rito sangriento, y Per Haskell había dejado que el público se reuniera sin darse cuenta de que el verdadero espectáculo todavía estaba por empezar. Kaz se encontraba sobre el púlpito, herido, amoratado y listo para predicar.

—No estoy enfadado —repitió—. Por eso no. Pero ¿sabéis lo que me cabrea? ¿Lo que me saca de quicio de verdad? Ver a un cuervo aceptando órdenes de un León Moneda. Veros desfilando detrás de Pekka Rollins como si fuera algo de lo que sentiros orgullosos. Una de las bandas más letales del Barril, inclinándose como un puñado de florecillas.

—Rollins tiene poder, chico —dijo Per Haskell—. Recursos. Dame lecciones cuando lleves unos cuantos años más por aquí. Mi trabajo es proteger a la banda, y eso es lo que he hecho. Les he dado *seguridad* contra tu imprudencia.

—¿Creéis que tenéis seguridad porque te pusiste a los pies de Pekka Rollins? ¿Creéis que está dispuesto a honrar su acuerdo? ¿Que no estará sediento de lo que tenéis? ¿Os parece que Pekka Rollins es así?

—Joder, no —dijo Anika.

—¿A quién queréis esperando en esa puerta cuando al león le entre hambre? ¿A un cuervo? ¿O a un gallo arrastrado que grazna y se pavonea, y después se alía con un León Moneda y un sucio mercader contra uno de los suyos?

Desde arriba, Inej podía ver a las personas más cercanas a Per Haskell alejándose ligeramente de él. Unos cuantos le estaban lanzando largas miradas, a la pluma en su sombrero, a los bastones en sus manos: el bastón de Kaz que habían visto blandir con tan sangrienta precisión y el bastón falso que Haskell había hecho para burlarse de él.

—En el Barril no comerciamos con seguridad —dijo Kaz, y el ardor erosionado de su voz recorrió el público—. Tan solo hay fuerza y debilidad. El respeto no se pide, se gana. —*El perdón no se pide. Se gana.* Inej casi sonrió: le había robado esa frase—. No soy vuestro amigo. No soy vuestro padre. No voy a ofreceros whisky, ni daros una palmada en la espalda y llamaros hijos. Pero haré que vuestras arcas estén llenas de dinero. Haré que nuestros enemigos estén lo bastante asustados como para salir corriendo al ver ese tatuaje en vuestros brazos. Así pues, ¿a quién queréis en esa puerta cuando Pekka Rollins venga a buscaros?

El silencio se hinchó, como una garrapata alimentándose de la perspectiva de que hubiera violencia.

—¿Y bien? —bramó Per Haskell, sacando pecho—. Respondedle. ¿Queréis a vuestro legítimo líder o a un tullido arrogante que ni siquiera puede caminar recto?

—Puede que no camine recto —dijo Kaz—. Pero al menos no salgo corriendo de una pelea.

Comenzó a bajar las escaleras.

Varían se había levantado del suelo tras su caída. Aunque no parecía del todo firme sobre sus pies, avanzó hacia las escaleras, e Inej tuvo que respetar su lealtad hacia Haskell. Pim se apartó de la pared y le bloqueó el camino.

—Se acabó —dijo.

—Ve a por los hombres de Rollins —ordenó Per Haskell a Varían—. ¡Da la alarma!

Pero Anika sacó un cuchillo largo y se puso delante de la puerta de entrada.

—¿Eres un León Moneda? —preguntó—. ¿O eres de los Despojos?

Lentamente, con la cojera pronunciada pero la espalda recta, Kaz bajó el último tramo de escaleras, apoyándose pesadamente sobre la barandilla. Cuando llegó abajo, la multitud restante se dividió.

La cara de Haskell estaba roja de miedo e indignación.

—No vas a durar, chico. Hace falta más de lo que tú tienes para superar a Pekka Rollins.

Kaz le arrebató su bastón de la mano a Per Haskell.

—Tienes dos minutos para salir de mi casa, viejo. El precio de esta ciudad es la sangre —dijo—, y estoy dispuesto a pagar con la tuya.



esper nunca había visto a Kaz tan ensangrentado y apaleado: la nariz rota, el labio partido, un ojo hinchado y cerrado. Se aferraba el costado de una forma que le hizo pensar que se había roto al menos una costilla, y cuando tosió en un pañuelo, Jesper vio sangre en la tela blanca antes de que Kaz se lo guardara en el bolsillo. Su cojera era peor que nunca, pero seguía en pie, y Anika y Pim se encontraban con él. Al parecer, habían dejado a un equipo bien armado en el Listón, por si acaso Pekka recibiera noticias del golpe de Kaz y decidiera tratar de apoderarse del territorio.

—Por todos los Santos —dijo Jesper—. Entonces, ¿supongo que ha ido bien?

—Tan bien como cabría esperar.

Matthias negó con la cabeza, a medio camino entre la admiración y la incredulidad.

—¿Cuántas vidas tienes, *demjin*?

—Una más, espero.

Kaz se había quitado el abrigo y había logrado sacarse la camisa, apoyado sobre el lavabo del cuarto de baño.

—Por el amor de los Santos, déjanos ayudarte —le pidió Nina.

Kaz sujetó el extremo de un vendaje entre los dientes y arrancó un trozo.

—No necesito vuestra ayuda. Seguid trabajando con Colm.

—Pero ¿qué le *pasa*? —gruñó Nina mientras volvían al salón para practicar con Colm su historia falsa.

—Lo mismo que le pasa siempre —dijo Jesper—. Que es Kaz Brekker.



Poco más de una hora después, Inej se coló en la habitación y le entregó una nota a Kaz. Estaba atardeciendo, y las ventanas de la suite estaban encendidas con una luz dorada como la mantequilla.

—¿Van a venir? —preguntó Nina.

Inej asintió con la cabeza.

—Le di tu carta al guardia de la puerta, y eso funcionó. Me llevaron directamente ante dos miembros del Triunvirato.

—¿Con quién hablaste? —dijo Kaz.

—Genya Safin y Zoya Nazyalensky.

Wylan se inclinó hacia delante en su asiento.

—¿La Confeccionadora? ¿Está en la embajada?

Kaz alzó una ceja.

—Qué hecho tan interesante para olvidar mencionarlo, Nina.

—No era relevante en ese momento.

—¡Pues claro que es relevante! —replicó Wylan, enfadado. Jesper se sintió un tanto sorprendido. Al muchacho no parecía haberle importado llevar las facciones de Kuwei al principio. Casi había parecido agradecer la distancia que le daba eso respecto a su padre. Pero eso había sido antes de que fueran a Santa Hilde. Y antes de que Jesper besara a Kuwei.

Nina hizo una ligera mueca.

—Wylan, pensaba que ibas a venir a Ravka. Habrías conocido a Genya en cuanto subiéramos al barco.

—Todos sabemos dónde están las lealtades de Nina —dijo Kaz.

—No le hablé de Kuwei al Triunvirato.

Una débil sonrisa cruzó los labios de Kaz.

—Como he dicho. —Se giró hacia Inej—. ¿Has establecido nuestros términos?

—Sí, estarán en los baños del hotel dentro de una hora. Les dije que se aseguraran de que nadie los viera entrar.

—Esperemos que lo consigan —replicó Kaz.

—Pueden gobernar un país —señaló Nina—. Podrán cumplir unas instrucciones sencillas.

—¿Es seguro que estén en las calles? —preguntó Wylan.

—Probablemente sean las únicas Grisha que estén seguras en Ketterdam —dijo Kaz—. Incluso aunque los shu estén reuniendo valor para comenzar a cazar otra vez, no van a empezar por dos dignatarias ravkanas tan ilustres. Nina, ¿Genya tiene la habilidad para restaurar las facciones de Wylan?

—No lo sé —admitió ella—. La llaman la Primera Confeccionadora, y desde luego es la más dotada, pero sin *parem*...

No tenía que explicarlo. La *parem* era la única razón por la que Nina había logrado la milagrosa transformación de Wylan en Kuwei. Sin embargo, Genya Safin

era una leyenda. Todavía era posible cualquier cosa.

—Kaz —dijo Wylan, retorciéndose la parte baja de la camisa—, si está dispuesta a intentarlo...

Él asintió con la cabeza.

—Pero vas a tener que ser el doble de cuidadoso hasta la subasta. Tu padre no quiere que aparezcas para estropear su fraude con el Consejo Mercante y la *stadwatch*. Sería más inteligente que esperaras...

—No —replicó Wylan—. Estoy harto de ser otro.

Kaz se encogió de hombros, pero Jesper tuvo la sensación de que estaba consiguiendo justo lo que quería. Al menos en ese caso, era lo que Wylan también quería.

—¿No habrá huéspedes del hotel en los baños? —preguntó Jesper.

—He hecho que reservaran todo el lugar para el señor Rietveld —dijo Nina—. Es muy cohibido para desnudarse enfrente de los demás.

Jesper gruñó.

—Por favor, no hables de mi padre quitándose la ropa.

—Es por sus pies palmeados —respondió Nina—. Qué vergonzoso.

—Nina y Matthias se quedarán aquí —añadió Kaz.

—Yo debería estar ahí —protestó ella.

—¿Eres *ravkana* o miembro de esta banda?

—Soy las dos cosas.

—Exacto. Esta conversación ya va a ser lo bastante difícil sin que estéis Matthias y tú para enturbiarla.

Aunque discutieron durante un rato, al final Nina aceptó quedarse atrás solo si Inej iba en su lugar. Pero ella negó con la cabeza.

—Preferiría no hacerlo.

—¿Por qué? —preguntó Nina—. Alguien tiene que mantener a Kaz bajo control.

—¿Y crees que yo puedo hacerlo?

—Al menos deberíamos intentarlo.

—Yo te quiero, Nina, pero el gobierno *ravkana* no ha tratado muy bien a los *suli*. No estoy interesada en intercambiar cumplidos con sus líderes. —Jesper no se había llegado a plantear eso, y por la expresión afligida de Nina quedaba claro que ella tampoco. Inej le dio un fuerte abrazo—. Venga —dijo—. Vamos a pedirle a Colm que nos encargue algo decadente.

—Esa es tu respuesta para todo.

—¿Y te quejas? —preguntó Inej.

—Estoy señalando una de las razones por las que te adoro.

Fueron a buscar a Colm brazo con brazo, pero Nina se estaba mordiendo el labio inferior a causa de la preocupación. Tenía que estar acostumbrada a que Matthias criticara su país, pero Jesper creía que dolía más viniendo de Inej. Quiso decirle que

podías amar algo y ver sus fallos de todos modos. Al menos, esperaba que fuera cierto, o de lo contrario estaba fastidiado de verdad.

Mientras se dividían para preparar el encuentro con los ravkanos, Jesper siguió a Wylan por el pasillo.

—Hola. —Wylan siguió avanzando, así que Jesper corrió junto a él para cortar el camino y empezó a caminar hacia atrás—. Escucha, lo de Kuwei no va en serio. —Volvió a probar—. Vamos, que no hay nada con Kuwei.

—No me debes ninguna explicación. Fui yo el que os interrumpió.

—¡No es verdad! Kuwei estaba sentado al piano. Fue un error comprensible.

Wylan se detuvo en seco.

—¿Pensabas que era yo?

—¡Sí! —dijo Jesper—. ¿Ves? Tan solo fue un gran e...

Los ojos dorados de Wylan emitieron un destello.

—¿De verdad no puedes distinguirnos?

—Eh... Bueno, por lo general sí, pero...

—No nos parecemos en nada —replicó Wylan indignado—. ¡Ni siquiera es tan bueno con la ciencia! La mitad de sus cuadernos están llenos de dibujos. La mayoría son de ti, y tampoco son buenos siquiera.

—¿De verdad? ¿Dibujos de mí?

Wylan puso los ojos en blanco.

—Déjalo. Puedes besar a quien quieras, Jesper.

—Y eso hago. Tan a menudo como puedo.

—Entonces, ¿qué problema hay?

—Ninguno, tan solo quería darte esto. —Le puso un pequeño lienzo oval en la mano—. Lo cogí cuando estuvimos en Santa Hilde. Pensé que sería útil si Genya trataba de devolvete a tu viejo yo de mercadercillo.

Wylan miró fijamente el lienzo.

—¿Lo pintó mi madre?

—Estaba en esa habitación llena de sus cuadros.

Era pequeño, sin enmarcar, apropiado solo para una miniatura: un retrato de Wylan como un niño de unos ocho años. El muchacho curvó los dedos alrededor de los bordes de la pintura.

—Es como me recuerda. No tuvo ocasión de verme crecer. —Frunció el ceño—. Es muy viejo. No sé si será útil.

—Sigue siendo tú —señaló Jesper—. Los mismos rizos. El mismo hoyuelo de preocupación entre las cejas.

—¿Y te lo llevaste solo porque pensabas que podía ser útil?

—Te lo he dicho, me gusta tu estúpida cara.

Wylan agachó la cabeza y se metió el retrato en el bolsillo.

—Gracias.

—No es nada. —Jesper dudó—. Si vas a bajar a los baños, podría ir contigo. Si quieres.

El muchacho asintió de forma ansiosa.

—Me gustaría.

El buen humor de Jesper duró todo el camino hasta el ascensor, pero cuando se unieron a Kaz y descendieron hasta el tercer piso del hotel, empezó a ponerse de los nervios. Podrían estar dirigiéndose hacia una trampa, y Kaz no estaba precisamente en forma para luchar.

Alguna parte de Jesper esperaba que los ravkanos dijeran que no a aquel demente plan. Entonces el plan de Kaz quedaría frustrado, y aunque acabaran todos en la Puerta del Infierno o colgados de la horca, al menos su padre tendría la oportunidad de escapar sin sufrir daños. Colm había pasado horas con Nina y Kaz tratando de aprenderse su papel, ensayando diferentes escenarios, soportando sus infinitas preguntas e insistencias sin quejarse. Colm no era muy buen actor, y mentía tan bien como Jesper bailaba ballet. Pero Nina estaría con él; eso tendría que contar.

El ascensor se abrió y entraron en otro enorme pasillo púrpura y blanco. Siguieron el sonido del agua corriente hasta una sala con una gran piscina circular en el centro, rodeada por una columnata de arcos. A través de ellos, Jesper veía más piscinas y cascadas, bovedillas y nichos, y todas las superficies sólidas estaban decoradas con relucientes azulejos color añil. A eso sí que podía acostumbrarse: piscinas de agua vaporosa, fuentes que bailaban y burbujaban como los invitados de una fiesta, pilas de gruesas toallas y jabones de olores dulces. Un lugar como aquel debería estar en el Barril, donde podrían apreciarlo de verdad, y no en mitad del distrito financiero.

Les habían dicho que se encontrarían solo con dos miembros del Triunvirato, pero había tres personas junto a la piscina. Jesper sabía que la chica de un ojo con la *kefta* roja y azul debía de ser Genya Safin, y eso significaba que la preciosa chica con la espesa cascada de pelo color ébano era Zoya Nazyalensky. La acompañaba un hombre con cara de zorro en la veintena que llevaba una levita de un verde azulado, guantes de cuero marrón y una impresionante colección de revólveres zemeni colgados a las caderas. Si esa gente era lo que Ravka tenía que ofrecer, tal vez Jesper debería plantearse una visita.

—Le dijimos a los Grisha que vinieran solos —dijo Kaz.

—Me temo que eso no es posible —replicó el hombre—. Aunque Zoya es, por supuesto, una fuerza con la que tener cuidado, los extraordinarios dones de Genya no son muy aptos para un enfrentamiento físico. Yo, por otra parte, soy bastante apto para cualquier clase de enfrentamiento, aunque prefiero especialmente el físico.

Kaz entrecerró los ojos.

—Sturmhond.

—¡Me conoce! —dijo él con deleite. Le dio un golpecito a Genya con el hombro—. Te dije que era famoso.

Zoya soltó aire con exasperación.

—Gracias. Ahora va a estar el doble de insoportable.

—Sturmhond ha sido autorizado para negociar en nombre del trono de Ravka —explicó Genya.

—¿Un pirata? —preguntó Jesper.

—Corsario —lo corrigió Sturmhond—. No se puede esperar que el propio rey participe en una subasta como esta.

—¿Por qué no?

—Porque podría perder. Y queda muy mal cuando los reyes pierden.

Jesper no era capaz de creer que estuviera manteniendo una conversación con el mismísimo Sturmhond. El corsario era una leyenda. Había roto incontables asedios para los ravkanos, y se rumoreaba que...

—¿De verdad tienes un barco volador? —preguntó Jesper sin pensar.

—No.

—Ah.

—Tengo varios.

—Llévame contigo.

Kaz no parecía ni remotamente impresionado.

—¿El rey de Ravka te deja negociar por él en asuntos de estado? —inquirió con escepticismo.

—En ocasiones —respondió Sturmhond—. Sobre todo si hay involucrados personajes poco respetables. Tienes una gran reputación, Brekker.

—Igual que tú.

—Muy cierto. Así que digamos que los dos nos hemos ganado el derecho a que nuestros nombres aparezcan en los peores círculos. El rey no arrastrará a Ravka a uno de tus planes a ciegas. La nota de Nina aseguraba que tenías a Kuwei Yul-Bo en tu posesión. Quiero confirmación de ese hecho, y quiero los detalles de vuestro plan.

—De acuerdo —aceptó Kaz—. Hablemos en el solárium. Preferiría no llenarme el traje de sudor. —Cuando los demás fueron a seguirlos, Kaz se detuvo y miró hacia atrás—. Solo el corsario y yo.

Zoya se sacudió la gloriosa melena negra y dijo:

—Somos del Triunvirato. No aceptamos órdenes de ratas callejeras de Kerch con dudosos cortes de pelo.

—Puedo formularlo como una pregunta si así dejas de erizar las plumas.

—Serás insolente...

—Zoya —dijo Sturmhond—. No contrariemos a nuestros nuevos amigos antes de que tengan siquiera la oportunidad de engañarnos. Detrás de ti, Brekker.

—Kaz —intervino Wylan—. ¿Podrías...?

—Negocia por tu cuenta, mercadercillo. Ya es hora de que hayas aprendido.

Se desvaneció con Sturmhond en los pasillos. Mientras sus pisadas se desvanecían, cayó el silencio. Wylan se aclaró la garganta, y el sonido reverberó por



la habitación de azulejos azules como un potrillo suelto en un corral. La cara de Genya estaba desconcertada.

Zoya cruzó los brazos.

—¿Y bien?

—Señora... —empezó Wylan—. Señorita Genya...

Ella sonrió, y sus cicatrices le tiraron de la comisura de la boca.

—Oh, qué dulce es.

—Siempre acoges a los extraviados —replicó Zoya con amargura.

—Eres el chico al que Nina transformó para parecerse a Kuwei —dijo Genya—. ¿Y quieres que intente deshacer su trabajo?

—Sí —respondió él, y esa única palabra estaba empapada de todo un mundo de esperanza—. Pero no tengo nada que ofrecer.

Genya puso en blanco su ojo ambarino.

—¿Por qué los kerch están tan obsesionados con el dinero?

—Y lo dice la mujer con el país en bancarrota —murmuró Jesper.

—¿Qué has dicho? —ladró Zoya.

—Nada —respondió él—. Tan solo decía que Kerch es un país en bancarrota moral.

Zoya lo miró de arriba abajo, como si estuviera planteándose tirarlo a una piscina y hervirlo vivo.

—Si quieres malgastar tu tiempo y tu talento en estos desgraciados, siéntente libre. Los Santos saben que hay espacio para mejorar.

—Zoya...

—Voy a buscar una habitación oscura con una piscina profunda y tratar de limpiarme un poco de este país.

—No te ahogues —le gritó Genya mientras Zoya se marchaba contoneándose, y después añadió en tono conspirador—: A lo mejor lo hace solo para llevar la contraria. —Le lanzó una mirada a Wylan, evaluándolo—. Va a ser difícil. Si te hubiera conocido antes de los cambios...

—Toma —respondió Wylan, entusiasta—. Tengo un retrato. Es viejo, pero... —Ella tomó la miniatura—. Y esto —añadió el muchacho, ofreciéndole el cartel que su padre había creado prometiendo una recompensa por devolverlo a salvo.

—Hum... —dijo ella—. Busquemos una luz mejor.

Recorrieron las habitaciones, asomando la cabeza a salas llenas de baños de barro y baños de leche, y a una sauna hecha por completo de jade. Finalmente se quedaron en una fresca habitación blanca con una bañera llena de una arcilla de color extraño contra una pared, y ventanas que recorrían la otra.

—Buscad una silla —indicó Genya—, y traedme mi equipo de la zona principal de la piscina. Pesa. Lo encontraréis cerca de las toallas.

—¿Te has traído el equipo? —preguntó Wylan.

—Lo sugirió la chica suli —respondió Genya, haciéndolos marchar para seguir sus órdenes.

—Es tan mandona como Zoya —gruñó Jesper mientras él y Wylan obedecían.

—¡Pero con mejor oído! —gritó la Grisha tras ellos.

Jesper cogió la caja junto a la piscina principal. Era como un armario pequeño, y sus puertas dobles estaban cerradas con un elaborado broche dorado. Cuando regresaron a la habitación de la arcilla, Genya le hizo un gesto a Wylan para que se sentara cerca de la ventana, donde la luz era mejor. Le puso los dedos bajo la barbilla y le movió la cara de un lado a otro.

Jesper dejó el equipo en el suelo.

—¿Qué estás buscando? —preguntó.

—Las costuras.

—¿Costuras?

—Por muy bueno que sea el trabajo de un Confeccionador, si miras con atención puedes ver las costuras, el lugar donde una cosa termina y empieza la otra. Estoy buscando señales de la estructura original. El retrato ayuda.

—No sé por qué estoy tan nervioso —dijo Wylan.

—¿Porque podría hacerlo mal y acabarías pareciendo una comadreja con rizos?

Genya levantó una ceja de color llameante.

—O tal vez un ratón de campo.

—No tiene gracia —replicó Wylan. Había cerrado las manos con tanta fuerza sobre su regazo que sus nudillos se habían convertido en estrellas blancas.

—De acuerdo —dijo Genya—. Puedo intentarlo, pero no prometo nada. El trabajo de Nina es casi perfecto. Por suerte, yo también lo soy.

Jesper sonrió.

—Me recuerdas a ella.

—Creo que quieres decir que ella te recuerda a mí.

Genya comenzó a sacar cosas de su equipo. Era mucho más elaborado que el que Jesper había visto usar a Nina. Había cápsulas de tintes, botes de polvos de colores, y filas de frascos de cristal llenos de lo que parecían geles transparentes.

—Son células —explicó—. Para un trabajo como este, tengo que trabajar con tejido humano.

—Eso no da asco ni nada —dijo Jesper.

—Podría ser peor. Una vez conocí a una mujer que se frotaba placenta de ballena en la cara con la esperanza de parecer más joven. Por no mencionar lo que hacía con la saliva de mono.

—El tejido humano suena maravilloso —se corrigió Jesper.

—Eso pensaba yo. —Se arremangó, y Jesper vio que las cicatrices de su cara también llegaban hasta sus brazos y sus manos. No podía imaginar qué clase de arma le habría retorcido el tejido de esa forma—. Me estás mirando —dijo sin devolverle la mirada.

Jesper dio un respingo, con las mejillas ardiendo.

—Lo siento.

—No pasa nada. A la gente le gusta mirar. Bueno, no siempre. Cuando me atacaron, nadie me miraba.

Jesper sabía que la habían torturado durante la guerra civil de Ravka, pero no era la clase de tema que se sacaba en una conversación educada.

—Ahora no sé adonde mirar —admitió.

—Donde quieras. Tan solo quédate en silencio para que no convierta a este chico en un desastre horrible. —Se rio ante la expresión de terror de Wylan—. Es broma, pero quédate quieto. Este trabajo es lento, así que tendrás que ser paciente.

Tenía razón. El trabajo era tan lento que Jesper no estaba seguro de que estuviera ocurriendo nada. Genya le ponía las puntas de los dedos bajo los ojos o sobre los párpados, y después se apartaba y examinaba lo que había hecho, que por lo que podía ver Jesper no era nada. Entonces tomaba una de las botellas o los frascos de cristal, se echaba algo en las puntas de los dedos, volvía a tocar la cara de Wylan y se apartaba. La atención de Jesper se desvió. Recorrió la habitación en círculo, metió un dedo en la arcilla, se arrepintió y fue a buscar una toalla. Pero cuando miró a Wylan con un poco más de distancia, se dio cuenta de que algo había cambiado.

—¡Está funcionando! —exclamó.

Genya le lanzó una mirada fría.

—Pues claro que sí.

De forma periódica, la Confeccionadora paraba, se estiraba y le daba un espejo a Wylan para que pudiera indicarle lo que estaba bien o mal. Una hora después, sus iris habían pasado del dorado al azul, y la forma de sus ojos también había cambiado.

—Su frente debería ser más estrecha —indicó Jesper, mirando sobre el hombro de Genya—. Solo un poco. Y sus pestañas eran más largas.

—No sabía que estuvieras prestando atención —murmuró Wylan.

Jesper sonrió.

—Estaba prestando atención.

—Ah, bien, se está ruborizando —dijo Genya—. Es excelente para la circulación.

—¿Entrenáis Hacedores en el Pequeño Palacio? —preguntó Wylan. Jesper frunció el ceño. ¿Por qué tenía que sacar ese tema?

—Pues claro. Hay una escuela en los terrenos del palacio.

—¿Y si un estudiante es mayor? —preguntó el muchacho, todavía presionando.

—Puede enseñarse a un Grisha a cualquier edad —respondió ella—. Alina Starkov no descubrió sus poderes hasta los diecisiete años, y... y era una de las Grisha más poderosas que han vivido jamás. —Genya presionó la fosa nasal izquierda de Wylan—. Es más fácil cuando eres joven, pero como con todo. Los niños aprenden idiomas con más facilidad. Aprenden matemáticas con más facilidad.

—Y no tienen miedo —señaló Wylan en voz baja—. Son los demás los que les enseñan sus límites. —Sus ojos se encontraron con los de Jesper sobre el hombro de

Genya y, como si lo estuviera desafiando tanto a él como a sí mismo, dijo—: Yo no sé leer.

Su piel se llenó de manchas rojas al instante, pero su voz era firme. Genya se encogió de hombros y dijo:

—Eso es porque nadie se tomó el tiempo para enseñarte. Muchos de los campesinos de Ravka no saben leer.

—Mucha gente se tomó el tiempo para enseñarme. Y probaron muchas estrategias. Tuve todas las oportunidades, pero es algo que no puedo hacer.

Jesper podía ver la ansiedad en su cara, lo que le costaba pronunciar esas palabras. Le hacía sentir como un cobarde.

—Parece que no te va mal —replicó Genya—. A pesar de tus asociaciones con ladrones callejeros y pistoleros.

Wylan levantó las cejas y Jesper supo que lo estaba retando a hablar, pero permaneció en silencio. *No es un don. Es una maldición.* Volvió a caminar hacia la ventana, sintiéndose de pronto muy interesado en las calles de abajo. *Eso es lo que mató a tu madre, ¿lo entiendes?*

Genya alternaba entre trabajar y dejar que Wylan se mirara al espejo para guiarla con las alteraciones y los cambios. Jesper los observó durante un rato, fue arriba a ver cómo estaba su padre, y después fue a por un té para Genya y un café para Wylan. Cuando regresó a la habitación de la arcilla, casi se le cayeron las tazas.

Wylan estaba sentado bajo las últimas luces de la tarde, el verdadero Wylan, el chico que había visto por primera vez en la curtiduría, el príncipe perdido que había despertado en la historia equivocada.

—¿Y bien? —preguntó Genya.

Wylan jugueteó nerviosamente con los botones de su camisa.

—Es él —respondió Jesper—. Este es nuestro joven mercadercillo fugitivo.

Genya se estiró y dijo:

—Bien, porque si tengo que pasar otro minuto oliendo esa arcilla, voy a volverme loca. —Estaba claro que se sentía cansada, pero tenía la cara iluminada y el ojo ambarino le centelleaba. Ese era el aspecto que tenían los Grisha cuando usaban su poder—. Sería mejor revisar de nuevo el trabajo por la mañana, pero tengo que volver a la embajada. Y mañana, bueno...

Se encogió de hombros. Al día siguiente anunciarían la subasta y todo cambiaría.

Wylan le dio las gracias y después siguió haciéndolo hasta que ella los empujó físicamente por la puerta para poder ir a buscar a Zoya. Jesper y Wylan tomaron en silencio el ascensor hasta la suite. Jesper echó un vistazo a la habitación principal y vio a su padre dormido sobre las mantas, con el pecho retumbando a causa de los profundos ronquidos. Había un montón de papeles desperdigados sobre la cama junto a él. Jesper los ordenó en una pila: precios de la *jurda*, un listado de superficies de granja al exterior de las ciudades en Novyi Zem.

*No tienes por qué limpiar lo que ensuciamos, pa.*

*Alguien tiene que hacerlo.*

Cuando volvió al salón, Wylan estaba encendiendo las lámparas.

—¿Tienes hambre?

—Muchísima —respondió Jesper—. Pero pa está dormido, no creo que podamos llamar para pedir comida. —Inclinó la cabeza hacia un lado para mirar a Wylan—. ¿Has hecho que Genya te vuelva más guapo?

Wylan se puso colorado.

—A lo mejor has olvidado lo guapo que soy. —Jesper levantó una ceja—. Vale, a lo mejor un poco.

Se unió a Jesper junto a la ventana que daba a la ciudad. Estaba cayendo el crepúsculo, y las farolas se habían encendido de forma ordenada junto a los bordes de los canales. Las patrullas de la *stadwatch* eran visibles recorriendo las calles, y los Staves volvían a estar encendidos con color y sonido. ¿Cuánto tiempo seguirían a salvo ahí? Jesper se preguntó si los Kherguud estarían buscando a los Grisha por la ciudad, investigando las casas donde estaban contratados. Los soldados shu podrían estar rodeando la embajada en ese mismo instante. O incluso el hotel. ¿Podrían oler a un Grisha a quince pisos de altura?

De forma periódica, veían los estallidos de los fuegos artificiales sobre los Staves. A Jesper no le sorprendía; comprendía el Barril. Siempre estaba sediento de algo más: dinero, caos, violencia, lujuria. Era insaciable, y Pekka Rollins había ofrecido a Kaz y al resto del grupo como festín.

—Sé lo que estabas haciendo antes —dijo Jesper—. No tenías que decirle que no sabes leer.

Wylan se sacó la miniatura de sí mismo del bolsillo y la dejó sobre la mesita auxiliar. Los serios ojos azules del joven Wylan les devolvieron la mirada.

—¿Sabes que Kaz fue la primera persona a la que le conté lo de... mi condición?

—De entre toda la gente.

—Lo sé. Me sentía como si fuera a ahogarme con las palabras. Tenía mucho miedo de que se burlara de mí, o de que se riera. Pero no hizo nada de eso. Contárselo a Kaz, enfrentarme a mi padre, liberó algo dentro de mí. Y cada vez que se lo digo a alguien nuevo, me siento más libre.

Jesper observó un barco desapareciendo bajo el Zentsbridge. Estaba casi vacío.

—A mí no me avergüenza ser Grisha —dijo. Wylan pasó el pulgar por el borde de la miniatura. No estaba diciendo nada, pero Jesper notaba que quería hacerlo—. Adelante. Sea lo que sea lo que estés pensando, dilo.

Wylan levantó la mirada hasta él. Sus ojos eran del azul claro y puro que Jesper recordaba: el lago de una montaña alta, un infinito cielo zemeni. Genya había hecho bien su trabajo.

—Es que no lo entiendo. Me he pasado toda la vida escondiendo las cosas que no puedo hacer. ¿Por qué huir de las cosas increíbles que *puedes* hacer?

Jesper se encogió de hombros, irritado. Había estado enfadado con su padre por casi lo mismo que estaba describiendo Wylan, pero ahora se sentía a la defensiva. Aquellas eran sus elecciones, buenas o malas, y las había tomado hacía mucho.

—Sé lo que soy, lo que se me da bien, lo que puedo y no puedo hacer. Es solo que... soy lo que soy. Un gran pistolero, un mal jugador. ¿Por qué no puede ser eso suficiente?

—¿Para mí? ¿O para ti?

—No te pongas filosófico conmigo, mercadercillo.

—Jes, he pensado en ti...

—¿Has pensado en mí? ¿Por la noche? ¿Qué llevaba puesto?

—He pensado en tus *poderes* —dijo Wylan, con las mejillas ardiendo—. ¿Alguna vez se te ha ocurrido que tu habilidad Grisha podría ser parte de la razón por la que eres tan buen tirador?

—Wylan, eres mono, pero estás como una cabra.

—A lo mejor. Pero te he visto manipulando el metal. Te he visto dirigirlo. ¿Y si no fallas porque también diriges las balas?

Jesper negó con la cabeza. Aquello era ridículo. Era buen tirador porque se había criado en la frontera, porque entendía las armas, porque su madre le había enseñado a estabilizar la mano, aclararse la mente y sentir el objetivo tanto como verlo. Su madre. Una Hacedora. Una Grisha, aunque ella nunca utilizara esa palabra. *No. No es así como funciona.* Pero ¿y si era así?

Se sacudió ese pensamiento, sintiendo que la necesidad de moverse ardía sobre su piel.

—¿Por qué tienes que decir esas cosas? ¿Por qué no puedes dejar que las cosas sean fáciles y ya?

—Porque no son fáciles —dijo Wylan a su manera simple y seria. Nadie del Barril hablaba así—. No dejas de fingir que todo está bien. Avanzas hasta la siguiente pelea o la siguiente fiesta. ¿Qué te da miedo que pase si te paras?

Jesper volvió a encogerse de hombros. Se ajustó los botones de la camisa y se tocó los revólveres con los pulgares. Cuando se sentía así, enfadado y disperso, era como si sus manos tuvieran vida propia. Le picaba todo el cuerpo. Necesitaba salir de la habitación.

Wylan le puso una mano sobre el hombro.

—Para. —Jesper no sabía si quería apartarse o acercarlo más a él—. En serio, para. Respira. —La mirada de Wylan era firme, y Jesper no podía apartar la vista de ese azul claro como el agua. Se obligó a quedarse inmóvil, inhaló y exhaló—. Otra vez —dijo Wylan, y cuando Jesper abrió la boca para tomar aire de nuevo, el muchacho se inclinó hacia delante y lo besó.

La mente de Jesper se vació. No estaba pensando en lo que había ocurrido antes, o lo que podría pasar después. Tan solo estaba la realidad de la boca de Wylan, la presión de sus labios, y después los finos huesos de su cuello, la sensación sedosa de

sus rizos mientras Jesper le ponía la mano en la nuca para acercarlo más. Aquel era el beso que había estado esperando. Era un disparo. Era un fuego en una pradera. Era el giro de la Rueda de Makker. Jesper sentía el latido de su corazón... ¿o era el de Wylan?, como una estampida en su pecho, y el único pensamiento en su cabeza era un feliz y sobresaltado «oh».

Lenta e inevitablemente, se separaron.

—Wylan —dijo Jesper, mirando el amplio cielo azul de sus ojos—. De verdad espero que no muramos.



ina se sintió furiosa al descubrir que Genya había transformado no solo a Wylan, sino también a Kaz, y ella no había podido observar.

Kaz había dejado que la Confeccionadora le arreglara la nariz, redujera la hinchazón de su ojo de modo que pudiera ver de verdad, y se encargara de los peores daños que había sufrido en su cuerpo. Pero eso era todo lo que le había permitido.

—¿Por qué? —preguntó Nina—. Podría haber...

—No sabía cuándo parar —replicó Kaz.

Niño tuvo la repentina sospecha de que Genya se había ofrecido a curarle la pierna mala.

—Bueno, pareces la peor clase de rufián del Barril —se quejó Nina—. Al menos tenías que haberle permitido que te quitara el resto de los moratones.

—Soy la peor clase de rufián del Barril. Y si no tengo aspecto de haber derrotado a diez de los mejores matones que Per Haskell podía ofrecer, entonces nadie va a creer que lo he hecho. Y ahora, vamos a trabajar. No puedes hacer una fiesta si nadie recibe la invitación.

Nina no tenía muchas ganas de esa fiesta en particular, pero a la mañana siguiente el anuncio apareció en todos los periódicos de la ciudad, clavado a las columnas de las entradas oriental y occidental del Intercambio, y pegado a la puerta delantera de la Stadhall.

Era un anuncio simple:

*Kuwei Yul-Bo, hijo de Bo Yul-Bayur, Químico Jefe de Bhe Ju, brinda sus servicios y ofrecerá su contrato como dictan el mercado y la mano de Ghezen. Aquellos dispuestos a pujar están invitados a participar en una subasta libre y justa de*



*acuerdo con las leyes de Kerch, el gobierno del Consejo Mercante y la supervisión del Consejo de Mareas en la Iglesia del Trueque dentro de cuatro días. Las partes asistirán al mediodía. Sagrado es Ghezen y en el comercio vemos Su mano.*

La ciudad ya había estado alborotada por los toques de queda, las barricadas y los bloqueos. Ahora los rumores corrían por las cafeterías y las tabernas, cambiando y tomando nueva fuerza desde los salones de la Geldstraat hasta los suburbios del Barril. Según las nuevas tropas de los Despojos de Kaz, la gente estaba deseosa de cualquier clase de información sobre el misterioso Kuwei Yul-Bo, y su subasta ya estaba conectándose al extraño ataque en el Stave Occidental que casi había derribado dos casas del placer y había dejado a su paso testimonios sobre hombres voladores. Inej se apostó junto a la Embajada Shu y regresó con noticias de que los mensajeros habían estado yendo y viniendo toda la mañana, y de que había visto al mismísimo embajador corriendo hacia el muelle para exigir que el Consejo de Mareas liberara uno de sus barcos atascados.

—Quiere traer un Hacedor para poder crear oro —comprendió Jesper.

—Qué pena que los puertos estén cerrados —replicó Kaz.

Las puertas de la Stadhall estaban cerradas al público, y se decía que el Consejo Mercante estaba en una reunión de emergencia para decidir si aprobarían la subasta. Aquella era la prueba: ¿apoyarían las leyes de la ciudad o, dado lo que al menos sospechaban sobre Kuwei, titubearían y buscarían alguna forma de negarles los derechos?

En la parte superior de la torre del reloj, Nina esperó con los demás, observando la entrada oriental del Intercambio. Al mediodía, un hombre vestido del negro de un mercader se acercó al arco con un fajo de documentos. Una horda de gente corrió hacia él y le quitó los folletos de las manos.

—Pobrecito Karl Dryden —dijo Kaz. Al parecer, era el miembro más joven del Consejo, así que le había tocado a él ese trabajo.

Momentos después, Inej irrumpió por la puerta de la suite aferrando un folleto. Increíble. Nina había estado mirando directamente a la multitud alrededor de Dryden y no había visto señal alguna de ella.

—Están validando la subasta —explicó, y le entregó el papel a Kaz, que se lo pasó al resto del grupo.

Lo único que decía era: *De acuerdo con las leyes de Kerch, el Consejo Mercante de Ketterdam accede a actuar como representante de Kuwei Yul-Bo en la subasta legal de su contrato. Sagrado es Ghezen y en el comercio vemos Su mano.*

Jesper soltó un largo suspiro y miró a su padre, examinando diligentemente los informes de los productos y el guión que Nina y Kaz le habían preparado.

—Qué suerte que han dicho que sí.

Inej le puso una mano en el brazo.

—No es demasiado tarde para cambiar de rumbo.

—Sí que lo es —replicó Jesper—. Hace mucho tiempo que ya es demasiado tarde.

Nina no dijo nada. Le caía bien Colm, y Jesper le importaba. Pero aquella subasta era la mejor opción que tenían de mandar a Kuwei a Ravka y salvar vidas Grisha.

—Los mercaderes son blancos perfectos —dijo Kaz—. Son ricos y son listos. Eso los hace fáciles de embaucar.

—¿Por qué? —preguntó Wylan.

—Los hombres ricos quieren creer que se merecen cada penique que tienen, así que se olvidan de lo que le deben a la suerte. Los hombres listos siempre están buscando agujeros. Quieren una oportunidad para cambiar el juego.

—Entonces, ¿cuál es el objetivo más difícil de engañar? —inquirió Nina.

—El objetivo más difícil es uno honesto —explicó Kaz—. Por suerte, de esos hay pocos. —Dio unos golpecitos en el cristal del reloj e hizo un gesto hacia Karl Dryden, que seguía de pie en el Intercambio, abanicándose con su sombrero ahora que la multitud había desaparecido—. Dryden heredó su fortuna de su padre. Desde entonces, ha sido un inversor demasiado cauto para aumentar sustancialmente su riqueza. Está desesperado por una oportunidad de probarse ante los demás miembros del Consejo Mercante. Nosotros vamos a dársela.

—¿Qué más sabemos sobre él? —preguntó Nina.

Kaz casi sonrió.

—Sabemos que está representado por nuestro buen amigo y amante de los perros Cornelis Smeet.



De su vigilancia anterior del despacho de Cornelis Smeet, sabían que el abogado tenía recaderos llevando documentos de un lado a otro a sus clientes durante todo el día, reuniendo las firmas necesarias y dando información importante. Los mensajeros estaban demasiado bien pagados para plantearse sobornarlos; sobre todo si alguno de ellos resultaba estar entre esos pocos y temidos hombres honestos.

Y en cierto sentido, tenían que dar las gracias a Van Eck por la facilidad con la que Kaz preparó la trampa. Vestidos con uniformes de la *stadwatch*, Anika y Pim detuvieron a los mensajeros de Smeet con impunidad, exigiendo ver su identificación mientras investigaban sus bolsas. Los documentos del interior eran confidenciales y estaban sellados, pero no buscaban los documentos. Tan solo necesitaban dejar algunas migajas para seducir al joven Karl Dryden.

—A veces —dijo Kaz—, un buen ladrón no solo roba. También deja algo atrás.

Trabajando con Specht, Wylan había creado un sello que podían presionar sobre la parte posterior de un sobre. Daba la impresión de que el sobre había absorbido la tinta de otro documento, como si algún trabajador irreflexivo hubiera dejado los papeles en algún lugar húmedo. Cuando los mensajeros entregaran los archivos de

Dryden, si era algo curioso, al menos miraría las palabras que parecían haberse filtrado hasta sus papeles. Y entonces encontraría algo muy interesante: una carta de otro de los clientes de Smeet. El nombre era ilegible, pero la carta era claramente una consulta: ¿tenía Smeet algún conocimiento sobre un granjero llamado Johannus Rietveld, cabeza de una sociedad mercantil de cultivadores de *jurda kerch* y *zemeni*? Estaba aceptando reuniones en el Hotel Geldrenner solo con inversores selectos. ¿Sería posible una presentación?

Antes del anuncio de la subasta de Kuwei, la información solo habría tenido cierto interés. Pero después, era la clase de pista que podría lograr fortunas.

Incluso después de preparar la trampa con la carta falsa, Kaz hizo que Colm comiera en el espléndido comedor púrpura del Geldrenner con varios miembros de la comunidad mercante y bancada de Kerch. Colm siempre se sentaba a buena distancia de cualquier otro cliente, hacía pedidos extravagantes y hablaba con sus invitados en voz baja. El contenido de sus conversaciones era completamente inocuo, charlas sobre informes de cosechas y tasas de interés, pero nadie del comedor lo sabía. Todo se hacía a plena vista del personal del hotel, de modo que cuando los miembros del Consejo Mercante acudieran a preguntar dónde pasaba su tiempo el señor Rietveld, ellos les darían las respuestas que Kaz quería.

Nina estaba presente en todas esas reuniones, interpretando el papel de la ayudante políglota del señor Rietveld, una Mortificadora Grisha que buscaba trabajo tras la destrucción de la Casa de la Rosa Blanca. A pesar de haberse aplicado extracto de café para confundir los sentidos de los Kherguud, se sentía expuesta ahí sentada a plena vista en el comedor. Kaz tenía miembros de los Despojos observando constantemente las calles alrededor del hotel en busca de señales de los soldados shu. Nadie había olvidado que estaban cazando a los Grisha, y que Nina podría ser un objetivo muy atractivo si descubrían lo de las reuniones. Obtener a una Mortificadora a la que pudieran dar una dosis de *parem* significaría que podrían alterar de forma radical el rumbo de la subasta y que mereciera la pena contrariar al Consejo de Mareas. Sin embargo, Nina se sentía muy confiada de que los mercaderes que habían descubierto la presencia de Rietveld en el hotel guardarían silencio. Kaz le había enseñado bien sobre el poder de la codicia, y aquellos hombres querían todos los beneficios para sí mismos.

Nina también apreciaba la atención que Kaz había prestado a la apariencia de Colm. Seguía vestido de granjero, pero Kaz había hecho algunas mejoras sutiles: una chaqueta más elegante, botas pulidas, una aguja de corbata de plata con un pequeño trozo de amatista en bruto. Aquellas eran las señales de prosperidad en las que los mercaderes se fijarían y apreciarían... nada demasiado llamativo u ostentoso, nada que pudiera provocar sospechas. Los mercaderes eran como la mayoría de los hombres; querían creer que eran ellos quienes hacían el cortejo.

En cuanto a Nina, Genya le había ofrecido una gloriosa *kefta* roja de su colección y habían alterado los bordados de azul a negro. Ella y Genya no eran de la misma

talla, pero habían logrado sacar las costuras y coser algunos paneles más. Había sido extraño volver a llevar una *kefta* de verdad después de tanto tiempo. La que Nina había llevado en la Casa de la Rosa Blanca había sido un disfraz, algo barato para impresionar a la clientela. Aquella era auténtica, de las que llevaban los soldados del Segundo Ejército, hecha de seda pura teñida con un rojo que solo un Hacedor podía crear. ¿Tenía siquiera el derecho a llevar algo así?

Cuando Matthias la había visto, se había quedado paralizado en la puerta de la suite, con los ojos azules aturdidos. Se quedaron ahí en silencio hasta que finalmente dijo:

—Estás muy guapa.

—Querrás decir que parezco el enemigo.

—Ambas cosas son ciertas.

Después, simplemente le había ofrecido el brazo.

Nina había estado nerviosa porque Colm interpretara el papel principal de aquella pantomima. Sin duda era un principiante, y durante sus primeras reuniones con banqueros y consultores había parecido casi tan verdoso como su sopa de guisantes. Pero con cada hora que pasaba, su confianza había aumentado, y Nina había comenzado a sentir que su esperanza crecía.

Y aun así, ningún miembro del Consejo Mercante había acudido a ver a Johannus Rietveld. Tal vez Dryden no había visto el rastro del documento falso, o había decidido no actuar en consecuencia. O tal vez Kaz había sobrestimado su codicia.

Entonces, tan solo cuarenta y ocho horas antes de la subasta, Johannus Rietveld recibió una nota de Karl Dryden anunciando que quería reunirse con él ese día, con la esperanza de debatir asuntos de negocios que resultaran provechosos para ambos. Jesper trató de calmar los nervios de su padre mientras Kaz enviaba instrucciones a Anika y Pim. Si querían pescar a Dryden, tenían que asegurarse de que otros peces más grandes estuvieran interesados en el cebo. Nina y Colm habían tenido sus reuniones de la mañana en el comedor, tal como era habitual, y ella había hecho lo que había podido por calmarlo.

A las once campanadas, vio a dos hombres con el negro formal de los mercaderes entrando en el comedor. No se detuvieron a preguntar dónde se encontraba Johannus Rietveld, sino que fueron directamente hacia su mesa: señal clara de que habían estado observándolo y reuniendo información.

—Aquí están —le susurró a Colm, y después se arrepintió al instante cuando él se puso más recto y comenzó a darse la vuelta en su asiento. Nina le sujetó la mano—. Mírame. Pregúntame por el tiempo.

—¿Por qué el tiempo? —dijo él, con unas gotas de sudor apareciendo en su frente.

—Bueno, podrías preguntarme por la última moda en calzado si lo prefieres. Tan solo estoy tratando de hacer que actúes con naturalidad.

Estaba intentando calmar su propio ritmo cardíaco, algo que solía ser capaz de hacer sin intentos ridículos de respirar de forma profunda, porque había reconocido al hombre con Dryden. Era Jan Van Eck.

Los hombres se acercaron a la mesa y se quitaron los sombreros.

—¿Señor Rietveld?

—¿Sí? —respondió él con voz chirriante. No era un comienzo muy afortunado. Nina le dio la patada más suave que pudo lograr por debajo de la mesa. Él tosió—. ¿Qué desean, caballeros?

Durante las preparaciones, Kaz había insistido en que Nina se aprendiera todos los colores y símbolos de las casas del Consejo Mercante. Reconoció las agujas de las corbatas: una espiga de trigo dorada atada con un lazo de esmalte azul para la familia Dryden, y el laurel rojo para Van Eck. Incluso sin la aguja, habría reconocido el parecido de este con Wylan. Observó calvicie incipiente. El pobre Wylan tal vez tuviera que invertir en un buen tónico.

Dryden se aclaró la garganta, dándose importancia.

—Soy Karl Dryden, y este es mi estimado Jan Van Eck.

—¡Señor Dryden! —dijo Colm, cuya sorpresa fue un poco exagerada—. He recibido su nota. Por desgracia, tengo todo el día completo.

—Me preguntaba si podríamos tener tan solo unos minutos de conversación.

—No deseamos malgastar su tiempo, señor Rietveld —aseguró Van Eck con una sonrisa sorprendentemente encantadora—. Ni el nuestro.

—Muy bien —asintió el padre de Jesper, proyectando reticencia de forma bastante convincente—. Por favor, sentaos.

—Gracias —respondió Van Eck con otra sonrisa—. Tenemos entendido que representa una sociedad mercantil de granjeros de *jurda*.

Colm miró a su alrededor, como si le preocupara que alguien pudiera oírlos.

—Es posible. ¿Cómo han obtenido esta información?

—Me temo que no está dentro de mi poder revelarlo.

—Está escondiendo algo —intervino Nina.

Dryden y Van Eck fruncieron el ceño al unísono.

—Lo supe del capitán del barco en el que viajaba —dijo Van Eck.

—Está mintiendo —replicó Nina.

—¿Cómo puedes saber eso? —preguntó Dryden, irritado.

—Soy Grisha —respondió ella con un gesto dramático—. No hay secreto que se me resista.

Ya que estaba, podría disfrutar.

El labio inferior de Dryden desapareció mientras se lo mordía con nerviosismo, y entonces Van Eck dijo a regañadientes:

—Es posible que cierta información delicada llegara a nuestras manos a través del despacho de Cornelis Smeet.

—Ya veo —dijo Colm, con aspecto bastante adusto.

Nina quería aplaudir. Ahora los mercaderes estaban a la defensiva.

—Estábamos interesados en la posibilidad de sumarnos a su lista de inversores — explicó Van Eck.

—No necesito más inversores.

—¿Cómo puede ser? —preguntó Dryden—. Lleva menos de una semana en la ciudad.

—El clima ha cambiado de algún modo. No lo entiendo del todo, pero ha habido una buena racha con la *jurda*.

Van Eck se inclinó hacia delante, con los ojos ligeramente entrecerrados.

—Eso sí que es interesante, señor Rietveld. ¿Cómo es que ha aparecido en Ketterdam en un momento tan fortuito? ¿Por qué escoger este momento para iniciar una sociedad mercantil de *jurda*?

Quedaba claro que estaba a la defensiva, pero Kaz había preparado a Colm para aquello.

—Si desea saberlo, hace unos meses alguien comenzó a comprar granjas de *jurda* en los alrededores de Cofton, pero nadie pudo descubrir su identidad. Algunos nos dimos cuenta de que se estaba cocinando algo, así que decidimos no venderle y comenzar nuestra propia empresa.

—¿Un comprador desconocido? —preguntó Dryden con curiosidad. Van Eck parecía un tanto enfermo.

—Sí —dijo Nina—. El señor Rietveld y sus compañeros no lograron descubrir quién podía ser. Pero tal vez ustedes tengan más suerte, caballeros. Se rumorea que es de Kerch.

Van Eck se hundió en su asiento. Su piel pálida se había cubierto de una capa húmeda. El poder de la mesa había cambiado otra vez. Lo último que quería era que nadie investigara sobre quién había estado comprando esos campos de *jurda*. Nina le dio otro golpecito suave a Colm. Cuanto menos interesados parecieran en el dinero del Consejo, más deseosos estarían sus miembros de dárselo.

—En realidad —continuó Colm—, si lo descubren tal vez puedan unirse a él. Puede que todavía esté buscando inversores.

—No —respondió Van Eck, con más brusquedad de la cuenta—. Después de todo, ustedes están aquí ahora y pueden representar nuestros intereses. ¿Por qué desperdiciar tiempo y esfuerzo en jugar a los detectives? Todo hombre tiene derecho a buscar beneficios donde pueda encontrarlos.

—En cualquier caso —dijo Dryden—, es posible que este inversor sepa algo sobre la situación con los shu...

Van Eck le lanzó una mirada de advertencia; estaba claro que no quería airear los asuntos del Consejo tan alegremente. El joven mercader cerró la boca de golpe.

Pero entonces, Van Eck unió los dedos y dijo:

—Desde luego, merece la pena reunir toda la información que podamos. Me encargaré personalmente de investigar a este otro comprador.

—Entonces, a lo mejor no tenemos que movernos tan pronto —sugirió Dryden.

*Sí que es cauto*, pensó Nina. Vio la señal de Anika desde el otro lado del vestíbulo.

—Señor Rietveld, su próxima cita.

Lanzó una significativa mirada al vestíbulo, donde Rotty (que estaba maravillosamente elegante con el negro de un mercader) lideraba a un grupo de hombres por la entrada hasta el comedor.

Van Eck y Dryden intercambiaron una mirada al ver a Jellen Radmakker, uno de los inversores más acaudalados de Kerch, atravesando el vestíbulo. De hecho, en cuanto la nota de Dryden llegó solicitando una reunión, varios inversores fueron invitados a una presentación de aceites zemeni que no tenían nada que ver con el ficticio Johannus Rietveld. Por supuesto, Van Eck y Dryden no sabían eso. Lo importante era que creyeran que podían perder su oportunidad para invertir. A Nina casi le daba pena no poder escuchar a Jesper hablar durante una hora sobre el mercado de los recursos.

Le dio otra patada a Colm por debajo de la mesa.

—Bueno —se apresuró a decir él—. Debo marcharme, caballeros. Ha sido un placer...

—¿Cuál es el precio de la inversión? —preguntó Dryden.

—Me temo que siendo tan tarde, no puedo aceptar más...

—¿Y si lo hacemos juntos? —sugirió Van Eck.

—¿Juntos?

—El Consejo Mercante cree que los precios de la *jurda* podrían cambiar pronto. Hasta hace poco, teníamos las manos atadas por nuestros papeles como funcionarios públicos. Pero la inminente subasta nos ha liberado para buscar nuevas inversiones.

—¿Eso es legal? —preguntó Colm, con el ceño fruncido aparentando una gran preocupación.

—Por supuesto. Tenemos prohibido influenciar el resultado de la subasta, pero una inversión en su fondo está dentro de la ley y podría beneficiar a ambas partes.

—Veo cómo mi fondo les podría beneficiar, pero...

—Ha estado hablando con inversores separados. ¿Y si el Consejo Mercante se convirtiera en su inversor principal? ¿Y si este fuera exclusivamente nuestro fondo? El Consejo representa a trece de las familias más antiguas y poderosas de Kerch, con negocios de éxito y abundante capital. Los granjeros de su sociedad mercantil no podrían tener mejores compañeros.

—No... no lo sé —dijo Colm—. Desde luego, es atractivo, pero necesitaría seguridad si fuéramos a exponernos a un riesgo así. Si el Consejo se echara atrás, perderíamos a todos los inversores a la vez.

Dryden se erizó.

—Ningún miembro del Consejo Mercante violaría un contrato. Lo firmaremos con nuestros propios sellos y con el juez que usted elija como testigo.

Nina casi podía ver los engranajes girando en la mente de Van Eck. Sin duda había habido granjeros que se negaron a vender en Novyi Zem. Ahora tenía la oportunidad de controlar no solo los campos de *jurda* que había comprado, sino también una buena parte de los que no había logrado adquirir. Nina se preguntó también si, dado el dinero que le estaba costando a la ciudad la búsqueda de su hijo, no sentiría presión por ofrecerle al Consejo una buena oportunidad.

—Denos cuarenta y ocho horas para... —comenzó Van Eck.

La expresión de Colm fue de disculpa.

—Me temo que debo terminar mis negocios aquí para mañana por la noche. Ya tengo el billete comprado.

—Los puertos están cerrados —señaló Van Eck—. No va a ir a ninguna parte.

El padre de Jesper le dirigió una fría y fulminante mirada gris que erizó el vello de los brazos de Nina.

—Me siento claramente amenazado, señor Van Eck, y eso no me gusta.

Por un momento, Van Eck le sostuvo la mirada. Después, su codicia lo superó.

—Veinticuatro horas, entonces —dijo.

Colm fingió dudar.

—Veinticuatro horas. Pero no puedo prometer nada. Debo hacer lo que sea mejor para la sociedad mercantil.

—Por supuesto —respondió Van Eck mientras se levantaban y se daban la mano—. Tan solo le pedimos que no tome ninguna decisión definitiva hasta que podamos hacer nuestra oferta para encargarnos del fondo. Creo que le resultará muy generosa.

Colm lanzó una mirada en la dirección a la que había ido Radmakker.

—Supongo que puedo hacerlo. Buen día, caballeros.

Mientras Nina se giraba para seguirlo por el comedor, Van Eck dijo:

—Señorita Zenik.

—¿Sí?

—He oído que ha trabajado para la Casa de la Rosa Blanca.

Sus labios se crisparon ligeramente, como si pronunciar siquiera el nombre de un burdel fuera libertinaje.

—Así es.

—He oído que la Mortificadora de allí trabaja en ocasiones con Kaz Brekker.

—He trabajado para Brekker antes —admitió Nina con tranquilidad. Lo mejor era ir por la ofensiva. Tomó las manos de Van Eck con las suyas, deleitada al ver cómo todo su cuerpo parecía retraerse—. Pero por favor, créame: si tuviera alguna idea de dónde se ha llevado a su hijo, se lo diría a las autoridades.

Van Eck se puso rígido. Estaba claro que no pretendía dirigir la conversación por ese camino.

—Yo... gracias.

—No puedo ni imaginar la angustia que debe de estar pasando. ¿Cómo ha podido Brekker echarle el guante al muchacho? —continuó Nina—. Pensaba que su



seguridad...

—Wylan no estaba en casa.

—¿No?

—Estaba estudiando música en Belendt.

—¿Y qué dicen sus profesores sobre el secuestro?

—Eh... —Van Eck miró a Dryden con intranquilidad—. También están desconcertados.

—¿Tal vez se unió a malas compañías?

—Tal vez.

—Espero que no se enfrentara a Kaz Brekker —dijo Nina con un estremecimiento.

—Wylan no se...

—Por supuesto que no —replicó Nina mientras se sacudía las muñecas de la *kefta* y se preparaba para salir del comedor—. Solo un estúpido lo haría.



az podía ver que Nina estaba cansada. Todos lo estaban.

Incluso él no había tenido más opción que descansar tras la pelea. Su cuerpo había dejado de escucharle. Había traspasado un límite invisible y simplemente se había bloqueado. No recordaba quedarse dormido. No soñó. Un momento estaba descansando en la habitación más pequeña de la suite, boca arriba, repasando los detalles del plan, y al siguiente estaba despertando en la oscuridad, con pánico, sin saber muy bien quién era ni cómo había llegado allí.

Cuando llevó la mano a la lámpara para subirla, sintió una aguda punzada de dolor. Había sido horrible soportar los débiles toques de Genya cuando se había ocupado de sus heridas, pero tal vez debería dejar que la Confeccionadora lo curara solo un poco más. Todavía tenía una larga noche por delante, y el plan de la subasta no se parecía a nada que hubiera intentado.

Durante su etapa con los Despojos, Kaz había visto y oído muchas cosas, pero su conversación con Sturmhond en el solárium lo superaba todo.

Habían hablado sobre los detalles de la subasta, lo que necesitarían de Genya, cómo había predicho Kaz que irían las pujas y con qué incrementos. Quería que Sturmhond entrara en el juego a los cincuenta millones, y sospechaba que los shu contraatacarían sumando diez millones o más. Kaz necesitaba saber que los ravkanos estaban comprometidos. En cuanto se anunciaba la subasta, tenía que seguir adelante. No podía haber ningún paso hacia atrás.

El corsario estaba receloso, presionando para saber cómo los habían contratado para el trabajo en la Corte de Hielo, además de cómo habían logrado encontrar y liberar a Kuwei. Kaz le dio suficiente información para convencerlo de que el

muchacho se trataba en realidad del hijo de Bo-Yul-Bayur, pero no tenía ninguna intención de divulgar la mecánica de sus planes ni los verdaderos talentos de su equipo. Por todo lo que él sabía, Sturmhond podría tener algo que él quisiera robar algún día.

Al fin, Sturmhond se enderezó las solapas de su levita de un verde azulado y dijo:

—Bueno, Brekker, es obvio que solo trabajas con medias verdades y mentiras abiertas, así que está claro que eres el hombre adecuado para este trabajo.

—Tan solo una cosa más —añadió Kaz, examinando la nariz rota del corsario y su pelo rojizo—. Antes de que unamos las manos para saltar juntos de un acantilado, quiero saber exactamente con quién me voy a tirar.

Sturmhond levantó una ceja.

—No hemos ido de viaje juntos ni intercambiado ropa, pero creo que nuestras presentaciones han sido lo bastante civilizadas.

—¿Quién eres en realidad, corsario?

—¿Es una pregunta existencial?

—Ningún ladrón de verdad habla como tú.

—Qué cerrado por tu parte.

—Sé cómo es el hijo de un rico, y no creo que un rey enviara a un corsario corriente a encargarse de asuntos tan delicados.

—Corriente —se burló Sturmhond—. ¿Tanto sabes de política?

—Sé de tratos. ¿Quién eres? Quiero la verdad, o mi equipo se va.

—¿Tan seguro estás de que eso es posible, Brekker? Ahora conozco tus planes. Estoy acompañado por dos de las Grisha más legendarias del mundo, y yo mismo tampoco soy malo en una pelea.

—Y yo soy la rata del canal que sacó a Kuwei Yul-Bo de la Corte de Hielo con vida. Tú verás si quieres jugártela.

Su equipo no tenía indumentaria ni títulos que rivalizaran con los ravkanos, pero Kaz sabía por quién apostaría si le quedara dinero.

Sturmhond unió las manos por detrás de su espalda, y Kaz vio un sutil cambio en su comportamiento. Sus ojos perdieron el brillo divertido y adoptaron un peso sorprendente. No era un corsario corriente en absoluto.

—Digamos —comenzó Sturmhond, con la mirada clavada en las calles de Ketterdam—, hipotéticamente, claro, que el rey de Ravka tiene redes de información que llegan hasta las profundidades de Kerch, Fjerda y Shu Han, y que sabe exactamente lo importante que podría ser Kuwei Yul-Bo para el futuro de su país. Digamos que ese rey no confiaría en nadie que no fuera él mismo para negociar esos asuntos, pero que también sabe lo peligroso que sería viajar usando su propio nombre cuando su país está en el caos, cuando no tiene heredero y la sucesión de los Lantsov no está asegurada de ninguna manera.

—Entonces, hipotéticamente —dijo Kaz—, podrían tratarle como Su Alteza.

—Y una variedad de nombres más coloridos. Hipotéticamente. —El corsario le lanzó una mirada evaluadora—. ¿Cómo has sabido que no era quien decía ser, Brekker?

Kaz se encogió de hombros.

—Hablas kerch como un nativo... un nativo rico. No como alguien que se juntara con marineros y ladrones callejeros.

El corsario se giró ligeramente, prestando toda su atención a Kaz. Su tranquilidad había desaparecido, y ahora parecía un hombre que podría dirigir ejércitos.

—Brekker —dijo—. ¿Kaz, si no te importa? Estoy en una posición vulnerable. Soy un rey que gobierna un país con las arcas vacías, enfrentándose a enemigos por todas partes. También hay fuerzas dentro de mi país que podrían aprovechar cualquier ausencia como una oportunidad para intentar su propio ascenso al poder.

—Entonces estás diciendo que serías un rehén excelente.

—Sospecho que el rescate por mí sería considerablemente inferior al precio que tiene Kuwei sobre su cabeza. En realidad, es un pequeño golpe para mi autoestima.

—No parece estar sufriendo —señaló Kaz.

—Sturmhond fue una creación de mi juventud, y su reputación todavía me es de utilidad. No puedo pujar por Kuwei Yul-Bo como el rey de Ravka. Espero que tu plan salga como piensas que lo hará, pero si no es así la pérdida de un botín como ese sería vista como una humillante equivocación, diplomática y estratégicamente. Entraré en la subasta como Sturmhond o no lo haré. Si eso es un problema...

Kaz puso las manos sobre su bastón.

—Mientras no intentes engañarme, puedes entrar como la Reina de las Hadas de Istamere si quieres.

—Desde luego, está muy bien tener mis opciones abiertas. —Volvió a mirar a la ciudad—. ¿Esto puede funcionar, Brekker? ¿O estoy poniendo en riesgo el destino de Ravka y los Grisha del mundo por el honor y las habilidades de un rufián de lengua rápida?

—Un poco las dos cosas —respondió Kaz—. Estás arriesgando un país, y nosotros estamos arriesgando nuestras vidas. Parece un trato justo.

El rey de Ravka le ofreció la mano.

—¿Un trato es un trato?

—Un trato es un trato —respondió Kaz, estrechándosela.

—Ojalá los tratados pudieran firmarse con tanta rapidez —comentó Sturmhond, con su tranquila apariencia de corsario colocándose de nuevo en su sitio como una máscara comprada en el Stave Occidental—. Voy a tomar una copa y a darme un baño. Uno solo puede soportar cierta cantidad de barro y mugre. Como el rebelde le dijo al príncipe, es malo para la constitución.

Se sacudió una mota de polvo invisible de la solapa y salió a paso tranquilo del solárium.

En la habitación, Kaz se alisó el pelo y se enderezó la chaqueta. Era difícil de creer que una humilde rata del canal hubiera hecho un trato con un rey. Pensó en esa nariz rota que le daba al corsario el aspecto de alguien que había estado en unas cuantas peleas a puñetazos. Por lo que Kaz sabía, lo había hecho, pero tenían que haberlo transformado para disfrazar sus facciones. Era difícil pasar desapercibido cuando tu cara valía mucho dinero. Al final, con realeza o sin ella, Sturmhond tan solo era en realidad un gran estafador, y lo único que importaba era que él y su gente cumplieran su parte.

Kaz comprobó el reloj. Era pasada la medianoche, más tarde de lo que le habría gustado, así que fue a buscar a Nina. Le sorprendió ver a Jesper esperando en el pasillo.

—¿Qué pasa? —preguntó, con la mente tratando de calcular al instante todas las cosas que podrían haber salido mal mientras dormía.

—Nada —respondió Jesper—. O nada más de lo habitual.

—Entonces, ¿qué quieres?

Jesper tragó saliva antes de responder.

—Matthias te dio la *parem* restante, ¿verdad?

—¿Y?

—Si pasa algo... los shu estarán en la subasta, y tal vez los Kherguud. Muchas cosas dependen de este trabajo; no puedo decepcionar a mi padre otra vez. Necesito la *parem* como medida de seguridad.

Kaz lo examinó durante un largo momento.

—No.

—¿Por qué demonios no?

Era una pregunta razonable. Darle la *parem* habría sido la opción inteligente, la opción práctica.

—A tu padre le importas más tú que unas tierras.

—Pero...

—No voy a dejar que te conviertas en mártir, Jes. Si uno de nosotros cae, caemos todos.

—La decisión es mía.

—Y aun así, parece que soy yo quien decide.

Kaz se dirigió hacia el salón. No tenía intención de discutir con Jesper, sobre todo cuando no estaba seguro del todo de por qué decía que no para empezar.

—¿Quién es Jordie?

Kaz se detuvo. Sabía que la pregunta llegaría, pero seguía siendo difícil oír que pronunciaban el nombre de su hermano.

—Alguien en quien confiaba. —Miró hacia atrás, a los ojos grises de Jesper—. Alguien a quien no quería perder.

Encontró a Nina y Matthias dormidos en el sofá del salón púrpura. No tenía ni idea de por qué las dos personas más grandes del equipo habían elegido el lugar más

pequeño para dormir. Le dio a Nina un golpecito con el bastón. Sin abrir los ojos, ella trató de apartarlo.

—A levantarse.

—Lárgate —rezongó ella, enterrando la cabeza en el pecho de Matthias.

—Vamos, Zenik. Los muertos pueden esperar, pero yo no.

Al fin, ella se levantó y se puso las botas. Se había quitado la *kefta* roja para ponerse el abrigo y los pantalones que había llevado durante la chapuza que había sido el trabajo del Arrecife Dulce. Matthias observó todos sus movimientos, pero no les pidió acompañarlos. Sabía que su presencia solo incrementaría el riesgo de exposición.

Inej apareció en la puerta, y se dirigieron hacia el ascensor en silencio. El toque de queda estaba activo en las calles de Ketterdam, pero no había forma de evitar aquello. Tendrían que depender de la suerte y de la habilidad de Inej para explorar el camino que tenían por delante por si patrullaba la *stadwatch*.

Salieron por la parte trasera del hotel y se dirigieron hacia el distrito de fabricación. Avanzaban con lentitud, una ruta enrevesada por los alrededores, llena de paradas y comienzos mientras Inej desaparecía y reaparecía, haciéndoles señales para que esperaran o redirigiéndolos con un giro de muñeca antes de desaparecer una vez más.

Al fin llegaron hasta la morgue, una estructura sin distintivos de piedra gris en la frontera del distrito de los almacenes, que tenía delante un jardín del que nadie se había ocupado en un tiempo. Solo los cuerpos de los ricos se llevaban allí para ser preparados antes de transportarlos y enterrarlos fuera de la ciudad. No era la miserable montaña humana de la Barcaza del Segador, pero Kaz seguía sintiéndose como si estuviera cayendo en una pesadilla. Pensó en la voz de Inej reverberando en los azulejos blancos. *Sigue*.

La morgue estaba desierta, y su pesada puerta de hierro bien sellada. Forzó la cerradura y miró una vez hacia atrás, a las sombras cambiantes del jardín lleno de hierbajos. No podía ver a Inej, pero sabía que se encontraba ahí. Ella vigilaría la entrada mientras los demás hacían su lúgubre trabajo.

El interior estaba frío, iluminado solo por una lámpara con la llama azul de advertencia de un cadáver de luz. Había una sala de procesamiento y, más allá, una gran cámara helada de piedra llena de cajones lo bastante grandes para contener cuerpos. Todo el lugar olía a muerte.

Pensó en el pulso latiendo bajo la mandíbula de Inej, la calidez de esa piel sobre sus labios. Trató de sacudir ese pensamiento. No quería que aquel recuerdo se mezclara con esa habitación llena de podredumbre.

Kaz nunca había sido capaz de esquivar el horror de aquella noche en el puerto de Ketterdam, el recuerdo del cadáver de su hermano aferrado con fuerza entre sus brazos mientras se obligaba a nadar un poco más fuerte, a tomar aire una vez más, a seguir a flote, a seguir con vida. Había encontrado el camino hasta la orilla, se había

dedicado a la venganza que él y su hermano merecían. Pero la pesadilla se negaba a desvanecerse. Kaz estaba seguro de que sería más fácil. Dejaría de tener que pensárselo dos veces antes de dar la mano o verse obligado a entrar en un espacio reducido. En lugar de eso, las cosas empeoraron tanto que apenas podía rozar a alguien por la calle sin encontrarse una vez más en el puerto. Se encontraba en la Barcaza del Segador, y la muerte se hallaba a su alrededor. Estaba nadando por el agua, aferrado a la carne hinchada y resbaladiza de Jordie, con demasiado miedo de ahogarse como para soltarla.

La situación se había vuelto peligrosa. Una vez, Gorka se había emborrachado demasiado como para mantenerse en pie en el Paraíso Azul, así que Kaz y Tetera habían tenido que llevarlo a casa. Lo cargaron durante seis manzanas, con su peso cambiando de un lado a otro, desplomándose sobre Kaz con una enfermiza presión de piel y hedor, y después apoyándose sobre Tetera, liberando ligeramente a Kaz, aunque este todavía podía sentir su mano peluda frotándole la nuca.

Más tarde, Tetera había encontrado a Kaz aovillado en el servicio, temblando y cubierto de sudor. Había dicho que era una intoxicación alimentaria, con los dientes castañeteando mientras daba una patada a la puerta para que Tetera se quedara fuera. No podían tocarlo otra vez, o perdería la cabeza por completo.

Al día siguiente se compró su primer par de guantes: unos negros y baratos que soltaban tinte cuando se mojaban. La debilidad era letal en el Barril. La gente podía olería en ti como si fuera sangre, y si Kaz iba a poner a Pekka Rollins de rodillas, no podía permitirse más noches temblando en el suelo de un baño.

Nunca contestó las preguntas sobre los guantes, nunca respondió a las burlas. Tan solo los llevaba, un día sí y el otro también, y se los quitaba solo cuando estaba solo. Se dijo que era una medida temporal. Pero eso no le impidió volver a dominar, mientras los llevaba, cada juego de manos que sabía, aprendiendo a mezclar y controlar una baraja incluso con más destreza que con las manos desnudas. Los guantes mantenían el agua alejada, le impedían ahogarse cuando los recuerdos de aquella noche amenazaban con arrastrarlo. Cuando se los ponía, se sentía como si se estuviera armando, y eran mejor que un cuchillo o una pistola. Hasta que conoció a Imogen.

Tenía catorce años; todavía no era el teniente de Per Haskell, pero se estaba haciendo un nombre con cada pelea y estafa. Imogen era nueva en el Barril, un año mayor que él. Había trabajado con una banda en Zierfoort, unos chanchullos menores que aseguraba que la habían aburrido. Desde que había llegado a Ketterdam, había estado rondando los Staves, aceptando trabajos pequeños y tratando de abrirse camino hasta una de las bandas del Barril. Cuando Kaz la vio por primera vez, estaba rompiéndole una botella en la cabeza a un Gaviota Cuchilla con las manos demasiado sueltas. Después volvió a aparecer cuando Per Haskell lo hizo encargarse de los combates de boxeo primaverales. La chica tenía pecas y un hueco entre los dientes delanteros, y podía valerse por sí misma en una pelea.

Una noche, cuando se encontraban junto al cuadrilátero vacío contando el botín de ese día, Imogen le había tocado con la mano la manga de la chaqueta, y cuando Kaz levantó la mirada ella sonrió con lentitud y los labios cerrados, para que él no pudiera ver el hueco entre sus dientes.

Más tarde, tumbado en su colchón lleno de bultos de la habitación que compartía en el Listón, Kaz había mirado el techo con goteras mientras pensaba en cómo Imogen le había sonreído, en cómo tenía los pantalones caídos sobre las caderas. Iba un poco ladeada al caminar, como si se acercara a todo desde un cierto ángulo. Eso le gustaba. Ella le gustaba.

Los cuerpos no eran ningún misterio en el Barril. El espacio era estrecho, y la gente obtenía placer donde lo encontraba. Los demás chicos de los Despojos hablaban constantemente sobre sus conquistas, pero Kaz no decía nada. Por suerte, no decía nada sobre prácticamente ninguna cosa, así que la consistencia estaba a su favor. Pero sabía lo que se esperaba que dijera, las cosas que se suponía que debía desear. Y las deseaba, en momentos, en destellos: una chica cruzando la calle con un vestido color cobalto que se deslizaba de su hombro, una bailarina moviéndose como las llamas en un espectáculo del Stave Oriental, Imogen riendo como si él le hubiera contado el chiste más gracioso del mundo cuando no había dicho gran cosa.

Había flexionado las manos dentro de sus guantes, escuchando roncar a sus compañeros. *Puedo superar esto*, se dijo. Era más fuerte que aquellas náuseas, más fuerte que el recuerdo del agua. Cuando había necesitado aprender cómo funcionaba un local de juego, lo había hecho. Cuando había decidido instruirse sobre las finanzas, también lo había logrado. Kaz pensó en la sonrisa lenta con la boca cerrada de Imogen y tomó una decisión. Iba a conquistar aquella debilidad tal como lo había conquistado todo en su camino.

Había comenzado por cosas pequeñas, gestos en los que nadie se fijaría. Una partida de la Zarza de Tres dirigida sin guantes. Una noche con ellos bajo la almohada. Después, cuando Per Haskell lo envió con Tetera a hacer un poco de daño a un matón del tres al cuarto llamado Beni que le debía dinero, Kaz esperó hasta que lo tuvieron en el callejón y, cuando Tetera le dijo que le sujetara los brazos, se quitó los guantes para hacer una prueba, algo fácil.

En cuanto entró en contacto con las muñecas de Beni, una oleada de repulsión lo recorrió. Pero estaba preparado y la soportó, ignorando el sudor frío que brotó en su cuerpo mientras le enganchaba los codos por detrás de la espalda. Se obligó a sujetar el cuerpo de Beni contra el suyo mientras Tetera le recordaba los términos de su acuerdo con Per Haskell, enfatizando cada frase con un puñetazo en su cara o en su tripa.

*Estoy bien*, se dijo Kaz. *Lo estoy superando*. Entonces, las aguas subieron.

Aquella vez, la marea fue tan alta como las agujas de la Iglesia del Trueque; lo sujetó y lo arrastró hacia abajo, un peso del que no podía escapar. Tenía a Jordie entre



sus manos, y el cuerpo podrido como una tripa de pescado de su hermano estaba pegado a él. Kaz le dio un empujón, jadeando en busca de aliento.

Lo siguiente que supo fue que se encontraba contra una pared de ladrillos. Tetera le estaba gritando mientras Beni huía. El cielo estaba gris sobre su cabeza y el hedor del callejón le llenaba las fosas nasales, el olor a ceniza y verduras de la basura, el olor acre y fuerte de la orina vieja.

—¿Qué demonios ha sido eso, Brekker? —gritó Tetera con la cara llena de furia y la nariz silbando de una forma que debería haber sido graciosa.

—¡Lo has dejado marchar! ¿Y si hubiera tenido un cuchillo?

Kaz solo lo procesaba ligeramente. Beni apenas lo había tocado, pero de algún modo, sin los guantes, había sido mucho peor. La presión de la piel, la flexibilidad de otro cuerpo humano tan cerca del suyo.

—¿Me estás escuchando siquiera, rufiancillo miserable?

Tetera lo sujetó por la camisa, rozando el cuello de Kaz con los nudillos y haciendo que otra oleada de náuseas lo recorriera. Sacudió a Kaz hasta que le traquetearon los dientes. Después, le dio la paliza que había planeado para Beni y lo dejó sangrando en el callejón. No podías ponerte blando y ceder a una distracción, no durante un trabajo, no cuando alguien de tu grupo contaba contigo. Kaz curvó las manos dentro de las mangas, pero no lanzó ningún puñetazo.

Había tardado casi una hora en salir a rastras de ese callejón, y semanas en reconstruir el daño a su reputación. Cualquier desliz en el Barril podía llevar a una mala caída. Encontró a Beni y le hizo desear que hubiera sido Tetera quien le diera la paliza. Volvió a ponerse los guantes y no se los quitó. Se hizo el doble de despiadado, luchó el doble de duro. Dejó de preocuparse por parecer normal, y dejó que la gente viera un destello de la locura en su interior y se imaginara el resto. Si alguien se acercaba demasiado, le lanzaba un puñetazo. Si alguien se atrevía a ponerle las manos encima, le rompía la muñeca, las dos muñecas, la mandíbula. «Manos Sucias», lo llamaban. El perro rabioso de Haskell. La furia en su interior seguía ardiendo, y aprendió a despreciar a la gente que se quejaba, que suplicaba, que decía que había sufrido. *Deja que te enseñe cómo es el dolor*, decía, y después hacía un dibujo con sus puños.

En el cuadrilátero, la siguiente vez que Imogen le puso los dedos sobre la manga, Kaz le sostuvo la mirada hasta que esa sonrisa de boca cerrada flaqueó. La chica bajó la mano y apartó la mirada. Kaz siguió contando el dinero.

En la morgue, Kaz golpeó el suelo con el bastón.

—Vamos a terminar con esto —le dijo a Nina, oyendo que su voz reverberaba demasiado alto en la piedra fría. Quería salir de aquel lugar tan rápido como pudiera.

Comenzaron en lados opuestos, examinando las fechas de los cajones, buscando un cadáver que se encontrara en el estado de descomposición apropiado. Solo pensarlo aumentaba aún más la tensión en su pecho. Se sentía como si tuviera un

grito formándose. Pero su mente había concebido aquel plan, sabiendo que lo llevaría a aquel lugar.

—Aquí —dijo Nina.

Kaz cruzó la habitación hasta ella. Se quedaron de pie delante del cajón, sin moverse ninguno de los dos para abrirlo. Kaz sabía que ambos habían visto suficientes cuerpos muertos. No podías sobrevivir en las calles del Barril ni como soldado del Segundo Ejército sin encontrarte con la muerte. Pero aquello era diferente. Aquello era descomposición.

Al fin, Kaz enganchó la cabeza de cuervo de su bastón bajo el asa y tiró de ella. El cajón era más pesado de lo que esperaba, pero se deslizó hacia afuera con suavidad. Retrocedió.

—¿Estamos seguros de que esta es una buena idea? —preguntó Nina.

—Estoy abierto a alguna mejor —replicó Kaz.

Ella soltó un largo suspiro y después le quitó la sábana de encima al cadáver. Kaz pensó en una serpiente mudando la piel. El hombre era de mediana edad, y los labios ya se le estaban comenzando a poner negros por la descomposición.

De pequeño, Kaz contenía el aliento siempre que pasaba junto a un cementerio, seguro de que si abría la boca algo terrible se le metería arrastrándose. La habitación se tambaleó. Kaz trató de respirar de forma superficial, obligándose a volver al S04 presente. Estiró los dedos dentro de los guantes, sintió el tirón del cuero, sujetó el peso del bastón en su palma.

—Me pregunto cómo murió —murmuró Nina mientras miraba los pliegues grises de la cara del hombre muerto.

—Solo —respondió Kaz, mirando las puntas de los dedos del hombre. Algo las había estado mordisqueando; las ratas habían llegado a su cuerpo antes de que lo encontrarán. O una de sus mascotas. Kaz se sacó del bolsillo el recipiente de cristal sellado que le había quitado a Genya de su equipo—. Coge lo que necesites.



De pie en la torre del reloj sobre la suite de Colm, Kaz inspeccionó a su equipo. La ciudad seguía cubierta de oscuridad, pero el amanecer llegaría pronto y entonces irían por caminos diferentes: Wylan y Colm, a una panadería vacía a esperar a que comenzara la subasta. Nina, al Barril, con sus encargos a mano. Inej, a la Iglesia del Trueque, para ocupar su posición en el tejado.

Kaz llegaría a la plaza enfrente del Intercambio con Matthias y Kuwei y se encontraría con la tropa armada de la *stadwatch* que los escoltaría hasta la iglesia. Se preguntó cómo se sentiría Van Eck al ver a sus propios agentes protegiendo al bastardo del Barril.

Se sentía más él de lo que lo había hecho en días. La emboscada en casa de Van Eck lo había alterado; no estaba preparado para que Pekka Rollins volviera a entrar

en el campo con esos términos. No había estado preparado para la vergüenza de aquello, para los recuerdos de Jordie que habían regresado con tanta fuerza.

*Me has fallado.* La voz de su hermano, más sonora que nunca en su cabeza. *Dejaste que te engañara otra vez.*

Había llamado a Jesper con el nombre de su hermano; un mal desliz. Pero a lo mejor había querido castigarlos a los dos. Kaz ya era mayor de lo que lo había sido Jordie al sucumbir a la Plaga de la Dama de la Reina. Ahora podía mirar hacia atrás y ver el orgullo de su hermano, su sed de conseguir el éxito con rapidez. *Me fallaste, Jordie. Eras mayor. Se suponía que debías ser el más listo.*

Recordó a Inej preguntándole si no había nadie para protegerlo. Recordó a Jordie sentado junto a él sobre un puente, sonriendo y vivo, con el reflejo de sus pies en el agua bajo ellos y la calidez de una taza de chocolate caliente acunada entre los mitones de sus manos. *Se suponía que debíamos cuidar el uno del otro.*

Habían sido dos chicos de granja que echaban de menos a su padre, perdidos en aquella ciudad. Así era como Pekka los había embaucado. No era solo la tentación del dinero. Les había dado un nuevo hogar. Una mujer falsa que les hacía *hutspot*, una hija falsa para que Kaz jugara con ella. Pekka Rollins los había atraído con un fuego cálido y la promesa de la vida que habían perdido.

Y eso era lo que te acababa destruyendo: anhelar algo que jamás podrías tener.

Examinó las caras de la gente junto a la que había luchado, con quienes había sangrado. Les había mentido y le habían mentido. Los había llevado al infierno y los había sacado a rastras. Puso las manos sobre el bastón, dándole la espalda a la ciudad.

—Todos queremos cosas diferentes de este día. Libertad, redención...

—¿Una buena pasta? —sugirió Jesper.

—Mucha pasta. Hay un montón de gente con intención de interponerse en nuestro camino. Van Eck. El Consejo Mercante. Pekka Rollins y sus matones, unos cuantos países, y la mayor parte de esta ciudad dejada de la mano de los Santos.

—¿Se supone que eso debería darnos ánimos? —preguntó Nina.

—No saben quiénes somos nosotros, de verdad. No saben lo que hemos hecho, lo que hemos logrado juntos. —Kaz golpeó el suelo con su bastón—. Así que vamos a demostrarles que se han metido en la pelea equivocada.



*¿Qué estoy haciendo aquí?*

Wylan se inclinó sobre la tinaja y se salpicó la cara con agua fría. En tan solo unas horas, comenzaría la subasta. Abandonarían la suite del hotel antes del amanecer. Era fundamental que si alguien acudía a buscar a Johannus Rietveld después de la subasta, descubriera que se había marchado hacía mucho.

Se echó un último vistazo en el espejo dorado del cuarto de baño. La cara que le devolvía la mirada volvía a resultarle familiar, pero ¿quién era en realidad? ¿Un criminal? ¿Un fugitivo? ¿Un chico que era pasable, o tal vez más que pasable, con las demoliciones?

*Soy el hijo de Marya Hendriks.*

Pensó en su madre, sola, abandonada junto con su hijo defectuoso. ¿No había sido lo bastante joven para producir un heredero de verdad? ¿Su padre había sabido siquiera que querría librarse para siempre de cualquier evidencia de que Wylan había existido?

*¿Qué estoy haciendo aquí?*

Pero conocía la respuesta. Solo él podía castigar a su padre por lo que había hecho. Solo él podía liberar a su madre.

Se examinó en el espejo. Los ojos de su padre. Los rizos de su madre. Se había sentido bien siendo otra persona durante un tiempo, olvidando que era un Van Eck. Pero ya no quería esconderse. Desde que los dedos de Prior se habían cerrado alrededor de su garganta, había estado huyendo. O a lo mejor había comenzado mucho antes de eso, en las tardes que había pasado sentado en la despensa o

aovillado en el asiento de una ventana tras una cortina, esperando que todos lo olvidaran, que la niñera se fuera a su casa, que su tutor jamás llegara.

Su padre había querido que se desvaneciera. Había querido que desapareciera tal como había hecho desaparecer a su madre, y durante mucho tiempo Wylan había querido exactamente eso. Todo había comenzado a cambiar cuando llegó al Barril, cuando consiguió su primer trabajo, cuando conoció a Jesper, Kaz e Inej, cuando comenzó a darse cuenta de que valía para algo.

Jan Van Eck no iba a obtener su deseo. Wylan no se iba a ir a ninguna parte.

—Estoy aquí por ella —le dijo al espejo.

El chico de mejillas rosadas del cristal no parecía impresionado.



El sol había comenzado a salir mientras Pim llevaba a Wylan y a Colm por la parte trasera del hotel y a través de una serie de giros confusos hacia la plaza que había frente al Intercambio. Por lo general, la panadería de la Beurstraat ya estaría abierta a esa hora, preparándose para servir a los comerciantes y mercaderes de camino al Intercambio. Pero la subasta había trastocado los negocios y el panadero había cerrado la tienda, tal vez esperando conseguir un asiento para ver él mismo el procedimiento.

Se quedaron frente a la puerta en la plaza desierta durante un momento tortuosamente lento mientras Pim trasteaba con la cerradura. Wylan se dio cuenta de que se había acostumbrado a la destreza de Kaz para el allanamiento de morada. La puerta se abrió con un tintineo demasiado fuerte, y entonces entraron.

—Sin llantos —dijo Pim. Desapareció por la puerta antes de que Wylan pudiera responder.

Los escaparates de la panadería estaban vacíos, pero el olor a pan y azúcar seguía ahí. Wylan y Colm se sentaron en el suelo con la espalda contra los estantes, tratando de ponerse cómodos. Kaz les había dado instrucciones estrictas, y Wylan no tenía ningún interés en ignorarlas. Johannus Rietveld no podría ser visto jamás en aquella ciudad, y el muchacho sabía exactamente lo que le haría su padre si encontrara a su hijo deambulando por las calles de Ketterdam.

Se quedaron sentados en silencio durante horas. Colm dormitó. Wylan tarareó para sí mismo, una melodía que llevaba un tiempo teniendo en la cabeza. Necesitaría percusión, algo con un «rat-a-tat-tat» como de disparos.

Lanzó una mirada cautelosa por la ventana y vio a unas cuantas personas que se dirigían hacia la Iglesia del Trueque, estorninos echando a volar en la plaza, y ahí, a solo unos cientos de metros, la entrada al Intercambio. No tenía necesidad de leer las palabras gravadas sobre el arco. Había escuchado a su padre repitiéndolas en incontables ocasiones. *Enjent, Voorhent, Almhent*. Industria, Integridad, Prosperidad. Jan Van Eck había logrado dos de las tres cosas bastante bien.

Wylan no se dio cuenta de que Colm estaba despierto hasta que habló.

—¿Qué te hizo mentir por mi hijo aquel día en la tumba?

El muchacho volvió a bajar hasta el suelo. Eligió sus palabras con cuidado.

—Supongo que sé lo que es equivocarse.

Colm suspiró.

—Jesper se equivoca con muchas cosas. Es imprudente e ingenuo, y suele bromear en los peores momentos, pero... —Wylan esperó—. Lo que estoy intentando decir es que causa muchos problemas, muchos. Pero vale la pena.

—Yo...

—Y es mi culpa que sea como es. Estaba tratando de protegerlo, pero tal vez le he endosado algo peor que todos los peligros que veía acechando por ahí fuera. — Incluso bajo la débil luz de la mañana que se colaba por la ventana de la panadería, Wylan podía ver lo agotado que parecía—. He cometido grandes errores.

Wylan trazó una línea en el suelo con el dedo.

—Le diste alguien con quien volver. Da igual lo que hiciera o lo que saliera mal. Creo que eso es más importante que los errores.

—Mira, ¿ves? Por eso le gustas. Lo sé, lo sé... no es asunto mío, y no tengo ni idea de si será bueno para ti. Lo más probable es que te dé muchos dolores de cabeza. Pero creo que tú serías bueno para él.

Al muchacho se le calentó la cara. Sabía cuánto quería Colm a Jesper, lo había visto en cada gesto que había hecho. Significaba mucho que pensara que Wylan era lo bastante bueno para su hijo.

Oyeron un sonido desde cerca de la entrada de entregas y los dos se quedaron inmóviles. Wylan se levantó, con el corazón latiéndole con fuerza.

—Recuerda —le susurró a Colm—. Permanece oculto.

Se abrió camino junto a los hornos hasta la parte trasera de la panadería. Los olores eran más fuertes ahí y la oscuridad más completa, pero la habitación se encontraba vacía. Una falsa alarma.

—No es...

La puerta de entregas se abrió, y unas manos sujetaron a Wylan desde atrás. Le echaron la cabeza hacia atrás y lo obligaron a abrir la boca para meterle un trapo dentro. Le pusieron una bolsa sobre la cabeza.

—Hola, pequeño mercader —dijo una voz profunda que no reconocía—. ¿Listo para reencontrarte con tu papi?

Le sujetaron los brazos por detrás y lo arrastraron por la puerta de entregas de la panadería. Wylan tropezó, apenas capaz de mantenerse en pie, incapaz de ver o de ubicarse. Cayó, se dio un doloroso golpe en las rodillas contra los adoquines, y volvieron a levantarlo de un tirón.

—No me hagas llevarte, pequeño mercader. No me pagan para eso.

—Por aquí —indicó alguien más, una chica—. Pekka está en el lado sur de la catedral.

—Esperad —dijo una nueva voz—. ¿A quién tenéis ahí?

Su tono era oficioso. Stadwatch, pensó Wylan.

—Alguien que el Concejal Van Eck se alegrará mucho de ver.

—¿Es de la banda de Kaz Brekker?

—Tú vete corriendo como un buen oficial y dile que los Leones Moneda tienen un regalo esperándolo en la capilla de armamentos.

Wylan oía una multitud no muy lejos de allí. ¿Se encontraban cerca de la iglesia? Un momento después, lo empujaron con brusquedad hacia delante y los sonidos cambiaron. Se encontraban dentro. El aire era más frío, y la luz más tenue. Lo arrastraron por otro tramo de escaleras, con los bordes golpeándole las espinillas, y después lo tiraron a una silla y le ataron las manos por detrás de la espalda.

Oyó pasos subiendo las escaleras y el sonido de una puerta abriéndose.

—Lo tenemos —dijo la misma voz profunda.

—¿Dónde?

Los latidos de Wylan eran como un tartamudeo. *Venga, Wylan. Un niño de la mitad de tu edad podría leer esto sin intentarlo.* Habría pensado que estaba listo para algo así.

—Brekker lo tenía escondido en una panadería a solo unas manzanas.

—¿Cómo lo has encontrado?

—Pekka nos hizo buscar por la zona. Suponía que Brekker podría tratar de intentar algo en la subasta.

—Sin duda, tratando de humillarme —dijo Jan Van Eck. Le quitaron la bolsa de la cabeza a Wylan, que se quedó mirando la cara de su padre. Él negó con la cabeza—. Cada vez que pienso que no puedes decepcionarme más, me demuestras que me equivoco.

Se encontraban en una pequeña capilla coronada por una cúpula. Los cuadros al óleo de la pared mostraban escenas de batalla y pilas de armamento. La capilla debía de haber sido donada por una familia de fabricantes de armas.

Durante los últimos días, Wylan había estudiado la disposición de la Iglesia del Trueque, dibujando el mapa de los nichos del tejado y los huecos con Inej, bosquejando la catedral y las naves que eran los largos dedos de la mano de Ghezen. Sabía exactamente dónde se encontraba: en una de las capillas al extremo del meñique de Ghezen. El suelo estaba alfombrado, la única puerta llevaba a la escalera, y las únicas ventanas se abrían al tejado. Incluso aunque no estuviera amordazado, dudaba que nadie salvo los cuadros pudiera oírle si gritaba pidiendo ayuda. Había dos personas tras Van Eck: una chica con pantalones de rayas y el pelo rubio afeitado en mitad de su cabeza, y un chico corpulento con camisa de cuadros y tirantes. Los dos llevaban las bandas púrpuras en los brazos que indicaban que actuaban como representantes de la *stadwatch*. Los dos tenían el tatuaje del León Moneda.

El chico sonrió.

—¿Voy a buscar a Pekka? —le preguntó a Van Eck.

—No hace falta. Quiero que tenga los ojos en las preparaciones para la subasta, y esto es algo de lo que preferiría encargarme solo. —Se inclinó hacia abajo—. Escucha, chico. Han visto al Espectro con un miembro del Triunvirato Grisha. Sé que Brekker está trabajando con los ravkanos. A pesar de tus múltiples deficiencias, sigues llevando mi sangre. Dime lo que ha planeado y haré que se encarguen de ti. Tendrás una paga. Podrás vivir en algún lugar cómodo. Voy a quitarte la mordaza. Si gritas, dejaré que los amigos de Pekka te hagan lo que quieran, ¿comprendido?

Wylan asintió con la cabeza, y su padre le sacó el trapo de la boca. El muchacho se pasó la lengua por los labios y le escupió en la cara. Van Eck se sacó un pañuelo monogramado de color nieve del bolsillo. Tenía el laurel rojo bordado.

—Una réplica propia de un chico que apenas puede formar palabras. —Se limpió la saliva de la cara—. Vamos a probar otra vez. Dime lo que está planeando Brekker con los ravkanos y a lo mejor te dejo vivir.

—¿Tal como dejaste vivir a mi madre?

El encogimiento de su padre apenas fue perceptible, una marioneta a la que dieran un tirón de las cuerdas y después le permitieran seguir descansando. Van Eck dobló el pañuelo sucio dos veces y lo guardó. Hizo un gesto hacia el chico y la chica.

—Haced lo que tengáis que hacer. La subasta empieza en menos de una hora, y quiero las respuestas antes de entonces.

—Sujétalo —le dijo el chico corpulento a la chica. Ella lo puso en pie, y el chico se sacó unos nudillos de latón del bolsillo—. No va a estar tan guapo después de esto.

—¿A quién va a importarle? —replicó Van Eck encogiéndose de hombros—. Tan solo asegúrate de que siga consciente. Quiero información.

El chico miró a Wylan con escepticismo.

—¿Seguro que quieres hacerlo así, pequeño mercader?

Wylan invocó toda la bravuconería que había aprendido de Nina, la voluntad que había aprendido de Matthias, la concentración que había estudiado en Kaz, el coraje que había aprendido de Inej, y la esperanza salvaje e imprudente que había aprendido de Jesper, la creencia de que sin importar su suerte, de algún modo ganarían.

—No voy a hablar —aseguró.

El primer puñetazo le rompió dos costillas. El segundo le hizo toser sangre.

—A lo mejor debería romperte los dedos para que no puedas tocar esa flauta infernal —sugirió Van Eck.

*Estoy aquí por ella*, se recordó Wylan. *Estoy aquí por ella*.

Pero al fin y al cabo, no era Nina, Matthias, Kaz, Inej ni Jesper. Tan solo era Wylan Van Eck. Se lo contó todo.





Entrar en la Iglesia del Trueque no fue tarea fácil esa mañana. Debido a su posición cerca del Intercambio y el Beurscanal, su tejado no estaba unido a ningún otro, y sus entradas ya se encontraban rodeadas de guardias cuando Inej llegó. Pero era el Espectro; había nacido para encontrar los lugares ocultos, las esquinas y grietas donde a nadie se le ocurría mirar.

Las armas no estarían permitidas en la Iglesia del Trueque durante la subasta, así que llevaba el rifle de Jesper sujeto a la espalda. Esperó fuera de la vista hasta que vio a un grupo de soldados de la *stadwatch* llevando un carro lleno de leña hacia las enormes puertas dobles de la iglesia. Inej supuso que era para hacer alguna clase de barricada para la tarima o las naves en forma de dedos. Esperó hasta que el carro se detuviera, se metió la capucha dentro de la túnica para no arrastrarla por el suelo, y se deslizó bajo él. Se pegó al eje principal, con el cuerpo a solo unos centímetros de los adoquines, y dejó que la llevaran directamente hasta el pasillo central. Antes de llegar al altar, se soltó y rodó entre los bancos, esquivando por poco las ruedas del carro.

El suelo era de piedra fría bajo su tripa mientras se arrastraba por la iglesia. Después esperó al extremo del pasillo y corrió hasta ocultarse tras una de las columnas de la arcada occidental. Avanzó de columna en columna, y después se metió en una nave que la llevaría a las capillas del pulgar. Una vez más, se tiró al suelo para poder usar los bancos de la nave para ocultarse. No sabía dónde podrían estar patrullando los guardias, y no tenía ningún deseo de que la atraparan paseándose por la iglesia.

Llegó a la primera capilla y después subió las escaleras hasta la capilla naranja que había encima. El altar estaba hecho de oro, pero construido para parecerse a un

cajón de naranjas y otras frutas exóticas. Enmarcaba un óleo DeKappel que mostraba a una familia de mercaderes vestida de negro, acunada por la mano de Ghezen, flotando sobre una arboleda de cítricos.

Escaló el altar y saltó hasta la cúpula de la capilla, donde se aferró de modo que quedara colgando casi de arriba abajo. En cuanto llegó el centro, pegó la espalda a la pequeña cúpula que coronaba la más grande como si fuera un sombrero. Aunque dudaba que pudieran oírla allí, esperó hasta que comenzaron los sonidos de las sierras y los martillos en la catedral, y después puso el pie delante de una de las delgadas ventanas de cristal que daban luz a la capilla y empujó. Al segundo intento, el cristal se quebró y cayó hacia afuera. Inej se cubrió la mano con la manga para apartar los fragmentos restantes y se subió a la parte superior de la cúpula. Enganchó una cuerda de escalada a la ventana y bajó por el lado de la cúpula hasta el tejado de la nave, donde dejó el rifle de Jesper. No quería que le hiciera perder el equilibrio.

Se encontraba encima del pulgar de Ghezen. La niebla de la mañana había comenzado a desaparecer, y podía notar que el día sería caluroso. Siguió el pulgar hasta las agujas de gabletes escarpados de la catedral principal y comenzó a subir una vez más.

Estaba en la parte más alta de la iglesia, pero el terreno era familiar y eso hacía que fuera más fácil. De todos los tejados de Ketterdam, el de la catedral era el favorito de Inej. No había tenido ninguna buena razón para aprenderse sus contornos. Había muchos otros lugares desde donde podría haber observado el Intercambio o el Beurscanal cuando un trabajo lo requería, pero siempre había escogido la Iglesia del Trueque. Sus agujas eran visibles desde casi cualquier lugar de Ketterdam, y el cobre del tejado se había vuelto verde hacía mucho y estaba entrecruzado por espirales de metal, llenas de sujeciones para las manos y ofreciendo muchos escondites. Era como una extraña tierra de hadas gris y verde que nadie más en la ciudad podía ver nunca.

La caminante sobre la cuerda floja que había en ella había imaginado pasar una cuerda entre las agujas más altas. *¿Quién se atrevería a desafiar a la propia muerte? Yo lo haré.* Los kerch posiblemente considerarían que hacer acrobacias sobre la catedral era blasfemo. A menos, claro, que cobrara por el espectáculo.

Dejó los explosivos que Kaz había descrito como su «seguro» en los lugares que ella y Wylan habían acordado mientras examinaban el mapa de la catedral. Solo en la mente de Kaz el caos podía equivaler a la seguridad. Las bombas estaban hechas para ser ruidosas, pero poco dañinas. Sin embargo, si algo iba mal y hacía falta una distracción, estarían allí.

Cuando terminó, ocupó su posición en uno de los huecos de metal que daban al ábside y la gran nave de la catedral. Allí, su vista de los hechos no estaría obstruida por nada salvo una serie de listones anchos y la red que había entre ellos. Algunas veces iba hasta allí solo para escuchar la música del órgano u oír las voces que cantaban. Por encima de la ciudad, con los acordes del órgano de tubos reverberando en la piedra, se sentía más cerca de sus Santos.

La acústica era lo bastante buena como para poder escuchar cada palabra de los sermones si hubiera querido, pero prefería ignorar esas partes del servicio. Ghezen no era su dios, y no tenía ningún deseo de que la instruyeran en cómo servirlo mejor. Tampoco le gustaba mucho el altar de Ghezen: un trozo de roca plano y tosco alrededor del cual se había construido la iglesia. Algunos lo llamaban la Primera Forja, otros el Mortero, pero ese día se utilizaría como plataforma de subastas. A Inej se le revolvió el estómago. Se suponía que ella estaba contratada, que había acudido a Kerch por voluntad propia. Eso era lo que decían los documentos. No contaban la historia de su secuestro, el terror en las tripas de un barco de esclavos, la humillación que había sufrido a manos de Tante Heleen o la miseria de su existencia en la Reserva. Kerch estaba construido sobre el comercio, pero ¿cuánto de ese comercio había sido humano? Puede que un pastor de Ghezen se subiera a ese altar para clamar contra la esclavitud, pero ¿cuánto de aquella ciudad se había construido con los impuestos de las casas del placer? ¿Cuántos miembros de su congregación daban empleo a chicos y chicas que apenas podían hablar kerch, que frotaban suelos y doblaban la ropa por unos peniques mientras trabajaban para pagar una deuda que nunca parecía reducirse?

Si Inej tuviera su dinero, si tuviera su barco, tal vez podría hacer algo para cambiar aquello. Si sobrevivía a ese día. Se los imaginó a todos (Kaz, Nina, Matthias, Jesper, Wylan, Kuwei, que había tenido tan poco que decir sobre el rumbo de su vida) colocados costado con costado sobre una cuerda, con precario equilibrio, y sus vidas unidas por la esperanza y la fe en los demás. Pekka estaría merodeando en la iglesia debajo, y sospechaba que Dunyasha se encontraría cerca. Había considerado a esa chica de marfil y ámbar su sombra, pero tal vez aquello también fuera una señal, un recordatorio de que Inej no estaba hecha para esa vida. Y aun así, era difícil no pensar que esa ciudad era su hogar, que Dunyasha era la intrusa allí.

Observó a los guardias haciendo el último barrido del piso inferior de la iglesia, buscando entre las esquinas y las capillas. Sabía que podrían enviar a algunos oficiales valientes a buscar por el tejado, pero había muchos lugares donde esconderse y, si lo necesitara, simplemente podría volver a colarse en la cúpula de la capilla del pulgar para esperar a que se fueran.

Los guardias se colocaron en sus puestos, e Inej oyó al capitán dando órdenes de dónde iban a sentarse en el escenario los miembros del Consejo Mercante. Distinguió al *medik* de la universidad que habían llevado para verificar la salud de Kuwei y vio que un guardia arrastraba un podio con ruedas a su sitio, al lugar donde se encontraría el subastador. Sintió una oleada de irritación al ver a algunos Leones Moneda recorriendo los pasillos con los guardias. Sacaban pecho, disfrutando de su nueva autoridad y alardeando entre ellos de sus bandas púrpuras de la *stadwatch*, riendo. La verdadera *stadwatch* no parecía complacida, e Inej podía ver que al menos dos miembros del Consejo Mercante estaban observando los hechos con ojos cautelosos. ¿Se estarían preguntando si habrían obtenido más de lo que querían al permitir que un

puñado de rufianes del Barril fueran sus representantes? Van Eck había iniciado aquel baile con Rollins, pero Inej dudaba que el rey del Barril lo dejara seguir liderando durante mucho tiempo.

Inej examinó la silueta de la ciudad, hasta el puerto y las negras torres en forma de obelisco. Nina había estado en lo cierto sobre el Consejo de Mareas; parecía que preferían quedarse enclaustrados en sus torres de vigilancia. Sin embargo, dado que sus identidades eran desconocidas, Inej sospechaba que podían estar sentados en la catedral en ese mismo momento. Miró hacia el Barril, esperando que Nina estuviera a salvo y no la hubieran descubierto, que la fuerte presencia de la *stadwatch* en la iglesia significara que sería más fácil recorrer las calles.

Al llegar la tarde, los bancos comenzaron a llenarse de espectadores curiosos: comerciantes con ropas ásperas, jugadores y matones recién salidos de los Staves y vestidos con sus mejores atuendos del Barril, grupos de mercaderes ataviados de negro, algunos acompañados por sus mujeres, cuyas caras pálidas asomaban de sus cuellos de encaje blanco y cuyas cabezas estaban coronadas por trenzas.

Los diplomáticos fjerdanos llegaron después. Iban de plateado y blanco, y estaban rodeados de *drüskelle* con uniformes negros, todo pelo y pieles dorados. Tan solo su tamaño resultaba imponente. Inej suponía que Matthias tenía que conocer a algunos de esos hombres y muchachos. Habría servido con ellos. ¿Cómo sería para él verlos otra vez, ahora que lo habían declarado traidor?

La delegación zemeni llegó después, con los cinturones de armas vacíos en las caderas, pues les habían obligado a dejarlas en las puertas. Eran tan altos como los *drüskelle*, pero de constitución más esbelta; algunos color bronce como ella y otros del marrón oscuro de Jesper, algunos con la cabeza rapada y otros con pelo recogido en gruesas trenzas y nudos. Allí, entre las dos últimas filas de los zemeni, Inej vio a Jesper. Por una vez no era la persona más alta, y con el cuello de su guardapolvo subido alrededor de la mandíbula y un sombrero que le caía hasta las orejas, resultaba casi irreconocible. O eso esperaba Inej.

Cuando llegaron los ravkanos, el zumbido de voces en la habitación se convirtió en un rugido. ¿Qué pensaba aquella multitud de comerciantes, mercaderes y alborotadores de esa grandiosa exhibición internacional?

Un hombre con una levita de un verde azulado lideraba la delegación ravkana, rodeado de un enjambre de soldados ravkanos con traje militar azul pálido. Aquel tenía que ser el legendario Sturmhond. Era pura confianza, flanqueado por Zoya Nazyalensky a un lado y Genya Safin al otro, caminando con zancadas tranquilas y relajadas, como si estuviera dando un paseo por uno de sus barcos. A lo mejor debería haber conocido a los ravkanos cuando tuvo la oportunidad. ¿Cuánto podría aprender en un mes con la tripulación de Sturmhond?

Los fjerdanos se pusieron en pie, e Inej pensó que podría brotar una pelea mientras los *drüskelle* miraban a los soldados ravkanos, pero dos miembros del Consejo Mercante se adelantaron, respaldados por una tropa de la *stadwatch*.

—Kerch es territorio neutral —les recordó uno de los mercaderes, con voz aguda y nerviosa—. Estamos aquí por negocios, no por la guerra.

—Cualquiera que viole la santidad de la Iglesia del Trueque no tendrá permitido pujar —insistió el otro, con las mangas negras aleteando.

—¿Por qué tu débil rey envía a un sucio pirata a pujar por él? —se burló el embajador fjerdano, cuyas palabras reverberaron por la catedral.

—Corsario —lo corrigió Sturmhond—. Supongo que pensaba que mi belleza me daría ventaja. Pero imagino que en vuestra tierra eso apenas se valora, ¿verdad?

—Eres un pavo real presumido y ridículo. Apesta a mugre Grisha.

Sturmhond olisqueó el aire.

—Me impresiona que puedas detectar algo por encima del hedor a hielo y endogamia.

El embajador se volvió púrpura, y uno de sus compañeros se apresuró a llevárselo. Inej puso los ojos en blanco. Eran peor que unos jefes del Barril enfrentándose en los Staves.

Furiosos y gruñendo, los fjerdanos y los ravkanos ocuparon sus asientos en lados opuestos del pasillo, y la delegación kaélica entró con poca fanfarria. Pero unos segundos después, todos se pusieron otra vez en pie cuando alguien gritó:

—¡Los shu!

Todos los ojos giraron hacia las enormes puertas de la catedral mientras los shu entraban, una oleada de estandartes rojos con el símbolo de caballos y llaves, y los uniformes color oliva adornados con oro. Sus expresiones eran pétreas mientras recorrían el pasillo, y entonces se detuvieron mientras el embajador shu discutía con furia que su delegación debería sentarse en la parte delantera de la sala, y que estaban dando preferencia a los ravkanos y fjerdanos al situarlos más cerca del escenario. ¿Se encontraban los Kherguud entre ellos? Inej levantó la mirada hasta el pálido cielo primaveral. No le gustaba la idea de que un soldado alado la arrancara de donde se encontraba.

Al final, Van Eck recorrió el pasillo a zancadas desde donde había estado merodeando junto al escenario y dijo con brusquedad:

—Si queríais sentaros en la parte delantera, deberíais haber renunciado al drama de hacer una gran entrada y haber llegado aquí a tiempo.

Los shu y los kerch siguieron discutiendo durante un rato hasta que al fin los shu se sentaron en sus asientos. El resto del público estaba lleno de murmullos y miradas especulativas. La mayoría no sabía lo que valía Kuwei, o solo había oído rumores sobre la droga conocida como *jurda parem*, así que se preguntaban por qué un chico shu había atraído a tales postores a la subasta. Los pocos mercaderes que se habían sentado en los bancos delanteros con intención de pujar estaban intercambiando encogimientos de hombros y negando con la cabeza, desconcertados. Estaba claro que aquel juego no era para jugadores ocasionales.

Las campanas de la iglesia comenzaron a sonar, justo detrás de las de la torre del reloj del Geldrenner. Cayó el silencio. El Consejo Mercante se reunió en el escenario, y entonces Inej vio que todas las cabezas de la sala se giraban. Las grandes puertas dobles de la iglesia se abrieron y entró Kuwei Yul-Bo, flanqueado por Kaz, Matthias y una escolta armada de la *stadwatch*. Matthias llevaba ropa simple de comerciante, pero se las arreglaba para parecer un soldado desfilando de todos modos. Con su ojo morado y el labio roto, Kaz parecía todavía menos respetable de lo habitual, a pesar de las líneas afiladas de su traje negro.

Los gritos comenzaron de inmediato; era difícil saber quién estaba causando un mayor clamor. Los criminales más buscados de la ciudad estaban recorriendo el pasillo central de la Iglesia del Trueque. Ante el primer vistazo de Kaz, los Leones Moneda situados por la catedral comenzaron a abuchear. Los hermanos *drüskelle* de Matthias lo habían reconocido al instante, y estaban gritándole lo que Inej suponía que eran insultos en fjerdano.

La santidad de la subasta protegería a Kaz y Matthias, pero solo hasta que cayera el martillo final. Aun así, ninguno de los dos parecía ni remotamente preocupado. Caminaban con las espaldas rectas y los ojos fijos hacia delante, con Kuwei bien protegido entre ellos. A él le estaba yendo peor. Los shu le estaban gritando la misma palabra una y otra vez, *sheyao*, *sheyao*, y significara lo que significara, el muchacho parecía encogerse dentro de sí mismo con cada grito.

El subastador de la ciudad se acercó a la tarima elevada y ocupó su lugar en el podio junto al altar. Era Jellen Radmakker, uno de los inversores que habían invitado a la absurda presentación de aceites de Jesper. Por la investigación que había hecho para Kaz, Inej sabía que era escrupulosamente honesto, un hombre devoto sin más familia que una mujer igualmente beata que se pasaba los días frotando los suelos de los edificios públicos como servicio a Ghezen. Era pálido, con unos penachos naranjas por cejas, y una postura encorvada que le daba el aspecto de un camarón gigante.

Inej examinó las ondulantes agujas de la catedral, los tejados de las naves de los dedos que salían de la palma de Ghezen. Seguía sin haber patrulla en el tejado; era casi insultante. Pero tal vez Pekka Rollins y Jan Van Eck tenían algo más planeado para ella.

Radmakker dio tres furiosos golpes con el martillo.

—Que haya orden —bramó. El clamor de la habitación se atenuó hasta un murmullo de descontento.

Kuwei, Kaz y Matthias subieron al escenario y ocuparon sus lugares junto al podio, con Kaz y Matthias ocultando parcialmente de la vista a Kuwei, todavía tembloroso.

Radmakker esperó a que hubiera silencio absoluto, y solo entonces comenzó a recitar las normas de la subasta, seguidas por los términos del contrato propuesto por Kuwei. Inej le echó un vistazo a Van Eck. ¿Cómo sería para él estar tan cerca del

botín que había buscado durante tanto tiempo? Su expresión era arrogante y ansiosa. *Ya está calculando su próximo movimiento*, comprendió Inej. Mientras que Ravka no tuviera la puja ganadora (y cómo podían tenerla, con las arcas tan mermadas), Van Eck obtendría su deseo: el secreto de la *jurda parem* liberado en el mundo. El precio de la *jurda* se elevaría hasta alturas inimaginables, y entre sus propiedades privadas secretas y sus inversiones en la sociedad mercantil de *jurda* de Johannus Rietveld, sería más rico de lo que podría soñar.

Radmakker hizo un gesto para que se adelantara un *medik* de la universidad, un hombre con una brillante coronilla calva. Le tomó el pulso a Kuwei, lo midió, escuchó sus pulmones, examinó su lengua y sus dientes. Era un espectáculo extraño, incómodamente cercano al recuerdo de Inej de Tante Heleen toqueteándola y pinchándola en la cubierta de un barco de esclavos.

El *medik* terminó y cerró su bolsa.

—Por favor, la declaración —dijo Radmakker.

—El chico tiene muy buena salud.

Radmakker se giró hacia Kuwei.

—¿Consientes libremente someterte a las reglas de esta subasta y su resultado? — Si Kuwei respondió, Inej no pudo oírlo—. *Habla alto, chico*.

El muchacho volvió a probar.

—Sí.

—Entonces, procedamos. —El *medik* bajó y Radmakker levantó el martillo una vez más—. Kuwei Yul-Bo consiente libremente el proceso y por tanto ofrece su servicio por un precio justo, guiado por la mano de Ghezen. Todas las pujas se harán en *kruge*. Los pujadores deben guardar silencio mientras no hagan ninguna oferta. Cualquier interferencia en esta subasta y cualquier puja de mala fe será castigada según el máximo alcance de la ley de Kerch. Las pujas comenzarán en el millón de *kruge*. —Hizo una pausa—. En el nombre de Ghezen, que comience la subasta.

Y entonces ocurrió, un clamor de números que Inej apenas podía seguir, con las pujas subiendo mientras Radmakker golpeaba con su martillo, repitiendo las ofertas de cada pujador en golpes secos.

—Cinco millones de *kruge* —gritó el embajador shu.

—Cinco millones —repitió Radmakker—. ¿Alguien ofrece seis?

—Seis —replicaron los fjerdanos.

La voz de Radmakker reverberaba en las paredes de la catedral como si fueran disparos. Sturmhond esperó, dejando que los fjerdanos y los shu se lanzaran números entre ellos. La delegación zemeni en ocasiones subía el precio en incrementos más cautos, tratando de ralentizar el impulso de la subasta. Los kaélicos permanecieron en silencio en sus bancos, observando el proceso. Inej se preguntó cuánto sabrían, y si no estaban dispuestos a pujar o simplemente no podían.

La gente comenzó a levantarse, incapaz de permanecer sentada. Era un día caluroso, pero la actividad en la catedral parecía haber elevado más la temperatura.

Inej veía a la gente abanicándose, e incluso los miembros del Consejo Mercante, juntos como un jurado de urracas, habían comenzado a secarse las frentes. Cuando la subasta llegó a los cuarenta millones de *kruge*, Sturmhond levantó al fin la mano.

—Cincuenta millones de *kruge* —dijo. La Iglesia del Trueque quedó en silencio.

Incluso Radmakker hizo una pausa, con su frío comportamiento alterado, antes de repetir:

—Cincuenta millones de *kruge* de la delegación ravkana. —Los miembros del Consejo Mercante estaban susurrándose entre ellos tras las palmas, sin duda emocionados por la comisión que estaban a punto de obtener por el precio de Kuwei —. ¿Hay más ofertas?

Los shu estaban deliberando. Los fjerdanos hacían lo mismo, aunque parecían discutir más que debatir. Los zemeni daban la impresión de estar esperando a ver qué ocurriría a continuación.

—Sesenta millones de *kruge* —declararon los shu.

Una contrasubida de diez millones. Tal como Kaz había anticipado.

Los fjerdanos ofrecieron a continuación sesenta millones y doscientos mil *kruge*. Quedaba claro que les dolía el orgullo al moverse en incrementos tan pequeños, pero los zemeni también parecían deseosos de enfriar las pujas. Ofrecieron sesenta millones con quinientos mil.

El ritmo de la subasta cambió, elevándose a un ritmo más lento, permaneciendo por debajo de los sesenta y dos millones hasta que al fin llegaron a esa cifra y los shu parecieron ponerse impacientes.

—Setenta millones de *kruge* —dijo el embajador shu.

—Ochenta millones —replicó Sturmhond.

—Noventa millones.

Los shu ya ni se molestaban en esperar por Radmakker. Incluso desde donde se encontraba, Inej podía ver la cara pálida y llena de pánico de Kuwei. La cifra había subido demasiado, con demasiada rapidez.

—Noventa y un millones —dijo Sturmhond, en un intento tardío de ralentizar el ritmo.

Como si se hubiera cansado del juego, el embajador shu dio un paso hacia delante y rugió:

—Ciento diez millones de *kruge*.

—Ciento diez millones de *kruge* de la delegación shu —gritó Radmakker, cuya calma había quedado arrasada por la suma—. ¿Alguna oferta más?

La Iglesia del Trueque se quedó en silencio, como si todos los que estaban reunidos allí hubieran agachado las cabezas para rezar.

Sturmhond soltó una risa cortante y se encogió de hombros.

—Ciento veinte millones de *kruge*.

Inej se mordió el labio con tanta fuerza que le salió sangre.



Bum. Las enormes puertas dobles se abrieron de golpe. Una oleada de agua de mar recorrió la nave, haciendo espuma entre los bancos, y después se desvaneció en una nube de vapor. El charloteo emocionado del público se convirtió en gritos sobresaltados.

Quince figuras cubiertas de azul entraron en la iglesia, con las túnicas hinchándose como atrapadas por un viento invisible y las caras oscurecidas por el vapor. La gente estaba pidiendo sus armas, y algunos se sujetaban entre ellos y gritaban. Inej vio a un mercader encorvado que abanicaba frenéticamente a su mujer inconsciente.

Las figuras recorrieron el pasillo, con los ropajes ondeando en lentas olas.

—Somos el Consejo de Mareas —dijo la figura ataviada de azul que había delante, una voz de mujer, baja e imponente. El vapor cubría su cara por completo, moviéndose bajo su capucha en una máscara continuamente cambiante—. Esta subasta es una farsa.

Unos murmullos aturcidos se elevaron desde el público.

Inej oyó que Radmakker pedía orden, y entonces oyó un suave silbido y se movió por instinto, esquivando hacia la izquierda. Una hoja pequeña y circular pasó junto a ella, cortándole la manga de la túnica y rebotando en el tejado de cobre.

—Eso ha sido una advertencia —dijo Dunyasha. Se encontraba sobre las espirales de una de las agujas a menos de diez metros de donde estaba Inej, con la capucha color marfil elevada alrededor de su cara, brillante como la nieve recién caída bajo el sol de la tarde—. Voy a mirarte a los ojos cuando te envíe a tu muerte.

Inej llevó las manos a sus cuchillos. Su sombra exigía una respuesta.

SEXTA PARTE

# ACCIÓN Y ECO





Matthias dejó que su cuerpo se relajara mientras observaba el caos que se había desatado en la Iglesia del Trueque. Era profundamente consciente de los miembros del Consejo sentados tras él, una bandada de cuervos de traje negro graznándose entre ellos, cada uno más ruidoso que el anterior... todos menos Van Eck, que se había arrellanado profundamente en su asiento con los dedos unidos frente a él y una expresión de suprema satisfacción en el rostro. Matthias podía ver al hombre llamado Pekka Rollins apoyado sobre una columna en la arcada oriental. Sospechaba que el líder de la banda se había situado deliberadamente en la línea de visión de Kaz.

Radmakker exigió orden elevando la voz, con sus penachos de pelo naranja temblando con cada golpe de martillo. Era difícil saber qué había encolerizado más a la sala: la posibilidad de que la subasta estuviera amañada o la aparición del Consejo de Mareas. Kaz aseguraba que nadie conocía las identidades de los Mareas, y si Manos Sucias y el Espectro no habían podido descubrir tal secreto, entonces nadie podría. Al parecer, la última vez que habían aparecido en público había sido veinticinco años antes, para protestar por la propuesta de destrucción de uno de los obeliscos para crear un nuevo astillero. Cuando la votación no salió a su favor, enviaron una enorme oleada que destruyó la Stadhall. El Consejo se marchó y una nueva Stadhall fue construida en el mismo lugar que la anterior, una con menos ventanas y unos cimientos más fuertes. Matthias se preguntó si alguna vez se acostumbraría a tales historias de poder Grisha.

*Tan solo es otra arma. Su naturaleza depende de quién la maneje.* Iba a tener que seguir recordárselo. Los pensamientos de odio eran tan antiguos que se habían convertido en instinto; no eran algo que pudiera curar de la noche a la mañana. Como

Nina con la *parem*, bien podría ser una batalla que durara toda su vida. A esas alturas, ella estaría encargándose de su misión en el Barril. O tal vez la habrían descubierto y arrestado. Le rezó una plegaria a Djel. *Mantenla a salvo mientras yo no puedo.*

Sus ojos se desviaron hasta la delegación fjerdana reunida en los bancos delanteros y los *drüskelle* que allí se encontraban. Conocía a muchos de ellos por su nombre, y desde luego ellos lo conocían a él. Podía sentir el matiz afilado de su desprecio. Un chico lo fulminó con la mirada desde la primera fila, temblando de furia, con los ojos como glaciares y el pelo tan rubio que era casi blanco. ¿De qué desgracias se habrían aprovechado sus comandantes para que tuviera esa expresión en los ojos? Matthias le sostuvo la mirada con firmeza, soportando el embate de su furia. No podía odiar a ese muchacho; había sido él. Al final, el chico de pelo de hielo apartó la mirada.

—¡Esta subasta está aprobada por la ley! —gritó el embajador shu—. ¡No tenéis derecho a detener el proceso!

Los Agitamareas levantaron los brazos. Otra oleada atravesó las puertas abiertas, recorrió el pasillo con un rugido, se elevó en un arco sobre las cabezas de los shu y se quedó flotando ahí.

—Silencio —ordenó la Agitamareas líder. Esperó más protestas y, al no oír ninguna, la oleada retrocedió y se derramó de forma inofensiva por el suelo. Se deslizó por el pasillo como una serpiente plateada—. Hemos recibido noticias de que este proceso ha sido manipulado.

Los ojos de Matthias se clavaron en Sturmhond. Las facciones del corsario apenas reflejaban una expresión de cierta sorpresa, pero incluso desde el escenario el fjerdano podía sentir su miedo y preocupación. Kuwei estaba temblando, con los ojos cerrados, susurrando cosas en shu. Matthias no sabía qué estaría pensando Kaz. Nunca lo tenía demasiado claro.

—Las normas de la subasta son claras —dijo la Agitamareas—. Ni la persona subastada ni sus representantes tienen permitido interferir con el resultado de la subasta. El mercado debe decidir.

Los miembros del Consejo Mercante se pusieron en pie, exigiendo respuestas y congregándose alrededor de Radmakker en la parte delantera del escenario. Van Eck hizo el paripé de gritar con los demás, pero se detuvo junto a Kaz, y Matthias lo oyó murmurar:

—Y yo que pensaba que tendría que revelar tu plan con los ravkanos, pero parece que los Mareas tendrán ese honor. —Su boca se curvó en una sonrisa de satisfacción—. Wylan soportó una buena paliza antes de delataros a ti y a tus amigos —añadió, avanzando hacia el podio—. No sabía que el chico tuviera tanto valor.

—Se creó un fondo falso para estafar a mercaderes honestos y quitarles el dinero —continuó la Agitamareas—. El dinero pasó a uno de los pujadores.

—¡Por supuesto! —dijo Van Eck, fingiendo sorpresa—. ¡Los ravkanos! ¡Todos sabíamos que no tenían fondos para pujar en una subasta como esta! —Matthias

podía oír lo mucho que estaba disfrutando—. Todos sabemos cuánto dinero hemos prestado a la corona ravkana los dos últimos años. Apenas pueden pagar los intereses. No tienen ciento veinte millones de *kruge* listos para pujar en una subasta abierta; Brekker debe de estar trabajando con ellos.

Todos los pujadores se levantaron de sus asientos. Los fjerdanos gritaban pidiendo justicia. Los shu habían comenzado a dar zapatazos y a golpear los bancos. Los ravkanos se encontraban en mitad de la vorágine, rodeados de enemigos por todas partes. Sturmhond, Genya y Zoya se encontraban en el centro, con las barbillas en alto.

—Haz algo —le gruñó Matthias a Kaz—. Esto está a punto de ponerse feo.

La cara de Kaz estaba tan impasible como siempre.

—¿Tú crees?

—Maldita sea, Brekker. Eres...

Los Mareas levantaron los brazos y la iglesia tembló con otro bum resonante. Entró agua por las ventanas del balcón superior. La multitud se acalló, pero el silencio no era completo. Estaba lleno de murmullos furiosos. Radmakker golpeó con su martillo, tratando de recuperar alguna autoridad.

—Si tenéis evidencias contra los ravkanos...

La Agitamareas habló tras su máscara de vapor.

—Los ravkanos no tienen nada que ver con esto. El dinero fue transferido a los shu.

Van Eck pestañeó y entonces cambió de estrategia.

—Bueno, pues entonces Brekker ha hecho alguna clase de trato con los shu.

Al instante, los shu comenzaron a gritar sus negativas, pero la voz de la Agitamareas sonaba más fuerte.

—El fondo falso fue creado por Johannes Rietveld y Jan Van Eck.

La cara del mercader se puso blanca.

—No, eso no es cierto.

—Rietveld es un granjero —tartamudeó Karl Dryden—. Yo mismo lo conocí.

La Agitamareas se giró hacia él.

—Tanto tú como Jan Van Eck fuisteis vistos reunidos con Rietveld en el vestíbulo del Hotel Geldrenner.

—Sí, pero fue para una compra de *jurda*, un negocio totalmente honesto.

—Radmakker —dijo Van Eck—, usted estaba ahí. Se reunió con Rietveld.

Al hombre se le hincharon las fosas nasales.

—No sé nada de ese señor Rietveld.

—Pero yo le vi. Los dos le vimos en el Geldrenner...

—Fui para una presentación de aceites zemeni. Fue muy peculiar, pero ¿qué pasa?

—No —replicó Van Eck, negando con la cabeza—. Si Rietveld está involucrado, Brekker estará detrás. Debe de haber contratado a Rietveld para estafar al Consejo.

—Todos hemos metido dinero en ese fondo a petición suya —dijo otro de los concejales—. ¿Está diciendo que ha desaparecido todo?

—¡Nosotros no sabíamos nada de esto! —replicó el embajador shu.

—Esto es obra de Brekker —insistió Van Eck. Su actitud arrogante había desaparecido, pero su compostura permanecía intacta—. Ese chico no se detendrá ante nada para humillarnos a mí y a los hombres honestos de esta ciudad. Secuestró a mi mujer y a mi hijo. —Hizo un gesto hacia Kaz—. ¿Te imaginé en el Goedmedbridge del Stave Occidental con Alys?

—Por supuesto que no. La recogí de la plaza del mercado tal como me pidió —mintió Kaz con una tranquilidad que hasta Matthias encontró convincente—. Dijo que tenía los ojos vendados y que no vio a la gente que se la llevó.

—¡Tonterías! —dijo el mercader con desdén—. ¡Alys! —gritó hacia el balcón occidental, donde Alys estaba sentada con las manos sobre su gran barriga de embarazada—. ¡Díselo!

Alys negó con la cabeza, con los ojos muy abiertos y desconcertados. Le susurró algo a su doncella, que declaró:

—Sus captores llevaban máscaras, y tuvo los ojos vendados hasta que llegó a la plaza.

Van Eck soltó un resoplido de frustración.

—Bueno, mis guardias desde luego lo vieron con Alys.

—¿Empleados suyos? —preguntó Radmakker con escepticismo.

—¡Fue Brekker quien organizó el encuentro en el puente! —aseguró Van Eck—. Dejó una nota en la casa del lago.

—Ah —dijo Radmakker, con alivio—. ¿Puede mostrarla?

—¡Sí! Pero... no estaba firmada.

—Entonces, ¿cómo sabe que fue Kaz Brekker quien envió la nota?

—Dejó una aguja de corbata...

—¿La aguja de corbata de Brekker?

—No, era mía, pero...

—Entonces, no tiene ninguna prueba en absoluto de que Kaz Brekker secuestrara a su mujer. —La paciencia de Radmakker estaba al límite—. ¿El asunto de su hijo desaparecido es igual de endeble? Toda la ciudad lo ha estado buscando, se han ofrecido recompensas. Rezo porque su evidencia sea más fuerte en ese caso.

—Mi hijo...

—Estoy justo aquí, padre.

Todos los ojos de la sala se dirigieron hacia el arco junto al escenario. Wylan se encontraba apoyado contra la pared. Tenía la cara ensangrentada, y apenas parecía capaz de mantenerse en pie.

—Por la mano de Ghezen —se quejó Van Eck entre dientes—. ¿Es que nadie puede hacer su trabajo?

—¿Dependía de los hombres de Pekka Rollins? —preguntó Kaz con su voz baja y áspera.

—Eh...

—Y, ¿seguro que eran los hombres de Pekka? Si uno no es del Barril, puede resultarle difícil distinguir a los leones de los cuervos. Un animal es igual que otro.

Matthias no pudo evitar la oleada de satisfacción que sintió al ver cómo Van Eck lo comprendía. Kaz había sabido que no tenía forma de meter a Wylan en la iglesia sin que Van Eck o los Leones Moneda lo descubrieran, así que había organizado un secuestro. Dos de los Despojos, Anika y Keeg, con sus bandas en los brazos y sus tatuajes falsos, simplemente se habían acercado a la *stadwatch* con su prisionero para decirles que fueran a buscar a Van Eck. Cuando este llegó a la capilla, ¿qué fue lo que vio? A su hijo, atrapado por dos miembros de una banda que llevaban la insignia de los Leones Moneda de Pekka. Sin embargo, Matthias no esperaba que le hicieran tanto daño a Wylan. A lo mejor tendría que haber fingido rendirse antes.

—¡Ayúdalo! —le gritó Radmakker a un oficial de la *stadwatch*—. ¿No ves que el chico está herido?

El oficial fue junto a Wylan y lo ayudó a caminar cojeando hacia una silla mientras el *medik* se apresuraba a acercarse para atenderlo.

—¿Wylan Van Eck? —preguntó Radmakker, y el muchacho asintió con la cabeza—. ¿El muchacho por el que hemos estado registrando toda la ciudad?

—Escapé tan pronto como pude.

—¿De Brekker?

—De Rollins.

—¿Pekka Rollins te secuestró?

—Sí —respondió Wylan—. Hace semanas.

—Basta de mentiras —siseó Van Eck—. Diles lo que me contaste. Cuéntales lo de los ravkanos.

Wylan levantó la cabeza con cansancio.

—Diré lo que quieras, padre. Pero no dejes que me sigan haciendo daño.

Un jadeo se elevó desde el público. Los miembros del Consejo Mercante estaban mirando a Van Eck con abierta repulsión.

Matthias tuvo que ahogar un resoplido.

—¿Le ha estado dando clases Nina? —susurró.

—A lo mejor es un mentiroso nato —replicó Kaz.

—Brekker es el criminal —dijo Van Eck—. ¡Brekker está detrás de esto! Todos lo vieron en mi casa la otra noche. Se coló en mi despacho.

—¡Es cierto! —aseguró Karl Dryden, ansioso.

—Por supuesto que estábamos allí —asintió Kaz—. Van Eck nos invitó para llegar a un acuerdo por el contrato de Kuwei Yul-Bo. Nos dijo que nos encontraríamos con el Consejo Mercante, pero Pekka Rollins nos estaba esperando para tendernos una emboscada.



—¿Estás diciendo que violó una negociación de buena fe? —preguntó uno de los concejales—. Parece improbable.

—Pero todos vimos allí también a Kuwei Yul-Bo —señaló otro—, aunque en ese momento no sabíamos quién era.

—He visto el cartel ofreciendo una recompensa por un chico shu que encaja con la descripción de Kuwei —añadió Kaz—. ¿Quién proporcionó la descripción?

—Bueno... —El mercader dudó, y Matthias podía ver la sospecha enfrentándose a su reticencia a creer la acusación. Se giró hacia Van Eck y su voz sonó casi esperanzada cuando dijo—: ¿No sabías que el chico shu al que describías era Kuwei Yul-Bo?

Ahora Karl Dryden estaba negando con la cabeza, con más incredulidad que negación.

—También fue Van Eck quien nos empujó a unirnos al fondo de Rietveld.

—Todos estábamos igual de dispuestos —protestó él.

—Yo quería investigar al comprador secreto que compraba las granjas de *jurda* en Novyi Zem. Usted dijo... —Dryden se detuvo, con los ojos y la boca muy abiertos—. ¡Fue usted! ¡Usted era el comprador secreto!

—Por fin —murmuró Kaz.

—No puede creer que querría estafar a mis propios amigos y vecinos —imploró Van Eck—. ¡Yo invertí mi propio dinero en ese fondo! Tenía tanto que perder como el resto.

—No si hizo un trato con los shu —señaló Dryden.

Radmakker dio un golpe más con su martillo.

—Jan Van Eck, como mínimo, ha despilfarrado los recursos de esta ciudad persiguiendo acusaciones infundadas. Y en el peor de los casos, ha abusado de su posición como concejal, intentado defraudar a sus amigos, y violado la integridad de esta subasta. —Negó con la cabeza—. La subasta ha sido alterada. No puede continuar hasta que determinemos si algún miembro del Consejo ha dirigido a sabiendas fondos a alguno de los pujadores.

El embajador shu comenzó a gritar. Radmakker dio un golpe con su martillo.

Entonces, todo pareció ocurrir a la vez. Tres *drüskelle* fjerdanos se lanzaron hacia el escenario, y la *stadwatch* se precipitó a bloquearles el camino. Los soldados shu avanzaron. Los Agitamareas levantaron las manos, y entonces, por encima de todo, como el grito agudo de una mujer en duelo, la sirena de la plaga comenzó a sonar.

La iglesia se quedó en silencio. La gente se detuvo, con las cabezas en alto y los oídos concentrados en el sonido, un sonido que llevaban más de siete años sin oír. Incluso en la Puerta del Infierno, los prisioneros contaban historias de la Plaga de la Dama de la Reina, la última gran oleada de enfermedad que había golpeado Ketterdam, las cuarentenas, los barcos de enfermos, los cuerpos apilándose en las calles más deprisa de lo que los encargados podían recogerlos y quemarlos.

—¿Qué es eso? —preguntó Kuwei.

La comisura de la boca de Kaz se curvó.

—Eso, Kuwei, es el sonido de la muerte cuando se acerca.

Un momento después, la sirena apenas podía oírse ya por encima de los gritos mientras la gente se lanzaba hacia las puertas dobles de la iglesia. Nadie se dio cuenta siquiera de cuando sonó el primer disparo.



La rueda giraba, sus paneles dorados y verdes daban vueltas con tanta rapidez que se convirtieron en un solo color. Entonces redujo la velocidad, se detuvo, y el número que apareció debió de ser bueno, porque la gente vitoreó. El palacio de juegos era incómodamente caluroso, y a Nina le picaba el cuero cabelludo bajo la peluca. Tenía una forma de campana poco atractiva, y la había complementado con un vestido desaliñado. Por una vez, no quería llamar la atención.

Había pasado desapercibida en su primera parada en el Stave Occidental, y en la segunda, y entonces había cruzado al Stave Oriental, haciendo lo que podía por moverse sin ser vista entre la multitud. Aunque los controles y los bloqueos lo ponían difícil, estaba claro que la gente no pensaba renunciar a sus placeres. Había hecho una visita a un palacio de juegos a solo unas manzanas al sur, y ahora su trabajo ya casi había terminado. Kaz había escogido los establecimientos con cuidado. Aquel sería su cuarto y último destino.

Mientras sonreía y vitoreaba con los demás jugadores, abrió el frasco de cristal de su bolsillo y se concentró en las células negras en su interior. Podía sentir ese frío profundo que irradiaba de allí, la sensación de algo más, alguna otra cosa que le hablaba al poder en su interior. Dudó solo brevemente, recordando con demasiada claridad el frío de la morgue, el hedor de la muerte. Recordaba estar de pie sobre el cuerpo del hombre muerto, concentrándose en la piel decolorada alrededor de su boca.

Al igual que una vez había utilizado su poder para sanar o desgarrar la piel, o incluso ruborizar las mejillas de alguien, se había concentrado en esas células en descomposición y había llevado un delgado hilo de tejido necrótico al frasco de

cristal. Lo había metido en un saquito de terciopelo negro, y ahora, de pie en medio de aquel público estridente, observando cómo giraban los colores felices de la rueda, podía sentir su peso, balanceándose desde su muñeca hasta un cordel plateado.

Se inclinó para hacer una apuesta. Con una mano, dejó las fichas sobre la mesa. Con la otra, abrió el frasco de cristal.

—¡Deséame suerte! —le dijo al encargado de la rueda, permitiendo que la bolsa abierta le rozara la mano y enviando esas células moribundas por sus dedos, dejando que se multiplicaran sobre su piel sana.

Cuando el encargado llevó la mano a la rueda, sus dedos estaban negros.

—¡Tu mano! —exclamó una mujer—. Tienes algo en ella.

Él se frotó los dedos en su chaqueta verde bordada, como si tan solo fuera tinta o polvo de carbón. Nina flexionó los dedos y las células treparon por la manga del hombre hasta el cuello de su camisa, y entonces explotaron en una mancha negra por un lateral de su cuello, curvándose bajo su mandíbula hasta el labio inferior.

Alguien gritó y los jugadores se alejaron de él, que miraba confuso a su alrededor. Los jugadores de otras mesas apartaban la vista de sus cartas y dados, irritados. El jefe del casino y sus esbirros estaban dirigiéndose hacia ellos, preparados para acabar con cualquier pelea o problema que estuviera interrumpiendo los juegos.

Oculto por la multitud, Nina movió el brazo por el aire y un puñado de células saltó a una mujer con perlas de aspecto caro que se encontraba junto al encargado de la rueda. Un estallido negro apareció en su mejilla, una pequeña y fea araña que bajó ondeando por su barbilla y por la columna de su garganta.

—¡Olena! —gritó su fornido acompañante—. ¡Tu cara!

Ahora los gritos se estaban extendiendo mientras Olena se arañaba el cuello, tropezando mientras avanzaba en busca de un espejo y los demás clientes se desperdigaban ante ella.

—¡Ha tocado al encargado! ¡También lo ha pillado!

—¿Qué ha pillado?

—¡Apártate de mi camino!

—¿Qué está pasando aquí? —exigió saber el jefe del casino, poniéndole una mano sobre el hombro al encargado de la rueda.

—¡Ayúdame! —suplicó él, levantando las manos—. Algo va mal.

El jefe vio las manchas negras en su cara y en sus manos y retrocedió con rapidez, pero ya era demasiado tarde. La mano con la que le había tocado el hombro se volvió de un feo púrpura negruzco, y ahora él también estaba gritando.

Nina observó el terror tomando su propio impulso, corriendo por el suelo de la sala de juegos como un borracho furioso. Los jugadores derribaban sus sillas, dando trapiés hacia las puertas, cogiendo fichas incluso mientras corrían por salvar la vida. Las mesas se volcaban, las cartas se desperdigaban, y los dados traqueteaban contra el suelo. La gente corría hacia las puertas, empujándose entre ellos para apartar a los demás. Nina fue con ellos, dejándose llevar por la multitud mientras huían del salón

de juegos y salían a la calle. Había sido igual en todas sus paradas, el miedo que sangraba con lentitud hasta crecer de pronto en un pánico total. Y ahora, al fin, la oyó: la sirena. Su lamento ondulante descendía sobre el Stave, subiendo y bajando, reverberando en los tejados y adoquines de Ketterdam.

Los turistas se miraban entre ellos con ojos interrogativos, pero los nativos (los actores, repartidores de cartas, dueños de las tiendas y jugadores de la ciudad) se transformaron al instante. Kaz le había dicho que conocerían el sonido, que le prestarían atención como niños a quienes un padre severo llamara de vuelta a casa.

Kerch era una isla, aislada de sus enemigos, protegida por los mares y su inmensa fuerza naval. Pero las dos cosas a las que su capital era más vulnerable eran el fuego y la enfermedad. Y al igual que el fuego saltaba con facilidad entre los tejados bien juntos de la ciudad, una plaga pasaba sin esfuerzo de un cuerpo a otro, a través de las grandes multitudes y el espacio abarrotado. Como los cotilleos, nadie sabía con exactitud dónde comenzaba y cómo se movía con tanta rapidez, solo que así era, a través del aliento y el tacto, transportada por el aire o a través de los canales. Los ricos sufrían menos, capaces de quedarse recluidos en sus grandes casas o jardines, o de huir de la ciudad por completo. Los pobres infectados quedaban en cuarentena en hospitales improvisados o barcasas lejos del puerto. Una plaga no podía detenerse con pistolas y dinero. No se podía razonar con ella ni rezar para que se alejara.

Solo los más jóvenes de Ketterdam no tenían recuerdos claros de la Plaga de la Dama de la Reina, ni de los barcos de enfermos avanzando por los canales, pilotados por hombres de largos remos. Los que la habían sobrevivido habían perdido a un hijo o a un padre, algún hermano o hermana, un amigo o un vecino. Recordaban las cuarentenas, el terror que ocasionaba hasta el contacto humano más básico.

Las leyes sobre la plaga eran simples y férreas: cuando sonaba la sirena, todos los civiles debían regresar a sus casas. Los oficiales de la *stadwatch* debían reunirse en puestos separados por toda la ciudad: en caso de infección, aquel era un medio para intentar evitar que se extendiera por toda la fuerza. Los enviaban solo para detener a los saqueadores, y a esos hombres se les pagaba el triple por arriesgarse a patrullar las calles. El comercio se detenía, y solo los barcos de enfermos, sus encargados y los *mediks* tenían libertad en la ciudad.

*Yo sé a qué tienen más miedo en esta ciudad que a los shu, los fjerdanos y todas las bandas del Barril juntas.* Kaz tenía razón. Las barricadas, los bloqueos, las comprobaciones de papeles, todo quedaría abandonado al llegar la plaga. Por supuesto, ninguna de esas personas estaba enferma de verdad, pensó Nina mientras corría por el puerto. La carne necrótica no se extendería más de lo que Nina la había injertado en sus cuerpos. Tendrían que quitársela, pero nadie enfermaría ni moriría. Como mucho, tendrían que pasar unas semanas de cuarentena.

Nina mantuvo la cabeza gacha y su capucha en alto. Aunque ella había sido la causa de todo, y aunque sabía que la plaga era pura ficción, notaba su corazón galopante a causa de la histeria que burbujeaba a su alrededor. La gente lloraba,

empujándose y gritando, discutiendo por el espacio en los barcos. Era el caos. Un caos creado por ella.

*Yo he hecho esto, pensó perpleja. Yo controlé a esos cadáveres, esos trozos de hueso, esas células moribundas. ¿En qué la convertía eso? Si algún Grisha había tenido alguna vez tal poder, ella nunca lo había oído. ¿Qué pensarían los demás Grisha de ella? ¿Sus compañeros Corporalki, los Mortificadores y Sanadores? Estamos atados al mismo poder de la existencia, la creación en el corazón del mundo. A lo mejor debería sentirse avergonzada, tal vez incluso asustada. Pero no estaba hecha para la vergüenza.*

*A lo mejor Djel extinguió una luz y encendió otra. A Nina le daba igual si era Djel, los Santos o una brigada de gatitos que lanzaban fuego por la boca: mientras corría hacia el este, se dio cuenta de que, por primera vez en una eternidad, se sentía fuerte. Su respiración era tranquila, y el dolor de sus músculos se había atenuado. Estaba famélica. El ansia de *parem* parecía distante, como un recuerdo del hambre real.*

Nina había sufrido por su pérdida de poder, por su conexión con el mundo. Había llegado a aborrecer ese sombrío don. Parecía una farsa, un castigo. Pero al igual que la vida lo conectaba todo, la muerte también lo hacía. Era como un río infinito que fluía con rapidez. Había metido los dedos en la corriente, había sujetado aquel remolino de poder en su mano. Era la Reina del Duelo y, en sus profundidades, jamás se ahogaría.



**I**nej vio el movimiento de la mano de Dunyasha y oyó una especie de aleteo. Después, sintió que algo le rebotaba en el hombro y atrapó la estrella plateada antes de que cayera al suelo. Había acudido preparada esa vez. Jesper la había ayudado a coser parte del relleno de uno de los colchones de la suite a su túnica y su chaleco. Los años en la granja remendando camisas y calcetines lo habían vuelto sorprendentemente hábil con una aguja, así que Inej no iba a hacer de diana para la Hoja Blanca otra vez.

Saltó hacia delante y corrió hacia su oponente, con los pies seguros sobre ese tejado en el que había pasado tantísimas horas. Le lanzó la estrella a Dunyasha, que la esquivó con facilidad.

—Mis propias hojas no me traicionarían —la reprendió, como amonestando a una niña pequeña.

Pero Inej no necesitaba alcanzarla, tan solo distraerla. Movié la mano como si fuera a lanzar otra y, mientras Dunyasha seguía el movimiento, Inej saltó y dejó que el impulso la llevara más allá de su oponente. Se agachó, con los cuchillos en las manos, y rajó la pantorrilla de la mercenaria.

Inej volvió a levantarse en un momento y retrocedió junto a una de las columnas de la iglesia, con los ojos fijos en Dunyasha. Pero ella solo se rio.

—Estás logrando que me divierta, Espectro. No puedo recordar la última vez que alguien me hizo sangrar primero.

Dunyasha saltó hacia la columna de modo que ambas quedaron cara a cara, las dos con los cuchillos listos. La mercenaria se lanzó hacia delante con fuerza, atacando, pero esa vez Inej no se permitió seguir los instintos que había luchado tan duro por aprender en las calles de Ketterdam. En lugar de eso, respondió como lo

haría una acróbata. Cuando el trapecio se acercaba hacia ti, no tratabas de esquivarlo: ibas hacia él.

Inej se agachó cerca, al alcance de Dunyasha, como si fueran compañeras de baile, y usó el movimiento del ataque de su oponente para desequilibrarla. Volvió a atacar con el cuchillo, rajándole la otra pantorrilla a la chica.

Esa vez, Dunyasha siseó.

*Mejor que una risa*, pensó Inej.

La mercenaria giró con rapidez en un movimiento compacto, girando sobre los dedos de sus pies como una daga sobre su punta. Si sentía algún dolor, no lo mostró. Sus manos tenían ahora dos dagas curvadas, que se movían en un ritmo sinuoso mientras seguía a Inej por el metal.

Inej sabía que no podía avanzar hacia esas dagas. *Pues rompe el ritmo*, se dijo. Dejó que Dunyasha la persiguiera, cediendo terreno, retrocediendo por la columna hasta que vio la sombra de un alto pináculo tras ella. Fintó hacia la derecha, animando a su oponente a impulsarse hacia delante. En lugar de corregir la finta y conservar el equilibrio, Inej siguió dejándose caer hacia la derecha. En el mismo movimiento, envainó los cuchillos, se sujetó al pináculo con una mano y balanceó su cuerpo hasta el otro lado. Ahora, el pináculo estaba entre ellas. Dunyasha gruñó con frustración mientras sus dagas golpeaban el metal.

Inej saltó de una columna a otra, corriendo por el tejado hasta la columna de metal más gruesa, y entonces la siguió por la cúpula de la catedral. Era como caminar sobre el lomo de una gran criatura marina.

Dunyasha la siguió, y a Inej no le quedó más remedio que admirar que sus movimientos fueran igual de suaves y gráciles con dos pantorrillas sangrando.

—¿Vas a volver corriendo hasta la caravana, Espectro? Sabes que es solo cuestión de tiempo que esto termine y se haga justicia.

—¿Justicia?

—Eres una asesina y una ladrona. Fui elegida para librar al mundo de la gente como tú. Puede que un criminal me pague el sueldo, pero nunca he tomado una vida inocente.

Aquella palabra hizo sonar una nota discordante dentro de Inej. ¿Era inocente? Se arrepentía de las vidas que había tomado, pero volvería a tomarlas para salvar su propia vida, las vidas de sus amigos. Había robado. Había ayudado a Kaz a chantajear a hombres buenos y malos. ¿Podía decir que las elecciones que había tomado eran las únicas que se le habían presentado?

Dunyasha se acercó, con la llama de su pelo brillante contra el cielo azul, y la piel casi del mismo marfil que la fina ropa que llevaba. En algún lugar muy por debajo de sus pies, la subasta continuaba en la catedral, con sus participantes ajenos a la batalla que se libraba arriba. Allí, el sol brillaba con fuerza, como una moneda recién acuñada, y el viento corría por las columnas y las agujas del tejado en un leve



gemido. *Inocencia*. La inocencia era un lujo, e Inej no creía que sus Santos la exigieran.

Sacó los cuchillos una vez más. *Sankt Vladimir, Sankta Alina, protegedme*.

—Qué bonitos —dijo Dunyasha, y sacó dos dagas largas y rectas de las vainas de su cintura—. Voy a hacerme un nuevo cuchillo con tu tibia como mango. Será tu honor servirme en la muerte.

—Jamás te serviré —replicó Inej.

Dunyasha se lanzó hacia ella.

Inej permaneció cerca, usando cada oportunidad para mantenerse en el punto de mira de la mercenaria, pero sin dejar que la alcanzara. Era más fuerte que cuando se enfrentaron sobre la cuerda, estaba bien descansada, bien alimentada. Pero seguía siendo una chica entrenada en las calles, no en las torres de algún monasterio shu.

El primer error de Inej fue retroceder con lentitud. Pagó por ello con un profundo tajo en el bíceps izquierdo. El corte atravesó el relleno y le dificultó sujetar bien el cuchillo de su mano izquierda. Su segundo error fue dar demasiada fuerza a un golpe ascendente. Se inclinó demasiado, y sintió el cuchillo de Dunyasha rozándole las costillas. Esa vez fue un corte superficial, pero había estado cerca.

Ignoró el dolor y se concentró en su oponente, recordando lo que le había dicho Kaz. *Busca sus pistas. Todos las tienen*. Pero los movimientos de Dunyasha parecían impredecibles. Estaba igual de cómoda con la mano izquierda que con la derecha, no daba preferencia a ningún pie, y esperaba hasta el último momento para atacar, sin dar ninguna indicación anticipada de su intención. Era extraordinaria.

—¿Te estás cansando, Espectro?

Inej no dijo nada, conservando su energía. Aunque la respiración de Dunyasha parecía tranquila y constante, Inej podía sentir que a ella empezaba a costarle un poco. No era gran cosa, pero sí suficiente para dar ventaja a la mercenaria. Entonces lo vio: una ligera subida en el pecho de Dunyasha, seguida de un ataque. Otra subida, y entonces otro ataque. La pista estaba en su respiración. Respiraba hondo antes de atacar.

*Ahí*. Inej esquivó a la izquierda y golpeó con rapidez, una cuchillada rápida en el costado de Dunyasha. *Ahí*. Inej volvió a atacar, y la sangre fluyó por el brazo de su enemiga.

Inej se apartó y esperó mientras la chica avanzaba. A la mercenaria le gustaba esconder sus ataques directos con otro movimiento, el giro de sus cuchillos, una floritura innecesaria. Hacía que fuera difícil anticiparse, pero de pronto estaba ahí. La inhalación rápida. Inej se tiró al suelo y le dio una patada con la pierna izquierda, de modo que desequilibró a la mercenaria. Aquella era su oportunidad. Se puso en pie y usó el impulso ascendente y el descenso de Dunyasha para clavar su hoja bajo la protección de cuero que cubría el esternón de la chica.

Sintió sangre en las manos mientras sacaba el cuchillo y Dunyasha soltaba un gruñido aturdido. La chica la estaba mirando, aferrándose el pecho con una mano.

Entrecerró los ojos. Seguía sin haber miedo en ellos, solo un fuerte y brillante resentimiento, como si Inej hubiera estropeado una fiesta importante.

—La sangre que derramas es la sangre de los reyes —dijo con furia—. No eres digna de tal honor.

Inej casi sentía lástima por ella. Dunyasha realmente creía que era la heredera Lantsov, y a lo mejor lo era. Pero ¿no era eso lo que soñaban todas las chicas? ¿Despertar y encontrarse siendo princesas? ¿O bendecidas con poderes mágicos y un gran destino? A lo mejor había gente que vivía esas vidas. A lo mejor esa chica era una de ellas. *Pero ¿qué nos pasa a los demás?* ¿Qué pasaba con los irrelevantes, los que no eran nada, las chicas invisibles? *Aprendemos a mantener la cabeza alta como si lleváramos coronas. Aprendemos a sacar la magia de lo corriente.* Así era como sobrevivías cuando no eras la elegida, cuando no había sangre real en tus venas. Cuando el mundo no te debía nada, le exigías algo de todos modos.

Inej levantó una ceja y se secó con lentitud la sangre de los reyes en sus pantalones.

Dunyasha gruñó y se lanzó hacia Inej, atacando y lanzando cuchilladas con un mano y la otra apretándose la herida, tratando de detener el sangrado. Era evidente que había entrenado para luchar con una sola mano. *Pero nunca ha tenido que luchar con una herida,* comprendió Inej. *A lo mejor los monjes se saltaron la lección.* Y ahora que estaba herida, su pista era todavía más obvia.

Se habían acercado a la punta de la columna principal de la iglesia. Las espirales estaban sueltas en algunos lugares allí, e Inej ajustó los pies en consecuencia, esquivando ahora con facilidad los ataques de Dunyasha, moviéndose a la derecha y a la izquierda, obteniendo pequeñas victorias, un corte aquí, un golpe allá. Era una guerra de erosión, y la mercenaria estaba perdiendo sangre con rapidez.

—Eres mejor de lo que pensaba —jadeó Dunyasha, sorprendiendo a Inej al admitirlo. Tenía los ojos apagados por el dolor, y la mano en su esternón estaba resbaladiza y roja. Pero su postura seguía recta, y su equilibrio firme mientras se encontraban a solo un par de metros de distancia, de pie sobre la alta columna de metal.

—Gracias —respondió Inej. Las palabras sonaban falsas en su boca.

—No hay ninguna vergüenza en enfrentarse a un oponente digno. Significa que hay más que aprender, un recordatorio bienvenido para buscar la humildad.

La chica bajó la cabeza y envainó el cuchillo. Se puso un puño sobre el corazón en señal de saludo. Inej esperó, sin bajar la guardia. ¿Estaba hablando en serio la chica? Aquella no era la forma de terminar una pelea en el Barril, pero estaba claro que la mercenaria seguía su propio código. Inej no quería verse obligada a matarla, sin importar lo desalmada que pareciera.

—He aprendido la humildad —dijo Dunyasha, con la cabeza inclinada—. Y ahora tú aprenderás que algunos han nacido para servir. Y algunos han nacido para gobernar.

Levantó la cara de golpe. Abrió la palma y soltó una brusca bocanada de aire.

Inej vio una nube de polvo rojo y retrocedió, pero ya era demasiado tarde. Le ardían los ojos. ¿Qué era? No importaba; estaba ciega. Oyó el sonido de una hoja desenvainándose y sintió el corte de un cuchillo. Retrocedió por la columna, luchando por mantenerse en pie.

Las lágrimas corrían por su rostro mientras trataba de limpiarse el polvo de los ojos. Dunyasha no era más que una sombra borrosa enfrente de ella. Inej tenía su cuchillo por delante, tratando de crear distancia entre ellas, y sintió que la daga de la mercenaria le cortaba el antebrazo. El cuchillo de Inej se le deslizó de entre los dedos y cayó al tejado. *Sankta Alina, protégame.*

Pero tal vez los Santos habían escogido a Dunyasha como su emisaria. A pesar de las oraciones y la penitencia de Inej, tal vez el juicio había llegado por fin.

*No lo siento*, comprendió. Había escogido vivir libremente como asesina en vez de morir en silencio como esclava, y no podía arrepentirse de ello. Iría ante sus Santos con el espíritu en paz y la esperanza de que la recibieran.

El siguiente ataque le cortó los nudillos. Inej dio otro paso hacia atrás, pero sabía que se estaba quedando sin espacio. Dunyasha iba a tirarla por el borde.

—Te lo he dicho, Espectro. No tengo miedo. En mi sangre fluye la sangre de cada reina y conquistadora que hubo antes de mí.

El pie de Inej se enganchó en el borde de una de las espirales de metal, y entonces lo comprendió. No tenía el entrenamiento de su oponente, ni su educación, ni su fina ropa blanca. Jamás sería tan despiadada, y no podía desear serlo. Pero conocía aquella ciudad por completo. Era la fuente de su sufrimiento, el lugar que había puesto a prueba su fuerza. Le gustara o no, Ketterdam (la brutal, sucia e implacable Ketterdam) se había convertido en su hogar. Y la iba a defender. Conocía sus tejados tal como conocía las escaleras chirriantes del Listón, tal como conocía los adoquines y callejones del Stave. Conocía cada centímetro de aquella ciudad como un mapa de su corazón.

—La chica que no teme a nada —jadeó Inej mientras la forma de la mercenaria se tambaleaba ante ella.

Dunyasha hizo una reverencia.

—Adiós, Espectro.

—Entonces, conocerás el temor antes de morir.

Inej se apartó a un lado, equilibrándose sobre un pie mientras la bota de Dunyasha pisaba la espiral de metal suelta.

Si la mercenaria no hubiera estado sangrando, tal vez habría prestado más atención al terreno. Si no hubiera estado tan ansiosa, tal vez podría haberse estabilizado.

En lugar de eso, resbaló y se inclinó hacia delante. Inej vio a Dunyasha a través del borrón de sus lágrimas. Quedó colgando durante un momento, con la silueta recortada contra el cielo y los dedos de los pies buscando sujeción, con los brazos

extendidos sin nada que agarrar, una bailarina preparada para saltar, con los ojos y la boca muy abiertos por la sorpresa.

Incluso en ese último momento, parecía una chica de una historia, destinada a la grandeza. Era una reina sin misericordia, una figura tallada en marfil y ámbar.

Dunyasha cayó en silencio, disciplinada hasta el final.

Inej miró con cautela por el lateral del tejado. Muy por debajo, la gente estaba gritando. El cuerpo de la mercenaria yacía como una flor blanca en un campo de rojo que se extendía.

—Ojalá causes algo más que miseria en tu próxima vida —murmuró Inej.

Necesitaba moverse. La sirena no había sonado todavía, pero sabía que iba tarde. Jesper la estaría esperando. Corrió por el tejado de la catedral, volviendo por el pulgar de Ghezen hasta la capilla. Tomó la cuerda de escalada y el rifle de Jesper de donde lo había escondido entre dos espirales. Mientras escalaba la cúpula y metía la cabeza en la capilla naranja, tan solo podía rezar por no llegar demasiado tarde. Pero Jesper no estaba por ninguna parte.

Inej estiró el cuello, buscando en la capilla vacía.

Necesitaba localizar a Jesper. Kuwei Yul-Bo tenía que morir esa noche.



l Consejo de Mareas había llegado con todo su esplendor, y Jesper no podía evitar acordarse de la *Komedie Brute*. ¿Y si aquello no era más que una obra que había organizado Kaz con el pobre incauto de Kuwei como estrella principal?

Pensó en Wylan, que podría conseguir por fin justicia para su madre, en su propio padre esperando en la panadería. Se arrepentía de la pelea que habían tenido. Aunque Inej había dicho que los dos se alegrarían de dejar las cosas claras, Jesper no estaba tan seguro. Le encantaban las peleas directas, pero intercambiar palabras duras con su padre había dejado un bulto en sus tripas como si fueran gachas en mal estado. Llevaban tanto tiempo *no* hablando de las cosas que decir la verdad parecía haber roto alguna clase de hechizo: no una maldición, sino un conjuro de protección, un amuleto que mantenía a todos a salvo, de los que protegían un reino entero. Hasta que un idiota como él llegaba y usaba ese bonito amuleto para practicar puntería.

En cuanto los Mareas avanzaron por el pasillo, Jesper se apartó de la delegación zemeni y se dirigió hacia el pulgar de la iglesia. Sus movimientos eran lentos, y le dio la espalda a los guardias que había junto a las paredes, fingiendo que estaba tratando de ver mejor el espectáculo.

Cuando llegó al arco que marcaba la entrada a la nave del pulgar, dirigió sus pasos hacia las puertas principales de la catedral, como si fuera a salir.

—Atrás, por favor —dijo uno de los oficiales de la *stadwatch*, siendo educado con el visitante extranjero incluso mientras estiraba el cuello para ver lo que estaba pasando con el Consejo de Mareas—. Las puertas deben permanecer despejadas.

—No me encuentro bien —aseguró Jesper, aferrándose el estómago y poniendo un poco de acento zemeni—. Le ruego que me deje pasar.

—Me temo que no, señor.

¡Señor! Cuanta cortesía para cualquiera que no fuera una rata del Barril.

—No lo entiende —dijo Jesper—. Necesito aliviarme con urgencia. Cené anoche en un restaurante... ¿La Olla de Sten?

El oficial hizo una mueca.

—¿Por qué ha ido allí?

—Estaba en una de las guías turísticas.

En realidad, era uno de los peores restaurantes de Ketterdam, pero también uno de los más baratos. Como estaba abierto a todas horas y era tan asequible, Sten era una de las pocas cosas que tenían en común los rufianes del Barril y los oficiales de la *stadwatch*. Casi todas las semanas, alguien informaba de algún desagradable problema en las tripas gracias a Sten y su olla dejada de la mano de los Santos.

El soldado negó con la cabeza e hizo una señal a los guardias que había en el arco. Uno de ellos se acercó trotando.

—Este desgraciado ha ido a Sten. Si lo dejas salir por la parte delantera, el capitán lo verá. ¿Lo llevas por la capilla?

—¿Por qué demonios ha comido en Sten? —preguntó el otro guardia.

—Mi jefe no me paga bien —dijo Jesper.

—Eso me suena —replicó el guardia, y lo condujo hacia el arco.

Simpatía, camaradería. *Voy a fingir ser un turista más a menudo*, pensó Jesper. *Puedo abstenerme de algunos chalecos bonitos si los soldados se portan tan bien conmigo.*

Mientras pasaban bajo el arco, Jesper se fijó en la escalera en espiral construida en ella. Llevaba a la arcada superior, y desde allí tendría una vista clara del escenario. Habían prometido no dejar que Kuwei se metiera en un desastre y, aunque el chico era problemático, Jesper no iba a fallarle.

Con discreción, Jesper consultó el reloj mientras avanzaban hacia las capillas al final del pulgar. A las cuatro campanadas, Inej estaría esperando en la cúpula de la capilla naranja para bajarle el rifle.

—Oh —gruñó Jesper, esperando que el guardia acelerara el paso—. No sé si voy a llegar.

Él hizo un pequeño sonido de repulsión y aumentó la velocidad.

—¿Qué ha pedido, amigo?

—El plato especial.

—*Nunca* hay que pedir el plato especial. Tan solo recalientan lo que les quede del día anterior. —Llegaron a la capilla, y el guardia dijo—: Puede pasar por esta puerta. Hay una cafetería enfrente.

—Gracias —respondió Jesper, y entonces enganchó el brazo alrededor del cuello del guardia y aplicó presión hasta que su cuerpo se quedó flojo. Cogió las tiras de cuero de alrededor de sus muñecas, ató las manos del guardia detrás de su espalda, y

le metió en la boca el pañuelo que llevaba al cuello. Escondió el cuerpo detrás del altar—. Que duermas bien.

Se sentía mal por él. No lo suficiente como para despertarlo y desatarlo, pero aun así...

Oyó un *bum* desde la catedral y miró desde la nave. Como el pulgar estaba construido a una altura ligeramente superior que la catedral, lo único que podía ver era la parte superior de las cabezas de las últimas filas, pero sonaba como si los Mareas estuvieran montando un buen alboroto. Comprobó el reloj una vez más y empezó a subir las escaleras.

Una mano le agarró el cuello de la camisa y tiró de él hacia atrás.

Golpeó el suelo de la capilla con fuerza, perdiendo el aire por completo. Su atacante se encontraba en la base de las escaleras, mirándolo con ojos dorados.

Su ropa era distinta de cuando Jesper lo había visto saliendo de la Casa de la Rosa Blanca, en el Stave Occidental. Ahora el soldado Kherguud llevaba un uniforme de un verde militar sobre los anchos hombros. Sus botones relucían, y su pelo negro estaba recogido en una coleta alta, revelando un cuello tan grueso como un jamón. Parecía lo que era de verdad: un arma.

—Me alegra que te hayas vestido para la ocasión —jadeó Jesper, todavía tratando de recuperar el aliento.

El soldado shu inhaló profundamente, con las fosas nasales hinchándose, y sonrió.

Jesper se arrastró hacia atrás, y el soldado lo siguió. Jesper se maldijo por no haberle quitado la pistola al oficial de la *stadwatch*. Era pequeña y no serviría de mucho en la distancia, pero sería mejor que nada con un gigante mirándolo desde arriba.

Se puso en pie de un salto y recorrió la nave corriendo. Si llegaba hasta la catedral... tendría que dar algunas explicaciones. Pero el soldado shu no lo atacaría en mitad de la subasta, ¿verdad?

No iba a averiguarlo. El soldado se estampó contra él desde atrás y lo tiró al suelo. La catedral parecía imposiblemente lejana, y el clamor de la subasta y el Consejo de Mareas era un eco distante que rebotaba en las altas paredes de piedra. Acción y eco, pensó de forma absurda mientras el soldado le daba la vuelta.

Jesper se retorció como un pez, esquivando el agarre del corpulento hombre, agradecido de tener la constitución de una garza con una dieta estricta. Volvió a ponerse en pie, pero el soldado era rápido a pesar de su tamaño. Lanzó a Jesper contra la pared, y este soltó un grito de dolor, preguntándose si se habría roto una costilla. *Eso es bueno. Estimula el hígado.*

No podía pensar con coherencia con ese tonto grandullón zarandeándolo.

Jesper vio que el gigante echaba el puño hacia atrás, y también el resplandor de metal en sus dedos. *Le han puesto nudillos de latón de verdad*, comprendió horrorizado. *Se los han implantado en la mano.*

Esquivó a la izquierda justo a tiempo. El puño del soldado golpeó la pared junto a su cabeza con el sonido de un trueno.

—Resbaladizo —dijo, en un kerch con mucho acento. Volvió a inhalar profundamente.

*Captó mi olor, pensó Jesper. Ese día en el Stave. No le importa que lo encuentre la stadwatch, ha estado de caza y ahora ha encontrado a su presa.*

El soldado volvió a echar el puño hacia atrás. Iba a dejar a Jesper sin sentido, y después... ¿qué? ¿Salir por la puerta de la capilla y llevarlo por la calle como un saco de grano? ¿Entregarlo a uno de sus compañeros alados?

*Al menos, ya no podré volver a decepcionar a nadie.* Le darían una buena dosis de *parem*. A lo mejor vivía el tiempo suficiente para hacer a los shu una nueva tanda de Kherguud.

Esquivó a la derecha, y el puño del soldado hizo otro cráter en la pared de la iglesia.

La cara del gigante se contorsionó por la rabia. Sujetó a Jesper por la garganta y echó el puño hacia atrás para golpear una última vez.

Mil pensamientos se acumularon en la cabeza de Jesper en un solo segundo: el sombrero arrugado de su padre. El brillo de sus revólveres con empuñadura nacarada. Inej, recta como una flecha. *No quiero una disculpa.* Wylan sentado a la mesa de la tumba, mordisqueando el borde de su pulgar. *Cualquier clase de azúcar*, había dicho, y después... *Mantenedlo lejos del sudor, la sangre y la saliva.*

El gorgojo químico. Inej había dejado los frascos sin usar sobre la mesa de la suite de Ketterdam. Él había jugueteado con uno mientras discutía con su padre. Ahora, sus dedos se metieron en el bolsillo de sus pantalones, y su mano se cerró sobre el frasco.

—¡Parem! —dijo de forma abrupta. Era una de las pocas palabras shu que conocía.

El soldado se detuvo con el puño en el aire. Incluyó la cabeza hacia un lado.

*Hay que disparar cuando el blanco no mira.*

Jesper hizo el paripé de abrir los labios y fingir que se metía algo entre ellos.

Los ojos del soldado se ensancharon, y su agarre se aflojó mientras trataba de retirar la mano de Jesper. Produjo un sonido, tal vez un gruñido, tal vez el comienzo de una protesta. No importaba demasiado. Con la otra mano, Jesper le estrelló el frasco de cristal en la boca abierta.

El gigante retrocedió mientras los fragmentos de cristal se alojaban en sus labios y se derramaban por la barbilla, llenos de sangre. Jesper se frotó la mano con furia contra la camisa, esperando no haberse cortado los dedos y dejado entrar al gorgojo. Pero no pasó nada. El soldado tan solo parecía furioso. Gruñó y sujetó a Jesper por los hombros, levantándolo del suelo. *Por todos los Santos*, pensó Jesper. *A lo mejor no se molesta en llevarme con sus colegas.* Sujetó los gruesos brazos del gigante, tratando de romper su agarre.



El Kherguud lo zarandeó. Tosió, con el gran pecho tembloroso, y lo volvió a zarandear... una sacudida débil y torpe. Entonces Jesper lo comprendió: el soldado no lo estaba zarandeando, tan solo estaba temblando.

Un siseo salió de la boca del gigante, el sonido de unos huevos en una sartén caliente. Una espuma rosada burbujeaba en sus labios, una mezcla de sangre y saliva que se derramaba sobre su barbilla. Jesper se apartó.

El soldado gimió. Sus enormes manos liberaron los hombros de Jesper, que retrocedió incapaz de apartar los ojos del Kherguud mientras su cuerpo comenzaba a convulsionarse, con el pecho subiendo y bajando. El soldado se dobló mientras un chorro de bilis rosada se derramaba de sus labios, salpicando la pared.

—Has fallado otra vez —dijo Jesper, tratando de controlar las náuseas.

El gigante se inclinó hacia un lado y se derrumbó en el suelo, inmóvil como un roble caído. Por un momento, Jesper se quedó mirando su enorme cuerpo. Después, recobró el sentido. ¿Cuánto tiempo habría perdido? Corrió de vuelta hacia las capillas al extremo de la nave del pulgar.

Antes de que alcanzara la puerta, Inej apareció corriendo hacia él. No había llegado al encuentro. Ella no habría ido a buscarlo si no pensara que estaba en problemas.

—Jesper, ¿dónde...?

—Arma —exigió él.

Sin una palabra más, ella se la descolgó del hombro. Él la tomó y volvió corriendo hacia la catedral. Si pudiera llegar a la arcada...

La sirena sonó. Demasiado tarde. No iba a llegar a tiempo. Iba a fallarles a todos. ¿*De qué sirve un pistolero sin sus pistolas?* ¿De qué servía Jesper si no podía disparar? Estarían atrapados en esa ciudad. Serían encarcelados, probablemente ejecutados. Kuwei sería vendido al mejor postor. La *parem* dejaría una huella ardiente en el mundo, y los Grisha serían cazados con más fervor todavía. En Fjerda, en la Isla Errante, en Novyi Zem. Los *zowa* desaparecerían, obligados a entrar en el servicio militar, devorados por esa maldición en forma de droga.

La sirena subía y bajaba. Había gritos dentro de la catedral. La gente corría hacia las puertas principales; pronto se derramarían por el pulgar, buscando otra forma de salir.

*Todos pueden disparar, pero no todos pueden apuntar.* La voz de su madre. *Somos zowa. Tú y yo.*

Imposible. Ni siquiera podía ver a Kuwei desde donde se encontraba, y *nadie* podía lanzar un disparo que doblara una esquina.

Pero Jesper conocía bien la disposición de la catedral. Sabía que era un disparo directo por el pasillo hasta donde se encontraba el lugar de la subasta. Podía ver el segundo botón de la camisa de Kuwei en el ojo de su mente.

*Imposible.*

Una bala solo tenía una trayectoria.

Pero ¿y si podía guiar esa bala?

*No todos pueden apuntar.*

—¿Jesper? —dijo Inej tras él. Levantó el rifle. Era un arma corriente, pero él la había modificado. Dentro solo había una bala; nada letal, una mezcla de cera y goma. Si fallaba, alguien podría sufrir graves daños. Pero si no lo hacía, mucha gente saldría herida. *Diablos, pensó Jesper, a lo mejor si no acierto a Kuwei, puedo sacarle un ojo a Van Eck.*

Había trabajado con armeros, había creado su propia munición. Conocía sus armas mejor que las reglas de la Rueda de Makker. Se concentró en la bala, sintió sus partes más pequeñas. A lo mejor él era igual. Una bala en la recámara, esperando toda su vida el momento de tener dirección.

*Todos pueden disparar.*

—Inej —dijo—, si te sobra alguna plegaria, este sería un buen momento para rezarla.

Disparó.

Fue como si el tiempo se ralentizara: sintió el retroceso del rifle, el imparable impulso de la bala. Con toda su voluntad, se concentró en su cobertura de cera y tiró hacia la izquierda, con el disparo todavía resonando en sus oídos. Sintió que la bala giraba, se concentró en ese botón, el segundo botón, un pequeño trozo de madera, en los hilos que lo mantenían en su sitio.

*No es un don. Es una maldición.* Pero en realidad, la vida de Jesper había estado llena de bendiciones. Su padre. Su madre. Inej. Nina. Matthias llevándolos por el canal embarrado. Kaz... incluso Kaz, con todas sus crueldades y fallos, le había dado un hogar y una familia en los Despojos cuando Ketterdam se lo podría haber tragado entero. Y Wylan. Wylan, que había entendido antes de que Jesper lo hiciera que el poder en su interior también podría ser una bendición.

—¿Qué acabas de hacer? —preguntó Inej.

Tal vez nada. Tal vez algo increíble. Jesper nunca se podía resistir a tentar a la suerte.

Se encogió de hombros.

—Lo mismo que hago siempre. Disparar.



az se encontraba junto a Kuwei cuando la bala le dio, y había sido el primero en llegar hasta él. Oyó una serie de disparos en la catedral, probablemente oficiales de la *stadwatch* asustados con dedos veloces. Se arrodilló sobre el cuerpo de Kuwei, escondiendo su mano izquierda de la vista, y le clavó una jeringuilla en el brazo. Había sangre por todas partes. Jellen Radmakker había caído del escenario y estaba gritando:

—¡Me han disparado!

No le habían disparado.

Kaz llamó al *medik* a gritos. El pequeño hombre calvo se encontraba paralizado junto al escenario, donde había estado atendiendo a Wylan, con la cara llena de horror. Matthias le sujetó el codo y lo arrastró hasta allí.

La gente seguía empujándose para salir de la iglesia. Había estallado una pelea entre los soldados *ravkanos* y los *fjerdanos* mientras Sturmhond, Zoya y Genya corrían hacia la salida. Los miembros del Consejo Mercante habían rodeado a Van Eck con un grupo de hombres de la *stadwatch*. No iba a ir a ninguna parte.

Un momento después, Kaz vio a Inej y Jesper luchando contra la marea de gente que trataba de escapar por el pasillo central. Sus ojos examinaron a Inej una vez. Estaba llena de sangre y tenía los ojos rojos e hinchados, pero parecía bien.

—Kuwei... —dijo Inej.

—No podemos ayudarlo ahora —replicó Kaz.

—¡Wylan! —gritó Jesper, viendo los cortes y los moratones que se formaban con rapidez—. Por todos los Santos, ¿eso es real?

—Anika y Keeg han hecho bien su trabajo.

—Quería que fuera creíble —explicó Wylan.

—Admiro tu compromiso con la misión —dijo Kaz—. Jesper, quédate con él. Van a querer interrogarlo.

—Estoy bien —aseguró Wylan, aunque tenía el labio tan hinchado que sonó más como «eftoy fien».

Kaz hizo un asentimiento hacia Matthias mientras dos guardias de la *stadwatch* subían el cuerpo de Kuwei a una camilla. En lugar de enfrentarse a la multitud en la catedral, se dirigieron hacia el arco que conducía al meñique de Ghezen y a la salida que había más allá. Matthias los siguió, arrastrando al *medik*. Nadie podía cuestionarse la supervivencia de Kuwei.

Kaz e Inej entraron en la nave, pero ella se detuvo en el arco. Kaz la vio mirar hacia atrás, y cuando siguió sus ojos vio que Van Eck, rodeado de concejales furiosos, le estaba devolviendo la mirada. Recordaba las palabras que la joven le había dicho en el Goedmedbridge. *Me verás una vez más, pero solo una*. Por el movimiento nervioso en la garganta de Van Eck, él también lo recordaba. Inej hizo una pequeña reverencia.

Corrieron por la nave del meñique hasta entrar en la capilla. Pero la puerta que daba a la calle y al canal más allá tenía el cerrojo echado. Tras ellos, la puerta de la capilla se cerró de golpe. Pekka Rollins se reclinó contra ella, rodeado de cuatro de los Leones Moneda.

—Justo a tiempo —dijo Kaz.

—Supongo que esto también lo habías predicho, cabrón tramposo.

—Sabía que no me dejarías marcharme esta vez.

—No —asintió Rollins—. Cuando acudiste a mí en busca de dinero, tendría que haberte destripado a ti y a tus amigos y evitarme un montón de problemas. Fue estúpido por mi parte. —Rollins comenzó a quitarse la chaqueta—. Admito que no te he mostrado el debido respeto, muchacho, pero ahora lo tienes. Felicidades. Vales el tiempo que voy a tardar en matarte de una paliza con ese bastón tuyo. —Inej sacó los cuchillos—. No, no, niña —advirtió Rollins—. Esto es entre ese rufián presuntuoso y yo.

Kaz le hizo un gesto a Inej con la cabeza.

—Tiene razón. Hace mucho que debíamos tener esta charla.

Rollins se rio, desabotonándose los puños y subiéndose las mangas.

—El tiempo de charlar se ha terminado, muchacho. Eres joven, pero yo llevo luchando desde mucho antes de que nacieras.

Kaz no se movió, sino que dejó las manos descansando sobre su bastón.

—No tengo que pelear contigo, Rollins. Vengo a ofrecerte un cambio.

—Ah, un intercambio justo en la Iglesia del Trueque. Me has costado mucho dinero y me has causado muchos problemas con tus intrigas. No veo qué podrías ofrecerme que pudiera satisfacerme tanto como matarte a puñetazos.

—Es sobre el príncipe kaélico.

—Tres pisos de paraíso, el mejor local de juegos del Stave Oriental. ¿Has puesto una bomba allí o algo?

—No, me refería al pequeño príncipe kaélico. —Rollins se quedó inmóvil—. Aficionado a los dulces, con el pelo rojo como su padre. No cuida muy bien de sus juguetes.

Kaz se metió la mano en la chaqueta y sacó un pequeño león de ganchillo. Era de un amarillo desteñido, con la melena de hilos enredada... y estaba manchado de tierra negra. Kaz lo dejó caer al suelo.

Rollins lo miró fijamente.

—¿*Qué es eso?* —preguntó, y su voz era poco más que un susurro. Después, como volviendo en sí, gritó—: ¿Qué es eso?

—Sabes lo que es, Rollins. ¿Y no fuiste tú quien me dijo cuánto os parecéis Van Eck y tú? Hombres de la industria, construyendo algo que dejar atrás. Los dos muy preocupados por vuestro legado. ¿De qué sirve todo eso si no queda nadie al que dejárselo? Así que me pregunté... ¿para quién lo estará construyendo todo?

Rollins apretó los puños, con los músculos carnosos de sus antebrazos flexionándose y los carrillos temblando.

—Te voy a matar, Brekker. Destruiré todo lo que ames.

Kaz se rio.

—El truco es no amar nada, Rollins. Puedes amenazarme todo lo que quieras. Puedes destriparme aquí mismo. Pero no tienes forma de encontrar a tu hijo a tiempo para salvarlo. ¿Hago que te lo envíen a tu puerta con la garganta rajada y vestido con su mejor traje?

—Maldita basura insignificante del Barril —gruñó Rollins—. ¿Qué demonios quieres de mí?

Kaz sintió que su humor se desvanecía, sintió que esa puerta oscura se abría en su interior.

—Quiero que recuerdes.

—¿Que recuerde qué?

—Hace siete años estafaste a dos chicos del sur. Dos granjeros demasiado estúpidos como para ser más cautos. Nos acogiste, nos hiciste confiar en ti, nos diste de comer *hutspot* con tu esposa falsa y tu hija falsa. Te aprovechaste de nuestra confianza, y nos robaste nuestro dinero, y después nos lo arrebataste todo. —Podía ver la mente de Rollins funcionando—. ¿No te acuerdas? Había muchos, ¿verdad? ¿Cuántas estafas hubo ese año? ¿A cuántos pichones desafortunados has engañado desde entonces?

—No tienes derecho a... —dijo Pekka enfadado, con el pecho subiendo y bajando de forma entrecortada, llevando los ojos una y otra vez al león de juguete.

—No te preocupes. Tu chico no está muerto. Todavía. —Kaz observó la cara de Pekka con atención—. Mira, te voy a ayudar. Usabas el nombre de Jakob Hertzoon. Convertiste a mi hermano en recadero. Trabajabas cerca de una cafetería.

—Enfrente del parque —añadió Pekka con rapidez—. El de los cerezos.

—Eso es.

—Fue hace mucho tiempo, chico.

—Nos lo robaste todo. Acabamos en las calles, y después morimos. Los dos a nuestra propia manera. Pero solo uno de nosotros renació.

—¿Esa es la razón de todo esto? ¿Por eso me miras de forma asesina con esos ojos de tiburón tuyos? —Pekka negó con la cabeza—. Eras dos pichones, y resulta que fui yo quien os desplumó. Si no hubiera sido yo, lo habría hecho otro.

La puerta oscura se abrió todavía más. Kaz quería atravesarla. Jamás volvería a estar completo. Jordie jamás podría regresar. Pero Pekka Rollins sentiría la impotencia que ellos habían conocido.

—Entonces, mala suerte para ti que fueras tú —escupió—. Para ti y para tu hijo.

—Creo que estás mintiendo.

Kaz sonrió.

—He enterrado a tu hijo —canturreó, saboreando las palabras—. Lo enterré vivo, a dos metros bajo tierra en un campo de terreno rocoso. Podía oírlo llorando todo el tiempo, llamando a su padre entre súplicas. *Papá, papá*. Nunca había oído un sonido más dulce.

—Kaz... —dijo Inej, con la cara pálida. Aquello no se lo perdonaría.

Rollins cargó contra él, lo sujetó por las solapas y lo estampó contra la pared de la capilla. Kaz se lo permitió. Rollins sudaba como un bizcocho húmedo, y tenía la cara lívida por la desesperación y el terror. Kaz bebió de ella. Quería recordar cada momento de aquello.

—Dime dónde está, Brekker. —Volvió a golpearle la cabeza contra la pared—. *Dímelo*.

—Es un intercambio simple, Rollins. Tan solo tienes que pronunciar el nombre de mi hermano y tu hijo vivirá.

—Brekker...

—Dime el nombre de mi hermano —insistió Kaz—. ¿Qué tal otra pista? Nos invitaste a una casa en la Zilverstraat. Tu *mujer* tocó el piano. Se llamaba Margit. Había un perro plateado, y a tu hija la llamaste Saskia. Llevaba un lazo rojo en la trenza. ¿Ves? Yo lo recuerdo. Lo recuerdo todo. Es fácil.

Rollins lo liberó y se paseó por la capilla, pasándose las manos por el pelo escaso.

—Dos chicos —dijo frenéticamente, buscando el recuerdo. Se giró hacia Kaz y lo señaló—. Me acuerdo. Dos chicos de Lij. Teníais una pequeña fortuna. Tu hermano se creía comerciante, quería ser un mercader y volverse rico como cualquiera que se baja de un barco en el Barril.

—Eso es. Dos estúpidos más para engañar. Ahora, dime su nombre.

—Kaz y... —Rollins unió las manos sobre su cabeza. Cruzó la capilla de un lado a otro, de un lado a otro, respirando con pesadez, como si hubiera corrido por toda la ciudad—. Kaz y... —Se giró hacia Kaz—. Puedo hacerte rico, Brekker.

—Puedo hacerme rico solo.

—Puedo darte el Barril, influencias que nunca habías soñado. Cualquiera cosa que quieras.

—Trae a mi hermano de entre los muertos.

—¡Era un estúpido y tú lo sabes! Era como cualquier otro, pensaba que era más listo que los demás, quería ganar dinero rápido. No puedes desplumar a un hombre honesto, Brekker. ¡Tú lo sabes!

*La avaricia es mi palanca.* Pekka Rollins le había enseñado esa lección, y tenía razón. Habían sido estúpidos. A lo mejor algún día Kaz podría perdonar a Jordie por no ser el hermano perfecto que tenía en su corazón. A lo mejor incluso podría absolverlo por ser la clase de chico ingenuo y confiado que creía que el mundo sería amable con él. Pero para Rollins no habría indultos.

—Dime dónde está, Brekker —le rugió Rollins en la cara—. ¡Dime dónde está mi hijo!

—Pronuncia el nombre de mi hermano. Pronúncialo como lo hacen en los espectáculos de magia del Stave Oriental... como un encantamiento. ¿Quieres a tu chico? ¿Qué derecho tiene él a esta preciada vida? ¿En qué se diferencia de mí o de mi hermano?

—No sé el nombre de tu hermano. ¡No lo sé! ¡No lo recuerdo! Estaba haciéndome un nombre. Estaba consiguiendo algunos fondos. Pensaba que tendríais una semana dura y después volveríais a casa, al campo.

—No es cierto. Jamás volviste a pensar en nosotros.

—Por favor, Kaz —susurró Inej—. No hagas esto. No te conviertas en esto.

Rollins gruñó.

—Te lo suplico...

—¿De verdad?

—Hijo de puta.

Kaz consultó su reloj.

—Tanto tiempo hablando mientras tu chico está perdido en la oscuridad.

Pekka echó un vistazo a sus hombres y se pasó las manos por la cara. Después, con lentitud, con movimientos pesados, como si tuviera que luchar contra cada músculo de su cuerpo para hacerlo, se puso de rodillas.

Kaz vio que los Leones Moneda negaban con la cabeza. La debilidad nunca causaba respeto en el Barril, sin importar lo buena que fuera la causa.

—Te lo suplico, Brekker. Es todo lo que tengo. Déjame ir con él. Déjame salvarlo.

Kaz miró a Pekka Rollins, a Jakob Hertzoon, arrodillándose ante él por fin, con los ojos húmedos por las lágrimas y el dolor tallado en las líneas de su cara rojiza. *Ladrillo a ladrillo.*

Era un comienzo.

—Tu hijo está en la esquina del sur del Campo de Tarmakker, a tres kilómetros al oeste de Appelbroek. He marcado la zona con una bandera negra. Si te vas ahora, deberías llegar con tiempo suficiente.

Pekka se puso en pie y comenzó a dar órdenes.

—Enviad a los chicos para que tengan caballos esperando. Y buscadme un *medik*.

—La plaga...

—El que está de servicio en el Palacio Esmeralda. Sacadlo a rastras del pabellón de enfermos si tenéis que hacerlo. —Le clavó un dedo en el pecho a Kaz—. Pagarás por esto, Brekker. Pagarás y seguirás pagando. Tu sufrimiento no tendrá fin.

Kaz le devolvió la mirada.

—El sufrimiento es como cualquier otra cosa. Si vives con él el tiempo suficiente, aprendes a cogerle el gusto.

—Vámonos —dijo Rollins, y trató de abrir la puerta cerrada—. ¿Dónde está la maldita llave?

Uno de sus hombres se acercó con ella, pero Kaz se fijó en la distancia que ponía entre él y su jefe. Contarían la historia de Pekka Rollins de rodillas por todo el Barril esa noche, y Rollins también debía de saberlo. Quería a su hijo lo suficiente como para apostar todo su orgullo y su reputación. Kaz suponía que eso en el fondo tenía cierto valor. Tal vez para otra persona lo tuviera.

La puerta de la calle se abrió de golpe, y un momento después desaparecieron. Inej se acuclilló, presionándose los ojos con las palmas.

—¿Llegará a tiempo?

—¿Para qué?

—Para... —Lo miró fijamente. Kaz se dio cuenta de que iba a echar de menos esa cara de sorpresa—. No lo has hecho. No lo has enterrado.

—Ni siquiera he visto al niño.

—Pero el león...

—Era una suposición. El orgullo de Pekka por los Leones Moneda es bastante predecible. Seguro que el niño tiene mil leones con los que jugar y un león de madera gigante en el que montar.

—¿Cómo sabías que tenía un hijo?

—Lo supuse aquella noche en la casa de Van Eck. Rollins no dejaba de darle a la lengua sobre el legado que estaba construyendo. Sabía que tenía una casa en el campo y le gustaba irse de la ciudad. Había supuesto que tenía una mujer en alguna parte. Pero lo que dijo esa noche me hizo pensar otra vez.

—¿Y lo de que tenía un hijo, y no una hija? ¿Eso también fue una suposición?

—Una fundamentada. Llamó a su nuevo local de juegos el Príncipe Kaélico, así que tenía que ser un niño pelirrojo. ¿Y a qué crío no le gustan los dulces?

Ella negó con la cabeza.

—¿Qué va a encontrar en el campo?



—Nada en absoluto. Sin duda su gente le informará de que su hijo está sano y salvo, y haciendo lo que sea que hagan los niños mimados cuando sus padres no están. Pero con suerte, Pekka pasará unas horas de agonía cavando en la tierra y paseándose en círculos antes de eso. Lo importante es que no estará por aquí para apoyar ninguna de las declaraciones de Van Eck, y que la gente escuchará que ha huido de la ciudad a toda prisa... llevándose a un *medik*.

Inej levantó la mirada hasta él y Kaz pudo ver cómo completaba el rompecabezas.

—Los lugares del brote.

—El Príncipe Kaélico. El Palacio Esmeralda. La Dulcería. Todos son negocios de Pekka Rollins. Los cerrarán y pondrán en cuarentena durante semanas. No me sorprendería que la ciudad cerrara algunas de sus demás propiedades como precaución si piensan que el personal está expandiendo la enfermedad. Debería tardar al menos un año en recuperarse financieramente, tal vez más si el pánico dura lo suficiente. Por supuesto, si el Consejo piensa que ayudó a montar la sociedad falsa, tal vez nunca le den licencia para volver a trabajar.

—El destino tiene planes para todos nosotros —dijo Inej en voz baja.

—Y a veces el destino necesita un poco de ayuda.

Inej frunció el ceño.

—Pensaba que Nina y tú escogisteis cuatro sitios de los Staves para los brotes.

Kaz se enderezó los puños.

—También le dije que se pasara por la Reserva.

Entonces ella sonrió, con los ojos rojos y las mejillas manchadas de alguna clase de polvo. Él pensó que valdría la pena morir para volver a ganarse esa sonrisa.

Comprobó la hora.

—Deberíamos irnos. Esto no ha terminado.

Le ofreció una mano enguantada. Inej tomó un aliento largo y tembloroso, y después se la agarró, elevándose como el humo de una llama. Pero no la soltó.

—Le has mostrado piedad, Kaz. Has sido mejor que él.

Allí estaba otra vez, buscando decencia donde no había ninguna.

—Inej, tan solo podía matar al hijo de Pekka una vez. —Abrió la puerta con el bastón—. Él puede imaginar su muerte mil veces.



Matthias corría junto al cuerpo inerte de Kuwei. Dos de la *stadwatch* lo habían subido a una camilla, y estaban corriendo hacia el Beurscanal con él mientras las sirenas de la plaga gemían. El *medik* se esforzaba por mantener el ritmo, con la túnica de la universidad agitándose.

Cuando llegaron al puerto, el *medik* tomó la muñeca de Kuwei en su mano.

—Esto es absurdo. No tiene pulso. La bala ha debido de atravesarle el corazón.

*Tú no le quites la camisa*, deseó Matthias en silencio. Jesper había usado una bala de cera y goma que se había roto al golpear la bolsa pegada tras el botón de la camisa de Kuwei, haciéndola estallar y salpicando sangre y materia ósea por todas partes. Lo habían sacado todo de una carnicería, pero el *medik* no tenía forma de saber eso. Para todos en la iglesia, parecía que habían disparado a Kuwei Yul-Bo en el corazón y que este había muerto de inmediato.

—Maldita sea —dijo el *medik*—. ¿Dónde está el barco de emergencias? ¿Y dónde está el encargado del puerto?

Matthias sospechaba que podía responder a esas preguntas con facilidad. El encargado habría abandonado su puesto nada más oír la sirena, e incluso desde aquel estrecho punto de observación podían ver que el canal estaba abarrotado de naves, con la gente gritando y empujando los botes de los demás con sus remos mientras trataban de evacuar la ciudad antes de que los canales se cerraran y quedaran atrapados en el lugar de la plaga.

—¡Aquí, señor! —llamó un hombre en un barco pesquero—. Podemos llevarle al hospital.

El *medik* parecía receloso.

—¿Alguien a bordo ha mostrado señales de infección?

El pescador hizo un gesto hacia una mujer muy embarazada que estaba tumbada en la parte trasera del barco, protegida por un toldo.

—No, señor. Tan solo somos nosotros dos y estamos sanos, pero mi mujer está a punto' de dar a luz. Nos vendría bien tenerle a usted a bordo por si no llegamos al hospital a tiempo.

El *medik* estaba un poco verde.

—No soy... no trato problemas de mujeres. Además, ¿por qué no tenéis al bebé en casa? —preguntó con sospecha.

*No podría importarle menos que Kuwei sobreviva*, pensó Matthias sombríamente. *Está salvando su propio pellejo.*

—No tenemos casa —explicó el hombre—. Solo el barco.

El *medik* miró hacia atrás, a la gente aterrorizada que se apelotonaba a las puertas de la catedral principal.

—De acuerdo, vamos. Quédate aquí —le dijo a Matthias.

—Me asignaron ser su guardián —replicó él—. Voy adonde él vaya.

—No hay espacio para todos ^señaló el pescador.

Los oficiales de la *stadwatch* intercambiaron susurros furiosos, y entonces uno de ellos dijo:

—Lo meteremos en el barco, pero después tendremos que volver a nuestra estación de mando. Es el protocolo.

Kaz había dicho que los oficiales no querían ni acercarse a un hospital durante el brote, y tenía razón. Matthias apenas podía culparlos.

—Pero podríamos necesitar protección —protestó el *medik*.

—¿Para un muerto? —replicó el oficial.

—¡Para mí! ¡Soy un *medik* viajando durante una plaga!

El oficial se encogió de hombros.

—Es el protocolo.

Subieron la camilla al barco y se fueron.

—No tienen sentido del deber —resopló el *medik*.

—No tiene buen aspecto —señaló el pescador, mirando a Kuwei.

—Está acabado —dijo el *medik*—. Pero tenemos que intentarlo igualmente. Como dirían nuestros amigos uniformados, es el protocolo.

La mujer embarazada soltó un gemido terrible, y a Matthias le complació ver que el hombre se escabullía contra la barandilla del barco y estuvo a punto de volcar un cubo de calamares. Con suerte, el remilgado cobarde se mantendría bien lejos de Nina y su barriga falsa. A Matthias le costaba mantener los ojos lejos de ella cuando lo único que quería era asegurarse de que estaba a salvo. Pero un vistazo le dijo que estaba mejor que a salvo. Su cara estaba encendida, y sus ojos luminosos como esmeraldas. Aquella era la consecuencia de que usara su poder, sin importar qué forma tomara. *Antinatural*, dijo la voz vieja y determinada. *Hermoso*, dijo la voz que

había hablado la noche que había ayudado a Jesper y Kuwei a escapar del Velo Negro. Era nueva, menos segura, pero más sonora que nunca.

Matthias asintió con la cabeza en dirección al pescador y Rotty le guiñó un ojo, tirándose brevemente de la barba de su disfraz. Condujo el barco con rapidez por el canal.

Mientras se acercaban al Zentsbridge, Matthias captó el enorme barco de botellas situado debajo. Era tan grande que el casco rozó el de ellos mientras Rotty trataba de pasar. El hombre que lo dirigía y Rotty se metieron en una acalorada discusión y Nina soltó otro lamento, lo bastante largo y sonoro como para que Matthias se preguntara si estaba tratando de competir con la sirena.

—¿Tal vez podrías respirar profundamente? —sugirió el *medik* desde la barandilla.

Matthias le lanzó a Nina una sutil mirada de advertencia. Podían fingir un embarazo, pero no un parto de verdad. Al menos, no creía que pudieran. A esas alturas, veía a Kaz capaz de cualquier cosa.

El *medik* le gritó a Matthias que le llevara su maletín. Él fingió trastear con este un momento, extrajo el estetoscopio y lo metió tras una pila de redes, por si acaso el *medik* quisiera escuchar la barriga de Nina. Le entregó la bolsa.

—¿Qué está buscando? —le preguntó, tratando de desviar la atención del *medik* del otro barco mientras intercambiaban el cuerpo de Kuwei por el cadáver que habían robado de la morgue el día anterior. En cuanto Sturmhond sacó a Genya de la iglesia, pararon bajo el puente para modificar la cara del cadáver y elevar su temperatura corporal. Era esencial que no pareciera que llevaba mucho tiempo muerto.

—Un sedante —respondió el *medik*.

—¿Es seguro para la embarazada?

—*Es para mí.*

El hombre del barco de botellas le gritó unas cuantas palabras groseras a Rotty (Specht estaba disfrutando claramente), y después el barco pesquero dejó atrás el Zentsbridge y siguió navegando, más rápido ahora que habían dejado la parte más abarrotada del canal. Matthias no pudo resistirse a mirar atrás y vio unas sombras moviéndose tras las cajas de vino apiladas del barco. Todavía había trabajo por hacer.

—¿Adonde vamos? —preguntó el *medik* abruptamente—. Pensaba que íbamos a la clínica de la universidad.

—El canal está cerrado —mintió Rotty.

—Pues llévanos al hospital de Ghezendaal, y sé rápido.

Esa era la idea. La clínica de la universidad estaba más cerca, pero Ghezendaal era más pequeño, con mucho menos personal, y estaría sobrepasado por el pánico de la plaga, el lugar perfecto para llevar un cuerpo al que no querías que le prestaran demasiada atención.

Se detuvieron frente a la dársena del hospital y el personal ayudó a Rotty y Nina a salir del barco y sacar también la camilla. Pero en cuanto llegaron a la puerta del

hospital, la enfermera de servicio de allí miró el cuerpo de la camilla y dijo:

—¿Por qué habéis traído un cadáver?

—¡Es el protocolo! —dijo el *medik*—. Estoy tratando de hacer mi trabajo.

—Vamos a cerrar por la plaga. No tenemos camas para dárselas a los muertos. Llévalo a la parte trasera, al aparcamiento de carros. Los encargados de los cadáveres se lo pueden llevar esta noche.

Los miembros del personal doblaron la esquina con la camilla. Al día siguiente, el cuerpo de un extraño sería cenizas y el verdadero Kuwei podría ser libre para vivir su vida sin vigilar constantemente sus espaldas.

—Bueno, al menos ayudad a esta mujer, está a punto de...

El *medik* miró a su alrededor, pero Nina y Rotty habían desaparecido.

—Ya han entrado —explicó Matthias.

—Pero...

La enfermera dijo con brusquedad:

—¿Va a quedarse aquí todo el día bloqueándome la puerta o va a entrar a ayudar?

—Me... necesitan en otra parte —respondió el *medik*, ignorando la mirada de incredulidad de la enfermera—. Qué mala educación tienen algunos —balbuceó, sacudiéndose la túnica mientras se iban del hospital—. Soy un alto cargo en la universidad.

Matthias hizo una profunda reverencia.

—Le doy las gracias por intentar salvar a mi protegido.

—Ah, bueno, sí. Por supuesto. Tan solo estaba haciendo lo que exige mi juramento. —El *medik* miró con nerviosismo las casas y negocios que ya estaban empezando a cerrar las puertas y sellar las ventanas—. Tengo que irme a... la clínica.

—Seguro que todos estarán muy agradecidos por su trabajo —dijo Matthias, convencido de que el *medik* pretendía correr a casa para meterse en su habitación y hacer una barricada contra cualquiera que resoplara siquiera.

—Sí, sí —respondió el *medik*—. Buen día y buena salud.

Se apresuró a bajar la estrecha calle.

Matthias se encontró sonriendo mientras corría en dirección opuesta. Se encontraría con los demás en Zentsbridge, donde esperaba que pudieran revivir pronto a Kuwei. Volvería a estar con Nina y tal vez, tal vez, podrían empezar a pensar en un futuro.

—¡Matthias Helvar! —dijo una voz alta y quejumbrosa.

Se dio la vuelta y vio a un chico en mitad de la calle desierta. Era el joven *drüskelle* con el pelo blanco como el hielo que lo había fulminado con la mirada de forma tan feroz durante la subasta. Llevaba un uniforme gris, no el negro de un oficial *drüskelle* ascendido. ¿Había seguido a Matthias desde la iglesia? ¿Qué había visto?

El chico no podía tener más de catorce años. La mano con la que sujetaba la pistola estaba temblando.

—Te acuso de traición —añadió con la voz rota—, alta traición contra Fjerda y tus hermanos *drüskelle*.

Matthias levantó las manos.

—No estoy armado.

—Eres un traidor a tu tierra y a tu dios.

—No nos conocemos.

—Mataste a mis amigos. En el ataque a la Corte de Hielo.

—Yo no maté a ningún *drüskelle*.

—Tus compañeros sí. Eres un asesino. Humillaste al Comandante Brum.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Matthias con suavidad. Aquel chico no quería hacer daño a nadie.

—No importa.

—¿Eres nuevo en la orden?

—Seis meses —contestó él, levantando la barbilla.

—Yo me uní cuando era todavía más joven que tú. Sé lo que es estar allí, los pensamientos que te meten en la cabeza. Pero no tienes que hacer esto.

El chico tembló todavía más fuerte.

—Te acuso de traición —repitió.

—Soy culpable —dijo Matthias—. He hecho cosas terribles. Y si lo deseas, volveré a la iglesia contigo ahora mismo. Me enfrentaré a tus amigos y comandantes y que me juzguen como crean conveniente.

—Estás mintiendo. Incluso les dejaste matar a ese chico shu que se suponía que debías proteger. Eres un traidor y un cobarde.

Bien, creía que Kuwei estaba muerto.

—Iré contigo. Tienes mi palabra. Y tú tienes la pistola. No tienes nada que temer de mí.

Dio un paso hacia delante.

—¡Quédate donde estás!

—No tengas miedo. Te controlan usando el miedo. —*Encontraremos la forma de hacerles cambiar de idea*. El chico tan solo llevaba seis meses en la orden. Podía llegar hasta él—. Hay muchas cosas en el mundo de las que no tendrías que tener miedo, si tan solo abrieras los ojos.

—Te he dicho que te quedes donde estás.

—No quieres hacerme daño. Lo sé. Yo fui como tú una vez.

—Yo no me parezco en nada a ti —replicó el chico, con los ojos azules ardiendo. Matthias vio la furia en ellos, la ira. La conocía muy bien. Pero se sorprendió igualmente al oír el disparo.



ina se quitó el vestido y la pesada barriga de goma que llevaba sujeta sobre la túnica mientras Rotty se despojaba de su barba y su abrigo. Lo ataron todo en un fardo y Nina lo tiró por la borda mientras subían al barco de botellas bajo el Zentsbridge.

—Hasta nunca —dijo mientras el fardo se hundía en el agua.

—Qué poco instinto maternal —replicó Kaz, saliendo de detrás de las cajas de vino.

—¿Dónde está Inej?

—Estoy bien —respondió ella tras él—. Pero Kuwei...

—Estás sangrando otra vez —observó Nina mientras se metía tras las altas pilas de cajas para unirse a ellos. Ya había poco tráfico en el canal, pero no quería correr riesgos—. ¿Y qué te ha pasado en los ojos?

—Te diría que se lo preguntaras a la Hoja Blanca, pero...

Inej se encogió de hombros.

—Espero que sufriera.

—*Nina.*

—¿Qué? Las dos no podemos ser compasivas y serenas.

Se encontraban en un lugar a la sombra entre las cajas de vino y el arco de piedra del puente. La camilla con el cuerpo de Kuwei yacía sobre una mesa improvisada a base de cajas. Genya estaba inyectando algo en el brazo del chico shu mientras Zoya y el hombre que Nina suponía que era Sturmhond miraban.

—¿Cómo está? —preguntó Nina.

—Si tiene pulso, no puedo encontrarlo —dijo Genya—. El veneno ha hecho bien su trabajo.

Tal vez demasiado bien. Genya había dicho que el veneno le bajaría el pulso y la respiración de modo que pareciera muerto, pero aquello era incómodamente convincente. Alguna parte de Nina sabía que el mundo estaría más seguro si Kuwei moría, pero también sabía que si alguien más descubría el secreto de la *parem*, él era la mejor opción de Ravka de conseguir un antídoto. Habían luchado por liberarlo de la Corte de Hielo. Habían pergeñado planes y complots, y se habían esforzado para que pudiera estar a salvo y continuar su trabajo entre los Grisha. Kuwei era la esperanza.

Y era un chico que se merecía la oportunidad de vivir sin una diana en la espalda.

—¿El antídoto? —preguntó Nina, mirando la jeringuilla en la mano de Genya.

—Es la segunda dosis que le inyecta —señaló Kaz.

Todos observaron a Genya mientras le comprobaba el pulso y la respiración. Ella negó con la cabeza.

—Zoya —dijo Sturmhond. Su voz tenía el sonido de una orden.

Zoya suspiró y se levantó las mangas.

—Desabotónale la camisa.

—¿Qué estás haciendo? —quiso saber Kaz mientras Genya le desabrochaba los botones restantes. El pecho de Kuwei era estrecho, con las costillas visibles, y todo manchado de la sangre de cerdo que habían metido en la bolsa de goma.

—O le reavivo el corazón, o lo cocino desde dentro —dijo Zoya—. Quedaos atrás.

Hicieron lo posible por obedecer en el espacio abarrotado.

—¿Qué quiere decir exactamente con eso? —le preguntó Kaz a Nina.

—No estoy segura —admitió ella. Zoya tenía las manos extendidas y los ojos cerrados. El aire parecía de pronto frío y húmedo.

Inej inhaló profundamente.

—Huele a tormenta.

Zoya abrió los ojos y juntó las manos como si estuviera rezando, frotándose las palmas con rapidez.

Nina sintió que la presión caía y notó un sabor metálico en la boca.

—Creo... creo que está invocando un rayo.

—¿Eso es seguro? —inquirió Inej.

—Ni remotamente —aseguró Sturmhond.

—¿Al menos lo ha hecho antes? —dijo Kaz.

—¿Con este objetivo? —preguntó Sturmhond—. La he visto hacerlo dos veces. Funcionó espléndidamente. Una vez.

Su voz sonaba extrañamente familiar, y Nina tenía la sensación de que ya se conocían.

—¿Listos? —preguntó Zoya.

Genya metió un trozo de tela bien doblado entre los dientes de Kuwei y retrocedió. Con un estremecimiento, Nina comprendió que era para evitar que se



mordiera la lengua.

—Espero de verdad que salga bien —murmuró.

—No tanto como Kuwei —replicó Kaz.

—Es complicado —dijo Sturmhond—. A los rayos no les gustan los amos. Zoya también está poniendo su propia vida en peligro.

—No pensé que fuera esa clase de persona —señaló Kaz.

—Te sorprenderías —respondieron Nina y Sturmhond al unísono. Otra vez, Nina tuvo la inquietante sensación de que lo conocía.

Vio que Rotty había cerrado los ojos con fuerza, incapaz de mirar. Los labios de Inej se movían con lo que Nina sabía que debía ser una plegaria.

Un débil resplandor azul crepitó entre las palmas de Zoya. Respiró hondo y golpeó el pecho de Kuwei con ellas. La espalda del muchacho se curvó, y su cuerpo entero se arqueó de forma tan brusca que Nina pensaba que iba a partirse la columna. Entonces volvió a caer sobre la camilla, pero sus ojos no se abrieron. Su pecho seguía inmóvil.

Genya le comprobó el pulso.

—Nada.

Zoya frunció el ceño y dio otra palmada, con un ligero sudor brotando en su frente perfecta.

—¿Estamos absolutamente seguros de que queremos que viva? —resopló. Nadie respondió, pero ella siguió frotando las manos, con esa crepitación acumulándose una vez más.

—¿Para qué se supone que sirve esto? —preguntó Inej.

—Para darle una sacudida al corazón y que vuelva a latir —dijo Genya—. Y el calor le ayudará a contrarrestar el veneno.

—O le matará —señaló Kaz.

—O le matará —admitió Genya.

—Ahora —dijo Zoya, con voz decidida. Nina se preguntó si estaba ansiosa de que Kuwei sobreviviera, o si tan solo odiaba la posibilidad de fracasar en algo.

Zoya plantó las palmas abiertas en el pecho de Kuwei. Su cuerpo se inclinó como una rama tierna atrapada por un viento implacable, y otra vez se derrumbó contra la camilla.

El muchacho jadeó y abrió los ojos. Se esforzó por sentarse, tratando de escupir el trozo de tela.

—Gracias a los Santos —suspiró Nina.

—Gracias *a mí* —replicó Zoya.

Genya se acercó para sujetarlo, y él abrió aún más los ojos mientras el pánico se apoderaba de él.

—Shh —murmuró Nina, avanzando hacia él. Kuwei solo conocía a Genya y Zoya como miembros de la delegación ravkanas. Era como si fueran unas extrañas—. No pasa nada. Estás vivo. Estás a salvo.

Inej se puso a su lado, le quitó la tela de la boca y le alisó el pelo.

—Estás a salvo —repitió.

—La subasta...

—Ha terminado.

—¿Y los shu?

Sus ojos dorados estaban aterrorizados, y Nina comprendió lo asustado que había estado.

—Te vieron morir —le aseguró Nina—. Al igual que todos. Los representantes de todos los países vieron cómo te disparaban en el corazón. El *medik* y el personal del hospital testificarán tu muerte.

—El cuerpo...

—Esta noche lo habrán recogido —dijo Kaz—. Se ha terminado.

Kuwei se volvió a desplomar, se puso un brazo sobre los ojos y rompió a llorar. Nina le dio unas suaves palmadas.

—Te entiendo, chico.

Zoya se puso las manos en las caderas.

—¿Es que nadie va a darme las gracias, o a Genya ya que estamos, por este pequeño milagro?

—Gracias por casi matar y después revivir al rehén más valioso del mundo para que podáis usarlo en vuestro propio beneficio —respondió Kaz—. Ahora, tenéis que ir. Las calles están casi vacías, y debéis llegar al distrito de fabricación.

Zoya entrecerró los bonitos ojos azules.

—Como asomes la cara por Ravka, Brekker, te enseñaremos modales.

—No lo olvidaré. Cuando me quemem en la Barcaza del Segador, sin duda quiero que me recuerden como educado.

—Ven con nosotras ya, Nina —le pidió Genya.

Ella negó con la cabeza.

—El trabajo no ha terminado, y de todos modos Kuwei está demasiado débil para caminar.

Zoya frunció los labios.

—No olvides dónde están tus lealtades.

Bajó del barco, seguida por Genya y Sturmhond. El corsario se giró hacia el barco y miró a Nina. Sus ojos eran de un color extraño, y sus facciones no parecían encajar bien del todo.

—Por si acaso estuvieras tentada de no regresar, quiero que sepas que tú y tu fjerdano sois bienvenidos en Ravka. No podemos estimar cuánta *parem* podían tener todavía los shu, ni cuántos de esos soldados Kherguud han hecho. El Segundo Ejército necesita tus dones.

Nina dudó.

—Ya... ya no soy lo que era.

—Eres una soldado —dijo Zoya—. Eres Grisha. Y tendríamos suerte de tenerte.

Nina se quedó boquiabierta. Casi sonaba como un elogio.

—Ravka está agradecida por tus servicios —aseguró Sturmhond mientras se giraban para marcharse—. Y la corona también.

Hizo un gesto de despedida. Bajo la luz del atardecer, con el sol tras él, parecía menos un corsario y más un... Pero aquello era una estupidez.

—Tengo que regresar a la iglesia —señaló Kaz—. No sé qué va a hacer el Consejo con Wylan.

—Vete —dijo Nina—. Nosotros esperaremos aquí a Matthias.

—Permaneced alerta —advirtió Kaz—. Que no lo vean hasta que caiga la noche. Después, ya sabéis adonde ir.

Kaz bajó del barco y se desvaneció en dirección a la Iglesia del Trueque. Nina no creía que fuera apropiado ofrecerle vino a Kuwei, así que le dio un poco de agua y lo animó a descansar.

—Tengo miedo de cerrar los ojos —admitió.

Nina se esforzó por ver más allá del borde del canal, por ver la calle.

—¿Por qué Matthias está tardando tanto? ¿Creéis que el *medik* le ha causado problemas?

Pero entonces lo vio acercándose a zancadas a través de la plaza vacía. Levantó la mano en señal de advertencia.

Ella saltó del barco, corrió hacia él y se lanzó a sus brazos.

—*Drüsje* —dijo él contra su pelo—. Estás bien.

—Por supuesto que estoy bien. Eres tú quien llega tarde.

—Pensaba que no podría encontrarte en la tormenta.

Nina se apartó.

—¿Te has parado para emborracharte de camino hasta aquí?

El le puso una mano en la mejilla.

—No —aseguró, y entonces la besó.

—¡Matthias!

—¿Lo he hecho mal?

—No, lo has hecho de maravilla. Pero siempre soy yo quien te besa primero.

—Deberíamos cambiar eso —dijo él, y entonces se desplomó contra ella.

—¿Matthias?

—No es nada. Necesitaba verte otra vez.

—Matthias... Oh, Santos. —El abrigo que él había estado sujetando se cayó y entonces ella vio la herida de bala en su estómago. Tenía la camisa empapada de sangre—. ¡Ayuda! ¡Que alguien me ayude! —Pero las calles estaban vacías, las puertas cerradas y las ventanas selladas—. ¡Inej! —gritó.

Matthias pesaba demasiado. Cayeron sobre los adoquines, y Nina acunó su cabeza con suavidad sobre su regazo. Inej estaba corriendo hacia ellos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó.

—Lo han disparado. Por todos los Santos, Matthias, ¿quién ha hecho esto?

Tenían demasiados enemigos.

—No importa —replicó él. Su respiración sonaba extraña y temblorosa—. Lo único que quería era verte una vez más. Decirte...

—Ve a por Kuwei —le dijo Nina a Inej—. O a Kaz, él tiene *parem*. Tienes que conseguírmela. Puedo salvarlo... puedo curarlo.

Pero ¿aquello era cierto siquiera? Si usaba la droga, ¿su poder regresaría a lo que había sido antes? Podía intentarlo. Tenía que intentarlo.

Matthias le sujetó la mano con sorprendente fuerza. Estaba húmeda con su propia sangre.

—No, Nina.

—Puedo enfrentarme a ella por segunda vez. Puedo curarte y después enfrentarme a ella.

—No vale la pena el riesgo.

—Vale la pena cualquier riesgo —insistió ella—. Matthias...

—Necesito que salves a los demás.

—¿Quiénes? —preguntó ella con desesperación.

—Los demás *drüskelle*. Júrame que al menos tratarás de ayudarlos, de hacerles ver.

—Iremos juntos, Matthias. Seremos espías. Genya nos transformará e iremos juntos a Fjerda. Llevaré todos los chalecos de punto feos que quieras.

—Vuelve a Ravka, Nina. Sé libre, como mereces ser. Sé una guerrera, como siempre has sido. Tan solo guarda algo de misericordia para mi gente. Tiene que haber una Fjerda que valga la pena salvar. Prométemelo.

—Te lo prometo.

Las palabras eran más un sollozo que un sonido.

—Me han hecho para protegerte. Incluso en la muerte, encontraré la forma. —Le sujetó la mano con más fuerza—. Entiérrame para que pueda ir con Djel. Entiérrame para poder echar raíces y seguir el agua hasta el norte.

—Te lo prometo, Matthias. Te llevaré a casa.

—Nina —dijo él, presionando la mano de ella sobre su corazón—. Ya estoy en casa.

La luz se desvaneció en sus ojos. Su pecho se quedó inmóvil bajo las manos de Nina.

Ella gritó, un aullido que salía del espacio oscuro donde su corazón había latido tan solo unos momentos antes. Buscó su pulso, la luz y la fuerza que habían sido Matthias. *Si tuviera mi poder. Si nunca hubiera tomado parem. Si tomara parem.* Sentía el río a su alrededor, las aguas negras del dolor. Se sumergió en el frío.

El pecho de Matthias se elevó y todo su cuerpo tembló.

—Vuelve a mí —susurró ella—. Vuelve.

Podía hacerlo. Podía darle una nueva vida, una vida nacida de esa agua profunda. No era un hombre corriente. Era Matthias, su valiente fjerdano.

—*Vuelve* —exigió. Él respiró. Sus párpados aletearon y se abrieron. Sus ojos tenían un brillo negro—. Matthias —susurró—. Di mi nombre.

—Nina.

Su voz, su hermosa voz. Era la misma. Nina le aferró la mano, buscándolo en esa mirada oscura. Pero sus ojos eran como el hielo del norte, de un azul pálido y puro. Aquello no podía estar pasando.

Inej se arrodilló junto a ella.

—Déjalo ir, Nina.

—No puedo.

Inej le rodeó el hombro con el brazo.

—Déjalo ir con su dios.

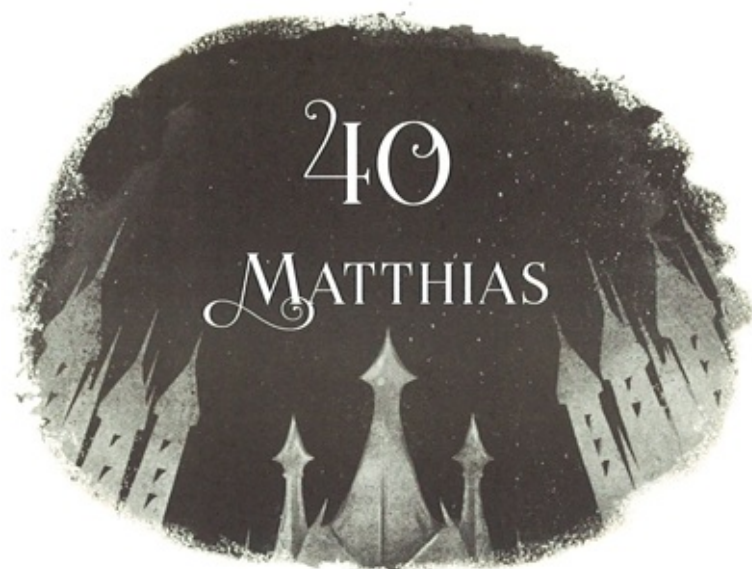
—Debería estar aquí conmigo.

Nina le tocó la mejilla fría. Tenía que haber una forma de dar marcha atrás, de arreglarlo. ¿Cuántas cosas imposibles habían logrado juntos?

—Volverás a verlo en la próxima vida —dijo Inej—. Pero solo si le dejas ir ahora.

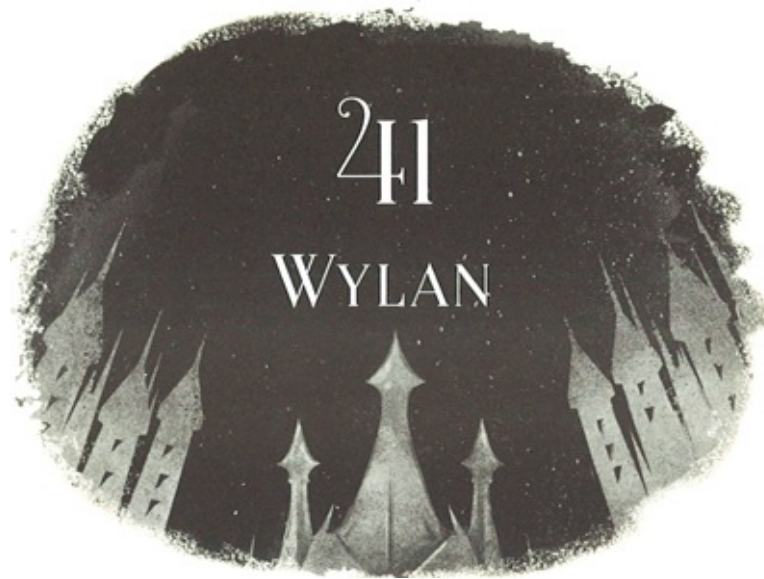
Eran almas gemelas, soldados destinados a luchar en bandos distintos, a encontrarse y perderse con demasiada rapidez. No iba a retenerlo allí. No de ese modo.

—En la próxima vida entonces —susurró—. Vete. —Vio que sus ojos se cerraban una vez más—. *Farvell* —dijo en fjerdano—. Que Djel cuide de ti hasta que yo pueda hacerlo de nuevo.



Entrar en la Iglesia del Trueque no fue tarea fácil esa mañana. Debido a su posición cerca del Intercambio y el Beurscanal, su tejado no estaba unido a ningún otro, y sus entradas ya se encontraban rodeadas de guardias cuando Inej llegó. Pero era el Espectro; había nacido para encontrar los lugares ocultos, las esquinas y grietas donde a nadie se le ocurría mirar.

Matthias estaba soñando otra vez. Soñando con ella. La tormenta rugía a su alrededor, ahogando la voz de Nina. Sin embargo, su corazón estaba tranquilo. De algún modo sabía que ella estaría a salvo, que encontraría refugio del frío. Él volvía a estar en el hielo, y en algún lugar podía oír a los lobos aullando. Pero esa vez, sabía que le estaban dando la bienvenida a casa.



ylan estaba sentado entre Alys y Jesper en un banco cerca de la parte delantera de la iglesia. Los ravkanos, shu y fárdanos se habían metido en una pelea a puñetazos que había dejado a varios soldados amoratados y sangrando, y al embajador fjerdano con un hombro dislocado. Habían hablado con furia de sanciones comerciales y castigos para todas las partes. Pero por el momento, se había restaurado algo parecido al orden. La mayoría de asistentes a la subasta habían huido hacía mucho, o la *stadwatch* los había echado. Los shu se habían marchado, lanzando amenazas de acciones militares por la muerte de uno de sus ciudadanos.

Parecía que los fjerdanos habían marchado hasta las puertas de la Stadhall para exigir que Matthias Helvar fuera encontrado y arrestado, solo para que les informaran de que las medidas de emergencia contra plagas prohibían las asambleas públicas. Tenían que regresar a su embajada de inmediato, o arriesgarse a que los sacaran de las calles a la fuerza.

La gente tenía moratones y contusiones, y Wylan había oído que le habían aplastado la mano a una mujer cuando cayó al suelo durante la huida hacia la puerta de la catedral. Pero pocos iban a las clínicas u hospitales para que cuidaran de ellos. Nadie quería arriesgarse a exponerse a esa plaga que se extendía por el Barril. Solo el Consejo Mercante y algunos de la *stadwatch* se quedaron junto al altar, discutiendo con tonos silenciosos que a veces se elevaban a algo más parecido a los gritos.

Wylan, Jesper, Alys y su doncella estaban flanqueados por la *stadwatch*, y Wylan esperaba que Kaz hubiera tenido razón al insistir para que se quedara en la iglesia. No estaba seguro de si creía que los oficiales estaban ahí para protegerlo o para mantenerlo bajo vigilancia. Por como Jesper no dejaba de tamborilear con los dedos

sobre sus rodillas, Wylan sospechaba que se sentía igual de nervioso. No ayudaba que a Wylan le doliera cada vez que respirara, o que notara la cabeza como si fueran unos timbales destrozados por un percusionista demasiado entusiasta.

Estaba hecho un desastre, casi había habido una revuelta y la reputación de Ketterdam estaba hecha pedazos, pero Wylan tuvo que sonreír para sí mismo.

—¿Por qué estás tan contento? —le preguntó Jesper.

Wylan le echó un vistazo a Alys y susurró:

—Lo hemos logrado. Y sé que Kaz tenía sus propios motivos, pero estoy bastante seguro de que acabamos de ayudar a evitar una guerra. Si Ravka hubiera ganado la subasta, los shu o los fjerdanos habrían encontrado alguna excusa para atacarlos o hacerse con Kuwei. Ahora él estará a salvo, y aunque alguien acabe desarrollando la *parem*, los ravkanos podrían estar pronto a punto de desarrollar un antídoto.

—Probablemente —dijo Jesper, con los dientes blancos brillando—. ¿Qué es un pequeño incidente internacional entre amigos? Creo que Keeg me ha roto la nariz.

—Después de que Genya te la dejara tan bonita y recta.

Wylan dudó.

—Puedes irte si quieres. Sé que tienes que estar preocupado por tu padre.

Jesper echó un vistazo a la *stadwatch*.

—No sé si nuestros nuevos colegas me dejarán salir de aquí. Además, no quiero que nadie me siga hasta él.

Y Wylan había oído que Kaz le decía a Jesper que se quedara.

Alys se frotó la barriga con la mano.

—Tengo hambre —dijo, echando un vistazo hacia donde el Consejo Mercante seguía discutiendo—. ¿Cuándo crees que podremos ir a casa?

Wylan y Jesper intercambiaron una mirada.

En ese momento, un hombre joven corrió por el pasillo de la catedral y le entregó un fajo de papeles a Jellen Radmakker. Llevaban el sello verde pálido del Gemensbank, y Wylan sospechaba que mostraría a todos que todo el dinero del Consejo Mercante había sido transferido directamente desde una sociedad mercantil falsa de *jurda* hasta una cuenta para los shu.

—¡Esto es una locura! —gritó Van Eck—. ¡No pueden creer nada de esto!

Wylan se puso en pie para ver mejor, y después tomó aire ante la aguda punzada de dolor en sus costillas. Jesper extendió una mano para estabilizarlo, pero lo que vio Wylan cerca del podio hizo que todos los pensamientos de dolor desaparecieran de su cabeza: un oficial de la *stadwatch* estaba esposando a su padre, que se retorció como un pez atrapado en un sedal.

—Es cosa de Brekker —aseguró Van Eck—. Él creó el fondo. Encuentren al granjero. Encuentren a Pekka Rollins. Ellos lo dirán.

—Deje de hacer un espectáculo —susurró Radmakker con furia—. Por el bien de su familia, muestre algo de autocontrol.

—¿Autocontrol? ¿Cuándo me han encadenado?



—Cálmese, hombre. Le llevarán a la Stadhall a esperar la acusación. En cuanto pague la fianza...

—¿Fianza? ¡Soy miembro del Consejo Mercante! Mi palabra...

—¡No vale nada! —replicó Radmakker, mientras Karl Dryden se enfurecía de una forma que hacía recordar a Wylan al perro de Alys cuando veía una ardilla—. Debería dar las gracias de que no le metamos en la Puerta del Infierno ahora mismo. Han desaparecido setenta millones de *kruge* del dinero del consejo. Kerch se ha convertido en un hazmerreír. ¿Tiene idea de los daños que ha causado hoy?

Jesper suspiró.

—¿Nosotros hacemos todo el trabajo y él se lleva el mérito?

—¿Qué está pasando? —preguntó Alys, llevando la mano hasta la de Wylan—. ¿Por qué tiene problemas Jan?

Wylan sentía lástima por ella. Era dulce y tonta, y nunca había hecho nada más que casarse con quien le ordenó su familia. Si Wylan se salía con la suya, su padre sería acusado de fraude y traición. Entrar a sabiendas en un contrato falso con el objetivo de trastocar el mercado no era solo ilegal, sino que se consideraba blasfemia, un ataque hacia Ghezen, y las penas eran duras. Si declaraban culpable a su padre, le quitarían el derecho a poseer propiedades o fondos. Toda su fortuna pasaría a Alys y su heredero nonato. Wylan no estaba seguro de que Alys estuviera lista para esa clase de responsabilidad.

Le dio un apretón en la mano.

—Va a salir bien —dijo—. Te lo prometo.

Y lo decía en serio. Encontrarían a un buen abogado, o a un hombre de negocios que ayudara a Alys con las propiedades. Si Kaz conocía a todos los estafadores de Ketterdam, entonces también debía de saber quiénes eran los comerciantes honestos, aunque no fuera por más razón que para evitarlos.

—¿Dejarán que Jan vuelva a casa esta noche? —preguntó ella, con el labio inferior tembloroso.

—No lo sé —admitió él.

—Pero tú sí volverás a la casa, ¿verdad?

—Eh...

—Aléjate de ella —escupió Van Eck mientras la *stadwatch* lo bajaba del escenario arrastrándolo por los escalones—. Alys, no lo escuches. Vas a tener que ir a buscar a Smeet para sacar los fondos de la fianza. Ve a...

—No creo que Alys pueda ayudar con eso —dijo Kaz. Se encontraba en el pasillo, apoyado sobre la empuñadura en forma de cabeza de cuervo de su bastón.

—Brekker, maldito rufián. ¿De verdad piensas que se ha terminado? —Van Eck se enderezó, tratando de recuperar parte de su dignidad perdida—. Mañana a esta hora, estaré libre bajo fianza y restaurando mi reputación. Hay una forma de conectarte con el fondo de Rietveld, y voy a encontrarla. Lo juro.

Wylan sintió que Jesper se ponía rígido junto a él. Colm Fahey era la única conexión.

—Por favor, jure —dijo Kaz—. Haga un juramento solemne. Creo que todos sabemos lo que vale su palabra. Pero tal vez se encuentre con sus recursos algo restringidos. El custodio de sus bienes estará a cargo de sus fondos. No sé cuánto dinero planea dedicar Wylan a su defensa, o a su fianza, ya que estamos.

Van Eck se rio con amargura.

—Lo saqué del testamento en cuanto Alys concibió. Wylan jamás verá un penique de mi dinero.

Un murmullo de sorpresa se elevó desde los miembros del Consejo Mercante.

—¿Está seguro? —preguntó Kaz—. Estoy convencido de que Wylan me dijo que se habían reconciliado. Por supuesto, todo eso fue antes de este feo asunto.

—Mi testamento está perfectamente claro. Hay una copia en... —Van Eck se detuvo en mitad de la frase, y Wylan lo observó mientras una expresión horrorizada se extendía por la cara de su padre—. La caja fuerte —susurró.

La comprensión golpeó a Wylan apenas unos segundos después. Specht había falsificado una carta con la letra de su padre para el capitán del barco, ¿por qué no algo más? *A veces, un buen ladrón no solo roba. También deja algo atrás.* La noche que habían irrumpido en el despacho de Van Eck, Kaz no solo había tratado de robar el sello. Había reemplazado el testamento con uno falso. Wylan recordaba lo que había dicho Kaz: *¿Te das cuenta de que estamos robando tu dinero?* Lo había dicho en serio.

—Hay otra copia —dijo Van Eck—. Mi abogado...

—¿Cornelis Smeet? —preguntó Kaz—. ¿Sabe si cría él a esos perros guardianes suyos? Es gracioso cuando uno entrena a un animal para obedecer. A veces, es demasiado fácil darles órdenes. Es mejor que sigan un poco salvajes.

*No se gana con una sola partida.* ¿Cuánto tiempo llevaba Kaz planeando entregarle a Wylan el imperio de su padre?

—No —replicó Van Eck, negando con la cabeza—. No. —Con sorprendente fuerza, se quitó a los guardias de encima—. No puedes darle a este cretino el control de mis fondos —gritó, señalando a Wylan con las manos esposadas—. Incluso aunque yo quisiera que heredara, es incompetente para hacerlo. No sabe leer, apenas puede escribir una frase básica en un papel. Es un idiota, un crío de mente blanda.

Wylan vio el horror en las caras de los miembros del Consejo. Aquella era la pesadilla que había tenido incontables veces de niño: estar en público mientras exponían sus deficiencias.

—¡Van Eck! —gritó Radmakker—. ¿Cómo puede decir algo así sobre su propia sangre?

El hombre soltó una risa salvaje.

—¡Al menos, esto puedo demostrarlo! Dele algo para leer. Venga, Wylan, muéstrales qué gran hombre de negocios vas a ser.

Radmakker le puso una mano sobre el hombro al muchacho.

—No tienes que hacer caso de sus delirios, hijo.

Pero Wylan inclinó la cabeza hacia un lado, con una idea formándose en su mente.

—No pasa nada, señor Radmakker —dijo—. Si nos ayuda a terminar con este trágico asunto, obedeceré a mi padre. De hecho, si tiene una Transferencia de Autoridad, puedo firmarla ahora y comenzar a reunir fondos para la defensa de mi padre.

Hubo murmullos en el escenario, y entonces alguien sacó un archivo con los documentos del contrato. Wylan miró a Jesper a los ojos. ¿Comprendía lo que se proponía?

—Esto era para Kuwei Yul-Bo —explicó Dryden—, pero no están completos. Debería haber una Transferencia de Autoridad.

Le ofreció el archivo a Wylan, pero Jesper lo tomó y lo hojeó.

—¡Debe leerlo él! —gritó Van Eck—. ¡No el otro chico!

—Creo que tu primera inversión debería ser un bozal —murmuró Jesper.

Le entregó un documento a Wylan. Podría haber sido cualquier cosa. Wylan veía las palabras, reconocía sus formas, pero no podía formar el significado. Sin embargo, podía oír la música en su cabeza, ese truco de la memoria que había usado tan a menudo de niño: la voz de Jesper leyéndoselo en voz alta en la entrada de Santa Hilde. Vio la puerta azul pálido y olió la glicinia en flor.

Se aclaró la garganta y fingió examinar la página.

—Este documento, testificado a plena vista de Ghezen y de acuerdo con los tratos honestos de los hombres, hecho vinculante por las cortes de Kerch y su Consejo Mercante, certifica la transferencia de toda propiedad, finca y terreno legal de... —Hizo una pausa—. Supongo que aquí dirá nuestros nombres, de Jan Van Eck a Wylan Van Eck, para ser controlados por él hasta que Van Eck vuelva a ser competente para encargarse... de sus propios asuntos. ¿De verdad tengo que continuar?

Van Eck lo estaba mirando con la boca abierta. Los miembros del Consejo Mercante estaban negando con la cabeza.

—Desde luego que no, hijo —dijo Radmakker—. Creo que ya has sufrido suficiente. —La mirada que dirigió a Van Eck era ahora de lástima—. Llévalo a la Stadhall. Tal vez deberíamos buscar también un *medik*. Algo debe de haberle perturbado la mente y le habrá metido estos pensamientos absurdos en la cabeza.

—Es un truco —aseguró Van Eck—. Es otro de los trucos de Brekker. —Se liberó de los guardias y corrió hacia Wylan, pero Jesper se puso delante de él y lo sujetó por los hombros, manteniéndolo a raya con los brazos rectos—. Vas a destruir todo lo que he construido, todo lo que mi padre y su padre construyeron. Eres...

Jesper se inclinó hacia él y dijo, lo bastante bajo como para que nadie más pudiera oírlo:

—Puedo leerle yo.

—Tiene una voz de barítono muy relajante —añadió Wylan, y entonces los guardias se llevaron a su padre por el pasillo.

—¡No vas a salirte con la tuya! —gritó Van Eck—. Ahora conozco tu juego, Brekker. Mi mente es más afilada...

—Tan solo se puede afilar una hoja hasta cierto punto —dijo Kaz mientras se unía a ellos en la parte delantera de la iglesia—. Al final, todo depende de la calidad del metal.

Van Eck estaba aullando.

—¡Ni siquiera saben si ese es Wylan de verdad! ¡Podría llevar la cara de otro! No lo entienden...

El resto del Consejo Mercante lo siguió, todos con una expresión atónita.

—Está desquiciado —dijo Dryden.

—Deberíamos haber sabido que no estaba en sus cabales cuando se alió con ese malhechor de Pekka Rollins.

Wylan le devolvió la Transferencia de Autoridad a Radmakker.

—Tal vez sea mejor que no nos encarguemos de esto ahora. Me siento un poco aturdido.

—Por supuesto. Nos encargaremos de conseguir el testamento de Smeet y asegurarnos de que todo esté en orden. Podemos enviar los papeles necesarios a tu casa.

—¿Mi casa?

—¿No volverás a tu casa en la Geldstraat?

—Yo...

—Desde luego que sí —afirmó Jesper.

—No lo entiendo —intervino Alys, mientras su doncella le daba unas palmadas suaves en la mano—. ¿Han arrestado a Jan?

—Alys —dijo Kaz—. ¿Qué te parece esperar en el campo a que todo este desagradable asunto termine? Muy lejos de la amenaza de la plaga. Tal vez en esa bonita casa del lago que mencionaste.

El rostro de Alys se iluminó, pero entonces dudó.

—¿Crees que estaría bien? ¿Que una mujer abandonara a su marido en un momento así?

—En realidad, es tu deber —respondió Kaz—. Después de todo, ¿tu prioridad no debería ser el bebé?

Jesper asintió sabiamente con la cabeza.

—El buen aire del campo, mucha hierba para... brincar por ahí. Yo crecí en una granja. Por eso soy tan alto.

Alys frunció el ceño.

—Eres demasiado alto.

—Era una granja muy grande.

—Y podrías continuar con tus lecciones de música —sugirió Wylan.

Los ojos de Alys comenzaron a brillar.

—¿Con el señor Bajan? —Sus mejillas se sonrosaron, y se mordió el labio—. Tal vez sería lo mejor. Para el bebé.



n la oscuridad creciente del atardecer, caminaron juntos hasta la casa de Van Eck, con Kaz apoyándose en su bastón y Alys en el brazo de su doncella. Las calles se encontraban vacías de una forma inquietante. De vez en cuando veían a la *stadwatch*, y el corazón de Jesper se aceleraba, preguntándose si iban a comenzar los problemas otra vez. Pero ahora que Van Eck y Pekka habían sido desacreditados de una forma tan absoluta, la *stadwatch* tenía problemas mayores de los que encargarse, y los brotes en el Barril habían dado a las bandas muchas opciones para mantenerlos ocupados. Parecía que los ciudadanos, a ambos lados de la ley, estaban encargándose de sí mismos, así que no les importaba dejar a Jesper y sus amigos en paz.

Pero a él no le importaba nada de eso. Tan solo necesitaba saber que su padre se encontraba a salvo. Se sentía tentado de ir a la panadería, pero no podía arriesgarse a que lo siguieran.

Se sentía ansioso, pero por el momento podía resistirlo. A lo mejor usar su poder había ayudado. A lo mejor tan solo estaba mareado por la pelea. Era demasiado pronto para tratar de averiguarlo. Pero, al menos esa noche, podría jurarse no hacer ninguna estupidez. Se quedaría en una habitación sacándole el color a una alfombra con su poder, o practicando tiro, o haría que Wylan lo atara a una silla si tenía que hacerlo. Jesper quería saber qué pasaría después. Quería ser parte de ello.

Sin importar el escándalo que había tocado a Van Eck ese día, las lámparas se habían encendido igualmente en las ventanas, y los sirvientes abrieron felizmente la puerta a Alys y al joven señor Wylan. Mientras pasaban por lo que parecía el comedor, aunque carecía de mesa, Jesper echó un vistazo al enorme agujero del techo. Podía ver directamente el piso de arriba y unos tallados de madera muy bonitos.

Negó con la cabeza.

—Tendrías que tener más cuidado con tus cosas.

Wylan trató de sonreír, pero Jesper podía ver que era todo nervios. Avanzaba de una habitación a otra con cautela, tocando brevemente de vez en cuando algún mueble o alguna mancha en la pared. Seguía bastante magullado. Habían enviado a buscar un *medik* de la universidad, pero podría pasar mucho tiempo antes de que alguien pudiera venir.

Cuando llegaron a la sala de música, Wylan se detuvo al fin. Pasó una mano por la tapa del piano.

—Este es el único lugar de esta casa donde alguna vez fui feliz.

—Esperemos que eso cambie ahora.

—Me siento como un intruso. Como si en cualquier momento mi padre fuera a entrar por esa puerta y decirme que salga.

—Te sentirás más tranquilo cuando los papeles estén firmados. Hará que parezca más permanente. —Jesper sonrió—. Estuviste increíble allí, por cierto.

—Estaba aterrorizado. Lo sigo estando. —Bajó la mirada hasta las teclas y tocó un acorde suave. Jesper se preguntó cómo podía haber confundido a Kuwei con Wylan. Sus manos eran totalmente diferentes, la forma de los dedos, los nudillos—. Jes. ¿Iba en serio lo que le dijiste a mi padre? ¿Te quedarás conmigo? ¿Me ayudarás?

Jesper se reclinó sobre el piano, apoyándose en los codos.

—Veamos. ¿Vivir en una lujosa mansión de mercader, tener sirvientes, pasar un poco de tiempo extra con un experto en demoliciones en ciernes que toca muy bien la flauta? Creo que puedo soportarlo. —Los ojos de Jesper fueron desde la parte superior de los rizos de un rojo dorado de Wylan hasta las puntas de sus pies, y después volvieron a subir—. Pero mi tarifa es bastante alta.

Wylan se volvió de un magnífico tono de rosa.

—Bueno, pues espero que el *medik* venga pronto para arreglarme las costillas —dijo mientras se dirigía hacia la sala. ¿Sí?

—Sí —respondió Wylan, girándose para echarle un breve vistazo, con las mejillas ahora tan rojas como cerezas—. Me gustaría hacer el pago.

Jesper soltó un ladrido de risa. No podía recordar la última vez que se había sentido tan bien, y ni siquiera había nadie disparándole.

La cocinera sirvió una cena fría y Alys se retiró a sus habitaciones. Los demás se sentaron juntos en los escalones que conducían al jardín de atrás, observando la extraña vista del sol poniéndose bajo el Geldcanal casi vacío, esperando. Solo podían ver los barcos de la *stadwatch*, la brigada de incendios y algún barco de *mediks* deslizándose por el agua, dejando anchas ondas ininterrumpidas al pasar. Nadie comió gran cosa. Estaban todos de los nervios mientras esperaban a que cayera la noche. ¿Estarían los demás a salvo? ¿Habría ido todo según lo planeado? Todavía quedaba mucho que hacer. Kaz se encontraba totalmente inmóvil, pero Jesper podía sentir la tensión en él, enroscada como una serpiente de cascabel.

Jesper sentía que la esperanza dentro de él se desvanecía, reducida a la nada a causa de la preocupación por su padre. Exploró la casa, recorrió el jardín, se maravilló ante la destrucción del despacho de Van Eck. ¿Desde cuándo el sol tardaba tanto en ponerse? Podía decirse que su padre se encontraba bien todo lo que quisiera, pero no se lo creería hasta que volviera a ver por sí mismo el rostro arrugado de Colm Fahey.

Por fin, la noche cayó, y una larga hora después el gran barco de botellas llegó deslizándose hasta la dársena del elegante cobertizo de botes de Van Eck.

—¡Lo han logrado! —gritó Wylan con alegría.

Kaz soltó aire con lentitud. Jesper tomó una lámpara y el champán que habían estado enfriando. Recorrieron el jardín, abrieron la puerta y entraron en el cobertizo. Su saludo murió en sus labios.

Inej y Rotty estaban ayudando a Kuwei a bajar del barco. Aunque parecía alterado y tembloroso, y su camisa abierta mostraba un pecho todavía lleno de sangre de cerdo, estaba de una pieza. El padre de Jesper seguía sentado en el barco, con los hombros caídos y más cansado de lo que su hijo lo había visto nunca, con la cara pecosa arrugada por la tristeza. Se levantó con lentitud y bajó a la dársena. Se aferró a Jesper con fuerza y dijo:

—Estás bien. Estás bien.

Nina se quedó en el barco, con la cabeza descansando sobre el pecho de Matthias. Este se encontraba tendido junto a ella, con los ojos cerrados y un color ceniciento. Jesper le lanzó a Inej una mirada interrogativa. Ella tenía la cara llena de lágrimas, y negó una vez con la cabeza.

—¿Cómo? —preguntó Kaz en voz baja.

Unas nuevas lágrimas se reunieron en los ojos de Inej.

—Todavía no lo sabemos.

Wylan fue a por una manta de la casa y la extendieron en la esquina del cobertizo. Después, Jesper y Rotty ayudaron a sacar del barco el enorme cuerpo de Matthias. El proceso fue extraño, sin dignidad. Jesper no pudo evitar pensar que el fjerdano lo habría odiado.

Lo tumbaron sobre la manta. Nina se sentó junto a él sin decir nada, aferrándole una mano entre las suyas. Inej le llevó un chal y se lo puso sobre los brazos, y después se agachó en silencio junto a ella y colocó la cabeza contra su hombro.

Durante un momento, ninguno supo qué hacer, pero al final Kaz miró su reloj y les hizo una señal silenciosa. Todavía había trabajo que requería su atención.

Se dispusieron a transformar el barco de botellas. A las diez campanadas, tendría que parecerse menos a la tienda flotante de un mercader y más a un barco de enfermos. Habían convertido barcos muchas veces, utilizando la base de uno como el esqueleto para una barcaza de flores, un barco pesquero, un puesto de mercado flotante. Lo que fuera necesario para el trabajo. Aquella era una transformación más sencilla: no tenían que construir nada, solo quitar.



Metieron las cajas de botellas en la casa y quitaron la parte superior de la cubierta para eliminar los compartimentos de almacenaje, haciendo que el barco fuera más ancho y plano. Colm ayudó, trabajando junto a Jesper como habían hecho en la granja. Kuwei caminaba entre el jardín y el cobertizo, todavía débil tras lo que había pasado.

Pronto Jesper estaba sudando, tratando de concentrarse en el ritmo del trabajo, pero no podía sacarse la tristeza del corazón. Había perdido amigos. Había estado en trabajos donde las cosas habían salido mal. ¿Por qué aquello parecía tan diferente?

Cuando terminaron, Wylan, Kaz, Rotty, Jesper y su padre se quedaron en el jardín. No había nada más que hacer. El barco estaba listo. Rotty estaba vestido de negro de la cabeza a los pies, y le habían hecho una capucha como las de los encargados de los cuerpos rompiendo y volviendo a coser uno de los finos trajes de mercader de Van Eck. Era el momento de irse, pero ninguno de ellos se movió. A su alrededor, Jesper podía oler la primavera, dulce y llena de vida, el aroma de los lirios y los jacintos, de las rosas que florecían pronto.

—Se suponía que íbamos a conseguirlo todos —dijo Wylan con suavidad.

A lo mejor aquello era ingenuo, la protesta del hijo de un mercader rico que solo había probado un poco la vida del Barril. Pero Jesper se dio cuenta de que él había estado pensando lo mismo. Tras todas las huidas alocadas y por los pelos, había comenzado a creer que los seis estaban de algún modo encantados, que sus pistolas, el cerebro de Kaz, el ingenio de Nina, el talento de Inej, la ingenuidad de Wylan y la fuerza de Matthias los habían hecho indestructibles de algún modo. Podían sufrir. Podían recibir golpes, pero Wylan tenía razón: al final, se suponía que todos debían permanecer en pie.

—Sin llantos —dijo Jesper, sorprendido por el dolor de las lágrimas en su garganta.

—Sin funerales —respondieron todos con suavidad.

—Adelante —los animó Colm—. Id a despediros.

Caminaron hasta el cobertizo. Pero antes de que Wylan entrara, se agachó y arrancó un tulipán rojo del suelo. Todos lo imitaron y entraron en silencio. Uno por uno, se arrodillaron junto a Nina y dejaron una flor sobre el pecho de Matthias. Después se pusieron en pie, rodeando su cuerpo, como si ahora que era demasiado tarde pudieran protegerlo.

Kuwei fue el último. Había lágrimas en sus ojos dorados, y Jesper se alegró de que se hubiera unido al círculo. Matthias era la razón por la que Kuwei y Jesper habían sobrevivido a la emboscada en el Velo Negro; era una de las razones por las que Kuwei tendría la oportunidad de vivir de verdad como un Grisha en Ravka.

Nina giró la cara hacia el agua, mirando las estrechas casas que bordeaban el Geldcanal. Jesper vio que sus habitantes habían llenado las ventanas de velas, como si esos pequeños gestos de algún modo mantuvieran la oscuridad a raya.

—Quiero pensar que esas luces son para él —dijo Nina. Quitó un pétalo rojo suelto del pecho de Matthias, suspiró, le soltó la mano y se levantó con lentitud—. Sé que ya es la hora.

Jesper la rodeó con un brazo.

—Te quería muchísimo, Nina. Quererte le hizo mejor.

—¿Supuso alguna diferencia al final?

—Pues claro que sí —aseguró Inej—. Matthias y yo no rezábamos al mismo dios, pero sabíamos que había algo más allá de esta vida. Fue con más tranquilidad al otro mundo sabiendo que había hecho el bien en este.

—¿Te quedarás en Ravka? —preguntó Wylan.

—Solo el tiempo suficiente para organizar el transporte hasta Fjerda. Hay Grisha que pueden ayudarme a preservar su cuerpo para el viaje. Pero no puedo ir a casa, no puedo descansar hasta que él lo haga. Lo llevaré al norte. Al hielo. Lo enterraré cerca de la orilla. —Se giró hacia ellos, como si estuviera viéndolos por primera vez—. ¿Qué hay de todos vosotros?

—Tendremos que averiguar una forma de gastar nuestro dinero —dijo Kaz.

—¿Qué dinero? —inquirió Jesper—. Fue todo a las arcas de los shu. Como si lo necesitaran.

—¿Tú crees?

Nina entrecerró los ojos, y Jesper vio que parte de su espíritu regresaba.

Deja de jugar, Brekker, o enviaré a mi impío ejército de los muertos detrás de ti.

Kaz se encogió de hombros.

Me pareció que los shu podrían arreglárselas con cuarenta millones.

—Los treinta millones que Van Eck nos debía... —murmuró Jesper.

—Cuatro millones de *kruge* para cada uno. Voy a darle la parte de Per Haskell a Rotty y a Specht. Lo blanquearán a través de los negocios de los Despojos antes de que vuelva al Gemensbank, pero los fondos deberían estar en cuentas separadas para vosotros al acabar el mes. —Hizo una pausa—. La parte de Matthias será para Nina. Sé que el dinero no importa...

—Sí importa —replicó ella—. Encontraré la forma de hacer que importe. ¿Qué haréis con vuestras partes?

—Encontrar un barco —dijo Inej—. Formar una tripulación.

—Ayudar a dirigir un imperio —respondió Jesper.

—Tratar de no cargármelo —contestó Wylan.

—¿Y tú, Kaz? —preguntó Nina.

—Construir algo nuevo —replicó encogiéndose de hombros—. Verlo arder.

Jesper se preparó y dijo:

—En realidad, deberías poner mi parte a nombre de mi padre. No creo... no creo que esté listo todavía para tanto dinero.

Kaz lo observó durante un largo momento.

—Ese es el movimiento adecuado, Jes.

Aquello se parecía un poco al perdón.

Jesper sentía un dolor que le pesaba en el corazón. Tenía un montón de dinero por primera vez en años. La granja de su padre estaba a salvo. Pero nada de aquello parecía correcto.

—Pensaba que ser rico lo arreglaría todo —dijo.

Wylan echó un vistazo a la mansión de su padre.

—Yo podía haberte dicho que no funciona así.

En la distancia, las campanas comenzaron a sonar. Jesper fue a buscar a su padre al jardín. Colm se encontraba cerca de los escalones de la casa, con el sombrero arrugado en las manos.

—Al menos ahora podemos permitirnos comprarte un sombrero nuevo.

—Este es cómodo.

—Volveré a casa, pa. Cuando la ciudad esté abierta otra vez. Después de que Wylan se establezca.

—Es un buen chico. —*Demasiado bueno para mí*, pensó Jesper—. Espero de verdad que vuelvas a casa de visita. —Colm se miró las grandes manos—. Deberías conocer a la gente de tu madre. Esa chica a la que salvó hace tantos años... he oído que es muy poderosa.

Jesper no sabía qué decir.

—Me... me gustaría hacerlo. Siento todo esto. Mezclarte en todo. Estar a punto de perder aquello por lo que has trabajado tan duro. Su... supongo que lo que quiero decir es que esta acción no tendrá eco.

—¿Perdón?

—Suena mejor en suli. Voy a intentarlo, Da.

—Eres mi hijo, Jesper. No puedo protegerte. A lo mejor no tendría que haberlo intentado. Pero voy a estar ahí, incluso cuando fracasases. Siempre.

Jesper abrazó a su padre con fuerza. *Recuerda esta sensación*, se dijo. *Recuerda todo lo que tienes que perder*. No sabía si era lo bastante fuerte para mantener las promesas que había hecho esa noche, pero podía intentarlo.

Volvieron al cobertizo y se unieron a los demás.

Inej puso las manos sobre los hombros de Nina.

—Nos volveremos a ver.

—Pues claro que sí. Me habéis salvado la vida. Yo os he salvado la vuestra.

—Creo que tú nos llevas la delantera.

—No, no me refiero a lo grande. —Los ojos de Nina los observaron a todos—. Me refiero a los pequeños rescates. Riéndoos de mis chistes. Perdonándome cuando decía estupideces. No tratando nunca de hacerme sentir pequeña. Da igual si es el mes que viene, el año que viene, o dentro de diez años, pero esas serán las cosas que recuerde cuando os vuelva a ver.

Kaz le ofreció la mano enguantada.

—Pues hasta entonces, Zenik.

—Cuenta con ello, Brekker.

Se dieron la mano.

Rotty se subió al barco.

—¿Listos?

Kuwei se giró hacia Jesper.

—Deberías venir a visitarme a Ravka. Podríamos aprender a usar nuestros poderes *juntos*.

—¿Qué tal si te empujo al canal para ver si sabes nadar? —dijo Wylan, con una imitación bastante pasable de la mirada fulminante de Kaz.

Jesper se encogió de hombros.

—He oído que es uno de los hombres más ricos de Ketterdam. Yo no me enfrentaría a él.

Kuwei resolló, ofendido, y se tumbó en el suelo del barco. Cruzó los brazos pulcramente sobre el pecho.

—No —dijo Kaz—. No. Los portadores de cadáveres no se molestan en colocarlos.

Kuwei dejó caer las manos a los costados. Colm fue el siguiente, y Jesper quiso olvidar al instante la imagen de su padre tendido como un cadáver.

Usaron la manta para subir a Matthias al barco, y después se la quitaron de debajo. Nina tomó el ramito de tulipanes de su pecho y los dispersó por el agua. Se tumbó junto a él.

Rotty empujó la larga vara de madera contra el fondo arenoso del canal, y el barco comenzó a alejarse de la dársena. En la oscuridad, parecía igual que cualquiera de los demás portadores de cadáveres que transportaban su lúgubre cargamento por los canales. Solo los barcos de los muertos podían recorrer libremente la ciudad y salir del puerto, recogiendo a los muertos para llevarlos a la Barcaza del Segador a que los quemaran.

Rotty los llevaría hasta el distrito de fabricación, adonde los refugiados Grisha habían huido tras la subasta y después de deshacerse de las túnicas azules que se habían puesto para fingir ser el Consejo de Mareas. Kaz había sabido que no había forma de transportar a tantos Grisha sin atraer la atención. Por tanto, habían ido por el pasadizo secreto desde la embajada hasta la taberna, y después habían desfilado por la calle con sus túnicas azules hinchadas por el viento y las caras ocultas tras la niebla, declarando su poder en lugar de intentar ocultarlo. Jesper creía que ahí había una lección si quería aprenderla. Tan solo había cuatro Agitamareas de verdad entre ellos, pero había sido suficiente. Por supuesto, estaba la posibilidad de que el verdadero Consejo de Mareas apareciera en la subasta, pero basándose en su historial, Kaz había pensado que el riesgo valía la pena.

Los Grisha y Sturmhond estarían esperando para subir al barco no muy lejos del Arrecife Dulce. En cuanto estuvieran todos a bordo, Rotty los llevaría más allá del puerto y después enviaría una señal luminosa cuando el barco de Sturmhond acudiera

a su encuentro. Era la única forma de sacar de la ciudad a un grupo de refugiados Grisha, a un granjero que había ayudado a engañar a todo el Consejo Mercante, y el cuerpo de un chico que había sido hasta hacía unas pocas horas el rehén más buscado del mundo.

—Tendrás que quedarte inmóvil —murmuró Inej.

—Inmóvil como una tumba —respondió Nina.

El barco se deslizó hacia el canal, y ella levantó la mano en un gesto de despedida, con la palma como una estrella blanca brillante contra la oscuridad. Se quedaron junto al borde del agua mucho después de que desaparecieran.

En algún momento, Jesper se dio cuenta de que Kaz no estaba.

—No le gustan las despedidas, ¿verdad? —murmuró.

—Nunca dice adiós —contestó Inej, con los ojos fijos en las luces del canal. En algún lugar del jardín, un pájaro nocturno comenzó a cantar—. Tan solo se va.



az colocó la pierna mala sobre un taburete bajo y escuchó a Anika mientras le informaba sobre las ganancias del Club Cuervo y el estado del tráfico de turistas en el Stave Oriental. En las tres semanas desde la subasta de Kuwei y el pánico de la plaga, Kaz se había hecho con el despacho de Per Haskell, en el piso inferior del Listón. Seguía durmiendo en el piso superior, pero era más fácil hacer negocios desde la guarida de Haskell. No echaba de menos los viajes de más subiendo y bajando las escaleras, y su antiguo despacho ahora parecía vacío. Cada vez que se sentaba para tratar de hacer algún trabajo, sus ojos se acababan desviando hasta la cornisa de la ventana.

La ciudad todavía no había vuelto a la normalidad, pero eso había creado algunas oportunidades interesantes. Los precios en los Staves habían caído mientras la gente se preparaba para un largo brote de la plaga, y Kaz se apresuró a aprovecharlo. Compró el edificio junto al Club Cuervo para poder expandirlo, e incluso logró adquirir una pequeña propiedad en el Tapón. Cuando el pánico terminara y el turismo se reanudara, Kaz estaba deseando desplumar a una clase de pichones muy superior. También había comprado la parte de Per Haskell del Club Cuervo por un precio razonable. Podía haberla conseguido a cambio de nada, dados los problemas del Barril, pero no quería que nadie sintiera demasiada lástima por el viejo.

Cuando Pekka Rollins regresara a la ciudad, Kaz encontraría la forma de sacarlo del negocio. Lo último que quería era que los beneficios de su duro trabajo fueran a parar a sus arcas.

Cuando Anika terminó su recital, Pim le dio los detalles que había conseguido sobre el juicio de Van Eck. No habían encontrado al misterioso Johannus Rietveld,

pero en cuanto investigaron las cuentas de Van Eck, enseguida quedó claro que había estado utilizando la información obtenida en el Consejo Mercante para comprar granjas de *jurda*. Además de estafar a sus amigos, alterar una subasta y secuestrar a su propio hijo, se sugería incluso que había contratado a un equipo para entrar en un edificio del gobierno fjerdano y posiblemente sabotear sus propios silos de azúcar. No iba a salir bajo fianza. De hecho, no parecía que fuera a salir de la cárcel en ningún momento cercano. Aunque su hijo había proporcionado una pequeña suma para su representación legal, esta podía describirse como moderada.

Wylan había decidido utilizar una parte de su riqueza recién conseguida en restaurar su hogar. Le había dado una pequeña asignación a Jesper para especular en los mercados, y también había llevado a su madre a casa. La gente de la Geldstraat se quedaba aturdida al ver a Marya Hendriks sentada en el parque con su hijo, o transportada por el canal por uno de los sirvientes. A veces los veían desde el agua, de pie frente a sus caballetes en el jardín Van Eck.

Alys se había quedado con ellos durante un tiempo, pero al final decidió escapar con su perro de la ciudad y sus cotilleos. Terminaría su reclusión en la casa del lago de los Hendriks, y se decía que estaba haciendo dudosos progresos en sus lecciones de canto. Kaz tan solo se alegraba de que no viviera en la casa de al lado.

—Buen trabajo —dijo cuando Pim terminó. No esperaba que tuviera mucho talento para reunir información.

—El informe lo ha preparado Roeder —respondió Pim—. Creo que está sumando puntos para ser tu nueva araña.

—No necesito una nueva araña —replicó Kaz.

Pim se encogió de hombros.

—No se ve mucho al Espectro. La gente habla.

Kaz les hizo un gesto para que se marcharan y se quedó sentado durante un largo momento en el silencioso despacho. Apenas había dormido en las últimas semanas. Había estado esperando casi la mitad de su vida hasta que ese momento se convirtiera en una realidad, y tenía miedo de que todo se desvaneciera si se permitía dormir. Pekka Rollins había huido de la ciudad y no había regresado. Se decía que estaba escondido con su hijo en una casa de campo, rodeado de hombres armados a todas horas. Entre las cuarentenas del Palacio Esmeralda, el Príncipe Kaélico y la Dulcería, y el hecho de que no estaba por ahí para arreglar las cosas, los negocios de Pekka Rollins estaban al borde del colapso. Incluso se hablaba de un motín entre los Leones Moneda. Su jefe había desaparecido, y el trato que había hecho con Van Eck los había hecho parecer poco más que secuaces de un rico. Bien podrían ser de la *stadwatch*.

*Ladrillo a ladrillo.* Con el tiempo, Rollins acabaría resurgiendo de las cenizas. Kaz tendría que estar listo.

Sonó un golpe en la puerta. El único problema de estar en el piso inferior era que las probabilidades de que te molestaran eran mucho mayores.

—Ha llegado una carta —dijo Anika, y la tiró a su escritorio—. Parece que tienes buenas compañías, Brekker —añadió con una sonrisa taimada. Kaz dejó que su mirada a la puerta hablara. No estaba interesado en verla agitando sus pestañas rubias—. Vale.

Anika desapareció y cerró la puerta tras ella.

Kaz sostuvo la carta bajo la luz. El sello era de cera de un azul pálido, marcado con un águila doble dorada. Abrió el sobre, leyó el contenido de la carta y quemó ambas cosas. Después escribió su propia nota y la selló con tinta negra.

Kaz sabía que Inej había estado quedándose en casa de Wylan. De vez en cuando, encontraba alguna nota garabateada sobre su escritorio, alguna información sobre Pekka o las actividades en la Stadhall, y entonces sabía que ella había estado en su despacho. Se puso la chaqueta, tomó su sombrero y su bastón y se metió el papel en el bolsillo. Podía haber mandado a un mensajero, pero quería enviar esa nota él mismo.

Kaz pasó junto a Anika y Pim en su camino para salir del Listón.

—Volveré en una hora —dijo—, y más os vale que no os vea perdiendo el tiempo por aquí.

—No hay casi nadie en el club —replicó Pim—. Los turistas tienen demasiado miedo de la plaga.

—Id a las pensiones donde están todos los pichones asustados esperando a que termine el pánico. Mostradles lo sanos que estáis. Aseguraos de que sepan que acabáis de pasar un buen rato jugando a la Zarza de Tres en el Club Cuervo. Si eso no funciona, moved el culo a los puertos y buscad pichones entre los trabajadores de los barcos.

—Acabo de terminar un turno —protestó Pim.

Kaz se puso el sombrero sobre la cabeza y pasó el pulgar por el ala.

—No te he preguntado.



Fue hacia el este por la ciudad. Se sentía tentado de dar un rodeo, solo para ver por sí mismo cómo iban las cosas en el Stave Occidental. Entre el ataque shu y el brote de la plaga, las casas de placer estaban prácticamente desiertas. Había barricadas en varias calles para reforzar la cuarentena que rodeaba la Dulcería y la Reserva. Se rumoreaba que Heleen Van Houden no iba a poder pagar el alquiler ese mes. Una lástima.

No había barcos en funcionamiento, así que tuvo que hacer a pie el viaje hasta el distrito financiero. Mientras caminaba junto a un canal pequeño y desierto, vio una espesa niebla elevándose del agua. Solo unos momentos después, era tan densa que apenas podía ver. La niebla se aferraba a su chaqueta, húmeda y pesada, totalmente fuera de lugar en un cálido día de primavera. Kaz se detuvo en el puente bajo que



cruzaba el canal, esperando con el bastón listo. Un momento después, tres figuras encapuchadas emergieron a su izquierda. Otras tres aparecieron a su derecha, con las capas azules moviéndose de forma sinuosa por el aire, aunque no había brisa. Eso Kaz lo había acertado, pero sus máscaras no estaban hechas de niebla. En lugar de eso, el Consejo de Mareas (o unos imitadores muy convincentes) llevaban en sus caras algo parecido a un cielo nocturno estrellado. Un buen efecto.

—Kaz Brekker —dijo el Agitamareas jefe—. ¿Dónde está Kuwei Yul-Bo?

—Muerto y olvidado. Lo redujeron a cenizas quemándolo en la Barcaza del Segador.

—¿Dónde está el *verdadero* Kuwei Yul-Bo?

Kaz se encogió de hombros.

—Una iglesia llena de gente vio cómo le disparaban. Un *medik* declaró su muerte. Más allá de eso, no puedo ayudarte.

—No quieres al Consejo de Mareas como tu enemigo, joven. Ninguno de tus cargamentos volverá a salir del puerto. Inundaremos el Quinto Puerto.

—Por supuesto, hacedlo. Ya no tengo acciones del Quinto Puerto. Si queréis detener mis cargamentos, tendréis que detener todos los barcos que entren y salgan del puerto. No soy un mercader. No fletó barcos ni firmo albaranes. Soy un ladrón y un traficante. Si intentáis atraparme, descubriréis que estáis tratando de atrapar aire.

—¿Sabes lo fácil que es ahogarse? —preguntó el Agitamareas, y levantó una mano—. Puede ocurrir en cualquier parte.

De pronto, Kaz sintió que sus pulmones se llenaban de agua. Tosió, escupió agua de mar, y se dobló jadeando.

—Dinos lo que queremos saber —insistió el Agitamareas.

Kaz tomó un aliento tembloroso.

—No sé dónde está Kuwei Yul-Bo. Puedes ahogarme aquí mismo, pero nada cambiará eso.

—Entonces, a lo mejor encontramos a tus amigos y los ahogamos en sus camas.

Kaz tosió y volvió a escupir.

—Pues a lo mejor encontraréis las torres en cuarentena por la plaga. —Los Mareas se movieron con intranquilidad, y la niebla con ellos—. Yo hice que sonaran esas sirenas. Yo creé la plaga, y yo la controlo.

—Es mentira —dijo el Agitamareas, con la manga deslizándose por la niebla.

—Pruébame. Extenderé la enfermedad por cada una de vuestras torres. Se convertirán en el epicentro de la plaga. ¿Creéis que el Consejo Mercante no os encerrará a todos? ¿No exigirá que reveléis al fin vuestras identidades? Probablemente se alegrarán de tener la excusa.

—No se atreverían. Este país se hundiría de no ser por nosotros.

—No tendrán elección. La gente les exigirá que actúen. Quemarán las torres hasta los cimientos.

—Chico monstruoso.

—Ketterdam está llena de monstruos. Yo tan solo soy el que tiene los dientes más largos.

—El secreto de la *jurda parem* no puede revelarse jamás al mundo. Ningún Grisha volvería a estar seguro. Ni aquí, ni en ninguna parte.

—Entonces, tenéis suerte de que muriera con ese pobre chico shu.

—No vamos a olvidar esto, Kaz Brekker. Algún día te arrepentirás de tu insolencia.

—¿Sabes qué? Cuando llegue ese día, podéis marcarlo en vuestros calendarios. Se me ocurre mucha gente que querría hacer una fiesta.

Las figuras parecieron emborronarse y, cuando la niebla se disipó al fin, Kaz no vio ningún rastro de los Mareas.

Negó con la cabeza y siguió bajando por el canal. Eso era lo maravilloso de Ketterdam: nunca te permitía aburrirte. Sin duda los Mareas querrían algo de él en el futuro, y él estaría obligado a dárselo.

Pero por el momento, tenía un asunto pendiente.



**I**nej no creía que fuera capaz de subir las escaleras hasta la cama. ¿Cómo había pasado tantas horas en la cena con Jesper y Wylan?

La cocinera se había deshecho en disculpas mientras servían la comida aquella noche. Todavía no podía conseguir productos frescos de calidad de los mercados, con la gente tan asustada de entrar en la ciudad. Ellos habían hecho lo que habían podido por calmarla y se habían llenado de queso y pastel de puerros, para después comerse unos bizcochos empapados en miel sentados en el suelo de la sala de música. La madre de Wylan se había ido pronto a la cama. Parecía estar volviendo a ser ella misma de forma esporádica, pero Inej sospechaba que le quedaba un largo camino por delante.

Wylan tocó el piano y Jesper cantó la canción de marineros más sucia que Inej había oído jamás. Echaba de menos a Nina dolorosamente. No habían recibido cartas, y tan solo podía esperar que su amiga hubiera llegado a salvo a Fjerda y hubiera encontrado algo de paz en el hielo. Cuando tuviera por fin su barco, a lo mejor su primer viaje sería a Ravka. Podía viajar por tierra hasta Os Alta, tratar de encontrar a su familia en una de las viejas rutas por las que habían viajado, volver a ver a Nina. Algún día.

Inej había decidido pasar las noches en casa de Wylan, y regresó al Listón solo para recoger sus escasas pertenencias. Con su contrato pagado y su cuenta bancaria rebosante de dinero, no estaba segura del todo de cuál era su lugar. Había estado investigando barcos de navegación con cañones pesados, y usando su conocimiento de los secretos de la ciudad para comenzar a reunir información que esperaba que la condujera hasta los esclavistas que hacían negocios usando los puertos de Kerch. Las

habilidades que había adquirido como el Espectro le servirían bien. Pero esa noche, lo único que quería hacer era dormir.

Se obligó a subir las escaleras y se metió en la cama, deliciosamente cómoda. Solo cuando estiró el brazo para apagar la lámpara vio la nota: una carta sellada con el garabato desordenado de Kaz. *Amanecer. Quinto Puerto.*

Por supuesto, había logrado entrar en la casa cerrada y esquivar a los sirvientes y a los tres idiotas que cantaban a pleno pulmón. Suponía que era justo. Ella había estado yendo y viniendo del Listón, colándose y saliendo por ventanas y puertas, dejando información para Kaz cuando tenía que hacerlo. Podía haberse limitado a llamar a la puerta de su despacho, pero de esa forma era más fácil.

Kaz había cambiado. La red. Pagar su contrato. Inej todavía podía sentir el débil roce de sus labios sobre su piel, sus manos desnudas trasteando con los nudos de sus vendajes. Había visto un pequeño atisbo de aquello en lo que podría convertirse Kaz si se lo permitía. No podía soportar verlo con su armadura otra vez, con sus immaculados trajes abotonados y su fría actitud. No iba a escucharlo hablar como si la Corte de Hielo y todo lo que ocurrió después hubiera sido tan solo un trabajo más, una misión más, una ventaja más que obtener.

Pero no iba a ignorar esa nota. Era el momento de poner fin a aquello que nunca había tenido oportunidad de empezar. Le diría lo que había oído sobre Pekka, le ofrecería compartir algunos de sus escondites y rutas con Roeder. Todo terminaría. Apagó la luz y, después de mucho rato, se quedó dormida con la nota aferrada en la mano.



Fue difícil obligarse a salir de la cama a la mañana siguiente. Había desarrollado malos hábitos las últimas tres semanas: dormía cuando quería, y comía cuando le apetecía. Nina se sentiría orgullosa. Estar en la casa de Wylan era como haber entrado en alguna clase de mundo encantado. Ya había estado allí, cuando robó con Kaz el DeKappel, y después otra vez antes del trabajo del Arrecife Dulce. Pero una cosa era ser una ladrona en una casa, y otra muy distinta ser una invitada. Inej se sentía avergonzada ante el placer de que la sirvieran, y a pesar de ello el personal de Van Eck parecía contento de tenerlos allí. A lo mejor habían temido que Wylan cerrara la casa y fueran a perder todos su empleo. O a lo mejor pensaban que Wylan se merecía algo de amabilidad.

Una de las doncellas había dejado una bata de seda color lapislázuli y un pequeño par de zapatillas forradas con piel junto a su cama. Había agua caliente en la jarra junto a la tinaja, y un vaso lleno de rosas frescas. Se lavó, se cepilló el pelo, se lo volvió a trenzar y después se vistió y salió en silencio de la casa... por la puerta principal, para variar.

Se dejó la capucha subida y se movió con rapidez mientras se dirigía hacia el puerto. Las calles seguían en gran parte vacías, sobre todo a esa hora de la mañana, pero Inej sabía que no podía bajar la guardia. Pekka Rollins había desaparecido. Van Eck seguía en la cárcel. Pero, contratada por los Despojos o no, mientras Kaz tuviera enemigos en esas calles, ella también los tendría.

Lo vio de pie en el embarcadero, mirando el agua. Su chaqueta negra estaba ceñida a sus hombros, y el viento salado del mar le agitaba las ondas oscuras del pelo.

Sabía que no tenía que anunciarse, así que se puso junto a él, observando los barcos de los muelles. Parecía que varias naves habían llegado esa mañana. A lo mejor la ciudad estaba recuperando el ritmo.

—¿Cómo estás en esa casa? —preguntó Kaz al fin.

—Cómoda —admitió ella—. Me ha vuelto perezosa.

Durante un breve momento, Inej se preguntó si Kaz estaría celoso de aquella comodidad o si tan solo le resultaría extraña. ¿Alguna vez se permitiría descansar? ¿Dormir hasta tarde? ¿Quedarse sentado después de comer? Jamás lo sabría.

—He oído que Wylan está dejando a Jesper jugar en el mercado.

—Con *mucha* cautela y con sumas extremadamente limitadas. Wylan espera canalizar su amor por el riesgo en algo productivo.

—Podría funcionar de forma brillante o terminar siendo un desastre total, pero por lo general así es como le gusta trabajar a Jesper. Al menos tiene más posibilidades que en cualquier local de juegos.

—Wylan solo aceptó después de que Jesper prometiera empezar a entrenar con un Hacedor. Suponiendo que encuentren a uno; tal vez tengan que viajar a Ravka.

Kaz inclinó la cabeza, observando a una gaviota que trazaba un arco sobre ellos, con las alas muy extendidas.

—Dile a Jesper que se le echa de menos. En el Listón.

Inej levantó una ceja.

—En el Listón.

Para Kaz, eso era como un ramo de flores y un abrazo sentido, y significaría mucho para Jesper.

Una parte de ella quería alargar aquel momento, estar cerca de él un rato más, escuchar el zumbido áspero de su voz, o simplemente quedarse allí en un silencio tranquilo como ya habían hecho antes en incontables ocasiones. Él había sido una gran parte de su mundo durante mucho tiempo. Sin embargo, dijo:

—¿Qué tienes entre manos, Kaz? No puedes estar planeando un nuevo trabajo tan pronto.

—Toma —dijo él, y le entregó un catalejo. Sobresaltada, ella se dio cuenta de que no llevaba sus guantes. Tomó el objeto, dudosa.

Inej se llevó el catalejo al ojo y miró al puerto.

—No sé qué estoy buscando.

—Amarradero veintidós.

Inej ajustó la lente y examinó los muelles. Allí, en el mismo amarradero del que habían salido para la Corte de Hielo, se encontraba un pequeño barco de guerra. Era esbelto y de proporciones perfectas, con los cañones fuera y una bandera que llevaba los tres peces kerch volando rígidamente desde el palo mayor. En un lateral, escritas con gráciles letras blancas, se podía leer *El Espectro*.

Le dio un vuelco el corazón. No podía ser.

—No es...

—Es tuyo —dijo Kaz—. Le he pedido a Specht que te ayude a contratar a la tripulación adecuada. Si prefieres usar un primer oficial diferente, puede...

—Kaz.

—Wylan me ha hecho un buen precio. La flota de su padre está llena de barcos buenos, pero este... te pegaba. —Se miró las botas—. Ese amarradero también te pertenece. Siempre estará ahí cuando... si quieres volver.

Inej no podía hablar. Sentía el corazón demasiado lleno, como un arroyo seco que no estuviera preparado para tanta lluvia.

—No sé qué decir.

Él flexionó las manos desnudas sobre la cabeza de cuervo de su bastón. La visión era tan extraña que a Inej le costó apartar los ojos de ella.

—Di que regresarás.

—No me iré de Ketterdam.

No sabía que lo decía en serio hasta que pronunció las palabras. Kaz le lanzó una mirada rápida.

—Pensaba que querías cazar esclavistas.

—Así es. Y quiero tu ayuda. —Inej se lamió los labios y saboreó el océano en ellos. Su vida había sido una serie de momentos imposibles, así que, ¿por qué no pedir algo imposible?—. No son solo los esclavistas. También los tratantes, los clientes, los jefes del Barril, los políticos. Todos los que apartan la vista del sufrimiento cuando hay dinero que ganar.

—Yo soy un jefe del Barril.

—Tú nunca venderías a nadie, Kaz. Sabes mejor que nadie que no eres un jefe más tratando de arañar el mejor margen de beneficios.

—Los jefes, los clientes, los políticos —musitó él—. Eso podría ser la mitad de la gente de Ketterdam... y quieres enfrentarte a todos.

—¿Por qué no? —preguntó Inej—. En los mares y en la ciudad. Uno por uno.

—Ladrillo a ladrillo —dijo él. Después negó una vez con la cabeza, como si estuviera sacudiéndose la idea—. No estoy hecho para ser un héroe, Espectro. Deberías haberlo aprendido ya. Quieres que sea un hombre mejor, un buen hombre. Pero...

—Esta ciudad no necesita a un buen hombre. Te necesita a ti.

—Inej...

—¿Cuántas veces me has dicho que eres un monstruo? Pues sé un monstruo. Sé la cosa que todos temen cuando cierran los ojos por la noche. No iremos a por todas las bandas. No cerraremos las casas que traten a sus empleados de forma justa. Iremos a por las mujeres como Tante Heleen, los hombres como Pekka Rollins. —Hizo una pausa—. Y piénsalo de este modo... estarías eliminando a la competencia.

Él produjo un sonido que casi podría haber sido una risa. Una de sus manos se equilibró sobre su bastón. La otra quedó descansando a su costado, junto a Inej. Ella solo tenía que moverse mínimamente y se estarían tocando. Así de cerca estaba. Así de lejos estaba.

Con cautela, dejó que sus nudillos rozaran los de él, un peso ligero, la pluma de un pájaro. Kaz se quedó rígido, pero no se apartó.

—No pienso rendirme, Kaz. Creo que esta ciudad merece ser salvada.

*Creo que tú mereces ser salvado.*

Una vez habían estado sobre la cubierta de un barco, y ella había esperado del mismo modo. Él no había hablado entonces, y tampoco lo hizo en el puerto. Inej lo sentía deslizándose lejos, escapándosele, atrapado en una marea que lo llevaría más y más lejos de la orilla. Comprendía el sufrimiento, y sabía que era un lugar al que ella no podía seguirlo, no a menos que también quisiera ahogarse.

En el Velo Negro, Kaz le había dicho que lucharían para salir. *Con los cuchillos fuera y las pistolas disparando. Porque eso es lo que hacemos.* Ella lucharía por él, pero no podía curarlo. No iba a desperdiciar su vida intentándolo.

Sintió que él deslizaba los nudillos contra los suyos. Entonces la mano de Kaz estuvo sobre la suya, con la palma presionada contra la de Inej. Un temblor lo atravesó. Con lentitud, dejó que sus dedos se entrelazaran.

Durante un buen rato, se quedaron ahí, con las manos unidas, mirando hacia la gris extensión del mar.

Una nave ravkana con el águila doble de los Lantsov estaba atracada a solo unos amarraderos del *Espectro*, probablemente soltando un cargamento de turistas o inmigrantes en busca de trabajo. El mundo cambiaba. El mundo seguía adelante.

—Kaz —dijo Inej de pronto—. ¿Por qué cuervos?

—¿El cuervo y la copa? Probablemente porque los cuervos son carroñeros. Se llevan las sobras.

—No me refiero al tatuaje de los Despojos. Eso es tan viejo como la banda. ¿Por qué lo adoptaste? Tu bastón, el Club Cuervo. Podrías haber escogido un nuevo símbolo, construido un nuevo mito.

Los ojos de café amargo de Kaz siguieron clavados en el horizonte bañando por la pálida luz dorada del sol naciente.

—Los cuervos recuerdan las caras humanas. Recuerdan a las personas que les dan de comer, que son amables con ellos. Y también a las que les hacen daño.

—¿De verdad?

Él asintió lentamente con la cabeza.

—No olvidan. Se dicen entre ellos de quién cuidar y con quién tener cuidado —respondió Kaz, y después hizo un gesto hacia el puerto con la cabeza de su bastón—. Mira.

Ella levantó el catalejo y volvió a mirar al puerto, a los pasajeros desembarcando, pero la imagen estaba borrosa. Con reticencia, le soltó la mano. Parecía una promesa, y no quería dejarla marchar. Ajustó la lente, y su mirada captó dos figuras bajando por la rampa de desembarco. Sus pasos eran gráciles, y sus posturas rectas como cuchillos. Se movían como acróbatas sulí.

Inej tomó aire con brusquedad. Todo en ella quedó enfocado, como la lente del catalejo. Su mente se negaba a procesar la imagen que tenía delante. Aquello no podía ser real. Era una ilusión, un reflejo falso, una mentira creada en cristal de tonalidad arcoíris. Si respiraba otra vez, se haría añicos.

Llevó la mano a la manga de Kaz. Iba a caerse, pero él la rodeó con el brazo para sujetarla. Su mente se dividió. La mitad de ella era consciente de los dedos desnudos de Kaz sobre su manga, sus pupilas dilatadas, su brazo alrededor del de ella. La otra mitad seguía tratando de comprender lo que estaba viendo.

Unió las cejas oscuras.

—No estaba seguro. No debería haber...

Ella apenas podía oírlo por encima del clamor de su corazón.

—¿Cómo? —preguntó, con la voz en carne viva y extraña a causa de las lágrimas sin derramar—. ¿Cómo los has encontrado?

—Un favor, de Sturmhond. Envié exploradores como parte de nuestro trato. Si fue un error...

—No —aseguró ella mientras las lágrimas se derramaban por fin—. No fue un error.

—Por supuesto, si algo hubiera salido mal durante la misión, estarían viniendo a recoger tu cadáver.

Inej soltó una risa ahogada.

—Déjame disfrutar de esto.

Se enderezó y recuperó el equilibrio. ¿De verdad había pensado que el mundo no cambiaba? Era una estúpida. El mundo estaba hecho de milagros, terremotos inesperados, tormentas que salían de la nada y podían remodelar un continente. El chico junto a ella. El futuro ante ella. Todo era posible.

Estaba temblando, con las manos contra la boca, observándolos mientras avanzaban por la dársena hasta el muelle. Comenzó a alejarse, y entonces se giró hacia Kaz.

—Ven conmigo —le pidió—. Ven a conocerlos.

Kaz asintió con la cabeza, como preparándose, y flexionó los dedos una vez más.

—Espera —dijo. El ardor de su voz era más áspero de lo habitual—. ¿Tengo la corbata recta?

Inej se rio, y su capucha cayó de su pelo.



—Esa es la risa —murmuró él, pero ella ya estaba caminando por el muelle, con los pies apenas tocando el suelo.

—¡Mamá! —llamó—. ¡Papá!

Inej les vio dándose la vuelta, vio a su madre sujetando el brazo de su padre. Echaron a correr hacia ella.

Su corazón era un río que la llevaba hasta el mar.



ekka estaba sentado en la habitación delantera de su casa de campo, mirando desde detrás de una de las cortinas de encaje blanco. Encaje kaélico, importado de Maroch Glen. Pekka no había escatimado recursos al pulir aquel lugar. Había construido la casa desde los cimientos, especificando las dimensiones de cada habitación, el barnizado para los suelos, escogiendo cada elemento y mueble con cuidado. El Palacio Esmeralda era su gran orgullo, y el Príncipe Kaélico era la joya de la corona de su imperio, un dechado de lujo y estilo, adornado con las cosas más llamativas del Barril. Pero aquel lugar era su casa, su castillo. Cada detalle mostraba respetabilidad, prosperidad, estabilidad.

Pekka se sentía a salvo allí, a salvo con su hijo y los guardaespaldas que tan bien pagaba. Sin embargo, se apartó de la ventana: era mejor no correr riesgos. Había muchos lugares en los que un francotirador podría esconderse ahí fuera. A lo mejor debería cortar las hayas que rodeaban el jardín.

Se esforzó por comprender cómo había evolucionado su vida. Hace un mes, era un hombre rico, un hombre con quien convenía tener cuidado, un rey. ¿Y ahora?

Acercó más a su hijo y le acarició la cabeza pelirroja. El niño estaba inquieto sobre su regazo.

—¡Quiero ir a jugar! —dijo Alby, y saltó de la rodilla de Pekka con el pulgar en la boca, aferrándose al blando leoncito, uno de los muchos que tenía. Pekka apenas podía soportar mirarlo. Kaz Brekker lo había engañado y él había caído.

Pero era peor que eso. Brekker se había metido en su cabeza. Pekka no podía dejar de pensar en su niño, su niño perfecto enterrado bajo capas de tierra, llamándolo a gritos, suplicando que viniera su padre, y en él mismo siendo incapaz de acudir a su

rescate. A veces su hijo lloraba en algún lugar en los campos, pero él no sabía dónde cavar. A veces era Pekka quien estaba atrapado en la tumba, paralizado mientras la tierra se apilaba sobre él: ligera al principio, como la lluvia, y después en capas pesadas que le llenaban la boca y le robaban el aire del pecho. Sobre él podía oír gente riendo: chicos, chicas, mujeres, hombres. Eran siluetas contra un crepuscular cielo azul, con las caras perdidas en las sombras, pero sabía quiénes eran. Toda la gente a la que había estafado, engañado, asesinado. Todos los miserables desgraciados a los que había sacrificado mientras trepaba por la escalera. Todavía no podía recordar el nombre del hermano de Brekker. ¿Cómo se llamaba?

Pekka había sido Jakob Hertzoon; había llevado mil caras diferentes. Pero Kaz Brekker lo había encontrado. Había acudido para vengarse. Si uno de esos estúpidos podía encontrarlo, ¿por qué no otro, y otro más? ¿Cuántos harían cola para lanzar la siguiente palada de tierra?

Tomar decisiones, incluso las sencillas, se había vuelto difícil. Qué corbata llevar. Qué pedir para cenar. Dudaba de sí mismo. Pekka nunca había dudado de sí mismo. Había comenzado la vida sin ser nadie. Un picador de piedras de la Isla Errante, un chico robusto al que solo valoraban por su espalda fuerte y su juventud, por su habilidad para utilizar un pico y llevar una carga de rocas. Pero había amañado las cosas hasta llegar a un barco que iba a Ketterdam, y se ganó su reputación con los puños. Había sido boxeador, matón, el agente más temido de las bandas. Había sobrevivido porque era el más astuto, el más duro, porque nadie podía quebrar su voluntad. Ahora lo único que quería hacer era quedarse en casa, sentado, beberse su whisky y observar las sombras que se movían por el techo. Cualquier otra cosa lo llenaba de una terrible fatiga.

Y entonces, una mañana se despertó bajo un brillante cielo de esmalte azul. El cielo estaba lleno de las canciones de los pájaros. Podía oler la llegada del verano, el verdadero calor en el aire, la fruta madurando en el huerto.

Se vistió. Desayunó. Pasó la mañana en los campos, trabajando bajo los primeros rayos del sol y jugando con Alby. Cuando el día se volvió demasiado cálido, se sentaron en el ancho porche y bebieron unos vasos de limonada fría. Después, Pekka entró y se enfrentó de verdad a los papeles y facturas que se habían estado apilando en su escritorio.

Las cosas iban mal en el Palacio Esmeralda y el Príncipe Kaélico. Habían cerrado la ciudad como medida sanitaria, y las puertas y ventanas estaban marcadas con terribles X negras para indicar el sitio del brote. Las noticias de Ketterdam indicaban que la plaga había sido una falsa alarma, algún hongo extraño o un virus que había atacado con rapidez pero parecía ser inofensivo. Los oficiales de la ciudad eran cautelosamente optimistas.

Pekka examinó las hojas de balances. Ambos locales de juego podrían salvarse con el tiempo. Tendría pérdidas durante un año, pero en cuanto las cosas se calmaran, daría una nueva mano de pintura a los edificios, les pondría nuevos nombres, y

volvería al negocio. Probablemente tendría que cerrar la Dulcería. Ningún hombre iba a bajarse los pantalones cuando corría el riesgo de contraer la plaga, no cuando había muchos otros establecimientos dispuestos a ofrecerle el mismo servicio sin riesgo alguno. Menudo desastre. Pero ya había sufrido contratiempos antes. Tenía una buena fuente para conseguir gente «contratada» que trabajaría por nada. Seguía siendo Pekka Rollins, el jefe del Barril. Y si alguno de esos pequeños rufianes que recorrían las calles lo habían olvidado, estaría encantado de recordárselo.

Para cuando terminó de revisar las ingentes cantidades de correspondencia y noticias, ya había caído la noche. Se estiró, se terminó el whisky y miró a Alby, que dormía profundamente con ese maldito leoncito bajo la barbilla. Dio las buenas noches a los guardias que había apostados fuera de la habitación de su hijo y bajó por el pasillo.

—¿A dormir, jefe? —preguntó Doughty. Él y otro enorme matón vigilaban las habitaciones de Pekka por la noche, hombres en los que sabía que podía confiar.

—Así es, Doughty. Y será una buen noche.

Cuando se metió en la cama, sabía que no soñaría con su hijo llorando, con la tumba ni con ese coro oscuro de pie sobre él, riéndose. Esa noche soñaría con la Isla Errante, con sus amplios campos verdes y las nieblas que envolvían sus montañas. Por la mañana, se levantaría revitalizado y recuperado, listo para reclamar su trono.

En lugar de eso, se despertó con el peso de una roca sobre el pecho. Su primer pensamiento fue la tumba, el peso de la tierra sobre él. Entonces volvió en sí. Su habitación estaba oscura, y tenía a alguien encima. Jadeó y trató de salir de debajo de las sábanas, pero sintió unas rodillas y unos codos sujetándolo, y la presión punzante de una daga contra su cuello.

—Te mataré —jadeó Pekka.

—Ya lo has intentado.

Era la voz de una mujer... no, de una chica.

Abrió la boca para llamar a sus guardias a gritos, pero ella le apretó el cuello con el cuchillo. Pekka siseó mientras la sangre goteaba.

—Grita y esta daga te atravesará la garganta hasta llegar a la almohada.

—¿Qué quieres?

—¿Te gusta la vida, Rollins? —Él no respondió, así que ella volvió a presionar—. Te he hecho una pregunta. ¿Te gusta la vida?

—¿Cómo has pasado por delante de esos guardias?

—¿A esos llamas guardias?

—¿Los has matado?

—No me he molestado.

—La única ventana tiene barrotes. No...

—Soy el Espectro, Rollins. ¿Crees que los barrotes pueden detenerme?

La pequeña chica sulí de Brekker. Maldijo el dinero que había gastado en esa mercenaria ravkana.

—¿Así que Brekker te ha enviado para traerme un mensaje? —preguntó.

—Tengo mi propio mensaje para ti.

—Dime el trato que has hecho con Brekker. Te pague lo que te pague, puedo doblarlo.

—Shhh —dijo la chica, presionando con las rodillas. Pekka sintió que algo en su hombro crujía—. Dejé los bonitos sesos de Dunyasha esparcidos por los adoquines de Ketterdam. Quiero que pienses en lo que podría hacerte a ti.

—¿Por qué no me matas ahora y te ahorras las amenazas?

No iba a dejarse intimidar por una chica de la Reserva.

—La muerte es un regalo que no te has ganado todavía.

—Eres...

Ella le metió algo en la boca.

—Ahora puedes gritar —canturreó. Le apartó el tejido de la camisa del pijama, y después la punta del cuchillo se clavó en su pecho. Él intentó gritar, tratando de quitársela de encima—. Cuidado. No querrás que resbale.

Pekka se obligó a quedarse quieto. Se dio cuenta de cuánto tiempo había pasado desde que había sentido dolor de verdad. Hacía años que nadie se atrevía a ponerle una mano encima.

—Mejor.

Ella se apartó ligeramente, como para examinar su trabajo. Jadeando, Pekka bajó la mirada, pero no podía ver nada. Una oleada de náuseas lo atravesó.

—Este ha sido el primer corte, Rollins. Si alguna vez piensas en volver a Ketterdam, volveremos a encontrarnos y recibirás el segundo.

Volvió a colocarle la camisa con una pequeña palmada y desapareció. Pekka no la oyó marcharse, tan solo sintió que su peso desaparecía de su pecho. Se quitó la mordaza de la boca y se dio la vuelta, trasteando en busca de la lámpara. La luz inundó la habitación: la cómoda, el espejo, el lavabo. No había nadie allí. Fue dando trapiés hasta la ventana. Seguía cerrada y con barrotes. El pecho le ardía donde ella había empleado el cuchillo.

Se dirigió dando tumbos hasta el tocador y se quitó la camisa empapada de sangre. Le había hecho un corte preciso, justo encima del corazón. La sangre salía de él en pulsos espesos. *Este, ha sido el primer corte.* La bilis se elevó en su garganta.

*Por todos los Santos y sus madres, pensó. Va a sacarme el corazón del pecho.*

Pensó en Dunyasha, una de las asesinas más dotadas del mundo, una criatura sin conciencia ni misericordia... y el Espectro la había superado. A lo mejor no era del todo humana.

*Alby.*

Salió al pasillo corriendo y pasó junto a los guardias que seguían apostados allí. Estos se pusieron firmes, con expresiones aturcidas en las caras, pero él siguió corriendo por el pasillo hasta la habitación de su hijo. *Por favor, suplicó en silencio. Por favor, por favor, por favor.*

Abrió la puerta de golpe, y la luz del pasillo se derramó sobre la cama. Alby estaba de costado, durmiendo plácidamente con el pulgar en la boca. Pekka se desplomó contra la jamba de la puerta, débil a causa del alivio, sujetándose la camisa contra el pecho sangrante. Después vio el juguete que su hijo aferraba entre los brazos. El león había desaparecido. En su lugar, había un cuervo de alas negras.

Pekka retrocedió, como si hubiera visto a su hijo durmiendo con la mejilla contra una araña de patas peludas.

Cerró la puerta con suavidad y volvió al pasillo.

—Saca de la cama a Shay y Gerrigan —dijo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Doughty—. ¿Debería llamar a un *medik*?

—Diles que empiecen a hacer las maletas. Y reunid todo el dinero que tengamos.

—¿Adonde vamos?

—Tan lejos como podamos.

Rollins entró en la habitación y cerró de un portazo tras él. Volvió a la ventana y probó los barrotes otra vez. Todavía sólidos. Todavía cerrados. Podía ver su reflejo en el brillo negro del cristal, y no se reconocía. ¿Quién era ese hombre que estaba perdiendo pelo y tenía ojos asustados? Había habido una época en la que se habría enfrentado a cualquier amenaza con la barbilla alta y las pistolas fuera. ¿Qué había cambiado? ¿Era solo el tiempo? *No*, comprendió. *Es el éxito*. Se había acomodado, y había descubierto que disfrutaba de ello.

Se sentó frente a su espejo y comenzó a limpiar la sangre de su pecho. Se había enorgullecido de controlar Ketterdam. Había colocado las trampas, encendido los fuegos, puesto la bota en los cuellos de todos los que lo habían desafiado, y había cosechado las recompensas de su audacia. La mayor parte de sus rivales habían caído fácilmente y los ocasionales desafíos eran casi bienvenidos por la emoción que causaban. Había sometido al Barril a sus caprichos, había escrito las normas del juego a su gusto, las había reescrito a su voluntad.

El problema era que las criaturas que habían logrado sobrevivir a la ciudad que había creado eran una clase de marginados completamente nueva: Brekker, su reina Espectro, su podrida corte de rufianes. Una raza sin miedo, de ojos duros y fieros, más sedientos de venganza que de oro.

¿Te gusta la vida, Rollins?

Sí, le gustaba y mucho, y pretendía seguir viviendo durante mucho más tiempo.

Iba a contar su dinero. Iba a criar a su hijo. Encontraría una buena mujer, o dos, o diez. Y a lo mejor, en los momentos tranquilos, alzaría una copa por los hombres como él, por sus compañeros, los arquitectos del infortunio que habían ayudado a crear a Brekker y a los suyos. Bebería por todos esos desgraciados, pero sobre todo por los pobres imbéciles que no tenían ni idea de los problemas que estaban por llegar.

# LISTA DE PERSONAJES

**Adem Bajan** [ad-em ba-zhan]

Profesor de música contratado por Jan Van Eck

**Aditi Hilli** [a-di-ti ji-li] (fallecida)

Madre de Jesper Fahey

**Alina Starkov** [a-lina star-kov] (fallecida)

Etherealnik Grisha (Invocadora del Sol); antigua líder del Segundo Ejército

**Alys Van Eck** [al-is van ek]

Segunda esposa de Jan Van Eck

**Anika** [a-ni-ka]

Miembro de los Despojos

**Anya** [ania] (fallecida)

Sanadora Grisha contratada por el Concejal Hoede

**Bastian** [bas-chan]

Miembro de los Despojos

**Beatle** [bi-tol]

Miembro de los Despojos

**Betje** [beh-chah]

Enfermera de Santa Hilde

**Bo Yul-Bayur** [bo yul-ba-yur] (fallecido)

Inventor de la *jurda parem* que intentó huir de Shu Han; padre de Kuwei Yul-Bo

**Colm Fahey** [com fei-ji]

Padre de Jesper Fahey

**Cornelis Smeet** [cor-ne-lis smit]

Abogado y gestor administrativo de Jan Van Eck

**Danil Markov** [da-nil mar-kov]

Inferni Grisha contratado por el Yunque

***El Oscuro***

Etherealnik Grisha y título de los antiguos líderes del Segundo Ejército; nombre real desconocido

***David Kostyk*** [dei-vid kos-tik]

Hacedor Grisha (Durast); miembro del Triunvirato Ravkano

***Dirix*** [di-rix] (fallecido)

Miembro de los Despojos

***Doughty*** [dau-ti]

Miembro de los Leones Moneda

***Dunyasha Lazareva*** [dun-ya-sha la-tsa-rei-va]

Mercenaria; también conocida como la Hoja Blanca de Ahmrat Jen

***Eamon*** [ei-mon]

Lugarteniente de los Leones Moneda

***Elzinger*** [el-zin-guer]

Miembro de los Puntas Negras

***Emil Retvenko*** [e-mil red-ven-ko]

Vendaval Grisha, contratado por el Concejal Hoede

***Eroll Aerts*** [er-ol erts]

Miembro de los Leones Moneda

***Filip*** [fil-ip] (fallecido)

Miembro de los Leones Moneda

***Geels*** [yilz]

Lugarteniente de los Puntas Negras

***Genya Safin*** [ye-nia sa-fin]

Confecionadora Grisha; miembro del Triunvirato Ravkano

***Gerrigan*** [gue-rrigan]

Miembro de los Leones Moneda

***Gorka*** [gor-ka]

Miembro de los Despojos



**Gran Bolliger** [gran **bo**-li-guer]

Antiguo miembro de los Despojos; exiliado

**Hanna Smeet** [**ja**-na smit]

Hija de Cornelis Smeet

**Heleen Van Houden** [**ja-lin** van **jau**-tan]

Dueña y encargada de la Reserva (la Casa Exótica); también conocida como el Pavo Real

**Hoede** [jod]

Miembro del Consejo Mercante Kerch

**Inej Ghafa** [in-**ezh** ga-fa]

Miembro de los Despojos; araña y buscadora de secretos; también conocida como el Espectro

**Jan Van Eck** [yan van ek]

Magnate del comercio y notorio mercader; miembro del Consejo Mercante Kerch; padre de Wylan Van Eck

**Jarl Brum** [yarl brum]

Comandante de los *drüskelle* fjerdanos

**Jellen Radmakker** [**ye**-len **rad**-ma-kar]

Notorio mercader

**Jesper Fahey** [**yes**-par **fei**-ji]

Miembro de los Despojos; pistolero

**Jordán Rietveld** [**yor**-dan **rit**-veld] (fallecido)

Hermano mayor de Kaz Brekker

**Karl Dryden** [karl **drai**-dan]

Miembro más joven del Consejo Mercante Kerch

**Kaz Brekker** [kaz **bre**-kar]

Lugarteniente de los Despojos; también conocido como Manos Sucias

**Keeg** [kig]

Miembro de los Despojos

**Kuwei Yul-Bo** [ku-wei **yul**-bo]

Inferni Grisha y desertor shu; hijo de Bo-Yul-Bayur

**Marya Hendriks** [mar-ia jen-driks] (fallecida)

Primera esposa de Jan Van Eck; madre de Wylan Van Eck

**Matthias Helvar** [ma-tai-as jel-var]

Drüskelle fjerdano caído en desgracia

**Miggson** [mig-son]

Empleado de Jan Van Eck

**Milo** [mai-lo]

Miembro de los Despojos

**Muzzen** [ma-zan]

Miembro de los Despojos

**Naten Boreg** [nei-tan bor-eg]

Miembro del Consejo Mercante Kerch

**Nikolai Lantsov** [ni-ko-lai lan-tsov]

Rey de Ravka

**Nina Zenik** [ni-na ze-nik]

Miembro de los Despojos; Mortificadora Grisha

**Onkle Félix** [on-kal fi-lix]

Encargado de la Casa de la Rosa Blanca

**Oomen** [u-man] (fallecido)

Miembro de los Puntas Negras

**Pekka Rollins** [pe-ka ra-lins]

General de los Leones Moneda

**Per Haskell** [per jas-kal]

General de los Despojos

**Pim** [pim]

Miembro de los Despojos

**Prior** [prai-or]

Empleado de Jan Van Eck

**Raske** [rask]

Experto en demoliciones independiente

**Roeder** [ro-dar]

Miembro de los Despojos

**Rojo Félix** [ro-jo fi-lix]

Miembro de los Despojos

**Rotty** [ra-ti]

Miembro de los Despojos

**Seeger** [si-gar]

Miembro de los Despojos

**Shay** [shei]

Miembro de los Leones Moneda

**Specht** [spekt]

Miembro de los Despojos; falsificador y antiguo oficial naval

**Sturmhond** [sturm-jand]

Corsario y emisario del gobierno ravkano

**Swann** [suan]

Miembro de los Despojos

**Tamar Kir-Bataar** [tei-mar kir-ba-tar]

Mortificadora Grisha; capitana de la guardia personal del rey Nikolai

**Varían** [ver-ian]

Miembro de los Despojos

**Wylan Van Eck** [wai-lan van ek]

Hijo de Jan Van Eck

**Zoya Nazyalensky** [zo-ya na-zya-lens-ki]

Vendaval Grisha; miembro del Triunvirato Ravkano

## AGRADECIMIENTOS

Joanna Volpe, alias la Loba, alias la agente más divertida, dura, lista y paciente que existe: gracias por ser una amiga muy querida y una feroz defensora. Y a todo el equipo de New Leaf; especialmente Jackie, Jaida, Mike, Kathleen, Mia, Chris, Hilary, Danielle y Pouya «All Star» Shabazian: gracias por ser una agencia, una familia y un ejército. Os quiero.

Holly Black y Sarah Rees Brennan me ayudaron a encontrar el corazón de esta historia cuando yo tan solo podía ver sus huesos. Robin Wasserman, Sarah Mesle, Daniel José Older, y la brillante Morgan Fahey me proporcionaron impagables observaciones editoriales. Rachael, Robyn y Flash pasaron muchas horas en mi salón y mi jardín, haciéndome compañía. Amie Kaufman y Marie Lu son desternillantes, luchadoras y maravillosas: soportaron un montón de correos ridículos de una servidora. Rainbow Rowell es Gryffindor, pero supongo que no pasa nada. Anne Grasser se encargó de mi calendario y mis excéntricas peticiones con tranquilidad y paciencia. Nina Douglas luchó por mis libros en Reino Unido y no dejó de hacerme reír en la carretera. Noa Wheeler, gracias por estar en Ketterdam un ratito más y acompañarme (y a nuestro grupo de inadaptados) en esta aventura.

Como siempre, tengo una deuda de sangre con Kayte Ghaffar, mi mano derecha, mi genio personal, que ha entregado tanto tiempo y creatividad a mí y a estos libros.

Muchas gracias a la familia Macmillan: Jon, Laura, Jean, Lauren, Angus, Liz, Holly, Caitlin, Kallam, Kathryn, Lucy, Katie, April, Mariel, KB, Eileen, Tom, Melinda, Rich (que de algún modo logró superarse con esta cubierta), cada persona de ventas que levó este libro a las estanterías, cada persona de marketing que consiguió que la gente lo cogiera. Y un agradecimiento muy especial al increíble equipo de publicistas que han ido de gira conmigo, se han ocupado de mí y han escuchado mi parloteo en los aeropuertos: Morgan, Brittany, Mary, Allison, y especialmente la maravillosa Molly Brouillette, que ha hecho tanta magia con esta saga.

Gracias a Steven Klein por su ayuda para pensar en los juegos de manos; a Angela DePace por ayudarme a perfeccionar el gorgojo químico y el ácido áurico; a Josh Minuto, que fue la tormenta en la tormenta de ideas cuando llegó el momento de traer a Kuwei de entre los muertos.

Lulu, gracias por aplazar vacaciones, sufrir mi mal humor y tenerme entre algodones. Christine, Sam, Emily y Ryan, me alegro mucho de que seamos familia.

¡Pastel de maíz para todos!

A todos los lectores, bibliotecarios, blogueros, *booktubers*, *instagramers*, habitantes de Booklr, escritores de *fanfics*, artistas y creadores de imágenes y listas de reproducción: gracias por dar vida al mundo Grisha más allá de las páginas de estos libros. Estoy agradecida de verdad.

Y, finalmente, si te gustaría ayudar a detener el tráfico de seres humanos y el trabajo forzado en nuestro mundo, no necesitas una goleta ni un gran cañón. GAATW.org ofrece recursos online e información sobre organizaciones respetables que agradecerían tu apoyo.



LEIGH BARDUGO es la autora superventas del New York Times que creó la Trilogía Grisha. Nació en Jerusalem, creció en Los Ángeles, se graduó en la Universidad de Yale y ha trabajado en publicidad, periodismo y, más recientemente, en maquillaje y efectos especiales. En la actualidad, vive y escribe en Hollywood, donde ocasionalmente canta con su banda.